INTRODUCCIÓN

CIRILO DE JERUSALÉN Y SUS CATEQUESIS

Las catequesis de adultos en el gran siglo de la patrística

El siglo de oro de la patrística es el período comprendido entre los concilios de Nicea y Calcedonia (325-451). Es, desde luego, el período en el que la actividad literaria de los Padres de la Iglesia alcanza los mayores niveles. En parte, esa notable actividad escritora responde a las discusiones teológicas y al interés en combatir lo que la Iglesia fue calificando como herejías. También en el siglo IV se celebran los dos primeros concilios ecuménicos, el de Nicea, en el año 325, y el I de Constantinopla, en el 381. El concilio de Nicea fijó en su Credo la identidad de naturaleza (hamoousia) del Hijo con el Padre: el Hijo es homoousios con el Padre, «de la misma naturaleza» que el Padre, con las características que además declara el Credo de Nicea. En la lucha contra el arrianismo se destaca sobre todo la figura de Atanasio, obispo de Alejandría. Arrio había sostenido una semejanza, pero no identidad de naturaleza entre el Hijo y el Padre. Por su parte, el Concilio I de Constantinopla (a. 381), aunque está en línea de continuidad con Nicea, desarrolla más el credo de éste, especialmente en lo referente al Espíritu Santo, la Iglesia, el bautismo, la resurrección de los muertos y la vida eterna. Por la continuidad y relación entre ambos concilios, el Credo o Símbolo que aprobó el Concilio I de Constantinopla suele ser llamado niceno-constantinopolitano y ha figurado desde entonces en la liturgia romana, la más extendida en toda la Iglesia.

Por otra parte, en el siglo IV continúa practicando la Iglesia el bautismo de adultos, aunque sea cada vez más frecuente el bautismo de niños hijos de padres cristianos. Aunque el siglo III es la época en que alcanzó su mayor auge el catecumenado de adultos, es en el siglo IV cuando se da mayor abundancia de testimonios literarios de este tipo clásico de catequización. En realidad, junto a una incipiente decadencia en la actividad pastoral, quizá porque ya no se está en los tiempos gloriosos y heroicos de las persecuciones, se ha progresado en el estudio y la exposición teológica del cristianismo. Los siglos IV y V serán también, tanto en Oriente como en Occidente, aunque con características diferentes, la época de las mayores disputas teológicas.

Nicea y Constantinopla elaboraron sus confesiones de fe, llamadas también símbolos. Pero junto a los símbolos de estos concilios se elaboraron también otros muchos1[1], antes o después de ellos. Estos credos eran como una «regla de fe», de tal manera que quienes los profesaban podrían ser considerados cristianos en el camino adecuado: profesaban un «recto parecer» u ortodoxia. Los credos han sido siempre señas de identidad de las comunidades cristianas.

Los credos tuvieron una extraordinaria importancia y por eso los ha conservado la Iglesia. Al tratarse de formulaciones muy ajustadas, expresaban con una precisión terminológica típicamente griega especialmente lo que se refiere a la ontologia de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. A estos se fueron añadiendo otras afirmaciones, que también formaban parte del depósito

[1] Cf. S. SABUGAL, Credo. La fe de la Iglesia. El símbolo de la fe: Historia e interpretación. Zamora (Ediciones Monte Casino), 1986 J.N.D. KELLY, Primitivos credos cristianos, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1980.

de la fe, sobre la Iglesia, el bautismo y la segunda venida de Cristo. De la importancia de las afirmaciones de los símbolos de la fe pueden darse algunas explicaciones breves. Si, por ejemplo —por mencionar lo fundamental de las afirmaciones de Nicea—, se afirmara que Cristo no es de la misma naturaleza o sustancia que el Padre (los latinos, con total exactitud, tradujeron en seguida «consustancial al Padre»), se admitiría un estado de subordinación y de dependencia como creatural del Hijo al Padre que haría que Jesucristo no fuera en realidad el Hijo de Dios, salvador y redentor del hombre, sino a lo sumo un instrumento que Dios utiliza o quizá como una especie de Dios de segunda categoría, todo lo cual llevaría al absurdo de destruir el cristianismo. Por otra parte, y por motivos semejantes, fue necesario añadir enseguida al Credo un tercer artículo sobre el Espíritu Santo.

Pero no se trata de explicar ahora todos los detalles. Sí es necesario decir que, en el conjunto del catecumenado y de las catequesis conducentes al bautismo, la praxis de la Iglesia llevó a ésta a hacer entrega, traditio, del Credo, traditio Symboli, a los que pedían el bautismo. En esta entrega del Credo se le confiaba al catecúmeno, cuando ya faltaba poco para el bautismo, el Símbolo (o contenido, que es lo que originariamente significa la palabra) de la fe. Esta entrega de la fe de la Iglesia se hacía durante la cuaresma y terminaba con la devolución, redditio Symboli que terminaba pocos días antes de la Pascua con la profesión pública de la fe cristiana. En la Pascua recibían el bautismo y la unción del Espíritu Santo (la confirmación) los catecúmenos que habían profesado su fe mediante el Símbolo.

Lógicamente en esa misma celebración se incorporaban plenamente a la Eucaristía, más allá de la escucha de la palabra de la Escritura proclamada (lo que posteriormente se llamó «Misa de los catecúmenos» y a la que antes del bautismo ya podían asistir éstos). Con el bautismo recibido en la Pascua se les abría a los recién bautizados, neófitos, la puerta para participar en toda la liturgia.

Todo el período enmarcado por la traditio y la redditio Symboli estaba ocupado por una intensa etapa de catequización. En las catequesis de san Cirilo de Jerusalén, la primera de ellas, Procatequesis, y las dieciocho siguientes, son catequesis sobre el Credo y van recorriendo cada uno de sus artículos. Se añaden después cinco catequesis mistogógicas, de las que luego se hablará, pronunciadas ante los recién bautizados en la semana de Pascua.

Cirilo de Jerusalén

Cirilo de Jerusalén, declarado doctor de la Iglesia en 1882, fue obispo de la ciudad durante un largo período. Nació hacia el año 314 en Jerusalén o en sus alrededores. Fue hombre de amplia cultura, como manifiesta el uso que hace del lenguaje, de la filosofía y de sus conocimientos—en los moldes de la época—de ciencias naturales. Debió estar muy bien dotado para la oratoria. La obra más conocida suya son precisamente estas Catequesis, pronunciadas en Jerusalén el año 347 o 348. Entre estas fechas y el año 351 debe colocarse su ordenación como obispo de Jerusalén, de modo que no se sabe con certeza si las catequesis las impartió siendo ya obispo o sólo presbítero.

Pero desde algún momento próximo al año 350 y hasta su muerte, el 18 de marzo del 387, ocupó la sede episcopal de Jerusalén. Sin embargo esos casi cuarenta años fueron con frecuencia

agitados en la vida y el ministerio de Cirilo. Se dieron, en efecto, varias circunstancias complejas: recibió la ordenación episcopal del obispo arriano de Cesarea, Acucio, lo que a algunos les despertó la sospecha de arrianismo en su persona. El texto de las Catequesis, como podrá observarse, anula estas sospechas, pero hubo quienes se sintieron fuertes en ellas por cuanto Cirilo no menciona en las catequesis a Arrio ni utiliza el célebre adjetivo homoousios tan característico de Nicea. Los conflictos, por otra parte, se desataron entre el mencionado Acacio y Cirilo. Un sínodo de Jerusalén le depuso en el 357. Rehabilitado en el 359, fue desterrado una segunda vez, por obra de Acacio, en el 360. Un par de años después pudo regresar de nuevo a Jerusalén, donde reanudó sus tareas hasta que en el año 367 fue enviado por el emperador Valente al destierro por tercera vez. Sólo once años más tarde, en el 379, bajo el emperador Teodosio, pudo volver de nuevo a Jerusalén, donde ya desarrolló el ministerio hasta su muerte en el 387. El año 381 había participado en el concilio I de Constantinopla.

Las Catequesis

No estamos ante un teólogo creativo, sino ante un catequista, un excelente expositor y un divulgador de la conciencia dogmática de la Iglesia en la época de las catequesis catecumenales. Se trata, en primer lugar, de catequesis sobre el Credo, utilizándose el que parece haber estado en uso en Jerusalén, que también se reproduce tras la catequesis V. Es, en general, el orden de las afirmaciones del Símbolo el que señala la temática de las catequesis. La Procatequesis y las catequesis I-III ponen a los oyentes ante la situación en que se encuentran, disponiéndose de manera ya muy próxima a la recepción del bautismo y como quienes tendrán que hacer antes profesión pública de su fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Una visión de conjunto de las creencias cristianas la da, por otra parte, la Catequesis IV, sobre los «diez dogmas». En ella la concepción virginal de Cristo, su resurrección, el juicio venidero, lo referente a cuerpo y alma y la resurrección de los muertos, además del valor de la Sagrada Escritura, completan lo que en las catequesis VI-XVII será la imagen cristiana del Dios en el que se cree. Dos catequesis, XVI y XVII, se dedican al Espíritu Santo. La XVIII expone la resurrección de los muertos y la vida eterna. Las Catequesis de Cirilo son un indicador muy preciso del desarrollo alcanzado a mediados del siglo IV por la conciencia dogmática eclesial. En esa época la Iglesia articula perfectamente, ya desde Nicea como igualmente lo hará con algo más de detalle en I Constantinopla, los enunciados de una fe que con el desarrollo de la teología se ha sabido objetivar a sí misma y ha sabido dar cuenta de por qué los acontecimientos de la salvación, a partir de la Escritura y de la predicación, han sido y son de una manera determinada. Por otra parte, las cinco últimas catequesis son mistagógicas, es decir, conducen a la comprensión de los «misterios» (sacramentos) que los recién nacidos a la nueva vida, «neófitos», acaban de vivir de modo efectivo al recibirlos en la celebración de la Pascua. Las cinco catequesis mistagógicas están dedicadas a Bautismo, Confirmación y Eucaristía, que configuran la iniciación cristiana. Constituyen estas catequesis un valiosísimo testimonio litúrgico.

En su conjunto, pues, esta obra de Cirilo constituye uno de los documentos catequéticos más importantes de la época patrística. Dada la importancia que tuvo el desarrollo de los distintos Credos, pero que fueron idénticos en lo esencial, es muy lógica la estructura general de las Catequesis que aquí se encontrarán. Por otra parte, es sorprendente el detalle con que se cita la Escritura. La excelente trabazón del desarrollo argumental, aunque a veces lleve a Cirilo a ciertas digresiones quizá no necesarias, permite percibir una extraordinaria agilidad en el manejo de la

Escritura. Tal vez un lector que conozca a fondo la teología de Pablo y sus ejes centrales: el cristocentrismo, la antropología cristiana, el pecado y la gracia, fe y justificación, etc., eche de menos una mayor influencia del Apóstol en las exposiciones de Cirilo. Pero es que Cirilo es más bien un testigo de hasta dónde había llegado la conciencia dogmática de la Iglesia, en la cual había sido necesario consumir demasiadas energías en las disputas cristológicas y trinitarias.

Por último, algunas observaciones sobre la presente edición. No es necesario decir que los epígrafes no pertenecen al texto de las Catequesis. Por otra parte, se han introducido muchas notas explicativas, de desigual extensión pero en cualquier caso muy frecuentes. En algunas ocasiones tienen carácter filológico, pero más a menudo se refieren al contenido.

El trabajo de traducción se ha hecho sobre la versión latina, publicada junto con el original griego en el volumen 33 de la Patrología graeca de Migne, (a menudo se citará: PG 33, más la indicación de la correspondiente columna). Se ha procurado, sin embargo, tener presente el texto griego cuando la versión latina, por lo demás excelente, perdía algún matiz. Se han tenido también en cuenta las observaciones que con frecuencia se encuentran en el Migne sobre el estado de textos y códices. Conviene tener en cuenta que el original fue propiamente transmitido de modo oral. Los taquígrafos, como es frecuente en las piezas de oratoria clásica, copiaban lo mejor que podían lo que estaba pronunciándose en un estilo muy vivo, directo y, en ocasiones, en cierto modo coloquial.

En cuanto a las citas bíblicas, se ha procurado seguir el texto de la versión castellana de la Biblia de Jerusalén. Han sido también con frecuencia muy útiles, e incluso en ocasiones se han citado literalmente, las notas de esa misma Biblia. A veces, sin embargo, sobre todo en pasajes del Antiguo Testamento, el recurso de Cirilo a la versión griega de los LXX hacía inevitable traducir de acuerdo con esa versión. No obstante, en bastantes casos se han mantenido los textos traducidos por la Biblia de Jerusalén desde el original hebreo. Para las referencias de siglas, capítulos y versículos han sido utilísimos los datos, en general muy precisos, contenidos en la edición de la Patrología graeca.

PROCATEQUESIS

CATEQUESIS DE NUESTRO PADRE SAN CIRILO, ARZOBISPO DE JERUSALÉN

Procatequesis, o palabra previa a las catequesis, de nuestro santo Padre Cirilo, arzobispo de Jerusalén

1. Ya exhalan, iluminandos[2], el olor de la felicidad. Son ya flores de mayor calidad las que buscan para tejer las coronas celestes. Ya despiden la fragancia del Espíritu Santo. Están ya en el vestíbulo del palacio real: Ojalá sean también introducidos por el mismo Rey! Brotaron ya las flores de los árboles: esperemos que se dé también el fruto maduro.

Anteriormente han dado el nombre[3], ahora se les llama a la milicia. Tengan en las manos las lámparas para salir a buscar a la esposa: tienen el deseo de la ciudad celeste, el buen propósito y la lógica esperanza. Pues es veraz el que dijo: «A los que aman a Dios todo les contribuye al bien»[4]. Pues Dios es generoso para hacer el bien y, por lo demás, espera la sincera voluntad de cada uno; por eso añade el Apóstol: «A aquellos que han sido llamados según su designio». Cuando existe un propósito sincero, hace que seas llamado; pero si sólo tienes dispuesto el cuerpo, pero estás ausente con la mente, perderás el tiempo.

No ir al bautismo sólo por curiosidad

2. Al bautismo se acercó también en cierta ocasión Simón Mago, pero no se sintió iluminado: y realmente bañó su cuerpo en el agua, pero no dejó que el Espíritu iluminase su corazón; el cuerpo bajó a la piscina; pero el alma no quedó sepultada con Cristo ni resucitó juntamente con él. Pongo este caso como ejemplo para que tú no caigas. Pues todo esto les sucedía a ellos en imagen[5] y ha sido escrito para enseñanza de los que viven hasta el día de hoy. Que nadie de ustedes se vuelva intrigante con las cosas de la gracia para que no le turbe ningún germen de amargura. Que nadie de ustedes entre diciendo: veamos qué hacen los fieles; una vez dentro, veré lo que hacen. ¿Es que crees que verás sin que tú seas visto? ¿O es que piensas que te enterarás de lo que allí se hace, pero que Dios no escrutará tu corazón?

Entrar al banquete con el vestido apropiado

---

[2] Se prefiere la traducción «iluminandos», los que han de ser iluminados, por responder al sentido de la ex- presión griega, ser traducción literal de la versión latina y referirse de hecho a quienes con el bautismo en la próxima Pascua habrían de recibir la máxima iluminación de su vida. La expresión es frecuente entre los Padres para designar a quienes recibirían en pocas semanas (por ejemplo, en la siguiente Pascua) el bautismo.
[3] Referencia a la inscripción del nombre, requisito previo al comienzo de las catequesis cuaresmales sobre el credo.
[4] Cf Rom 8,28.
[5] 1 Cor 10,6.

3. Se cuenta en los evangelios que alguien fue a curiosear en unas bodas, pero entró con un vestido inapropiado, se acomodó y comió. El esposo lo había permitido. Pero al ver las vestiduras blancas de todos, lo oportuno hubiera sido vestirse del mismo modo. Y realmente tomaba los mismos alimentos que los demás, pero se diferenciaba en el vestido y en la intención. Entonces el esposo, aunque magnánimo, era hombre de criterio. Y al dar una vuelta contemplando a cada uno de los comensales, ponía su atención no en el hecho de que comían sino en el modo de comportarse. Al ver a un extraño vestido con traje que no era de fiesta, le dijo: «Amigo, ¿cómo has entrado hasta aquí?»[6] ¿Con qué vestido? ¿Con qué conciencia? Pase que el portero no te lo haya prohibido por la liberalidad del dueño. Pásese también por alto que ignorabas con qué vestido era preciso entrar al banquete. Pero, una vez dentro, viste los vestidos resplandecientes de los comensales. ¿No debías haber aprendido de tus propias observaciones? ¿No debiste entrar del modo adecuado para poder salir también adecuadamente? Pero entraste de manera intempestiva y fuiste también intempestivamente expulsado. (El dueño) ordena a sus servidores: «Átenlo de pies», pues con ellos entró temerariamente; «átenlo de las manos», con las que no supo ponerse un vestido resplandeciente, y «arrójenlo a las tinieblas exteriores»[7], pues es indigno del banquete nupcial. Ves lo que le sucedió a aquel hombre; mira, pues, con cautela por tus cosas.

Disponerse rectamente

4. De hecho nosotros somos ministros de Cristo y acogemos a cualquiera y, haciendo las veces de portero, franqueamos la entrada. Puede ser que entres con un alma de pecador manchada en fango. Entraste, fuiste admitido, tu nombre quedó inscrito ¿Te das cuenta del aspecto venerable de la Iglesia? ¿Ves el orden y la disciplina? ¿Ves la lectura de las Escrituras canónicas, el constante recuerdo de las personas señaladas en los catálogos eclesiásticos, el orden y la formalidad en la enseñanza. Deben instruirte tanto el respeto al lugar como la contemplación de lo que ves. Mejor si ahora sales oportunamente, para luego entrar en un momento mucho más oportuno. Si ahora entraste con el vestido interior de la avaricia, deberás volver a entrar con otro; despójate y no te cubras con el vestido que llevaste. Desvístete, te ruego, del libertinaje y la inmundicia y cúbrete con la estola resplandeciente del pudor. Yo te lo advierto antes de que entre el esposo de las almas, Jesús, y examine las vestiduras. Tienes tiempo a tu disposición: se te concede la penitencia de los cuarenta días; tienes una grandísima oportunidad de desvestirte y lavarte, y de vestirte de nuevo y entrar. Pero si te mantienes en el mal propósito de tu alma, la culpa no será de quien te está advirtiendo: no esperes recibir la gracia. Te recibirá el agua, pero no te acogerá el espíritu. Quien se haga consciente de su propia herida, recibirá un bálsamo; si alguno está caído, se levantará. Que nadie sea entre ustedes como el mencionado Simón, que no haya simulación alguna, ni interés en averiguaciones inoportunas.

La misma Iglesia purificará tu intención

5. Es posible que te guíe también otro pretexto. Alguna vez sucede que un hombre viene aquí para granjearse el amor de una mujer o algo semejante: y también puede decirse lo mismo a la inversa. Igualmente, tal vez es el siervo el que ha querido agradar a su amo, o un amigo a su amigo. Pero acepto la atracción de este cebo y te acojo, aunque vengas con una intención torcida,

[6] Mt 8,28.
[7] Mt 22,13.

con la buena esperanza de que te salves. Acaso no sabías a dónde venías ni cuál era la red que te cogía. Caíste en las redes de la Iglesia: con vida serás cogido; no huyas; es Jesús quien te ha echado el anzuelo, y no para destinarte a la muerte, sino para, entregándote a ella, recobrarte vivo: pues es necesario que tú mueras y resucites, si es cierto lo dicho por el Apóstol: «Muertos al pecado, pero vivos para la justicia»[8]. Muere a los pecados y vive para la justicia; hazlo desde hoy.

6. Considera con qué dignidad te regala Jesús.

Te llamaban catecúmeno porque en ti resonaba el eco de una campana exterior: oías en esperanza, pero no veías[9], oías los misterios, pero sin comprenderlos; oías las Escrituras, aunque sin entender su profundidad. Ya no es necesario hacer que nada resuene en tus oídos, pues sólo existe el sonido interior a ti: pues el Espíritu que habita en ti[10] hace de tu corazón una morada divina.

Cuando oigas lo que está escrito de los misterios, entenderás lo que ignorabas. Y no creas que lo que recibirás es de escaso valor. Pues siendo tú un hombre miserable, será Dios quien te pondrá nombre. Escucha a Pablo cuando dice: «Fiel es Dios»[11]. Oye el otro pasaje de la Escritura: «Dios fiel y justo»[12]. Viendo esto anticipadamente, el salmista dijo de parte de Dios y previendo que los hombres recibirían de Dios un nombre: «Yo dije: son dioses e hijos del Altísimo todos»[13]. Pero guárdate de llevar un nombre insigne con un propósito torcido. Has entrado en la lucha, soporta el esfuerzo de la carrera; no dispones de otra oportunidad semejante[14]. Si lo que se te propusiese fuese la fecha de la boda, ¿acaso no te ocuparías en la preparación del banquete dejando otras cosas? ¿Serás capaz de ocuparte de lo corporal, olvidándote de lo espiritual, justo cuando estás preparando tu alma para consagrarla al esposo celestial?

Sólo hay un bautismo

7. No es posible recibir el bautismo[15] una segunda o tercera vez, pues si así fuese, se podría decir: lo que salió mal una vez, lo arreglaré en otra ocasión. Pues si una vez salió mal, la cosa no admite arreglo[16], pues «uno es el Señor, una es la fe y único el bautismo»[17]. Sólo los herejes son bautizados de nuevo cuando en realidad no se hubiese dado este bautismo.

---

[8] Cl Rom 6,11,14, cf. 1 Pe 2,24.
[9] El original griego es más expresivo, pero la traducción necesariamente ha de traicionar el sentido exacto. El griego «catecúmeno» viene del también griego «echos», eco. En realidad, semánticamente, catecúmeno es aquél en quien se hace resonar un eco. Catequesis, sustantivo abstracto, es la acción de que algo resuene en el interior del oyente. La resonancia es aquí la del anuncio del mensaje de la salvación en Jesucristo.
[10] Cf. Rom 8,9.11; I Cor 1,9.
[11] Cf I Cor 1,10.
[12] Dt 32,4.
[13] Sal 82,6.
[14] Como «oportunidad» se traduce kairós; el tiempo oportuno de la salvación (Cf. 2 Cor 6,2). Con ello, el periodo catequético a que se va a dar comienzo es presentado como una extraordinaria posibilidad de salvación para el catecúmeno.
[15] Bautismo, griego aquí loutrón, lavado.
[16] Con todo esto la afirmación fundamental es que el bautismo no puede repetirse.
[17] Ef 4,5

Buena disposición te ánimo

8. Pero Dios pide de nosotros otra cosa que una buena disposición de ánimo. No digas: ¿Cómo se me perdonarán los pecados? Te respondo: con que quieras y creas. ¿Qué hay que sea más sencillo que esto? Pero si tus labios expresan el deseo, pero no lo expresa tu corazón, sábete que el que puede juzgar es conocedor de los corazones. Abandona desde este día toda maldad; que no profieras palabras gruesas con tu lengua; que no peque más tu ojo ni vague tu pensamiento entre realidades vanas.

Perseverancia en las catequesis

9. Estén prontos tus pies para las catequesis. Recibe con buen ánimo los exorcismos: al ser insuflado o exorcizado, que ello te sirva para la salvación. Piensa que el oro es algo infecto y adulterado, mezclado con diversas materias como el cobre, el hierro y el plomo[18]. Lo que deseamos es oro solo, pero sin el fuego no puede ser expurgado de los elementos ajenos mezclados con él: así, el alma no puede ser purificada sin los exorcismos, que son de origen divino y deducidos de las Escrituras. Tu rostro fue cubierto con un velo para que tu mente pudiese estar más atenta y para que tu mirada dispersa no hiciese que también se distrajese tu corazón. Pero aunque los ojos estén velados, nada impide que los oídos reciban la ayuda de la salvación. Pues como los que expurgan el oro soplando al fuego con finos instrumentos funden el oro que está dentro del crisol, y al avivar la llama consiguen mejores resultados[19], así los exorcizados expulsan su temor gracias al Espíritu divino y hacen revivir su alma alojada en su cuerpo como en un crisol. De ese modo huye el diablo hostil, pero se asienta la salvación y permanece la esperanza de una vida eterna. El alma, liberada del pecado, obtiene la salvación. Permanezcamos, pues, en la esperanza, hermanos; esforcémonos y esperemos para que el Dios de todas las cosas, viendo el propósito de nuestra mente, nos limpie de los pecados, nos permita esperar lo mejor de nuestras cosas y nos conceda una saludable penitencia. Dios es el que ha llamado y tú el que has sido llamado.

Persevera en las catequesis

10. Aunque nuestra oratoria posterior será más amplia, que tu ánimo no decaiga nunca. Pues recibirás armas contra los poderes enemigos; recibirás armas contra los herejes, los judíos, los samaritanos y los gentiles. Tienes múltiples enemigos: recibe dardos múltiples, pues contra muchos habrás de luchar; has de aprender cómo vencer al griego, cómo luchar contra el hereje, contra el judío y contra el samaritano[20]. Las armas están preparadas, y está plenamente dispuesta la espada del Espíritu[21]. Las manos deben luchar valerosamente para combatir la batalla del Señor, para vencer a las potestades que se oponen, para que permanezcas invicto de todas las asechanzas de los herejes.

La exposición será progresiva

---

[18] Cf. Ez 22,18.

[19] Cf catequesis 16, n. 18; cf infra, núm. 15.

[20] Las cuatro clases de enemigos representan maneras diferentes de oponerse religiosamente o ideológicamente a la verdad del Evangelio.

[21] Cf Mt 26, 41; Ef 6,17.

11. Pero te doy un consejo. Aprende lo que se diga y guárdalo para siempre. No creas que éstas son las homilías acostumbradas: son de calidad y dignas de fe. Pero si en ellas hay en un día determinado algo que no se dice, lo aprenderemos al día siguiente. Pero la doctrina, ordenadamente expuesta, acerca del bautismo de la regeneración[22], ¿cuándo se transmitirá otra vez si hoy se descuida? Piensa que es tiempo de plantar árboles; si no cavamos y penetramos hasta el fondo, ¿cuándo será posible plantar otra vez de modo correcto lo que ya en una ocasión se ha plantado mal? Piensa que la catequesis es un edificio; si no cavamos y ponemos los cimientos, y si no se traba ordenada y adecuadamente la estructura de la casa, de modo que nada quede suelto o cortado y el edificio se convierta en ruinas, todo el trabajo realizado será inútil. Conviene poner ordenadamente una piedra junto a otra y situar un ángulo frente a otro; al suprimir los salientes, surgirá un edificio proporcionado. Del mismo modo, te traemos hasta aquí como las piedras de la ciencia: habrá que oír lo que se refiere al Dios vivo; lo que se refiere al juicio; es necesario oír acerca de Cristo y acerca de la resurrección. Se dicen también ordenadamente otras muchas cosas que ahora[23] se mencionan de modo disperso, pero que se expondrán en su lugar adecuado. Estas cosas debes entenderlas unitariamente, relacionando en la memoria afirmaciones anteriores y posteriores. En caso contrario, el arquitecto construirá bien, pero el edificio será frágil y a punto de caer.

Guardar el secreto de lo que se escucha

12. Cuando se dé una catequesis, si un catecúmeno te pregunta qué han dicho los doctores, no cuentas nada al exterior[24]. Es el misterio y la esperanza de la vida futura lo que te transmitimos. Guárdale el secreto a aquél que te da sus dones. Que nadie te diga nunca: ¿qué mal te causa esto si también yo lo habré de aprender? Porque también los enfermos suelen pedir vino; pero si se les da cuando no se debe, se les ocasiona un delirio, con lo que se origina un doble mal: muere el enfermo y se critica al médico. Lo mismo sucede al catecúmeno que oye de quien tiene fe en los misterios: el delirio lo padece el catecúmeno (pues al no conocer lo que ha oído, lo denigra haciéndolo objeto de burla), pero a la vez el fiel es condenado como traidor. Tú ya estás en la divisoria; procura no hablar de modo temerario. No es que lo que se dice sea indigno de ser contado, sino que ciertas cosas no deben ser confiadas a algunos. También tú fuiste catecúmeno, y no te contaba lo que yo aquí decía; cuando conozcas por tu experiencia la sublimidad de lo que se enseña, entonces entenderás claramente que los catecúmenos no deben oír todavía todo eso.

Estar atentos a todos los detalles

13. Todos los que se han inscrito han sido engendrados como hijos e hijas de una misma madre. Cuando entren poco antes del momento de los exorcismos, hable cada uno de ustedes lo referente

[22] peri toû loutroû tês palingenesías, liter. «acerca del lavado de la regeneración» o, quizá incluso mejor, acerca del «nuevo nacimiento» o del «nuevo ser dado a luzc». Por primera vez en las catequesis se afirma que el bautismo es un lavatorio en el que el hombre nace de nuevo.
[23] En las homilías de costumbre mencionadas más arriba.
[24] Cf cat. 5,12 y cat. 6,29. Cirilo considera que es muy distinta la situación del catecúmeno y del iluminando. Se trata, de acuerdo con lo que se dijo en la introducción, de una etapa diferente, pues en el plazo que va desde el comienzo de la cuaresma hasta el tiempo pascual fueron pronunciadas estas catequesis, que intentan proporcionar una vivencia (y un conocimiento) de los misterios más íntimos de la fe. La imposición de no contar nada fuera no hace más que poner en práctica la disciplina del arcano. En el fondo se admite que incluso quien está comenzando a ser catequizado de cara a la iniciación cristiana, no es capaz de asimilar vitalmente en este momento lo que será el contenido de las catequesis de esta última cuaresma y del tiempo pascual.

a la piedad. Y miren si falta alguno de ustedes. Cuando se te invita a un banquete, ¿es que no esperarás a quien está invitado juntamente contigo? Y si tienes un hermano, ¿acaso no buscarás lo que es bueno para ese hermano? No indagues después lo que no te atañe, ni te intereses por lo que sucede en la ciudad o en el pueblo, ni por lo que hacen el emperador, el obispo o el presbítero. Mira hacia arriba: es lo que pide tu «kairós»[25]. ¡Basta ya; sepan que yo soy Dios![26]. Si ves a algunos fieles ociosos y libres de preocupaciones, es porque se sienten seguros, son conscientes de lo que han recibido y tiene la gracia consigo. Tú estás todavía en la duda de si serás o no admitido; no imites a los despreocupados[27], pues no debes abandonar el temor.

14. Cuando se haga el exorcismo, mientras se acercan los que han de recibirlo, estén juntos los hombres con los hombres y las mujeres con las mujeres. Hago referencia con esto al arca de Noé, en la cual estaban Noé y sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos[28]. Y aunque una era el arca, con su puerta cerrada, todo se dispuso con decencia. Igualmente, aunque la iglesia esté cerrada y todos ustedes dentro, esté todo separado para que estén los hombres con los hombres y las mujeres con las mujeres, de modo que lo que quiere ser ayuda para la salvación no se convierta en ocasión de perdición. Pues aunque sea hermoso sentarse unos junto a otros, debe quedar lejos el peligro de turbación. Y entonces, sentados los hombres, tengan algún libro útil en las manos. Que uno lea y el otro escuche. Si no tienen libro, uno ore y el otro hable algo útil. Esté también agrupado el conjunto de las vírgenes, que deben salmodiar o leer, pero en silencio: deben hablar los labios, pero no debe llegar la voz a oídos ajenos. No tolero que la mujer hable en la asamblea[29], y la casada actúe también de modo semejante: que ore y mueva sus labios, pero no se oiga su voz, imitando lo dicho por Samuel de que del alma estéril brote la salvación de Dios benévolos[30], pues a eso es a lo que se refiere Samuel.

Mantener el interés

15. Veré el interés de cada hombre y la piedad de cada mujer. Inflámese la mente de piedad, puesto que cada alma será moldeada. Humíllese y macháquese la dureza de la infidelidad, despréndanse las escorias superfluas del hierro quedando sólo lo que es puro: que se pierda la herrumbre para que aparezca el material noble. Que Dios les muestre en alguna ocasión aquella noche y las tinieblas convertidas en luz de las que se dice: «Ni la misma tiniebla es tenebrosa para ti, y la noche es luminosa como el día»[31]. A cada uno de ustedes se le abrirá entonces la puerta del paraíso[32]. Entonces gozarán de las aguas llenas de fragancia y que les traen a Cristo. Que perciban entonces la llamada de Cristo y la fuerza de las realidades divinas[33]. Miren ya ahora hacia arriba con los ojos abiertos de la mente: contemplen en sus ánimos los coros de los

---

[25] Cf. más arriba, nota 13, Cf. además sobre el kairós los vocabularios y manuales de teología bíblica.
[26] Sal 26,11 .
[27] Cirilo es plenamente consciente de que el que dejará de ser catecúmeno y pasará al grupo de los que tienen fe es mucho lo que se está jugando. Una vez que uno es «fiel» (tiene fe), puede descansar en esa fe. Pero el que no ha recibido el bautismo no debe vivir en la despreocupación. La edición de Migne PG 33,354, nota 9, comenta: «No culpa Cirilo a los fieles porque estén sin preocupaciones. Dice solamente que, una vez recibido el bautismo, están ya libres de la preocupación que acerca de su futuro debe existir en el todavía no bautizado».
[28] Cf Gén 7,9.
[29] Cf 1 Tim 2,12; 1 Cor 14,34.
[30] Referencia al episodio de la súplica de Ana, I Sam I, 10 ss.
[31] Sal 139,12.
[32] Vid., cat. 19, n. 9.
[33] Vid. cat. 3, núms. 3 y 13.

ángeles, al Padre señor de todas las cosas en su trono, al Hijo unigénito sentado con él a su derecha y al Espíritu presente junto a ellos, y a los tronos y dominaciones como siervos. E imaginad que cada uno de ustedes ya haya conseguido la salvación. Sus oídos lo habrán escuchado: deseen oír aquella voz hermosa con que les aclamarán los ángeles al recibir ustedes la salvación: «¡Dichoso el que es perdonada su culpa, y le queda cubierto su pecado![34]. Entraran entonces como astros de la Iglesia resplandecientes en sus cuerpos y en sus almas.

Exhortación al proceso en el que se va a entrar

16. Y realmente es algo grande el bautismo de que hablamos: rescate de los cautivos, perdón de los pecados, muerte del pecado, nuevo nacimiento del alma, vestidura luminosa, santo sello imborrable[35], vehículo al cielo, delicias del paraíso, medio para el reino, don de la adopción como hijos. Por lo demás, ten en cuenta que el dragón observa junto al camino a quienes pasan: procura que no te muerda por tu infidelidad; él ve a los muchos que se salvan y busca a quien devorar[36]. Te acercas al Padre de los espiritus[37], pero es necesario pasar por aquel dragón. ¿Cómo le evitarás? Calza tus pies con el celo por el evangelio de la paz[38], para que, aunque te clave el diente, no te hiera: ten la fe en tu interior y una esperanza firme. Cálzate bien para que entres hasta el Señor aunque el acceso esté ocupado por el enemigo[39]. Prepara tu corazón para recibir la enseñanza y para la participación en los santos misterios. Ora frecuentemente para que Dios te regale con los misterios celestes e inmortales, y no le dejes ni de día ni de noche. Y cuando el sueño se aparte de tus ojos, que tu mente se ocupe en la oración. Si ves que algún torpe pensamiento asalta tu alma, que te ayude la idea del juicio, que te recordará la salvación; ten ocupada tu mente en aprender para que olvide los pensamientos depravados. Si ves a alguien diciéndote: ¿Entrarás allí para bajar al agua? ¿Acaso no tiene baños la nueva ciudad?[40], sábete que el dragón marino maquina estas cosas contra ti[41]; no atiendas a las voces de quienes te

[34] Sal 32,1. Cf Sal 65, 3b-4: «Hasta ti toda carne viene con sus obras culpables; nos vence el peso de nuestras rebeldías, que tú las borras».
[35] Por «sello» se traduce la expresión griega sfragis, de donde los teólogos deducirán más tarde la doctrina del «carácter» sacramental, que expresa, aplicado al bautismo y con los matices propios de este sacramento, que quien se hace bautizar es propiedad de aquel que le ha sellado, Jesucristo. Con el «carácter» se expresa también una garantía de la salvación recibida en el bautismo. Cf al respecto, además de los tratados sobre los sacramentos del bautismo, confirmación y orden, también los diccionarios bíblicos: art. Sello, en X. LEON-DUFOUR, Vocabulario de teología bíblica, Barcelona, ed. revisada, 1973, 841-842.
[36] Cf. 1 Pe 5,8.
[37] Hebr 12,9 contrapone, todo el versículo, la situación anterior al encuentro con Jesucristo, que supuso el co mienzo del catecumenado, y la nueva realidad en que se está a punto de entrar al culminar la iniciación cristiana: «Además, teníamos a nuestros padres según la carne, que nos corregían, y les respetábamos. ¿No nos someteríamos mejor al Padre de los espíritus para vivir?» Cf Núm 27,16; 2 Mac 3,24 habla de Dios como «el Soberano de los Espíritus y de toda Potestad».
[38] Cf. Ef 6,15 (y su contexto).
[39] Cf. cat. 1, núm. 5.
[40] Se refiere a baños públicos construidos entonces recientemente en la ciudad de Jerusalén. En cualquier caso, la pregunta está pensada como una posible burla hacia el candidato al bautismo de parte de quienes pensaran que, no siendo el bautismo nada superior a los baños humanos, la ciudad tenia mejores instalaciones que las piscinas bautismales de las iglesias. La expresión supone el bautismo de inmersión.
[41] Sin entrar ahora en mayores detalles, cf, sobre «el dragón marino», las alusiones de Is 27,1, Jb 3,8, Apoc 12,3 (donde el «gran Dragón rojo» es referencia a Satanás). Cf. también Gén 3,15, en el contexto del primer anuncio del Evangelio. Por eso la afirmación aquí de Cirilo lleva adjunto el anuncio de un Dios en definitiva victorioso frente al diablo como enemigo personal del hombre.

hablen, sino al Dios que actúa[42]. Guarda tu alma para que no puedas ser cogido por artimañas, de modo que, manteniéndote en la esperanza, llegues a ser heredero de la salvación eterna.

17. En verdad anunciamos y enseñamos estas cosas en cuanto hombres: no construyan este edificio nuestro con heno, pajas y rastrojos, para evitar sufrir daño si llega a arder. Hagan la obra con oro, plata y piedras preciosas[43]. Yo te lo digo, pero es a ti a quien toca poner manos a la obra, que es Dios quien debe rematarla. Afirmemos nuestra mente, pongamos en tensión nuestra alma, preparemos el corazón: nos va en ello la vida, pues esperamos las realidades eternas[44]. Pero poderoso es Dios (que ha escrutado sus corazones y ha percibido quién es veraz y quién es falso) como para proteger al sincero y hacer fiel al hipócrita y al simulador. Pues Dios puede hacer fiel al infiel con tal de mostrarle el corazón.

Que sea él quien borre el protocolo que existe contra ustedes[45] y que se olvide de sus anteriores delitos, alistándoos en la Iglesia y haciéndoos soldados suyos mientras les ciñe las armas de la justicia: que les llene de las realidades celestiales de la nueva Alianza y les conceda eternamente el sello imborrables[46]47 del Espíritu Santo: en Cristo Jesús nuestro Señor, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos[47]. Amén.

---

[42] Cf. cat. 3, n. 3; cat., 17, n. 35.
[43] Cf. 1 Cor 3 12-15.
[44] Cf. cat. 1, n. 5.
[45] Cf Col 2,14; «Canceló la nota de cargo que habia contra nosotros, la de las prescripciones con sus cláusulas desfavorables...».
[46] Cf. lo dicho en nota 36.
[47] La edición de las catequesis en PG 33 contiene un nota final «al lector», cuyo texto señala: «Estas catequesis a los que han de ser iluminados muéstralas a los que han de recibir el bautismo y a los que ya lo recibieron. Pero no se las entregues en modo alguno a los catecúmenos y a los que no sean cristianos, pues en caso contrario habrás de dar cuenta a Dios. Y si sacas copia de un ejemplar de las mismas, hazlo como en la presencia de Dios» (PG 33, 365-366).

CATEQUESIS I

INVITACIÓN AL BAUTISMO

Pronunciada en Jerusalén, contiene una introducción a los que se aproximan al bautismo. El punto de partida es Is 1.16: "Lávense, purifíquense, quiten de delante de mis ojos las fechorías de sus almas"[48].

Dios les aguarda

Son ya discípulos de la nueva Alianza y partícipes de los misterios de Cristo, ahora por vocación, pero dentro de poco también como un don: haganse un corazón nuevo y un espíritu nuevo[49] para que se alegren los moradores del cielo. Pues si, como dice el evangelio, «habrá alegría por un solo pecador que se convierte»[50], ¿cuánto más no moverá a la alegría a los habitantes del cielo la salvación de tantas almas? Habiendo entrado por un camino ancho y hermoso, recorran cautelosamente la senda de la piedad. Pues el unigénito Hijo de Dios está plenamente dispuesto para la redención de ustedes y señala: «Vengan todos los que están cansados y agobiados y yo les aliviaré»[51]. Los que llevan el pernicioso vestido de sus ofensas[52] y están oprimidos por las cadenas de sus pecados, escuchen la voz del profeta que dice: «Lávense, purifíquense, quiten de delante de mis ojos las maldades de su alma»[53], de modo que les aclame el coro de los ángeles: «Dichoso el que es perdonado de su culpa, y le queda cubierto su pecado»[54]. Los que han encendido hace poco por primera vez las lámparas de la fe[55], sostenganlas en las manos sin que se apaguen, para que aquel que en otro tiempo abrió por la fe el paraíso al ladrón en este santísimo monte del Gólgota[56] les conceda también a ustedes cantar el cántico nupcial.

Nuevo nacimiento desde el pecado al hombre nuevo

2. Si alguno es ahora esclavo del pecado, prepárese mediante la fe para la regeneración liberadora de la adopción filial. Y abandonada la funesta servidumbre de los pecados, una vez dedicado al dulce servicio del Señor será juzgado digno de disfrutar la herencia del reino celestial. Desvístanse por medio de la confesión del hombre viejo, que se corrompe por las

---

[48] Por estas palabras introductorias y por el contenido mismo, se observa que la presente catequesis es una invitación al bautismo.
[49] Ez 18,31b.
[50] Lc 15,31.
[51] Mt 11,28.
[52] Cf. Procatequesis, n. 3; cat. 15, n, 25.
[53] De nuevo Is 1,16.
[54] Sal 32,1. Se trata de un característico salmo penitencial.
[55] Procat., 1, ya señalaba: «Tengan en las manos las lámparas para ir a buscar a la esposa». A ese mismo hecho hace alusión otra vez la presente catequesis; los catecúmenos que en breve habrían de recibir el bautismo llevaban lámparas encendidas.
[56] Cf Lc 23,43.

concupiscencias del error, para revestirse del hombre nuevo, que se renueva por el conocimiento de aquel que le creó[57]. Reciban por la fe las arras del Espíritu[58] para que puedan ser recibidos en las moradas eternas[59]. Acerquense (a recibir) el sello espiritual para que puedan ser reconocidos favorablemente por su dueño[60]. Serán contados en la santa y fiel grey de Cristo a fin de que, como en otro tiempo fueron separados a su derecha, ahora consigan la vida eterna que se les ha preparado. Quienes sufren todavía la aspereza de su pecados (como la de una piel con vello), se quedarán en pie a la izquierda, puesto que todavía no han tenido acceso a la gracia de Dios, que se da por medio de Cristo en el lavatorio de la regeneración. Pero no me refiero a la regeneración de los cuerpos, sino al nuevo nacimiento del alma por el Espíritu. Pues los cuerpos son engendrados por padres visibles, pero las almas vuelven a nacer de nuevo por la fe; ya que «el Espíritu sopla donde quiere» (Jn 3,8)[61]. Si se te considera digno, te será licito oír: «Bien, siervo bueno y fiel» (Mt 25,21), lo que sucederá cuando tu conciencia no te pueda acusar en absoluto de simulación.

Aprestarse a escuchar a Dios

3. Si alguno de los que están aquí cree que podrá tentar a la gracia de Dios, se engaña a sí mismo e ignora la fuerza de las cosas. Ten, hombre, un ánimo sincero y libre de engaño por causa de aquel que escruta corazones y entrañas (cf. Sal 7,10; Jer 11,20). Quienes hacen alistamientos de soldados, examinan la edad[62] y los cuerpos; así, cuando Dios hace un alistamiento de las almas, examina las voluntades y, si alguien vive en la hipocresía, lo rechaza por inadecuado para una verdadera milicia. Pero si lo encuentra digno, le otorga su gracia de manera muy rápida[63]. No da lo santo a los perros (cf. Mt 7,6), sino que, cuando ve una conciencia honesta, le confiere el sello saludable y admirable[64] temido por los demonios y que reconocen los ángeles; de manera que aquellos huyen expulsados, pero éstos lo abrazan como por un parentesco familiar. Por consiguiente, quienes reciben aquel sello espiritual y saludable, es necesario que se esfuercen también personalmente. Del mismo modo que quienes se sirven de una pluma para escribir o de una flecha también tienen que esforzarse, asimismo la gracia necesita del esfuerzo de los que creen.

Del catecumenado a los frutos de la fe

---

[57] Cf Ef 4,22-25; Col 3,10.
[58] Cf 2. Cor 5,5.
[59] Cf Lc 16,9.
[60] Cf. Procatequesis, nota 36. Cf. cat. 15, núm. 25.
[61] En las frecuentes alusiones concretas, ahora a Jn 3,8, pero constantemente con la mención del nuevo nacimiento, etc., se ve toda la influencia de Jn 3,1-21, conversación de Jesús con Nicodemo, en las catequesis de Cirilo. En el fondo se da a entender con ello la idea frecuentísima en la catequesis patrística de que por la fe y el bautismo el hombre es engendrado de nuevo: la iniciación cristiana como creación de una humanidad nueva.
[62] También puede traducirse por «las medidas».
[63] Vid. cat. 3, núm. 1.
[64] En esta misma catequesis, núm. 2, se ha hecho, ya mención de este «sello espiritual...». También se ha hecho mención de la anterior nota 36 y de cat. 15, núm. 21. No se volverá a insistir más sombre esto, únicamente, recordar que la ed. de Migne, PG 33,373 vuelve a mencionar la semejanza entre el «sello» y el «carácter del bautismo» con las marcas impresas en los ganados para distinguir quiénes eran sus dueños, o también con las señales grabadas con hierro candente en los soldados. Una cierta tosquedad en la comparación permite hacer entender de modo bastante plástico que el bautizado será ahora siervo sólo de Cristo.

4. No recibes armas corruptibles sino espirituales. Serás introducido en un paraíso racional, recibiendo un nuevo nombre que antes no tenías (probable alusión a Apoc 2,7b,17c)[65]. Antes eras catecúmeno, ahora serás llamado fiel[66]. Eres trasplantado a buenos olivares, desde un olivo silvestre a un buen olivo (cf. Rom 11,24); de los pecados a la justicia, de la suciedad a la pureza. Eres hecho partícipe de una vid santa: si permaneces en la miel, crecerás como un sarmiento fructífero; pero si no permaneces, serás consumido por el fuego. Así pues, produzcamos fruto dignamente. Que no nos suceda lo mismo que a aquella vid infructuosa, no sea que, al venir Jesús, la maldiga por su esterilidad (cf. Mt 21,10). Que todos puedan, en cambio, pronunciar estas palabras. «Pero yo, como verde olivo en la casa de Dios, confio en el amor de Dios para siempre jamás» (Sal 52,10). No se trata de un olivo sensible, sino inteligible, portador de la luz. Lo propio de él es plantar y regar (cf. tal vez 1 Cor 3,6); pero a ti te corresponde aportar el fruto. Por ello, no desprecies la gracia de Dios: guárdala piadosamente cuando la recibas.

Reconocer los pecados para cambiar de vida

5. El tiempo presente es tiempo de confesión. Confiesa todo lo que hiciste, de palabra o de obra, tanto de noche como de día. Reconócelo en el tiempo aceptable, y recibe el tesoro celestial en el día de la salvación (cf. 2 Cor 6,12). Entra con interés en los exorcismos. Sé asiduo a las catequesis y graba en tu memoria lo que allí se diga. Pues no se hablará sólo para que lo oigas, sino para que selles mediante la fe[67] lo escuchado. Suprime de tu pensamiento toda preocupación humana, pues se trata de una carrera con tu propia alma. Abandona completamente lo que es del mundo. Pues se trata de cosas pequeñas; en cambio, son grandes los dones del Señor. Abandona lo que tienes delante y ten fe en lo que ha de venir. Tantos años has vivido inúltimente en la órbita del mundo. ¿No te dedicarás durante cuarenta días a la oración por tu alma? «Rindanse y reconozcan que yo soy Dios», dice la Escritura (Sal 46,11). Deja de hablar muchas cosas inútiles y deja de murmurar o de escuchar con agrado a quien murmura[68]. Manifiéstate más bien pronto y dispuesto a la súplica. Muestra, por la práctica de una vida más austera, la fortaleza y los nervios de tu alma. Limpia tu copa (cf. Mt 23, 26) para que quepa en ella una gracia más abundante; pues el perdón de los pecados se da a todos por igual pero la comunión del Espíritu Santo se concede según la medida de la fe de cada uno (Rm 12,6). Si poco trabajas, recibirás poco; pero si haces mucho, mucha será tu paga. Corres para ti mismo, mira tu propia conveniencia.

Perdón de los demás y fidelidad en la asistencia a las asambleas

---

[65] Se reproduce aquí íntegra la nota que inserta la mencionada edición de PG 33, col. 374; «"Serás introducido en un nuevo paraíso racional, recibiendo un nuevo nombre". No me resisto apenas a pensar que aquí se alude a dos pasajes del Apocalipsis, c, II, v. 7: «Al vencedor le daré a comer del leño de la vida, que está en el paraíso de mi Dios», y v. 17: «Al vencedor le daré una piedrecita blanca, y grabado en la piedrecita, un nombre nuevo». Pues aunque Cirilo no utiliza el libro del Apocalipsis como canonico, mencionó en sus catequesis algunas de sus afirmaciones. Afirma que al bautizado se le ha de abrir el paraíso, cat. 13,9, cuando, hechas las renuncias mirando desde el poniente y vuelto hacia el oriente, hace un pacto con Cristo. Pero es injertado en el verdadero olivo que es Cristo cuando es ungido antes del bautismo con el aceite exorcizado, cat. 20, n. 3. En Cristo somos, por último, injertados como en una viña cuando por el bautismo comulgamos (cat. 19, n. 7) con su muerte y su sepultura (por la que se ha plantado en la tierra la vid verdadera, cat. 14, n. 11)».

[66] Cf Procat., n. 4; cat. 5, n. 1.

[67] Cf en esta catequesis, núm. 6, procat., núm. 17.

[68] Cf. Procat., núm. 16.

6. Si tienes algo contra alguien, perdónale. Vas a recibir el perdón de los pecados: es necesario que también tú perdones a quien pecó contra ti. De otro modo, ¿cómo te atreverías a decirle al Señor: Perdóname mis muchos pecados cuando tú ni siquiera unas pocas cosas perdonas a quien es consiervo tuyo (Mt 18,23-35)? Manifiesta interés en las sinaxis[69], y no sólo ahora cuando los miembros del clero te exigen ese interés, sino también una vez que hayas recibido la gracia. Pues si ello es bueno y laudable antes de que la recibas, ¿dejará de ser bueno después de que se haya otorgado? Si antes de que estuvieses injertado había que regarte y cuidarte con esmero, ¿no era esto mucho mejor una vez plantado? Sostén el combate por tu propia alma, sobretodo en estos días. Alimenta tu alma con la lectura espiritual, pues un banquete espiritual te ha preparado el Señor. Di tú también con el salmista: «El Señor es mi pastor, nada me faltará: él me ha colocado en la tienda, en el aprisco. Hacia las aguas de reposo me conduce, y conforta mi alma» (Sal 23, 1-3). Con ello se alegrarán a la vez los ángeles y el mismo Cristo, el gran sumo sacerdote, viendo confirmado el propósito de vuestra voluntad, ofreciéndoos él también a todos ustedes, dirá al Padre: «Henos aquí a mí y a los hijos que Dios me ha dado» (Is 8,18 y Hebr 2,13), y les custodiará a todos ustedes como agradables a él. A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

[69] Asambleas o reuniones sagradas.

CATEQUESIS II

INVITACIÓN A LA CONVERSIÓN

Pronunciada en Jerusalén, trata sobre la conversión y el perdón de los pecados, y acerca del enemigo. La lectura de base es de Ezequiel 18,20b-21: «Al justo se le imputará su justicia y al malvado su maldad. En cuanto al malvado, si se aparta de todos los pecados que ha cometido, observa todos mis preceptosy practica el derecho y la justicia, vivirá sin duda, no morirá»[70]

Realidad del pecado

1. Realidad temible es el pecado y gravísima enfermedad del alma es la iniquidad: le secciona los nervios y además la dispone al fuego eterno. La maldad se da cuando hay delectación libre, un germen que lleva voluntariamente al mal. Ya el profeta señala con claridad que el pecado se comete de modo espontáneo y libre: «Yo te había plantado de la cepa selecta, toda entera de simiente legítima. Pues ¿cómo te has mudado en sarmiento de vid bastarda?» (Jer 2,21). La plantación es buena, pero el fruto es malo, malo por la libre voluntad: el que plantó está libre de culpa, pero la viña será aniquilada por el fuego; plantada para el bien, produjo el mal por su propio deleite. Pues, según el Eclesiastés, «Dios hizo sencillo al hombre, pero él se complicó con muchas razones» (Ecl 7,29). Y el Apóstol dice: «Hechura suya somos, creados... en orden a las buenas obras» (Ef 2,10). Pues siendo bueno el creador, creó «en orden a las buenas obras», pero la creatura se volvió al mal por su propio arbitrio. Grave mal es, según esto, el pecado. Pero no es irremediable: es grave para quien permanece en él. Pero es fácil de sanar a aquel que lo rechaza en la conversión. Imagínate que alguien tiene fuego en sus manos. Sin duda se abrasará mientras retenga el carbón, pero si lo arroja fuera de sí, suprime la causa de su quemadura. Pero si alguien piensa que no se quema al pecar, a ese tal le dice la Escritura: «¿Puede uno meter fuego en su regazo sin que le ardan los vestidos?» (Prov 6,27). Así pues, el pecado abrasa los nervios del alma.

El origen del pecado en el interior del hombre

2. Pero dirá alguno ¿Qué es el pecado? ¿Es un animal, un ángel o un demonio? ¿Qué es lo que lo produce?[71]. Atiende bien: no es un enemigo que te invada desde fuera, sino algo que brota de ti mismo. «Miren de frente tus ojos» (Prov 4,25) y no experimentarás la pasión. Ten lo tuyo, no te apoderes de lo ajeno y no existirá en ti la rapiña. Acuérdate del juicio y no existirán en ti la

[70] El tema de la catequesis es la conversión que se requiere antes del bautismo. La catequesis exhorta a la penitencia que pide el artículo del Credo «un único bautismo de conversión para el perdón de los pecados». Cf. sobre este particular la cat. 18, núm. 22. Es necesario también señalar que en ciertos códices se dice «trata sobre la conversión y el perdón de los pecados», pero en la explicación frontal del tema no se añade «acerca del enemigo», es decir, el diablo. Realmente el examen de la catequésis aclara que el tema es esencialmente la conversión y el perdón de los pecados, no siendo el diablo aquí más que un tema secundario.

[71] Cf cat. 4, núm. 21.

fornicación ni el adulterio ni el homicidio ni nada que sea pecaminoso. Pero si te olvidas de Dios, comenzarás a pensar en el mal y a realizar lo ilícito.

El diablo y el pecado

3. Pero no sólo tú eres origen y autor de lo que haces: hay también un depravado instigador, el diablo[72]. El tienta a todos, pero no puede con los que no consienten. Por ello dice el Eclesiastés: «Si el espíritu del que tiene poder se abate sobre ti, no abandones tu puesto»[73]. Cierra tu puerta y hazlo huir lejos de ti para que no te cause daño. Pero si das entrada con indiferencia al pensamiento libidinoso, oponiéndose a tu ánimo, plantará en ti sus raíces, atará tu mente y te arrastrará hasta la cueva de los malvados. Y si acaso dices: Soy fiel, no podrán conmigo los malos deseos, aunque frecuentemente los tenga en mi ánimo. ¿Ignoras tal vez que la raíz que permanece tiempo ligada a la piedra acaba siempre rompiéndola? No aceptes siquiera el germen, porque hará añicos tu fe. Arranca de raíz el mal antes de que florezca, no sea que, actuando negligentemente desde un comienzo, tengas luego que pensar en el fuego (cf. Jer 23,29) y en el hacha (Mt3,10). Cúrate a tiempo la inflamación de ojos, para que no te quedes ciego y busques entonces médico.

4. Causante primero del pecado es el diablo, origen de la maldad. Esto no lo he dicho yo, sino el Señor: «Porque el diablo peca desde el principio»[74]. Antes que él nadie pecó. Pero no pecó por fuerza de la naturaleza[75], como si hubiese estado obligado al pecado (en ese caso, habría incurrido en pecado quien le hubiese hecho tal), sino que, creado bueno, se convirtió en diablo tomando nombre de su actuación[76]. Pues, habiendo sido arcángel[77], se le ha llamado posteriormente diablo (o calumniador, Satanás), habiéndosele considerado después así en virtud de la cosa misma. Satanás es, pues, lo mismo que adversario[78]. Las pruebas no las aporto yo, sino el profeta Ezequiel: «Eras el sello de una obra maestra y corona de hermosura, engendrado en el paraíso divino» (Ez 28,12 var.). Y poco más abajo: «Fuiste perfecto en tu conducta desde el día de tu creación, hasta el día en que se halló en ti iniquidad» (28,15)[79]. Esto no te vino de fuera,

---

[72] Cat. 4, núms. 21, 24.

[73] Ecl 10,4, que completa el consejo con las palabras: «que la flema libra de graves yerros». Es la versión de la Biblia de Jerusalén, y el versiculo parece ser de por si un consejo de prudencia ante los errores de la autoridad. La interpretación que hace el texto de la catequesis supone otro contexto diferente, el de la tentación, pero la intención es válida: mantenerse firme en las dificultades de la tentación.

[74] En realidad la frase no es del Evangelio, sino de 1 Jn 3,8: «Quien comete el pecado es del Diablo, pues el diablo peca desde el principio. El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo». Pero en una línea semejante sí existe en Jn 8,44, puesta en boca de Jesús, esta afirmación: «Este (el diablo) era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira».

[75] Probablemente, al negar la posibilidad de pecar «por fuerza (mejor, «por necesidad») de la naturaleza», como si el pecado fuese una exigencia ontológica del ser del diablo, está pensando Cirilo en la afirmación al respecto extendida entre gnósticos y maniqueos (cf. PG 33, 386, nota 8).

[76] La palabra griega diábolos, significa «calumniador», «detractor», «acusador», funciones que realiza sobre y contra el hombre.

[77] Esta idea del origen angélico del diablo se repite también en Cirilo, por ejemplo, en cat. 8, n. 4.

[78] Variante también posible: «Satanás significa pues diablo» (o calumniador). De hecho, en las versiones griegas de la Biblia la expresión hebrea «Satán» se traduce a menudo por diábolos.

[79] El oráculo profético se refiere propiamente a la caída del rey de Tiro. En realidad, el pasaje entero, Ez 28, 1-19, es un poema-oráculo contra aquel. Una nota de la Biblia de Jerusalén a 28,11, donde comienza la predicción de la mencionada caída, señala: «Por una acomodación espontánea, la tradición cristiana ha aplicado a menudo este poema a la caída de Lucifer».

sino que tú mismo engendraste el mal. Poco más abajo señala la causa: «Tu corazón se ha pagado de tu belleza, has sido herido por la muchedumbre de tus pecados, sí, por tus pecados. Yo te he precipitado en tierra» (28,17 var.). Lo mismo dice el Señor en el Evangelio en el mismo sentido: «Veía a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lc 10,18). Ya ves la consonancia entre ambos Testamentos. Al caer aquél, arrastró a muchos consigo. A quienes le siguen les sugiere malos deseos, de lo que se siguen el adulterio, la fornicación y cualquier clase de mal. Por causa suya fue expulsado nuestro primer padre Adán del paraíso y cambió éste, del que brotaban frutos admirables, por una tierra que le ofrecía espinas.

Esperanza para el pecador

5. Entonces, dirá alguno, ¿hemos perecido engañados? ¿no habrá salvación alguna? Caímos, ¿podremos levantarnos? (Jer 8,4). Hemos quedado ciegos ¿podremos recuperar la vista? Estamos cojeando, ¿no hay esperanza de que caminemos correctamente alguna vez? Diré en resumidas cuentas: ¿No podremos alzarnos después de haber caído? (cf.Sal 41,9) ¿Es que acaso quien resucitó a Lázaro, con hedor ya de cuatro días (Jn 11,39), no te resucitará vivo también a ti? Quien derramó su preciosa sangre por nosotros nos liberará del pecado para que no claudiquemos de nosotros mismos (cf. Ef 4,19)[80], hermanos, cayendo en un estado de desesperación. Mala cosa es no creer en la esperanza de la conversión. Quien no espera la salvación acumula el mal sin medida; pero el que espera la curación, fácilmente es misericordioso consigo mismo. Igualmente el ladrón que no espera que se le haga gracia llega hasta la insolencia; pero, si espera el perdón, a menudo termina por hacer penitencia. Si incluso una serpiente puede mudar la piel, ¿no depondremos nosotros el pecado? También la tierra que produce espinas se vuelve feraz si se la cultiva con cuidado: ¿Acaso podremos obtener nosotros de nuevo la salvación? La naturaleza es, pues, capaz de recuperación, pero para ello es necesaria la aceptación voluntaria.

Misericordia y amor de Dios hacia el pecador

6. Dios ama a los hombres, y no en escasa medida. No digas tú entonces: He sido fornicario y adúltero, he cometido grandes crímenes, y ello no sólo una vez sino con muchísima frecuencia. ¿Me perdonará, o más bien se olvidará de mí? Escucha lo que dice el salmista: «¡Qué grande es tu bondad, Señor!» (Sal 31,20). Tus pecados acumulados no vencen a la multitud de las misericordias de Dios. Tus heridas no pueden más que la experiencia del médico supremo. Entrégate sencillamente a él con fe; indícale al médico tu enfermedad; di tú también con David: «Sí, mi culpa confieso, acongojado estoy por mi pecado» (Sal 38,19). Y se cumplirá en ti lo que también se dice: «Y tú has perdonado la malicia de mi corazón» (Sal 32,5)[81].

7. ¿Quieres ver el amor de Dios al hombre tú, que hace poco que vienes a las catequesis? ¿Quieres contemplar la benignidad de Dios y la enormidad de su paciencia? Mira el caso de Adán. Es el primer hombre que Dios creó, y pecó: ¿no pudo advertirle de que a continuación

[80] Esta versión de Ef 4,19, es más próximo a la traducción que hace la Vulgata del versículo, examinando el cual y su contexto se percibe la idea paulina de que, privado el hombre del contacto con Cristo, se termina por caer en una situación de desenfreno que perjudica al mismo ser humano como tal: Ef 4,17. Es una idea afin a Rom 1,18-32.
[81] Todo el Salmo 32 es importante como expresión del perdón tras el reconocimiento del pecado. El versículo 5, completo, señala: «Mi pecado te reconocí, y no oculté mi culpa; dije: "Me confesaré a Yahveh de mis rebeldías". Y tu absolviste mi culpa, perdonaste mi pecado».

moriría? Pero mira lo que hace el Dios que tanto ama a los hombres. Lo arroja del paraíso (pues por el pecado no era digno de vivir allí). Y lo coloca en cualquier lugar fuera de allí (cf. Gén 3,24), para que, al ver de dónde ha caído y a dónde ha sido arrojado, consiga luego la salvación mediante la conversión. Caín, primer hombre dado a la luz, se convirtió en fratricida; maquinador del mal, autor y causante de asesinatos, y primer envidioso, quitó después de en medio a su hermano. ¿A qué pena se le condena?: «Vagabundo y errante serás en la tierra» (Gén 4,12). Grande fue el pecado, pero leve el castigo.

8. Y ésta fue verdaderamente la clemencia de Dios, pero pequeña todavía con respecto a lo que siguió. Pues piensa en lo que sucedió en tiempo de Noé. Pecaron los gigantes y la maldad se extendió grandemente sobre la tierra (cf. Os 4,2)[82]. Por ella se provocó el diluvio: en el año quinientos profirió Dios su amenaza (cf. Gén 6,13)[83]. ¿No crees que la benignidad de Dios se extendió durante cien años cuando se podía haber infligido el castigo al momento? Todo lo alargó para dar lugar a la conversión. ¿Acaso no ves la bondad de Dios? Ni siquiera aquellos hombres, si hubiesen recobrado entonces el buen sentido, habrían notado que les faltaba la clemencia divina.

La bondad de Dios es mayor que el pecado

9. Hablemos ahora de aquellos que se han salvado a través de la conversión. Habrá entre las mujeres quien diga: soy una prostituta, he sido adúltera, manché mi cuerpo con toda clase de lujuria. ¿Qué posibilidad existe de salvación? Observa, mujer, el caso de Rahab, que también para ti hay salvación. Pues si la que se dedicaba a la prostitución abierta y públicamente obtuvo su salvación mediante la conversión, ¿acaso quien abusó de su cuerpo alguna vez antes de haber recibido la gracia no obtendrá la salvación por la penitencia y el ayuno? Date cuenta de cómo se salvó, pues simplemente dijo: «Yahveh, el Dios de ustedes, es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra» (Jc 2,11)[84]. No se atrevía por pudor a decir que era suyo. Pero si deseas recibir el testimonio recogido en las Escrituras acerca de su salvación, tienes escrito en los Salmos: «Cuento a Rahab y a Babilonia entre los que me conocen» (Sal 87,4). Grande es la benignidad de Dios, que en las Escrituras hace memoria incluso de las meretrices. Y no dice simplemente «cuento a Rahab y a Babilonia», sino que añadió lo de «entre los que me conocen». Así pues, los hombres y mujeres pueden obtener la salvación mediante la conversión.

10. Y aunque todo el pueblo hubiese pecado, ello no supera a la benignidad divina. El pueblo había frabricado un becerro, pero Dios no se arrepintió de su clemencia. Negaron los hombres a Dios, pero Dios no se negó a sí mismo (cf. 2 Tim 2,13). «Entonces ellos exclamaron: "Estos son tus dioses, Israel"» (Ex 32,4); y sin embargo, según su modo de actuar, el Dios de Israel los custodió. Tampoco fue el pueblo el único que pecó, pues también peco Aarón, el sumo sacerdote. Moisés, en efecto, dice: «También contra Aarón estaba Yahvé violentamente

[82] A la iniquidad extendida sobre Israel, según Oseas, hace aquí referencia la edición de PG 33,391, nota 62. Pero más bien habría que pensar en Gén. 6,1-4, pasaje sobre el que tiene un indudable valor sintético la nota general de la Biblia de Jerusalén.
[83] La mención del año «quinientos» y «seiscientos» se refiere a años de la vida de Noé, si se toman al pie de la letra Gén 5,32 y 7,6.
[84] La Biblia de Jerusalén comenta a este versículo: «Rajab se ha salvado por su fe, Hb 11,31, y justificado por sus obras, Sant 2,25. Esta extranjera, que con su fe y su caridad consigue la salvación de toda su casa, se ha convertido entre los Padres en imagen de la Iglesia».

irritado... Intercedí también entonces en su favor y Dios le perdonó» (Dt 9,20). Ya Moisés, suplicando en favor del sumo sacerdote pecador, suavizó la ira de Dios. ¿YJesús, el Hijo único que ora por nosotros, no aplacará a Dios? No le impidió a Aarón, a pesar de su culpa, que llegase a ser sumo sacerdote. ¿Te obstaculizará a ti que, por provenir de los gentiles, entres en la salvación? Haz igualmente penitencia tú también, oh hombre: no se te negará la gracia. Adopta después una vida irreprensible: Dios ama verdaderamente a los hombres y nadie puede explicar su clemencia a causa de su dignidad personal: incluso aunque se juntasen todas las lenguas de los hombres, ni siquiera así podrían explicar una parte de su benignidad, es decir, ni siquiera una parte de lo que se ha escrito acerca de la benignidad de Dios para con los hombres. Pero tampoco sabemos además cuánto perdonó a los ángeles, pues también a ellos les perdona, pues realmente sólo existe uno que esté sin pecado, el que nos libra de éste, Jesús[85]. Pero ya se ha dicho suficiente acerca de los ángeles.

El ejemplo de la conversión de David

11. Pero si lo deseas, te presentaré también otros ejemplos que se refieren a nosotros: piensa en el bienaventurado David, claro ejemplo de conversión. Gravemente pecó cuando, después de acostarse, paseó en las horas de la tarde por la terraza mirando descuidadamente y cayendo en su debilidad humana (cf. 2 Sam 11,2). Cometió el pecado, pero, al confesarlo, no desapareció totalmente el brillo de su alma. Se presentó el profeta Natán, que le corrigió diligentemente y fue el médico de sus heridas (cf. 2 Sam 12,1-1 5a). «Se ha airado el Señor y has pecado»[86]. Esto se lo decia un particular al rey. Pero el rey, pese a la dignidad de la púrpura, no se indignó. Pues no tenía en cuenta a quien hablaba, sino al que le había enviada a éste. No le cegó la cohorte de soldados que le rodeaba, pues pensaba en el ejército de los ángeles del Señor y temblaba «como si viese al invisible». Y respondió al enviado, o más bien, al Dios que le enviaba: «He pecado contra el Señor» (2 Sam 12,13). Ya ves la sumisión y la confesión del rey: ¿Acaso alguien le había declarado convicto? ¿Había muchos que conociesen el delito? El hecho se había producido rápidamente, pero el profeta se había presentado pronto como acusador. Apenas producida la ofensa, se confiesa el pecado. Al ser reconocido con claridad y sencillez, fue sanado rapidísimamente. Pues el profeta Natán, que le había conminado, le dice al momento: «También Yahvé perdona tu pecado» (ibid). Observa cómo cambia muy rápidamente el Dios que ama a los hombres. Dice, no obstante: «Provocando (a Dios), has provocado a los enemigos del Señor» (2 Sam 12,14, según versiones). Tenias muchos enemigos a causa de la justicia, pero te protegía la castidad. Pero cuando has descuidado esta protección, tienes a tus enemigos en pie para alzarse contra ti. Esta fue la forma como le consoló el profeta.

12. Pero el bienaventurado David, a pesar de haber oído lo de que «Dios ha perdonado tu pecado», no descuidó hacer penitencia aunque fuese rey, sino que, en lugar de la púrpura, se vistió de saco, y se sentaba no en asientos de oro, sino sobre ceniza y en el suelo[87]. Pero no sólo se sentaba en la ceniza, sino que también se alimentaba de ella, como dice él mismo: «El pan que como es la ceniza» (Sal 102,10). Su ojo lujurioso lo colmó de lágrimas, según dice: «Baño mi lecho cada noche, inundo de lágrimas mi cama» (Sal 6,7). Cuando los príncipes le exhortaban a

[85] Sobre la difícil afirmación de Cirilo acerca del pecado de los ángeles, cf. PG 33, 394-395

[86] Esas palabras no son propiamente de la Escritura. Según PG 33, 396, pueden ponerse en relación con Isaías 64,4: «He aquí que estuviste enojado, pero es que fuimos pecadores», en el contexto de una meditación-súplica a la vista de la historia de Israel.

[87] Interpretación de 2 Sam 12,16.

que probase el pan, no asintió y continuó su ayuno hasta el séptimo día (2 Sam 12, 17-20). Si el rey se manifestaba así, ¿no harás lo mismo tú que eres un simple particular? Después de la rebelión de Absalón, al ofrecérsele (al rey) diversos caminos para la huida, eligió hacerlo a través del monte de los Olivos (2 Sam 15,23), como invocando en su mente al Libertador, que desde aquí había de ascender a los cielos[88]. Y como le hiriese Semeí con duras maldiciones, respondió: «Déjenlo»[89], pues sabía que a quien perdona se le dará el perdón[90].

Otros ejemplos de penitencia

13. Ves que es cosa buena el confesar. Y ves que es la salvación para los que se convierten. También Salomón había caído (I Re 11,4), pero, ¿cuál es la razón de decir: «Después hice penitencia»[91]? También Ajab, rey de Samaria era un malvado adorador de ídolos, de notoria maldad, asesino de profetas, impío, codicioso de campos y viñas ajenas (I Re 20-21). Pero cuando hizo perecer a Nabot por instigación de Jezabel, y una vez llegado el profeta Elías que quiso amenazarle, rasgó sus vestidos y se vistió de saco. ¿Qué dice entonces el Dios misericordioso a Elías?: «¿Has visto cómo Ajab se ha humillado en mi presencia?» (I Re 21,29), como queriendo calmar el genio del profeta inclinándolo hacia el penitente. Y dice: «No traeré el mal en vida suya» (ibid.; para todo el episodio, cf. 1 Re 21, 17-29). Y aunque el rey, después del perdón, no habría de apartarse del pecado, Dios le perdona incondicionalmente, no porque desconociese el futuro, sino concediendo su misericordia en el momento en que está mostrando la conversión. Propio de un juez justo es dictar sentencia ajustada a cada uno de los hechos.

14. En otra ocasión estaba en pie Jeroboam ofreciendo sobre un altar sacrificios a los ídolos: su mano sufrió una parálisis por haber mandado apresar al profeta que le recriminaba. Pero al experimentar por sí mismo la potestad de aquel hombre, exclamó: «Aplaca, por favor, el rostro de Yahvé tu Dios» (1 Re 13,6; cf. 13,1ss). Y en virtud de esta palabra le fue restablecida totalmente la mano. Pero si un profeta curó a Jeroboam, ¿acaso no podrá Cristo liberarte sanándote de tus pecados? También Manasés cometió numerosos crímenes: fue el que hizo matar a Isaías, se contaminó con todo género de idolatrías y llenó a Jerusalén de muertes de inocentes (2 Re 21,16). Pero, conducido cautivo a Babilonia, por la experiencia de su propio mal utilizó la medicina de la conversión. Pues dice la Escritura que Manasés se humilló profundamente en presencia del Dios de sus padres y «oró a él y Dios accedió, oyó su oración y le concedió el retorno a Jerusalén, a su reino» (2 Crón 33,12,13). Si éste, que había hecho aserrar al profeta[92], se salvó mediante la conversión, ¿no te salvarás también.tú, que no has cometido nada tan grave?

Confiar en la posibilidad de la conversión. Ezequías

[88] Cirilo hace aquí alusión a Lc 24,50-51, la Ascensión, en combinación con Hech 1,12: «... se volvieron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos».
[89] Más exactamente: «Dejadle que maldiga, pues se lo ha mandado Yahvé» (2 Sam 16, 11).
[90] Cf. de hecho 2 Sam 16,12: «Acaso Yahvé mire mi aflicción (tal vez «mi falta») y me devuelva Yahvé bien por las maldiciones de este día».
[91] La frase es traducción tanto del original griego como de la versión latina. Parece hacer referencia a Prov 24, 32, pero aquí Cirilo, como observa PG 33,390, utiliza un débil y complicado argumento para hablar de la conversión de Salomón, interpretando como tal el contexto por Prov 24,30-34.
[92] Es una traducción judía la que menciona esta forma de martirio de Isaías, aunque los datos no son plenamente seguros.

15. No desconfíes sin motivo de la fuerza de la conversión. ¿Quieres saber realmente la fuerza que tiene la penitencia? ¿Quieres conocer a fondo esta fortísima espada de la salvación y aprender el valor que tiene la confesión?[93]. Por la conversión aniquiló Ezequías a ciento ochenta y cinco mil enemigos (2 Re 19,35). Y esto es realmente admirable, pero es poco en comparación con el hecho de haber cambiado mediante la conversión la sentencia divina que ya había sido pronunciada contra él. Pues Isaías le había dicho en su enfermedad «Da órdenes acerca de tu casa, porque vas a morir y no vivirás» (2 Re 20,1). Y no había, pues, expectativas, una vez que el profeta había dicho «vas a morir». Sin embargo, no revocó Ezequías su conversión, acordándose de lo que está escrito: «Por la conversión y calma serán liberados» (Is 30,15)[94]. Se volvió a la pared y elevando desde el lecho su mente al cielo (el grosor de las paredes no podía impedir sus devotas preces), exclamó: «¡Señor, acuérdate de mí!» (cf. Is 38,3), como si dijera: «Para mi salud me basta que te acuerdes de mí, tú que no estás sometido al tiempo, sino que has creado las leyes de la vida. La razón de nuestra vida no está en el origen ni el tamaño de cada uno de los astros, como algunos sueñan, sino que eres tú quien rige la vida y su duración según los planes de tu voluntad». A causa del anuncio del profeta (cf. Is 38,1) había perdido (Ezequías) la esperanza de vivir, pero el tiempo de su vida le fue prorrogado en quince años, de lo que se le ofreció como signo el retroceso del sol (38,8). El sol volvió atrás por Ezequías. E igualmente llegó a faltar el sol a causa de Cristo, no retrocediendo sino apagándose[95], mostrando así la diferencia entre Ezequías y Jesús. Pero si aquel pudo anular la sentencia de Dios, ¿no podrá Jesús conceder el perdón de los pecados? Apártate de ellos y llóralos en tu alma; cierra las puertas y ora para que te sean perdonados (cf. Mt 6,ó), de modo que Dios sofoque las llamas ardientes que brotan de ti, pues la confesión[96] puede extinguir el fuego y amansar a los leones.

Los tres jóvenes y Nabucodonosor

16. Pero si no crees, piensa en lo que les sucedió a Ananías y a sus compañeros. ¿Cuántos sextarios de agua[97] se necesitaban para apagar una llama que se elevaba hasta los cuarenta y nueve codos (Dan 3,47)? Pero donde más alta era la llama, allí se derramó la fe como si fuese un río, y señalaban el remedio de los males: «Eres justo en todo lo que nos has hecho... Sí, pecamos, obramos inicuamente» (Dan 3,27,29). Y la penitencia disolvió las llamas. Pero si desconfias de que la conversión pueda apagar el fuego de la gehenna, aprende de lo que les sucedió a Ananías y a sus compañeros. Aunque algún oyente agudo podrá decir: «Dios los liberó entonces justamente». Puesto que no quisieron dar culto al ídolo, les concedió Dios la fuerza y el poder. Y como verdaderamente fue así, pasaré ahora a otro ejemplo de conversión.

17. ¿Qué opinión tienes acerca de Nabucodonosor? ¿No has oído por las Escrituras que fue sanguinario y fiero como un león? ¿No has oído que sacó los huesos de los reyes de sus sepulcros para arrojarlos al aire? (cf.Jer 8,1ss)? ¿No has oído que se llevó al pueblo al destierro y que cegó los ojos del rey tras hacerle contemplar la degollación de sus hijos? (2. Re 25, 7) ¿Y

---

[93] La «confesión» mencionada aquí es la confesión de fe. Debe tenerse en cuenta que tras la «entrega», traditio del Símbolo de la fe tiene que venir la «confesión» de fe en la «devolución» o redditio del Credo. Cirilo se refiere a la fuerza que tiene la confesión de la fe en el camino que conduce a la iniciación cristiana.
[94] Por otra parte, la enfermedad, la curación y el subsiguiente cántico de acción de gracias de Ezequías aparece también en Is 38.
[95] Sobre Ezequías cf. también Eclo 48,26. En el caso de Jesús, cf. el oscurecimiento del sol en Mc 15,33 par.
[96] El tema al que se apunta sigue siendo la confesión de fe que se hará en la devolución del credo.
[97] Sextario: medida de capacidad equivalente a poco más de medio litro en nuestro sistema de medidas.

que destrozó a los querubines? No me refiero a los querubines que sólo con la mente se contemplan. ¡Quita esta idea de tu cabeza! Me refiero a los querubines que estaban esculpidos, pero también al propiciatorio desde el cual Dios hablaba (cf. Ex 25,1718,22). También profanó el velo del santuario. Tomando el incensario, lo llevó al templo de los ídolos[98]. Transformó todos los objetos de la ofrenda, arrasó el templo desde sus cimientos. Mereció innumerables castigos por los reyes muertos y por los santos a los que injurió. Y puesto que había reducido al pueblo a servidumbre y había colocado los vasos sagrados en los templos de los ídolos, ¿acaso no era digno de padecer mil muertes?

18. Has visto la magnitud de los crímenes. Vuélvete ahora a la clemencia de Dios. Era (Nabucodonosor) como una fiera: vivía de modo solitario y tenía que ser golpeado para ser domesticado. Tenía las garras de un león, con las cuales agarraba a los santos, y las crines de los leones. Era, en efecto, un león rápido y rugiente. Comía heno como el buey y era como un jumento que no sabía quien le había dado el reino[99]. Su cuerpo se cubrió de rocío, pero no creyó al ver el fuego apagado por ese mismo rocío. ¿Y que es lo que sucedió?: «Al cabo del tiempo fijado, yo, Nabucodonosor, levanté los ojos al cielo... y bendije al Altísimo, alabando y exaltando al que vive eternamente» (Dan 4,31). Cuando reconoció al Altísimo y dirigió a Dios estas palabras de su ánimo agradecido, se arrepintió de sus acciones confesando su propia debilidad. Dios le restituyó entonces el honor del reino.

Exhortación final

19. ¿Qué, pues? A Nabucodonosor, que tantos males había hecho, Dios le dio, al haber confesado, el perdón y el reino: y a ti, si te conviertes, ¿no te dará el perdón de los pecados y el reino de los cielos, si te conduces dignamente? Dios es clemente, pronto en perdonar y tardo para la venganza. Así pues, que nadie desespere de su propia salvación. Pedro, el príncipe de los apóstoles, negó tres veces al Señor ante una sierva cualquiera. Pero, tocado por el arrepentimiento, lloró amargamente: al llorar, manifiesta la conversión íntima del corazón; y por ello no sólo recibió el perdón por su negación, sino que también conservó la dignidad de Apóstol.

20. Hay, pues, hermanos, multitud de pecadores que se convirtieron y consiguieron la salvación, confiesen también ustedes ardientemente al Señor para que reciban el perdón de los pecados precedentes y, hechos dignos del don celestial, puedan heredar el reino de los cielos con todos los santos, en Cristo Jesús, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén[100]

[98] Cf. una descripción general en Dan 1,2.

[99] Es la afirmación de que el poder viene de Dios. Cf. cat. 8, n. 5. Sobre el tema, en el Nuevo Testamento, cf.Jn 19,11 y Rom 13,1-8.

[100] Las ediciones de las catequesis de Cirilo de Jerusalén, presentan con frecuencia un segundo ejemplar de esta segunda catequesis, deducido de los códices existentes y en parte a base de conjeturas sobre los mismos (por ejemplo, PG 33,407-424). No se ha creído aquí necesario ofrecer ninguna de esas versiones, porque son variantes que probablemente se deben a que están transcritas en ocasiones diferentes en que se pudo pronunciar la misma catequesis sobre la conversión.

CATEQUESIS III

EL BAUTISMO

Pronunciada en Jerusalén, trata sobre el bautismo. Toma pie de la Carta a los Romanos 6,3-4: ¿0 es que ignoran que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados con el bautismo en la muerte, etc. (Rom. 6,3-4).

Se encaminan hacia el bautismo

1. «¡Aclamad cielos, y exulta, tierra!» (Is 49,13) por aquellos a los que habrá que asperger con el hisopo y que serán purificados con el hisopo intelectual por la fuerza de aquel que en su pasión aceptó el hisopo y la caña (cf. Jn 19,29). Y alégrense las potencias de los cielos; prepárense las almas que habrán de ser desposadas por el divino esposo, pues está escrito «voz del que grita en el desierto: Preparen el camino del Señor» (Is 40,3; cf. Mt 3,3 par). No se trata de algo sin importancia, ni de la unión ordinaria y temerosa de los cuerpos, sino del Espiritu que todo lo escruta según la fe[101] haciendo las delicias de cada cual. Pues los desposorios y los acuerdos humanos no siempre se hacen con el debido juicio, pues un esposo se inclina siempre con mayor rapidez hacia donde parece haber riquezas o prestancia de la figura. Aquí, por el contrario, no se mira a la hermosura de los cuerpos, sino a si existe una conciencia experta en apercibir al alma; no se atiende a las riquezas de la condenación sino a las que ha preparado la piedad.

Estar bien dispuestos

2. Por tanto, hijos de la justicia, dirijan su modo de obrar a Juan, que exhorta diciendo: «Rectifiquen el camino del Señor» Jn 1,23). Quiten todos los impedimentos y tropiezos para encaminarse derechos a la vida eterna. Por la fe sincera del alma prepárense unos vasos limpios para recibir al Espíritu Santo. Comiencen a lavar sus vestidos mediante la conversión para que, llamados al tálamo del esposo, sean hallados limpios. Pues el esposo llama a todos sin distinción, ya que se trata de una gracia abundante[102]. Todos son reunidos por la llamada en voz alta de quienes hacen el anuncio[103], pero él discierne después quiénes entran en esta boda que ya estaba

---

[101] Cirilo parece estar aludiendo al conocimiento que Cristo tiene de lo íntimo del hombre y, por consiguiente, el conocimiento que de sí mismo y de los demás tiene el que se acerca a Cristo de modo tan íntimo como puede serlo a través del bautismo. En esta linea es útil recordar I Cor 2, quizá especialmente 2,10-16: «Porque a nosotros nos lo ha revelado Dios por medio del Espiritu; y el Espiritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿qué hombre conoce lo íntimo del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espiritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espiritu del mundo, sino el Espiritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales en términos espirituales. El hombre naturalmente no capta las cosas del Espiritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer, pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas. En cambio, el hombre de espiritu lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle. Porque "¿quién conoció la mente del Señor para instruirle!" (Is 40,13). Pero nosotros tenemos la mente de Cristo».

[102] El bautismo es considerado aquí como gracia (cháris) o don.

prefigurada[104]. Que no suceda ahora que alguno de los que dieron el nombre oiga aquello de: «Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de boda?» (Mt 22,12). Ojalá se les conceda a todos ustedes oír: «¡Bien, siervo bueno y fiel!; en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor!» (Mt 25,21). Pues hasta ahora se quedaban fuera de la puerta; que ahora puedan decir todos: «El Rey me ha introducido en sus mansiones» (Cant 1,3). «Exulta mi alma en mi Dios, porque me ha revestido de ropas de salvación y con la túnica de la alegría. Me ha puesto, como un esposo, una diadema, como la novia se adorna con sus aderezos» (Is 61,10)[105]. Para que el alma de todos ustedes sea encontrada «sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada» (Ef 5,27). No me refiero a antes de que consigan la gracia (pues han sido llamados precisamente a recibir el perdón de los pecados), sino a que, cuando la gracia se les conceda, no haya nada condenable en sus conciencias que se oponga al bautismo.

Estar preparados

3. Pues se trata de una gran cosa, hermanos, y a ella deben acercarse con singular cuidado. Póngase cada uno de ustedes ante Dios en presencia de las miríadas de los muchos ejércitos de los ángeles. El Espíritu Santo sellará sus almas, pues habrán de ser seleccionados para la milicia del gran rey[106]. Prepárense, pues, y estén dispuestos, no revestidos de blanquísimos vestidos materiales, sino de un alma penetrada por la piedad[107]. No te acerques a este lavatorio como si fuera pura y simplemente agua, sino por atención a la gracia del Espíritu Santo, que se otorga conjuntamente con el agua. Pues los dones que se ofrecen en los altares de los gentiles, al no ser otra cosa que lo que son por naturaleza, quedan contaminados por la invocación de los ídolos. Pero, en nuestro caso, el agua, al invocarse sobre ella al Espíritu Santo, a Cristo y al Padre, adquiere la fuerza de la santidad[108].

Renacer en el cuerpo y el alma por el agua y el Espíritu

4. Al estar el hombre compuesto de alma y cuerpo, la purificación es doble: incorpórea para la parte no corporal, corporal para el cuerpo. Pues a la vez que el agua limpia al cuerpo, así el Espíritu sella el alma, para que, asperjados, con el corazón a través del Espíritu y, lavados por el agua, también con el cuerpo tengamos acceso a Dios[109]. El descenderá al agua. Por eso no debes fijarte en la pobreza del elemento material, pues habrás de recibir con eficacia la salvación: sin

[103] La expresión griega habla de «anunciadores» o, mejor, «pregoneros» (la versión latina habla de pracconum), refiriéndose expresamente a quienes anuncian el kerygma (megalofónon kerykon toné).
[104] Vid. procat., núm. 3.
[105] Se tiene en cuenta la versión de la Biblia deJerusalén, pero también el texto mismo de las catequesis.
[106] Téngase en cuenta lo dicho ya varias veces sobre el «Carácter», referido al bautismo y a la confirmación (o ambos sacramentos a la vez). Para la comprensión de toda la frase debe incluirse también el hecho de que el «carácter» con el que se podía «sellar» en una tropa a los soldados era expresión del compromiso de un soldado con su señor. En la patrística latina, en la que Tertuliano pone definitivamente en circulación el término sacramentum, este término proviene originariamente, con un importante matiz religioso, del compromiso juridico-militar contraído por el soldado con su jefe.
[107] Cf. cat. 4, núm. 18.
[108] Probablemente se está refiriendo Cirilo a la bendición del agua previa a la administración propiamente dicha del bautismo. Puede referirse también simplemente al hecho central de la colación del bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu, pero es tal vez más probable lo anterior.
[109] Cf Hebr 10,22; «... Acerquémonos con sincero corazón, en plenitud de fe, purificados los corazones de conciencia mala y lavados los cuerpos con agua pura».

ambas cosas no puedes recibir la salvación. No soy yo quien lo dice, sino el señor Jesucristo, que es quien tiene la potestad sobre este asunto, pues él dice: «El que no nazca de nuevo»[110], añadiendo «de agua y de Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios» (Jn 3,5). Tampoco posee perfectamente la gracia quien es bautizado con agua, pero no recibe el Espíritu Santo. Incluso si alguien, estando instruido en las obras de las virtudes, no recibe el sello a través del agua, tampoco entrará en el reino de los cielos[111]. Esta afirmación parece atrevida, pero no es mía, pues es Jesús quien la ha pronunciado: la prueba para ella tómala tú de la Sagrada Escritura. Cornelio era hombre justo, tenido por digno de contemplar a los ángeles, que adecuadamente había hecho llegar hasta Dios sus súplicas y sus limosnas. Pedro vino hasta él y fue derramado el Espíritu sobre los que creían, hablaron en lenguas y profetizaron (Hech 10,34.44) y, sin embargo, después de esta gracia del Espíritu, dice la Escritura: «Y mandó (Pedro) que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo» (10,48)[112], para que, una vez regenerada ya el alma por la fe, también el cuerpo recibiese la gracia a través del agua.

La salvación a través del agua, en la historia de Israel

5. Pero si alguien desea saber por qué razón se da la gracia a través del agua, y no por algún otro elemento, lo averiguará examinando las Escrituras. Ciertamente es gran cosa el agua, el más hermoso de los cuatro elementos fundamentales del mundo[113]. Pues la morada de los ángeles es el cielo; pero los cielos se componen de agua, la tierra es la sede del hombre y también la tierra ha brotado de las aguas: formada antes de la constitución en seis días de todas las cosas creadas, «el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas» (Gén 1,2). Principio del mundo es el agua y principio de los evangelios es el Jordán. La liberación del Faraón tuvo lugar para Israel a través del mar: la liberación de los pecados la obtiene el mundo por el lavatorio del agua en la palabra de Dios (cf. Ef 5,26). Donde quiera que se establezca una alianza entre quienes sea, allí interviene el agua. Fue después de un diluvio cuando se sancionó la alianza con Noé (Gén 9,9). La alianza con Israel se abordó desde el monte Sinaí, pero con lana escarlata e hisopo (Hebr 9,19; cf. Ex 24,6-8)[114]. Elías fue tomado, pero no sin agua, pues primeramente se acerca al Jordán, pero después penetra en el cielo en un carro y transportado en un torbellino (2 Re 2,7,11). Primero se lava el sumo sacerdote, y después ofrece el incienso, pues Aarón fue lavado antes de ser hecho sumo sacerdote (cf. Lev 8,6). Pues, ¿cómo oraría por los demás el que antes

[110] Jn 3,3. Los editores del evangelio de Juan, de acuerdo con los códices, suelen preferir la versión «de lo alto». Sin embargo, entre los Padres es frecuentisima la idea del «nuevo nacimiento» (cf I Pe 1,3).
[111] Cf el caso, sin embargo, del bautismo de los mártires en el núm. 10 de la presente catequesis.
[112] El razonamiento de Pedro había sido previamente (10,47): «¿Acaso puede alguno negar el agua del bautismo a éstos que han recibido el Espiritu Santo como nosotros?». En esta acción de Pedro es también el sello del bautismo el que reafirma el buen camino en que se encuentra Cornelio, lo cual ya había quedado atestiguado por el descenso del Espiritu sobre él y su gente. Todo el episodio y sus consecuenias es el bautismo de los primeros cristianos procedentes de la gentilidad , en Hch 10,1-11,18. Un cierto parecido guarda el episodio más tardío de Hch 19, 1 -7.
[113] Mención de la concepción filosófica, muy extendida en la antiguedad y ya vulgarizada más que auténticamente defendida en la época de las catequesis de Cirilo, según la cual son cuatro los elementos del mundo (aire, agua, tierra y fuego). La cuestión es para el dogma cristiano prácticamente irrelevante mientras no lleve a la negación del elemento espiritual del hombre. Alusión a elementos fundamentales del mundo se encuentra en cat. 9, núm. 5. Evidentemente, en ésta y en otras afirmaciones la concepción cosmológica del mundo es antigua. Lo decisivo, no obstante, en las imágenes de Cirilo es el simbolismo del agua bautismal que se expone inmediatamente a continuación.
[114] Alusión también, según el relato de Exodo, al rito de lo que seria la Eucaristía a partir de la última Cena.

no hubiese sido purificado por el agua? Símbolo del bautismo era también la pila colocada en el tabernáculo[115].

La figura de Juan el Bautista

6. El bautismo es el fin de la Antigua y el comienzo de la Nueva Alianza. Pues el primer personaje importante fue Juan, el mayor entre los nacidos de mujer (cf. Mt 11,11), que fue el último de los profestas: «Pues todos los profetas, lo mismo que la Ley, hasta Juan profetizaron» (Mt 11,13). Pero él mismo fue el comienzo de las realidades evangélicas. Dice, en efecto, «comienzo del Evangelio de Jesucristo», (Mc 1,1), indicando que es entonces cuando «apareció Juan bautizando en el desierto» (1,4). Aunque recuerdes a Elías, el Tesbita, el que, tomado al cielo, tampoco él es mayor que Juan. También fue transportado Henoc, y tampoco es mayor que Juan. Moisés es mayor legislador y todos los profetas son admirables, pero no son mayores que Juan. No es mi intención hacer comparaciones entre profetas, pero tanto de aquellos como de nosotros dijo el Señor Jesús: «No ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan» (Mt 11,11), y no se refiere a nacidos de vírgenes, sino de mujeres. Y si la comparación se hace entre consiervos y el siervo mayor, mucho mayor es la superioridad y la gracia del hijo frente a los siervos. ¿Ves a qué gran hombre eligió Dios como dador de esta gracia? Fue alguien que nada poseía y era amante de la soledad, pero no aborrecía el trato con los hombres; comía langostas, pero dejaba volar su alma (cf. Is 40,3031), saciaba su hambre con miel, mientras hablaba palabras sabias y más dulces que la miel. Iba vestido con pelo de camello, mientras daba en sí mismo ejemplo de vida ascética. Cuando era gestado en el seno de su madre, fue santificado por el Espíritu Santo (Lc 1,15). Del mismo modo fue santificado Jeremías (Jer 1,5), pero no fue profeta ya antes de salir del útero. Sólo Juan saltó de gozo en el interior del útero (Lc 1,44) y, al no ver con los ojos del cuerpo, reconoció en el Espíritu a su Señor. Puesto que era grande la gracia del bautismo, grande tenía que ser también su autor.

La predicación de Juan

7. Juan bautizaba en el Jordán y toda Jerusalén se acercaba hasta él gozando de las primicias de los bautismos[116]. Es en Jerusalén donde tienen su comienzo todos los bienes. Sabed ustedes, jerosolimitanos, cómo los que se acercaban se dejaban bautizar por él. «Confesando sus pecados», dice (Mt 3,6). Primeramente mostraban sus heridas, y después él aplicaba la medicina, confiriendo a los que creían el rescate del fuego eterno. Si quieres que se te demuestre que el bautismo de Juan libraba de la amenaza del fuego, óyele a él mismo: «Raza de víboras, ¿quién les ha enseñado a huir de la ira que les amenaza? (Mt 3,7). No seas, pues, víbora. Pero si has sido alguna vez raza de víbora, despójate—está queriendo decir—de tu primitiva condición pecadora. Pues si una serpiente, al sentir la angustia del envejecimiento, cambia su piel y, renovándose, se rejuvenece con un nuevo cuerpo, también tú debes entrar por la puerta estrecha (Mt 7,13-14) mediante el ayuno que te libra de la perdición. Despójate del hombre viejo con sus obras (Col 3,9b) y di aquello del Cantar de los Cantares: «Me he quitado mi túnica, ¿cómo ponérmela de nuevo?». Pero tal vez hay entre ustedes algún simulador al acecho del favor de los hombres, que

[115] Éx 40,7: «Pondrás la pila entre la Tienda del Encuentro y el altar, y echarás agua en ella». La pila no se encuentra propiamente dentro del tabernáculo, sino en el atrio del tabernáculo.
[116] Se prefiere dejar el plural «de los bautismos» del original, pues ayuda a comprender la sustancial diferencia entre el «bautismo de conversión» deJuan (Lc 3,2), que se queda más bien en los límites de lo simbólico, y la novedad de la eficacia del bautismo de Jesús. Pero sería un error desconocer la importancia real del bautismo de Juan.

simule piedad pero no crea de corazón, sino que más bien imita la hipocresía de Simón Mago. Ese no viene hasta aquí para recibir la gracia, sino para husmear qué se le va a dar. Escuche también éste a Juan: «Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles. Todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego» (Mt 3,10). Suprime la simulación, pues el juez es inexorable.

Dar frutos de conversión

8. ¿Qué es, pues, lo que hay que hacer? ¿Cuáles son los frutos de la penitencia? «El que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene» (Lc 3,11)[117] y «el que tenga para comer, que haga lo mismo». ¿Deseas disfrutar de la gracia del Espíritu Santo, y no te consideras digno de los que son pobres en alimentos sensibles? ¿Quieres las cosas grandes y no te comunicas en las pequeñas? Aunque hayas sido publicado y te hayas dado a la fornicación, ten esperanza en la salvación. «Los publicanos y las rameras llegan antes que ustedes al Reino de Dios» (Mt 21,31). De ello es testigo también Pablo cuando dice: «Ni los impuros, ni los idólatras, etc..., heredarán el Reino de Dios. Y tales fueron algunos de ustedes. Pero han sido lavados, han sido santificados» (I Cor 6,9-11). No dice: «Algunos han sido», sino «estos han sido». Se puede perdonar el pecado cometido por ignorancia, pero será condenando quien persevere en el mal.

Bautismo «en Espíritu Santo y fuego»

9. Para una mayor alabanza del bautismo tengo que referirme ya al mismo Hijo de Dios, pues de los hombres no puedo ya decir nada. Grande es realmente Juan, pero no si se le compara al Señor. Fuerte es su palabra, pero no en comparación con la palabra del Verbo. ¿Qué es un ilustre portavoz en comparación al rey? Bueno es quien bautiza en agua, pero ¿qué es en comparación con quien bautiza en Espíritu Santo y fuego? (Mt 3,11). En Espíritu Santo y fuego bautizó el Salvador a los apóstoles cuando «de repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo» (Hech 2,2-4).

El martirio puede ser bautismo

10. Si alguno no recibe el bautismo, no obtiene la salvación. Sólo se exceptúan los mártires que, incluso sin el agua, reciben el reino. Pero el que salvó al mundo mediante la cruz dejó brotar sangre y agua de su costado traspasado (Jn 19,34), para que unos, en tiempos de paz, fuesen bautizados con el agua, mientras otros, en épocas de persecución, fuesen bautizados con su propia sangre. Pues también el Salvador dio al martirio el nombre de bautismo al decir: «¿Pueden beber el cáliz que yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?» (Mc 10,38)[118]. Y realmente los mártires confiesan, convertidos en «espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres» (1 Cor 4,9); también poco después confesarás tú. Pero no es tiempo todavía de que oigas hablar de esto.

---

[117] El mismo Cirilo hace aquí, como si se tratese de una nota, la siguiente observación: «Creíble era aquel maestro, puesto que era el primero en practicar lo que enseñaba y no hacia lo que le prohibía su conciencia».

[118] Como recuerda la nota de la Biblia de Jerusalén a Mc 10,38, «según la fuerza original del término griego "bautizar", Jesús será "sumergido" en un bautismo dc sufrimientos». En realidad el cristiano sabe que, al hacerse bautizar, es sumergido en la muerte de Jesús. Cf. el conocido pasaje Rom 6,3-11.

El bautismo de Jesús

11. Jesús santificó el bautismo cuando él fue bautizado. Si el Hijo de Dios se hizo bautizar, ¿quién podrá despreciar el bautismo sin faltar a la piedad? Pues no fue bautizado Jesús para recibir el perdón de los pecados (pues estaba libre del pecado), sino que, a pesar de ello, fue bautizado para otorgar la gracia y la dignidad Divina a quienes se bautizan. Pues «así como los hijos participan de la sangre y de la carne, participó él también de las mismas» (Hebr 2,14), para que, hechos partícipes de su presencia corporal, también tuviésemos parte en su gracia: para eso se hizo bautizar Jesús, para que por ello la consiguiésemos, por la comunión en la misma realidad, junto con el honor de la salvación. Según el libro de Job, había una bestia en las aguas capaz de engullir el Jordán con su boca (cf. Job 40,15-24). Al tener que ser machacadas las cabezas del dragón (Sal 74,14)[119], descendiendo (Jesús) al agua, ató al fuerte (cf. Mt 12,29) para que recibiésemos el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones (cf. Lc 10,19). Muy pequeña era la bestia, pero horrenda. Ningún barco de pesca podría llevar siquiera una escama de su cola; la perdición le precedía, infectando con su contagio a los que se encontraban con ella[120]. Apareció la vida para frenar a la muerte, y para que pudiésemos decir que hemos conseguido la salvación: «¿Dónde esta, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?» (1 Cor 15,55). Pues por el bautismo es destruido el aguijón de la muerte.

También tú descenderás al agua del bautismo

12. Desciendes al agua llevando los pecados, pero el alma queda sellada por la invocación de la gracia. Ello te libra de ser absorbido por la bestia salvaje. Has descendido muerto en tus pecados, pero asciendes vivificado en la justicia (Rm 6,11). Si has sido injertado en una muerte semejante a la del Salvador, también serás considerado digno de su recurrección (Rm 6,5). Pues Jesús murió tomando sobre sí todos los pecados del mundo para, tras aniquilar el pecado, resucitarte en la justicia. También tú, descendiendo al agua, y sepultado en cierto modo en ella como él estuvo en el sepulcro, eres resucitado caminando en novedad de vida.

El bautismo te dará la fuerza para la lucha

13. Después, cuando Dios te haya concedido aquella gracia, te hará posible luchar contra las potestades contrarias. Así como él, después del bautismo, fue tentado durante cuarenta días. Y no porque no pudiese salir antes vencedor, sino porque quería hacer todas las cosas ordenada y sucesivamente. También tú, antes del bautismo, temías encontrarte con tus adversarios. Pero después que has recibido la gracia, confiado en las armas de la justicia, lucha ahora y, si quieres, anuncia el Evangelio.

Jesús comienza tras el bautismo su tarea de evangelización

---

[119] Cf Ez 29,3, donde se menciona a «Faraón, rey de Egipto, gran cocodrilo, recostado en medio de sus Nilos» (la imagen se prolonga en los versículos siguientes; cf. Ez 32, 1ss.). Los textos de Ezequiel evocan la victoria en el agua sobre Satanás. Desde ese punto «las cabezas machacadas del dragón» pueden interpretarse como la victoria sobre el diablo que se consigue a través del agua bautismal.
[120] Cf. la descripción del Leviatán en Job 40,25-41,26.

14. Jesucristo era Hijo de Dios. Sin embargo, no evangelizaba antes de recibir el bautismo. Si el mismo Señor administraba los momentos con un cierto orden, ¿acaso debemos nosotros, que somos siervos, atrevernos a algo fuera de ese orden? Jesús comenzó su predicación cuando «descendió sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma» (Lc 3,22). No quiere decir que Jesús fuese el primero en verlo (pues lo conocía antes de que apareciese en forma corporal). Lo importante era entonces que lo viese Juan. Pues dice: «Yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es...» (Jn 1,33)[121]. Y también sobre ti, si tienes una piedad sincera, descenderá el Espíritu Santo y la voz del Padre descenderá desde lo alto sobre ti; no, «Este es mi Hijo» (Mt 3,17), sino «Ese ha sido hecho ahora hijo mío»[122]. Sólo de él (Jesús) se ha dicho: «En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios» (Jn 1,1,). Es adecuado el verbo es, puesto que el Hijo de Dios existe siempre. Pero lo adecuado para ti es «ha sido hecho ahora», puesto que, el ser hijo, no lo eres por naturaleza, sino que has conseguido por adopción el ser llamado hijo. El lo es desde toda la eternidad, pero tú adquieres esa gracia como un don.

Convertirse para hacerse bautizar y recibir el don del Espíritu Santo

15. Prepara, pues, el receptáculo de tu alma para que seas hecho hijo de Dios, y ciertamente heredero de Dios, coheredero de Cristo (Rm 8,17). Lo conseguirás si te preparas para lograrlo: acercándote por la fe para conseguir una firme convicción, dejando a un lado el hombre viejo. Pues se te perdonará todo el mal que hayas hecho, la fornicación, el adulterio o cualquier otra clase de maledicencia y pecado. ¿Qué mayor pecado que haber crucificado a Cristo? Pues también esto lo expía el bautismo. Pues al acercase aquellos tres mil que habían crucificado al Señor, les hablaba Pedro[123] y, cuando preguntaron: «¿Que hemos de hacer, hermanos?» (Hech 2,37), nos advertiste, oh Pedro, de nuestra ruina, diciendo: «Matasteis al Jefe que lleva a la vida» (Hech 3,15). ¿Qué emplasto se colocará en la herida? ¿Cómo se limpiará tanta suciedad? ¿Cuál será la salvación para tanta perdición? Respondió él: «Conviértanse y que cada uno de ustedes se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de sus pecados; y recibirán el don del Espíritu Santo» (Hech 2,38). ¡Oh inenarrable clemencia de Dios! No esperan salvación alguna, pero se les agracia con el don del Espíritu Santo. Ya ves qué poder tiene el bautismo. Si alguno de ustedes crucificó a Cristo con palabras blasfemas, o si alguno por ignorancia lo negó ante los hombres o si, finalmente, alguno por sus malas acciones hizo que se maltratase la verdad, ese tal conviértase y tenga esperanza, pues la gracia permanece activa.

Confianza en la misericordia de Dios

16. «Confia, Jerusalén: el Señor suprimirá tus pecados» (Sof 3,14-15)[124]. «El Señor limpiará la inmundicia de sus hijos e hijas, con viento justiciero y viento abrasador» (Is 4,4). Derramará sobre ustedes agua pura y serán purificados de todo vuestro pecado (cf. Ez 36,25). Llegarán hasta ustedes los coros angélicos y dirán: «¿Quién es ésta que sube del desierto, apoyada en su amado?» (Cant 8,5). El alma que antes era esclava cuenta ahora al Señor como su amado. Y éste, al recibirla, exclamará: ¡Qué bella eres, amada mía, qué bella eres!... tus dientes, un rebaño de

[121] Cirilo no transcribe completo Jn 1,33, que concluye: «... ése es el que bautiza con Espiritu Santo».
[122] Vid. más abajo cat. 11l,9.
[123] Los «tres mil» es mención de Hech 2,41. Pero la aseveración de que éstos «habían crucificado al Señor» supone las afirmaciones de Hch 2,23; «... Ustedes le matasteis clavándole en la cruz por mano de los impíos».
[124] La versión que se da de Sof responde a la forma como Cirilo cita al profeta.

ovejas de esquileo» (Cant 4,1,2), ello como confesión que ha brotado del dictado de la conciencia. Y también se dice: «Todos los partos serán dobles» (Cant 4,2), porque se trata de una doble gracia: me refiero a que se consigue por el agua y el Espíritu, y se anuncia en la antigua y en la nueva Alianza. Haga Dios que todos ustedes, realizando este ayuno[125] y teniendo bien en cuenta lo que se dice, «fructificando en toda obra buena» (Col 1,10), manteniéndoos en pie ante el Esposo con corazón irreprensible, consigáis el perdón de los pecados de parte de Dios, a quien sea la gloria con el Hijo y en el Espíritu Santo por los siglos. Amén.

[125] Se trata del ayuno de los cuarenta dias de la Cuaresma.

CATEQUESIS IV:

LOS DIEZ DOGMAS

Pronunciada en Jerusalén, trata de los «diez dogmas». Se parte de Col 2,8: Mirad nadie les esclavice mediante la vana falacia de una filosofía, fundada en tradiciones humanas, según los elementos del mundo y no según Cristo[126].

Finalidad: la catequesis sobre los dogmas es necesaria para evitar la desorientación

1. El vicio imita a la virtud y la cizaña pretende pasar por trigo, porque en el aspecto es ciertamente semejante al trigo, pero los entendidos la distinguen por el gusto. También el diablo se transforma en ángel de luz (2 Cor 11,14), no para volver a donde estuvo (pues su corazón es inflexible como un yunque, sin posibilidad de un nuevo arrepentimiento), sino para envolver en la niebla de la ceguera y en el pestilente estado de la incredulidad a quienes llevan una vida semejante a la de los ángeles. Muchos van como lobos vestidos de oveja, pero con uñas y dientes de otra clase: vestidos de piel suave, disfrazándose con tal aspecto ante los sencillos, arrojan por sus dientes el mortal veneno de la impiedad. Por eso nos es necesaria la gracia para observar con mirada vigilante y aguda, no sea que, comiendo cizaña en lugar de trigo, caigamos en el vicio por ignorancia o que, creyendo que es oveja quien es lobo, nos convirtamos en su presa. Como también podría ser que, tomándolo por un ángel bienhechor, cuando es en realidad el diablo artífice de la ruina, seamos devorados por él. Pues «está rondando como león rugiente, buscando a quien devorar», como dice la Escritura (I Pe 5,8). Por esto hace la Iglesia sus advertencias; por esto se imparte esta enseñanza; por este motivo se establecen estas lecturas.

Además de las buenas obras, se requieren creencias correctas

2. Pues la piedad consta de dos cosas, los sagrados dogmas y las buenas obras: ni es agradable a Dios la doctrina sin buenas acciones, ni Dios acepta las obras separadas de las creencias religiosas. ¿Qué utilidad tiene el recto sentir acerca de Dios si se fornica deshonestamente? Y, a

[126] El título de la catequesis expresa perfectamente su contenido, pues se trata de exponer nuclearmente diez «contenidos» de la fe, que pueden enunciarse así: Dios, Cristo, nacimiento virginal, la cruz, la resurrección, la segunda venida de Cristo, el Espíritu Santo, el alma, el cuerpo, la resurrección del hombre, las sagradas Escrituras. En esta enumeración, el tema de la Escritura sería el undécimo de los expuestos. Si se cuenta de este modo, estamos ante once, y no ante diez dogmas. Por eso algunos códices hablan de catequesis «de los once dogmas». La exposición de cada uno de los dogmas puede con frecuencia a su vez, de acuerdo con el contenido, subdividirse de modo diverso. Pero esto son cuestiones secundarias. Más importante es señalar la importancia que se da al «dogma» en estas catequesis de Jerusalén, elaboradas veinte años después del concilio de Nicea. Representan un importante testimonio del edificio dogmático que se desprende de aquel primer concilio ecuménico. Por ello y porque el conjunto de estas catequesis siempre respeta la estructura dogmática cronológicamente previa a ellas, pero posterior al Nuevo Testamento, las catequesis de Cirilo son no sólo un testimonio catequético importante, sino un reflejo de la fe dogmática y objetiva (lo que los teólogos han llamado fides quae) de la Iglesia de su época. Más observaciones concretas se harán en las notas que se añaden. Como observaciones generales son importantes las que se contienen en PG 33,449-454.

la inversa, ¿de qué sirve obrar con pudor—lo que en sí es correcto si luego se blasfema impíamente? Por consiguiente, es de gran valor el conocimiento que se pueda tener de los dogmas. Para ello es necesario tener una mente vigilante, como quiera que haya quienes obtienen su botín por medio de la filosofía y vanas falacias (Col 2,8). Los gentiles seducen a diversas realidades mediante un hablar suave, pues «miel destilan los labios de la meretriz» (Prov 5,3). Y quienes provienen de la circuncisión engañan a quienes se les acercan con falsas interpretaciones de la sagrada Escritura (cf. Tit 1,10-11), comentándola desde su infancia hasta su vejez y envejeciendo en la ignorancia de la realidad (cf. 2 Tim 3,7). Los herejes, por su parte, engañan a los humildes mediante la blandura de su lenguaje y la suavidad en el decir (cf. Rom 16,18), entrelazando con el dulce nombre de Cristo los dardos envenenados de los decretos impíos. De todos ellos a la vez dice el Señor: «Miren que nadie les lleve a engaño» (Mt 24,4). Por ello se entrega la doctrina de la fe y se hacen exposiciones de la misma[127].

Se procederá ordenadamente

3. Pero antes de transmitiros aquello que pertenece a la fe, creo que haré bien enunciando en un breve compendio los temas fundamentales de las verdades necesarias, no sea que por las muchas cosas que hay que decir o por la misma duración de toda la santa Cuaresma pierdan la memoria del conjunto quienes entre ustedes tengan una mente más sencilla. Enumerando ahora por capítulos, no olvidaremos lo que después se ha de tratar más ampliamente. Llévenlo con paciencia los que tienen hábitos mentales más perfectos y unos sentidos más ejercitados en la distinción entre el bien y el mal, pues oirán un exordio muy simple y una introducción suave, para que a la vez obtengan provecho aquellos que necesitan de la catequesis y quienes ya tienen ciencia se alegren de recuperar en su memoria lo que ya sabían.

ACERCA DE DIOS (dogma I)

4. A modo de fundamento, establézcase firmemente en vuestra alma la verdad acerca de Dios[128]. A saber, un Dios que es solamente uno, no engendrado[129] por otro, y sin nadie que vaya a sucederle, que no tuvo principio ni tendrá nunca fin, y que es él mismo bueno y justo. Si alguna vez oyes a un hereje que diga que hay algún otro que sea bueno o justo[130], dándote cuenta al punto de la herejía, reconoce el dardo envenenado. Algunos se atrevieron, mediante un discurso malévolo, a dividir al Dios único: y unos dijeron que el autor y dueño del alma es otro que el de los cuerpos, enseñándolo necia e impíamente. Pues, ¿cómo es posible que un único hombre sea siervo de dos señores si dice el Señor en el Evangelio: «Nadie puede servir a dos señores» (Mt 6,24)? Por consiguiente, sólo hay un Dios, autor a la vez de las almas y los cuerpos. Uno es el creador del cielo y de la tierra, hacedor de los ángeles y de los arcángeles, artífice de las múltiples realidades, Padre desde la eternidad de su único Hijo, Jesucristo, Señor nuestro, por quien hizo todo (cf. Jn 1,3) lo visible y lo invisible (Col 1,16).

[127] El original griego habla de la «enseñanza (didaskalia) de la fe» en lo cual se hace «exégesis». En último término, ésta y las siguientes catequesis se apoyan, en cuanto a sus contenidos, en el «Símbolo», el Credo en el que se agrupan las afirmaciones de la fe «objetiva».
[128] Como «verdad» acerca de Dios se ha traducido aquí la palabra griega «dogma».
[129] O «ingénito», sin origen en momento determinado alguno.
[130] Quizá es útil recordar aquí Mt 23,8-10.

5. El Padre de Nuestro Señor Jesucristo no está circunscrito a un lugar ni es menor que el cielo, pero los cielos son obra de sus dedos (cf. Sal 8,4) y toda la tierra se contiene en su puños. Está a la vez en el interior y fuera de todas las cosas. Y no creas que el sol le supera a él en luminosidad o es siquiera igual. Pues quien hizo el sol debe ser sin comparación mucho mayor y luminoso. Tiene conocimiento previo de las cosas futuras y es más potente que todas ellas, todo lo sabe y todo lo hace según su voluntad: no está sujeto a la sucesión de las cosas ni a lo que marcan los astros, al azar o a la necesidad del hado. Es perfecto en todas las cosas y posee por igual toda clase de virtud. Ni disminuye ni se agranda, sino que se mantiene siempre igual y del mismo modo. Ha preparado castigo a los pecadores y la corona a los justos.

6. Ahora bien, puesto que muchos se han apartado de modos diversos del único Dios: algunos hicieron Dios al sol para permanecer sin Dios durante la noche; otros a la luna para no tener Dios durante el día; otros hicieron Dios a otras partes del mundo; algunos a las artes y otros a los alimentos[131] o a sus pasiones. Unos enfermaron por el amor de las mujeres, otros consagraron a Venus una imagen solemnemente colocada y, bajo esta apariencia visible, prestaron adoración a los vicios y afectos de su alma. Hubo quienes, atónitos ante el fulgor del oro, juzgaron que éste y otros materiales eran dioses[132]. Pero si alguno graba bien en su interior la doctrina de que Dios es el principio único y cree en él de corazón, impedirá el atropello y el ímpetu de los vicios de la idolatría y del error de los herejes[133]. Por tanto, pon por la fe este primer dogma[134] en tu alma.

ACERCA DE CRISTO (dogma II)

7. Cree también en el solo y único Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, Dios engendrado de Dios, engendrado como vida de la vida, como luz de luz, semejante en todo al Padre[135], que no comenzó a existir en el tiempo, sino que fue engendrado desde la eternidad antes de todos los siglos y antes de todo lo que se pueda pensar. El es la sabiduría, el poder de Dios y la justicia en persona[136], y está sentado a la derecha del Padre antes de todos los siglos. Pues no fue coronado por Dios, como algunos pensaron después de su pasión ni se sentó a su derecha como premio a su paciencia. En realidad tiene la dignidad regia desde el comienzo de su existencia (aunque ha sido engendrado desde toda la eternidad): siendo Dios, su sabiduría y su potestad, se sienta junto al Padre, como ya se ha dicho; reina juntamente con el Padre y lo gobierna todo con él. Nada absolutamente le falta de la dignidad divina[137] y tiene un conocimiento perfecto de aquel por quien ha sido engendrado como él es a su vez conocido por quien le engendró (cf. Jn 10,15).

[131] Vid, las poéticas expresiones de Is 40,12.
[132] Por la descripción detallada y drástica del pecado, este pasaje recuerda la que Pablo hace en Rom 1,18-32.
[133] Toda esta insistencia en que Dios es el único recuerda el credo bíblico contenido en el «Escucha, Israel» de Dt 6,4-9.
[134] Se continúa utilizando la terminología adoptada al principio del punto 2.
[135] «Semejante en todo», homoíon katá pánta. El término "homoíon" se encontró en el núcleo de la condena del arrianismo por el concilio de Nicea, no demasiados años antes de ser pronunciadas las presentes catequesis La precisión del credo niceno al respecto consiste en señalar que Jesucristo es de la misma naturaleza, «consustancial» (homoousion v no homoioousion con el Padre). Cirilo no parece hacerse aquí eco exacto -sin ponerla tampoco en duda- de la fórmula de Nicea. Sin embargo, que la doctrina de Cirilo es acorde con la enseñanza del concilio lo prueba el resto del punto 7.
[136] En la persona de Jesús están porque son subsistentes en la unicidad de su persona la sabiduría, el poder, e incluso la justicia de Dios. Como «justicia» emplea Cirilo el conocido término paulino de dikaiosyne.
[137] Es fórmula claramente antiarriana.

Para decirlo en resumen, recuérdese lo escrito en los Evangelios: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo» (Mt 11,27).

8. Pero no separes al Hijo del Padre ni creas, al relacionarlos, en una «filio-paternidad» como mezcla de uno y otro. Cree, en cambio, en que es el Hijo unigénito de Dios, Dios-Palabra antes de todos los siglos[138]. Pero no es palabra que, una vez pronunciada, se perdió en el aire ni semejante a las palabras que carecen de consistencia sólida y propia: es la Palabra-Hijo, creador de quienes se sirven de la palabra y de la razón; es la Palabra que escucha al Padre y habla él mismo. Si Dios lo permite, hablaremos de estas cosas en su momento, pues no nos olvidamos de nuestro plan, que es ahora enumerar sólo los temas de una necesaria introducción a la fe.

LA CONCEPCION VIRGINAL (dogma III)

9. Cree también que el unigénito Hijo de Dios descendió del cielo a la tierra por causa de nuestros pecados, asumiendo nuestra humanidad, sujeta a las mismas debilidades a las que nosotros estamos sometidos; que nació de una santa Virgen, y por obra del Espíritu Santo[139]. Esta humanidad la asumió, no según una apariencia o mediante algún tipo de ficción, sino de modo verdadero. Ni a través de una virgen, como arrastrado a lo largo de un canal, sino habiéndose encarnado verdaderamente desde ella (y verdaderamente alimentado de ella con leche), comiendo y bebiendo además verdaderamente como nosotros. Porque si la asunción de la naturaleza humana fue un fantasma (y un engaño visual), también la salvación habría sido un engaño. (Doble era Cristo: hombre en lo que podía verse, y Dios en lo que quedaba oculto)[140]. En cuanto hombre, comía verdaderamente como nosotros, pues experimentaba estados corporales semejantes a los nuestros; pero, en cuanto Dios, alimentaba con cinco panes a cinco mil hombres (Mt 14,17-21). En cuanto hombre, murió verdaderamente, pero en cuanto Dios llamó a la vida a un muerto ya de cuatro días (Jn 11,39-44). Como Dios, caminó también tranquilamente sobre las aguas.

ACERCA DE LA CRUZ (dogma IV)

10. Fue verdaderamente crucificado por nuestros pecados[141]. Pero si quieres negarlo, te convencerá este conocido lugar, este dichoso Gólgota en el que estamos congregados por causa del que fue clavado en la cruz: todo el orbe está lleno de los pedazos en que ha sido cortado el leño de la cruz. Pero no fue crucificado por sus pecados, sino para que fuésemos liberados de los nuestros propios. Fue entonces despreciado por los hombres, golpeado como hombre con bofetadas (Mt 26,27). Pero la creación lo reconoció como Dios, pues, al ver el sol a Dios sujeto a la ignominia, se ocultó temeroso no pudiendo soportar el espectáculo (Lc 23,45).

La sepultura

[138] Cf. catequesis 11, n. 10.
[139] En la catequesis 11.
[140] Las palabras que se acaban de transcribir en el último paréntesis no se encuentran en todos los códices.
[141] La insistencia en la realidad de la crucifixión está presente por todas partes en las catequesis de Cirilo. Esta insistencia es aún más comprensible en la ciudad en la que habían tenido lugar los acontecimientos de la Pasión.

11. Se le colocó, como hombre, en un monumento en la roca (Mt 27,60), pero las piedras, al temblar, se resquebrajaron (Mt 27,51). Descendió al sheol, para rescatar allí a los justos[142]. ¿Querías acaso, te pregunto, que los vivos gozasen de la gracia de Dios sin ser muchos de ellos santos? ¿Que no consiguiesen la libertad quienes estaban prisioneros largo tiempo desde Adán? El profeta Isaías anunció con voz excelsa muchas cosas acerca de él. ¿No querías, pues, que el rey los liberase descendiendo con su anuncio? Allí estaban David, Samuel y todos los profetas. E incluso el mismo Juan, que decía por sus enviados: «¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?» (Mt 11,3). ¿No desearías que, descendiendo, liberase a esos hombres?

LA RESURRECCIÓN (dogma V)

12. Pero quien había descendido a los infiernos[143], subió de nuevo. Y Jesús, que había sido sepultado, resucitó verdaderamente al tercer día. Si alguna vez te sientes vejado por los judíos, replícales recordándoles que Jonás salió de la ballena al cabo de tres días (Jon 2,1,11; Mt 12,40). Y si también un muerto recobró la vida al contacto con los huesos de Eliseo (2 Re 13,21), ¿no habrá de ser resucitado[144] con mucha más facilidad el creador de los hombres? Por tanto, realmente resucitó y, vuelto a la vida, se dejó ver de nuevo por los discípulos, y los doce discípulos fueron testigos de la resurrección (Hech 2,32; 3,15; cf. 1 Cor 15,5), los cuales dieron testimonio de la resurrección no sólo con sus palabras, sino llegando hasta los suplicios y la muerte con la esperanza de una verdadera resurrección. Ciertamente «por declaración de dos o tres testigos será firme una causa», según la Escritura (Dt 19,15; cf. Mt 18,16). Y siendo doce los que testifican acerca de la resurrección de Cristo, ¿sigues todavía sin creer en ella?

La Ascensión[145]

13. Una vez que Jesús terminó el curso de sus sufrimientos y liberó a los hombres de sus pecados, ascendió en una nube (Hech 1,9) recogido de nuevo en los cielos; los ángeles estaban junto al que ascendía y los apóstoles contemplaban. Pero si alguien desconfía de lo que decimos, crea en virtud y por el poder de las cosas que ahora se ven. Pues cuando los reyes mueren, pierden con la vida su poder, pero Cristo crucificado es adorado por todo el orbe[146]. Anunciamos a un crucificado y tiemblan los demonios. Muchos han sido en las diversas épocas clavados a

[142] El oyente de las catequesis está aquí ante la afirmación de lo que el credo y la dogmática llamarán el «descenso a los infiernos». En la afirmación del descenso a los infiernos debe distinguirse entre la expresión, como modo de hablar, de la materialidad de un «descenso» a las regiones inferiores de la tierra (con lo que se utiliza como imagen la del sheol judío) y lo que se quiere realmente expresar: la liberación de Cristo es eficaz para los hombres de cualquier época. Ello se expresa mediante la afirmación de que todos estuvieron «esperando» fisicamente. Pero el tema, pues, es la universalidad de la redención. En el Nuevo Testamento se expresa bellamente todo esto en 1P. 03-18ss.

[143] Téngase en cuenta que infierno viene de «inferior». En todo esto no se trata de una afirmación sobre el estado de condenación, sino sobre la universalidad del valor de la muerte de Cristo. Ver lo dicho en la nota 17.

[144] La afirmación, en sentido pasivo, de resucitar no indica que Jesús no fuese agente activo de su propia resurrección, sino que ésta se produce en unión con el Padre. Por eso es exacta la afirmación de Hch 3,15 de que «Dios le resucitó (a Jesús) de entre los muertos». Se trata de una confirmación más de la unión de Jesús con el Abba, el Padre. Para una profundización de la unión de Jesús y el Padre, cf. los estudios publicados por J. Jeremías, especialmente Abba. El mensaje central del Nuevo Teslamento, Salamanca 1981.

[145] El texto original y la versión latina del mismo emplean la palabra «Asunción», pero el contenido se refiere a lo que en la Iglesia de Occidente se llama «Ascensión», término que se utiliza por tanto en la presente traducción

[146] Cf. cat. 13, núms. 3, 36, 39.

una cruz. Pero ¿acaso hizo huir al demonio la invocación de algún otro crucificado que no fuese él?

14. Por consiguiente, no nos avergoncemos de la cruz de Cristo y, si ves a alguien que la esconda, haz tú con ella la señal en tu frente para que los demonios, viendo el signo regio, huyan lejos aterrados[147]. Haz este signo al comer y al beber, cuando te sientes, te acuestes y te levantes, al hablar y cuando estés andando; en una palabra, en toda circunstancia. Pues aquel que aquí fue crucificado, está ahora arriba en los cielos[148]. Pues si, después de crucificado y sepultado, se hubiese quedado en el sepulcro, tal vez habría que ruborizarse; pero el que fue clavado en el Gólgota a la cruz, desde la tumba mirando al Oriente en el monte de los Olivos (Zac 14,4) ascendió en el monte al cielo (Lc 24,50-51; Hech 1,12: «Desde el monte llamado de los Olivos»). Descendiendo de la tierra a los infiernos[149] y vuelto de allí hasta nosotros, retornó desde nosotros de nuevo al cielo, aclamándole el Padre y diciendo: «Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies» (Sal 110,1).

EL JUICIO VENIDERO (dogma VI)

15. Este Jesucristo que ascendió vendrá de nuevo del cielo, no de la tierra. He dicho «no de la tierra», pues de la tierra sí han de venir en este tiempo muchos anticristos (cf. I Jn 2,18). De hecho, como veis, muchos han comenzado a decir[150]: «Yo soy el Cristo» (Mt 24,5), después de lo cual ha de venir la «abominación de la desolación» (Mt 24,15 par.; cf. Dn 9,27; 11,31; 12,11), usurpando para sí en falso el nombre de Cristo. Pero tú—hazme el favor— no esperes que el verdadero Cristo, Hijo unigénito de Dios, tenga que venir de la tierra, sino de los cielos, y habrá de ser visto por todos con el máximo fulgor y el máximo resplandor, rodeado de una escolta de ángeles, para juzgar a vivos y muertos. Así obtendrá el reino celeste, sempiterno y carente de todo fin. Ten certeza de todo esto y sé cauto cuando muchos digan que se acerca el final del reino de Cristo.

EL ESPIRITU SANTO (dogma VII)

16. Cree también en el Espíritu Santo y piensa de él lo que has aceptado del Padre y del Hijo, y no según los que enseñan cosas erróneas sobre él[151]. Aprende por tanto que este Espíritu Santo es uno y, además, indiviso y omnipotente. Al realizar muchas cosas, no obstante, no se divide. Conoce los misterios, todo lo escruta, hasta las profundidades de Dios; descendió sobre el Señor Jesucristo en forma de paloma (cf. Lc 3,22), había estado actuante en la ley y los profetas, pero también ahora sella tu alma con ocasión del bautismo[152]: de su santidad necesita ahora toda la naturaleza racional y, si alguien se atreviere a blasfemar contra él, no se le perdonará ni en este mundo ni en el venidero (Mc 3,29 par.). Juntamente con el Padre y el Hijo posee el honor y la

[147] Cat. 13, núm. 16.
[148] Cat. 13, núm. 4
[149] Vid. más arriba, nota 17.
[150] Probablemente es una alusión al hecho de que, hasta la época de Cirilo de Jerusalén, la historia de las herejías ha tenido ya tiempo de escribir en el cristianismo algunas de sus páginas.
[151] Con lo cual Cirilo afirma la identidad de naturaleza del Espíritu Santo con el Padre y el Hijo.
[152] El momento del bautismo es presentado por el texto original como un kairós, es decir, como una oportunidad salvífica. Por otra parte, el empleo del verbo «sellar» (de nuevo, sfragidsein) remite a lo que anteriormente se señaló varias veces sobre la teología del «carácter», referido tanto al bautismo como al don del Espíritu y a la confirmación. Cf. Procatoquesis, nota 36.

gloria de la divinidad; también de él necesitan los tronos y las dominaciones, los principados y las potestades[153]. Pues sólo hay un Dios, Padre de Cristo; y hay un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios; y un solo Espíritu Santo, que todo lo santifica y lo deifica, y que habló en la Ley y los Profetas, en la antigua y en la nueva Alianza.

17. Ten siempre esta señal en tu mente, pues a ella se le está anunciando todo esto de modo sumario; pero si Dios lo permite, todo lo explicaremos más ampliamente, según nuestras fuerzas, demostrándolo según las Escrituras. Pues, acerca de los divinos y santos misterios de la fe, no debe transmitirse nada sin las Sagradas Escrituras, ni deben aducirse de modo temerario cosas simplemente probables y apoyadas en argumentos construidos con palabras artificiosas. Y no creas, pues, que voy a proceder de este modo, sino probando por las Escrituras lo que te anuncio. Pues esta fe, a la cual debemos nuestra salvación, no recibe su fuerza de los comentarios y las disputas, sino de la demostración por medio de la Sagrada Escritura.

SOBRE EL ALMA (dogma VIII)

18. Tras el conocimiento de esta venerable, gloriosa y santísima fe, debes conocerte también a ti mismo: ¿Quién eres tú?[154]. Como hombre, tú has sido hecho compuesto de alma y cuerpo y, según se ha dicho poco antes[155], el mismo Dios es autor de tu alma y de tu cuerpo. Debes saber también que tienes un alma libre que es obra maestra de Dios, hecha a imagen de su creador: inmortal por causa de Dios que le confiere la inmortalidad; un ser vivo dotado de razón y libre de la corrupción por causa de quien le otorgó todo ello; con capacidad de hacer lo que desee. Pues tú no pecas por la posición de los astros cuando naciste[156] ni te ves enredado en la fornicación de modo fatal, ni tampoco, según deliran algunos, te fuerza la conjunción de los astros a caer en la lascivia contra tu voluntad. ¿Por qué, al no querer reconocer tus propios males, atribuyes tu culpa a los astros inocentes? Y no me hables, después de todo esto, de los astrólogos, pues dice de ellos la Escritura: «Que vengan ahora y que te salven los que hacen la carta del cielo», para añadir poco más abajo: «Helos ahí como briznas de paja, que serán consumidos por el fuego; no podrán escapar de los brazos de las llamas» (Is 47,13,14). 19. Pero aprende también esto: antes de que el alma viniese a este mundo, no cometió pecado. Pero habiendo venido inocentes, pecamos ahora voluntariamente[157]. No pienses que estoy interpretando mal aquello de: «Pero si hago lo que no quiero...» (Rm 7,16), sino recuerda aquello otro: «Si ustedes quieren, si son dóciles, comerán los bienes de la tierra; si no quieren y se rebelan, serán devorados por la espada» (Is 1,19-20) y, por otra parte: «Como ofrecieron sus miembros al servicio de la impureza y de la iniquidad para la iniquidad, así ahora entreguen sus miembros al servicio de la justicia para la santidad» (Rom. 6,19). Acuérdate también de lo que dice la Escritura: «Como no tuvieron a bien guardar el verdadero conocimiento de Dios...» (Rm 1,28) y «lo que de Dios se puede conocer, está en ellos manifiesto» (Rm 1,19) y, por otra parte, «han cerrado sus ojos» (Mt 13,15, citando Is 6,9-10).

[153] Al aplicar al Espíritu Santo todo lo que se dice del Hijo, se le atribuye lógicamente también a aquél lo que se dice sobre el triunfo y la supremacía de Cristo en Col I,16 y Ef 1,2. También en esto se observa que, si bien Cirilo de Jerusalén no es, propiamente hablando, creativo en teología trinitaria, es al menos un buen testigo de la misma.
[154] El tema ya se mencionó en la catequesis 3, núm. 4.
[155] Ibid.
[156] En este, como en otros momentos, las catequesis se manifiestan contra la astrología y la creencia en los horóscopos.
[157] Vid. cat. 6, núms. 27, 28.

Acuérdate de Dios cuando increpa y dice: «Yo te había plantado de la cepa selecta, toda entera de simiente legítima. Pues, ¿cómo te has mudado en sarmiento de vid bastarda?» Jer 2,21).

20. El alma es inmortal. Y son semejantes todas las almas: tanto de los hombres como de las mujeres. Sólo son diferentes los miembros de los cuerpos. No existe una clase de almas pecadoras por naturaleza y otras que actúen debidamente, pues todas actúan según su voluntad y el albedrío de cada una, mientras no hay diversidad en la sustancia de las almas y es semejante en todas ellas.

En fin, me doy cuenta de que he dicho muchas cosas y que se nos está pasando el tiempo. Pero, ¿qué deberá anteponerse a la salvación? ¿No serás capaz de esforzarte un poco para obtener fuerzas frente a los herejes? ¿Y no quieres conocer los desvíos del camino para no caer, por imprudencia, en el precipicio? Quienes estas cosas te enseñan, no piensan obtener la más mínima ganancia con que tú las aprendas. Y tú, que eres el que las aprendes, ¿no deberás acoger de buen grado la multitud de cosas que se dicen?

21. El alma es libre y dueña de sí misma. El diablo puede ciertamente sugerir, pero no puede forzarla a actuar privándola de la voluntad. Cuando viene a ti el pensamiento de la fornicación, si quieres, lo admites, pero no si lo rechazas. Pues si tuvieras necesariamente que fornicar, ¿por qué motivo habría preparado Dios la gehenna? Si por naturaleza hace lo recto, y no libremente, ¿con qué fin habría dispuesto Dios premios inefables? Mansa es la oveja, pero nunca ha sido coronada por su mansedumbre, puesto que esa mansedumbre no le viene por determinación de su voluntad, sino por su modo de ser.

SOBRE EL CUERPO (dogma IX)

22. Ya has oído, querido, bastantes cosas acerca del alma; si puedes, escucha ahora también acerca del cuerpo. Y no pienses lo que algunos dicen de que el cuerpo no lo ha hecho Dios, y creen que el alma habita en él como en un recipiente que le es ajeno, inclinándose por tal motivo a la práctica de la fornicación[158]. ¿Qué es lo que ellos recriminan al cuerpo admirable? ¿Qué es lo que le falta de decencia y armonía? ¿Qué es lo que carece de estética en su estructura? ¿No deberán caer en la cuenta tanto de la espléndida configuración de los ojos como de la posición oblicua de los oídos, para poder oír sin dificultad, o del olfato capaz de distinguir olores o también los aromas suaves, o en la doble capacidad de la lengua para gustar de las cosas y para poder hablar, sin olvidar la capacidad pulmonar para respirar el aire sin cesar? ¿Quién dio al corazón su movimiento continuo? ¿Quién anudó los nervios a los huesos de modo tan sabio? ¿Quién asignó una parte del alimento a la reparación de las fuerzas de la naturaleza, destinando

[158] El autor quiere defender, con razón, la dignidad del cuerpo, procurando evitar que una justa valoración del alma, lo más específico y característico del hombre creado, redunde en detrimento de la realidad somática del hombre. La enseñanza posterior de la unidad sustancial de alma y cuerpo explicará todo esto con mayor claridad, además del mejor conocimiento que hoy día se tiene de la antropología neotestamentaria con sus conceptos de soma, psyché, etc., especialmente en las cartas de Pablo. Sobre todo esto puede consultarse con provecho el estudio de F.P. FIORENZA y J.-B. METZ, El hombre como unidad de cuerpo y alma, Mysterium Salutis II/2, Madrid 1970, 661-715. El interés del presente párrafo de la catequesis está centrado especialmente en defender que, puesto que el cuerpo es una realidad del hombre con dignidad plena, «no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo» (I Cor 6,13).

otra a la defecación, haciendo cubrir pudorosamente las partes menos nobles? ¿Quién es el que hizo que la débil naturaleza humana pudiese perpetuarse mediante una sencilla unión?

23. Y no me digas que el cuerpo es causa del pecado[159]. Pues si el cuerpo es la causa del pecado, ¿por qué no pecan los muertos? Coloca una espada a la derecha de un hombre que haya muerto hace poco, no matará a nadie. Ya pueden desfilar, ante un joven recientemente muerto toda clase de hermosuras; no experimentará ninguna lascivia. ¿Por qué? Porque el cuerpo no peca por sí mismo; es el alma quien peca por medio del cuerpo. El cuerpo es como el instrumento del alma, como si fuese vestido y su abrigo: se hace inmundo si es ella la que lo mueve a la fornicación; pero si se une a un alma santa, se convierte en templo del Espíritu Santo. Y no lo digo esto yo, sino el apóstol Pablo: «¿No saben que el cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que está en ustedes?» (I Cor 6,19). Respeta, por tanto, tu cuerpo como templo del Espíritu Santo. No manches tu carne con la fornicación; no ensucies este vestido tuyo hermosísimo. Pero si lo ensuciaste, lávalo ahora por la penitencia: hazlo mientras todavía hay tiempo.

24. En lo referente a la castidad, ponga atención sobre todo el orden de los monjes y de las vírgenes[160], que viven en el mundo una vida semejante a la de los ángeles, pero escuche también todo el pueblo de la Iglesia. Grande es, hermanos, la corona que les está preparada y, para que no cambien tan gran dignidad por un placer mezquino, oigan al Apóstol cuando dice: «Que no haya ningún fornicario o impío como Esaú, que por una comida vendió su primogenitura» (Hebr 23,26). Y, escrito en los libros evangélicos tu nombre a causa del propósito de pureza, cuida de que después no se tenga que borrar a causa de la torpeza cometida.

25. Tampoco debes, si cumples perfectamente el deber de la castidad, engreírte frente a los que, unidos en matrimonio, siguen un inferior estado de vida. Como dice el Apóstol, «tengan todos en gran honor el matrimonio, y el lecho conyugal sea inmaculado» (Hebr 13,4). Además, tú que vives íntegramente la castidad, ¿acaso no has nacido de padres casados? No porque poseas oro, desprecies la plata, sino que posean esperanza plena también los que viven legítimamente en matrimonio, puesto que no viven licenciosamente su unión en la pasión y el desenfreno, sino de acuerdo con lo que debe ser, concediéndose a veces tiempos para dedicarse a la oración (cf. I Cor 7,5); estos tales ofrecen sus cuerpos puros, juntamente con su vestimenta, en las asambleas de la Iglesia, pues contrajeron nupcias no por disfrutar de las pasiones, sino por la procreación de los hijos.

26. No hay que reprobar, defendiendo un matrimonio único, a quienes se deciden por segundas nupcias. Pues aunque la continencia es cosa hermosa y admirable tampoco hay que ignorar la debilidad de la carne, lo que se puede remediar con un segundo matrimonio. El Apóstol dice, en efecto: (A los débiles y a las viudas) «bien les está quedarse como yo. Pero si no pueden contenerse, que se casen; mejor es casarse que abrasarse» (I Cor 7,8-9). Y deséchese todo lo demás, la fornicación, el adulterio y toda clase de lascivia; pero consérvese el cuerpo puro para el

---

159 Probable alusión al maniqueísmo que, entendiendo mal la relación entre alma y cuerpo, colocó en éste, entendiéndolo peyorativamente como materia innoble, la causa o la ocasión exclusiva del pecado.

160 La institución de los «continentes», de los monjes y de las virgcnes es ya muy apreciada en la Iglesia de mucho tiempo antes de estas catequesis. Es posible que entre los oyentes se encontrasen quienes ya practicaran una vida monástica o viviesen en la virginidad. Debe tenerse en cuenta que la expresión «monje» en la Iglesia antigua se aplica con frecuencia a quienes viven en la continencia, pero no necesariamente haciendo vida común con otros de su mismo estado, sino en sus domicilios en las ciudades (mónachos, de monos: solo).

Señor, para que también el Señor respete el cuerpo. Nútrasele (al cuerpo) con alimentos para vivir y dénsele los cuidados adecuados, pero no para que se entregue a los placeres.

Sobre los alimentos

27. Estas deben ser las normas sobre los alimentos; de hecho hay muchos que tienen problemas con esa cuestión. Pues unos se manejan sin problemas con lo sacrificado a los ídolos, otros se abstienen, por razones de práctica de la vida ascética, de algunas de las cosas ofrecidas y condenan a quienes las comen[161], y así se mancha de modos diversos el alma de algunos con respecto a los alimentos (I Cor 8,7), al ignorar las causas válidas para comer o abstenerse. Ayunamos de vino y nos abstenemos de carnes, no porque por motivos religiosos los aborrezcamos, sino en la expectativa de la gratuidad, de modo que, despreciando lo sensible, gocemos del banquete espiritual y verdadero. De modo también que, sembrando ahora en lágrimas, recojamos la cosecha de la alegría en el mundo venidero (cf. Sal 126,5-6). No desprecien, por tanto, a los que comen, pues toman alimento por la debilidad de sus cuerpos; tampoco reprendas a los que toman un poco de vino por su estómago y sus frecuentes enfermedades[162], ni los condenes como pecadores; tampoco odies las carnes, pues algunos tales había conocido el Apóstol cuando decía que «prohiben el matrimonio y el uso de alimentos que Dios creó para que fueran comidos con acción de gracias por los creyentes» (I Tim 4,3). Por consiguiente, si tú te abstienes de estas cosas, no lo hagas como si fuese abominable, pues si así fuese no obtendrías la gracia; más bien déjalas, aun siendo buenas, por lo más auténtico que se te propone, que es mucho mejor.

28. Evita totalmente comer lo que fue ofrecido a los ídolos, pues no se trata de que lo diga yo actualmente, sino que de tales alimentos se preocuparon los mismos Apóstoles y, en aquella época, incluso Santiago, obispo de esta Iglesia; pues los apóstoles y presbíteros escribieron una epístola a todos los gentiles con la finalidad de que se abstuviesen primera y principalmente de lo inmolado, pero también de la sangre y de lo ahogado (Hech 15,20-29)[163]. Pues muchos hombres

[161] Explicando el problema (Rm 14,1-15,13; I Cor 8; 10,14-33), Pablo, aun teniendo el criterio de que no importa comer carne previamente sacrificada a los ídolos, quiere que se respeten por todos las opiniones de cada uno. Cf. p. ej., Rom 14,3: «El que come, no desprecie al que no come; y el que no come, tampoco juzgue al que come».

[162] La frase está tomada del caso en realidad diferente de 1 Tm 5,23.

[163] Cirilo parece considerar la importancia que para su época tienen todavía las prescripciones de la asamblea de Jerusalén. Ésta (Hech 15,5-35) se reunió para resolver si la adopción de la circuncisión y de la Ley judías eran un paso previo a la entrada de los gentiles en la Iglesia. Pero, en el fondo, el tema que se ventilaba era si era justa la predicación paulina (el «evangelio de Pablo»), según el cual la justificación del pecador no se conseguía por las obras (y, en ellas, las obras de la Ley), sino por la fe. El tema, capital en Pablo, se aborda con sumo detalle especialmente en sus cartas a Gál y Rom. El papel moderador de Pedro fue decisivo en la asamblea (Hech 15,7-12) a favor de que el hombre se justifica gratuitamente en Cristo. Sin negar esto, pero a causa de Santiago, cultural y religiosamente muy próximo a las observancias judías, se adoptó una solución de cierto compromiso, «no imponeros más cargas que estas indispensables: abstenerse de los ídolos, de la sangre, de los animales estrangulados y de la impureza» (Hech 15,28-29). Aparte de la cuestión de «la impureza», que con toda probabilidad se refiere a la fornicación y cuyo rechazo moral es normal, es lógico que las otras prescripciones cayeran muy pronto en desuso, especialmente en las Iglesias de Occidente, en las que muy poco después de los años centrales de la predicación de Pablo ya no se haría cuestión de que la ley judía había caducado en todos sus aspectos litúrgicos y jurídicos. Pero no parece extraño que en la Iglesia de Jerusalén, por una cierta memoria histórica que la catequesis de Cirilo parece reflejar, todavía se mantuviese cierto respeto a aquel circunstancial decreto jerosolimitano. Podría decirse, por otra parte, que en las presentes catequesis no está, todo lo presente que podría, el influjo de la antropología teológica paulina. Para algunos detalles sobre este pasaje de las catequesis, cf. PG 33,491-492, nota 1

de fiera índole que viven como perros lamen la sangre como bestias salvajes y se hinchan de animales ahogados. Pero tú, que eres siervo de Cristo, observa esto cuando comas para hacerlo piadosa y religiosamente. Con esto basta acerca de los alimentos.

Sobre el vestido

29. Lleva un vestido sencillo, y no como ornato sino para cubrirte lo necesario; no para deleitarte con molicie, sino para calentarte en invierno y cubrir pudorosamente tu cuerpo; pero no caigas en la complicación innecesaria del vestido, con el pretexto de que te has de cubrir, o en cualquier otra necedad.

SOBRE LA RESURRECCIÓN (dogma X)

30. De este cuerpo usa, por favor, moderadamente; sábete que habrás de ser resucitado de entre los muertos para ser juzgado precisamente con ese cuerpo[164]. Pero si te viniere cualquier pensamiento de desconfianza, como si ello no pudiese suceder, juzga por otras cosas tuyas que tampoco parecen reales. Pues tú mismo, dime, piensa dónde estabas hace cien años o más. Y, si partiste de ser una realidad tan pequeña y vil, ¿cómo es que has llegado a tal desarrollo con tal armonía de tu figura externa? El que hizo que existiera lo que no existía anteriormente, ¿acaso no podrá resucitar a lo que ya fue y murió? El que cada año, en favor nuestro, levante el trigo que, sembrado, perece y se pudre, ¿tendrá dificultad en resucitarnos a nosotros mismos por quienes él mismo resucitó? Ves cómo los árboles se mantienen ahora durante tantos meses sin fruto y sin hojas; pero todos ellos, pasado el invierno, recobran la vida tras haber estado como muertos. ¿No seremos nosotros, mucho más y mucho más fácilmente, llamados de nuevo a la vida? La vara de Moisés se transformó, por voluntad de Dios, en algo muy diferente de ella misma, en una serpiente. ¿No podrá, pues, el hombre caído en la muerte ser restituido a sí mismo?

31. No hagas caso de los que dicen que no resucita este cuerpo, pues resucitará. Testigo de ello es Isaías cuando dice: «Resucitarán los muertos, y se levantarán los que están en los sepulcros» (Is 26,19)[165] y, según Daniel: «Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para el oprobio, para el horror eterno» (Dan 12,2).

Por lo demás, la resurrección es para todos los hombres, pero no será para todos igual. Pues todos recibiremos cuerpos eternos, pero no todos iguales. Los justos lo recibirán para unirse eternamente al coro de los ángeles, y los pecadores para sufrir eternamente las penas por sus pecados.

El bautismo

32. Por todo lo cual, el Señor, por su bondad para con los hombres, les concedió a éstos la conversión del bautismo, para que, arrojando la mayor parte del peso de los pecados, e incluso todo el lastre (cf. Hebr 12,1), por la obtención del sello por medio del Espíritu Santo lleguemos a ser herederos de la vida eterna. Pero, puesto que ya antes hablamos suficientemente acerca del bautismo, pasemos ahora a los temas de instrucción que quedan.

[164] Vid. cat. 18, núm. 9.
[165] Se respeta la versión de Cirilo, aunque otras versiones de la Biblia darían una traducción incluso más expresiva.

33. Todo esto nos lo enseñan las Escrituras de la antigua y de la nueva Alianza, inspiradas por Dios. Uno mismo es el Dios de ambas alianzas, que en la antigua preanunció que Cristo se manifestaría en la nueva y que nos condujo por la Ley y los Profetas como pedagogo hasta Cristo. «Antes de que llegara la fe, estábamos encerrados bajo la vigilancia de la Ley» (Gál 3,23), y «la Ley ha sido nuestro pedagogo hasta Cristo. Pero si alguna vez oyes a alguno de los herejes denigrando a la Ley o los profetas, replícale con aquella palabra saludable que dice: «No vino Jesús a abolir la Ley, sino a cumplirla»[166]. Aprende también de la Iglesia con afán cuáles son los libros del Antiguo Testamento y cuáles del Nuevo, y hazme el favor de no leer ninguno de los apócrifos[167], Pues si no estás al tanto de lo que todo el mundo conoce y confiesa, ¿por qué pierdes lastimosamente el tiempo con cuestiones dudosas y controvertidas? Lee las Sagradas Escrituras, o sea, estos veintidós libros del Antiguo Testamento que tradujeron los setenta y dos intérpretes[168].

34. Después que murió Alejandro, rey de los Macedonios, dividido su reino en cuatro principados, Babilonia, Macedonia, Asia y Egipto, uno de los que reinaron en Egipto, Ptolomeo Filadelto, príncipe estudiosísimo de las letras, hacía acopio de libros de cualesquiera lugares. Oyó hablar a su bibliotecario Demetrio Falereo sobre las Escrituras de la Ley y los Profetas. Pensaba rectamente que por la fuerza no se obtienen los libros, sino que uno se gana a sus poseedores más bien por los regalos y la amistad. Sabiendo que, al forzar violentamente, lo que se da contra la voluntad propia queda frecuentemente corrompido por el engaño, mientras que lo que se enseña de modo espontáneo se regala con toda sinceridad, envió al entonces sumo sacerdote Eleazar numerosos presentes para adornar el templo de Jerusalén, haciendo venir a él a seis hombres por cada una de las doce tribus de Israel. Después, con la finalidad de comprobar si los libros estaban o no inspirados por Dios, buscando que los intérpretes enviados no se pusiesen de acuerdo entre sí, los hizo colocar a cada uno de ellos en estancias propias en donde está el Faro de Alejandría[169]4, ordenando a cada uno traducir toda la Escritura. Terminaron el trabajo en el lapso de setenta y dos días, y el rey reunió todas las versiones, elaboradas en lugares separados y sin contacto entre los autores, comprobando que coincidían completamente no sólo en cuanto al sentido, sino en los términos mismos. La obra, pues, no era una creación verbal ni artificio de humanos sofismas, sino una versión de las Sagradas Escrituras, dictadas por el Espíritu Santo y con la inspiración de ese mismo Espíritu.

---

[166] La frase, en labios de Jesús, es: «No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas» (Mt 5,17).

[167] Libros bíblicos no auténticos, aunque la expresión se aplica especialmente a los llamados «evangelios apócrifos». Se trata de libros no aceptados en el canon bíblico.

[168] Los «setenta y dos» intérpretes son comúnmente conocidos en números redondos, como «Los Setenta». Los datos, sobre ellos y su trabajo, son en gran parte legendarios en la forma como se explican en el párrafo 34 de la catequesis. No se puede precisar el número de traductores y se debe admitir que seguramente en la época en que se hizo la traducción en el reinado de Tolomeo II, rey de Egipto entre el 285 y el 247 a. C., ya existían al menos versiones griegas parciales del AT. Por lo demás, la versión de los LXX fue muy apreciada por los mismos autores del NT, que se sirven de ella con frecuencia. Fue utilísima en el judaísmo de la diáspora y, ya en el Cristianismo, ejerció un enorme influjo en la Patrística. A esta versión se refiere aquí en gran parte la catequesis de Cirilo. También hay que decir que el número de libros del AT depende de cómo éstos se cuenten. En nuestro cómputo son alrededor de cuarenta y cinco.

[169] El célebre faro se construyó en la época de Tolomeo II.

35. Lee, pues, los veintidós libros, pero no quieras saber nada de los apócrifos. Medita y estudia sólo aquellos, que son los que en la Iglesia leemos con confianza cierta; mucho más prudentes y piadosos que tú eran los Apóstoles, así como los antiguos obispos de la Iglesia que nos los transmitieron; por tanto, tú, que eres hijo de la Iglesia, no conculques sus leyes. Medita en serio los veintidós libros del Antiguo Testamento, cuyos nombres esfuérzate en grabártelos de memoria tal como te los diré ahora. Los cinco primeros son los libros de la Ley, de Moisés: Génesis, Exodo, Levítico, Números, Deuteronomio. Después, el libro de Josué y el de los Jueces, el séptimo y que se considera conjuntamente con Rut. De los restantes libros históricos, el primero y segundo de los Reinos se consideran uno entre los hebreos, y lo mismo sucede con el tercero y el cuarto[170]. De modo semejante sucede entre ellos con el primero y el segundo de los Paralipómenos, a los que consideran un único libro; también los dos libros de Esdras[171] son contados como uno. El de Ester es el libro duodécimo. Estos son los históricos. Cinco están escritos en verso: Job, el libro de los Salmos, Proverbios, Eclesiastés y el Cantar de los cantares, que es el libro diecisiete. Siguen cinco proféticos: un libro de los Doce profetas[172] y la Epistola[173], más los libros de Ezequiel y Daniel, el vigésimo segundo del Antiguo Testamento.

36. Los Evangelios del Nuevo Testamento son sólo cuatro, pues los demás son apócrifos y perjudiciales. También los maniqueos escribieron un «Evangelio según Tomás» que, revestido del buen olor de la denominación de «Evangelio», corrompió las almas de la gente más sencilla. Acepta también los Hechos de los doce Apóstoles y, además, las siete epístolas católicas de Santiago, Pedro, Juan y Judas. Por fin, lo que sirve a todos de señal y es obra última de los discípulos: las catorce epístolas de Pablo. Todo lo demás déjese fuera, en un segundo plano. Todo aquello que no se lee en las Iglesias, tampoco lo leas privadamente, como ya oíste[174]. Pero de todo esto ya es suficiente.

37. Huye de toda maquinación diabólica y no creas al dragón caído, que por propia voluntad mudó en otra su naturaleza buena; es capaz de persuadir a quienes consientan en ello, pero no puede quitar a nadie su libertad. Tampoco hagas caso de las predicciones de los astrólogos ni a quienes observan las aves, como asimismo tampoco escuches a cualquiera ni a las imaginativas adivinaciones de los griegos. A los filtros mágicos, los encantamientos y las perniciosas evocaciones de los muertos ni siquiera les prestes oído. Apártate de toda clase de intemperancia, y no te des a la gula ni ames la voluptuosidad. Manténte por encima de toda avaricia y usura. No asistas a los espectáculos de los gentiles. No utilices nunca amuletos en caso de enfermedad. No frecuentes ninguna taberna puerca o sórdida. Tampoco practiques la religiosidad samaritana o judía, pues para algo superior te liberó Jesucristo. Manténte alejado de toda observancia del

---

[170] En la clasificación griega y en la cristiana antigua, adaptada también por la versión de San Jerónimo, los libros de Samuel y de los Reyes reciben el nombre de «Libros de los Reinos».
[171] Aquí, Esdras y Nehemías.
[172] Los doce profetas menores.
[173] La «Carta de Jeremías» se encuentra en Bar 6
[174] Libros bíblicos son los que «se leen» en las comunidades cristianas, es decir, la norma o el «canon» que se utiliza para saber que un libro forma parte de la Escritura es el hecho de que su utilización litúrgica y en la predicación es fructuosa y alimenta la fe. Este consenso de la Iglesia universal se fue formando propiamente durante siglos y no puede decirse que estuviese ya completamente cerrado en la época de Cirilo de Jerusalén. De ahí que no se mencionen libros del Antiguo o del Nuevo Testamento que sólo más tarde entrarían a formar parte definitivamente del canon bíblico. Los libros que se integraron en un segundo momento en el número de los canónicos reciben el nombre de «deuterocanónicos». Pero, en cualquier caso, sin descender a pormenores, toda esta valoración de los libros bíblicos debe entenderse desde la asistencia del Espíritu a la Iglesia.

Sábado y no consideres puros o limpios a alimentos que de por sí son indiferentes. pero sobre todo odiarás todas las reuniones de los herejes infractores; pon todos los medios para favorecer tu alma con los ayunos, las limosnas y las lecturas de los oráculos divinos para que, por la temperancia y la guarda de los sagrados dogmas, goces, por el tiempo que te quede de vivir en la carne, de la única salvación, la cual se otorga por el bautismo. Y así, adscrito por Dios Padre al ejército celestial, merezcas también la corona del cielo: en Jesucristo nuestro Señor, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

CATEQUESIS V

LA FE

Pronunciada en Jerusalén, sobre «la fe». El punto de partida es Hebr 11,1-2: «La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven. Por ella fueron alabados nuestros mayores»[175].

El paso del orden de los catecúmenos al de los fieles

1. La grandeza de la dignidad que Dios les ha otorgado al hacerles pasar del orden de los catecúmenos al de los fieles la expresa el apóstol Pablo al decir: «Fiel es Dios, por quien han sido llamados a la comunión con su hijo Jesucristo» (I Cor 1,9). Pero, si a Dios se le llama «fiel», también tú recibes este calificativo al haber crecido en dignidad. Pues así como a Dios se le llama bueno, justo, omnipotente (además de señor de todo) y creador de todas las cosas, también se le llama «fiel». Piensa, por tanto, a qué dignidad eres promovido, puesto que habrás de participar de este apelativo divino.

2. Aquí se busca si hay alguno entre ustedes que ya sea fiel en lo íntimo de su conciencia[176]. Pues, «un hombre fiel, ¿quién lo encontrará?» (Prov 20,6). No se trata de que me descubras tu conciencia, pues has de ser juzgado en circunstancias humanas, sino de que muestres la sinceridad de tu fe al Dios que escruta los riñones y los corazones (cf. Sal 7,10) y «conoce los pensamientos del hombre» (Sal 94,13). Gran cosa es ciertamente un hombre fiel, y es más rico que todos los ricos aunque se encuentre privado de todas las riquezas[177], y todo ello precisamente por el hecho de despreciarlas. Pues los que son ricos en lo exterior, aunque posean muchas cosas, son torturados por su pobreza interior: cuantas más cosas reúnen, más les mortifica el deseo de poseer lo que les falta. Pero el hombre fiel -y esto es lo más admirable- es rico en su pobreza sabiendo que lo único necesario es vestirse y alimentarse y, contento con ello (I Tim 6,8), desprecia las riquezas.

La fe genera comunión y confianza y es expresión de ellas

3. Tampoco hay que pensar que el prestigio de la fe sólo se da entre quienes nos amparamos bajo el nombre de Cristo, sino que todo lo que se hace en el mundo, incluso por parte de quienes están lejos de la Iglesia, queda penetrado por la fe[178]. Por medio de una fe, dos personas extrañas se unen por las leyes nupciales; personas ajenas una a otra entran en la comunión de cuerpos y

[175] El tema de esta catequesis suele definirse como «sobre la fe y el símbolo», pero con frecuencia se le llama «Sobre la fe». Un símbolo en uso en la Iglesia de Jerusalén se transcribe tras la presente catequesis.
[176] Cf. 1 Cor 4,2-4.
[177] Prov 17,ó, según la versión de los Setenta.
[178] Las lineas que siguen tienen como objetivo más directo explicar que también existe una fe humana, en los contratos, etc., que es utilizada aquí para dar una idea explicativa de lo que puede ser la fe en el ámbito cristiano. Todo el resto del párrafo 3 deja entrever, por otra parte, con bastante claridad la conciencia de distinción que existe entre el cristiano y los que viven fuera de la Iglesia.

bienes mediante la fe que se hace presente en el contrato matrimonial. También en una cierta fe se apoya el trabajo agrícola, pues no comienza a trabajar quien no tenga esperanza de recibir frutos. Con fe recorren los hombres el mar cuando, confiando en un pequeño leño, cambian la solidez de la tierra por la agitación de las olas, entregándose a inciertas esperanzas y mostrando una confianza más segura que cualquier áncora. En la confianza, finalmente, se apoyan los negocios de los hombres, y esto no sólo sucede entre nosotros, sino también, como se ha dicho, entre quienes son ajenos a lo nuestro. Pues, aunque no aceptan las Escrituras, tienen doctrinas propias que aceptan con confianza[179].

Fuerza de la fe en situaciones diversas

4. A la verdadera fe les llama también la lectura de hoy indicándoos el camino por el que pueden agradar a Dios, pues señala que «sin fe es imposible agradarle» (Hebr 11,6). Pero, ¿cómo se resolverá el hombre a servir a Dios si no cree en él como remunerador? ¿Cómo mantendrá una muchacha su propósito de virginidad o será casto un joven si no creen en la corona inmarcesible de la castidad? La fe es el ojo que ilumina toda la conciencia y favorece la intelección, pues dice el profeta: «Si no creen, no entenderán»[180].La fe, según Daniel, cierra la boca de los leones (cf. Hebr 11,33), pues de él dice la Escritura: «Sacaron a Daniel del foso y no se le encontró herida alguna, porque había confiado en su Dios» (Dn 6,24).

¿Hay acaso algo más terrible que el diablo? Pues contra él no tenemos otra clase de armas que la fe (cf. 1 Pe 5,9): un escudo incorpóreo frente a un enemigo invisible, que lanza múltiples venablos y acribilla con saetas a quienes, en la noche oscura, no están vigilantes. Pero, aunque reine la oscuridad y el enemigo no esté a la vista, tenemos como armadura la fe, como dice el Apóstol: «embrazando siempre el escudo de la fe, para que podáis apagar con él todos los encendidos dardos del Maligno» (El 6,16). A menudo lanza el diablo el dardo encendido del deseo voluptuoso, pero la fe lo extingue iluminando nuestro juicio y aligerando nuestra mente[181].

La fe en la historia de Abraham, Padre de las naciones

5. Muy ampliamente podría hablarse de la fe y nunca habría tiempo suficiente para terminar de hablar de ella. Pero, de las figuras de la antigua Ley, nos bastará con Abraham, puesto que hemos sido adoptados como hijos también por su fe (cf. Rom 4,11 b). El no fue justificado sólo por sus obras, sino también por su fe (Sant 2,24; cf. 2,14-26)[182]. Pues había hecho muchas cosas correctamente, pero nunca había sido llamado «amigo de Dios» hasta después de que creyó[183], y

---

[179] Doctrinas filosóficas, religiones, sectas, etc.
[180] Cf. Is 7,9, versión de los Setenta. Sobre la dificultad del versículo,, es muy útil, de modo resumido, la nota de la Biblia deJerusalén. A un teólogo la versión de los LXX, utilizada aquí por Cirilo, le recuerda inevitablemente el planteamiento del téologo medieval Anselmo de Canterbury sobre la fe como medio que posibilita la penetración en el misterio de Dios (Fides quaerens intellectum).
[181] Vid. procat, n. 10, y cat. 16, n. 19.
[182] Sobre el tema de la justificación por la fe es determinante, dentro del canon neotestamentario, la amplísima exposición de Pablo en Rom (el núcleo de la carta es tal vez 3,21-32) y Gál. La exposición de Sant 2,14-26 necesita una adecuada exégesis y es, en parte, una respuesta a las exageraciones de ciertos seguidores de Pablo para quienes serian innecesarias las obras de vida eterna, necesaria manifestación de la fe que en rigor, es la única realidad que justifica al hombre. Sobre el tema son muy interesantes los trabajos de O.H. Pesch y F. Mussner contenidos en la exposición de la dogmática Mysterium Salutis, t. IV/2, Madrid 2 1984
[183] Gén 15,6: «Y creyó él en Yahvé, el cual se lo reputó por justicia».

toda su actuación alcanzó su consumación mediante la fe. Por la fe abandonó a sus parientes; por la fe dejó patria, región y casa (Hebr 11,8-10). Y, como él fue justificado, también tú serás justificado[184]. Su cuerpo estaba ya agotado, pero así habría de recibir posteriormente hijos: siendo él mismo anciano, tenía una esposa anciana, Sara, pero ya sin esperanza de hijos. Pues bien, es a este anciano a quien Dios promete una futura prole. Pero él «no vaciló en su fe al considerar su cuerpo ya sin vigor» (Rm 4,19), sino que atendió al poder del que se lo prometía, «pues tuvo como digno de fe al que se lo había asegurado» (Hebr 11,11). Por ello, como de unos cuerpos muertos y en contra de lo pensado, recibió un hijo (cf. Hebr 11,12; Rom 4,18-22). Después, al recibir la orden de ofrecer el hijo recibido (Gén 22), a pesar de que había oído aquello de «por Isaac llevará tu nombre una descendencia» (Gén 21,12b), ofreció a su hijo único a Dios, pues «pensaba que poderoso era Dios aun para resucitar de entre los muertos» (Hebr 11,19). Y después de haber atado a su hijo y colocarlo sobre la leña, lo sacrificó ciertamente en su voluntad, pero recobró vivo a su hijo por la bondad de Dios que en el mismo lugar puso un cordero que sustituyera a su hijo. Y así, teniendo verdaderamente fe, «recibió la señal de la circuncisión como sello de la justicia de la fe que poseía siendo incircunciso» (Rm 4,11, que utiliza Gén 17,11), una vez aceptada la promesa de que se convertiría en padre de muchas naciones (cf. Gén 12,2-3); 15,5,18; 17,5; Rom 4,11)[185].

6. Veamos ahora cómo Abraham fue padre de muchas naciones. Claramente lo es de los judíos, según la descendencia de la carne. Pero si, al explicar la profecía, atendiéramos a la descendencia carnal, nos veríamos obligados a entender equivocadamente el oráculo; pues no es, según la carne, padre de todos nosotros. Sin embargo, el ejemplo de su fe nos hizo a todos hijos de Abraham (cf. Rom 4,12). ¿Por qué así? Entre los hombres es increíble que alguien resucite de entre los muertos, del mismo modo que es igualmente increíble que brote descendencia de un seno estéril. Pero cuando se anuncia que Cristo, que fue crucificado en el madero, resucitó de entre los muertos, lo creemos. Por la semejanza de la fe llegamos a ser hijos adoptivos de Abraham. Y entonces, después de la fe, recibimos el sello espiritual. Somos circuncidados en el lavatorio por medio del Espíritu Santo, pero no en el prepucio sino en el corazón, según lo que afirma Jeremías: «Circuncidaos para Yahvé y extirpad los prepucios de sus corazones» (Jer 4,4) o, según el Apóstol, de quien son estas expresiones: «Por la circuncisión en Cristo... Sepultados con él en el bautismo» (Col 2,11-12), etc.

De nuevo, la fuerza de la fe

7. Si guardamos esta fe, nos veremos libres de la condenación y adornados de todo género de virtudes. Pues la fe tiene poder para mantener a los hombres andando sobre las aguas. Pedro era un hombre semejante a nosotros, formado de carne y sangre y que se alimentaba con los mismos alimentos. Pero cuando Jesús le dijo: «Ven», por la fe «se puso a caminar sobre las aguas»

[184] Rom 4,23: «Y la Escritura no dice solamente por él que le fue reputado, sino también por nosotros, a quienes ha de ser imputada la fe...». Sobre los acontecimientos del AT como figura o «tipo» de las realidades cristianas, cf I Cor 10,1-13.

[185] Toda la concepción de Pablo sobre la fe de Abraham tiene relación con el proceso de fe del cristiano. Si se atiende a Rom 4, se observa que como Abraham, el cristiano recibe, en el kerigma y en el proceso de catequización conducente al bautismo, una promesa a la que, como Abraham, responde con la fe. La circuncisión que Abraham recibe cuando en él ha quedado suficientemente probada la fe, es imagen es decir, también «sello» (el sfragis del N T y de las catequesis de Cirilo) del signo bautismal o del «carácter» sacramental del bautismo, del que ya tantas veces se ha hablado. En el fondo, el proceso de cristianización del hombre hasta que en él se hace activo el sello del bautismo, no es más rápido que el hábito maduro de la fe en Abraham.

(/Mt/14/29-31), teniendo sobre ellas en la fe un cimiento más firme que cualquier otro; el peso del cuerpo era suprimido por la agilidad de la fe. Y mientras creyó, anduvo con paso firme sobre las aguas; pero cuando dudó, comenzó a hundirse (14,30). Al alejarse y disminuir poco a poco la fe, era arrastrado hacia el fondo. Cuando Jesús se dio cuenta de la dificultad, él, que es capaz de curar las aflicciones íntimas del alma, exclamó: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?» (14,31). Y con la fuerza de él, que le cogió la mano derecha, con lo que recobró la fe, llevado de esta mano por el Señor, continuó como antes andando sobre las aguas. Indirectamente habla de esto último el Evangelio cuando señala: «Subieron a la barca...» (14,32). No dice que Pedro subiera después de nadar, sino que nos insinúa que el espacio que recorrió hasta Jesús lo hizo andando y, tras recorrerlo de nuevo, subió a la barca.

8. La fe tiene tanta energía como para no sólo salvar a quien cree, sino para que se salven unos por la fe de otros. Pues no tenía fe aquel paralítico de la ciudad de Cafarnaún, pero sí tenían fe quienes lo transportaban o introdujeron a través del tejado. El alma del enfermo sufría juntamente con el cuerpo la enfermedad. No creas que temo que él me acuse, pues el mismo Evangelio dice: «Viendo Jesús», no la fe de él, sino «la fe de ellos, dice al paralítico: Levántate»[186]. Los que lo llevaban (al paralítico) eran quienes creían y la curación sobrevino al que estaba paralítico[187].

Algunos se han salvado por la fe de otros

9. ¿Quieres conocer todavía con mayor seguridad que algunos se salvan por la fe de otros?: Murió Lázaro y habían pasado un día, un segundo día y un tercero; al muerto se le habían debilitado los nervios y la putrefacción ya hacía mella en el cuerpo. ¿Cómo podía creer un muerto de cuatro días y suplicar para sí un libertador? Pero lo que en vida le faltó al difunto, lo suplieron sus hermanas. Pues una de ellas, al llegar el Señor, se inclinó a sus pies y, cuando él dijo: «¿Dónde lo habéis puesto?» y ella respondió: «Ya hiede de cuatro días», él exclamó: «Si crees, verás la gloria de Dios» (Jn 11,17 ss). Es como si dijera: haz tú las veces del muerto en lo que respecta a la fe. Y tanto pudo la fe de las hermanas como para sacar al muerto de las fauces del hadeas. Así, pues, teniendo fe unos por otros, pudieron resucitar muertos. Y tú, teniendo fe para ti mismo, ¿no sacarás un provecho mucho mayor? Pero si no tienes ninguna fe, o la tienes escasa, clemente es el Señor para volverse propicio hacia ti cuando te conviertes. Con sencillez y de corazón, di simplemente: «Creo, Señor, ayuda a mi incredulidad» (Mc 9,23). Pero si crees que tienes fe, aunque todavía de modo imperfecto, es necesario que tú también digas con los Apóstoles: «Señor, auméntanos la fe» (cf. Lc 17,5). Pues ya tienes algo en ti, pero recibirás algo de lo mucho que en él se contiene.

La fe «objetiva» junto con la fe como actitud

10. Por su nombre la fe es única, pero es en realidad de dos clases. Hay una clase de fe que se refiere a los dogmas, que incluye la elevación y la aprobación del alma con respecto a algún

---

[186] Mt 9,2. En realidad, en el versículo mencionado las palabras de Jesús al paralítico son: «¡Animo, hijo, tus pecados te son perdonados!» Las palabras «Levántate, vete a tu camilla y vete a tu casa» aparecen en el v. 6, tras la controversia de Jesús con los circunstantes.

[187] No todos los códices parecen atribuir el párrafo 8 al texto de las catequesis de Cirilo de Jerusalén, sino, al menos en parte del párrafo, a un comentario de Cirilo de Alejandría al cuarto evangelio. Pero aquí se transcribe el párrafo siguiendo el estado del texto tal como aparece en PG 33,515 (cf ibid, nota 1).

asunto. Ello reporta utilidad para el alma, como dice el Señor: «El que escucha mi Palabra y cree en el que me ha enviado, tiene vida eterna y no incurre en juicio» (Jn 5,24) y, además: «El que cree en él (en el Hijo), no es juzgado» (Jn 3,18), «sino que ha pasado de la muerte a la vida» (Jn 5,24)[188]. ¡Oh gran bondad de Dios para con los hombres! Los justos agradaron a Dios con el trabajo de muchos años. Pero lo que ellos consiguieron esforzándose en un servicio a Dios durante largo tiempo, esto te lo concede a ti Jesús en el estrecho margen de una sola hora. Si crees que Jesucristo es Señor (Cf. Rm 10,9; Flp 2,11) y que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo (Rm 10,9; cf. Rm 1,4 ss; cf. I Co 12,3) y serás llevado al paraíso por quien en él introdujo al buen ladrón (Lc 23,43). Y no desconfías de que esto pueda hacerse, pues el que salvó en este santo Gólgota al ladrón tras una fe de una sola hora, ese mismo te salvará a ti también con tal de que creas.

Los carismas que brotan de la fe

11. Pero hay otra clase de fe, que es dada por Cristo al conceder ciertos dones. «Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; a otro, carismas de curaciones...» (1 Cor 12,8,9). Esta fe, dada como una gracia por el Espíritu, no es sólo dogmática, sino que crea posibilidades que exceden las fuerzas humanas. Pero quien tenga esta fe, dirá «a este monte: "Desplázate de aquí allá", y se desplazará» (Mt 17,20). Y cuando alguno, al decir esto mismo, «crea que va a suceder lo que dice» «y no vacile en su corazón» (Mc 11,23), recibirá aquella gracia. De esta fe se dice: «Si tuviereis fe como un grano de mostaza» (Mt 17,20). Pues el grano de mostaza es de un volumen muy reducido, pero dotado de una fuerza como fuego y, sembrado en un espacio estrecho, hace crecer grandes ramas y se desarrolla, pudiendo albergar a las aves del cielo (cf. Mt 13,32). Del mismo modo, también la fe obra grandes cosas en el alma en rapidísimos instantes. Pues, una vez que se le ha infundido la luz de la fe, se hace una imagen acerca de Dios y piensa en cómo es en la medida en que puede entenderlo. Abarca los extremos de la tierra y, antes de la consumación de este mundo, ya ve el juicio y la concesión de los bienes prometidos. Ten, pues, esta fe que está en ti y a él se refiere, para que también de él recibas la que está en él y que actúa por encima de las fuerzas humanas[189].

La confesión de la fe en el Símbolo

12. Al aprender y confesar la fe[190], debes abrazar y guardar como tal sólo la que ahora te es entregada por la Iglesia con la valla de protección de toda la Escritura. Pero, puesto que no todos pueden leer las Escrituras —a unos se lo impide la impericia y a otros sus ocupaciones—, para que el alma no perezca por la ignorancia, compendiamos en pocos versículos todo el dogma de la fe. Quiero que todos ustedes lo recordéis con esas mismas palabras y que les lo recitéis en

[188] Cuando Cirilo ha indicado que «hay una clase de fe que se refiere a los dogmas», esa fe está concebida como el acto por el que quien cree se pone confiadamente en manos de Dios y acepta todo lo que él manifiesta, además de que le confía su existencia. Este segundo aspecto queda subrayado por las tres citas del evangelio de Juan que aparecen poco más abajo. En el párrafo 11 se entenderá por fe, aunque emparentado con la anterior, más bien el hecho de que Dios reparte gratuitamentc sus dones para bien de todos. Estos y otros aspectos brotan del tronco único de la fe.

[189] El lenguaje de la catequesis parece como si diese a entender que los carismas, tal vez por lo que a menudo tienen de extraordinario, son como «más dificiles» y como si dependiesen de Dios en mayor medida que la «fe dogmática>. Naturalmente, esto necesitaría mayor precisión de lenguaje.

[190] Aquí por «la fe» debe entenderse el Credo o símbolo de la fe que debe memorizarse para la redditio o devolución.

vuestro interior con todo interés, pero no escribiéndolo en tablillas, sino grabándolo de memoria en tu corazón[191]. Y cuando penséis en esto meditándolo, tened cuidado de que en ninguna parte nadie de los catecúmenos escuche lo que se les ha entregado.

Os encargo de que esta fe la recibáis como un viático para todo el tiempo de vuestra vida y que, fuera de ella, no recibáis ninguna otra: aunque nosotros mismos sufriésemos un cambio, y hablásemos cosas contrarias a lo que ahora enseñamos o aunque un ángel contrario, transformado en ángel de luz (cf. 2 Cor 11,14), quisiera inducirte a error. Pues «aun cuando nosotros mismos o un ángel del cielo les anunciara un evangelio distinto del que les hemos anunciado, ¡sea anatema!» (Gál 1,8)[192].

La fe que ahora están oyendo con palabras sencillas, retenedla en vuestra memoria; considera cuando sea oportuno, a la luz de las Sagradas Escrituras, el contenido de cada una de sus afirmaciones. Esta suma de la fe no ha sido compuesta por los hombres arbitrariamente, sino que, seleccionadas de toda la Escritura las afirmaciones más importantes, componen y dan contenido a una única doctrina de la fe[193]. Y así como la semilla de mostaza desarrolla numerosos ramos de un grano minúsculo, también esta fe envuelve en pocas palabras, como en un seno, todo el conocimiento de la piedad contenido tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Así, pues, hermanos considerad y conservad las tradiciones que ahora recibís y grabadlas en la profundidad de vuestro corazón (cf. 2 Tes 2,15).

En este momento parece entregar Cirilo el Símbolo, pero se transcribe al terminar totalmente la catequesis y aparte. El Símbolo jerosolimitano no se encuentra directamente en el texto de las catequesis.

Guardar celosamente la fe que se entrega en el Símbolo

13. Vigilad piadosamente que en ninguna parte el enemigo asalte a ninguno por estar pasivo o perezoso; que ningún hereje corrompa nada de lo que les ha sido entregado. Porque la fe[194] es como plata que les habíamos prestado y que se devuelve al prestamista. Pero Dios les pedirá razón del depósito. Os «conjuro», como dice el Apóstol, «en presencia de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que ante Poncio Pilato rindió tan solemne testimonio, a que conservéis sin mancha esta fe que les ha sido entregada hasta la Manifestación de nuestro Señor Jesucristo»[195].

---

[191] La prohibición de la escritura material del Credo, insistida con frecuencia en los primeros siglos del cristianismo, se hacia para evitar que cayese en manos paganas. El contenido del credo formaba parte también de la disciplina del arcano y tampoco debía mostrarse siquiera a los catecúmenos, considerados aquí como tales quienes no habían llegado a las catequesis sobre el Símbolo.

[192] «Anatema», puede significar «diana de maldicióm». Cirilo añade «para ustedes» (:«... sea anatema para ustedes»). Pablo insiste machaconamente en la idea en 1,9.

[193] Puede entenderse también «enseñanza de la fe», con lo que parece entenderse claramente que el credo y la dogmática son fuente de enseñanza, didaskalia, de la fe.

[194] Puede entenderse tal vez «el Símbolo de fe» o el Credo, pero quizá más bien la proclamación del Credo como profesión de la fe que se ha llegado a tener.

[195] Cita de sobre todo 1 Tm 6,13-14, pero el «conjuro» pertenece a 5,21 y el «conservéis», en plural, es una adaptación a la pluralidad de oyentes de la catequesis. La «Manifestación» (epifaneia) es un término para expresar la venida en gloria de Jesucristo al final de la historia, que Pablo y amplios círculos de la primera Iglesia creían tal vez cronológicamente próxima.

«Manifestación que a su debido tiempo hará ostensible el Bienaventurado y único Soberano, el Rey de los reyes y el Señor de los señores, el único que posee inmortalidad, que habita en una luz innacesible, a quien no ha visto ningún ser humano ni le puede ver. A él el honor y el poder por siempre. Amén». (1 Tim 6,15-16)

SÍMBOLO JEROSOLIMITANO

La fe santa y apostólica, entregada a los que han de ser iluminados para que la confiesen[196].

I. Creemos[197] en un solo Dios[198], Padre[199] todopoderoso[200], autor del cielo y de la tierra[201], de todo lo visible y lo invisible[202].

II. Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios[203], nacido del Padre y Dios verdadero antes de todos los siglos, por quien todo fue hecho[204].

III. Que vino en carne[205] y se hizo hombre de una Virgen y por obra del Espíritu Santo[206].

IV. Fue crucificado y sepultado[207].

V. Resucitó al tercer día[208].

VI. Y ascendió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre[209].

VII Y ha de venir en gloria[210] a juzgar a vivos y muertos[211]: su reino no tendrá fin[212].

VIII. Y en el Espíritu Santo Paráclito[213], que habló por los profetas[214].

---

196 Este Símbolo de la fe o Credo está deducido de distintos lugares de las catequesis de Cirilo. Es el resultado de la elaboración que se explica en Migne PG 33,533-535. Sobre los avatares redaccionales de la presente versión, cf ibid., 523-531. La denominación de «apostólica» manifiesta que los contenidos de la fe que aquí se expresan coinciden, aunque la formulación pueda parecer distinta, con los que los apóstoles predicaron. Se respetan también aquí las citas bíblicas añadidas en Migne, salvo algún retoque secundario.
197 Cf Jn 14,1.
198 Is 45,18; 1 Co 8,6.
199 Rom 8,15-16.
200 Por ej., Jer 32,19.
201 Cf. Sal 136. Gén 1,1-2,25 contiene los dos relatos clásicos de la creación.
202 Cf. Col I,16.
203 Jn 1,18; 3,16.
204 Especialmente ilustrativo es Jn 1,1-2;cf. I Jn 1,1.
205 1 Jn 4,2.
206 Cf Lc 1,35.
207 Cf 1 Cor 15,3-4. Los expertos están en general de acuerdes en que muy probablemente I Cor 15,3-4 transcribe una confesión de fe anterior a la redacción de la carta. De ello se deduciría con claridad que data de los más antiguos tiempos de la Iglesia la costumbre de fijar o de reunir en los credos o símbolos de la fe («símbolo» = concepto = reunión o compendio) las afirmaciones cristianas esenciales.
208 Aparte de los relatos evangélicos, cf. 1 Cor 15.
209 Mc 16,19. Cf Hech 1,9.
210 Mt 25,31.
211 Cf. 1 Ts 4,16-17
212 Cf. Lc 1,32.
213 Jn 16,5-15.
214 2 Pe 1,19-21.

IX Y en un bautismo de conversión[215] para el perdón de los pecados.

X. Y en la Iglesia, una, santa, católica y apostólica[216].

XI. Y en la resurrección de la carne[217].

XII. Y en la vida eterna[218].

[215] El sentido de «un bautismo» es en estos credos antiguos el de «un único» o «un solo bautismo». La idea que con esta unicidad se expresa es que el bautismo no puede recibirse más que una vez, aunque se hubiere caído posteriormente en la herejía. Fue un grave problema de la Iglesia antigua, ante el que ésta decidió con claridad la unicidad del bautismo. «Bautismo de conversión» o de penitencia expresa que el bautismo significa y sella eficazmente la conversión del hombre.

[216] Las llamadas «cuatro notas» o características de la Iglesia.

[217] De nuevo, I Cor 15.

[218] La expresión «vida eterna», aplicada a la vida del mundo futuro, aparece con frecuencia en el NT: por ejemplo, Mt 25,46; cf. Jn 5,29; I Cor 15

CATEQUESIS VI

El SEÑORÍO DEL DIOS ÚNICO

Pronunciada en Jerusalén, «sobre la monarquía de Dios» (o el señorío del Dios único), basándose en el «Creo en un solo Dios», pero tratando también «acerca de las herejias». La lectura es de Is 45,16,17 (LXX): «Renovaos conmigo, ¡oh islas! Israel será salvado por Yahvé con salvación perpetua. No quedaréis abochornados ni afrentados nunca jamás».

Glorificación conjunta de Padre, Hijo y Espíritu Santo

1. Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo (2 Cor 1,3). Bendito también su Hijo Unigénito (Rm 9,5). Cada vez que se piensa en «Dios», se piensa en el «Padre», para celebrar de modo indiviso la glorificación del Padre y del Hijo juntamente con el Espíritu Santo. Pues no tiene una gloria el Padre y otra el Hijo, sino una única e idéntica (y juntamente con el Espíritu Santo). Y es que realmente se trata del Hijo unigénito del Padre de modo que, cuando es glorificado el Padre, comunica también al Hijo, juntamente con él, la gloria. Pues si la gloria del Hijo brota del honor del Padre[219], a su vez, al ser glorificado el Hijo, se honra con el máximo honor al Padre de tanta bondad.

Alabanza al Dios único

2. Pero si la mente entiende las cosas muy rápidamente, la lengua procede laboriosamente con las palabras y con el enunciado de proposiciones intermedias. También el ojo abarca de un golpe un numeroso coro de astros, pero cuando alguien quiere explicar cuál es el lucero de la mañana, cuál el de la tarde o cuál cada uno de ellos, necesita de muchas palabras. Del mismo modo abarca el pensamiento, en un velocísimo instante, la tierra, el mar y todos los confines del mundo; pero lo que se expresa en un instante no se expresa más que con palabras muy amplias. Y todo esto que acabamos de exponer es un gran ejemplo, aunque todavía pobre y débil. Pues de Dios no decimos lo que se debe, sino lo que cada uno conoce, aunque es lo que la naturaleza humana percibe y cuanto puede soportar nuestra debilidad. Pues no decimos qué es Dios, sino que inocentemente confesamos que nos falta un detallado conocimiento acerca de él[220]; pues en lo que respecta a Dios es gran ciencia confesar la ignorancias. Por tanto, «Cantad conmigo al Señor, cantemos juntos a su nombre» (Sal 34,4), todos juntos, pues no basta que cante uno solo. Incluso, aunque nos reunamos todos a la vez, tampoco basta para lo que hemos de hacer. Y no me refiero sólo a los que están aquí, pues incluso, aunque estuviesen juntos todos los miembros de la Iglesia

---

[219] Probable préstamo de Prov 17,6

[220] Los términos en que se expresa aquí Cirilo no son excesivamente precisos, pero se mueve en el ámbito de lo que a veces se califica como «teología negativa», a la vista de que de Dios sabemos más lo que no es que lo que es. En cualquier caso, la afirmación fundamental quiere ser ahora esta: puesto que de Dios es infinitamente más lo que no sabemos que lo que podemos expresar, es bueno para el hombre confesar sus limites en el conocimiento de Dios, es decir, las mismas limitaciones del oficio teológico.

universal presente y futura, no serían, sin embargo, suficientes para alabar al Pastor de acuerdo con su dignidad.

Alabanza a Dios desde la pequeñez del hombre

3. Grande y honorable era Abraham, pero grande para los hombres. Y cuando se acercó a Dios, dijo ingenuamente confesando la verdad: «Soy tierra y ceniza» (Gén 18,27)[221]. Y no dijo «tierra», callándose a continuación, para que no pareciese que se estaba refiriendo a algo grande, sino que añadió «y ceniza» para dar a entender algo con poca solidez y fácil de disolver. ¿Hay acaso algo más débil y endeble que la ceniza? Compara, por ejemplo, la ceniza con una casa, y la casa con una ciudad, la ciudad con una provincia, la provincia con el territorio de los romanos y el territorio de los romanos con el mundo entero y, por último, toda la tierra, con todos sus detalles, con el cielo que la envuelve en su regazo: en proporción al cielo, la tierra es como el centro de una rueda comparada con toda la extensión de ésta. Tal es la comparación entre la tierra y el cielo. Pero, además, el cielo que observamos es el primero, que tiene menos importancia que el segundo, y éste menos que el tercero. Estos son los que la Escritura denominó como cielos[222], pero ello no quiere decir que ése sea su número exacto. Pero aunque con tu inteligencia percibieses todos los cielos, ni siquiera ellos bastarían para alabar a Dios como él es, y tampoco aunque resonasen con mayor fuerza que el trueno. Pero si toda la grandeza de los cielos no es capaz de celebrar a Dios cuanto éste se merece, ¿podrán acaso «la tierra y la ceniza», lo más pequeño y exiguo de todas las cosas, entonar a Dios un himno digno de él o hablar con dignidad del Dios que «está sentado sobre el orbe terrestre, cuyos habitantes son como saltamontes» (Is 40,22)?

4. Quien intente hablar de lo referente a Dios, exponga en primer lugar los límites de la tierra. Habitas la tierra, pero desconoces los límites de esta tierra que es tu domicilio: ¿cómo podrás entender a su autor debidamente en tu interior? Ves las estrellas, pero no a su autor. Enumera primeramente aquellas que puedes ver y entonces conocerás al invisible, al que «cuenta el número de las estrellas, y llama a cada una por su nombre» (Sal 147,4). El agua recientemente caída en unas fuertes lluvias nos puso perdidos; cuenta ahora las gotas caídas en esta ciudad. Pero no digo ya en esta ciudad: cuenta, si puedes, las que cayeron en tu tejado durante una hora. No, no puedes: reconoce tu impotencia. De ahí aprenderás el poder de Dios: «El atrae[223] las gotas de agua» (Job 36,27), las que se derraman en todo el orbe y no sólo en este sino en todo tiempo. Obra de Dios es el sol, realmente algo grande, pero mínimo si se le compara con todo el cielo. Pues mira en primer lugar hacia el sol y busca después, con más curiosidad, al Señor. «No busques lo que es más profundo ni investigues lo que es más fuerte que tú: limítate a conocer lo que se te ha mandado» (Ecl 3,22 LXX).

---

[221] En el texto original griego, «tierra», más bien que polvo, que seria tal vez mejor versión bíblica. Pero «tierra» es más adecuado para la continuación del discurso de Cirilo.
[222] El apóstol Pablo, refiriéndose a sus experiencias personales, relata en 2 Cor 12,2: «Sé de un hombre en Cristo, el cual hace catorce años... fue arrebatado hasta el tercer cielos. La Biblia de Jerusalén apostilla: «Es decir, hasta lo más alto de los cielos». De modo general, Pablo y Cirilo en nuestro texto, utilizan la cosmología antigua, en general geocéntrica, para la descripción de lo que les interesa. En la presente catequesis se utilizan estas divagaciones simplemente para explicar la pequeñez del ser humano (cf. Sal 8,4-5), para lo que el punto de partida fue la expresión de Abraham en Gén 18,27.
[223] En el texto de Cirilo, «numera» o «cuenta» en vez de «atrae» lo que se adapta mejor a lo que se expone.

El Hijo y el Espíritu Santo conocen al Padre y lo revelan

6. Alguno dirá: ¿Acaso no está escrito: «Los ángeles (de los niños) ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos» (cf. Mt 18,10). Pero los ángeles ven a Dios, no como él es, sino en cuanto pueden captarlo[224]. Pues el mismo Jesús es quien dice: «No que nadie haya visto al Padre, excepto el que ha venido de Dios; éste ve al Padre» (Jn 6,46). Lo ven los ángeles en cuanto son capaces y, en cuanto pueden, los arcángeles[225] y, de un modo más excelente que los primeros, también los tronos y las dominaciones, a quienes son aquellos inferiores en dignidad. En realidad, sólo el Espíritu Santo puede, juntamente con el Hijo, ver a Dios como es. Pues «él lo escruta todo y lo conoce todo, hasta las profundidades de Dios» (I Cor 2,10); de manera que es cierto que incluso el Hijo unigénito, en cuanto conviene, también conoció al Padre a una con el Espíritu Santo, pues dice: «tampoco al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,27). Ve él a Dios, como es debido, y lo revela, con el Espíritu Santo y por el Espíritu Santo, a cada uno segun su capacidad. Por otra parte, de la divina eternidad participa también, juntamente con el Espíritu Santo, el Hijo, el cual «desde toda la eternidad» (2 Tim 1,9) fue engendrado sin esfuerzo y conoció al Padre, conociendo el engendrador al engendrado. Pero, en cuanto a los ángeles, siendo limitado su conocimiento —pues como dijimos, es el Unigénito el que según su capacidad les revela (a Dios) juntamente con y por medio del Espíritu Santo, que ningún hombre se avergüence de confesar su ignorancia. Ahora estoy yo hablando y cualquier otro lo hará en su momento, pero no podemos expresar con palabras cómo sucede todo esto: ¿cómo podría yo explicar a aquel que nos dio el poder hablar? Tengo yo un alma, pero no puedo aclarar sus características. A quien me concedió el alma, ¿cómo podré yo explicarlo?

Sólo hay Dios único, eterno e infinito. Propiedades de Dios

7. Para nuestra piedad nos basta una sola cosa, saber que tenemos a Dios: el Dios único, el Dios que existe desde la eternidad, sin variación alguna en sí mismo, ingénito, más fuerte que ningún otro y a quien nadie expulsa de su reino. Se le designa con múltiples nombres, todo lo puede y permanece invariable en su sustancia. Y no porque se le llame bueno, justo, omnipotente, «Dios de los ejércitos»[226], es por ello variable y diverso, sino que, siendo uno y el mismo, realiza innumerables operaciones divinas. Y no tiene más de alguna parte y menos de otra, sino que en todas las cosas es semejante a sí mismo. No es grande sólo en la bondad, pero inferior en la sabiduría, sino que es semejante en sabiduría y bondad. Tampoco es que en parte vea y en parte esté privado de visión, sino que todo lo ve, todo lo oye y todo lo entiende. No es que, como nosotros, comprenda en parte las cosas y en parte las ignore: este modo de hablar es blasfemo e indigno de la personalidad divina. Conoce previamente lo que existe, es santo y ejerce su poder sobre todo; es mejor, mayor y más sabio que todas las cosas. No se le puede señalar principio ni

[224] Al lector le podrían surgir aquí ciertas dudas de si Cirilo admite con seguridad, o en qué medida, lo que la fe de la Iglesia fue afirmando después con absoluta certeza acerca de la visión intuitiva de Dios (es decir, «como él es», sin intermediarios ni imágenes). Pero esta duda interpretativa no impide la comprensión general del presente párrafo 6.

[225] Por supuesto, visión intuitiva o directa de Dios no significa que ninguna criatura, tampoco los ángeles, captan todo lo que Dios es.

[226] «Dios de los ejércitos»: se traduce así aquí la expresión «Sabaoth», transcrita del hebreo por Cirilo en el mismo texto griego, como en la liturgia latina se conservó, hasta la reforma litúrgica del Vat. II, la expresión «Dominus Deus Sabaoth» («Señor Dios de los ejércitos»), pero que tiene su origen en la visión de Isaías en su vocación (Is 6,3).

forma ni figura. Pues «no habéis oído nunca su voz, ni habéis visto nunca su rostro», dice la Escritura (Jn 5,37). Por lo cual también Moisés dice a los israelitas: «Tened mucho cuidado de ustedes mismos: puesto que no visteis figura alguna» (Dt 4,15)9. Pues si la mente no puede imaginar algo que se le parezca[227], ¿podrá acaso penetrar en lo propio de su persona?

Errores acerca de Dios

8. Muchos se imaginaron muchas cosas, pero todos erraron. Algunos pensaron que el fuego es Dios (cf. Sab 13,2), otros que Dios es como un hombre alado por aquello que está escrito: «Escóndeme a la sombra de tus alas» (Sal 17,8)[228]. Se han olvidado de nuestro Señor Jesucristo unigénito que, refiriéndose a sí mismo, clama de modo idéntico a Jerusalén: «¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo sus alas, y no has querido!» (Mt 23,37). Pues al indicar con el nombre de las alas el poder de alguien que protege, éstos, en un malentendido y cayendo en los hábitos humanos, valoraron al modo humano al que es inescrutable. Otros no dudaron en señalarle siete ojos, por aquello que está escrito: «Los siete ojos del Señor, mirando sobre toda la tierra» (Zac 4,10, LXX); pero si los siete ojos le estuviesen puestos alrededor de manera diferente, Dios vería las cosas en parte, pero no totalmente. Pero decir esto de él sería blasfemo e insultante. Pues se ha de creer que Dios es perfecto en todo, según aquella palabra del Salvador: «Vuestro padre celestial es perfecto» (Mt 5,48): perfecto en el ver, perfecto en su poder, perfecto en su grandeza, perfecto en su conocimiento previo, perfecto en la bondad, perfecto en la justicia, perfecto en la benignidad: no limitado a un lugar, sino autor de los lugares; existente en todos los lugares, pero no circunscrito a ninguno. «Los cielos son mi trono» -y el que destaca es aquel que está sentado- «y la tierra el estrado de mis pies» (Is 66,1; cf. Hech 7,49). Su poder llega, sin embargo, hasta las regiones inferiores de la tierra.

La grandeza de Dios, fuente y origen por medio de Cristo de toda la realidad

9. El es el único que está presente en todas partes, viendo todo, comprendiendo todo, construyéndolo todo por medio de Cristo. Pues «todo se hizo por él, y sin él nada se hizo de cuanto existe» (Jn 1,3; cf. Col 1,15 ss). El es la fuente máxima e indeficiente de todo bien, río de beneficios, luz eterna que brilla sin cesar, fuerza insuperable destinada a nuestras debilidades, de quien ni siquiera podemos oír su nombre. Dice Job: «¿Pretendes alcanzar las honduras de Dios, llegar hasta la perfección del Omnipotente?» (Job 11,7). Si ni sus obras grandes y pequeñas pueden abarcarse, ¿podrá acaso abarcarse al que todo lo hizo? «Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó lo que Dios ha preparado para los que le aman» (Is 64,3, citado según I Cor 2,9). Si lo que Dios ha preparado supera la capacidad de nuestros pensamientos, ¿podremos acaso abarcar en nuestro ánimo a quien lo preparó? «¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus designios e irrastreables sus caminos!», dice el Apóstol (Rm 11,33). Y si sus juicios y sus caminos no pueden comprenderse, ¿por ventura se le comprenderá a él mismo?

---

[227] Dt 4,15-16 señala: «Tened mucho cuidado de ustedes mismos: puesto que no visteis figura alguna el día en que Yahvé les habló en el Horeb de en medio del fuego, no vayáis a pervertiros y les hagáis alguna escultura de cualquier representación que sea: figura masculina o femenina». La prohibición pretende evitar la divinización de las obras humanas a modo de ídolos. En la catequesis de Cirilo aparece en el contexto de que Dios es infinitamente mayor que cualquier representación que pueda hacerse de él.

[228] Cf cat. 9, núm. 1.

Diversos tipos de idolatría

10. Siendo Dios, por consiguiente, tan grande, e incluso más todavía[229]; siendo, pues, tan inmenso el Dios bueno y grande, no se arredra el hombre al decir a una piedra esculpida por él: «Tú eres mi dios» (Is 44,17)[230]. ¡Gran ceguera, que desde tanta majestad cayó en tan gran indignidad y vileza!» Arbol que Dios hizo, crecido con las lluvias y que luego, quemado por el fuego, se convierte en ceniza; y a esto, digo, le llaman dios, mientras se desprecia al Dios verdadero[231]. Ha florecido la perversidad de la idolatría. Incluso el gato, el perro y el lobo han sido adorados como si fuesen Dios; y también el león, devorador de los hombres, ha sido adorado en lugar del Dios que tanto los ama. También han sido adorados la serpiente y el dragón, émulos de aquel que nos arrojó del paraíso, mientras el que creó el paraíso ha sido despreciado. Incluso—vergüenza da decirlo, pero lo diré—algunos han adorado a la cebolla. El vino ha sido dado para alegrar el corazón del hombre (cf. Sal 104,15). Pues bien, en lugar de Dios se adora a Baco[232]. El trigo lo hizo Dios diciendo: «Produzca la tierra vegetación: hierbas que den semillas y árboles frutales que den fruto, de su especie, con su semilla dentro, sobre la tierra» (Gén 1,1-11)[233], con la intención de que el pan fortaleciese el corazón del hombre. ¿Por qué, pues, se ha adorado a Ceres? También el fuego se enciende hasta hoy mediante el choque de dos piedras. ¿Por qué, pues, se considera a Vulcano creador del fuego?

Idolatría, politeísmo y errores sobre Dios

11. ¿Y de dónde viene el error de los griegos de admitir una pluralidad de dioses? Dios es incorpóreo. ¿De dónde, pues, se imputan estupros y adulterios a los que ellos llaman dioses?[234]. No menciono las transmutaciones de Júpiter en un cisne; y me ruborizo al referirme a las transformaciones en oro, pues los ungidos son indignos de Dios. Por convicto de adulterio se ha tenido al dios de los griegos, pero, si lo es, no se le llame Dios. Cuentan también, de aquellos a quienes llaman sus dioses, sus muertes, sus descalabros y sus fulminaciones. ¿Ves en qué ha ido a parar tanta majestad? ¿No fue real el motivo por el que descendió del cielo el Hijo de Dios para sanar tanta herida? ¿Fue acaso en vano la venida del Hijo para conocer al Padre? Sabes qué es lo que movió al Hijo único para descender desde la diestra del Padre. Se despreciaba al Padre y hubo que enmendar el error por medio del Hijo. Pues fue conveniente que él, por quien todo fue

---

229 Mientras que la identificación de Dios con el fuego es una representación pagana (piénsese, por ejemplo, en la imagen de Vulcano), la súplica de Sal 17,8 no es más que la expresión poética de una súplica de protección a Dios.
230 Aquí, entre paréntesis, como en nota, apostilla Cirilo: «Pues no seria capaz de hablar cuanto exige la dignidad del asunto ni aun cuando transformara en lengua toda mi persona; e incluso ni aunque se reunieran todos los ángeles hablarían de acuerdo con esa dignidad».
231 Cf. toda la sátira contra la idolatría (Is 44,9-20) en el precioso marco de la elección y bendición de Israel por el Dios único, creador y señor de la historia (todo Is 44 en el «Libro de la consolación de Israel» o «Deuteroisaís»).
232 Mitológico Dios del vino y de la embriaguez.Cf. toda la sátira contra la idolatría (Is 44,9-20) en el precioso marco de la elección y bendición de Israel por el Dios único, creador y señor de la historia (todo Is 44 en el «Libro de la consolación de Israel» o «Deuteroisaís»).
233 Aunque se prefiere, como de ordinario, la versión de la Biblia de Jerusalén, la que da Cirilo, por contener términos más próximos a los cereales y a la hierba, se adapta mejor a lo que quiere decir en general y a la mención de Ceres, diosa mitológica de las mieses.
234 La concepción frecuentemente antropomórfica de los dioses paganos lleva a menudo la consecuencia de que se les atribuyen acciones y pasiones que sólo son pensables en una concepción prácticamente materialista de la divinidad.

hecho, ofreciese todas las cosas al Señor de todo. Había que curar la herida. ¿Y qué podía ser más grave que esta enfermedad por la que se daba culto a una piedra como si fuese Dios?[235]

Dios nos libre del error

35. Pero Dios nos guarde de semejante error. Y les pague por vuestra enemistad con el dragón, para que, como ellos están al acecho de vuestro talón, también ustedes aplastéis su cabeza (cf. Gén 3,15). Acordaos de lo que se les dice. ¿Qué acuerdo puede haber de nuestras cosas con las suyas? ¿Cómo pueden compararse luz y tinieblas, o la seriedad y la santidad de la Iglesia con las execrables instituciones de los maniqueos? Aquí hay orden, disciplina, seriedad, castidad. Aquí es malo incluso mirar a una mujer para satisfacer la pasión. Aquí el matrimonio es algo muy santo; hay aceptación de la continencia (quiero decir la viudedad) y la dignidad de la virginidad

---

[235] Entre los párrafos 12 y 33 de la catequesis, Cirilo expone bajo la denominación genérica de «herejías» toda una serie de concepciones aberrantes de la naturaleza del único Dios. Se centra, tal vez con excesiva prolijidad, en la descripción de las desviaciones religiosas del maniqueísmo, especialmente en la concepción dualista que éste tiene de la divinidad. El detalle de la exposición de Cirilo es perfectamente explicable en una sociedad en la que el maniqueísmo había tenido y tenía una gran influencia, pero puede resultar más difícilmente comprensible para el Iector actual. A modo de ejemplo, se transcriben aquí, en la nota, el párrafo 12, parte del 13 y el 34. Pero en el cuerpo del texto se pasa directamcnte a los párrafos 35 y 36, con los que la catequesis concluye:

«SOBRE LAS HEREJÍAS»

» 12. Pero no sólo entre los gentiles logra el diablo estas victorias, sino que también muchos de los que engañosamente son llamados cristianos, mal llamados así con la fragancia del nombre de Cristo, se han atrevido a enajenar impiamente a Dios de sus criaturas (18). Me refiero a los herejes, de infausto nombre y hombres alejadísimos de Dios que, simulando amar a Cristo, en realidad le siguen sólo odiándolo. Pues quien profiere insultos contra el Padre de Cristo, es enemigo de Cristo. Se atrevieron a atribuirle dos divinidades, una buena y otra mala. ¡Qué gran ceguera! Pues si se trata de divinidad, es sin duda buena y, si no es buena, ¿por qué se le llama divinidad? Pues de Dios lo propio es la bondad. Una de las dos divinidades sobra, pues lo propio de Dios es la benignidad, la beneficencia, la omnipotencia. Si le llaman Dios, junto a la denominación añadan también lo que es propio de él y su modo de obrar; pero si le despojan de su modo de actuar, no le den entonces una calificación sin sentido.

» 13. No han temido los herejes hablar de dos dioses, fuentes respectivamente del bien y del mal, y ambos no engendrados (19). Pero si ambos son no engendrados, ambos son iguales e igualmente potentes: ¿Cómo, pues, puede la luz suprimir las tinieblas? ¿Son acaso alguna vez las dos cosas juntas, o por separado? Pero no pueden serlo a la vez. Pero, «¿qué unión hay entre la luz y las tinieblas?», dice el Apóstol. Y si están a mucha distancia entre sí, cada uno ocupa su lugar; pero si viven en lugares separados, es evidente que nosotros nos movemos en el territorio del Dios único. A ese único es al que nosotros adoramos. Puede, pues, concluirse, aunque les obedeciésemos, que sólo a un Dios hay que adorar. Pero veamos directamente en ellos qué dicen por ventura del Dios bueno. ¿Es poderoso o no lo es? Si lo es, ¿de dónde ha surgido el mal contra su voluntad? ¿Y cómo, si él no quiere, se introduce el mal? Pues si, sabiéndolo, no puede impedirlo, le acusan de impotencia; y si puede y no lo impide, lo acusan de traición. Pero mira su insensatez: algunas veces llaman malo a Dios como si nada tuviese en común con lo bueno al crear el mundo...

»34. Esto lo denuncia la Iglesia y lo enseña, alcanzando incluso hasta el fango, para que tú no te enlodes con él: muestra las heridas para que tú no te lastimes. Debe bastarte con esto: guárdate de experimentarlo. Cuando Dios truena, todos temblamos, pero estos rompen con gritos blasfemos. Y si Dios lanza rayos, todos nos echamos al suelo. Pero ellos lanzan improperios contra el cielo. Jesús dice de su Padre que «hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (Mt 5,45). Ellos, en cambio, afirman que las tormentas se originan de las pasiones amatorias, atreviéndose a decir que hay en el cielo una virgen bella con un joven hermoso...

compite con los ángeles; aquí se reciben los alimentos con acción de gracias; aquí existe un ánimo agradecido hacia el autor de todas las cosas. Aquí se adora al Padre de Cristo: se enseñan la reverencia y el temor a quien envía la lluvia. Al Dios que truena y brilla le tributaremos gloria y honor.

La Iglesia les mantendrá en la verdad

36. Estás agregado a las ovejas: huye de los lobos; no te apartes de la Iglesia. Odia también a quienes pusieron en duda todo esto y no te fíes incautamente de ellos si no es tras un larguísimo tiempo de penitencia[236]. Se te ha transmitido la verdad del señorío del Dios único. Distingue las explicaciones como se pueden distinguir las hierbas. «Sé un buen administrador[237]19, quedándote con lo bueno y absteniéndote de todo género de mal» (cf. I Tes 5,21-22). Y si alguna vez has caído en todo esto, odia el error una vez reconocido. Pues te será un camino de salvación si expulsas el vómito: si lo aborreces en tu interior, si te apartas de estas cosas no sólo con los labios sino con el corazón; si adoras al Padre de Cristo, Dios de la Ley y los Profetas; si reconoces que es bueno y justo el Dios uno e idéntico. El cual les conserva a todos estables en la fe, protegiéndoos de toda caída y de toda ofensa: en nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

[236] Se expresa así una desconfianza grande en la conversión de quienes han sido maniqueos, que con frecuencia envolvieron su conversión en una notable falta de sinceridad, en declaraciones ambiguas e incluso la mentira y el perjurio.
[237] La primera parte de la cita acomodada de 1 Ts 5,21-22 no está en el Nuevo Testamento, y desde luego no en la cita que se haga de Pablo. Sin embargo, la invitación a ser un buen administrador, muy ulilizada por los Padres citándola como expresión neotestamentaria, podría ser muy bien un texto apócrifo e incluso haber figurado en códices originales que no se hayan conservado. En todo caso, el texto de 1 Ts es aquí utilizado para advertir del grave peligro que pudo suponer el maniqueísmo en tensos períodos de la Iglesia antigua.

CATEQUESIS VII

DIOS PADRE

Pronunciada en Jerusalén, sobre la palabra «Padre» del Símbolo. La lectura de base es de la epístola a los Efesios: «Por eso doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra» (Ef 3,14-15)[238].

Transición al nuevo tema: Dios Padre

1. El día de ayer les hablamos suficientemente del señorío del único Dios[239]. Digo «suficientemente» y no lo que pedía la dignidad del tema, pues llegar hasta ahí es totalmente imposible a la naturaleza mortal; en cuanto nos fue concedido a nuestra debilidad, perseguimos, apoyados en la fe, las erróneas desviaciones de los herejes sin Dios. Una vez expulsada su basura, pernicioso veneno para las almas, y reteniendo sus hechos en la memoria, no nos sentimos como heridos sino que concebimos un mayor odio hacia ellos. Pero volvamos ahora a nosotros mismos y acojamos los dogmas saludables de la verdadera fe, uniendo a la dignidad del Dios único la prerrogativa paterna y creyendo en un único Dios Padre. No se debe creer simplemente en un Dios único: acojamos también piadosamente al Padre de su único Hijo nuestro Señor Jesucristo.

La afirmación de que Dios es Padre de Cristo, más allá de la imagen de Dios en los judíos

2. Y es por razón de los judíos por lo que hemos de sentir estas cosas más sublimes. Pues ellos admiten en sus enseñanzas que sólo hay un único Dios (a pesar de que a veces lo han negado mediante el culto a los ídolos). Pero no lo aceptan como Padre de nuestro Señor Jesucristo. Con lo cual son de sentir contrario a sus propios profetas, que afirman en la Sagrada Escritura: «Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy» (Sal 2,7)[240]. Viven agitados hasta el día de hoy y «conspiran aliados contra Dios y contra su Ungido» (Sal 2,2), creyendo poder conseguir el favor del Padre sin mostrar piedad hacia el Hijo. Con ello ignoran que nadie va al Padre sino por el Hijo (cf. Jn 14,6), que dice: «Yo soy la puerta» (Jn 10,9) y «Yo soy el camino» (Jn 14,6). Así, pues, quien rechaza el camino que conduce al Padre y niega la puerta, ¿cómo podrá tener con honor acceso hasta Dios? Contradicen lo que está escrito en el Salmo 89: «El me invocará: ¡Tú, mi Padre, mi Dios y roca de mi salvación! Y yo haré de él el primogénito, el Altísimo entre los

---

[238] La expresión traducida por «paternidad» quizá es literalmente más bien «lo engendrado por un Padre», y en este sentido podría tal vez entenderse como «familia» o «descendencia».

[239] De hecho el tema ha sido también algo así como lo que los dogmáticos llaman De Deo uno, es decir, el tratado dogmático sobre Dios en cuanto Dios único. Pero la anterior catequesis trató acerca de Dios con intención de rebatir todo lo referente al dualismo maniqueo, razón por la que se produjeron las abundantes digresiones mencionadas. Desde la presente catequesis hasta la XVII la exposición sigue más bien la articulación trinitaria del Credo.

[240] Sal 2,7 debe verse en su contexto y en relación con otros pasajes de la Escritura. Puede decirse que todo el Salmo 2 es una descripción del drama del Mesías-Siervo contra el que arremeterán muchos de los que han sido interpelados por él. Sal 2,7-9 es prácticamente la respuesta de Dios a la agitación de las naciones, los pueblos, los reyes y los caudillos «contra Dios y contra su Ungido» (vv. 1-2). La interpretación mesiánica de Sal 2 es, pues, evidente, sobre todo relacionándolo con Sal 110 y con los poemas del Siervo de Yahvé en el Deuteroisaías.

reyes de la tierra»[241]. Si estas cosas se hubiesen dicho en referencia a David o a Salomón o a cualquier sucesor suyo, que muestren cómo «su trono» (Sal 89,30), que, en su opinión, es a lo que se refiere el profeta, es como los días del cielo, y «su trono será como el sol ante mí» y «por siempre se mantendrá como la luna» (vv. 37-38). ¿Cómo no sienten temor ante aquello que está escrito: «Desde el seno, antes de la aurora, te he engendrado» (Sal 110,3)[242]. Y aquello otro: «Durará tanto como el sol, como la luna de edad en edad» (Sal 72,5). Pero esto, referido al hombre, es expresión de máxima ingratitud.

Centrarse en que Dios es Padre de Cristo

3. Pero los judíos son a menudo víctimas, y ello voluntariamente, de la enfermedad de la incredulidad según los pasajes aducidos u otros de la Escritura. Acojamos nosotros, sin embargo, la piedad que la fe nos enseña, adorando al Dios único, Padre de Cristo, que concede a todos la fuerza de engendrar (cf. Ef 3,15) y a quien no se podría con buena conciencia suplantarlo en tal dignidad. Y creamos en un único Dios Padre ya antes de que pongamos en claro las cuestiones acerca de Cristo. La fe en el Hijo único debe quedar grabada en el alma de los que escuchan sin que se pueda separar lo más mínimo de lo que se diga acerca del Padre.

Un solo Dios, pero Dios Padre y Dios Hijo

4. Pues el nombre de Padre, por su misma denominación, fija en el ánimo a la vez el conocimiento del Hijo, del mismo modo que también quien pronunció el nombre del Hijo ha tenido inmediatamente también la idea del Padre: pues el Padre es Padre del Hijo, y el Hijo es Hijo del Padre. Por tanto, que nadie por el hecho de que decimos «en un solo Dios, Padre todopoderoso; creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible», y porque después añadimos: «y en un solo Señor Jesucristo», sospeche alevosamente que es posterior en lugar y orden al cielo y a la tierra. Por consiguiente, antes de llamar Dios a cada uno de ellos, hemos hablado del Padre, pero de modo que, a la vez que pensamos en el Padre, en el mismo acto pensemos en el Hijo. Y entre el Hijo y el Padre no existe ninguna otra realidad intermedia[243].

Dios es por naturaleza Padre de Cristo desde toda la eternidad

5. De manera abusiva se considera padre de muchas cosas a Dios, pero por naturaleza y en verdad es Padre de su Hijo único nuestro Señor Jesucristo. Y no es que haya llegado a ser Padre en el transcurso del tiempo, sino que existe eternamente como Padre de su Hijo unigénito. Pues no ha sucedido que, no teniendo anteriormente descendencia, haya llegado después a ser Padre, sino que Dios tiene toda la dignidad paterna anteriormente a toda sustancia y a todo sentido, antes de los tiempos y de todos los siglos. Y la tiene en mayor medida que todos los demás títulos. No ha recibido la paternidad de un modo pasivo[244] o por una mutación de sí mismo; no por un añadido o por ignorancia; tampoco porque haya fluido algo de sí ni porque se haya hecho

[241] Sal 89,27-28, versículos que también se interpretan en sentido cristológico.
[242] La versión que se ofrece del versículo es la correspondiente al texto griego.
[243] Estas explicaciones de Cirilo son un claro esfuerzo, características de la tradición patrística desde el concilio de Nicea (año 325) y Atanasio, por expresar simultáneamente la unidad de Dios, tal como se vio en la catequesis anterior, pero al mismo tiempo la pluralidad trinitaria, Padre, Hijo y Espiritu, en la unidad divina sustancial, en la que en el párrafo que acaba de terminar Padre e Hijo gozan de exactamente igual dignidad. Las catequesis de Cirilo se convierten así en una transmisión exacta de la fe objetiva de la Iglesia contenida en el Símbolo.

más pequeño o haya sufrido alteración. Pues «toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de rotación» (Sant 1,17)[245]. El Padre, perfecto, engendró perfecto al Hijo entregándole todo a quien engendró: «Todo me ha sido entregado por mi Padre» (Mt 11,27), y el Padre es honrado por el Hijo único; pues «yo, dice el Hijo, honro a mi Padre» (Jn 8,49) y, además: «... como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor» (Jn 15,10). Decimos así, pues, a una con el Apóstol: «¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo!» (2 Cor1,3), y aquello de «doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra» (Ef 3,14-15). Lo glorificamos juntamente con su único Hijo[246], reconociendo a Cristo Jesús como Señor «para gloria de Dios Padre» (Cfr. Flp 2,11).

El Dios vivo del Evangelio

6. Adoramos así, pues, al Padre de Cristo, hacedor del cielo y de la tierra, Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, en cuyo honor fue construido primeramente aquel templo y ahora este, situado en la parte opuesta[247]10. No nos apoyaremos[248] en los herejes que separan totalmente el Antiguo Testamento del Nuevo, sino que escucharemos a Cristo cuando dice en el templo: «¿No sabíais que yo debía estar en las cosas que miran al servicio de mi Padre?» (Lc 2,49) o lo de «Quitad esto de aquí. No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado». Con estas palabras declaró de modo muy evidente que aquel templo de Jerusalén era la casa de su Padre. Pero si alguien, ante los que no creen, desea ávidamente recibir más pruebas de que el Padre de Cristo es el mismo que el creador del mundo, oígale de nuevo a él diciendo: «¿No se venden dos pajarillos por un as? Pues bien, ni uno de ellos caerá en tierra sin el consentimiento de vuestro Padre, que está en el cielo» (Mt 10,29); y: «Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta» (Mt 6,26), o aquello otro: «Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo» (Jn 5,17).

Por su bondad nos ha hecho Dios hijos suyos como adoptivos

7. Pero para que nadie por simpleza o por astuta maldad atribuya a Cristo la misma dignidad que a otros hombres justos, por lo que él mismo dice: «Subo a mi Padre y vuestro Padre» (Jn 20,17), será bueno prevenirle de que un mismo nombre de «Padre» tiene distintos significados. Dándose

[244] No «ha sido hecho» Padre, es decir, no ha recibido de nadie la paternidad ni tampoco ha llegado a ella a través de ninguna evolución.

[245] El Padre es calificado así como Dios de los astros, pero en él no se dan las variaciones y las rotaciones que se dan en el firmamento.

[246] De nuevo añade Cirilo entre paréntesis como si fuese una nota: «Pues "todo el que niega al Hijo tampoco posee al Padre") y, a su vez: 'Quien confiesa al Hijo posee también al Padre' (I Jn 2,23b)». Las afirmaciones de I Jn, en el contexto de lo que es el contenido de la carta, tienen un carácter más bien cristocéntrico que trinitario. En general puede decirse que el Nuevo Testamento parte siempre, a la hora de exponer el misterio de Dios, no de la perspectiva general de Dios ni de un concepto abstracto de la divinidad, sino del acontecimiento y de la realidad de Jesucristo, verdadero punto focal desde el que debe entenderse la relación del hombre con Dios y toda la Historia de la salvación. Es el mantenimiento del debido equilibrio de las relaciones internas en la unidad sustancial del Padre y el Hijo lo que llevó a la formulación de la dogmática trinitaria. Esto tuvo, sin embargo, la contrapartida tal vez inevitable de que los aspectos salvíficos de la confesión de fe cristiana quedaron en los Símbolos en un cierto segundo plano.

[247] Alusión al lugar del templo en el que Cirilo está pronunciando la catequesis.

[248] Al exponer la cuestión de que aquí se trata.

cuenta de lo cual, dijo con cautela: «Voy a mi Padre y a vuestro Padre». Y no dijo «a nuestro Padre», sino que hizo la distinción anterior, señalando primeramente lo que es propio suyo, «a mi Padre», que lo era por naturaleza. Y entonces añadió «y vuestro Padre», que lo era por adopción[249]. Pues aunque nos concedió, especialmente en las súplicas, decir; «Padre nuestro, que estás en los cielos» (Mt 6,9 par.), le llamamos así por benignidad suya, pues no le llamamos Padre porque hayamos sido engendrados por él de modo natural en el cielo, sino que, trasladados de la esclavitud a la adopción, nos ha sido concedido con bondad inefable por gracia del Padre, por el Hijo y el Espíritu Santo.

8. Pero quien quiera llegar a saber por qué llamamos «Padre» a Dios oiga al gran pedagogo que es Moisés, que dice: «¿No es él tu padre, el que te creó, el que te hizo y te fundó?» (Dt 32,ó)[250]; y al profeta Isaías: «Pues bien, Yahvé, tú eres nuestro Padre; nosotros la arcilla, y tú nuestro alfarero, la hechura de tus manos todos nosotros» (Is 64,7). El don del profeta explicó con toda claridad (o la gracia, hablando por el profeta) que, si le llamamos Padre, es por gracia y adopción de Dios.

9. Y para que sepas con más cuidado que no sólo se llama «padre» en las Escrituras al que lo es por naturaleza, escucha a Pablo: «Pues aunque hayáis tenido diez mil pedagogos en Cristo, no habéis tenido muchos padres. He sido yo quien, por el Evangelio, les engendré en Cristo Jesús» (I Cor 4,15). No porque les hubiese engendrado según la carne, sino porque los había instruido y los había regenerado por el Espíritu. Por eso era Pablo padre de los corintios. Oye también a Job cuando dice: «Era el padre de los pobres» (29,16), llamándose a sí mismo padre, no porque hubiese engendrado a todos, sino porque los había tomado a su cuidado. Que también el Hijo unigénito de Dios, cuando fue clavado en la cruz según la carne, viendo a María, madre de su propia carne, y a Juan, el predilecto de sus discípulos, le dijo a éste: «Ahí tienes a tu madre»; y a María: «Ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26-27), hacia el que ella en lo sucesivo había de mostrar su caridad. Con las cuales palabras se vio claro indirectamente lo dicho por Lucas: «Su padre y su madre estaban admirados» (Lc 2,33). De tales palabras se apoderan los herejes cuando enseñan que él nació de un hombre y una mujer. Igualmente María es llamada madre de Juan por la caridad[251], no porque lo hubiese engendrado. Así también José es llamado padre de Cristo, y no por razón de generación (pues «no la conocía hasta que ella dio a luz un hijo» (Mt 1,25), sino por el cuidado puesto en alimentarlo y educarlo.

---

[249] Lo inaudito de la relación que en el cristianismo se establece entre el hombre y Dios reside en que el hombre puede llamar a Dios «Padre», pues, aunque no es hijo de Dios por naturaleza, sí lo es en Cristo por adopción. La expresión de Jesús, en Jn 20,17b: «Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios» se interpreta seguramentc de un modo más adecuado entendiendo que, precisamente por la resurrección de Jesús, los hombres han sido hechos hijos de Dios. Con la resurrección de Jesús, se les da también a los hombres el Espíritu, «que se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios» (Rm 8,16). Rom 8,15 expone también que por el Espíritu podemos llamar «Padre» a Dios: «Pues no recibisteis un espiritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!». Cf. anteriormente, cat. 4, nota 19.

[250] Conviene recordar que todo Dt 32 tiene un carácter épico. Como cántico hace memoria de la historia de salvación que Dios ha hecho con Israel. Está puesto en boca de Moisés (Dt 32,44), pero probablemente tuvo existencia independiente antes de ser introducido en el Deuteronomio. Es uno de los numerosos casos en que la confesión de fe se hace en medio de la historia concreta de salvación de Israel. Cf. también, por ejemplo, los salmos 78, 105 y 136. El acertado procedimiento de insertar la salvación en la historia se aplica también en el Nuevo Testamento, por ejemplo, en numerosos anuncios kerigmáticos del libro de los Hechos.

[251] «Por la caridad» por la que se le ha encargado tener hacia Juan actitud de madre.

Más explicaciones de la paternidad de Dios hacia los hombres

10. Esto, por consiguiente, se les ha dicho a ustedes de paso como advertencia. Pero añadamos también otro testimonio para mostrar que Dios es llamado en sentido amplio padre de los hombres. Pues en Isaías se dice refiriéndose a Dios: «Porque tú eres nuestro Padre, que Abraham no nos conoce, ni Israel nos recuerda» (Is 63,15)[252] ¿Puede aducirse todavía algo más? Cuando dice el salmo: «Padre de los huérfanos y tutor de las viudas es Dios en su santa morada» (68,66). ¿Acaso no es a todos manifiesto que, cuando a Dios se le llama padre de los huérfanos, si éstos perdieron poco antes a sus padres, no es porque Dios los haya engendrado, sino porque toma a su cargo el cuidado y la defensa de los mismos? De los hombres, por consiguiente, como queda dicho, es padre sólo en un sentido amplio. Pues Dios es, por naturaleza, sólo padre de los hombres, aunque de Cristo lo es antes de los tiempos, como él mismo dice: «Ahora, Padre, glorificame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado, antes que el mundo existiese» (Jn 17,5).

11. Creemos, pues en un solo Dios Padre, irrastreable e indescriptible. A él no lo ha visto hombre alguno; sólo «el Hijo único lo ha contado» (Jn 1,18), pues «aquel que ha venido de Dios, ése ha visto al Padre» (Jn 6,46). Los ángeles en el cielo ven continuamente su rostro (cf. Mt 18,10), cada uno según la medida de su propio orden y lugar. Pero la pura visión del esplendor del Padre está propiamente y de modo real reservada al Hijo juntamente con el Espíritu Santo.

12. Pero al llegar a este punto de nuestro discurso, estimulado por el recuerdo de lo que poco antes decía de que a Dios se le llama Padre de los hombres, me sorprende en gran medida la ingratitud de los hombres, pues, en su inefable bondad, Dios ha querido ser llamado padre de los hombres: quien está en los cielos, padre de los que habitan en el mundo; el autor de los siglos, padre de los que viven en el tiempo; el que «abarcó con su palmo la dimensión de los cielos» (Is 40,12) es padre de los que habitan la tierra como saltamontes (cf. Is 40,22). Pero el hombre, abandonando a su padre del cielo, ha dicho al leño: «Tú eres mi padre», y a la piedra: «Tú me has engendrado». Y por lo tanto, según me parece, es a la naturaleza humana a la que habla el salmo: «Olvida a tu pueblo y la casa de tu padre» (Sal 45,11), el padre a quien elegiste y a quien hiciste llamar para tu perdición.

El diablo, padre de la mentira. La paternidad divina

13. Y no sólo a los leños y a las piedras, sino al mismo Satanás, que pierde a las almas, eligieron algunos como padre. A ellos decía el Señor increpándoles: «Ustedes hacéis las obras de vuestro padre» (Jn 8,41), es decir, del diablo, que no es padre de los hombres por naturaleza, sino a causa del engaño. Pues al modo como Pablo, a causa de la enseñanza piadosa que les había transmitido a los Corintios, es llamado padre de los mismos (1 Cor 4,15), así también el diablo es llamado padre de quienes se van con él (cf. Sal 50,18) por propia voluntad. No toleraremos, pues, a quienes torcidamente interpretan aquello de «en esto se reconocen los hijos de Dios y los hijos del Diablo» (I Jn 3,10), como si existiesen algunos entre los hombres que por naturaleza hubieran de salvarse o perderse[253]. Pues a la santa adopción que hemos mencionado no somos

[252] En la Biblia, el versículo añade además: «Tú, Yahvé, eres nuestro Padre, tu nombre es "El que nos rescata desde siempre".

[253] Cf. cat. 4, núm. 20.

llevados por necesidad, sino por decisión libre de nuestra alma. Tampoco Judas fue traidor (cf. Lc 6,16b) por naturaleza, hijo del diablo y de la perdición (cf.Jn 17,12); pues, si no fuese así, no habría arrojado desde el principio a los demonios en el nombre de Cristo. Pues Satanás no expulsa a Satanás (cf. Mc 3,23-25), ni a su vez Pablo fue cambiado de perseguidor en anunciador, sino que se trató de una opción totalmente voluntaria, según dice Juan: «Pero a todos los que lo recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre» Un 1,12). Pues no antes de creer, sino por la fe fueron considerados dignos de llegar a ser hijos de Dios por su libre albedrío.

Confianza en Dios Padre

14. Conociendo pues, esto, caminemos según el espíritu, para llegar a ser dignos de la adopción divina. «Pues todos los que son guiados por el espíritu de Dios son hijos de Dios» (Rm 8,14). Pues de nada nos serviría haber conseguido el nombre de cristianos, si a ello no siguen las obras, no sea que tal vez se nos diga aquello: «Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham» (Jn 8,39). Pues si llamamos Padre a quien juzga sin acepción de personas según las obras de cada uno, pasemos el tiempo temiendo por nuestra vida, sin amar «al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (1 Jn 2,15). Por consiguiente, queridos hijos, demos gloria por nuestras obras al Padre que está en los cielos, para que vean nuestras buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos (cf. Mt 5,16). Confiémosle todas nuestras preocupaciones (cf. I Pe 5,7), pues nuestro Padre sabe de qué tenemos necesidad (cf. Mt 6,8).

Amor a Dios y amor a los padres

15. Y honrando a nuestro Padre celestial, sigamos los pasos de «nuestros padres según la carne» (Hebr 12,9), como manifestó abiertamente el Señor en la Ley y los Profetas diciendo: «Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días sobre la tierra» (Ex 20,12). Y este mandamiento óiganlo sobre todo, de entre los presentes, quienes tienen padre y madre. «Hijos, obedeced a sus padres en el Señor, porque esto es justo[254]. Pues no dijo el Señor: "El que ama a su padre o a su madre no es digno de mí", de modo que interpretases torcidamente, por ignorancia, lo que estaba bien escrito, sino que añadió: «más que a mí»". Pues cuando nuestros padres en la tierra pensasen lo contrario del Padre que está en los cielos, habría que seguir entonces lo dicho; pero si no nos presentan ningún impedimento para la piedad, nosotros, arrastrados por el furor de un ánimo ingrato, olvidándonos de los beneficios que de ellos hemos recibido, los despreciamos. Hay lugar entonces para aquella sentencia: «Quien maldiga a su padre o a su madre, morirá» (Éx 21,17).

El deber de piedad para con los padres

16. La primera virtud de los cristianos es la piedad, honrar a los padres, remunerar los trabajos de quienes nos dieron la vida y procurarles con el mayor afán lo que les sea de ayuda. Pues, por

[254] Cf., para toda la frase, Mt 10,37: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mi», que se prolonga con el correlato siguiente: «el que ama a su hijo o a su hija más que a mi, no es digno de mi». Se trata de la expresión, en el terreno del amor entre padres e hijos, de la contundente prescripción de Dt 6,5: «Amarás a Yahvé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza», que se hace presente en el Evangelio cuando a Jesús se le pregunta cuál es el primer mandamiento (Mc 12,38-34 par.).

mucho que les demos, nunca podremos darles la vida como ellos nos la dieron a nosotros. De modo que, al disfrutar ellos de la alegría que les proporcionamos (cf. Ecclo 3,3 es), nos fortalezcan a su vez con las bendiciones que el suplantador Jacob obtuvo astutamente (cf. Gén 27,36). Y el Padre celestial, aceptando gratamente nuestra buena voluntad, nos haga dignos de que resplandezcamos como el sol en el Reino del Padre (cf. Mt 13,43), a quien sea la gloria con el Hijo único y protector nuestro Jesucristo, y con el Espíritu Santo vivificador, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

CATEQUESIS VIII

OMNIPOTENCIA Y PROVIDENCIA DE DIOS

Pronunciada en Jerusalén, sobre lo de «todopoderoso" (que todo lo tiene bajo su poder). La lectura es de Jeremías: «El Dios grande, el Fuerte, cuyo nombre es Yahvé Sebaot, grande en designios y rico en recursos... (32,18-19)[255].

Tema fundamental: la omnipotencia de Dios, Padre providente

1. Por el hecho de que creemos en un solo Dios, rechazamos todo error acerca de una pluralidad de dioses, sirviéndonos de estas armas frente a los gentiles y frente a toda la resistencia de los herejes. Pero al añadir «un solo Dios Padre», luchamos contra los que provienen de la circuncisión, que niegan al Hijo Unigénito de Dios. Pues, como se dijo en el día de ayer, antes incluso de que expliquemos lo que se refiere a nuestro Señor Jesucristo, simplemente por haber dicho Padre, ya quisimos indicar que es Padre del Hijo. Así, del mismo modo que entendimos que existe Dios, pensemos también que tiene un Hijo. Pero a esto añadimos ahora que es todopoderoso (que todas las cosas las tiene bajo su poder). Esto lo afirmamos por causa de los gentiles, de los judíos y de los herejes.

Dios, presente y activo en todo

2. Pues algunos de los gentiles dijeron que Dios es el alma del mundo. Otros, por su parte, dijeron que sólo sobre los cielos tiene potestad, pero ésta no alcanza hasta la tierra. Algunos también, arrastrados por un error semejante, pervirtiendo el sentido de «Oh Yahvé, en los cielos tu amor, hasta las nubes tu verdad» (Sal 35,5)[256], circunscribieron a las nubes y al cielo la providencia de Dios, pero enajenando de Dios lo que hay en la tierra. Se olvidaron del salmo: «Si hasta los cielos subo, allí estás tú, si en el sol me acuesto, allí te encuentras» (Sal 139,8). Pues si nada hay más allá del cielo, y puesto que el infierno está por debajo de la tierra, sin duda que el que gobierna lo de más abajo alcanza también la tierra.

Diversos aspectos del poder de Dios

3. Pero los herejes, por otra parte, como se ha dicho anteriormente, no conocieron a un Dios único omnipotente. Pues omnipotente es el que domina sobre todas las cosas y todo lo tiene sujeto a su poder. Y quienes dicen que (Dios) es señor del alma, pero no del cuerpo, afirman con ello que ninguna de las dos realidades es perfecta, pues cada una de las dos carece de la otra. Y si alguien tiene potestad sobre el alma, pero no sobre el cuerpo, ¿a título de qué sería omnipotente?

[255] Para la comprensión de esta catequesis conviene tener en cuenta el ambiente intelectual y religioso circundante: se hacen las distintas afirmaciones en contra de los maniqueos, que subrayan la maldad intrínseca al menos de una parte de la creación, y también en contra de los arrianos, que ponen en duda la igualdad, en cuanto a naturaleza y dignidad, del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Téngase en cuenta, además, que la afirmación que se hace de que Dios es «todopoderoso» tiene en el original griego el sentido semántico de aquel «que domina sobre todas las cosas» (pantocrátor), lo cual facilita a su vez la relación entre omnipotencia y providencia de Dios.

[256] Cf. también Sal 57,11 y 108,5.

¿Y dónde estaría la omnipotencia del que dominara sobre los cuerpos, pero no sobre los espíritus? Sin embargo, es cierto que Dios declara convictos a aquellos de quienes dice: «Temed más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna» (Mt 10,28). Pues si no tiene potestad sobre ambos, ¿cómo pudo el Padre de nuestro Señor Jesucristo someter a uno y otro al suplicio? ¿Y cómo podrá, invadiendo un cuerpo ajeno a su potestad, entregarlo a la gehenna si antes no ata al fuerte para saquear su ajuar?[257].

Dios ejerce su dominio aún permitiendo la acción del diablo

4. Pero la divina Escritura y los dogmas de la verdad han conocido a un Dios único, el cual tiene muchas cosas sometidas al imperio de su poder, pero muchas cosas las permite porque quiere[258]. Pues también ejerce su dominio sobre los adoradores de ídolos, pero los soporta por su paciencia; a los herejes que le rechazan también los tiene bajo su poder, pero los tolera con su longanimidad. También tiene sometido al diablo, pero lo acepta con su tolerancia. Y no sufre por impotencia como si se le venciese (a Dios). Pues, desde siempre, también (el diablo) estuvo entre las criaturas de Dios, que no fue quien le engañó -ello sería algo indigno- sino otros ángeles, que también son criaturas. Le permitió, sin embargo, vivir por dos razones: para que, al vencerlo, se sintiese afectado por una mayor vergüenza y para que los hombres recibiesen la corona[259]. ¡Oh providencia de Dios llena de sabiduría, que asumió aquella perversa voluntad para otorgar la salvación a quienes creyeran. Cuando se sirvió de la intención hostil de los hermanos de José para la realización de sus planes, permitiendo que vendiesen a su hermano por odio, de ello tomó ocasión para constituir en gobernador a quien él quería[260]. De modo semejante concedió luchar con el diablo para que fuesen coronados los vencedores; así, conseguida la victoria, el diablo, vencido por quienes son inferiores a él, se cubriría de mayor vergüenza. Los hombres, en cambio, quedarían ennoblecidos de modo insigne tras haber vencido a quien en otro tiempo había sido arcángel.

Dios reina también sobre el hombre pecador

5. Nada, pues, se encuentra sustraído al poder de Dios. De él dice la Escritura: «Toda cosa es sierva suya» (Sal 119,91). Toda la realidad es realmente su sierva, aunque en esta realidad no se cuentan su Hijo único ni su Espíritu Santo[261]. Y todas aquellas criaturas que sí son siervos sirven

[257] Vid. Mc 3,27 par.: «Pero nadie puede entrar en casa del fuerte y saquear su ajuar, si no ata primero al fuerte; entonces podrá saquear su casa». El texto evangélico, difícil de interpretar, debe entenderse desde su contexto: el diablo, aún armado de su propia fortaleza, puede ser vencido en el hombre por el poder de Dios, de modo que al fuerte -en esta caso, el diablo- se le arrebata la presa (cf. Is 49,24-25). Todo esto, sin embargo, parece quedar como forzado en el texto de Cirilo, que en cualquier caso aplica el pasaje a la realidad de la omnipotencia de Dios.

[258] Con ello se distingue claramente entre lo que es voluntad de Dios y lo que éste simplemente permite. Lo que Dios permite sin ser objeto de su voluntad puede existir tanto en el campo de lo físicamente existente (incluyéndose aquí, por tanto, también el mal físico: enfermedad, etc.) como en el del mal moral (por ejemplo, cuando Dios permite el pecado individual o de unos hombres contra otros). En este caso, sin que Dios lo quiera, lo permite o tolera, conociendo él en el misterio de sus designios cómo podrá servirse para bien de los hombres del mal que él no ha querido. La bondad de Dios es por naturaleza incompatible con una supuesta voluntad suya del mal. Esta es originariamente la pregunta que da origen a la Teodicea.

[259] La corona de la victoria a sus méritos.

[260] Vid. toda la historia de José en Gn 39-48.

[261] Esta afirmación de que Hijo y Espiritu Santo están colocados fuera del resto de la realidad sierva es tal vez intencionadamente antiarriana, pues con ella se trata de afirmar la igualdad en dignidad de Padre, Hijo y Espiritu Santo, sin que ninguno de estos dos esté sometido o subordinado al Padre.

al Señor por el Hijo único en el Espíritu Santo[262]. Dios, pues, domina sobre todas ellas y soporta a los homicidas, a los ladrones, a los libertinos por su paciencia, de modo que, una vez determinado el tiempo en que dará a cada uno según sus méritos tras la tregua de un tiempo duradero, sin haber vuelto su corazón a la conversión, sean condenados con mayor gravedad. Reyes de los hombres son los que gobiernan en el mundo, aunque no sin haber recibido el poder de lo alto (cf. Jn 19,11). Esto lo experimentó en cierta ocasión Nabucodonosor cuando dijo «que su imperio es un imperio eterno y su poder dura de generación en generación» (Dan 4,31).

Recto uso del dinero

6. Las riquezas, el oro y la plata no son del diablo como algunos piensan[263]. «Del hombre fiel es todo el mundo de las riquezas, pero el que no lo es no tiene siquiera un óbolo»[264]. Pero nadie es más infiel que el diablo, como claramente lo dijo Dios por medio del profeta: ¡«Mía es la plata y mío el oro!» (Ag 2,8), «y se lo doy a quien quiero» (Lc 4,6). Lo único que debes hacer es usar bien de ello. No debes criticar más el dinero. Pero cuando tú utilizas mal algo que es bueno sin querer culpar a tu propia administración, diriges tu queja impíamente contra el creador. «Tuve hambre y me disteis de comer» (Mt 25,35): no hay duda de que fueron vuestras propias riquezas. «Estuve desnudo y me cubristeis» (Mt 25,36): en ello intervino vuestro dinero. ¿Quieres saber que las riquezas pueden ser la puerta del reino de los cielos?: «Vende lo que tienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo» (Mt 19,21).

Lo que se posee es de por sí bueno [265]

7. Estas cosas las he dicho a causa de los herejes, que condenan al anatema las propiedades, el dinero y los cuerpos. Pues ni deseo que seas esclavo de las riquezas ni, por otra parte, que las mires como enemigas, pues te han sido dadas por Dios como ayuda. Por consiguiente, no vayas diciendo de vez en cuando que el dinero es del diablo, pues aunque (éste) diga: «Todo esto te daré porque a mí me ha sido entregado» (Lc 4,6), alguno puede, sin embargo, refutar incluso esas palabras, puesto que no puede creerse a un mentiroso. Quizá, sin embargo, amilanado ante el poder de quien estaba presente, dijo la verdad, puesto que no afirma: «Todo esto te daré porque es mío», sino «porque a mí me ha sido entregado». No usurpó la propiedad, sino que declaró una encomienda y una simple administración a él confiada. Oportunamente se preguntan los intérpretes si mintió o dijo la verdad.

Conclusión: el poder del Señor Dios

8. Por tanto, sólo hay un único Dios Padre omnipotente, a quien muchos herejes se han atrevido a atacar con improperios: no han sentido temor de injuriar al Señor de los ejércitos que se sienta sobre los querubines[266]. Han osado infamar con blasfemias al Señor Adonai[267], no se arredraron

[262] Vid. más adelante cat. X, núm. 9.
[263] Se condena aquí un rigorismo que considera malas las riquezas en sí mismas.
[264] Moneda de un valor muy inferior a un centavo. La frase está tomada de Prov 17,6 LXX.
[265] Al menos ésta es una de las cuestiones expuestas en este núm. 7. Aunque se relativizan las riquezas de modo total, no se las condena por sí mismas, con lo cual está Cirilo muy lejos de lo que en la historia de la Iglesia serán siempre los movimientos cátaros, etc.
[266] Cf. Is 6,2-3 (mención de «serafines»); Sal 80,2.
[267] La fórmula Adonai es sobre todo para dirigirse a Dios: «¡Señor mío!» (cf. Gén. 18,3).

de afrentarle con ellas a aquel a quien las voces de los profetas celebran como Dios todopoderoso. Tú, en cambio, adora al único Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo[268]. Huye del error del politeísmo; escapa también de cualquier herejía y di, según lo del libro de Job: «Yo por mí a Dios recurriría, expondría a Dios mi causa. El es autor de obras grandiosas e insondables, de maravillas sin número» (Job 5,8-9), y aquello de «el honor proviene del Todopoderoso»[269], a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

[268] La fórmula es de Rom 15,6: «...glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo».
[269] La edición de PG 33,635 remite aquí a Job 36,22, que tanto en la biblia hebrea como en LXX reza: «Mira, Dios es sublime por su fucrza, ¿quién es maestro (o: poderoso) como él». Pero se prefiere en este caso dejar como está el texto de la catequesis.

CATEQUESIS IX

DIOS CREADOR DE TODAS LAS COSAS

Pronunciada en Jerusalén sobre lo de «creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible». La lectura es de Job: «¿Quién es este que empaña mi proyecto, reteniendo las palabras en su corazón y creyendo esconderse de mi?» (Jb 38,2 LXX)[270].

No se puede ver a Dios directamente en esta vida

1. No es posible ver a Dios con los ojos de la carne: pues lo que es incorpóreo no puede entrar con estos ojos. Esto lo testificó también el mismo Hijo unigénito de Dios al decir: «A Dios nadie lo ha visto jamás». Pues aunque alguien interpretase lo que está escrito en Ezequiel como si éste tuviese una visión directa, escuche lo que dice la Escritura: «Vio la semejanza de la gloria del Señor» (Ez 1,28), no al mismo Señor, sino a «la semejanza de la gloria», como tampoco directamente a la gloria como ella realmente es. Pero, habiendo contemplado sólo una semejanza de la gloria, pero no la gloria misma, cayó a tierra por el miedo (ibid.). Pero la contemplación de la semejanza de la gloria despertaba en los profetas el temor y la inquietud de que Dios les arrebataría la vida si alguien intentaba contemplarlo directamente, según aquello de que «no puede verme el hombre y seguir viviendo» (Ex 33,20)[271] Por este motivo Dios, por su grandísima bondad, ha extendido los cielos como velo de su grandísima bondad para que no perezcamos. Esta palabra no es mía sino del profeta, que dice: «Ah, si rompieses los cielos y descendieses— ante tu faz los montes se derretirían» (Is 63,19). Y, ¿por qué te admiras si Daniel cayó al suelo tras haber contemplado la semejanza de la gloria? En cierta ocasión vio Daniel a Gabriel, siervo de Dios[272], e inmediatamente se turbó en su ánimo y cayó sobre su rostro. No se abrevió el profeta a responder hasta que el ángel adoptó figura de hombre (cf. Dan 8,17 y 10,15-16). Y si la visión de Daniel suscitaba temor en los profetas, ¿acaso no hubiesen perecido todos si el mismo Dios se hubiese dejado ver como es?

Conocimiento a Dios a través de las criaturas

2. No se nos ha dado conocer la naturaleza divina con ojos corporales; pero por las obras de Dios podemos alcanzar una idea de su poder, según lo que dice Salomón: «Pues de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor» (Sab 13,5)[273]. No dice simplemente que por las criaturas se deduzca al creador, sino que añadió: por analogías[274]. Pues

---

[270] Las palabras de Dios son una queja, desde la sabiduría del Creador, contra la petulancia del hombre.
[271] Tampoco en esta ocasión tiene desperdicio la nota de la Biblia de Jerusalén a este versículo.
[272] El ángel Gabriel.
[273] Sab 13,1-9 es uno de los más conocidos pasajes bíblicos que exponen la posibilidad de llegar a Dios a través de las criaturas, fruto de la potencia divina. Conviene recordar que, aunque Pablo utiliza relativamente poco este modo de argumentar, son muy conocidas sus indicaciones al respecto en Rom 1,19-20, versículos seguramente inspirados en Sab 13,1. Sab 13,6 puede haber inspirado también la redacción de Hech 1 7,27.
[274] Más literal: «análogamente» o «de modo análogo», con lo que, empleando Cirilo un término abstracto de corte filosófico, no se establece simple igualdad o identidad entre Dios y las criaturas, sino analogía, que la tradición filosófica cristiana tan bien ha sabido distinguir de la univocidad y de la equivocidad ontológica.

Dios parece tanto mayor a cada uno cuanto mayor sea la contemplación de las criaturas adquirida por el hombre. Y cuanto más ha sometido a su propio ánimo a la contemplación, mayores son el conocimiento y la imagen que tiene del mismo Dios.

No es posible comprender plenamente a Dios

3. ¿Quieres conocer que no es posible llegar a abarcar toda la naturaleza de Dios? Aquellos tres jóvenes que iban camino del fuego exclamaban celebrando a Dios con alabanzas: «Bendito tú, que sondeas los abismos, que te sientas sobre querubines» (Dan 3,55). Y ahora te pregunto: «Dime cuál es la naturaleza de los querubines y piensa entonces cómo es aquel que se sienta sobre ellos». Por su parte, el profeta Ezequiel, en cuanto era posible, hizo una descripción de los mismos diciendo: «Tenían cada uno cuatro caras» (Ez 1,6): el primero, de hombre; el segundo, de león; el tercero, de águila; el último, de toro (cf. Ez 1,10). También «cada uno tenía seis alas» (Is 6,2) y ojos por todas partes, y avanzaban como sobre una rueda en cuatro direcciones (cf. Ez 10, 11-12). Sin embargo, incluso tras esta descripción del profeta, no podemos llegar por la lectura a comprenderlo todo. Pues si no podemos comprender siquiera el trono que ha descrito, ¿cómo podremos abarcar al Dios invisible e inefable que en él se sienta? Es ciertamente imposible escrutar de modo íntimo la naturaleza de Dios, pero sí se puede tributar gloria y honor al que conocemos por sus obras.

De nuevo, la verdadera relación entre Dios Padre y Dios Hijo

4. Estas cosas se les dicen a ustedes del modo consecutivo y ordenado de la fe[275]. Y puesto que decimos: «Creemos en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible», recordamos así que él es el Padre de nuestro señor Jesucristo y que es el mismo que hizo el cielo y la tierra[276]. De este modo quedamos protegidos frente a las desviaciones de los herejes ajenos a Dios, que se han atrevido a injuriar al sapientísimo creador de todo este mundos: ven con los ojos de la carne, pero están privados de la comprensión de la mente.

Sabiduría previsora de Dios al crear

5. ¿Qué es lo que tienen que criticar en esta obra máxima de Dios? Se deberían haber sentido llenos de estupor al contemplar las curvaturas celestes, adorando así a quien puso el cielo como bóveda y de la naturaleza fluida de las aguas formó la sustancia del cielo. Pues dijo Dios: «Haya un firmamento en medio de las aguas» (Gén 1,6). Una sola vez lo dijo Dios y se mantiene sin caerse. El cielo es agua, pero son de fuego los seres clavados en él, el sol, la luna y las estrellas. Pero, ¿cómo se mueven en el agua estos seres ígneos?[277] Si a alguno le vienen dudas a causa de

[275] Se refiere al orden en que se encuentran las afirmaciones del Credo.
[276] Al reafirmar la realidad de Dios como «Padre de nuestro Señor Jesucristo», insistiendo una vez más, al mismo tiempo, en que es creador de todo, se hace resaltar otra vez la enseñanza cristológica y trinitaria de Nicea.
[277] Conviene señalar, a la hora de entender lo que la catequesis de Cirilo enseña sobre la creación, que una cosa es la afirmación fundamental contenida en los dos relatos de la creación del libro del Génesis (en 1,1-2,4a y 2,4b-25) de que el mundo no tiene su origen en si mismo, sino en Dios, y otra cuestión distinta es el modo como se hace la descripción del universo en esos mismos capítulos y, en general, en los autores antiguos, bíblicos o extrabíblicos, o en los mismos autores cristianos de la antigüedad. La exposición del universo, como es el caso también de Cirilo, pone en el centro a la tierra y no al sol. El sol, la luna y las estrellas, en este mismo cuadro, son poco más que meros adornos muy interesantes del «cosmos». Sin embargo, esto no invalida en absoluto la afirmación bíblica

las naturalezas contrarias del fuego y del agua, acuérdese del fuego que, en tiempo de Moisés, ardió en medio del granizo (cf. Ex 9,23) y considere la sapientísima disposición de Dios en la creación. Pues ya que las aguas eran necesarias para la marcha posterior de la tierra, preparó en lo más alto un cielo de agua para que, cuando las regiones celestes necesitaran de la irrigación por lluvias, el cielo se encontrase preparado y dispuesto para ello por su naturaleza.

El admirable orden del universo, de las estaciones y del mundo

6. Entonces, ¿qué? ¿No habrá que admirarse de la construcción del sol? Pues, apareciendo con la modestia de una vasija, contiene una enorme energía: apareciendo por el Oriente, emite luz hasta el Occidente. Decía el salmista describiendo sus salidas matutinas: «Y él, como un esposo que sale de su tálamo» (Sal 19). Con dulzura se describía así el modo a la vez esplendoroso y suave como comienza a derramar su luz sobre los hombres. Y cuando el sol se encuentra en pleno centro del día, a menudo huimos de él por el excesivo calor, pero en su salida ha alegrado a todos cuando hace su aparición como «el esposo». Considera la posición del sol, que es plenamente la adecuada, si bien no la ha establecido él mismo, sino el que con su mandato determinó su curso. En verano se encuentra en su máxima altura, los días se hacen más largos, dando oportunidad a los hombres para sus trabajos. En invierno, sin embargo, limita su carrera, de modo que la época del frío no se prolongue sino que las noches, haciéndose más largas, sirvan de ayuda a los hombres para su descanso y para que la tierra produzca sus frutos. Mira también cómo los días se suceden unos a otros en el orden adecuado: se alargan en verano y en invierno se acortan, pero en la primavera y el otoño se hacen agradables los días con una duración semejante; e igualmente hacen las noches. De todos ellos dice el salmista: «El día al día comunica el mensaje, y la noche a la noche transmite la noticia» (Sal 19,2). Es como si clamaran ante unos herejes que no quieren oír y, en medio de su orden admirable, dijeran que no hay otro Dios que el que creó y dispuso los confines del mundo poniéndolo todo en orden.

El sabio ritmo del día y de la noche

7. Que nadie haga mención de quienes dicen que uno es el creador de la luz y otro el de las tinieblas[278]. Recuerde las palabras de Isaías: «Yo (Yahvé) modelo la luz y creo la tiniebla» (Is 45,7). ¿Por qué, pues, te encolerizas con éstas? ¿Por qué soportas tan mal el tiempo que te ha sido dado como descanso? El siervo no conseguiría de sus señores descanso alguno de sus trabajos si las tinieblas de la noche no le trajesen la tregua. ¿Y cómo es que con tanta frecuencia, fatigados del trabajo del día, es por la noche como nos rehacemos? Y el que el día anterior se dio a sus trabajos, por la mañana aparece robusto y ágil por el descanso nocturno. ¿Y qué mejor que la noche para conducir a la sabiduría? Pues en ella meditamos muy a menudo en lo que se refiere a Dios; en ella nos dedicamos a la lectura y la contemplación de los divinos oráculos. ¿Cuándo se esfuerza nuestra mente con mayor tenacidad en entonar los salmos o en derramar nuestras súplicas?[279]. ¿No es acaso cuando es de noche? ¿Y cuándo, si no en la noche, recordamos con

---

fundamental, que también lo es aquí de Cirilo como de toda la tradición cristiana: el universo debe su origen a algo más grande y distinto de él, a lo cual llamamos «Dios».

[278] De nuevo, los maniqueos, y de nuevo alusión a su concepción de la lucha eterna entre los dos principios también eternos y antagónicos del bien y del mal.

[279] Puede ser una simple alusión a la facilidad ambiental de dirigirse a Dios en la oración y en el silencio de la noche, pero es también muy probable que Cirilo tenga en su mente las vigilias de oración, frecuentes en las iglesias palestinas de su época (cf. PG 33,646, nota 7).

más frecuencia nuestros pecados? No admitamos por tanto, perversamente, que existe otro autor para las tinieblas, pues la experiencia demuestra que también ellas son buenas y muy útiles.

La luz de las estrellas, el sol y la luna

8. Convendría que éstos (los mencionados) se asombraran y admirasen no sólo de la grandeza del sol y de la luna, sino también de las ordenadas danzas y el libre movimiento de las estrellas, al que nada perturba mientras cada una de ellas aparece en el momento oportuno. Y cómo unas son signo del verano y otras del invierno: unas indican el comienzo de la siembra y otras el de la época de la navegación. Y es precisamente el navegante, que se mueve en las inmensidades de extensas olas, el que dirige su barco mediante la observación de las estrellas. De todo esto dice señaladamente la Escritura: «Haya luceros en el firmamento celeste, para apartar el día de la noche, y valgan de señales para solemnidades, días y años» (Gén 1,14), pero no para fábulas sobre astrología y genealogía[280].

Advierte también de qué modo tan hermoso nos va dando Dios la luz del día poco a poco. Pues no vemos que el sol salga de modo repentino, sino que primeramente aparece una luz limitada para que, preparándose las pupilas, puedan captar la fuerza cada vez mayor de los rayos solares. Considera también cómo mitiga las tinieblas nocturnas con la suavidad del resplandor de la luna.

Dios, Señor de los elementos y fenómenos naturales

9. ¿Quién es el padre de la lluvia? ¿Quién hizo las gotas del rocío? ¿Quién concentró el vapor en las nubes ordenando que sostuviesen el agua de las tormentas? ¿Y acaso no hace acercarse desde el norte a nubes vestidas de un aéreo resplandor, mientras según los momentos va haciendo cambiar su aspecto y su forma en figuras distintas del mundo o de cualquier otro género? ¿Quién hay que pueda numerar con conocimiento de causa a las nubes? Sobre ello se dice en el libro de Job: «¿Quién tiene pericia para contar las nubes? ¿Quién inclina los odres de los cielos?» (Job 38,37). Y aquello otro: «El cuenta a las nubes con su sabiduría» (26,8 LXX) y las nubes no son «un velo opaco» para él (cf.Job 22,14). Gran cantidad de agua se contiene en las nubes, pero no se rompen, pues aquella cae a tierra en perfecto orden. ¿Quién es el que saca a los vientos de sus depósitos? (cf. Sal 135,7). ¿Quién es, como antes dijimos, el que produce las gotas de rocío? (cf. Job 38,28). ¿De qué útero sale el hielo? (38,29). Porque, aunque es una sustancia acuosa, tienen las propiedades de la piedra. A veces incluso el agua se convierte en «nieve como la lana», pero otras se somete a la voluntad de aquel que «esparce la escarcha cual ceniza» (Sal 147,16). Pero en ocasiones se convierte en sustancia pétrea. Y desde luego somete y gobierna al agua según su voluntad. La naturaleza del agua es única, pero está dotada de un poder y una eficacia múltiples. El agua en las vides es vino que alegra el corazón del hombre, es en los olivos aceite que da brillo al rostro del hombre y pan que fortalece el corazón del hombre (cf. Sal 104,15), como es también capaz de convertirse en toda clase de frutos.

---

[280] Tit 3,9 recomienda expresamente que se eviten las «discusiones necias, genealogías»; tal vez a cuestiones parecidas se refiere la advertencia de 2 Tim 3,7 frente a algunos «que siempre están aprendiendo y no son capaces de llegar al pleno conocimiento de la verdad». Las frecuentes alusiones de Pablo al ambiente pseudorreligioso especialmente en Col 2—reflejan el medio en el que tuvo que desenvolverse la Iglesia del Nuevo Testamento, en el cual competian muy diferentes concepciones de lo divino y en el que era muy fácil verse simplemente en una atmósfera de extendido relativismo. Este ambiente todavía perdura en la antigüedad ya tardía de mediados del siglo IV, cuando se pronuncian las catequesis de Cirilo.

Variedad de la creación

10. Ante esto, ¿qué habrá que hacer? ¿Habrá que proferir insultos contra el Hacedor del mundo o habrá más bien que adorarlo? Y no hablo de las cosas ocultas de su sabiduría. Quisiera más bien que contemplaras la primavera, reteniendo la variedad de sus flores que todas son iguales y a la vez distintas: el púrpura de la rosa y la excelsa blancura del lirio. Pues, aunque ambos proceden de la misma lluvia y del mismo suelo, ¿quién es el que las hace distintas y las construye? Quisiera también que consideraras qué habilidad del único artífice es la que hace que árboles de la misma clase sirvan a veces para dar sombra y a veces para desparramarse en frutos diversos. Una parte de la vid se destina a la quema, otra a convertirse en renuevos, otra en follaje, otra en horquillas y, por fin, una última en uvas. Asómbrate también, en una caña, de la amplitud del espacio que su autor puso entre sus nudos. En un mismo terreno salen serpientes, jumentos, árboles, alimentos, oro, plata, cobre, hierro, piedra. Una es la sustancia de las aguas, y salen de ellas las especies de los peces y de las aves, de manera que unos nadan en el agua mientras las aves vuelan en el aire.

La inmensidad del mar, dominada por el Creador

11. «Ahí está el mar, grande y de amplios brazos, y en él, el hervidero innumerable de animales, grandes y pequeños» (Sal 104, 25). ¿Quién podrá exponer la hermosura de los peces que ahí viven? ¿Quién la magnitud de los cetáceos o la naturaleza de los animales anfibios que viven tanto en la tierra árida como en el agua? ¿Quién puede exponer la profundidad y la hondura del mar o el inmenso ímpetu de las olas? Se mantiene, sin embargo, dentro de los límites que le ha fijado quien le dijo: «Llegarás hasta aquí, no más allá..., aquí se romperá el orgullo de tus olas» (Job 38,11). Explica claramente el mandato que se le ha impuesto el hecho de que las olas, al retirarse, dejan una línea visible en las orillas. A los que la ven se les indica así que el mar no habrá de pasar de los límites establecidos.

El vuelo excelso de las aves

12. ¿Quién puede captar la naturaleza de las aves del cielo? ¿Cómo es que unas poseen una lengua experta en el canto, mientras otras poseen una gran variedad de colores en sus plumas y algunas, como las aves de presa, se mantienen, en medio del vuelo, inmóviles en el aire? Pues es por mandato de Dios por lo que «el halcón emprende el vuelo, despliega sus alas hacia el sur» (Job 9,26). ¿Qué hombre percibe cómo «se remonta el águila» a «las alturas» (39,27). Pues si con toda tu capacidad de pensar no puedes darte cuenta de cómo las aves se elevan a lo alto, ¿cómo podrás entonces abarcar con tu mente al autor de todas las cosas?

Diversidad y enseñanzas del mundo animal

13. ¿Quién ha llegado a saber simplemente los nombres de todas las fieras? ¿Y quién se ha dado cuenta de la naturaleza de cada una de ellas y de su fuerza? Pero si ni siquiera conocemos sus nombres, ¿cómo podremos abarcar a su autor? Uno fue el precepto de Dios, por el que dijo: «Produzca la tierra animales vivientes de cada especie: bestias, sierpes y alimañas terrestres de cada especie» (Gén 1,24). Por un único mandato brotaron, como de una única fuente, las diversas

clases de animales: la mansísima oveja, el león carnicero. Por su parte, movimientos diversos de animales irracionales reflejan una variedad de inclinaciones humanas: la zorra, por ejemplo, expresa la perfidia humana; la serpiente, a los que hieren a sus amigos con dardos venenosos; el caballo que relincha, a jóvenes voluptuosos[281]. Sin embargo, la hormiga diligente sirve para estimular al negligente y al perezoso. Pues cuando alguien, en su juventud, vive en la desidia y el ocio, los mismos animales irracionales le estimulan según el mismo reproche que recoge la Escritura: «Vete donde la hormiga, perezoso, mira sus andanzas y te harás sabio» (Prov 6,6). Pues cuando veas que guarda alimentos para el tiempo oportuno, imítala y recoge para ti mismo como tesoros, para la vida futura, los frutos de las buenas obras. Por otra parte: «Ponte a la obra y aprende qué trabajadora es» (Prov 6,8 LXX)[282]. Observa cómo, recorriendo toda clase de flores, produce miel para tu servicio, para que también tú, haciendo el recorrido por las Sagradas Escrituras, consigas tu salvación eterna y, saciado por ellas, digas: «¡Cuán dulce al paladar me es tu promesa, más que miel a mi boca!» (Sal 119,103).

Cualidades diversas de animales salvajes

14. ¿Acaso, pues, no es el Creador digno de toda alabanza? ¿O es que, porque tú no conozcas la naturaleza de todas las cosas, han de ser por ello inútiles los seres creados? ¿Puedes, quizá, llegar a conocer las cualidades de todas las hierbas? ¿O eres capaz de aprender qué utilidad tiene lo que proviene de cualquier animal? Pues es cierto que incluso de las víboras venenosas proceden ciertos antídotos para la salud de los mortales. Pero me dirás: las serpientes son cosa horrenda. Teme al Señor y no podrá hacerte daño. El escorpión cobra fuerza al picar: teme al Señor y no te picará. El león está sediento de sangre: teme al Señor—como en cierta ocasión Daniel (Dan 6,23) — y (el león) permanecerá tranquilo junto a ti. Realmente son de admirar las fuerzas de los mismos animales: unos clavan con el aguijón, mientras la fuerza de otros reside en sus dientes; los hay que luchan con sus garras; la fuerza, por último, del basilisco reside en su mirada. Por las diversas cualidades de su obra puedes, pues, comprender la capacidad del Creador.

La misma maravilla del cuerpo humano

15. Pero hay otra cosa que desconoces: hay algo muy distinto entre ti mismo y los animales que están fuera de ti, porque tú puedes entrar dentro de ti mismo y conocer por tu propia naturaleza al Creador. Pues, ¿qué es lo que hay en tu cuerpo que sea digno de reprensión? Practica la continencia y nada en tus miembros será malo. En un principio Adán está desnudo en el paraíso juntamente con Eva. Por sus miembros, desde luego, no era digno del oprobio ni del rechazo. Por tanto, causa del pecado no son los miembros, sino aquellos que se sirven mal de ellos[283]. Sabio es, sin embargo, el que creó los miembros. ¿Quién es el que preparó el hueco del útero para la procreación de los hijos? ¿Quién dio vida en él al feto inanimado? ¿Quién realizó la conexión de los nervios y los huesos y los rodeó con la piel y la carne? ¿Quién ha hecho que, nada más nacer, el niño tome la leche de los pechos de su madre como de su fuente? ¿Cómo se convierte el

---

[281] De manera algo lejana, podría haber aquí una alusión a Jr 5,8 y su contexto.

[282] Refiriéndose a la comparación con la actividad de las abejas.

[283] Tras la descripción de la caída, señala Gén 3,7 que «entonces se les abrieron a entrambos los ojos, y se dieron cuenta de que estaban desnudos; y cosiendo hojas de higuera se hicieron unos ceñidores». La intención evidente del texto sagrado es hacer presente que es precisamente por el pecado que está en el hombre por lo que éste se siente tentado a hacer mal uso de toda la realidad creada, incluyendo en ella su propio cuerpo. Pero ni su cuerpo ni sus miembros son de por si malos.

infante en niño y el niño en joven, más tarde en hombre y, por último, ese mismo se vuelve anciano, sin que además nadie sea capaz de advertir que sea en momentos precisos cuando esos cambios se producen? ¿Cómo se convierte una parte del alimento en sangre, otra parte se integra en la propia carne y otra parte se desecha? ¿Quién es el que hace que el corazón se mueva con movimiento continuo? ¿Quién tan sabiamente protegió la suavidad de los ojos con el movimiento de los párpados? Pues ciertamente los grandes libros de los médicos apenas trataron suficientemente de la admirable estructura de los ojos. ¿Quién hizo la distribución de la respiración por todo el cuerpo? Ves ahí, oh hombre, la sabiduría del autor que todo lo hizo[284].

Conclusión: Dios desde sus obras

16. Nuestras palabras ya han explicado todo esto con bastante amplitud, aunque pasando por alto muchas cosas y dejando también otras más, sobre todo de carácter incorpóreo e invisible, para que odies a quienes injurian al sabio y buen artífice. Y por lo que se ha dicho y leído, que tú mismo podrás recordar y meditar, entenderás de modo análogo, por la magnitud y belleza de las criaturas, al autor de las mismas (cf. de nuevo Sab 13,5). Doblando piadosamente tu rodilla ante el autor de todas las cosas, sensibles y racionales, visibles e invisibles, con expresión de agradecimiento, de recuerdo y de bendición, alabarás a Dios con los labios y el corazón diciendo: «¡Cuán numerosas tus obras, Yahvé! Todas las has hecho con sabiduría» (Sal 104,24). A ti el honor, la gloria y la magnificencia ahora y por lo siglos de los siglos. Amén.

---

[284] Desde casi el comienzo de este núm. 15 («¿qué es lo que hay en tu cuerpo que sea digno de reprensión?...»), existe una variante del texto transmitido, contenida en el códice de una supuesta homilía de San Basilio. Por el interés de la variante, se traduce también en la presente nota de acuerdo con el texto ofrecido por PG 33,655-658: «¿ Qué es lo que se ha plasmado en tu cuerpo que sea reprensible? Sal a decirlo. Modera tu pensamiento nada malo saldrá de tus miembros. Cada uno de ellos ha sido hecho para nuestro uso. Guía tu reflexión hacia la piedad y sigue los mandatos divinos, pues ningún miembro peca cuando actúa o se somete en el ámbito de las cosas para las que ha sido hecho. Si no lo quieres, tu ojo no mira depravadamente ni el oído escucha lo que no le conviene; tampoco la mano se apodera de nada indebidamente ni los pies se encaminan a la injusticia; ni tomas afecto a lo ajeno ni fornicas ni deseas la mujer de tu prójimo. Suprime del corazón los pensamientos desviados. Date cuenta de cómo fuiste hecho por Dios y darás más gracias a quien te formó. De entrada, Adán estaba desnudo mientras se deleitaba en el paraíso, pero, al recibir el mandato y no guardarlo, extendió indebidamente su mano (no porque la voluntad estuviese en la mano, sino porque, con el deseo de su ánimo, alargó su mano hasta donde no debía). Así cayó en la desobediencia privándose de los bienes de que disfrutaba. Del mismo modo, los miembros no son causa de pecado para quienes se sirven de ellos sino que lo es el que el ánimo se sienta indebidamente inducido, según lo dicho por el Señor: "Porque del corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones" (Mt 15,19) y otras cosas semejantes, para todo lo cual querrías servirte de tus miembros cuando habían sido admirablemente puestos al servicio del alma y colocados como siervos de la razón. Debes regirlosy gobernarlos por la acción de la piedad. Refrénalos con el temor de Dios. Somételos dóciles con el deseo de la templanza y del ayuno, y nunca se alzarán contra ti ejerciendo su tiranía: más bien te guardarán llevándote a una gran victoria contra el diablo, mientras esperas la inmarcesible y eterna corona de la victoria...». Esta variante, sin embargo, no parece anular el texto que continúa tras la nota 14.

CATEQUESIS X

UN SOLO SEÑOR JESUCRISTO

Sobre aquello de «Y en un solo Señor Jesucristo». Se parte del pasaje de 1 Co 8,5-6: «Pues aun cuando se les dé el nombre de dioses, bien en el cielo bien en la tierra, de forma que hay multitud de dioses y de señores, para nosotros no hay más que un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros»[285].

El Hijo, puerta para llegar al Padre

1. Aquellos a quienes se ha enseñado a creer en «un solo Dios, Padre todopoderoso», deben creer también en el Hijo unigénito. Pues «todo el que niega al Hijo tampoco posee al Padre» (I Jn 2,33). «Yo soy la puerta» (Jn 10,9), dice Jesús. «Nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14,6) . Si niegas la puerta, te permanecerá cerrado el conocimiento que lleva al Padre. «Nadie conoce bien al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt I 1,27b). Pues si niegas a aquel que revela, permanecerás en la ignorancia. Dice una sentencia en los Evangelios: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna; el que rehúsa creer en el Hijo, no verá la vida, sino que la cólera de Dios permanece sobre él» (Jn 3,36). El Padre se indigna cuando el Hijo unigénito es privado de su honor. Un rey considera grave que alguien insulte a un simple soldado. Por tanto, si se trata indecorosamente a alguien de las personas más honorables, compañeros o amigos, más se enciende la propia cólera. Y si alguien injuria al Hijo único del Rey, ¿quién aplacará y suavizará al Padre del Hijo unigénito de tal modo conmovido?

Es en el Hijo en quien se cumplen los designios de Dios

2. Si alguien, por consiguiente, quiere ser piadoso para con Dios, adore al Hijo; de otro modo, el Padre no admitirá su culto. El Padre exclamó desde el cielo diciendo: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco» (Mt 3,17). En el Hijo se complugo el Padre. Si tú no encuentras también en él tu complacencia, no tendrás la vida. No te dejes arrastrar por los judíos, que mala y astutamente dicen, sí, que hay un solo Dios. Pero, junto a este reconocimiento de que sólo hay un Dios, reconoce a la vez que existe un Hijo único de Dios. No he sido yo el primero en decir esto, sino que acerca de la persona del Hijo dice el salmista: «Voy a anunciar el decreto de Yahvé: El me ha dicho: "Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy"» (Sal 2,7) 2. No atiendas, pues, a lo

---

[285] Las catequesis dan ahora un importante giro hacia la persona de Jesucristo haciendo ver que es en él en quien se cumplen las mismas Escrituras de la Antigua Alianza, en una línea semejante, por ejemplo a lo que se expone en la célebre predicación kerigmática de Pablo en Antioquía de Pisidia: «También nosotros les anunciamos la Buena Nueva de que la Promesa hecha a los padres, Dios la ha cumplido en nosotros, los hijos, al resucitar a Jesús, como está escrito en los salmos: "Hijo mío eres tú; y yo te he engendrado hoy"» (Hech 13,33; cf. su contexto). La cita que hace aquí Hech es de Sal 2,7, pasaje al que hace referencia estricta, de carácter plenamente cristocéntrico, el núm. 2 de la presente catequesis.

que dicen los judíos, sino a lo que hablan los profetas. ¿Te asombras de que desprecien las voces de los profetas cuando ellos mismos los lapidaron y entregaron a la muerte?

Diversas denominaciones de Cristo en la Escritura

3. Tú cree «en un solo Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios». Decimos «un solo Señor Jesucristo», porque es una filiación única; decimos «único», para que su actividad múltiple, que se expresa mediante nombres diversos, no te lleve a hablar impíamente de hijos diversos. Se le llama «puerta» (Jn 10,7), pero no pienses, por esta denominación, que se trata de una puerta de madera, sino racional, viva y que se da cuenta de quiénes pasan. Se le llama «camino» (Jn 14,6), pero no porque sea pisado por los pies, sino porque conduce hasta el Padre. Se le llama «oveja», pero no desprovista de razón, sino que por su preciosa sangre limpia al mundo de sus pecados: es llevada ante el esquilador y sabe cuándo conviene guardar silencio (cf. Hech 8,32; vid. Is 53,7-8). Pero esta misma oveja cambia a la vez su nombre por el de pastor cuando dice: «Yo soy el buen pastor» (Jn10,11) 3. Es oveja por su humana naturaleza, pero es pastor por el amor a los hombres que muestra su divinidad. Pero, ¿quieres saber cómo nos referimos a ovejas racionales? Dice el Salvador a los apóstoles: «Mirad que yo les envío como ovejas en medio de lobos» (Mt 10,16). También se le llama «león» (cf. Gén 49,9)4, pero no porque sea devorador de hombres, sino que con tal denominación se muestra la dignidad regia de la propia naturaleza y su propio vigor en el que puede confiar. Se le llama también león en oposición al «adversario, el Diablo», que «ronda como león rugiente, buscando a quién devorar» (I Pe 5,8). Pues viene el Salvador, no mudando su mansedumbre natural, sino como el poderoso león de la tribu de Judá (cf. Apoc 5,5), trayendo la salvación a los que creen y aplastando al adversario. Se le llama «piedra», no inanimada ni tampoco extraída con manos humanas (cf. Dan 2,34), sino «piedra angular» (cf. Sal 118,225; cf. Mt 21,42 par), en la que quien crea no será confundido (cf. Is 28,16).

Más denominaciones de Cristo

4. Se le llama «Cristo»6, aunque no ha sido consagrado por manos humanas, sino ungido por el Padre para un sacerdocio eterno superior a las cosas de los hombres (cf. Hech 4,27). Se le cuenta entre los que han muerto, pero sin permanecer entre los muertos7, como todos los demás en el Hades (cf. Hech 2,31), sino el único libre entre los que murieron. Se le llama «Hijo del hombre» (Mt 16,13); no como cada uno de nosotros, que hemos tenido nuestro nacimiento en esta tierra, sino como quien ha de venir sobre las nubes a juzgar a los vivos y a los muertos (Mt 24,30)8. Se le llama «Señor», no de manera abusiva, como a los «señores» que hay entre los hombres, sino como quien tiene un poder natural y eterno9. Se le llama «Jesús» con nombre apropiado10, que hace referencia a su labor como médico11. Se le proclama «Hijo»12, que no ha llegado a serlo por adopción, sino que por naturaleza ha sido engendrado Son muchas realmente las denominaciones de nuestro Salvador. Pero que esta multitud de nombres no te haga pensar en una multitud de hijos. Y que no pienses, a causa de los errores de los herejes, que dicen que uno es el Cristo, pero otro es Jesús, y otra es la puerta, y así sucesivamente. Frente a todo ello te previene la recta fe: en un solo Señor Jesucristo. Aunque las distintas denominaciones sean muchas, bajo ellas es una única realidad lo que se entiende.

Jesucristo, Salvador y Señor

5. El actúa como Salvador diversamente según las circunstancias de cada uno. Para quienes necesitan de la alegría, él es la viña (cf.Jn 15,1). Para quienes tienen necesidad de entrar, él es la puerta (Jn 10,7). Para quienes tienen que presentar sus súplicas, ha sido constituido «único mediador» (1 Tim 2,5) y «Sumo Sacerdote» (Hebr 7,26). Pero, a su vez, se convierte en oveja en favor de los pecadores para ser sacrificado en su lugar (Is 53,6-7). Se hace todo para todos permaneciendo él lo que es según su naturaleza. Pues permaneciendo así y detentando una dignidad de hijo que no está sujeta a mutación alguna, desciende hasta nuestras debilidades como médico excelente y maestro bondadoso. Y esto siendo en verdad el Señor, que no ha adquirido el señorío para provecho propio, sino que posee por naturaleza la dignidad de ese señorío13. No es llamado abusivamente «Señor» nuestro, sino que verdaderamente lo es: cuando por voluntad del Padre domina sobre las propias criaturas. Nosotros ejercemos un derecho de dominio sobre hombres iguales a nosotros en honor y que están sujetos a las mismas debilidades: a menudo mandamos sobre quienes nos sobrepasan en edad y no es raro que un joven gobierne sobre criados más viejos. Pero en nuestro Señor Jesucristo no existe tal tipo de dominio. Pues en primer lugar es Hacedor y, después, Señor: en primer lugar ha hecho la voluntad del Padre, y es después cuando domina sobre las cosas que ha hecho.

Cristo, siempre en unión con el Padre

6. «Cristo Señor»14 es aquel que «nació en la ciudad de David»15. ¿Y quieres saber que Cristo el Señor está con el Padre ya antes de hacerse hombre16, de modo que lo que se dice no lo aceptes sólo por la fe, sino que tengas también una prueba desde el Antiguo Testamento? Busca el primero de los libros, el Génesis, donde dice Dios: «Hagamos al ser humano», no dice a mi imagen, sino «a nuestra imagen» (Gén 1,26). Y después de que Adán fue hecho, dice: «Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya» (1,27). No restringió, pues, la dignidad divina a sólo el Padre, sino que también se refirió conjuntamente al Hijo, declarando así que el hombre no es simplemente obra de Dios, sino también de nuestro Señor Jesucristo, que también es verdadero Dios. Este mismo es el Señor, que coopera con el Padre, como lo hizo también en el asunto de Sodoma, según lo dicho por la Escritura: «Entonces Yahvé hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de parte de Yahvé»17. Y en otra ocasión, se mostró a Moisés en cuanto éste fue capaz de verlo (cf. Ex 3,2.6; 33,18-20; 34,5-6). Pues el Señor es benigno y siempre desciende indulgentemente a nuestras debilidades.

Cristo, aparecido a Moisés

7. Y para que sepas que es él mismo el que se apareció a Moisés, acepta este testimonio de Pablo: «Pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo» (I Cor 10,4) y, además (refiriéndose a Moisés): «Por la fe, salió de Egipto» (Hebr 11,27), poco después de haber dicho: «estimando como riqueza mayor que los tesoros de Egipto el oprobio de Cristo» (Hebr 11,26)18. Y Moisés le dice: «Déjame ver, por favor, tu gloria» (Ex 33,18). ¿Acaso no ves que también entonces los profetas veían a Cristo, aunque en la medida en que eran capaces de ello? «Déjame que te vea», clamaba Moisés. Pero Dios le dice: «No puede verme el hombre y seguir viviendo» (Ex 33,20). Por consiguiente, puesto que nadie podría ver el rostro de la divinidad, adoptó el rostro del hombre para que, viéndolo, viviésemos19. Pero cuando quiso mostrarlo con brillo, es decir, cuando su rostro «resplandeció como el sol», «los discípulos cayeron rostro a tierra llenos de miedo» (Mt 17,2-6). Por consiguiente, si al brillar el rostro de su cuerpo no lo

hacía cuanto podía sino cuanto eran capaces de soportarlo los discípulos, ¿cómo podría nadie mirar a la majestad de la divinidad? «Grande es, Moisés, lo que deseas», dice el Señor. «Doy mi aprobación, sin embargo, a tu deseo no saciado. "Haré también esto que me acabas de pedir" (Ex 33,17), en la medida en que tú puedes captarlo.» «Mira, hay un lugar junto a mí; tú te colocarás sobre la peña. Y al pasar mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Luego apartaré mi mano, para que veas mis espaldas; pero mi rostro no se puede ver» (Ex 33,21-23) 20

La presencia de Cristo entre los israelitas, invocada por Moisés

8. Guarda con firmeza, a causa de los Judíos, todo lo que voy a decir. Pues era nuestro propósito mostraros que, junto al Padre, se encontraba el Señor Jesucristo. Porque dice el Señor a Moisés: «Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad y pronunciaré delante de ti el nombre de Yahvé» (Ex 33,19). El que es el Señor en persona, ¿a quién llama Señor?21. Ves cómo, aunque de modo oscuro enseñó la piadosa doctrina acerca del Padre y el Hijo. Y además, en las palabras que siguen se encuentra escrito22 «Descendió Yahvé en forma de nube y se puso allí junto a él. Moisés invocó el nombre de Yahvé. Yahvé pasó por delante de él y exclamó: "Yahvé, Yahvé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por millares, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes; que castiga la iniquidad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación"». Después, según lo que sigue, Moisés, cayendo en tierra de rodillas y adorando al Padre ante el Señor, a quien llamaba, dice: «Dígnese mi Señor venir de en medio de nosotros» (Ex 34,5-9, para todo en conjunto).

Cristo es, como el Padre, Señor de todo

9. Tienes así una primera demostración. Admite otra que es evidente. «Dijo el Señor a mi Señor: "Siéntate a mi derecha"» (Sal 110,1). El Señor dice estas cosas al Señor, no al siervo23. Pero se trata del Señor de todas las cosas, de su propio Hijo al que todo se lo sometió (cf. 1 Cor 15,27-28; Hebr 2,8). «Mas cuando dice que "todo está sometido", es evidente que se excluye a Aquel que ha sometido a él todas las cosas» (1 Cor 15,27)..., «para que Dios sea todo en todo» (15,28). Señor de todo es el Hijo unigénito: es Hijo del Padre, sumiso a él y que no ha usurpado su soberanía, sino que la ha recibido espontáneamente y de modo natural. Pues ni el Hijo se la robó al Padre ni éste ha sentido envidia del Hijo al entregarle el dominio. Es este mismo el que dice: «Todo me ha sido entregado por mi Padre» (Mt 11,27). Pero no me ha sido entregado como si anteriormente careciese de ello24, aunque las conservo cuidadosamente sin que se empobrezca su largueza.

Más sobre el señorío de Cristo

10. Por consiguiente, el Hijo de Dios es «Señor». Señor nacido en Belén de Judá, según las palabras del angel a los pastores: «Os anuncio una gran alegría...: les ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor» (Lc 2,10-11). Del cual, en otro lugar, dice uno de los Apóstoles: «El ha enviado su Palabra a los hijos de Israel, anunciándoles la Buena Nueva de la paz por medio de Jesucristo que es el Señor de todo» (Hech 10,36). Y cuando dice «de todo», no sustraigas absolutamente nada a su soberanía, pues tanto los ángeles como los arcángeles,

«los Principados, las Potestades» (Col 1,16) o cualquier otra de las realidades creadas nombradas por los apóstoles, todo ha sido sometido al señorío del Hijo. Es Señor de los ángeles, como tienes en los evangelios: «Entonces el diablo le deja. Y he aquí que se acercaron unos ángeles y le servían» (Mt 4,11). No dice «le ayudaban», sino «le servían», es decir, realizaban un oficio servil. Y cuando iba a nacer de la Virgen, le sirvió entonces Gabriel, que convirtió así su propia dignidad en servicio (cf. Lc 1,26 ss.). Cuando tenía que ir a Egipto para deshacer los ídolos de éste25, de nuevo un ángel se aparece en sueños a José (cf. Mt 2,13). Habiendo resucitado tras su crucifixión, un ángel lo anunció y, como un siervo diligente, dijo a las mujeres: «Ahora id enseguida a decir a los discípulos: "Ha resucitado de entre los muertos e irá delante de ustedes a Galilea; allí le veréis": Ya les lo he dicho» (Mt 28,7). Como si dijera: no he descuidado el encargo; testifico que les lo he dicho para que, si lo descuidáis, no sea mía la culpa sino de quienes han sido negligentes. Así, pues, aquel es el único Señor Jesucristo, acerca del cual la lectura que se proclamó26 contiene estas palabras: «Pues aun cuando se les dé el nombre de dioses, bien en el cielo bien en la tierra, de forma que hay multitud de dioses y de señores, para nosotros no hay más que un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros» (I Cor 8,5-6).

Aarón y Josué, figuras de Cristo sacerdote y salvador

11. Jesucristo es llamado así con un doble vocablo: Jesús, porque otorga la salvación; Cristo, porque posee el sacerdocio27. Dándose cuenta perfectamente de la situación, el divino profeta Moisés llamó con estos nombres a dos hombres escogidísimos: a Ausés, sucesor suyo en la jefatura, al que llamó Jesús cambiándole el nombren, y a su propio hermano Aarón, añadiéndole el nombre de Ungido29; de esta manera, por medio de estos dos hombres eximios, representaba la potestad regia y la potestad pontifical que habían de estar unidas en el Jesucristo único que habría de venir. Pues Cristo es sumo pontífice a semejanza de Aarón, si es verdad aquello de que «tampoco Cristo se apropió la gloria del Sumo Sacerdocio, sino que la tuvo de quien le dijo: ... Tú eres sacerdote para siempre, a semejanza de Melquisedec» (Hebr 5,5.6). Y en muchas cosas fue imagen de él, Josué, hijo de Nun30, pues la jefatura sobre el pueblo tuvo su comienzo en el Jordán31, donde también Cristo comenzó a evangelizar una vez recibido el bautismo (Mt 3,13). El hijo de Nun hizo doce partes de toda la herencia (Jos 14,1-5) yJ esús envió a doce apóstoles de la verdad como predicadores a todo el mundo (Mt 10). Como imagen (de Jesús), protegió él (Josué) a la prostituta que había creído (Jos 2,1 ss; 6,17 cf. Hebr 11,31). Pero el verdadero32 exclama: «En verdad les digo que los publicanos y las rameras llegan antes que ustedes al Reino de Dios» (Mt 21,31). Ante el clamor de la alegría, aunque aquello sólo era imagen, se derrumbaron las murallas de la ciudad de Jericó (Jos 6,20), y por la palabra de Jesús: «No quedará aquí piedra sobre piedra» (Mt 24,2), cayó lo que a nosotros se opone, el templo de los judíos. Y no porque la sentencia de Jesús fuese causa del derrumbe, sino que esta caída la provocó el pecado de los impíos.

Jesús, Salvador, llamado así por el ángel

12. Unico es el Señor Jesucristo, nombre admirable indirectamente anunciado por los profetas. Pues dice el profeta Isaías: «Mira que viene tu salvación; mira, su salario le acompaña» (Is 62,11)33. Pero Jesús, en hebreo, significa «salvador»; sin embargo, la gracia otorgada a los

profetas, previendo el torcido sentimiento de los judíos hacia la destrucción del Señor, les ocultó la verdadera denominación para que no pudiesen, conociéndolo demasiado pronto, estar al acecho contra él de manera más insidiosa. Pero Jesús fue llamado claramente de ese modo, no por todos, sino por el ángel, que no vino por su iniciativa, sino por la autoridd de Dios, y dijo a José: «No temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombra Jesús» (Mt 1,20-21). Y al dar razón de este nombre, añadió de modo inmediato: «Porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (1,21b). Pero has de entender cómo puede tener un pueblo quien todavía no ha nacido, y es que en realidad ya existía antes de nacer. Esto es lo que de su persona dice el profeta: «Yahvé desde el seno materno me llamó: desde las entrañas de mi madre recordó mi nombre» (Is 49,1)34. Por eso predijo el ángel que habría de ser llamado Jesús. Como también deben entenderse de las insidias de Herodes estas palabras: «En la sombra de su mano me escondió» (Is 49,2).

El Salvador que sana

13. Así pues, «Jesús» significa en hebreo «salvador», y en la lengua griega, «el que sana»35. En realidad él es médico de las almas y los cuerpos, y sanador de los espíritus: cura a los que están ciegos en sus ojos sensibles, pero lleva también la luz a las mentes: es médico de los que están visiblemente cojos, y dirige también los pies de los pecadores a la conversión cuando dice al paralítico: «No peques más» (Jn 5,14) y: «Toma tu camilla y anda» (5,8)36. Pues ya que a causa del pecado del alma había sido entregado el cuerpo a la parálisis, sanó primero el alma para llevar también después la medicina al cuerpo. Por tanto, si la mente de alguien está agarrotada por la enfermedad de los pecados, tiene ahí médico. Pero si alguien es de poca fe, dígale: «Ayuda a mi incredulidad» (Mc 9,23). Y si alguien está plagado de enfermedades corporales, no desconfíe, sino acérquese, que también recibirá remedio, y reconozca que Jesús es el Mesías.

Eternidad e inmutabilidad del sacerdocio de Cristo

14. Los judíos conceden que Jesús es algo más, pero niegan que sea el Mesías. Por ello dice el Apóstol: «¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo (1 Jn 2,22)?». Pero Cristo es el sumo sacerdote con un sacerdocio intransferible37. No comenzó en el tiempo a ser sacerdote ni tiene sucesor alguno en su pontificado, tal como nos oísteis hablando el domingo en la asamblea33 sobre aquello de «según el orden de Melquisedec» (Sal 110,4; cf. Hebr 5,6)39. No ha obtenido el pontificado por sucesión corporal ni ha sido ungido con óleo terreno40, sino que procede del Padre antes de los siglos; y es tanto más excelente que otros cuanto ha sido Sacerdote a través de un juramento: «Pues los otros fueron hechos sacerdotes sin juramento, mientras éste lo fue bajo juramento por Aquel que le dijo: "Juró el Señor y no se arrepentirá..."» (Hebr 7,20b-21a). Para la seguridad del asunto bastaba con la voluntad del Padre. Pero esta seguridad se ha duplicado al añadirse a la voluntad además un juramento: «Para que mediante dos cosas inmutables por las que es imposible que Dios mienta, nos veamos más poderosamente animados» (Hebr 6,18)41 quienes acogemos a Jesucristo Hijo de Dios.

Pese a los anuncios, Cristo fue rechazado

15. A este Cristo le rechazaron los judíos cuando llegó42, pero lo confesaron los demonios (cf. Lc 4,41). Tampoco lo ignoraba el patriarca David cuando decía: «Aprestaré una lámpara a mi

ungido» (Sal 132,17). Algunos han entendido esta lámpara como el esplendor de la profecía; otros han entendido por esta lámpara la carne tomada de la Virgen, según aquello que dice el apóstol: «Llevamos este tesoro en vasos de barro» (2 Cor 4,7). No desconocía a Cristo el profeta al decir: «Anunciando a los hombres a su Cristo» (Am 4,13 LXX). También lo había conocido Moisés, lo había conocido Isaías y también Jeremías: ninguno de los profetas lo desconoció. Lo reconocieron incluso los mismos demonios. «Les conminaba», y, se añade, «porque sabían que él era el Cristo» (Lc 4,41). Los príncipes de los sacerdotes lo ignoraron, pero lo confesaron los demonios. Mientras los príncipes de los sacerdotes le desconocían, lo anunciaba la mujer samaritana diciendo: «Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?» (Jn 4,29).

Universalidad del cristianismo

16. Este Jesucristo es el «Sumo Sacerdote de los bienes futuros» (Hebr 9,1 1), que por la largueza de su divinidad nos comunicó a todos su mismo nombre. Cuando alguien es rey, no comunica a los demás la denominación de su dignidad regia. Pero Jesús, el Cristo, Hijo de Dios, se dignó denominarnos con el nombre de cristianos. Verdaderamente, dirá alguno, se trata de algo nuevo. Este nombre de «cristianos» no se había oído anteriormente, y a veces se despierta oposición a las cosas nuevas simplemente por el hecho de ser nuevas. De esto trató el profeta al decir: «A sus siervos les dará un nombre nuevo tal que quien desee ser bendecido en la tierra deseará serlo en el Dios del Amén...» (Is 65,15-16)43. Preguntemos a los judíos: ¿servís a Dios o no? Mostradme, si acaso, vuestro nuevo nombre. Pues en tiempo de Moisés y de los demás profetas erais llamados judíos e israelitas, e igualmente después del retorno de Babilonia y hasta nuestros días. ¿Tenéis acaso un nuevo nombre? Pero nosotros, sirviendo al Señor, tenemos un nombre nuevo: y es realmente nuevo, nombre nuevo que «será bendecido sobre la tierra»: este nombre ha arrebatado toda la tierra, como quiera que los judíos están limitados a los confines de una sola región, pero los cristianos están extendidos por todo el mundo. Lo que ellos anuncian es el nombre del Hijo unigénito de Dios.

Pablo, anunciador del Evangelio tras haber perseguido a los cristianos

17. ¿Quiéres saber que los apóstoles conocieron y anunciaron el nombre de Cristo, y que más bien tuvieron en sí mismos al mismo Cristo? Pablo dice a sus oyentes: «... ya que queréis una prueba de que habla en mí Cristo» (2 Cor 13,3). Pablo anuncia a Cristo diciendo: «No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como siervos sus por Jesús» (2 Cor 4,5). Pero, ¿quién es el que así habla? El que anteriormente era perseguidor. ¡Oh gran milagro! El que antes fue perseguidor anuncia ahora a Cristo. ¿Y por qué razón? ¿Ganado por el dinero? Pero no había nadie que lo persuadiese con tales artes. ¿O acaso lo había visto personalmente en la tierra y actuaba impulsado por reverencia y pudor? En realidad ya había marchado al cielo. El (Pablo) había partido como perseguidor y, luego de tres días en Damasco, el que se dedicaba a perseguir se convierte en su pregonero (Hech 9,1-25). ¿En virtud de qué? Algunos citan testigos de su casa para cosas familiares, pero yo te he traído como testigo a quien antes había sido enemigo. ¿Todavía tienes dudas? Grande es ciertamente el testimonio de Pedro y Juan, pero podría considerarse con cierta sospecha, pues eran familiares (de Cristo). Pero cuando quien antes era enemigo ahora afronta la muerte en favor del mismo asunto, no hay ya lugar para dudar acerca de la verdad.

Conversión de Pablo a Jesucristo. Fecundidad de su actividad escritora

18. Mientras se habla de estas cosas, sorprende gratamente el admirable designio del Espíritu Santo de que fuesen muy escasas en número las cartas de los demás, pero concedió a Pablo, que anteriormente había sido perseguidor, que escribiese catorce. Y no es que restringiese esa gracia en Pedro yJuan, como si fuesen menores. Nada de eso, sino que para afirmar la autoridad indudable de la doctrina, a quien antes había sido enemigo y perseguidor le concedió escribir ampliamente para que así tuviésemos todos una fe cierta. Ciertamente todos se asombraban de Pablo y decían: «¿No es éste el que en Jerusalén perseguía encarnizadamente a los que invocaban ese nombre, y no ha venido aquí con el objeto de llevárselos a todos a los sumos sacerdotes?» (Hech 9,21). «No les asombréis», dice Pablo, sé que para mí «es duro dar coces contra el aguijón» (Hech 26,14)44. Sé que «no soy digno de ser llamado apóstol, por haber perseguido a la Iglesia de Dios» (I Cor 15,9), pero «por ignorancia» (I Tim 1,13). Pues creía que la predicación de Cristo era la ruina de la Ley: no sabía que él había venido a cumplir la Ley, no a anularla (cf. Mt 5,17). «Y la gracia de nuestro Señor sobreabundó en mí» (I Tim 1,14).

Innumerables testimonios y testigos de Cristo

19. Queridos, hay muchos testimonios acerca de Cristo45. Desde el cielo testifica el Padre acerca del Hijo (cf. Mt 3,17; 17,5); testifica el Espíritu Santo descendiendo corporalmente bajo el aspecto de paloma (Lc 3,22); testifica el arcángel Gabriel anunciando el evangelio a María (Lc 1,26-38); testifica la Virgen madre de Dios (ibid.); testifica el lugar dichoso del pesebre (Lc 2,7). Es testigo Egipto, que acogió en cuerpo al Señor cuando era todavía un niño muy pequeño. Es testigo Simeón, que lo tomó en brazos y dijo: «Ahora, Señor, puedes según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz, porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos» (cf. Lc 2,28-31). Y Ana, la profetisa, continente (y viuda)46 piadosísima y que llevaba una vida ascética, testifica igualmente de él (Lc 2,36-38). Testifica Juan Bautista, el mayor de los profetas (Jn 1,15; 1, 19 ss) y el primero del Nuevo Testamento, que en cierto modo conecta en sí ambas Alianzas, la antigua y la nueva47. Entre los ríos es testigo el Jordán, entre los mares, el de Tiberíades. Dan testimonio los ciegos, los cojos, los muertos llamados de nuevo a la vida. Los demonios dan testimonio diciendo: «¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret?... Sé quién eres tú: el Santo de Dios» (Mc 1,24). Testifican los vientos refrenados por su poder (Mt 8,23-27); testifican los cinco panes repartidos entre cinco mil hombres (Mt 14,13-21). Lo testifica el santo leño de la cruz, que se contempla entre nosotros hasta el día de hoy y que ha llenado casi todo el mundo con los trozos que algunos, por su fe, han cogido de él. Testifica en el valle la palmera que proporcionó las palmas a los niños que en su momento acogieron con alabanzas a Cristo (Jn 12,13). Da testimonio Getsemaní como mostrando también todavía a Judas a quienes entienden lo sucedido (Mt 26,47 ss). Este santo monte, el Gólgota, destacando sobre los demás, también testifica al dejarse ver; también dan testimonio el santo sepulcro y la piedra junto a él colocada hasta el día de hoy (cf. Mt 27,60). El sol que está ahora luciendo es testigo por haber experimentado un eclipse en la pasión. Testigo fueron también las tinieblas que en aquella ocasión se extendieron desde la hora sexta hasta la hora nona (Lc 23,44). Testigo es la luz que iluminó desde la hora nona hasta la tarde. Testigo es el monte santo de los Olivos desde el cual ascendió al Padre (Hech 1,912). Testigos también las nubes de tormenta que acogieron al Señor48. Igualmente las puertas celestiales que acogieron al Señor, de las que dice

el salmista: «¡Alzaos, puertas, alzad los dinteles, puertas eternas, para que entre el rey de la gloria!» (Sal 23,7). Testifican asimismo quienes con anterioridad habían sido enemigos, de los que ahora hay que recordar al bienaventurado Pablo, que por un cierto tiempo vivió en la enemistad, pero (después) ejerció su ministerio de modo duradero. Testifican los doce apóstoles, que no sólo con palabras predicaron sino también con sus propios tormentos y su muerte. Testifica la sombra de Pedro, que en nombre de Cristo sanaba a los enfermos (Hech 5,15); testifican los pañuelos y los mandiles, que a través de Pablo realizaban igualmente curaciones con el poder de Cristo. Son testigos los persas, los godos y todos los convertidos de los gentiles que no dudan en enfrentarse a la muerte por aquel49 a quien no vieron con los ojos de la carne. Testifican los demonios, exorcizados hasta el día de hoy por el servicio de los fieles.

Con tantos testigos la fe se hace evidente

20. Muchos, diversos y diferentes son los testigos. ¿Se rehusará, pues, la fe a un Mesías comprobado por tantos testimonios? Si alguien, por consiguiente, no ha creído ya antes, crea ahora; pero si ya creyó, reciba un mayor incremento de fe: creyendo en nuestro Señor Jesucristo, sepa de quién recibe la forma de llamarla. Has sido llamado cristiano: que no sea blasfemado por tu causa nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, sino que tus buenas obras resplandezcan ante los hombres, para que los hombres que las vean glorifiquen en Cristo Jesús, Señor nuestro, al Padre que está en los cielos (Mt 5,16), a quien sea la gloria ahora y por lo siglos de los siglos. Amén.

....

1.

2. Cf. sobre la interpretación cristológica de este salmo el final de la nota anterior. Pero es todo el salmo el que debe entenderse cristológicamente, especialmente por lo que se refiere al drama de la pasión y al señorío mesiánico. Eso es lo que explica su frecuentísima utilización en los escritos del Nuevo Testamento.

3. Para toda la alegoría del Buen Pastor cf Jo 10,1-21.

4 Con ello se admite la interpretación cristológica del «león de Judá»: el Mesías tenía que ser, y Jesús lo es de hecho, de la tribu de Judá. Cf. el importante texto de Apoc 5,5: «No llores; mira, ha triunfado el León de la tribu de Judá, el Retoño de David; el podrá abrir el libro y sus siete sellos».

5. Mt 21,42 par, en la parábola de los viñadores homicidas, afirma expresamente que Cristo es la «piedra angular» rechazada al menos por una parte de quienes debían haberle acogido en primer lugar. Con ello también las palabras de Sal 118,22 se interpretan en clave cristológica. Casi más explícito todavía es Hech 4,11.

6. «Christós» es un adjetivo verbal griego, que significa «ungido» y traduce el hebreo «Mesías», del mismo significado. Cuando Mt 1,16 habla de «Jesús, llamado Cristo» está queriendo indicar que en Jesús se ha reconocido al Mesías aguardado desde toda la historia de salvación que Dios ha establecido desde los siglos con toda la humanidad, pero concretándose en la historia de

Israel. En Cristo ha puesto Dios su Espíritu (cf. Is 42,1). Jesús de Nazaret es aquel a quien «Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder», según la versión que de Is 61,1 ofrece Hech 10,38. Según Lc 4,17-21, Jesús interpreta Is 61,1-2 viendo cumplidas en sí mismo las palabras de Isaías. Por todo ello es Jesús la personificación y presencia más explícitas y claras de Dios en el mundo. Jesús es, pues, de manera definitiva el «Cristo», «Mesías», «ungido» de Dios para la salvación del hombre.

7. Apoc 1,18; Jesús, al manifestarse, se presenta como «el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos».

8. Mt 24,30, sobre la venida definitiva del Hijo del hombre al fin de los tiempos: «Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo-del-hombre, y entonces se golpearán el pecho todas las razas de la tierra y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria». La imagen del «Hijo del hombre» es de carácter apocalíptico, es decir, como descripción de contornos es borrosa; pero el término, empleado en Dn 7,13-14 sirve, precisamente en su imprecisión, para manifestar algo que va bastante más allá de su sentido literal. La excelente nota de la Biblia de Jerusalén a Dn 7,13 habla de un sentido de la expresión «Hijo del hombre» a la vez colectivo e individual (basándose en Dn 7,18.22) puesto que «el Hijo de hombre se identifica de algún modo con los santos del Altísimo: pero el sentido colectivo (igualmente mesiánico) prolonga el sentido personal, ya que el Hijo de hombre es a la vez la cabeza, el representante y el modelo del pueblo de los santos». Y añade la misma nota: «Por eso pensaba San Efrén que la profecía se refiere en primer lugar a los judíos (los Macabeos), luego, por encima de ellos, y de una manera perfecta, a Jesús». Por todos estos motivos puede quizá decirse que el titulo de Hijo de hombre o del hombre, aplicado a Jesús, es útil para indicar, en Jesucristo, la imagen definitiva del hombre, de su realidad y de su historia. A estas especulaciones bíblicas sobre antropología cristiana no son probablemente ajenas las afirmaciones de I Cor 15,47: «El primer hombre, salido de la tierra, es terreno, el segundo, viene del cielo».

9. Cf más abajo, núms. 5 y ss.

10. Cf. Mt 1,21: «... tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados».

11. Cf. más abajo, núms. 11 y 13.

12. El tema se expone en una gran parte de la cat. 11.

13. Vid. cat. 11, núm. 22.

14. Según lo dicho en la nota 6, la traducción podría ser «el Mesías Señor».

15. Lc 2,11; «Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador que es el Cristo Señor».

16. Es el tema de la preexistencia del Hijo y su misma igualdad de naturaleza divina con el Padre lo que ahora se aborda.

17. Gén 19,24. El hecho de mencionarse dos veces a Yahvé, el Señor, lo interpreta Cirilo como una referencia conjunta a Padre e Hijo.

18. Es realmente curioso, pero al tiempo extremadamente importante, que, por ejemplo, en el citado Hebr 11,26 pero también en otros textos anteriores o que seguirán, se ponen en relación con el acontecimiento Cristo numerosos textos del Antiguo Testamento. Esto contribuye a una auténtica unificación cristocéntrica de la Escritura.

19. Cf. toda la catequesis 12 sobre la encarnación de Cristo.

20. El texto de la catequesis ha parafraseado en algunos momentos las frases citadas del Exodo.

21. El razonamiento es semejante al de Mt 22,41-46 par. Cf. el párr. 9 de esta misma catequesis.

22. Según nuestro conocimiento actual de la situación redaccional se trata, de acuerdo con la cita que se aduce, de versículos anteriores del Éxodo.

23. Cf. cat. 7, núm. 2.

24. Se rechaza así la imagen subordinacionista del Hijo (un ser sometido al Padre como si no fuese de su misma naturaleza) y, sobre todo se excluye la idea adopcionista, la del Hijo como si Jesús hubiese llegado a ser adoptado como Hijo en algún momento de su historia (por ejemplo, en el bautismo en el Jordán). Una vez más se deja aquí sentir el influjo aclaratorio del concilio de Nicea acerca de la igualdad de naturaleza entre el Padre y el Hijo.

25. En ocasiones los Padres de la Iglesia han interpretado Is 19,1, donde en un oráculo contra Egipto se presenta a Yahvé en contra de los ídolos de este país, como afirmación acerca de Cristo, que con su viaje a Egipto en su infancia (cf. Mt 2,13 ss) habría destruido a los ídolos allí existentes. Cf. datos sobre estas afirmaciones patrísticas en PG 33,674, nota 5.

26. La nota de la que tomaba pie la catequesis.

27. El nombre de Jesús, salvador, es hebreo. Cristo, del griego christós, ungido. El griego es traducción del hebreo Messiáh, castellanizado «Mesías»). La función sacerdotal de Cristo es resaltada de modo especial en este párrafo 11.

28. «Ausés» es una transcripción probablemente errónea de «Nave», forma con que a veces se ha transcrito a su vez el nombre de Nun, el padre de Josué (cf. Jos 1,1: «Josué, hijo de Nun y ayudante de Moisés»). Teniendo en cuenta que en algunas versiones griegas de la Biblia se transcribe «Josué» como «Jesús», puede entenderse la referencia del nombre "Ausés" y por qué afirma el texto de la catequesis que los nombres de «Jesús», el «Cristo», ya se dan en el Antiguo T estamento.

29. Sobre la investidura sacerdotal de Aarón y sus hijos, cf Lev 8.

30. En el texto griego original se lee «Jesús de Nave» (cf. lo expuesto en nota 28), aunque con las variantes «hijo de Nave» o «Jesús, hijo de Nave».

31. El paso del Jordán por el pueblo es el primer episodio notable del liderazgo de Josué (cf Jos 3-4).

32. Aquel a quien la imagen se refiere, Jesús.

33. La versión de Cirilo, más apropiada a sus propósitos didácticos y apoyándose en los LXX, personifica la frase: «Mira que viene tu salvador. Pero, en cualquiera de las versiones, el oráculo de Isaías puede contener una referencia cristológica.

34. Is 49,1 contiene el comienzo del segundo de los cantos del Siervo de Yahvé, anteriormente mencionados. Cirilo aplica las frases transcritas a Jesús en el instante mismo de la encarnación, por el anuncio del ángel, en el seno de Maria.

35. Conforme la etimoligía hebrea es clara, la griega, es mucho más discutible, puesto que no existe relación entre el griego lesous, transc ripción del hebreo, y el también griego iatrós, médico, de origen diferente.

36. Cf. CIRILO DE JERUSALEN, Homilía in paralyticum iuxta piscinam iacentem, núms. 13, 17, 18 (PG 33,1.145-1.148,1.149-1.152).

37. Desde el sentido estricto de las palabras, el «sacerdocio» y la palabra «sacerdote» sólo se dicen de Cristo en el Nuevo Testamento. El sacerdocio de Cristo es único, como única es también la acción salvífica por la que Dios ha rescatado a los hombres de su situación «de una vez por todas», según la repetida y central insistencia de la carta a los Hebreos (cf. Hebr 7,27). Esta afirmación coincide también con la de que Cristo es el único mediador (I Tim 2,5). Para la designación de distintos grados del ministerio ordenado, el Nuevo Testamento utiliza más bien las expresiones de «episcopos», presbítero y diácono.

38. Probable alusión a alguna homilía de la que no hay transcripción o al menos no se conserva.

39. CL Hebr 5,5-6: «De igual modo, tampoco Cristo se apropió de la gloria del Sumo Sacerdocio, sino que la tuvo de quien le dijo: Hijo mio eres tú; yo te he engendrado hoy (cf Sal 2,7). Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, a semejanza de Melquisedec» (Sal 110,4). En un mismo párrafo se unen, pues, la generación y el sacerdocio eternos del Hijo.

40. Cf. cat. 11, núms 1 y 15

41. El párrafo, de razonamiento algo complejo, habla de la certeza de la salvación apoyada en el doble motivo de que Dios hizo una promesa al padre de la fe, Abraham (Gén. 12,1 ss). Pero también Abraham «recibió la señal de la circuncisión como sello» (Rm 4,11, cf Gn 17,11 ss). La promesa de Dios y el sello de la misma constituyen la doble seguridad que es para el cristiano 1) el proyecto de Dios en Cristo y 2) el sello bautismal.

42. Como una de las expresiones más compendiosas de esta afirmación, cf Jn 1,11, pero el rechazo deJesús está presente en todas las páginas del evangelio de Jn, en los sinópticos (cf. todo lo que es, en general Mt 20-23) o en la síntesis paulina sobre el puesto de Israel en la historia de la salvación, Rom 9-11.

43 Al transcribir la cita de Is, se ha preferido la versión de la Biblia de Jerusalén.

44. El «no les asombréis» no pertenece al texto de los Hechos, sino que es redaccional.

45. Cf. como testimonio acerca de la muerte y resurrección lo que se recoge en cat. 13, n. 38 s. y en cat. 14, no. 22-23.

46. «Continente» es el nombre dado en la antigüedad cristiana a los que practicaban en castidad la continencia por el Reino de los Cielos.

47. Juan Bautista pertenece todavía a la antigua Alianza, pero es precursor del Mesías, que desea ser bautizado por él (Mt 3,13) Lc 7,28 sitúa perfectamente a Juan en su puesto en la historia de la salvación: «Os digo (en boca de Jesús): Entre los nacidos de mujer no hay ninguno mayor que Juan; sin embargo, el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él».

48. Probable alusión algo literaria a Hech 1,9.

49. Cristo.

CATEQUESIS XI

EL HIJO UNIGÉNITO DE DIOS

Sobre las palabras (del Símbolo): «Hijo unigénito de Dios, nacido del Padre, Dios verdadero antes de todos los siglos, por quien todo fue hecho». Se parte de Hebr 1,1 ss: «Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo...»1.

Cristo, superior a todos los demás ungidos como Hijo único y eterno de Dios Padre

1. Con lo que ayer les dijimos se explica suficientemente, por nuestra parte, que esperamos en Jesucristo. Pero no hay que creer en Jesucristo en un modo simple y vulgar, ni hay que aceptarlo como a uno cualquiera de los muchos que, de modo abusivo, han sido llamados «Cristos»>. Ellos eran «cristos» como tipo e imagen, pero es éste el verdadero Cristo, que no fue escogido de entre los hombres y promovido al sacerdocio, sino que recibió del Padre eterno la dignidad sacerdotal. Por eso la fe nos advierte que no pensemos que se trata de uno cualquiera de los «cristos» (ungidos) corrientes: a la confesión de fe se añade que creemos «en un solo Señor Jesucristo, hijo único de Dios».

Hijo de Dios Padre por naturaleza

2. Cuando oyes hablar del Hijo, no pienses en la adopción, sino en un Hijo por naturaleza, Hijo Unigénito que no tiene ningún otro hermano. Por eso se le llama Unigénito, porque no tiene ningún hermano en la dignidad de la deidad y en la generación paterna. Pero no le llamamos Hijo de Dios por nuestro propio impulso, sino porque el Padre mismo le dio el nombre de Hijo, y es verdadero el nombre que los padres ponen a los hijos.

Pedro, en nombre de los apóstoles, reconoce a Jesús como Hijo de Dios

3. Nuestro Señor Jesucristo se revistió en aquel entonces de la naturaleza humana, pero esto era desconocido de muchos. Cuando él, sabiendo que se ignoraba, lo quería enseñar, reuniendo a los discípulos les preguntaba: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» (Mt 16,13). No buscaba una gloria efimera,sino que deseaba decirles la verdad para que no sucediese que, estando ellos conviviendo con el Hijo unigénito de Dios, y Dios mismo, le despreciasen como a un simple hombre. Cuando ellos dicen: «... unos, que Elías; otros, que Jeremías» (16,14), es como si les respondiera: tienen excusa los que no lo saben pero ustedes, que sois apóstoles y curáis leprosos en mi nombre, expulsáis demonios y devolvéis a muertos a la vida, debéis saber quién es aquel por quien realizáis esas maravillas. Cuando todos se mostraban reticentes (pues esta realidad excedía las fuerzas humanas), Pedro, príncipe de los apóstoles y supremo predicador de la Iglesia, no utilizó palabras propias ni razonamientos humanos, sino que, inundado de luz en su mente iluminada por el Padre, le dice: «Tú eres el Cristo» (Mt 16,16),

añadiendo: «El Hijo de Dios vivo» (ibid.). E inmediatamente se añade una declaración de bienaventuranza (superior a lo que el hombre puede captar), conformada con la afirmación de que era una revelación procedente del Padre. Pues dice el Salvador: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos (16,17). Así pues, quien reconoce a nuestro SeñorJesucristo como Hijo de Dios, es hecho partícipe de la bienaventuranza; pero quien niega al Hijo de Dios se hace infeliz y desgraciado3.

Hijo en todo semejante al Padre

4. Cuando se le llama Hijo, no pienses que se trata de una exageración, sino que es hijo verdaderamente, por naturaleza, sin un comienzo. No ha pasado de la servidumbre a la adopción, sino que es Hijo engendrado desde toda la eternidad, mediante un proceso de generación inescrutable e inabarcable. De un modo semejante, cuando oyes hablar de «primogénito» (cfr. Hebr 1,6), no lo entiendas al modo humano, pues los hombres tienen además otros hermanos, y en algún lugar está dicho: «Israel es mi hijo, mi primogénito» (Ex 4,22). Pero así como Rubén fue despojado de su honor de primogénito de Jacob por haberse introducido en el lecho de su padres, también Israel crucificó al Hijo arrojándolo de la viña de Dios Padre (Mt 21,39 ss)4. Y a otros la Escritura dice: «Hijos sois de Yahvé vuestro Dios» (Dt 14,1). Y, en otro lugar: «Yo había dicho: "¡Ustedes, dioses sois, todos ustedes, hijos del Altísimo!"» (Sal 82,6)6. Pone: «Dije», y no: «He engendrado». Pues ellos recibieron por la voz y la palabra de Dios la adopción que no tenían. Pero él (el Mesías) no pasó de ser una cosa a convertirse en otra, sino que desde un principio nació como Hijo del Padre existiendo antes de cualquier comienzo y antes de los siglos. Es Hijo del Padre en todo semejante a su progenitor; eterno del Padre eterno, engendrado como vida de la vida, luz de luz, verdad de la verdad, sabiduría de la sabiduría, Rey de Rey, Dios de Dios, potestad de potestad.

Generación eterna del Hijo

5. Cuando oigas el Evangelio que dice: «Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham» (Mt 1,1), entiende esto en lo referente a la carne. Pues es realmente hijo de David para siempre, pero es Hijo de Dios antes de todos los siglos y sin un principio7. Y asumió realmente lo que no tenía8, pero lo que tiene lo tiene desde la eternidad como engendrado del Padre. Tiene dos padres: uno, David, según la carne; el otro, según la divinidad, Dios Padre. Aquello que tiene de David está sometido al tiempo, puede constatarse y es un linaje que se puede detallar, pero lo que procede de la divinidad no está sometido al tiempo ni al espacio, ni tiene una ascendencia de la que se pueda dar cuenta:«De su ascendencia, ¿quién se preocupa?»9. Dios es espíritu, y lo que es espíritu se engendra espiritualmente, de modo incorpóreo sin que pueda rastrearse linaje alguno. El mismo Hijo dice del Padre: «El me ha dicho: "Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy..."» (Sal 2,7). Ese «hoy» no expresa algo reciente, sino eterno. Es un «hoy» sin tiempo, antes de todos los siglos: «... Desde el seno antes de la aurora te he engendrado» (Sal 110,3, versión clásica griega).

Creer en el Hijo de Dios

6. Cree, por tanto, en Jesucristo Hijo de Dios vivo, Hijo unigénito, según el Evangelio, que dice: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). Y, a su vez: «El que cree en él (el Hijo) no es juzgado» (3,18), sino que ha «pasado de la muerte a la vida» (I Jn 3,14). Pero «el que rehúsa creer en el Hijo, no verá la vida, sino que la cólera de Dios permanece sobre él» (Jn 3,36), «porque no ha creído en el Nombre del Hijo único de Dios» (Jn 3,18). De él daba testimonio Juan diciendo: «Hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14). Con temor ante él decían los demonios: «¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo» (Mc 5,7; cf. Lc 4,34).

El Padre engendra al Hijo en la suma perfección 10

7. Por consiguiente, el Hijo de Dios lo es por naturaleza y no por adopción, engendrado por el Padre. Pero el que ama al que le engendró ama también a quien él ha engendrado. Pero quien desprecia al engendrado por él transmite su afrenta a su progenitor. Y cuando oigas hablar de que Dios engendra, no andes pensando en la generación corporal, ni pienses en una reproducción que entraña corrupción, no sea que vayas a caer en la impiedad. «Dios es espíritu» (Jn 4,24) y su generación es espiritual; pues los cuerpos, por su parte, engendran cuerpos y en la generación corporal debe haber un transcurso de tiempo.

Sin embargo, en la generación del Hijo desde el Padre no hay ningún intervalo temporal. Además, cuando se engendra algo, es engendrado como realidad imperfecta; sin embargo, el Hijo de Dios ha sido engendrado como perfecto: existiendo en la actualidad, existe desde el principio, nació sin un comienzo. De ese modo nacemos nosotros, pasando después de la ignorancia infantil al uso de razón: imperfecto es, oh hombre, tu nacimiento, aunque se produce un crecimiento mediante sucesivos añadidos. Pero en el caso que nos ocupa no pienses nada semejante ni te venga a la mente debilidad alguna del progenitor, (como si dijeses): engendró a alguien imperfecto que, pasando el tiempo, logró la perfección. Al progenitor lo acusas de debilidad al decir que lo que después fue concedido por el transcurso del tiempo no se había dado, según tu parecer, desde el principio.

8. No creas, por tanto, que se trata de una generación humana ni semejante a como Abraham engendró a Isaac. Pues Abraham no engendró a Isaac porque quisiese, sino porque alguien distinto a él se lo concedió. Cuando es Dios y Padre el que engendra, no hay en ello ignorancia ni tampoco deliberación. Y decir que no sabía lo que engendraba es una impiedad grandísima. Decir también que estaba sopesando las circunstancias y que luego comenzó a ser padre es también impiedad de la misma categoría: pues no es que Dios existiese primeramente sin hijos y que después, en un momento determinado, llegase a ser padre, sino que siempre ha tenido al Hijo. Lo engendró, no al modo como los hombres generan a los hombres, sino como lo conoció únicamente él, el que lo engendró antes de todos los siglos como Dios verdadero.

9. Al ser, pues, el verdadero Dios Padre, engendró un Hijo, Dios verdadero, semejante a él. Y no como los maestros tienen discípulos, es decir, tampoco al modo como Pablo dice a algunos: «He sido yo quien, por el Evangelio, les engendró en Cristo Jesús» (I Cor 4,15). Pues quien no era hijo por naturaleza ha llegado a serlo como discípulo. Pero en el caso que nos ocupa se trata de un hijo por naturaleza, de un verdadero hijo. Tampoco como ustedes, los que vais a ser

iluminados, sois hechos ahora hijos de Dios; pues también ustedes sois hechos hijos, pero en adopción por gracia, según lo que está escrito: «A todos los que lo recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Ellos no nacieron de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino que nacieron de Dios» (Jn I, 12-13)11. Y nosotros nacemos ciertamente del agua y del Espíritu (cf. Jn 3,5), pero no es así como Cristo ha nacido del Padre. Recuérdese que en el momento del bautismo la voz dijo: «Este es mi hijo» (Mt 3,17; cf. 17,5), y no: «Este ha sido hecho ahora Hijo mío». Al decir «Este es mi Hijo», declaraba que ya era Hijo antes de realizarse el bautismo.

10. El Padre no engendró al Hijo como la mente genera en los hombres la palabra. Pues en nosotros la mente es algo subsistente, pero la palabra que se pronuncia se pierde en el aire. Nosotros hemos sabido, sin embargo, que Cristo nació no simplemente como una palabra que se pronuncia, sino como Palabra subsistente y viva, no proferida y difundida con los labios, sino engendrada desde el Padre eterno de modo inefable y con una sólida subsistencia12. «En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios» (Jn 1,1), sentado a la derecha (cf. Sal 110,1). Palabra que entiende la voluntad del Padre, Palabra que todo lo construye según su beneplácito, Palabra que baja y asciende (cf. Ef 4,10)13. Pero una palabra, cuando se profiere, no baja y sube al pronunciarla, sino que se expresa diciendo: «Yo hablo lo que he visto donde mi Padre» (Jn 8,38). Es una Palabra llena de autoridad y que ejerce su dominio sobre todas las cosas, pues el Padre ha entregado todo al Hijo (cf. Jn 13,3 y Mt 11,27)14.

11. Lo engendró el Padre, pero no como alguno lo entendió, sino como él solo sabe15. Pues no nos abrevemos a explicar cómo lo ha engendrado. Sólo podemos hablar de cómo no ha sido dicha generación. Es cierto que el Hijo procede del Padre, aunque también toda la naturaleza engendrada o creada. «Pregunta a la tierra y te lo dirá» (Job 12,8 hebr.). Aunque interrogues a todas la cosas que hay sobre la tierra, no te lo podrán decir. Y es que el globo terráqueo no puede explicar quién es su modelador ni su artífice. Y no sólo la tierra lo ignora, sino que también el sol lo desconoce. Pues el sol fue creado el cuarto día sin saber qué había sido creado en los tres días anteriores. Pero quien desconoció lo que se hizo en los tres días anteriores a él, no puede evidentemente decir quien fue el autor. Tampoco lo dirá el cielo, pues éste fue puesto por Cristo, por voluntad del Padre, como si fuese una humareda. Tampoco los cielos de los cielos ni las aguas que están sobre los cielos serán quienes lo cuenten. ¿Por qué, pues, te lamentas, oh hombre, de no saber lo que los mismos cielos ignoran? Y no son sólo los cielos los que ignoran esta generación, sino que incluso no lo saben las criaturas angélicas. Si alguien -suponiendo que fuese posible- subiese al primer cielo y, al observar el lugar de los ángeles que allí habitan16, acercándose, preguntase cómo Dios ha engendrado a su Hijo, tal vez le respondería: Más arriba los hay mayores y más altos que nosotros. Pregúntales a ellos. Sube hasta el segundo y tercer cielo: alcanza, si es que puedes, hasta los tronos y dominaciones, y también los principados y las potestades. Si alguien llegara hasta allí —es imposible—, renunciarían a describirlos, puesto que ni siquiera los habrían explorado.

12. Siempre me he asombrado de la curiosidad de algunos que, opinando temerariamente de cuestiones religiosas, caen en la impiedad. Piensan que los tronos y las dominaciones, creados por Cristo, y además los principados y las potestades17 están sin descubrir, y así intentan averiguar al Creador con mayor curiosidade18. Dime en primer lugar, tú que eres muy atrevido,

qué diferencia hay eritre trono y dominación. Busca entonces las cosas que atañen a Cristo. Dime qué es un «principado» y una «potestad» o qué es un «poder» y un ángel. Indaga entonces con curiosidad al Creador, pues «todo se hizo por él» (cf. Jn 1,3). Pero no quieres interrogar a los tronos y dominaciones o quizá más bien es que no puedes. Y, ¿quién hay que conozca hasta la profundidades de Dios sino el Espíritu Santo (cf. 1 Cor 2,10-11), que es el que habló en las Escrituras? Pero ni siquiera el mismo Espíritu Santo habló en las Escrituras de (I modo de) la generación del Hijo por el Padre. ¿Por qué indagas afanosamente lo que ni el mismo Espíritu Santo describió en las Escrituras? Y si ignoras lo que ha quedado escrito, ¿podrás indagar las cosas que no se han escrito? Muchas son las cuestiones de que trata la Escritura: si lo escrito no podemos abarcarlo, ¿por qué fatigarnos nuestro ánimo con lo que no está escrito? Nos es suficiente con saber que Dios engendró a un único Hijo.

13. No te dé vergüenza confesar tu ignorancia cuando en ella tienes algo de común con los ángeles[19]. Sólo quien engendró conoce a quien engendró, y el que por él ha sido engendrado conoce a su progenitor. Y el que ha engendrado sabe lo que ha engendrado. Y el Santo Espíritu de Dios da testimonio en la Escritura de que el engendrado es Dios sin que haya habido un comienzo. «En efecto, ¿qué hombre conoce lo íntimo del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios» (1 Cor 2,11). «Porque, como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo» (Jn 5,26). Y, además, «para que todos honren al Hijo como honran al Padre» (5,23). Y: «Como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da la vida a los que quiere» (5,21). Y ni el que engendra queda disminuido en nada ni el engendrado carece de cosa alguna (sé que ya he hablado de estas cosas)[20]. Pero es por seguridad nuestra por lo que estas cosas se han repetido con frecuencia. Ni quien engendró tiene padre ni el engendrado tiene hermano. Ni el engendrador se convirtió de este modo en hijo ni el engendrado llegó a ser padre. De un solo Padre ha sido engendrado un Hijo único. No se trata de dos ingénitos ni de dos unigénitos. Sino que sólo hay un Padre ingénito (ingénito es el que no tiene Padre) y hay sólo un Hijo, engendrado eternamente por el Padre: no nacido en el tiempo, sino engendrado antes de los siglos: y que tampoco ha experimentado un crecimiento, sino que ha sido engendrado como actualmente es.

14. Creemos, por consiguiente, en el Hijo unigénito de Dios, nacido del Padre como Dios verdadero[21]. Pues un Dios verdadero no engendra un dios falso, como ya se ha dicho. Ni engendró tras haber deliberado consigo mismo, sino que lo hizo desde la eternidad de un modo mucho más rápido, como es lógico, que nuestras palabras y nuestro pensamiento. Pues nosotros, cuando hablamos en el tiempo, empleamos tiempo, pero, cuando se habla del poder divino, el acto de engendrar está fuera del tiempo. Y, como se ha dicho muy a menudo, no es que llevara al Hijo de la no existencia al ser, ni al que no era lo recibió en adopción; sino que el Padre, que existía desde la eternidad, engendró eterna e inenarrablemente a su Hijo único, que no tenía ningún otro hermano. Tampoco se trata de dos principios, sino que cabeza del Hijo es el Padre[22], que es el principio único. Así pues, el Padre engendró al Hijo como Dios verdadero, llamado «Emmanuel», que, entendiéndolo bien, se traduce como «Dios con nosotros» (cf. Mt 1,23)[23]

15. ¿Quieres darte cuenta de que es Dios el que ha nacido del Padre y que después se ha hecho hombre? Escucha al profeta: «Este es nuestro Dios, ningún otro es comparable a él. El descubrió

el camino entero de la ciencia, y se lo enseñó a su siervo Jacob, y a Israel su amado. Después apareció ella en la tierra, y entre los hombres convivió» (Bar 3,36-38). ¿Crees que Dios, después de la Ley de Moisés no se ha hecho hombre? Acoge también otro testimonio de la divinidad de Cristo acabado de leer: «Tu trono, oh Dios, para siempre jamás» (Sal 45,7). Y para que a propósito de estos pasajes no se pensase que con su venida en carne llegó después, como desarrollándose, a la cima de la divinidad, dice abiertamente: «Por eso Dios, tu Dios, te ha ungido con óleo de alegría más que a tus compañeros». ¿No ves acaso que el Mesías Dios ha sido ungido por Dios Padre?

16. ¿Quieres que se te ofrezca también un tercer testimonio de la divinidad de Cristo? Oye a Isaías que dice: «Los productos de Egipto, el comercio de Kush... vendrán a ti y tuyos serán»; y poco después: «Ante ti se postrarán y te suplicarán: "Sólo en ti hay Dios, no hay ningún otro, no hay más dioses". De cierto que tú eres un Dios oculto, el Dios de Israel, salvador» (Is 45,14-15)24. Ves a Dios Hijo que tiene en sí mismo a Dios Padre. Sólo le falta decir lo que dijo en los Evangelios: «Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí» (Jn 14,11). No dice «yo soy el Padre», sino «yo estoy en el Padre y el Padre está en mí». Y, a su vez, no dijo: «Yo y el Padre soy uno», sino «Yo y el Padre somos uno» (Jn 10,30), para que ni los separemos a uno del otro, ni hagamos mezcla de Padre e Hijo. «Uno», porque es una la dignidad de la divinidad, puesto que es Dios quien engendró a Dios. «Uno» por la prerrogativa del Reino, pues no es que sobre unas cosas reine el Padre y sobre otras el Hijo, como si éste, a semejanza de Absalón25, se alzase contra el Padre. En realidad, el Hijo reina sobre las mismas cosas sobre las que reina el Padre. Son «uno» también porque no hay disonancia alguna o separación, pues no son unos los deseos del Padre y otros los del Hijo. «Uno» porque no son unas las obras de Cristo y otras las del Padre. El ordenamiento de todas las cosas es unitario, ya que el Padre ha actuado a través del Hijo: «Pues él habló y así fue; él ordenó y fueron creados» (Sal 148,5 LXX), dice el salmista. Pero el que dice, dice a quien oye; y quien manda, manda a quien está presente.

17. El Hijo es, por tanto, verdadero Dios, teniendo en sí mismo al Padre, pero no transformado en el Padre: pues tampoco se hizo hombre el Padre, sino el Hijo—digámoslo en verdad y libremente. No padeció por nosotros el Padre, sino que el Padre envió al que padeció por nosotros. Ni tampoco digamos nunca: «Había un tiempo en el cual no existía el Hijo»26. Tampoco admitamos una filio-paternidad, sino que avancemos por el camino regio sin desviarnos a la izquierda o a la derecha. Ni, creyendo honrar al Hijo, le llamemos a éste Padre ni, pensando en tributar honor al Padre, creamos que el Hijo es una de las cosas creadas. Más bien el Padre único sea adorado a través del Hijo único, sin que se «distribuya» la adoración. Predíquese un Hijo único, sentado a la derecha del Padre antes de los siglos, que no ha recibido en el tiempo esto de sentarse con el Padre tras el sufrimiento y como resultado de una evolución, sino que lo posee desde la eternidad.

18. «El que ve al Hijo, ve al Padre»27. Pues en todo es semejante el Hijo a quien lo engendró: vida que procede de vida, luz de luz, poder de poder, Dios de Dios. En nada son diferentes las características de la divinidad en el Hijo, y quien ha sido considerado digno de ver la divinidad del Hijo ha sido llevado con ello a gozar del Padre. Este modo de hablar no es mío, sino del Hijo unigénito: «¿Tanto tiempo hace que estoy con ustedes y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14,9)29. Y, para decirlo más compendiosamente, debemos evitar tanto separar como confundir: no digas nunca que el Hijo es ajeno al Padre ni aceptes a

quienes dicen que el Padre es a veces Padre y a veces Hijo: son afirmaciones extrañas e impías, no testimonios de la Iglesia, pues el Padre permaneció tal aunque hubiese engendrado al Hijo sin sufrir él mismo transformación. Engendró a la Sabiduría (cf. I Cor 1,24), pero él no fue despojado de ella; engendró la fuerzan sin perder con ello su energía. Engendrando a Dios, no fue despojado de su divinidad ni nada perdió quedando disminuido o transformado, ni a su vez el engendrado carece de algo: perfecto es el que engendró y perfecto es el engendrado. Dios es quien engendró y Dios es el que ha sido engendrado, el cual es Dios de todas las cosas y llama Padre a su Dios, sin miedo de decir: «Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios» (Jn 20,17).

19. Pero para que no creas que se trata de una paternidad igual tanto para el Hijo como para las demás criaturas, en las frases que siguen hizo una distinción. Pues no dijo: «Subo a nuestro Padre», de modo que se dedujese una comunidad de las creaturas con el Unigénito; sino que dice: «mi Padre y vuestro Padre». De un modo, mío, por naturaleza; y de otro modo, vuestro, por adopción. Y, a su vez: «A mi Dios y a vuestro Dios». De una forma, Padre mío por vínculo natural y como Hijo unigénito; de otra forma, vuestro como criaturas. Por consiguiente, el Hijo de Dios es verdadero Dios, engendrado de modo inefable antes de todos los siglos. Os repito a menudo todo esto para que se les grabe bien en vuestra mente. Cree ciertamente que Dios tiene un Hijo, pero no tengas mayor curiosidad en el cómo, pues si lo indagas no encontrarás respuesta. No te ensalces a ti mismo, no sea que caigas.

Entrégate simplemente a la meditación de lo que se te confía. Dime quién es en realidad el que engendró y te darás cuenta entonces de qué engendró. Si con el pensamiento no puedes abarcar la naturaleza del que engendra, no escrutes con impaciencia quién es el engendrado.

20. Para la piedad te basta saber que dijimos que Dios tiene un Hijo único: un Hijo engendrado por naturaleza, que no comenzó a existir cuando nació en Belén, sino antes de todos los siglos. Escucha, en efecto, al profeta Miqueas, que dice: «Mas tú, Belén Efratá, aunque eres la menor entre las familias de Judá, de ti me ha de salir aquél que ha de dominar en Israel, y cuyos orígenes son de antigüedad, desde los días de antaño» (Miq 5,1). No pongas tu atención, por tanto, en aquél que entonces nació en Belén, sino adora al que desde la eternidad ha sido engendrado por el Padre. No toleres a quien diga que el Hijo comenzó a existir en algún momento del tiempo, sino que debes reconocer que el Padre es principio sin tiempo, un principio que nada tiene que ver con un Hijo temporal, inabarcable, él por su parte sin principio: en suma el Padre30, fuente del río de la justicia, del Unigénito, a quien engendró como el sólo sabe. ¿Quieres saber que nuestro Señor Jesucristo es también rey eterno? Escúchalo otra vez cuando dice: «Vuestro padre Abraham se regocijó pensando en ver mi Día; lo vio y se alegró» (Jn 8,56). Pero al endurecerse los judíos ante esto, les dijo algo todavía más duro: «Antes de que Abraham existiera, Yo Soy» (8,58). Y, a su vez, dice al Padre: «Ahora, Padre, glorifiicame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese» (Jn 17,5). Claramente lo dijo: Antes que el mundo fuese, yo tenía gloria junto a ti. Y dice a su vez: «... me has amado antes de la creación del mundo» (17, 24).

21. Creamos, por consiguiente, «en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, que nació del Padre como Dios verdadero antes de todos los siglos, y por el cual "todo se hizo" (Jn 1,3)»: «los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades, todo fue creado por él» (Col 1,16), y

ninguna de las cosas creadas está sustraída a su poder. Enmudezca toda herejía que hable de diversos agentes y autores del mundo; conténgase la lengua que azota con blasfemias a Cristo Hijo de Dios; callen quienes dicen que el sol es el Cristo, pues él no es este sol brillante, sino el artífice del sol; enmudezcan quienes dicen que el mundo es obra de los ángeles, pues pretenden invadir lo que es prerrogativa del Hijo único. Tanto las cosas visibles como invisibles, los tronos y dominaciones (cf. Col 1,16), y «todo cuanto tiene nombre», todo ha sido hecho por Cristo. El Hijo reina sobre las cosas que han sido hechas por él, y no cogiendo los despojos de otros sino ejerciendo su señorío sobre sus propias obras, como dijo el evangelista Juan: «Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe» (JUn 1,3). Todo ha sido hecho por él, actuando el Padre a través del Hijo.

22. Querría aducir un ejemplo de lo que se dice, aunque sé que es un ejemplo débil. Pues, ¿cuál de las cosas visibles puede ser un ejemplo idóneo de la invisible potestad divina? Adúzcase, sin embargo, como un ejemplo débil, puesto por un débil a los débiles. Es, pongamos por caso, como si un rey que tiene un hijo que también es rey juntamente con él, y deseando fundar una ciudad, pone ante él una maqueta de la ciudad que ha de construir. El hijo, con la maqueta, llevará a su término el proyecto. Del mismo modo, cuando el Padre quiso hacer todas las cosas, el Hijo fue quien lo realizó todo en obediencia al Padre, de modo que esa obediencia preserva incólume para el Padre la libertad de su poder supremo, pero el Hijo tiene el dominio sobre las cosas que ha hecho: de ese modo ni queda rebajado el dominio del Padre sobre las cosas que ha hecho ni el Hijo obtiene poder sobre cosas hechas por otro, sino sobre las que él mismo ha fundado. Pues no fueron los ángeles quienes fundaron el mundo -de ello ya se ha hablado31-, sino el Hijo unigénito engendrado, como dijimos, antes de todos los siglos. Por él todo fue hecho, sin excluir nada de su actividad creadora. Y todo sea dicho hasta aquí por nosotros por la gracia de Cristo.

23. Volviendo ahora a la confesión de fe, concluyamos ya estas palabras. Todo lo hizo Cristo, los ángeles, los arcángeles, las dominaciones y los tronos. No es que el Padre careciese del poder suficiente para crear por sí mismo, sino que quiso que el Hijo reinase sobre las cosas que había hecho, mostrándole el ordenamiento de las cosas que habían de ser creadas. Pues dice el Unigénito tributando honor a su Padre: «El Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre; lo que hace él, eso también lo hace igualmente el Hijo» (Jn 5,19). Y a su vez: «Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo» (Jn 5,17). No existe contradicción entre las actuaciones de ambos. «Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío» (Jn 17,10), dice el Señor en el Evangelio. Esto puede conocerse con claridad, tanto desde el Antiguo como desde el Nuevo Testamento. Pues el que dice: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén 1,26), es que se estaba dirigiendo a alguien que estaba a todas luces presente. Pero quien más claramente habla (en este sentido) es el salmista, que dice: «El lo dijo, y existió; él lo mandó, y fueron creados»32, como si el Padre mandase y dijese, y el Hijo todo lo ejecutase según sus deseos. Esto lo dijo, en sentido místico, también Job: «El sólo desplegó los Cielos y holló la espalda de la Mar (Job 9,8), queriendo decir con ello a los inteligentes que quien, estando aquí, caminaba sobre el mar era el que anteriormente había hecho los cielos33. Y, por su parte, el Señor dice: «¿Fuiste tú34 quien tomó la tierra como barro e hiciste un ser viviente a quien, dotado de la facultad de hablar, lo pusiste sobre la tierra?» (Job 38,14 LXX). Y, un poco más abajo: «¿Se te han mostrado las puertas de la Muerte? ¿Has visto las puertas del país de la

Sombra? (38,17). Con ello declara que el que, por su bondad, descendió a los infiernos es quien desde el principio hizo al hombre del barro.

24. Cristo es, por consiguiente, Hijo unigénito de Dios y autor del mundo. Pues «en el mundo estaba, y el mundo fue hecho por él» (Jn 1,10). Y «vino a su casa» (1,11), como nos enseña el Evangelio. Cristo no es autor, en unión con el Padre, sólo de las cosas que se ven, sino también de las que no se ven. Pues «en él, según el Apóstol, fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por él y para él, él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia» (Col 1,16-17). Incluso si te refieres a los siglos35, el autor de éstos, en obediencia al Padre, es también Jesucristo, pues «en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos» (Hebr 1,2). Al cual sea la gloria, el honor y el poder, con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

....

1. Hasta Hebr 1,4 el texto reza: «... a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos; el cual siendo resplandor de su gloria e impronta de su sustancia, y el que sostiene todo con su palabra poderosa, después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, con una superioridad sobre los ángeles tanto mayor cuanto más les supera en el nombre que ha heredado». De todo esto. que forma como el prólogo de la carta a los Hebreos, parece tomar pie la presente catequesis para hacer una exposición sobre la generación eterna, desde el Padre, del Logos, Palabra de Dios que se nos ha dirigido de un modo más definitivo que los Profetas. La identidad de naturaleza entre el Hijo y el Padre confiere también a esta catequesis una clarísima impronta antiarriana a base de una gran fidelidad al sentido del Símbolo de la fe.

2. Cf. cat. 16, núm. 13.

3. El evangelio de Mateo, que distribuye de un modo casi didáctico sus diversas secciones, coincide con Mc y Lc en que este episodio de la «profesión de fe» es como una piedra miliar en medio de la narración evangélica. Han disminuido los contactos de Jesús con las masas que le han estado siguiendo en el primer periodo de su actividad pública, pero Mt 16,13-17 (dejando aparte la cuestión del primado en 18-20) es la primera expresión inequívoca, de parte de los apóstoles, de la realidad de Jesús como Hijo. Quizá es interesante señalar que Jesús se dedicará a partir de ahora más intensamente a la formación del grupo de los apóstoles. Ello se echa de ver con bastante claridad en numerosos pasajes de los cáps. 18-20 de Mateo. Por otra parte, el reconocimiento de Jesús como Hijo de Dios va unido al «primer anuncio» de la Pasión (Mt 16,21: «Desde entonces...») y a la explicación de que quien es discípulo de Jesús sigue un camino semejante al suyo (16,24-26), aunque en la transfigurarión (17,1-8) se ofrece una prefiguración de la resurrección.

4. Cf. Gén. 49,4, que hace alusión al incesto mencionado en 35,22.

5. El paralelismo parece literariamente algo forzado. La comparación, sin embargo, parece establecerse entre Rubén, que ha actuado mal con su padre, e Israel, que según la parábola de los viñadores homicidas, ha rechazado al Hijo enviado por el Padre (cf Mt 21,33-46). Con raspecto al texto original de la catequesis debe decirse, sin embargo, que los códices son aquí algo confusos (cf. PG 33,695, nota 2).

6. Según la aplicación que de este texto hace Jn 10,34-35 («Si llama dioses a aquellos a quienes se dirigió la Palabra de Dios —y no puede fallar la Escritura—, a aquél a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo, ¿cómo le decís que blasfema por haber dicho: "Yo soy Hijo de Dios"?»), se utiliza más bien una parte de Sal 82,6 para resaltar el rechazo que los judíos hacen de Cristo. Gran parte de este párrafo y de la presente catequesis se mueven en el contexto del siempre posible rechazo de Jesús Mesías Hijo de Dios.

7. No es que comenzara a ser Hijo de Dios en un momento determinado, sino que lo es desde siempre.

8. La naturaleza humana y la debilidad humana de la carne en la «encarnación» (cf Jn 1,14, completándolo, por ejemplo, con 2 Cor 8,9b y Hebr 2,14-15).

9. La frase, adaptada de Is 53,8, responde bien al curso de las ideas de Cirilo, pero se adapta mal al texto hebreo profético, que más bien expresando el rechazo del Siervo, debe traducirse: «de sus contemporáneos, ¿quién se preocupa?». Cf. la nota correspondiente de la Biblia de Jerusalén.

10. La catequesis desarrolla de aquí al final, con una extraordinaria prolijidad, todo lo que puede decirse sobre la generación eterna del Hijo por el Padre. También se menciona, por ejemplo, la intervención del Hijo en la creación de los ángeles, los Tronos, Dominaciones, etc., y, en general de acuerdo con Col 1,15-20, su acción en la creación del universo, (cf. especialmente el núm. 12 y la nota 17). Estas ideas, ampliamente expuestas, abarcan hasta el final de la catequesis, razón por la que se suprimen los epígrafes. El hecho de que la exposición sea repetitiva es probabitmente la razón por la que en la edición de Fr. Albino Ortega sólo se recogen los cinco primeros párrafos. No obstante, tiene interés la reproducción completa, pues se trata de un excelente testimonio de la ortodoxia eclesiástica siguiendo las huellas del Concilio de Nicea. Permite así ver la identidad de naturaleza entre el Hijo y el Padre.

11. De Jn 1,13 se prefiere la posible lectura en plural del texto original («Ellos... nacieron... nacieron...»), simplemente porque está más en consonancia con el decurso de las ideas.

12. Se traduce como subsistencia el griego «hypóstasis» (que equivaldría al término latino filosófico «suppositum»). Es algo así como «lo que sub-yace en el fondo» e indica una idea de consistencia propia, que es lo que ha permitido la distinción de tres hipóstasis o sub-sistencias en Dios y que en la tradición latina occidental han sido denominadas personas. Así se habla de tres personas distintas en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

13. Ef 4,10 debe verse en el contexto de al menos 4,7-10 (o 7-13), como la acción de Cristo repartiendo sus dones al descender a la miseria humana y retornar a la gloria del Padre. Un

examen atento de todo el texto permite relacionar la encarnación y la redención de los hombres con el enriquecimiento gratuito de éstos a través de los dones y carismas.

14. Jn 13,3: «... sabiendo que el Padre le había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía». Se remachan con este texto las ideas de procedencia del Padre así como «salir» «volver» (o el «bajar» «subir» anteriores), todo ello como expresión muy intensa de la unión del Hijo con el Padre, Mt 11,27, formando parte de lo que los exegetas han calificado a veces de lógion joánico'" insiste en una idea semejante: «Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar».

15. Vid. la nota anterior.

16. Además de dar por válida la imagen del universo que considera real una pluralidad de cielos, se entiende aquí como un supuesto que los ángeles habitarían los distintos niveles de ese firmamento. Son formas de hablar en las que la afirmación válida es que no se conoce ni nadie sabe cómo se da exactamente la generación del Hijo por el Padre.

17. Cf. para esto (también en el anterior núm. 11) Col 1,16, en el contexto de lo que es la composición de 1,15-20. Los vv. 15-17 son especialmente importantes para señalar a Cristo en el acto de la creación:

«El es Imagen de Dios invisible,
Primogénito de toda la creación,
porque en él fueron creadas todas las cosas,
en los cielos y en la tierra,
las visibles y las invisibles,
los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades:
todo fue creado por él y para él,
él existe con anterioridad a todo
y todo tiene en él su consistencia».

Vid. Ef 1,10: «volver a hacer que todo tenga a Cristo por cabeza» (anakefalaiósasthai, re-capitulari); 1 Cor 8,6b. Cf. la interesante nota de la Biblia deJerusalén (ed. revisada de 1988) a Col 1, 15 ss. sobre la primacia de Cristo y su acción causativa en el orden de la creación y de la redención del universo.

18. Cirilo parece acusarles de oscuras especulaciones que no aclaran la sencillez del acto creador de Dios en Cristo.

19. Cf cat. 6, núm. 6.

20. Vid. más arriba el párr. 7, cat. 10, núm. 9.

21. Como Dios verdadero es una expresión claramente antiarriana para subrayar la identidad de naturaleza entre el Hijo y el Padre. Más detalles en PG, 33,708, nota 3.

22. Cf. I Cor 11,3: «... y la cabeza de Cristo es Dios».

23. Cf. Is 7,14.

24. De estos versículos se ha preferido una vez más la versión de la Biblia de Jerusalén.

25. Para la historia de Absalón, cf. 2 Sam 15-19.

26. Esta expresión es típicamente arriana. Se encuentra transmitida por Atanasio y expresaría el comienzo de la existencia del Hijo en el tiempo. Con ello se defendería una inferioridad del Hijo al Padre y, en último término, una subordinación a él. Una exposición de la complicada historia de la cristología, en P. SMULDERS, Desarrollo de la cristología en la historia de los dogmas y en el Magisterio eclesiástico, en Mysterium Salutis, t. III, Madrid 1980, esp. 344 ss.

27. Es tal vez una adaptación de Jn 14,9: «El que me ha visto a mi ha visto al Padre». Jn 14,9c-11, sobre todo, en todo su amplio contexto, es muy ilustrativo de la realidad y las relaciones Padre-Hijo.

28. Cf. la nota anterior. Vale la pena de nuevo tener en cuenta el contexto fuertemente cristocéntrico representado por Jn 14,6-12 dentro del «testamento» de Jesús.

29. Cf. ibid.: «... para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios». En 1 Cor 1,30, esbozando tal vez Pablo lo que será el programa de su posterior Carta a los Romanos, dirá: «De él les viene que estéis en Cristo Jesús, al cual hizo Dios para nosotros sabiduría de origen divino, justicia, santificación y redención».

30. En la tradición teológica y en el Magisterio eclesiástico, el Padre ha sido llamado «principio sin principio», mientras que el Hijo ha sido calificado como «principio de principio». Ver, por ejemplo, la Bula Cantate Domino, del concilio de Florencia, año 1442, párr. 2 (Denzinger-Schönmetzer, núm. 1.331).

31. Se ha hecho alusión a ello en el núm. 21.

32. El «hagamos» de Gén 1,26 se interpreta como del agente plural Padre e Hijo, y en la cita que aquí se hace se entiende «éI lo mandó» como que el Padre «mandó» al Hijo que crease. En cualquier caso se entienden ambos textos como una intervención directa del Hijo en la creación, que es lo que aquí interesa a Cirilo subrayar.

33. Posiblemente quiere decir Cirilo: el mismo Jesús que, en los evangelios, camina sobre el agua del mar (Mt 14,25 par) es el que había intervenido también en la creación de los cielos.

34. Dirigiéndose irónicamente al hombre.

35. La expresión puede traducirse por «los siglos», literalmente «eones», de acuerdo con el griego. Puede, por tanto, designar también las «edades» del mundo, las eras y las épocas.

CATEQUESIS XII

LA ENCARNACIÓN DE CRISTO

Pronunciada en Jerusalén, sobre lo de «se encarnó y se hizo hombre». Se parte del pasaje de Isaías: «Volvió Yahvé a hablar a Ajaz diciendo: "Pide para ti una señal de Yahvé tu Dios..." (7,10-11), y: "He aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel"» (7,14), etc.1

El Hijo de Dios se ha hecho hombre

1. Como alumnos de la pureza y discípulos de la prudencia, celebremos con labios castos al Dios nacido de la Virgen. Quienes nos consideramos dignos de alimentarnos del cordero racional2, comamos de él tanto la cabeza como las patas3, significando la divinidad mediante la cabeza y la humanidad mediante las patas. Los que escuchamos los Evangelios oigamos al teólogo Juan, que tras escribir: «En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios» (Jn I,1), añadió después: «Y la Palabra se hizo carne» (1,14). Tampoco se debe adorar a un simple hombre4 ni tampoco a sólo Dios sin hacer referencia a la humanidad. Pues si Cristo es Dios, como sucede en realidad, pero no asume la naturaleza humana, no tenemos la salvación. Adóresele, por consiguiente, como Dios, pero créase también que se ha revestido de la naturaleza humana. Tampoco es aceptable que se le llame hombre dejando aparte la divinidad ni lleva a la salvación separar la humanidad de la confesión de la divinidad. Reconozcamos la presencia del rey y del médico. Jesús es rey que aportará salvación ciñéndose con el lienzo de la humanidad y tras haber sanado lo que estaba enfermo. Como perfecto maestro de niños, se ha hecho niño con ellos «para enseñar a los simples la prudencia» (Prov 1,4). El pan del cielo ha descendido a la tierra para alimentar a los que tienen hambre.

No rechazar a aquél en quien se cumple la profecía de la encarnación

2. Pero los judíos, cuando rechazan a aquel que ha venido, esperan a aquel que ha de venir con dureza: ellos repudiaron a Cristo, pero acogerán, inducidos a error, al impostor que venga. Así se hará verdadera la palabra del Salvador: «Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viene en su propio nombre, a ése le recibiréis» (Jn 5,43). Sería estupendo hacer esta pregunta a los judíos: ¿dice verdad o mentira el profeta Isaías cuando señala que el Emmanuel nacerá de una virgen? (cf. Is 7,14). No es de extrañar que lo acusen de mentiroso, pues es costumbre para ellos no sólo acusar a los profetas de mentir, sino incluso lapidarlos. Ahora bien, si el profeta dijo la verdad, señalad quién es el Emmanuel. Más todavía: el que ha de venir, y al que esperáis, ¿ha de nacer de una virgen o no? Si no nace de una virgen argüís al profeta de falsedad. Y si esperabais que ello sucediera en el futuro, ¿por qué lo rechazáis cuando ya se ha cumplido?

Verdadera humanidad plena y concepción virginal de Cristo

3. De su error serán sacados los judíos cuando lo permitan5, y será glorificada la Iglesia de Dios, pues nosotros acogemos verdaderamente al Dios que es Palabra hecha hombre. Esto ha sucedido, no por la voluntad de hombre y de mujer, como dicen los herejes, sino que se ha hecho hombre de una virgen y por el Espíritu Santo, como dice el Evangelio. Y no en apariencia, sino en verdad. Y me gustaría que te dieras cuenta de que ahora es el tiempo de transmitir la doctrina de que él ha recibido la naturaleza humana de una virgen. Ahora recibirás las pruebas de esta realidad. El error de los herejes es múltiple, pues éstos negaron de modo total que él hubiera nacido de una virgen6; otros concedían la realidad de su nacimiento, pero no de una virgen, sino de la unión de un hombre y una mujer. Otros dicen que no es el Mesías Dios quien se ha hecho hombre, sino un hombre deificado7. Estos se atrevieron a decir que no una Palabra preexistente se hizo hombre, sino que fue coronado (como Dios) un hombre con méritos propios8.

Haremos frente a las objeciones

4. Pero tú acuérdate de las cosas que ayer se dijeron sobre la divinidad. Cree que el Hijo unigénito de Dios es el que a su vez ha nacido de la Virgen. Cree al evangelista Juan cuando dice: «La Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros. Es realmente Palabra eterna, engendrado del Padre antes de todos los siglos, aunque en el tiempo ha tomado carne por causa nuestra. Muchos están en contra de esto y dicen: ¿Qué es lo que ha pasado tan grave para que Dios descendiese hasta lo humano? A lo que puede decirse: «Después apareció ella9 en la tierra, y entre los hombres convivió» (Bar 3,38). O bien (se plantean): ¿es posible que una virgen dé a luz sin un hombre? Al encontrarnos, pues, que se nos contradice ampliamente y que se nos presenta batalla en diversos frentes, se hace preciso que aniquilemos todo ello mediante la gracia de Cristo y mediante los discursos que aquí ofrecemos.

El Hijo asumió la carne de la más excelente de las criaturas

5. Preguntémonos, en primer lugar, por qué vino Jesús. Y no repares en mis razonamientos, a los que quizá podría contradecirse mediante sofismas. Ahora bien, si no aceptas los testimonios de los profetas acerca de cada una de estas cosas, no creerás en lo que digamos. Si no aprendes por las Escrituras lo referente a la Virgen, al lugar, al tiempo y al modo, tampoco recibas testimonio de hombre alguno10. Pues sobre éste que ahora está aquí y les instruye puede recaer alguna sospecha, pero sobre el que pronunció las profecías, hace mil años e incluso más tiempo, ¿quién puede tener reticencias si está en su sano juicio? Por tanto, si buscas la causa de la venida de Cristo, acude simplemente al primer libro de la Escritura. En seis días hizo Dios el mundo. Pero éste existe para el hombre. Resplandezca el sol con sus fulgores espléndidos: fue hecho para que luzca en favor del hombre. Todos los animales fueron hechos para nuestro servicio; y las hierbas y los árboles fueron creados para que los utilizásemos. Son todas criaturas buenas11, pero ninguna de ellas es imagen de Dios excepto únicamente el hombre. Una simple orden hizo el sol, mientras que el hombre fue formado por las manos de Dios: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como nuestra semejanza» (Gén 1,26)12. Y si se tributa honor a la imagen de madera de un rey terreno, ¿cuánto más deberá hacerse con la imagen de Dios? Pero ésta, la más excelsa de las criaturas de Dios, que estaba feliz en el paraíso, fue expulsada de allí por la envidia del diablo (Gén 3,23-24; Sab 2,24). Feliz se encontraba el enemigo al ver postrado a aquel a quien había envidiado. ¿Querrás tú acaso ser como ese enemigo que se alegraba?

Este no se había atrevido a acercarse al hombre a causa de su tuerza, pero sí, por ser más débil, se dirigió a la mujer cuando ésta todavía era virgen. Fue después de su salida del paraíso cuando «conoció el hombre a Eva, su mujer» (Gén 4,1) .

El pecado se había extendido por la tierra

6. Sus sucesores en la progenie humana fueron Caín y Abel, y Caín fue el primer homicida. Más tarde tuvo lugar el diluvio a causa de la multiplicación de la maldad de los hombres13. Un fuego del cielo cayó sobre los habitantes de Sodoma a causa de su impiedad (cf. Gén 19). En épocas posteriores Dios eligió a Israel, pero también éste cayó en la perversión y el pueblo elegido quedó herido de muerte: Moisés se encontraba en el monte ante Dios, y el pueblo, en lugar de a Dios, adoró a un becerro (Ex 32,1-6). Mientras que en la ley de Moisés se decía: «No cometerás adulterio» (Ex 20,14), un hombre se atrevió a pecar entrando en un lugar de prostitución (cf. Núm 25,1-9). Posteriormente a Moisés, fueron enviados profetas que cuidasen de Israel. Pero cuando éstos traían la medicina, se lamentaban vencidos por la fuerza de la enfermedad, de tal manera que alguno de ellos clamaba: «¡Ay de mí, que ha desaparecido de la tierra el fiel, no queda un justo entre los hombres!» (Miq 7,2); o también: «Todos están descarriados, en masa pervertidos. No hay quien haga el bien, ni uno siquiera» (Sa 14,3). Y, a su vez: «Tiene pleito Yahvé con los habitantes de esta tierra, pues no hay fidelidad ni amor, ni conocimiento de Dios en esta tierra; sino perjurio y mentira, asesinato y robo, adulterio y violencia, sangre que sucede a sangre» (Os 4,1-2). Y: «Sacrificaban sus hijos y sus hijas a los demonios» (Sal 106,37). Se ocupaban con hechicerías sagradas y con la vanidad de sus vergüenzas. Así dice: «Sobre ropas empeñadas se acuestan junto a cualquier altar» (Am 2,8; cf. Dt 24,12-13).

Gravedad del pecado

7. Muy grande era la herida de la humanidad. Desde los pies hasta la cabeza nada había íntegro en ella. No había lugar ni para una gasa ni para aceite ni para unas vendas. Después, entre lamentos y fatigas, decían los profetas: «¿Quién traerá de Sión la salvación de Israel?» (Sal 14,7). Y, por otra parte: «Esté tu mano sobre el hombre de tu diestra, sobre el hijo de Adán que para ti fortaleciste, ya no volveremos a apartarnos de ti». (Sal 80,18-19a). Y otro profeta suplicaba diciendo: «¡Yahvé, inclina tus cielos y desciende!» (Sal 144,5). Las heridas de los hombres son más fuertes que nuestros remedios. «Han derribado tus altares y han pasado a espada a tus profetas» (1 Re 19,10). No es posible evitar el mal; para evitarlo, haces falta tú14.

Dios viene a los hombres, aunque no se le acoja

8. El Señor escuchó esta súplica de los profetas: el Padre no se desentendió de nuestra estirpe en camino hacia la destrucción y envió desde el cielo a su Hijo como Señor y como médico. Dice uno de los profetas: «Enseguida vendrá a su Templo —el lugar donde lo lapidasteis— el Señor a quien ustedes buscáis» (Mal 3,1)15. Después, oyendo esto otro de los profetas, le dice: «Si anuncias que Dios viene para la salvación, ¿hablas de modo oculto?»: «Súbete a un alto monte, alegre mensajero para Sión; clama con voz poderosa, alegre mensajero para Jerusalén, clama sin miedo. Di a las ciudades de Judá: "Ahí está vuestro Dios. Ahí viene el Señor Yahvé con poder"» (Is 40,9-10). Pero, por otra parte, el Señor mismo dice: «He aquí que yo vengo a morar dentro de

ti, oráculo de Yahvé. Muchas naciones se unirán a Yahvé aquel día» (Zac 2,14-15). Pero los israelitas rechazaron la salvación que les ofrecí: «Vengo a reunir a todas las naciones y lenguas» (Is 66,18), pero «vino a su casa, y los suyos no lo recibieron» (Jn 1,11). Y, cuando vienes, ¿qué es lo que les das a los gentiles: «Vengo a reunir a todas las naciones... Pondré en ellos señal» (Is 66,18-19). Pues, por mi combate en la cruz, a cada uno de mis soldados les daré una señal para tenerla en la frente16, y otro profeta dijo: «El inclinó los cielos y bajó, un espeso nublado debajo de sus pies» (Sal 18,10). Pero el que bajó de los cielos permaneció ignorado de los hombres.

Estaba previsto el nacimiento del Mesías

9. En otro momento, Salomón, oyendo a su padre David hablar de estas cosas, tras haber construido aquel templo admirable, y viendo de lejos al que tenía que venir a él, dice: «¿Es que verdaderamente habitará Dios con los hombres sobre la tierra?» (1 Re 8,27). La respuesta de David, en un salmo dedicado a Salomón, era afirmativa: «Caerá como rocío sobre el vellón» (Sal 72,6)17. Rocío, a causa de su origen celeste; sobre el vellón, por tratarse de la humanidad. Y el rocío cae sobre el vellón silenciosamente, de modo semejante a como los Magos, ignorantes del misterio de la Natividad, dijeron: «¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?» (Mt 2,2), y un Herodes turbado por aquel que había nacido indagaba y se informaba «del lugar donde había de nacer el Cristo» (2,4).

Signos de humildad del Mesías victorioso

10. ¿Y quién es el que vino? Dice en lo que sigue18: «Durará tanto como el sol, como la luna de edad en edad» (Sal 72,5). Dice a su vez otro de los profetas: «¡Exulta sin freno, hija de Sión, grita de alegría, hija de Jerusalén! He aquí que viene a ti tu rey, justo él y victorioso» (Zac 9,9). Muchos son los reyes. ¿A quién te refieres, profeta? Danos una señal que no tengan los otros reyes. Si te refieres a un rey vestido de púrpura, ya hay otros que tienen este privilegio en el vestido. Si se trata de que está rodeado de una escolta de soldados o que va sentado en carros dorados, también estos distintivos los tienen otros. Danos un signo propio de este rey cuya venida anuncias. Responde el profeta diciendo: «He aquí que viene a ti tu rey: justo él y victorioso, humilde y montado en un asno, en un pollino, cría de asna» (ibid.), pero no en carros. Aquí está la señal única y singular del rey que llega19. Jesús es el único entre los reyes que, montando un asna que todavía no ha llevado ninguna carga, entra en Jerusalén entre aclamaciones como un rey. ¿Y qué hace este rey al llegar?: «Y tú en la sangre de la alianza sacaste a los prisioneros del lago que no tenía agua» (Zac 11,11).

En el mismo lugar donde se dan las catequesis fue crucificado el Mesías

11. Era, desde luego, verosímil que fuese sentado en un pollino. Pero darnos más bien un signo acerca de sobre qué se apoya este rey que ahora viene. No ofrezcas un signo que esté lejos de la ciudad, no sea que no nos demos cuenta. Muéstranos un signo muy visible a los ojos para que, incluso estando en la ciudad, lo veamos aquí mismo. A esto responde el profeta diciendo: «Se plantarán sus pies aquel día en el monte de los Olivos que está enfrente de Jerusalén, al oriente» (Zac 14,4). ¿Acaso hay alguien que no vea este lugar, aun estando dentro de la ciudad?20.

Los signos mesiánicos de los milagros y del juicio de los ancianos del pueblo

12. Tenemos dos signos, pero queremos ver un tercero. Di qué ha de hacer el Señor cuando venga. Dice otro profeta: «Mirad que vuestro Dios viene vengador, es la recompensa de Dios, él vendrá y les salvará. Entonces se despegarán los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces saltará el cojo como ciervo, y la lengua del mudo lanzará gritos de júbilo» (Is 35,4-6). Dígasenos también otro testimonio. Dices, profeta, que ha de venir el Señor realizando signos como nunca se habían hecho (cf.Jn 15,24a). ¿De qué otra forma dices que se ha manifestado?: «El Señor entra en el juicio de los ancianos de su pueblo y de sus jefes» (Is 3,14). Este es el signo principal: el Señor es juzgado y tiene que soportarlo, por sus siervos, los ancianos.

Alusión al miedo a ver a Dios directamente

13. Al leer esto los judíos, no se dan cuenta; los oídos de su corazón se han cerrado para no oír. Pero creamos nosotros en Jesucristo «que vino en la carne y se hizo hombre» y al que, de otro modo, no lo hubiéramos podido percibirá21. Al no poder nosotros ver a Dios como él es ni gozar de él, se hizo lo que nosotros somos para que tuviésemos así la capacidad de disfrutarlo. Pues si no tenemos capacidad para ver perfectamene el sol, que fue hecho el cuarto día, ¿podremos ver a Dios, su autor? El Señor descendió en el fuego sobre el monte Sinaí, pero el pueblo no soportaba verlo, sino que «dijeron a Moisés: Habla tú con nosotros, que podremos entenderte, pero que no hable Dios con nosotros, no sea que muramos» (Ex 20,19). Y, por otra parte: «¿Qué hombre ha oído como nosotros la voz del Dios vivo hablando de en medio del fuego, y ha sobrevivido? (Dt 5,2). Pues si oyes la voz de Dios, él está llamando a la muerte22 y, si te das cuenta de que es Dios mismo, ¿cómo no habrá de atraer él la muerte? ¿De qué te asombras «si el mismo Moisés dijo: "Espantado estoy y temblando"» (Hebr 12,31)23?

Dios se hace hombre para ser mejor entendido

14. ¿Qué querrías, pues? ¿Que aquel que vino para la salvación se convierta para nosotros en causa de muerte porque no podríamos soportar su presencia? ¿No será mejor que él adapte su gracia a nuestra capacidad? Daniel no soportaba la presencia del ángel, y tú, ¿soportarías la visión directa de los ángeles del Señor? Cuando se apareció Gabriel, cayó al suelo Daniel (cf. Dan 10,9). ¿Cómo era y cuál era el aspecto del que se aparecía?: «Su rostro era como el aspecto del relámpago, sus ojos como antorchas de fuego» (no dice «como horno de fuego»), «y el son de sus palabras como el ruido de una multitud» (10,6), pero no como el de «doce legiones de ángeles» (cf. Mt 26,53). Sin embargo, el profeta se postró en tierra y, acercándose el ángel, dijo: «No temas, Daniel», ponte en pie y levanta tu ánimo, que «fueron oídas tus palabras» (cf. Dan 10,12). Y dice Daniel: «Me levanté temeroso»24. Sin embargo, no le respondió hasta que una mano le tocó (cf. 10,10). Y después de que el que se aparecía se transformó en lo que se veía como un hombre, entonces comenzó Daniel a hablar. ¿Y qué es lo que dijo?: Señor, al verte a ti, se han revuelto mis entrñas. No habrá en mí fortaleza, pues tu hálito no se quedó en mí. Si la visión del ángel arrebató al profeta su voz y su fuerza, ¿permitiría un respiro la aparición del mismo Dios? Y, dice la Escritura, hasta que lo vio con aspecto de hombre, no tuvo lugar en Daniel una nueva creación. Por tanto, una vez demostrada por experiencia nuestra debilidad, el Señor asumió lo que era preciso en bien del hombre. En efecto, el hombre estaba deseoso de oír

hablar a alguien semejante a él. De esa naturaleza de similares cualidades se revistó el Salvador para que así los hombres fuesen enseñados con mayor facilidad.

El Hijo se hace carne para salvar al hombre

15. Pero hay también otra razón. Cristo vino para ser bautizado y santificar así el bautismo. Vino para obrar milagros andando sobre las aguas del mar (cf. Mt 14,25). Pero, antes de su venida en carne, «lo vio el mar y huyó, retrocedió el Jordán», (Sal 114,3): el Señor asumió un cuerpo que se sostenía en el mar y al que el Jordán acogió con temor. Y esto es una razón. Pero hay otra más: por medio de la virgen Eva apareció la muerte. Era, pues, oportuno que por medio de una virgen, o más bien proviniendo de una virgen, brotase la vida, para que, como a aquella la engañó la serpiente, a ésta Gabriel le trajese la buena noticia. Los hombres, al abandonar a Dios, fabricaron imágenes de forma humana. Pero, puesto que se adoraba engañosamente como Dios a una ficción de apariencia humana, Dios se hizo verdaderamente hombre para deshacer el engaño. El diablo usaba contra nosotros del instrumento de la carne. Consciente de ello, Pablo dice: «Advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza...» (Rm 7,23). Pero con las mismas armas con que el diablo nos combatía, con esas mismas hemos sido salvados. El Señor tomó de nosotros lo que es semejante a nosotros, para llevar la salvación a la naturaleza humana. Asumió nuestra semejanza para conceder una mayor gracia a lo que se encontraba en situación deficiente y para que la naturaleza humana pecadora se hiciese partícipe de Dios. «Donde abundó pecado, sobreabundó la gracia» (Ro». 5,20). Convenía que el Señor padeciera por nosotros, y el diablo no se habría atrevido a acercarse a él si lo hubiese conocido: «pues de haberla conocido[23], hubieran crucificado al Señor de la gloria» (I Cor 2,8). Por tanto, el cuerpo fue arrojado a la muerte para que, cuando el dragón creía que él lo devoraría, en realidad vomitaría incluso a los que ya había devorado[26]. «Consumirá a la muerte definitivamente. Enjugará el Señor Yahvé las lágrimas de todos los rostros...» (Is 25,8).

La encarnación es el cumplimiento de la Ley y los Profetas

16. Pero, ¿acaso Cristo se hizo hombre en vano? ¿Son nuestras enseñanzas fruto de la charlatanería y falacias del ingenio humano? ¿Es que no son las Sagradas Escrituras nuestra salvación? ¿Es que no lo son las predicciones de los profetas? Se me ha encomendado que este depósito[27] lo guarde inmóvil y que nadie te mueva de él. Cree que Dios se ha hecho hombre. Y realmente se demostró que fue posible que él se hiciese hombre. Y si los judíos rechazan creer más allá de su propia fe, pongámonos de acuerdo con ellos en esto: ¿Qué anunciamos de nuevo cuando decimos que Dios se ha hecho hombre si ustedes mismos decís que Abraham dio hospedaje al Señor (cf. Gén 18,3). ¿Predicamos de modo insolente cuándo Jacob dice: «He visto a Dios cara a cara, y tengo la vida salva» (Gén 32,31). El mismo Señor que comió con Abraham (Gén 18,8) es el que comió con nosotros. ¿Qué decimos, pues, de inusual? Tenemos también dos testigos que en el monte Sinaí estuvieron junto al Señor: Moisés estuvo en la hendidura de la roca (Ex 33,21-23) y Elías también en la entrada de la cueva (I Re 19,9). Ambos estuvieron presentes cuando él se transfiguró en el monte Tabor y señalaban a los discípulos la partida que él habría de realizar en Jerusalén (Lc 9,30-31)[28]. La encarnación fue posible, como anteriormente se demostró. Sobran ahora más demostraciones, que pueden dejarse a la curiosidad de los estudiosos.

El Salvador vino durante la dominación romana en Palestina

17. Por lo demás, les habíamos prometido que en nuestras palabras daríamos cuenta del lugar y el tiempo de la venida del Salvador. Y no debemos terminar como reos de una falsa promesa, sino que deberemos despedirnos de ustedes dejándoos suficientemente protegidos como candidatos de la Iglesia. Indaguemos, por tanto, el tiempo en que vino el Salvador, puesto que su venida está aún reciente, aunque alguien lo niegue. Además, ayer como hoy, Jesucristo es el mismo, y lo será siempre» (Hebr 13,8). Moisés dice proféticamente: «Yo les suscitaré, de en medio de sus hermanos, un profeta semejante a ti» (Dt 18,18)29. Dejemos de momento el «como yo», que se explicará en su lugar. Pero, ¿cuándo llegó aquel profeta esperado? Acude, dice, a las cosas que yo he escrito. Investiga en la profecía de Jacob a Judá: «A ti, Judá, te alabarán tus hermanos» (Gén 49,8), y, un poco más abajo, por no recitarlo todo: «No se irá de Judá el báculo, el bastón de mando de entre tus piernas, hasta tanto que se le traiga el tributo y a quien rindan homenaje las naciones» (Gén 49,10)30. Un signo de la venida de Cristo fue que los judíos perdieron su independencia. Si no hubieran estado en esa época sometidos a los romanos, Cristo no habría venido. Si hubieran tenido un príncipe del linaje de Judá y de David, tampoco habría venido el esperado. Siento reparo incluso en mencionar sus propias instituciones, lo que se refiere a los patriarcas y a su linaje, temas que dejo gustosamente a quienes los conocen. Ahora bien, el que viene como deseado de las naciones, ¿qué señal trae consigo? Dice inmediatamente después: «ata a la vid su borriquillo». Te das cuenta de que es el pollino del que ya Zacarías (9,9) habló elocuentemente.

Todo sucederá en los días de un gran imperio

18. Pero buscas también otro testimonio acerca de la época. El (el Señor) me ha dicho: «Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy» (Sal 2,7). Y, un poco más abajo: «Con cetro de hierro los quebrantarás»31. Dije ya en otra ocasión que se llama vara de hierro al imperio Romano32. En lo que queda de él podemos reflexionar a propósito de Daniel. Pues, describiendo e interpretando a Nabucodonosor la imagen de la estatua, le explica también toda la visión de la misma (Dn 2,27-45; cf. 46-49) y anuncia que la piedra, que se ha desprendido del monte «sin intervención de mano alguna» (3,34), dominará sobre todo el orbe. Habla también con toda claridad de este modo: «En tiempo de estos reyes, el Dios del cielo hará surgir un reino que jamás será destruido, y este reino no pasará a otro pueblo» (3,44)33.

Más detalles sobre la época de la venida del Mesías

19. SEMANAS-AÑOS/DANIEL: Pero buscamos una exposición todavía más clara de la época de su venida. De hecho, al hombre se le induce difícilmente a creer -no cree en lo que se le dice- si no logra abiertamente un cálculo exacto de años. ¿Cuáles son, pues, las circunstancias de la época y la época misma? Cuando ya no hay reyes oriundos de Judá, después reinará el extranjero Herodes. Dice, pues, el ángel que habla a Daniel (y anótame ahora lo que diga): «Entiende y comprende: Desde el instante en que salió la orden de volver a construir Jerusalén, hasta un Príncipe Mesías, siete semanas y sesenta y dos semanas» (Dan 9,25)34. Sesenta y nueve semanas de años son cuatrocientos ochenta y tres. Afirma, por consiguiente, que cuatrocientos ochenta y tres años después de la reconstrucción de Jerusalén, y cuando ya no haya jefes propios, vendrá entonces un rey extranjero en cuya época nacerá el Mesías. Darío el Medo edificó Jerusalén35 en

el sexto año de su reinado (Esdr 6,15)36, en el primero de la olimpíada griega sexagésimo sexta. Entre los griegos se llama olimpíada a los juegos que suelen hacerse cada cuatro años. Ello era a causa del día que se consigue cada cuatro años sumando los restos de horas que cada año deja sobrantes el movimiento solar. Herodes era rey en la olimpíada ciento ochenta y seis, año cuarto. Por tanto, desde la olimpíada sesenta y seis hasta la ciento ochenta y seis con ciento veinte olimpíadas y un poco más. Y estas ciento veinte olimpíadas hacen un total de cuatrocientos ochenta años. Los otros tres años que faltan, necesarios para completar el número de semanas, caben en el intervalo que hay entre el primero y el cuarto año. Por consiguiente, ya tienes una demostración a partir de la Escritura, que dice, como ya se ha explicado, que el tiempo desde la orden de reconstrucción de Jerusalén hasta Cristo es de sesenta y nueve semanas (cf., ya antes, Dan 9,25). Aquí tienes esta demostración del momento, aunque no faltan otras interpretaciones de las profecías sobre las semanas de años en Daniel37.

Detalles sobre el lugar

20. Pero escucha ya el lugar de la promesa. Dice Miqueas: «Mas tú, Belén Efratá, aunque eres la menor entre las familias deJudá, de ti me ha de salir aquel que ha de dominar en Israel, y cuyos orígenes son de antigüedad, desde los días de antaño» (Miq 5,1) 38. Por lo que respecta a los lugares, siendo de Jerusalén como eres, ya sabes lo que está escrito en el salmo 132: «Mirad: hemos oído de ella que está en Efratá39, ¡la hemos encontrado en los Campos del Bosque!» (Sal 132,6). Pues hasta hace pocos años se trataba de un lugar poblado de bosque. Has oído, por otro lado, a Habacuc, que dice al Señor: «¡En medio de los años hazla revivir, en medio de los años dala a conocer!» (Hab 3,2). ¿Y cuál será, oh profeta, el signo de que el Señor viene?: «En medio de dos vidas lo conocerás». Con esto alude claramente al Señor: cuando vengas en la carne, vivirás y morirás; pero, al resucitar de entre los muertos, vivirás de nuevo. Pero, ¿de qué parte de la región de Jerusalén ha de venir?, ¿del oriente o del ocaso, del aquilón o del sur? Dínoslo detalladamente. Responde con toda claridad y dice: «Viene Dios de Temán»—pero por Temán se entiende el Sur40—, «el Santo del monte Farán, con sombras y nubes»41, lo cual lo dijo el salmista en idéntico sentido: «¡La hemos encontrado en los Campos del Bosque!» (Sal 132,6).

Nacimiento virginal

21. Después preguntamos de quién vendrá y cómo vendrá. Esto nos lo enseña Isaías: «He aquí que una virgen42 está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel» (Is 7,14). Los judíos, que desde antiguo suelen rechazar la verdad, argumentan contra esto y dicen que no está escrito virgen, sino muchacha. Pero, aunque yo conceda esto, encuentro que la verdad se encuentra preguntándose: si una virgen es violada y grita pidiendo auxilio, ¿lo hace después o antes de ser violada? Por consiguiente, si en algún lugar dice la Escritura: «La joven prometida acaso gritó sin que hubiera nadie que la socorriera» (Dt 32,27), ¿acaso no se dice esto de una muchacha que es virgen?43. Y para que conozcas con más claridad que las vírgenes en la Sagrada Escritura también son llamadas «muchachas», escucha el libro de los Reyes acerca de Abisag, la sunamita, que dice: «La joven era extraordinariamente bella» (I Re 1,4). Y se sabe que ésta es la virgen que fue elegido y llevada hasta David (1,3).

El signo ofrecido a Ajaz no se refiere a su hijo Ezequías, sino a una virgen, en el futuro

22. Pero los judíos replican: lo que se dijo a Ajaz se refería a Ezequías. Leamos la Escritura: «Pide para ti una señal de Yahvé tu Dios en lo profundo del sheol o en lo más alto» (Is 7,11). Pero debe tratarse de un signo que cause admiración y sea indiscutible. Un signo había sido el agua sacada de la roca (Ex 17,6), que el mar se abriese (14,21) o que retrocediese el sol (2 Re 20,11)44 y otras cosas semejantes.

Pero lo que he de decir es una evidencia mayor en contra de los judíos45. Isaías hablaba de todo esto cuando era rey Ajaz, que lo fue durante dieciséis años, período en el que tuvo lugar este oráculo profético. La contradicción de los judíos la refuta su sucesor, el rey Ezequías, hijo de Ajaz, que tenía veinticinco años al acceder al trono (2 Re 18,2). Pero puesto que la profecía fue hecha en el período de los dieciséis años46, es al menos nueve años antes de la profecía cuando nació Ezequías de Ajaz. No hay necesidad, por tanto, de que la profecía se refiera a aquel que ya había nacido incluso antes de que su padre Ajaz comenzase a reinar. Además Isaías no dice que una virgen «estuvo» encinta, sino—como predicción—que lo «estará».

El linaje de David es eterno

23. Ya hemos visto con claridad que Cristo nace de una virgen. Ahora habrá que explicar cómo es esta virginidad. «Juró Yahvé a David, y no se arrepentirá: "El fruto de tu seno asentaré en tu trono45» (Sal 132,11), y también: «Estableceré su estirpe para siempre, y su trono como los días de los cielos» (89,30). Y, además: «Una vez he jurado por mi santidad: ¡A David no he de mentir! "Su estirpe durará por siempre, y su trono como el sol ante mí, por siempre se mantendrá como la luna, testigo fiel en el cielo"» (Sal 89,36-38). Ves que se habla de Cristo, no de Salomón, pues el trono de éste no permaneció como el sol. Pero si alguien estuviese en desacuerdo porque Cristo no se sentó en el trono de madera de David, recordémosle esta sentencia: «En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos» (Mt 23,2). No se refiere a una cátedra de madera, sino a la autoridad doctrinal. No busques tampoco el trono de David en uno de madera, sino en la potestad regia. Como testigos de esto acepta a los niños que aclamaban: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» (Mt 21,9). También los ciegos dicen: «¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!» (Mt 9,27). Y Gabriel anuncia con claridad a María: «El Señor Dios le dará el trono de David, su padre» (Lc 1,32). Y Pablo: «Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, descendiente de David, según mi evangelio» (2 Tim 2,8). Y, al principio de la epístola a los Romanos, dice: «Nacido del linaje de David según la carne» (Rm 1,3). Acoge, por tanto, al que ha nacido de David, de acuerdo con la profecía: «Aquel día la raíz de Jesé47 que estará enhiesta para estandarte de pueblos, los gentiles la buscarán» (Is 11,10).

24. Pero los judíos se enfurecen fuertemente por estas cosas. Esto lo había previsto también Isaías al decir: «Serán para la quema, pasto del fuego. Porque una criatura nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» (Is 9,4-5). Date cuenta de que primeramente era Hijo de Dios y que luego nos ha sido dado. Poco más abajo dice: «Su paz no tendrá fin» (9,6). Los romanos terminan con ellos mismos, pero el reino del Hijo de Dios no tiene un final. Tuvieron un final los persas y los medos. Pero no tiene un final el Hijo de Dios. Y luego sigue: «... sobre el trono de David y sobre su reino, para restaurarlo y consolidarlo» (ibid.). De David surgió, pues, la Virgen santa.

Se insiste en el nacimiento virginal

25. Convenía, pues, que aquel que es purísimo y maestro de la pureza surgiese de un tálamo puro. Pues si todo el que junto con Jesús tiene el sacerdocio se abstiene de mujeres, ¿cómo iba a nacer Jesús de un hombre y una mujer? «Sí, tú del vientre me sacaste—se dice en los Salmos—, me diste confianza a los pechos de mi madre» (Sal 22,10). Pon atención a «del vientre me sacaste»: con ello se significa que él salió y nació del útero y de la carne de una virgen, pero sin obra de varón, de una manera distinta a la de aquellos que nacen según la ley nupcial.

Es la carne del hombre lo que Dios asume

26. No teme asumir la carne de unos miembros de los que él es el artífice. Pero, ¿quién es el que nos dice esto? El Señor dice a Jeremías: «Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses te tenía consagrado» (Jer 1,5). Y quien, al hacer a los hombres, tocaba sus miembros sin avergonzarse de ello, ¿se avergonzará de crear, a causa de sí mismo, esta santa carne que es el manto de su divinidad? Es Dios quien en el útero, hasta el día de hoy, da forma a los fetos humanos, de acuerdo con lo escrito en Job: «¿No me vertiste como leche y me cuajaste como queso? De piel y de carne me vestiste y me tejiste de huesos y de nervios» (Job 10,1011). Nada hay abominable en la hechura del hombre mientras no la manche por el adulterio y la lascivia. El que hizo a Adán hizo también a Eva; con las manos divinas fueron hechos tanto el hombre como la mujer. Ninguno de los miembros del cuerpo fue hecho desde un principio abominable. Callen, pues, todos los herejes que acusan a los cuerpos y a quien los hizo49. Nosotros, en cambio, recordaremos la sentencia de Pablo: «¿No sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que está en ustedes»? (1 Cor 6,19). Además, el profeta predijo acerca de la persona de Jesús: «Mi carne es de ellos» (Os 9,12 LXX)50. Y, en otro lugar, está escrito: «Por eso él los abandonará hasta el tiempo en que dé a luz la que ha de dar a luz» (Miq 5,2)51. ¿Y cuál será el signo de ésta?: «Dará a luz y el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel». ¿Y cuáles son las arras nupciales de la Virgen, la santa esposa?: «Te desposaré conmigo en fidelidad, y tú conocerás a Yahvé» (Os 2,22). E Isabel, hablando de lo mismo, dice algo semejante: «¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (Lc 1,45).

Contra las objeciones de los griegos

27. Pero nos perturban tanto los griegos como los judíos, diciendo que fue imposible que el Mesías naciese de una virgen. Tapemos, en primer lugar, la boca a los griegos por sus fábulas. Quienes sostenéis que unas piedras que se arrojan pueden transformarse en hombres52, ¿cómo decís que es imposible que una virgen dé a luz? Quienes fabuláis que una hija nació de un cerebro53, ¿afirmáis que un hijo no puede salir del útero de una virgen? Quienes afirmáis, falsamente, que Baco salió del muslo de Júpiter, como si fuese un útero preñado, ¿cómo es que rechazáis nuestra verdad? Lo que digo es indigno del presente auditorio. Pero esto lo decimos para que rechaces a los griegos, que con sus fábulas se desmienten a sí mismos.

El parto de Sara y otros prodigios con Moisés y Aarón hacen comprender el milagro de la concepción virginal

28. A los que provienen de la circuncisión arguméntales así: ¿qué es más difícil, que una anciana estéril dé a luz o que lo haga una virgen que está en la flor de la edad? Sara era estéril y, ya sin la regla (Gén 11,30; 18,11), dio a luz fuera de su capacidad natural (cf. Gén 21,2). Por consiguiente, si es posible que una estéril engendre de un modo no natural, también, más allá de la naturaleza puede una virgen ser madre. Así pues, o bien rechazas ambas cosas o las admites las dos. Pues el mismo Dios es el que hizo aquello y esto. No te atreverás a decir que aquello es posible para Dios, pero esto es imposible. ¿Y qué hay, por ejemplo, de natural en que la mano de un hombre cambie de aspecto en el espacio de una hora, pero luego vuelva a recobrarlo? ¿Cómo es, pues, que la mano de Moisés se volvió blanca como la nieve, pero volvió de modo instantáneo a su estado anterior? (vid. Ex 4,6-7). Y dices: es Dios quien ha operado el cambio. Y si Dios puede esto, ¿no puede también lo otro? Y aquel signo iba destinado a los egipcios (Ex 4,8-9), pero éste ha sido dado al mundo entero.

¿Qué trabajo es más difícil, oh judíos, que una virgen dé a luz o que una vara se convierta en un ser vivo? Confesad que, en tiempos de Moisés, una vara rígida tomó aspecto de serpiente que causaba miedo al mismo Moisés. De modo que el que antes sostenía la vara huía después de ella como de un dragón, pues realmente lo era, pero en realidad huía, no por aquello que sostenía sino de pavor ante el que había provocado el cambio54. Si, pues, de la vara salían unos ojos que podían ver, ¿no puede nacer, si Dios quiere, un niño de un útero virginal?

Y no menciono ahora que la vara de Aarón produjo en una sola noche (cf. Núm 17,23) lo que otros árboles producen en el espacio de muchos años. Pues, ¿quién ignora que una vara desprovista de corteza, aunque se la plante en medio de un río, no germinará jamás? Pero Dios no está al servicio de los árboles, sino que es autor de la naturaleza. Y una vara sin frutos, seca y sin corteza floreció, germinó y dio nueces como fruto (cf. ibid.). Y aquel que concedió a la vara —ante un sacerdocio que sólo era tipo, es decir, figura de otro55— fruto más allá de su capacidad, ¿no habría de conceder el parto a una virgen en razón del verdadero sumo sacerdote?

También es milagroso el nacimiento de Eva

29. Todos estos ejemplos son muy notables. Sin embargo, los judíos los discuten. Y no asienten a estos ejemplos de la vara si no se les convence mediante partos admirables del mismo género y no naturales. Pregúntales, pues, de ese modo: ¿de quién nació Eva al principio? ¿Qué madre la hizo si carecía de ella? Pero la Escritura dice que fue hecha de la costilla de Adán (Gén 2,22). Pero si Eva fue hecha de la costilla del hombre sin necesitar una madre, ¿no podría nacer un niño del vientre de una virgen sin concurso de varón? Las mujeres están sometidas al hombre para procrear56. Pues Eva había nacido de Adán, sin ser concebida por una madre, sino salida de un hombre como si él la hubiese dado a luz: la deuda de esta gracia la devolvió María cuando, por la fuerza de Dios, no por un hombre sino por sí sola, concibió intacta y por el poder del Espíritu Santo.

La misma creación del hombre es un milagro

30. Pero hay otro ejemplo mucho mejor. Aunque parezca asombroso que unos cuerpos se generan de otros, es, sin embargo, posible. Y más asombroso es que el hombre se haga del polvo de la tierra57. Y todavía es más admirable que de una masa de lodo aparezcan los párpados y la

luz de los ojos, y que de un poco de barro nazcan la solidez de los huesos, la suavidad de los pulmones y las diversas clases de miembros. Todo eso es admirable. Y que un barro que ha cobrado vida recorra el mundo por cualquier lugar y edifique, y que enseñe y hable, realice trabajos fabriles o haga tareas de gobierno, todo ello es digno de admiración. Por tanto, judíos ignorantes, ¿de dónde ha salido Adán? ¿Acaso no ha moldeado Dios su figura admirable tomando polvo de la tierra? ¿Qué, pues? Si el lodo se transforma en ojo, ¿no engendrará una virgen a un hijo? Lo que al juicio humano parece más imposible se convierte, sin embargo, en realidad. ¿Y no habrá de realizarse lo que por sí mismo es posible?

Desposada sin haber roto su virginidad

31. Hagamos memoria, hermanos, de estas glorias y usémoslas como armas arrojadizas. No sigamos a los que enseñan heréticamente una venida de Cristo sólo en apariencia o discutible58. Rechacemos también a quienes dicen que el nacimiento del Salvador tuvo lugar de un hombre y una mujer, que se han atrevido a decir que ha sido engendrado de José y María, basándose en aquello que está escrito: «Tomó consigo a su mujer» (Mt 1,24). Recordemos a Jacob, que, antes de tomar a Raquel, dijo a Labán: «Dame a mi mujer» (Gén 29,21). Como aquélla antes de sancionar las nupcias ya era llamada esposa de Jacob simplemente por haber quedado prometida con él, así también María fue llamada esposa de José a causa del desposorio. Observa el modo cuidadoso de hablar del Evangelio al decir: «Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José» (Lc 1,26). Y, a su vez, cuando se habla del empadronamiento y de que José subió para empadronarse, ¿qué dice la Escritura?: «Subió también José desde Galilea... para empadronarse con María, su desposada mujer, que estaba encinta» (Lc 2,4.5). Y, aunque estaba embarazada, no dijo simplemente «su mujer», sino su «mujer desposada». «Dios envió a su Hijo», dice Pablo, no hecho de hombre y mujer, sino sólo «nacido de una mujer» (Gál 4,4), en este caso, de una virgen. Que a una virgen se le llame sin mas «mujer» es algo que ya antes mostramos. De una virgen nació quien hizo las almas vírgenes.

Los múltiples testigos frente a la herejía

32. Te asombras de lo que ha sucedido. Pero también estaba asombrada la misma que lo engendró. Pues a Gabriel le dice: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?». Y él responde: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios» (cf. Lc 1,34.35). Es una concepción pura e incontaminada. Pues donde sopla el Espíritu Santo, desaparece toda mancha. El nacimiento virginal del Unigénito en la carne está exento de impureza. Y si los herejes están en contra de esta verdad, los convencerá de ella el Espíritu Santo tras el enojo del poder del Altísimo que cubrió a la Virgen con su sombra (Lc 1,35): se enfrentará con ellos el día del juicio con el rostro vuelto hacia Gabriel. Será confusión para ellos el lugar del pesebre que acogió al Señor (cf. Lc 2,7). Aportarán su testimonio los pastores que recibieron entonces la fausta noticia (Lc 2,10 ss), y también el ejército de los ángeles que alababan, celebraban y decían: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace» (Lc 2,14). Asimismo el templo al que fue llevado a los cuarenta días (Lc 2,22) «también para ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o dos pichones» (2,24). Testificarán igualmente Simeon, que entonces «le tomó en brazos» (2,28) y la profetisa Ana, que allí estaba (2,36 ss).

Es verdadero hombre el que ha nacido de la Virgen.

Elogio de la castidad

33. Ante el testimonio de Dios, juntamente con el del Espíritu Santo y con las palabras de Cristo: «¿Por qué queréis matarme (Jn 7,19), a mí, que soy un hombre que les ha dicho la verdad (cf. 8,46b)?», enmudezcan los herejes que están en contra de su humanidad. Pues le contradicen al decir él: «Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo» (Lc 24,39). Sea adorado el Señor nacido de la Virgen y conozcan las vírgenes el honor y la corona de su propia institución. También el orden de los monjes reconozca la gloria de la pureza. Pues no nos vemos privados los varones de la dignidad de la integridad. Cristo cumplió el tiempo de nueve meses en el vientre de la Virgen, pero el Señor fue hombre durante treinta y tres años, de modo que si una virgen se gloría por un tiempo de nueve meses, mucho más podemos gloriarnos nosotros por una multitud de años.

Dignidad de la castidad y de la virginidad

34. Corramos todos por la gracia de Dios la carrera de la castidad, «los jóvenes y las doncellas, los ancianos junto con los niños» (Sal 148,12), no siguiendo la lascivia, sino alabando el nombre de Cristo. No ignoremos la gloria de la pureza, pues se trata de una superioridad angélica y de una tarea que va más allá del hombre: respetemos los cuerpos, que en su momento lucirán como el sol. No manchemos con tan bajas pasiones un cuerpo tan digno. El pecado es algo pequeño y que sólo dura un tiempo limitado, pero su oprobio se prolonga por una eternidad de años. Los que siguen la pureza son ángeles que caminan por la tierra. Las vírgenes tienen parte con María Virgen. Elimínese todo adorno llamativo, toda mirada peligrosa y cualquier vestido y perfume que arrastren a las bajas pasiones. En cuanto a todos, el perfume sea la oración, el olor de las buenas obras y la santificación de los cuerpos, para que el Señor nacido de la Virgen, diga también de nosotros, hombres que han guardado su integridad y mujeres que han recibido la corona: «Estableceré mi morada en medio de ustedes... Me pasearé en medio de ustedes, y seré para ustedes Dios, y ustedes serán para mí un pueblo» (Lev 26,11.12; cf. 2 Cor 6,16; Apoc 21,3; Ez 36,28; Jer 31,31-34). A quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

....

1. Se profundiza en la presente catequesis en la confesión de la divinidad y la humanidad de Cristo. Se ven asimismo cumplidas en Cristo las profecías de la antigua Alianza. La concepción virginal de Cristo, sobre la que se habla con mucha amplitud, da pie a Cirilo para alabar también la virginidad, el celibato y la vida monástica.

2. Esta extraña expresión se refiere a Cristo.

3. Alusión a la ingestión integra del cordero pascual, figura de Cristo, según Ex 13,9; «Nada de él comeréis crudo ni cocido, sino asado, con su cabeza, sus patas y sus entrañas».

4. En la persona de Jesús.

5. La concepción virginal de Cristo se abordó ya en la cat. 4, núm. 9.

6. La expresión «de modo total» parece referirse a que ni siquiera podría decirse que la humanidad de Cristo sea más que aparente. La opinión herética según la cual la humanidad de Jesús sería sólo una apariencia se ha calificado en la historia de la teología cristiana con el término técnico «docetismo» (de «dokein», parecer o aparecer). El docetismo, en sus diversas variantes, se manifestó entre gnósticos y valentinianos. No es ajena a él la teología de Apolinar de Laodicea, que niega el alma humana de Jesús y señala que las funciones intelectuales de éste radicarían sólo en su divinidad. Otras variantes del docetismo perviven en el monofisismo, que se mantuvo largo tiempo pese a ser condenado en Calcedonia (a. 451). De este modo, a la inversa de la negación, en el arrianismo, de que Jesús sea Dios como el Padre, en las concepciones docetas no se afirma una humanidad plena de Jesús. Fue el concilio de Constantinopla el que, en el año 381, siguiendo los pasos de Nicea, afirmó solemnemente la realidad humana plena de Jesucristo. En la presente catequesis, al ser el tema la encarnación de Cristo, Cirilo se mueve en la linea trazada posteriormente por el Concilio de Constantinopla. Por otra parte, la confesión de que la concepción de Cristo fue virginal fue tema especialmente del concilio de Efeso, en el año 431, aunque la Iglesia ya en épocas muy anteriores expresaba esa convicción. Sobre estos temas es importante recordar la historia de los concilios ecuménicos de la Edad Antigua. Pedagógicamente es bastante interesante el capitulo correspondiente de la cristología de J.l. González Faus, La humanidad nueva, cuya primera edición es de 1974, pero se ha reeditado numerosas veces.

7. Es decir, que el hombre Jesús habría llegado, en un momento determinado, a ser Hijo de Dios ---sin haberlo sido antes.

8. Esta especie de supuesta «evolución» del hombre Jesús hasta llegar a ser Hijo de Dios es contraria a los múltiples datos del Nuevo Testamento, especialmente SanJuan, acerca de que desde siempre el Hijo habia estado junto al Padre. Son en esta linea muy importantes las cartas y el evangelio de Juan. De este último, incluso por su mismo planteamiento literario, es decisivo el llamado «prólogo» (Jn 1,1-18). Además, toda la realidad del «Abba», ya mencionada, las parábolas sobre el Padre que envia el Hijo (cf., por ej., Mc 12,1-12 par.), o las explicaciones paulinas sobre el plan divino de salvación (Gál 4,4 ss; vid. Ef 1,3 ss).

9. Refiriéndose a la Sabiduría.

10. Pues el testimonio de la Escritura es más fuerte que el testimonial de hombre alguno. Quizá es útil tener en cuenta Jn 5, 34, cf.8,13ss.

11. La afirmación de la bondad de lo creado, de modo general, en Gén 1,31a, pero la afirmación se había hecho repetidamente en los vv. 10, 12, 18, 25.

12. Es corriente, en la tradición cristiana, considerar la imagen y semejanza de Dios en el hombre en la espiritualidad de éste, es decir, en el carácter espiritual del alma humana. Cirilo lo ha descrito así expresamente en la cat. 4, núm. 18.

13. En general, en los capítulos 1-11 del libro del Génesis, antes del comienzo de la historia de Abraham, no se está ante relatos que tengan un valor histórico que deba tomarse al pie de la letra. Anteriormente ya se habló, por ejemplo, de la imagen del mundo que subyace a los relatos de la creación y que no hay inconveniente en rechazar como tal imagen cf. cat. IX, nota 8). Pero, como entonces se indicó, ello no impide señalar lo que de fondo se quiere afirmar: el mundo proviene de la acción creadora de Dios, que todo lo ha querido hacer bueno (cf la nota 11 de esta catequesis), aunque el hombre, y la creación entera, han sido desde el comienzo víctimas del pecado. Sobre esto es interesante recordar Rom 8.18-25.

14. Referido a Dios. Se expresa un sentimiento de impotencia ante el mal y el pecado. Cf., con respecto a este último, Rom 7,14-23.

15. Sobre intentos de lapidación de Jesús, cf.Jn 8,29; 10,31.

16. La cruz, como señal del combate cristiano.

17. El salmo 72, efectivametite dedicado a Salomón, traza los rasgos del rey ideal, justo, etc. En este sentido, también Salomón es figura del Mesías, de modo que la interpretación tradicional cristiana del salmo lo entiende como descripción de Cristo.

18. El mismo salmo 72, pero se trata en realidad del versículo anterior.

19. Más abajo, en el núm. 17, se insistirá en que este rey mesiánico llega sobre una humilde borrica. Para el cumplimiento de estas palabras, cf Mt 21,1-11.

20. Recuérdese una vez más que el lugar en que Cirilo está catequizando, el Calvario, está en su época incluido en el interior de la ciudad de Jerusalen. Cirilo pide en su catequesis un signo que pueda entenderse desde el lugar del Calvario en el que se encuentran él y sus oyentes.

21. Es decir, la encarnación ayuda a percibir mejor a Dios.

22. Reproduce aquí Cirilo lo que piensa que es la creencia espontánea de los hombres, semejante a la del israelita.

23. Posible referencia a Dt 9,19, que directamente se refiere al miedo que experimenta Moisés ante la ira de Dios porque Israel se ha construido un becerro de oro. Pero Cirilo se refiere más bien al miedo que la religiosidd primitiva y el antiguo Israel experimentan ante la presencia de la divinidad.

24. Estas palabras no parecen ser texto bíblico.

25. Si hubieran conocido la sabiduría de Dios, «una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los príncipes de este mundo...» (1 Cor 2, 7-8a).

26. «Los que ya había devorado, son, con toda probabilidd, los justos del Antiguo Testamento. No sólo Cristo no fue «devorado» por el diablo en la muerte, sino que tampoco lo fueron los justos del Antiguo Testamento. Cf. más abajo, cateq. 14, núms. 17 y 19.

27. El «depósito» de la fe, como algo que debe ser conservado es algo en lo que se insiste en las cartas pastorales. Cf. 1 Tm 6,20; 2 Tm 1,12,14. Tematizada en la tradición teológica por Vicente de Lerins en el s. V, la expresión «depósito de la fe» ha sido siempre utilizada por la Iglesia para expresar lo necesario de su fidelidad al mensaje cristiano.

28. La línea de argumentación de Cirilo es ésta; cuando el Señor se hizo presente en el Sinaí, Moisés y Elías estuvieron junto a él en el monte. Es normal que en el momento de la Transfiguración, una de las importantes manifestaciones del Padre y el Hijo en los evangelios, aparezcan también en el monte (en este caso, el Tabor). Pero al mismo tiempo, y éste es el núcleo de la argumentación de Cirilo, al aparecer en la Transfiguración, junto a Jesús, Moisés y Elías, se manifiesta así también que la Ley y los Profetas, los dos pilares esenciales del judaísmo, apuntan hacia Cristo y encuentran en él el cumplimiento de las promesas hechas a los padres.

29. Las palabras están puestas en boca de Dios. Hch 3,22 Iee: «El Señor Dios les suscitará...», y Hech 7,37 prefiere: «Dios les suscitará...».

30. «Rindan homenaje las naciones» los gentiles. El texto va a ser ufilizado por Cirilo, en un razonamiento algo complejo, para explicar que los gentiles recibieron lo que en buena parte los judíos no quisieron aceptar.

31. Una vez más, con la Biblia de Jerusalén, se prefiere la versión dura del texto hebreo.

32. Todavía existente, en la época de las catequesis de Cirilo, incluso en la rama de Occidente, aunque debilitado. El imperio romano occidental se mantendría, en decadencia constante, hasta el año 476.

33. Las palabras de Daniel se refieren propiamente a la caída del imperio de Nabucodonosor, pero, en un sentido semejante, la catequesis de Cirilo las aplica aquí a que el cristianismo se hace fuerte en la caída del imperio Romano.

34. El «Príncipe Mesías» se entiende aquí inequívocamente de Cristo. Para la interpretación del texto y del número de años de que se habla cf., además de los comentarios exegéticos a Dn, las citas de la Biblia de Jerusalén a 9,23.24.25.26.27.

35. Hizo terminar la reconstrucción.

36. Según el dato completo de Esd 6,15, la fecha de terminación de este templo fue el I de abril del año 515 a.C. Es el templo que, pese a sus transformaciones, estuvo en servicio hasta su destrucción definitiva por los romanos el año 70 de nuestra era.

37. El mismo Daniel habla de la oscuridad de su lenguaje, lo cual pone al lector en guardia contra cálculos excesivamente exactos de fechas.

38. En Mt 2,6, los expertos en la Ley citan este pasaje al rey Herodes para explicarle el lugar del nacimiento de Jesús. Cf.Jn 7,42.

39. «Ella» se refiere al arca de la alianza. El salmo, compuesto quizá para el aniversario del traslado del arca (cf. 2 Sam 6), tiene, especialmente al final, un fuerte contenido mesiánico.

40. Lo que parece que interesa al discurso de Cirilo es la ubicación al sur de Jerusalén, donde de hecho se encuentra Belén, el lugar de nacimIento de Jesús.

41. Hab 3,3. Este versículo y los siguientes contienen una teofanía de Yahvé que seguramente debe entenderse en sentido mesiánico. Es, desde luego, la interpretación de Cirilo en este pasaje.

42. Se prefiere dejar la traducción «virgen», que ha sido más usual en la Iglesia y la que ha entrado, partiendo de los LXX, en Mt 1,23. La dificultad de esta traducción sólo viene del hecho de que el hebreo 'almah significa una joven recién casada o una muchacha. No debe ignorarse la importancia del texto griego de los LXX, del texto de Mt 1,23 y de la traducción de la Iglesia referida a la concepción virginal de Cristo. Cirilo, menciona a continuación, rechazándolas, las objeciones a la traducción «virgen».

43. Cirilo se esfuerza en mostrar que expresiones como «muchacha», «joven prometida», etc., se aplican a los casos de mujeres vírgenes.

44. 2 Re 20,11 habla propiamente de «retroceder la sombra» como signo que pide a Dios Ezequías, a través de Isaías, como garantía de su curación. Cf 2 Re 20,1-11 e Is 38,1-8. Lo que Cirilo relata es que los judíos piensan que el signo de que se habla en Is 7,11, referido a Ajaz, será en realidad el signo pedido por su hijo Ezequías en 2 Re 20,8-9.

45. Cirilo añade aquí una vez más, entre paréntesis, como si fuera una nota: «Sé que me he extendido mucho y que se cansarán los oyente s. Pero quisiera que aceptes lo prolijo de mis palabras, pues estas cosas se dicen por Cristo y no deben ser despreciadas».

46. Es decir, la profecía fue hecha durante el reinado de Ajaz.

47. Padre de David.

48. Se presupone el celibato ministerial.

49. CARNE/ESPIRITU: Entran aquí todos los movimientos heréticos influenciados por el maniqueísmo. Más tarde, en la Edad Media, cátaros, albigenses, etc. En el punto que nos ocupa, se caracterizan por considerar al cuerpo como la sede de las tendencias inferiores, esclavizantes o pecaminosas del hombre, mientras que el alma sería sede de sólo los deseos puros etc. Los conceptos bíblicos de «carne» y «espíritu» (especialmente, en el NT, en Pablo) se refieren más bien, respectivamente, al hombre como ser débil e inclinado al pecado, «carne» (pero es un concepto distinto de «cuerpo», con el que no se identifica la «carne»), o como «espíritu», todo lo

que hay de noble en el hombre y que, a su vez, está llamado a ser vivificado por el Espíritu de Dios (cL Rom 8,16).

50. El texto bíblico es diferente. Leído así, sin embargo, frecuentemente por los Padres, que lo refieren a Cristo. Para detalles, cf PG 33, 719, nota 1.

51. Vid. la nota de la Biblia de Jerusalén a Miq 5,2(b): «Se trata de la madre del Mesías. Miqueas piensa tal vez en el célebre oráculo de la almah, Is 7,14 ss, pronunciado por Isaías unos treinta años antes». Cf. el núm. 22 de esta misma catequesis y sus notas. Por otra parte, la traducción de las líneas que siguen del presente núm. 26 se adaptará a la versión española del texto hebreo de Miq 5,2, que tiene un sentido más universalista «el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel» que la versión de la que se sirve Cirilo.

52. Alusión a fábulas diversas de contenido mitológico.

53. La diosa Atenea, surgida totalmente armada de la cabeza de Zeus.

54. Cirilo ha dado rienda suelta a su imaginación acerca de la vara de Moisés, pero eso le es útil como término de comparación para ensalzar la concepción virginal de Cristo.

55. El sacerdocio definitivo deJesucristo, propio de la nueva Alianza.

56. En realidad es claro que el hombre y la mujer se necesitan mutuamente para la procreación. La manera de expresarse Cirilo, lógicamente no «cientifica», le es útil a él para expresar una vez más la iniciativa absoluta de Dios en la concepción virginal de Cristo.

57 Gén 2,7, en el contexto del segundo relato de la creación. Sobre el carácter «histórico» de estos relatos sin que esa dificultad afecte al valor de sus afirmaciones sobre la acción creadora de Dios ya se trató era cat. IX, nota 8.

58. Cf. más arriba, cat. IV, núm. 9.

CATEQUESIS XIII

CRISTO CRUCIFICADO Y SEPULTADO

Pronunciada en Jerusalén, sobre lo de «crucificado y sepultados». La lectura es de Isaías: «¿Quién dio crédito a nuestra noticia? Y el brazo de Yahvé, ¿a quién se le reveló?» (53,1). Y, en lo que sigue: «Como un cordero al degüello era llevado» (53,7), etc. 1.

La cruz es la que liberó a todos los hombres

1. En cualquier acción de Cristo se gloría la Iglesia católica. Pero el colmo de estas glorias es la cruz. Pablo, con conocimiento del asunto, dice: «En cuanto a mí, ¡Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo! (Gál 6,14). Sin duda fue admirable que un ciego de nacimiento recuperase la visión en Siloé (cf. Jn 9). Pero, ¿en qué afectaba esto a todos los ciegos del mundo? Grande es, y más allá de toda naturaleza, que Lázaro, muerto de cuatro días, resucitara Un 11,39.44). Pero ésta es una gracia que a él sólo le alcanzó. ¿Qué tenía esto que ver con todos los que en todo el mundo estaban muertos por sus pecados? (cf. Ef 2,1 ss; cf. Rom 3,23). Es admirable que cinco panes diesen alimento, como si manase de cinco fuentes, a cinco mil hombres (cf. Mt 14,21). Pero, ¿qué es esto en comparación con los que en todo el mundo se encontraban sometidos al hambre de la ignorancia? (cf. Am 8,11). Es admirable que una mujer fuese totalmente liberada tras haber estado atada por Satanás durante dieciocho años (cf. Lc 13,10-13). Pero míranos a todos, que estamos sujetos por las cadenas de nuestros pecados. En cambio, la corona—o incluso la gloria—de la cruz iluminó a los que estaban ciegos por la ignorancia, liberó a los que estaban sujetos por el pecado y rescató a todos los hombres.

Jesús ha rescatado a todos los hombres

2. No te asombre que haya sido redimido el orbe entero. Pues no era un simple hombre, sino el unigénito Hijo de Dios, el que moría por esta causa. Ciertamente, el pecado de un único hombre, Adán, pudo introducir la muerte en el mundo. Pero si por la caída de uno reinó la muerte en el mundo, ¿por qué no habrá de reinar mucho más por la justicia de uno sólo?2. Y si en aquel momento, a causa del leño del que (nuestros padres) comieron, fueron expulsados del paraíso (cf. Gén 3,22-24), ¿acaso los que crean no habrán de entrar ahora, por el leño de Jesús, mucho más fácilmente en el paraíso? Si el primer hombre, hecho de la tierra, trajo a todos la muerte, ¿acaso quien lo hizo de la tierra (Gén 2,7), siendo él mismo la vida (Jn 15,5 ss), no le dará vida eterna? Si Pinjás, inflamado de celo, matando al autor del delito, aplacó la ira de Dios (cf. Núm 25,7-11),Jesús, sin matar a nadie, sino entregándose a sí mismo como rescate (I Tim 2,6), ¿acaso no deshará la cólera contra los hombres (cf. Rom 1,18)?

En el absurdo de la cruz, y más siendo Jesús inocente, está la salvación

3. Que no nos dé vergüenza la cruz del Salvador, e incluso gloriémonos en ella. Pues la palabra de la cruz es escándalo para los judíos y necedad para los gentiles, pero para nosotros es salvación (cf. I Cor 1,18-25). «Es una necedad para los que se pierden; más para los que se

salvan —para nosotros— es fuerza de Dios» (1,18). Pues, como se ha dicho3, no se trataba de un simple hombre que moría en favor nuestro, sino de Dios, el Hijo de Dios hecho hombre. Pero entonces el cordero muerto, según la enseñanza de Moisés, arrojaba lejos al Exterminador4. Ahora bien, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1,29), ¿acaso no liberará mucho más de los pecados? También la sangre de una oveja irracional mostraba la salud. ¿Y la sangre del Unigénito no traerá la salvación en una mayor medida? Si alguno no cree en la fuerza del crucificado, interrogue a los mismos demonios5. Y si alguien no cree en las palabras, dé crédito a las cosas claras. Son muchos los que han sido crucificados en todo el orbe, pero ante ninguno de ellos sienten pavor los demonios. Pero ante Cristo, crucificado por nosotros, se aterrorizan los demonios cuando simplemente ven el signo de la cruz, porque aquellos otros crucificados fueron muertos por sus propios pecados, pero él por los de los demás. El es «el que no cometió pecado, y en cuya boca no se halló engaño» (I Pe 2,22; cf. Is 53,9). No era Pedro quien decía esto, lo que podría despertar la sospecha de que quisiera ser grato al maestro, sino que quien lo había dicho era Isaías, que no había estado corporalmente presente (ante Jesús), pero en espíritu había previsto su venida en carne. Pero, ¿por qué aduzco sólo el testimonio del profeta? Cuenta entre los testigos al mismo Pilato, que sentenció sobre él diciendo: «No he hallado en este hombre ninguno de los delitos de que le acusáis» (Lc 23,14). Y cuando se lo entregó, lavando sus manos, dijo: «Inocente soy de la sangre de este justo» (Mt 27,24). Y hay también otro testigo de la inocencia de Jesús, el ladrón que fue primero al paraíso, que increpaba a su compañero y decía: «Nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho (Lc 23,41), pues tú y yo estuvimos en su juicio»7.

Realidad de la crucifixión

4. Así pues, Jesús padeció realmente por todos los hombres. La cruz no es ninguna ficción, pues en ese caso también la redención sería algo fingido. La muerte no fue algo aparente, sino una realidad indiscutible. Si no fuese así, la salvación sería una fábula sin más. Si la muerte hubiese sido sólo aparente, tendrían razón quienes decían: «Señor, recordamos que ese impostor dijo cuando aún vivía: "A los tres días resucitaré"» (Mt 27,63). La pasión fue, pues, real: fue verdaderamente crucificado, y no nos avergonzamos de ello; fue crucificado y no lo negamos. Más bien me glorío en ello cuando lo digo. Pues si ahora lo niego, argüirá en mi contra el Gólgota que tenemos aquí tan próximo8. Argüirá en contra mía el madero de la cruz, que a trozos pequeños ha sido distribuido desde ese lugar a todo el mundo. Confieso la cruz una vez que he conocido la resurrección. Pues si no hubiese ido más allá de la cruz, tal vez no lo habría confesado y la hubiese escondido juntamente con el maestro. Pero, puesto que la resurrección ha seguido a la cruz, no me da vergüenza proclamarla9 .

Condenado sin pecado alguno

5. Fue crucificado él, que, como todos, vivió en la carne, pero no con pecados semejantes. Pues no fue llevado a la muerte por la avidez de riquezas, pues era un maestro en la pobreza y en la renuncia a los bienes. No fue condenado por su pasión libidinosa, él que dijo claramente: «Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón» (Mt 5,28). A nadie golpeó o hirió con soberbia, sino que a quien le golpeaba le mostró la otra mejilla (5,39). Y no despreciaba la Ley, sino que la llevaba a su plenitud (5,17). No acusaba de falsedad a los profetas, pues él era el que había sido anunciado por ellos10. No defraudaba en los pagos, pues

curaba sin cobrar y gratuitamente. No pecó en modo alguno ni de palabra ni de obra ni de pensamiento. «El que no cometió pecado, y en cuya boca no se halló engaño; el que, al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer, no amenazaba...» (I Pe 2, 22-23; cf. Is 53,9), que no vino a la pasión forzado, sino por su propia voluntad. Y a quien le dijo que tuviese compasión de sí mismo, le dijo aquello de: «Apártate de mí, Satanás» (Mt 16,23).

Voluntariamente fue a la pasión sin rehuirla

6. ¿Quieres persuadirte más de que vino por voluntad propia a la pasión? Todos los demás, que ignoran su destino, mueren de mala gana, pero él predijo de su propia pasión: «El Hijo del hombre va a ser entregado para ser crucificado» (Mt 26,2). ¿Sabes por qué él, que amaba a los hombres, no rehusó la muerte? Para que el mundo no se perdiese por sus pecados. «Mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado y será crucificado» (vid. Mt 20,18-19). Y, por otra parte: «El se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén»11. ¿Deseas conocer claramente que la cruz de Jesús es gloriosa? No me oigas a mí, sino a quien así lo dice. Era Judas quien lo entregaba, lleno de ingratitud hacia quien los había invitado. Se marchó pronto de la mesa tras beber el cáliz de la bendición, pero pasó de esta bebida de la salvación a derramar la sangre del justo. «El que mi pan comía, levanta contra mí su calcañar» (Sal 41,10)12. Poco antes sus manos recibían las bendiciones (o los trozos del pan bendecido), e inmediatamente después tramaba su muerte por el dinero por el que había pactado la traición. Al ser cogido en ello y al oír lo de «Tú lo has dicho» (Mt 26,25), salió de nuevo. Después dijo Jesús: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre» (Jn 12,23). ¿Ves cómo sabía que su propia cruz era gloria para él?13. Si Isaías, al ser aserrado14, no cree que eso sea vergonzoso, Cristo, que muere por el mundo, ¿lo considerará un oprobio? «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre» (Jn 12,23): no porque antes careciese de gloria. Pues había sido glorificado «con la gloria que tenía a tu lado (en frase deJesús) antes que el mundo fuese» (Jn 17,5; cf. 17,24). Pero desde la eternidad era glorificado como Dios; ahora, sin embargo, era glorificado en la corona del sufrimiento. No perdió su vida sin que lo quisiese ni fue muerto desprovisto de su fuerza, sino voluntariamente. Escucha lo que dice: «Tengo poder para darla (la vida) y poder para recobrarla de nuevo» (Jn 10,18). Cedo ante los enemigos voluntariamente, pues, si no quisiera, no se realizaría. Llegó a la pasión por su voluntad libre, alegrándose de la obra eximia y más todavía por la corona que habría de recibir y por la salvación de los hombres. Al no avergonzarse ante la cruz, llevaba la salvación a todo el orbe. Y no era un hombre vil el que sufría, sino Dios hecho hombre luchando por el premio a su obediencia.

El Mesías sufriente, nueva enseña ante los gentiles

7. Pero los judíos están en contra, siempre preparados para la contradicción y tardos para creer. Por eso decía el profeta que se ha leído15: «Señor, ¿quién ha dado crédito a nuestra predicación?» (Is 53,1). Creen los persas, pero no creen los hebreos. «Los que ningún anuncio recibieron de él, le verán, y los que nada oyeron, comprenderán» (Rm 15,21, tomado de Is 52,15). Y los que reflexionan sobre ello, rechazarán aquello en lo que piensan. Nos replican y dice: ¿Es que acaso sufre Dios? ¿Y no hubo fuerzas humanas mayores que la misma fuerza del Señor? Leed las Lamentaciones: quejándose de ustedes Jeremías, escribió en ellas cosas verdaderamente dignas de lamentar. Vio vuestra perdición y contempló vuestra caída. Se lamentaba de la Jerusalén antigua, pues por la que ahora existe no habrá llantos16. Aquella

crucificó al Mesías, pero la presente lo adora. En las Lamentaciones se dice: «Nuestro aliento vital, Cristo el Señor, quedó preso en nuestra corrupción»17. ¿Pero acaso estoy usando expresiones imaginarias? El texto habla de Cristo el Señor, hecho prisionero por los hombres. ¿Qué sucederá entonces? Dímelo, profeta. Y responde: «¡A su sombra viviremos entre las naciones!» (Lm 4,20b). Pero señala que la gracia de la vida ya no estará en Israel, sino entre los genliles.

Escuchar y averiguar los testimonios de la Pasión en las Escrituras

8. Pero como ellos nos contradicen de múltiples maneras, vamos, aunque sea brevemente, a exponer, con la gracia del Señor, algunos testimonios de la pasión. Porque todo lo que atañe a Cristo ha quedado escrito: nada es ambiguo ni ha quedado nada sin consignar; todo ha quedado escrito en los testimonios de los profetas, y no en tablas de piedra, sino claramente descrito por el Espíritu Santo. Así pues, cuando oyeres el relato evangélico sobre las acciones de Judas, ¿acaso no debes prestar atención a este testimonio? Oíste que el costado de Cristo fue atravesado por una lanza. ¿No deberás examinar que también eso está escrito? (Jn 19,24-37). Oíste que fue crucificado en el huerto. ¿No deberás comprobar que eso ha quedado escrito? (Jn 19,41). Oíste que fue vendido en treinta monedas de plata. ¿No escucharás al profeta que habló de ello (cf. Mt 26,15 y Zac 11,12b). Oíste que le fue dado a beber vinagre. Aprende también dónde está esto escrito (cf.Jn 19,29 y Sal 69,22b). Oíste que el cuerpo fue sepultado dentro de una roca tapada con una piedra (Mt 27,60). ¿No aceptarás el testimonio del profeta sobre este asunto (cf. Is 53,9)? Oíste que fue crucificado entre ladrones (Mt 27,38). ¿No debes enterarte también de si eso estaba escrito18? Oíste que fue sepultado (Mt 27,59-60). ¿No deberás averiguar si en algún lugar se escribió acerca de su sepultura (Is 53,9)? Oíste que resucitó. ¿No deberás investigar si te engañamos con estas enseñanzas? Aunque «mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría» (1 Cor 2,4). No se construyen aquí artificios sofistas19, sino que más bien se deshacen. No se trata de una guerra de palabras, que a veces se revelan inútiles, sino que «predicamos a un Cristo crucificado» (I Cor 1,23), la cual cosa había sido predicada anteriormente por los profetas. Y ahora tú, al acoger estos testimonios, séllalos en tu corazón. Pero, al ser muy numerosos y carecer ahora de más tiempo, séanos permitido en este momento que escuches algunas cosas que tienen mayor importancia. Entiende tú nuestra argumentación y tómate el trabajo de averiguar lo demás. Y que tu mano no esté tendida sólo para recibir, sino también para actuar (vid. tal vez Eclo 4,31). Dios todo lo gratifica. «Si alguno de ustedes está a falta de sabiduría, que la pida a Dios, que da a todos generosamente» (Sant 1,5), y la recibirá de él. El cual, movido por vuestras súplicas, nos conceda, a los que les hablamos, poderlo hacer y, a ustedes que escucháis, creer20.

Datos sobre la traición de Judas

9. Busquemos, por consiguiente, los testimonios acerca de la pasión de Cristo. Hemos decidido no hacer una exposición puramente contemplativa de las Escrituras, sino más bien convencernos, mediante datos ciertos, de aquellos que creemos. Antes recibiste los testimonios acerca de la venida de Jesús21. También está escrito que caminó sobre el mar (Sal 77,20: «¡Por el mar iba tu camino!»;Job 9,8b: «Holló la espalda de la Mar») y has recibido el testimonio de diversas curaciones. Comenzaré, pues, por el principio de la Pasión: Judas fue traidor, llegó como adversario y allí estuvo hablando de modo pacífico mientras maquinaba hostilidades. Dice de él

el Salmista: «Mis amigos y compañeros se apartan de mi llaga, mis allegados a distancia se quedan» (Sal 38,12). Y también: «Sus palabras, más suaves que el aceite, son espadas desnudas» (Sal 55,22), o: «¡Salve, Rabbí!» (Mt 26,49). En ese momento entregó al Maestro a la muerte sin tener en cuenta la advertencia de quien decía: «¡Judas, con un beso entregas al Hijo del hombre!» (Lc 22,48). Es como si le reprendiera con esto: «Acuérdate de tu nombre», pues Judas significa «confesión». Hiciste un pacto, recibiste la plata. «¡Oh Dios de mi alabanza, no te quedes mudo! 22. Boca de impío, boca de engaño, se abren contra mí. Me hablan con lengua de mentira, con palabras de odio me envuelven» (Sal 109,1-3a). Pero ya oíste23 que estaban allí incluso algunos de los principales sacerdotes y que fue maniatado ante las puertas de la ciudad. Ten en cuenta lo que dice el salmo acerca del tiempo y el lugar: «Regresan a la tarde, aullan como perros, rondan por la ciudad» (Sal 59,7.15).

10. Escucha, pues, también acerca de las treinta monedas de plata: «Yo les dije: "Si les parece bien, dadme mi jornal; si no, dejadlo"» (Zac 11,12), y lo que sigue24. A mí me debéis25 la gracia de la curación de los ciegos y de los cojos. Y es otra la que recibo: en lugar de agradecimiento, ultraje; en lugar de adoración, injuria. Ves cómo la Escritura conoció con antelación el futuro: «Ellos pesaron mi jornal: treinta siclos de plata» (Zac 11,12). ¡Oh palabra profética de literal precisión! ¡Oh sabiduría inmensa y certera del Espíritu Santo! Pues no dijo diez ni veinte, sino expresa y exactamente «treinta», como en realidad fueron. Di también, profeta, a dónde fue a parar esta paga. El que la recibió, ¿la retendrá o la habrá de devolver? Y, después de devolverla, ¿adónde caerá él? Dice, en efecto, el profeta: «Tomé, pues, los treinta siclos de plata y los eché en la casa de Yahvé, en el horno» (Zac 11,13). Compara el Evangelio con la profecía: «Entonces Judas, ... acosado por el remordimiento, dice, ... tiró las monedas en el Santuario; después se retiró», etc. (Mt 27,3.5).

11. Pero intento suprimir aquí una aparente ambiguedad26. Pues quienes rechazan a los profetas argumentan que el profeta dice: «Los eché en la casa de Yahvé, en el horno» (Zac 11,13). Y el Evangelio, en cambio: «Las vieron por el Campo del Alfarero» (Mt 27,10). Pero atiende a cómo ambas cosas son verdad. Los judíos, es decir, aquellos que entonces eran príncipes de los sacerdotes, al ver que Judas se arrepentía y exclamaba: «Pequé entregando sangre inocente» (27,4), replican: «A nosotros, ¿qué? Tu verás» (ibid.). ¿Nada tiene que ver con ustedes, que lo crucificasteis? Que vea el que recibió y devolvió el dinero del crimen. ¿Y nada tendréis que ver quienes lo habéis hecho? Después dicen entre sí: «No es lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, porque son precio de sangre» (27,6). Vuestra boca les condena, puesto que el precio es abominable y abominable es también el crimen: si cumples la justicia crucificando a Cristo, ¿por qué no aceptas el precio? Pero nos preguntábamos: ¿Cómo es que no hay desacuerdo entre el evangelio que dice «Campo del Alfarero» y el profeta que menciona «el horno»? En realidad, no sólo disponen de horno quienes trabajan el oro ni sólo quienes trabajan con monedas, sino que también los alfareros tienen un horno para el barro. Separan la tierra más fina y la más espesa, colando la que se utilizará para separarla de los guijarros y escogiendo abundante material moldeable, lo amasan a continuación preparando así lo que se habrá de cocer. ¿De qué, pues, te asombras si el evangelio habla, con mayor claridad, del «Campo del Alfarero», al tiempo que el profeta pronunció su profecía de modo enigmático, siendo así que las profecías se contienen a menudo en enigmas?

El juicio y los escarnios de Jesús

12. «Entonces le prendieron, se lo llevaron y le hicieron entrar en casa del Sumo Sacerdote» (Lc 22,54). ¿Quieres saber y ver que también esto está escrito? Dice Isaías: «¡Ay de aquellos que deliberaron depravadamente entre sí diciendo: maniatemos al justo, porque nos resulta incómodo» (Is 3,9.10 LXX). Ciertamente: «¡Ay de aquellos!». Veamos esto. Isaías fue partido en dos, pero el pueblo recibió después la salud. Jeremías fue arrojado al lodo de la cisterna (38,6), pero así se curó la herida de los judíos, porque, al ser un pecado contra un hombre, era más leve. Pero los judíos no pecaron contra un hombre, sino contra Dios hecho hombre. «¡Ay de ellos!». Pero, «maniatemos al justo», decíamos. ¿No podrá desatarse a sí mismo, replicará alguno, el que libró a Lázaro de las ataduras de una muerte ya de cuatro días? (Jn 11,39.44) y el que dejó libre a Pedro de las cadenas de hierro de la prisión (Hech 12,7). Los ángeles se encontraban dispuestos diciendo: «Rompamos sus coyundas» (Sal 2,3)27, aunque se abstienen de la violencia porque Dios quiso sufrir esto. Fue conducido también a juicio entre los ancianos (Mt 26,57). De ello tenía ya un testimonio: «Yahvé demanda en juicio a los ancianos de su pueblo y a sus jefes» (Is 3,14).

13. Pero al interrogarle el Sumo Sacerdote, se indigna al oír la verdad (Mt 26,62-63) y uno de los peores de sus servidores le da una bofetada. Aquel rostro, que en otro momento había resplandecido como el sol (Mt 17,2), soportó que unas manos inicuas lo quebrasen, y otros se acercaban escupiendo al rostro de quien mediante la saliva había curado al ciego de nacimiento (Jn 9,6). «¿Así pagáis a Yahvé, pueblo insensato y necio?» (Dt 32,6). Y el profeta, asombrado, dice: «¿Quién dio crédito a nuestra noticia?» (Is 53,1)28. Es cosa realmente increíble que Dios, el Hijo de Dios y el brazo de Yahvé29 estén expuestos a estas cosas. Pero, para que los que se salvan no rehúsen creer en esto, el Espíritu Santo lo predice de la persona de Cristo cuando éste exclama (pues él era el que entonces hablaba y más tarde se hizo presente): «Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban» (Is 50,6)30. Y Pilato, una vez flagelado, lo entregó para ser crucificado (Mc 15,15): «Ofrecí... mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salivazos» (Is 50,6). Como si dijera: previendo que me habían de golpear, ni siquiera torcí la mejilla levemente. ¿Cómo fortalecería a los discípulos ante la muerte que debía arrostrar por la verdad si yo mismo me aterrorizaba por ella? Yo había dicho: «El que ama su vida, la pierde» (Jn 12,25). Si yo amase la vida, ¿cómo daría lecciones sin hacer lo que enseño? Por consiguiente, él, siendo Dios, soportó sufrir estas cosas de parte de los hombres para que nosotros los hombres no nos avergonzásemos luego de sufrir de los hombres cosas tales por su causa. Ves que estas cosas han sido ampliamente predichas por los profetas. Pero, como antes dije, muchos testimonios de la Escritura los pasamos por alto a causa del poco tiempo disponible. Pero si alguien lo investiga todo cuidadosamente, ninguna de las cosas referentes a Cristo quedará sin su correspondiente testimonio.

Ante Pilato y Herodes

14. Maniatado llegó de Caifás hasta Pilato. ¿Acaso no estaba también esto previamente escrito? «Y, atándolo, lo llevaron como presente al rey Jarim» (Os 10,7 LXX)31. Pero alguno de ustedes argüirá molesto: «Pilato no era rey (omitiendo además bastantes otros detalles). ¿Cómo, pues, «atándolo, lo llevaron como presente al rey Jarim»? Pero lee el Evangelio: «Al oír Pilato que él era de Galilea, ... le remitió a Herodes»32. Herodes era entonces rey y se encontraba en Jerusalén (cf. Lc 23,7). Y observa la aplicada diligencia del profeta, pues dice que fue enviado en lUgar de

regalos, porque «aquel día Herodes y Pilato se hicieron amigos, pues antes estaban enemistados» (Lc 23,12). Era oportuno que el que había de llevar la paz a la tierra y cielo pacificase, como primeros de todos, a quienes a él le condenaban. Pues era el mismo Señor, «que reconcilia los corazones de los príncipes de la tierra» (Job 12,24)33. Acepta las precisiones y el testimonio auténtico de los profetas.

Más sobre el juicio de Jesús

15. Admira al Señor a quien juzgan. Aceptó ser llevado por los soldados y que diesen vueltas a su alrededor mientras Pilato estaba «sentado en el tribunal» (Mt 27,19). El, que está sentado a la derecha del Padre, estaba en pie mientras era juzgado. El pueblo por él liberado de la tierra de Egipto, y tantas otras veces de otros lugares, vociferaba contra él: «¡Crucifícalo,crucifícalo!» (Jn 19,6). ¿Por qué así, oh judíos? Ante esto, el profeta exclama estupefacto: «¿Contra quién abrís la boca y sacáis la lengua?» (Is 57,4). El Señor mismo relata en los profetas: «Se ha portado conmigo mi heredad como un león en la selva: me acosaba con sus voces; por eso la aborrecí» (Jer 12,8). No la expulsé yo, sino que ellos me expulsaron a mí. Por eso digo consecuentemente: «He abandonado mi casa»34.

La actitud del Siervo durante el juicio

16. Juzgado, callaba, de modo que Pilato estaba padeciendo y decía: «¿No respondes nada? ¿Qué es lo que estos atestiguan contra ti?» (Mt 26,62). No porque conociera al que estaba siendo juzgado, sino porque temía qué significado tendría para él el sueño de su mujer (Mt 27,19). Y Jesús callaba. Dice el salmista: «Soy como hombre que no oye, ni tiene réplica en sus labios» (Sal 38,15). Y, además: «Mas yo como un sordo soy, no oigo, como un mudo que no abre la boca» (38,14; cf. Is 53.7). También esto lo has oído, si recuerdas.

17. Pero los soldados a su alrededor se burlan de él. El Señor es para ellos objeto de escarnio y de él se hace mofa. «Me ven y menean su cabeza» (Sal 109,25). Se vislumbra el reino en imagen: se burlan, pero doblan su rodilla (Mt 27,29); unos soldados lo clavan a la cruz, pero antes le colocan un manto de púrpura (27,28) y una corona sobre su cabeza. ¿De qué es, sino de espinas? (27,29). Es proclamado rey de todo por los soldados. También fue oportuno que Jesús fuese coronado en figura por los soldados, de manera que por eso dice la Escritura en el Cantar de los Cantares: «Salid a contemplar, hijas de Sión, a Salomón el rey, con la diadema con que le coronó su madre» (Cant 3,11). Aquella corona era un misterio, pues era la destrucción de los pecados y la absolución de la sentencia de condenación.

La maldición de la higuera

18. Adán recibió la condena: «Maldito sea el suelo por tu causa... Espinas y abrojos te producirá» (Gén 3,17.18). Por eso tomó sobre sí Jesús las espinas, para deshacer la maldición; y por eso fue sepultado en tierra, para que la tierra que había sido maldecida recibiese bendición en lugar de maldición. En el momento del primer pecado, se ciñeron unas hojas de higuera (Gén 3,7). Por eso Jesús puso fin a los signos con una higuera. Pues, cuando tenía que marchar a la pasión, hirió a la higuera con una maldición (cf. Mt 24,32 ss). No se refirió a toda higuera, sino a aquella sola diciendo en imagen: «¡Que nunca jamás coma nadie fruto de ti!» (Mc 11,14): quede deshecha la

condena. Y en la época en que las higueras se revisten de hojas es precisamente cuando no hay alimentos. ¿Quién ignora que en tiempo de invierno la higuera no da frutos, sino que sólo tiene hojas? ¿Es que Jesús ignoraba lo que todos sabían? No, sabe de qué va y viene buscando, aunque sin desconocer que no encontrará nada, extendiendo su maldición sólo a las hojas35.

Jeremías, imagen de Jesús despreciado

19. Una vez que nos hemos acercado a las cosas del paraíso, admiro ciertamente la verdad de las figuras36. En el paraíso se produjo la caída, y en el huerto la salvación; del árbol vino el pecado, pero hasta el árbol37 llegó el pecado; a la tarde, cuando el Señor iba caminando, buscaron escondite (Gén 3,8), y es por la tarde cuando el ladrón es introducido por el Señor en el paraíso (Lc 23,43). Pero alguno me dirá: piensa, a ver si me puedes mostrar por los profetas el leño de la cruz, pues no asentiré si no me muestras un testimonio profético. Pues bien, escucha a Jeremías y convéncete: «Y yo que estaba como cordero manso llevado al matadero, sin saber...» (Jer 11,19). Lee, además, esta pregunta que, como dije, hace Jesús: «¿No sabéis que dentro de dos días es la Pascua; y el Hijo del hombre va a ser entregado para ser crucificado?» (Mt 26,2)38. ¿Era acaso él quien lo ignoraba? «Y yo que estaba como cordero manso llevado al matadero, sin saber...» (Jer ibid.). Pero, ¿cuál es la señal? Entiéndase a Juan Bautista cuando dice: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29). ¿Acaso él, que conoce los pensamientos, ignoraba los acontecimientos? ¿Y qué es lo que dijeron?: «... contra mí tramaban maquinaciones: "Queremos poner madera en su pan"» (Jer 11,19b LXX)39. Si Dios te considera digno de ello, más tarde conocerás que su cuerpo mostraba, según el evangelio, la figura del pan. Así pues, «venid, queremos poner madera en su pan, borrémoslo de la tierra de los vivos, y su nombre no vuelva a mentarse»40. La vida no se destruye. ¿Por qué les fatigáis con un trabajo inútil? Vuestro proyecto es vano. ¡Sea su nombre bendito para siempre, que dure tanto como el sol! (Sal 72,17). Y que la vida estaba colgada en el madero, lo dice Moisés lamentándose: «tu vida estará ante ti como pendiente de un hilo, tendrás miedo de noche y de día, y ni de tu vida te sentirás seguro» (Dt 28,66). Y lo que se leyó hace poco: «¿Quién dio crédito a nuestra noticia?» (Is 53,1).

La salvación desde el leño de la cruz

20. Esta figura la ilustró Moisés crucificando a la serpiente, para que quien hubiera sido mordido por una serpiente viva, al mirar la serpiente de bronce, consiguiese, por creer, la salvación (Núm 21,4-9). Y si la serpiente de bronce crucificada concede la salvación, ¿no otorgará la salvación el Hijo de Dios clavado a la cruz? Por un leño viene siempre la salvación. En tiempos de Noé, por un arca de madera se conservó la vida (Gén 7,23). Y cuando Moisés extendió su vara sobre el mar, que se retiró por reverencia hacia el que lo tocaba (Ex 14,16-21). Y si Moisés tanto pudo con su cayado, ¿será ineficaz la cruz del Salvador? Dejo a un lado, en honor a la brevedad, otras muchas figuras. Sin embargo, volvió dulce el agua en su momento (Ex 15,25), y del costado de Cristo brotó el agua en el madero (Jn 19,34)41.

Más sobre el agua y la sangre del costado

21. El primero de los signos de Moisés es el agua y la sangre. Y este primero de todos fue el último de los signos de Jesús. En primer lugar, Moisés transformó el río en sangre (Ex 7,20) y Jesús, por último, hizo brotar desde el costado agua con sangre. Quizá a causa de las dos voces,

de una parte la de quien le juzgaba, y de otra la de quienes cruelmente gritaban. O, quizá, por causa de los que creyeran o de los incrédulos. Pues mientras Pilato decía: «Soy inocente», otros vociferaban: «su sangre sobre nosotros...» (Mt 27,24.25). Ambas cosas brotaron de su costado: el agua, quizá en referencia al juez, y la sangre teniendo en cuenta a los que gritaban. Pero también puede entenderse así: la sangre para los judíos, el agua para los cristianos. Para aquellos, insidiosos, la condenación por la sangre derramada; para ti, que ahora crees, la salvación por el agua. Nada ha sucedido en vano. Nos han transmitido los intérpretes de la Escritura42, nuestros Padres, otra explicación del asunto: en los evangelios se habla de una doble fuerza del bautismo de salvación. Una, a través del agua, que se concede a los que son iluminados43, y otra que en tiempo de persecución se da a los mártires mediante su propia sangre. Brotaron del costado del Salvador sangre y agua que confirman la gracia de la confesión hecha por Cristo44 tanto en el bautismo como en épocas de martirio. Pero también hay otra causa de aquello del costado. Principio y cabeza del pecado fue la mujer, que fue formada de un costado. Pero una vez que vino Jesús, para otorgar el perdón a la vez a hombres y mujeres, el costado fue traspasado en las mujeres con el fin de deshacer el pecado.

Gloriarse en la cruz

22. Pero si alguien profundiza más, encontrará también otras causas, aunque baste lo dicho tanto por la escasez de tiempo como por no cansar sus oídos, aunque nunca se debe experimentar cansancio de oír los triunfos del Señor, sobre todo, en este Gólgota tres veces santo, pues algunos sólo oyen, pero nosotros también vemos y tocamos45. Que nadie se canse. Con la misma cruz toma las armas contra los adversarios. Haz de la fe en la cruz el estandarte contra los contradictores. Cuando tengas que discutir sobre la cruz contra los que no creen, haz antes con la mano la señal de la cruz y callará el enemigo. No te avergüences de confesar la cruz. Pues en ella se glorían los ángeles diciendo: «Sé que buscáis a Jesús, el Crucificado» (Mt 28,5). ¿Es que acaso no podías, oh ángel, decir: «Sé a quien buscáis, a mi Señor». Pero «yo, dice sin embargo con confianza, lo he conocido crucificado». La cruz es, pues, triunfo y no ignominia.

En el Crucificado está la salvación

23. Por lo demás volvamos a lo que queríamos mostrar por los profetas. El Señor fue crucificado y has recibido los testimonios. Ves el lugar del Gólgota...46. Aclamas asintiendo a lo que se dice: mira de no negarlo en alguna ocasión en época de persecución. Que la cruz no sea para ti alegría sólo en tiempo de paz: ten la misma fe en época de persecución, que no ocurra que seas amigo de Jesús en tiempo de paz y enemigo en tiempo de dificultades. Ahora recibes el perdón de tus pecados y las gracias generosas del regalo espiritual del Rey. Cuando estalle la guerra, combate esforzadamente por tu rey. Jesús, que nada había pecado, ha sido crucificado por ti. ¿Y no te dejarás tú crucificar por aquel que por ti fue clavado a la cruz? No eres tú quien da la gracia, pues primero la recibiste tú. Lo que haces es devolverla pagando la deuda al que en el Gólgota fue crucificado por ti. Pero Gólgota significa «Lugar de la Calavera» (cf. Jn 19,17). ¿Quiénes pusieron, proféticamente, a aquel lugar el nombre de Gólgota, en el que Cristo cabeza padeció la cruz? Como dice el Apóstol: «El es imagen de Dios invisible» (Col 1,15) y, un poco más abajo, «El es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia» (1,18) y, a su vez: «la cabeza de todo varón es Cristo» (I Cor 11,3) y también, «es la Cabeza de todo Principado y de toda Potestad» (Col 2,10). La Cabeza padeció en el «Lugar de la Calavera». ¡Oh nombre grande y lleno de sentido

profético! Pues casi el nombre mismo te advierte como diciendo: no te fijes en el crucificado como un simple hombre. Pues es «Cabeza de todo Principado y toda Potestad». Es «Cabeza de toda Potestad» el que ha sido clavado a la cruz y que tiene al Padre por cabeza: pues «la cabeza del hombre es Cristo... y la cabeza de Cristo es Dios» (1 Cor 11,3).

Otros detalles de la Pasión predichos por los profetas

24. Cristo fue, pues, crucificado por nosotros. El juicio se celebró de noche y en un ambiente frío, motivo por el que encendieron unas brasas (Jn 18,18). Fue crucificado a la hora tercia (Mc 15,25). Desde la hora sexta hubo tinieblas hasta nona (Mt 27,45). Y de nuevo hubo luz desde la hora nona. ¿Acaso también estas cosas están escritas? Busquemos. Dice, pues, Zacarías: «Aquel día no habrá ya luz, sino frío y hielo (por aquello de que Pedro se calentaba). Un día único será, conocido sólo de Yahvé» (Zac 14,6-7). ¿Qué pasa? ¿No conoció acaso otros días? Pero «éste es el día que hizo Yahvé» (Sal 118,24), el de la paciencia del Señor, «conocido sólo de Yahvé; no habrá día y luego noche» (Zac 14,7). ¿Cuál es el enigma que narra el profeta? Aquel día no consta de día y noche. ¿Cómo lo llamaremos? El Evangelio lo interpreta con su narración. «No habrá día». Pues el sol no brilló, como acostumbra, de oriente a occidente, sino que desde la hora sexta hasta la hora nona hubo tinieblas a mitad del día. Hubo, pues, tinieblas de por medio. Pero Dios había llamado a las tinieblas «noche». Por tanto, no había distinción entre día y noche: ni la luz era total, de modo que se llamase «día», ni podía llamarse «noche» porque todo fuese tinieblas, sino que el sol brilló después de nona. Esto lo anuncia el profeta, pues después que dijo «no habrá día y luego noche» (14,7), añade: «a la hora de la tarde habrá luz» (ibid.). ¿Te das cuenta de lo acertado de la palabra de los profetas y de la verdad de las cosas predichas?

25. Pero, ¿quieres saber exactamente la hora en que el sol se oscureció, hora quinta, octava o décima? Díselo claramente, oh profeta, a los judíos incrédulos: ¿Cuándo se ocultó el sol? Dice, en efecto, el profeta Amós: «Sucederá aquel día—oráculo del Señor Yahvé—que yo haré ponerse el sol a medio-día» (se hicieron tinieblas desde la hora sexta), «y en plena luz del día cubriré la tierra de tinieblas» (Am 8,9). ¿Cuál es esta distribución del tiempo, oh profeta, y cuál es el día?: «Trocaré en duelo vuestra fiesta» (Am 8,10). De hecho, esto estaba sucediendo en los ácimos y en la fiesta de la Pascua (Mc 14,1). Y dice después: «Lo haré como duelo de hijo único y su final como día de amargura» (Am 8,10c). En el día, pues, de los Acimos y en la fiesta de las mujeres se lamentaban y lloraban (Lc 23,27), mientras los apóstoles, ocultos, estaban deshechos de dolor. Admirable es, pues, la profecía.

El manto y la túnica

26. Pero, dirá alguno, dame otro signo. ¿Qué otra nota hay característica de todo esto?Jesús fue crucificado. El se servía de una túnica y de un manto. Pero los soldados se repartieron el manto tras dividirlo en cuatro partes. Sin embargo, la túnica no la rasgaron porque, partida de ese modo, para nada hubiera servido, sino que los soldados se la echaron a suertes entre ellos (Jn 19,23-24). Se reparten el manto y echan a suertes la túnica. ¿No estaba también eso escrito? Pues bien, los afanosos salmistas de la Iglesia47, que imitan a los ejércitos angélicos, lo saben y celebran a Dios con alabanzas continuas. Quienes son considerados dignos de esto, salmodien en este santo Gólgota48 y digan: «Repártense entre sí mis vestiduras y se sortean mi túnica» (Sal 22,19). Aquel sorteo fue el sorteo de los soldados.

La capa púrpura

27. Cuando estaba siendo juzgado por Pilato, estaba vestido de rojo, lo cubrieron con un manto de púrpura (/Mt/27/28). ¿También está escrito esto? Dice Isaías: «¿Quién es ése que viene de Edom, de Bosrá, con ropaje teñido de rojo?» (Is 63,1). Como queriendo decir: ¿quién es éste que es vestido de púrpura para avergonzarlo? Pues a eso suena Bosrá entre los hebreos49.

«Y, ¿por qué está de rojo tu vestido, y tu ropaje como el de un lagarero?» (63,2). Y responde diciendo: «Alargué mis manos todo el día hacia un pueblo rebelde que sigue un camino equivocado en pos de sus pensamientos» (Is 65,2).

La cruz de Cristo y su eficacia salvadora

28. Extendió sus manos en la cruz para abarcar los confines del mundo. Pues el lugar central de la tierra está aquí, en el Gólgota. Y no es palabra mía, sino del profeta que dice: «Autor de salvación en medio de la tierra» (Sal 74,12). Extendió sus manos humanas, con la sola ayuda de las cuales y con su mente tras ellas dio consistencia al cielo (cf. Sal 33,óa). Fueron fijadas con clavos para que, clavados al leño y aniquilados los pecados de los hombres que su humanidad llevaba cargados sobre sí, a la vez muriese el pecado y resucitásemos nosotros en la justicia50. Pues como por un hombre vino la muerte, también por un hombre vino la vida (cf. Rom 5,12-21): por un hombre, el Salvador, que padeció la muerte voluntariamente. Acuérdate de aquello: «Tengo poder para darla (la vida) y poder para recobrarla de nuevo» Un 10,18).

El carisma profético de Israel, viña estéril, en la Iglesia

29. El soportó estas cosas al haber venido a salvar a todos. Pero el pueblo se lo pagó de mala manera. DiceJesús: «Tengo sed» (Jn 19,28), él, que de una áspera roca les dio agua (Ex 17,1-7) y exige los frutos de la viña que plantó (Jer 2,21; Is 5,2). Pero, ¿de qué viña? Por su naturaleza, sería la que existía desde los santos Patriarcas, pero es en realidad la que, por la tentación, proviene de Sodoma la que le alcanza al Señor sediento el vinagre mediante una esponja empapada y puesta en una caña (cf. Jn 19,29). Se cumple así aquello de: «Porque su viña es viña de Sodoma y de las plantaciones de Gomorra» (Dt 32,32a)51. Y también: «Veneno me han dado por comida52, en mi sed me han abrevado con vinagre» (Sal 69,22). Ves la perspicacia de la predicción profética. ¿Y cómo fue la hiel que pusieron en mi boca? «Le daban, dice, vino con mirra» (Mc15,23). Mirra, con sabor a hiel y un poco amarga53. «¿Así pagáis al Señor?» (Deut 32,6). ¿Es esto lo que ofreces, viña, al Señor? Ya se quejaba justamente de ustedes Isaías, diciendo: «Una viña tenía mi amigo en un fértil otero» (Is 5,1)54. Y, por abreviar: «Esperó, dice, que diese uvas» (5,2). Tuve sed y quise que diese vino, «pero dio espinas55. Ya ves la corona con la que he sido redimido. ¿Qué es lo que haré después? (ch. Is 5,5): «A las nubes prohibiré llover sobre ella» (5,6). Ya no tiene nubes, es decir, ya no tiene profetas, pues es en la Iglesia donde luego han estado los profetas, como dice Pablo: «En cuanto a los profetas, hablen dos o tres, y los demás juzguen» (1 Cor 14,29). Y además: «El mismo (Cristo) dio a uno el ser apóstoles; a otros, profetas» (Ef 4,11)56. Profeta era Agabo, que se ató de manos y pies (Hech 21,10-11).

Jesús, ultrajado en la cruz, entre los dos ladrones

BUEN-LADRON: 30. Sobre los ladrones que fueron crucificados con él (cf. /Lc/23/32) se ha dicho: «Con los rebeldes fue contado» (Is 53,12). Uno y otro57 fueron al principio inicuos, pero uno dejó de serlo. Pero el otro despreció las leyes hasta el final, sin humillarse para su salvación, pues estando clavado de manos, su lengua todavía blasfemaba. Los judíos movían sus cabezas injuriando al crucificado y cumpliendo lo que estaba escrito. «Me ven y menean su cabeza» (Sal 109,25; cf. Mt 27,39 ss; Lc 23,39-43). De él se hacía burla juntamente con los otros, pero uno de ellos increpaba al otro: para él coincidieron el fin de su vida y el comienzo de su enmienda. Entregó su alma y recibió, antes que otros, la salvación. Tras reprender a su compañero, dijo: «Jesús, acuérdate de mí» (Lc 23,42), mis palabras se dirigen a ti. Déjalo a él, pues están ciegos los ojos de su mente, pero «de mí, acuérdate». No digo que te acuerdes de mis obras, pues de ellas tengo miedo. Todo hombre suele unirse amablemente a quien es su compañero de camino. Soy compañero tuyo en el camino hacia la muerte: acuérdate de mí, que soy tu compañero. No digo: ahora «acuérdate de mí», sino «cuando vengas con tu Reino» (ibid.).

La misericordia para con el «buen ladrón»

31. ¿Qué energía, oh ladrón, te iluminó? ¿Quién te enseñó a adorar al que había sido ultrajado y crucificado contigo? ¡Oh luz eterna, que ilumina a los que yacen en tinieblas (vid. Lc 1,79)! Oyó, desde luego, justamente: «Confia»58. No porque tus obras deban ser la base de tu confianza, sino porque ahí hay un rey dispuesto a agraciarte. Era una petición de algo muy lejano, pero la gracia llegó muy rápidamente: «Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,43), puesto que hoy has oído mi voz y no has endurecido tu corazón (Sal 94,8). Con mucha prontitud pronuncié sentencia contra Adán. Y con mucha prontitud te perdono. A él se le dijo: «El día que comieres de él, morirás sin remedio» (Gén 2,17). Tú, en cambio, hoy has dado oídos a la fe, y hoy recibirás la salvación. Por un árbol cayó él, y tú eres introducido, por medio de un árbol, en el paraíso. No temas a la serpiente, pues no te expulsará: ella ya cayó del cielo (cf. Lc 10,18). Tampoco te digo: hoy partirás, sino «confía: hoy estarás conmigo en el paraíso», no serás rechazado. No temas a la espada de fuego (cf. Gén 3,24), pues ella es la que teme al Señor. ¡Oh gracia inmensa e inefable! No ha entrado todavía Abraham el creyente, y ya entra el ladrón. Todavía no han entrado Moisés y los profetas, pero sí entra el ladrón. Antes que tú, se admiró de esto Pablo diciendo: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rm 5,20). Los que han soportado el calor (cf. Mt 20,12) todavía no han entrado, pero sí ha entrado el que llegó a la hora undécima (20,6). Nadie murmure contra el dueño, que dice: «Amigo, no te hago ninguna injusticia... ¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero?» (20,13.15). Quiere el ladrón hacer obras justas, pero la muerte le tiene preocupado. No me fijo tanto en las obras, sino que acepto tu fe. Estoy recogiendo los lirios; ven, que te apaciente en los huertos (cf. Cant 6,2). He encontrado a la oveja perdida y la llevo sobre mis hombros (Lc 15,5). Realmente cree, puesto que ha dicho: «Me he descarriado como oveja perdida (Sal 119,176). Jesús, acuérdate de mi cuando vengas con tu Reino» (Lc 23,42).

El sacerdocio definitivo y eterno de Jesucristo

32. Acerca de este huerto conté ya a mi esposa en el Cantar de los Cantares59, diciéndole estas cosas: «Ya he entrado en mi huerto, hermana mía, novia» (Cant 5,1). De hecho, donde fue

crucificado había un huerto (Jn 19,41). Y, ¿qué deduces de ahí? Que «he tomado mi mirra con mi bálsamo» (Cant 5,1), lo cual se cumple cuando bebe vino mirrado y vinagre (Jn 19,29 par.), y, después de tomarlos, dice: «Todo está cumplido» (Jn 19,30). El misterio ha llegado a su plenitud. Se ha cumplido lo que estaba escrito. Los pecados han sido disueltos, pues, «al llegar Cristo como Sumo Sacerdote de los bienes futuros, a través de una Tienda mayor y más perfecta, no fabricada por mano de hombre, es decir, no de este mundo. Y penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna. Pues si la sangre de machos cabríos y de toros y la ceniza de vaca santifica con su aspersión a los contaminados, en orden a la purificación de la carne, ¡cuanto más la sangre de Cristo...!» (Hebr 9,11-14). Y, por otra parte: «Teniendo, pues, hermanos, plena seguridad para entrar en el santuario60 en virtud de la sangre de Jesús, por este camino nuevo y vivo, inaugurado por él para nosotros, a través del velo, es decir de su propia carne...» (Hebr 10,19-20). Y ya que la carne, su propio velo, fue afectada por el deshonor, por eso el velo del templo, que era figura del futuro, se rasgó, según está escrito: «En esto, el velo del Santuario se rasgó en dos, de arriba abajo» (Mt 27,51). Y nada absolutamente quedó de él. Y puesto que el Señor dijo: «Se les va a dejar desierta vuestra casa» (Mt 23,38), la misma casa quedó destruida61.

Cristo se entrega al Padre

33. Estas cosas las soportó el Salvador, «pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos» (Col 1,20). Pues éramos enemigos de Dios por el pecado, y Dios decidió que era oportuno que el pecador muriese. Era, pues, necesaria una de estas dos cosas: o bien que Dios, consecuentemente, hiciese perecer a todos, o bien que con su clemencia anulase la sentencia dictada. Observa, sin embargo, la sabiduría de Dios: guardó tanto la firmeza de la sentencia como la eficacia de la bondad. Cristo, «sobre el madero, llevó nuestros pecados en su cuerpo, a fin de que, muertos a nuestros pecados, viviéramos para la justicia» (I Pe 2,24; cf. Is 53, 12; 2 Cor 5,21; Rom 6,11.18). No es que careciera de valor el que por nosotros moría: no era una oveja de las que se ven, ni tampoco era sólo un hombre, ni simplemente un ángel. Era Dios hecho hombre. No era tan grande la iniquidad de los pecadores como la justicia de aquel que por nosotros moría62. No pecamos tanto como sobresalió por su justicia aquel que por nosotros entregó su vida, que la entregó cuando quiso y la recobró de nuevo cuando quiso (Jn 10,18). ¿Quieres saber cómo no entregó su vida coaccionado o forzadamente, y que no entregó su espíritu contra su voluntad? Se dirigió al Padre diciendo: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» (Lc 23,46; cf. Sal 31,6), por decirlo yo ahora brevemente, «y, dicho esto, expiró», pero no se mantuvo así largo tiempo, pues rápidamente resucitó de entre los muertos.

Muerte y sepultura

34. Se eclipsó el sol (Lc 23,44) a causa del «sol de justicia» (Mal 3,20)63, «las rocas se hendieron» (Mt 27,51) a causa de la roca inteligibles, «se abrieron los sepulcros» (Mt 27,52) y los muertos resucitaron (52b) por causa de aquel que estaba libre entre los muertos, dejó libres a los «cautivos de la fosa en la que no hay agua» (Zac 9,11). No te avergüences, pues, del crucificado, sino di tú también con confianza: «¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba!... y con sus cardenales hemos sido curados» (Is 53,4.5). No seamos desagradecidos hacia el bienhechor. Y, además: «Por las rebeldías de su

pueblo ha sido herido; y se puso su sepultura entre los malvados y con los ricos su tumba» (53,8-9). Por eso dice Pablo claramente: «Que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, y fue sepultado, y resucitó al tercer día según las Escrituras» (1 Cor 15,3-4).

El sepulcro excavado en roca

35. Pero queremos conocer claramente dónde fue sepultado. ¿Se construyó acaso un sepulcro? ¿Destaca del suelo como las sepulturas regias? ¿Se ha hecho un monumento con piedras adosadas unas a otras? ¿Qué se le puso encima? Hacednos, profetas, la descripción del sepulcro y decidnos dónde fue colocado el cuerpo y dónde lo habremos de buscar. Y ellos responden: «Reparad en la peña de donde fuisteis tallados, y en la cavidad de pozo de donde fuisteis excavados» (Is 51,1). Tienes en los Evangelios: «En un sepulcro excavado en la roca» (Lc 23,53), «en un sepulcro que estaba excavado en roca» (Mc 15,46). ¿Y, además, qué? ¿Cuál es la puerta del monumento? Hay, por otra parte, otro profeta que dice: «Sofocaron mi vida en una fosa y echaron piedras sobre mí» (Lam. 3,53). Yo, la «piedra angular, elegida, preciosa» (1 Pe 2,6), estoy escondido entre la piedra por poco tiempo; «piedra de escándalo» para los judíos (1 Pe 2,8) y de salvación para los que creen. Así pues, el árbol de la vida está plantado en la tierra, para que ésta, que había estado maldita, consiguiese la bendición y fuesen liberados los muertos.

La fuerza de la señal de la cruz

36. Que no nos agarrote la vergüenza de confesar a un crucificado. En la frente, como gesto de confianza, hágase con los dedos la señal de la cruz, y eso para todo: cuando comemos pan o cuando bebemos, en las entradas y salidas, antes de acostarnos, al dormir y al levantarnos, cuando caminamos y cuando estamos quietos. Es una gran protección: gratuita, por los necesitados; no cuesta esfuerzo, por los débiles, y, como quiera que ha sido dada por Dios como gracia: señal de los fieles y temor de los demonios, a los que en ella «exhibió públicamente, incorporándolos a su cortejo triunfal» (Col 2,15). Pues cuando ven la cruz, les viene a la mente la imagen del crucificado. Temen al que machacó las cabezas del dragón (cf. Sal 74,14)65. Porque sea gratuito, no desprecies este signo: venera en él más bien a nuestro bienhechor.

La realidad histórica de la cruz de Cristo

37. Y si alguna vez intervienes en una discusión y te quedas sin argumentos, que tu fe permanezca en ti inconmovible. Porque con la enseñanza que has recibido puedes reducir al silencio a los judíos por medio de los profetas y a los griegos partiendo de sus propias fábulas. Pues estos últimos adoran a los que han muerto por un rayo. Pero al aparecer el rayo, no suele caer al azar. Y si ellos no sienten vergüenza de adorar a los que Dios ha rechazado, ¿te avergonzarás tú, que has sido amado de Dios y eres hijo suyo, de adorar al que ha sido crucificado por ti? Lo que no hago, por vergüenza, es divulgar los vicios de los que ellos llaman sus dioses, y además ahora tampoco hay tiempo. Expónganlos quienes los conocen, Tápese también la boca a todos los herejes. Apártese a quien dijere que la cruz es sólo una apariencia. Debes odiar a los que dicen que Cristo fue crucificado sólo de modo fingido. Pues si ha sido crucificado sólo en apariencia, y ya que de la cruz nos viene la salvación, esta salvación no sería sino una especie de juego. Y si la cruz fuese una fantasia, también lo sería la resurrección. Y si Cristo no resucitó estamos todavía en nuestros pecados (cf. I Cor 15,17). Si la cruz es sólo

imaginación, también lo es la ascensión, pero si la ascensión tampoco es más que fantasía, también lo será la segunda venida. Pero en tal caso nada tiene consistencia.

Que nadie te acuse de haber rechazado la cruz

38. Así pues, acepta la cruz como un cimiento firme y construye sobre él el resto de la fe. No reniegues del crucificado. Pues si reniegas de él, son muchos los que te acusarán. El primero que argüirá contra ti será el traidor Judas. Pues el primero que lo entregó llegó a saber que había sido condenado a muerte por los príncipes de los sacerdotes y por los ancianos (cf. Mt 27,3). Lo atestiguan[66] las treinta monedas de plata (Mt 26,15); lo atestigua Getsemaní, el lugar donde se realizó la traición (Mt 26,47 ss). No le llamo todavía «Monte de los Olivos» (Lc 22,39), en el cual oraban de noche los que estuvieron allí. Lo atestigua la luna que lucía de noche. Lo atestiguan el día y el sol que se eclipsó, pues no podía soportar el crimen de los traidores. Te acusará el fuego alrededor del cual se estaba calentando Pedro (Jn 18,18). Si niegas la cruz, te esperará un fuego eterno. Te hablo de duras realidades, para que no tengas más tarde que experimentar la dureza. Acuérdate de las espadas que caen sobre él en Getsemaní, para que no sufras tú la espada eterna. Te acusará la casa de Caifás, que, aun asolada, muestra hoy todavía el poder de quien en élla fue juzgado. El mismo Caifás se alzará contra ti el día del juicio; se levantará también el siervo que dio una bofetada a Jesús (Jn 18,22), y también los que le maniataron y le condujeron. Contra ti se alzarán a la vez Herodes y Pilatos hablando más o menos de este modo: ¿Por qué niegas a quien fue traído calumniosamente hasta nosotros y de quien honradamente no pudimos decir que hubiera pecado? (cf. Lc 23,14-15). Yo, Pilato, entonces me lavé las manos (Mt 27,24). Estarán en pie contra ti los mismos falsos testigos (cf. Mt 26,60) y los soldados que se pusieron su manto color púrpura y le colocaron la corona de espinas (Jn 19,2) y lo crucificaron en el Gólgota (19,16-18) sorteándose su túnica (19,24). Te acusará Simón de Cirene, que llevó la cruz de Jesús (Lc 23,26).

Objetos, lugares y personas que también son testigos

39. Desde los astros te acusará el sol que se eclipsó (Lc 23,44); de las cosas terrenas, el vino con mirra (Mc 15,23), la caña, el hisopo y la esponja (Mt 27,48) y, de entre los árboles, el leño de la cruz. Y también los soldados que, como dije, le clavaron los clavos y echaron a suertes su ropa (Mt 27,35); el soldado que abrió su costado con la lanza (Jn 19,34) y las mujeres que allí estuvieron (Mt 27,55). Igualmente, el velo del templo que entonces se rasgó (27,51); El Pretorio de Pilato (27,27)[67], en virtud del cual en aquel entonces fue clavado a la cruz y que es actualmente un lugar solitario. También este Gólgota santo y elevado, que se ve desde aquí y que muestra hasta el día de hoy cómo a causa de Cristo se quebraron las piedras en aquel momento (Mt 27,51)[68]. Próximo está también el sepulcro en el que fue colocado, además de la piedra puesta a la entrada (27,60), que hasta el día de hoy está caída junto al sepulcro. Igualmente los ángeles que entonces allí estuvieron (Jn 20,12), las mujeres que le adoraron tras la resurrección (Mt 28,9). Pedro y Juan, que corrieron hasta el monumento (Jn 20,3-4), y Tomás, que introdujo la mano en su costado y puso sus dedos en las señales de los clavos (20,27). El (Tomás) hizo esto diligentemente por nosotros: lo que tú, que no estabas allí, habías de buscar, lo encontró él, que se encontraba allí por un más alto designio de Dios.

Poder salvador de la cruz frente a todos los poderes

40. Tienes como testigos de la cruz a los doce apóstoles, a toda la tierra y al mundo de los hombres que creen en el Crucificado. El hecho mismo de que tú estés aquí debe persuadirte del poder del Crucificado. Pues, ¿quién es el que te trajo a esta asamblea? ¿Qué soldados? ¿Con qué cadenas te trajeron? ¿Qué sentencia judicial te instó a ello? Es el triunfo salvador de Jesús, la cruz, la que atrajo a todos hasta aquí. Es esto lo que redujo a los persas a servidumbre y lo que amansó a los escitas. Es esto lo que dio a los egipcios el conocimiento de Dios en lugar de los ídolos en forma de perros y gatos y de otros múltiples errores. Es esto lo que hasta el día de hoy cura las enfermedades, pone en fuga a los demonios y deshace las imposturas de los filtros mágicos y los encantamientos.

La cruz, fuente de esperanza

41. La cruz aparecerá en su momento con Jesús en el cielo (Mt 24,30). Delante irá el trofeo del Rey, para que los judíos, viendo al que traspasaron (Jn 19,37; cf. Zac 12,10)69 y reconociendo por la cruz al que afrentaron con la ignominia, se deshagan en lamentos. Se alzarán unas tribus contra otras y se lamentarán, pero ya no tendrán tiempo para la penitencia. Nosotros, sin embargo, nos gloriaremos vitoreando a la cruz y regocijándonos en ella, adorando al Señor, que fue enviado y crucificado por nosotros, adorando también a Dios Padre, por quien fue enviado, juntamente con el Espíritu Santo. A él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

....

1. El tema de la catequesis es, sobre todo la muerte de Jesús y su sentido. En cuanto a la estructura de la catequesis, puede tenderse en cuenta lo que se dice en la nota 20.

2. Cf. Rom 5,17: «En efecto, si por el delito de uno soló reino la muerte por un solo hombre, ¡con cuánta más razón los que reciben en abundancia la gracia y el don de la justicia, reinarán en la vida por uno solo, por Jesucristo!». El versículo forma parte de un amplio paralelismo que se establece literariamente, en Rom 5,12-21, entre Adám y Jesucristo. Para una interpretación de este pasaje, y para una interpretación adecuada del sentido del «primer hombre» (cf. I Cor 15,45), conviene tener en cuenta: a) el recurso a la figura de Adán en Rom 5,12-21, así como en I Cor 15,21-22,45-49, es un recurso literario para resaltar sobre todo el señorío del último Adán, Jesucristo, el auténtico prototipo de la humanidad en la creación (cf. Col 1,15-20) y en la resurrección (cf todo lo que es I Cor 15; cf. también Rom 8,29). b) Puesto que la reiterada mención literaria de Adán, tiene por objeto hacer resaltar la victoria de Jesucristo sobre el pecado y la muerte, es Cristo y su obra de rescate el objetivo de Rom 5,12-21, que entonces debe entenderse en el contexto de todo lo que es la carta a los Romanos, especialmente de 1,18 a 8,39. Sobre estas cuestiones me expresé con amplitud en La fuerza del Evangelio (sobre Rom), Madrid 1988.

3. En el anterior núm. 2.

4. Ex 12,23: «Yahvé pasará y herirá a los egipcios, pero al ver la sangre en el dintel y en las dos jambas, Yahvé pasará de largo, por aquella puerta y no permitirá que el Exterminador entre en vuestra casas para herir». En este momento de la catequesis, teniendo en cuenta la alusión que a

continuación se hace a Jn 1,29 (donde a Jesús se le identifica con «eI cordero que quita -o "lleva", que ambas traducciones sor posibles- el pecado del mundo») y también las expresiones acerca del Cordero llevado al matadero, en Is 53,7 pasaje en su contexto ya ampliamente citado, Cristo es identificado como el verdadero cordero, que en su muerte, y al ser comido en el banquete pascual de la Eucaristía, libera a todos cargando sobre sí con los pecados de los hombres para que estos no queden muertos por aquellos. La afirmación de que Cristo ha muerto en favor de los hombres se convierte así también en una muerte vicaria, en lugar de los hombres, para que éstos reciban la vida.

5. Que conocen bien a Dios aunque no lo acepten.

6. «Se lo entregó para que fuera crucificado» (Mt 27,26).

7. Esta frase tiene cierta lógica dentro de las afirmaciones del buen ladrón, pero no pertenece al texto de los evangelios.

8. PG 33,775, nota 1, dice exactamente (pero no se reproduce aquí totalmente, para más detalles, vid. el texto mismo de la nota en Migne): «Que tenemos aquí tan próximo. En algún otro lugar señala que pronunció la catequesis en el mismo monte Gólgota (cat. 4, núms. 10 y 14; cat. 16, núm. 4, etc.). De hecho, la iglesia de la Resurrección había sido edificada dentro del monte Gólgota, aunque la roca misma en la cual habia sido crucificado el Señor no estaba en el terreno propio de la Iglesia. Pero no se encontraba lejos, sino "a un tiro de piedra", como señala el autor del Itinerario jerosolimitano. Pues la iglesia había sido construida en el lugar del sepulcro». Sin duda, esta proximidad a los escenarios reales aumenta el grafismo de las descripciones de Cirilo y da una mayor fuerza de persuasión a su estilo tan marcadamente oratorio, a veces incluso coloquial.

9. Es una afirmación, en otras palabras, de que la cruz de Cristo -como la del cristiano, en el seguimiento de Cristo- no tiene sentido sin la resurrección. En este sentido, es fundamental I Cor 15,12 ss.

10. Según Jn 1,45, Felipe comenta a Natanael tras el primer encuentro con Jesús: «Ese del que escribió Moisés en la Ley, y también los profetas, lo hemos encontrado: Jesús el hijo de José, el de Nazaret». En general, el Nuevo Testamento, en todos sus estratos, centra en Jesús el cumplimiento escatológico de los anuncios proféticos.

11. Lc 9,51. Precisamente desde 9,51 a 18,14 presenta Lucas el camino de Jesús como un camino hacia Jerusalén, el lugar donde se han de cumplir, expresamente en la muerte y resurrección del Mesías, las promesas y las palabras de los profetas. La muerte de Jesús no es más que el cumplimiento de los designios divinos de salvación por medio de su Hijo.

12. Vid. Jn 13,18, donde Jesús aplica el versículo del salmo a Judas.

13. La cruz es la gloria de Jesús porque a través de ella entra Jesús en la gloria de la resurrección. Sobre el tema tiene interés H.U. von BALTHASAR, El misterio pascual, en: Mysterium Salutis

lll, Madrid 2ª, 1980, 666-814. Sobre este trabajo, de lectura quizá algo difícil, se volverá en varios momentos en estas páginas.

14. De nuevo se menciona esta forma de martirio de Isaías transmitida por la tradición.

15. Como se dice al principio de la catequesis, ésta parte de la lectura de Is 53,1 ss, en el cuarto canto del Siervo de Yahvé.

16. El contexto evidencia que la Jerusalén «de ahora», la nueva Jerusalén (vid. Apoc 21,2, en el marco de los caps. 21-22), es la Iglesia, imagen a su vez de la futura y dcfinitiva Jerusalén del fin de los tiempos.

17. Lament. 4,20a. En la traducción de este versículo se respeta el texto original de Cirilo. La traducción directa del hebreo bíblico, en la versión de la Biblia de Jerusalén, daría: «Nuestro aliento vital («el espíritu de nuestra personalidad», podría ser la traducción desde el original griego de Cirilo), el ungido de Yahvé». La expresión Ungido de Yahvé parece referirse, literalmente, al rey Sedecías, con quien terminó la monarquía del reino de Judá. Pero en un sentido más pleno, como hace Cirilo, puede aplicarse al ungido por excelencia, Cristo. El sentido literal del «quedar preso», que en Lam 4,20 se refiere a la detención de Sedecías (la traducción del hebreo sería «preso en sus fosas») se traslada ahora a la afirmación de que es «nuestra corrupción» la que ha apresado a Cristo.

18. Posible alusión a Is 53,12: «Entre los rebeldes fue contado».

19. En la época de Pablo, a la que Cirilo alude con la cita de I Cor 2,4, muy lejos ya de la época de mayor esplendor de la filosofa griega, continúa resonando la habilidad dialéctica de los sofistas, a menudo más interesados en convencer al interlocutor o al oyente de la verdad de sus afirmaciones, aunque con razonamientos a menudo inexactos. A ello se prestaba intensamente la tradición cultural helenista.

20. Han sido más bien numerosos, en el núm. 8, los datos aducidos de los Evangelios acerca de la muerte v sepultura de Cristo. Se ha procurado asimismo relacionarlos con las previsiones del Antiguo Testamento. Pero, a partir del núm. 9, se hará una enumeración muchísimo más detallada de esos mismos datos. Ello constituye prácticamente lo esential de la presente catequesis.

21. Vid. cat. 12, núms 15 y 16.

22. Esta cita sálmica parece explicarse como expresión de la queja del justo falsamente acusado o vilmente traicionado: en este sentido, imagen de la entrega de Jesús por Judas.

23. Probable alusión a alguna homilía (cf. PG 33, nota 22).

24. Las palabras de Zac 11,12 se refieren al salario recibido por Judas en pago a su traición. Zac 11,12, completo, reza: «Yo les dije: "Si les parece bien, dadme mi jornal; si no, dejadlo". Ellos pesaron mi jornal: treinta siclos de plata». Cf. también el v. 13 y Mt 27,3-10.

25. Estas frases, puestas ahora en boca de Jesús exprcsan su decepción ante la traición.

26. El problema que Cirilo se plantea se entiende desde el supuestp de que Zac 11,13 diga «los eché en la casa de Yahvé, en el horno». Pero hay que tener en cuenta que otros códices hablan de «el Tesoro» y que el texto hebreo menciona «al alfarero», con lo que se estaría en consonancia con el texto del evangelio.

27. En realidad, el sentido de Sal 2,3 parece ser el contrario: en el contexto del drama mesiánico, el peligro que acecha al justo de que sus enemigos se lancen sobre él.

28. El asombro que expresa Is 53,1, se comprende mejor, en el texto de la catequesis, ante la imagen del Siervo de Is 53, ya tantas veces aquí presentada.

29. D/PODER-DEBILIDAD: El «brazo de Yahvé», también en Is 53,1 y expresión del poder de Dios, manifiesta su grandeza precisamente en la debilidad del Siervo. Es decir, y de modo paradójico, el poder de Dios se manifiesta en la debilidad del Crucificado.

30. Dentro del tercer canto del Siervo (Is 50,4-1 1).

31. El nombre del rey, quizá mejor «Yareb». Cf., en nuestras biblias, Os 10,6. En cuanto al sentido literal del texto citado por Cirilo cf. Os 5,13. Para otros detalles cf. PG 33,791, nota 1.

32. El texto evangélico citado responde así en parte a Lc 23, 6, 7.

33. Aunque el texto griego citado por Cirilo no respnde bien al hebreo.

34. Cf. la mencionada homilía sobre el paralítico, núm. 12. PG 33.

35. Vid. la relación de los distintos elementos de este párrafo, las hojas de Gén 3,7, la dificil productividad de la tierra en Gén 3, 17 s, y el episodio de la maldición de la higuera en Mc 1,12-14, con paralelo en Mt 21,18-19. Aparte del interés de la nota de la Biblia de Jerusalén a Mc 11,12, es importante señalar que el episodio de la maldición de la higuera, que pasa a ser higuera estéril, está en el contexto del rechazo deJesús (en Mc, entre la entrada mesiánica en Jerusalén y la expulsión de los mercaderes del templo, a lo que sigue la comprobación, en 11,20 ss, de que la higuera se ha secado). El episodio mismo, pero también su valor como imagen, son expresión del drama mesiánico: el rechazo, en el momento en que ha llegado, del Ungido de Yahvé esperado desde los comienzos de la historia de la salvación. Es este rechazo el que condena a Israel de momento a la esterilidad histórico-salvifica. Se puede remitir ahora nuevamente a Rom 9-11. Es el rechazo de Israel uno de los motivos explicativos de la muerte de Jesús.

36. En el sentido en que ya tantas veces se ha hablado del «typos», etc.

37. Respectivamente, el árbol del paraíso y el árbol de la cruz.

38. El texto exacto de Mt 26,2 no utiliza en realidad interrogación.

39. La nota de la Biblia de Jerusalén a Jr 11,l9 recuerda concisamente que «este versículo ha sido aplicado por la liturgia cristiana a la Pasión de Cristo». La interpretación patrística del versículo refiriéndolo a la Pasión la recuerda PG 795, nota 1. El textio hebreo no es menos explícito, pero es incluso de mayor elegancia literaria. Completo, dirá así: «Y yo que estaba como cordero manso llevado al matadero, sin saber que contra mi tramaban maquinaciones: "Destruyvamos el árbol en su vigor; borrémoslo de la tierra de los vivos, y su nombre no vuelva a mentarse"».

40. Combinación del texto griego y hebreo en Jr 11,19b.

41. En Jn 19,34b, «... al instante salió sangre y agua», la tradición cristiana ha visto, simbólicamente, la Eucaristía y el Bautismo como fuerzas creadoras de la Iglesia. Esta crece, a través de los sacramentos de la iniciación cristiana, del costado de Cristo atravesado por la lanza en la cruz. Cf. el siguiente núm. 21, donde Cirilo ofrece una explicación demasiado verbosa y compleja, que en último término equipara agua y sangre a bautismo y martirio respectivamente.

42. Cf. datos en PG 33,798, nota 4.

43. «iluminados»: bautizados..

44. Se refiere a la confesión de la fe.

45. Nueva alusión a que se está en el escenario mismo de los acontecimientos.

46. En este momento, por el contexto y porque se sabe que era costumbre en ciertos momentos, los oyentes irrumpen en aplausos.

47. Los «afanosos (diligentes, etc.) salmistas de la Iglesia»: la expresión es un testimonio más de la labor litúrgica de los salmistas, cuya tarea consistía en entonar salmos, bien como responsorio a las lecturas bíblicas proclamadas en las asambleas o en determinados momentos del día, con lo que se recitaba así lo que nosotros conocemos como Oficio divino. Muchas veces eran escogidos tanto entre los fieles como de los catecúmenos. Todo ello hace ver que se celebraban liturgias con todos sus elementos plenamente desarrollados. Más detalles en PC 33,803, nota 1.

48. En la iglesia donde se están impartiendo las catequesis.

49. La Biblia de Jerusalén recuerda que Is 63,1 se ha intentado a veces traducir, corrigiendo los términos «Edom» y «Bosrá» de manera que se favorezca más la interpretación mesiánica del versículo. La interpretación mesiánica de Is 63,1 es clara a la vista de Apoc 19,3.

50. Estas afirmaciones se cuentan tal vez entre las expresiones más rotundas de las catequesis sobre la eficacia salvadora de la muerte de Jesús en la cruz: Jesús, como Siervo (cf. una vez más Is 52,13-53,12), carga sobre si los pecados de los hombres para que el pecado no pueda contra ellos. Asi sucede que lo que muere es el pecado, pero el hombre tiene así la posibilidad de resucitar hecho justo. Cf. Rom 4,25 y, como realidad experimentada en el bautismo, Rom 6,3-11.

51. Cf. también los vérs. 32b-33.

52. Mt 27,34 afirma: «Le dieron a beber vino mezclado con hiel» (cf 27,48), lo que en realidad es un acto de compasión por producir un efecto algo sedante, pero siempre se ha entendido la proximidad de Mt 27,34 a Sal 69,22.

53. Cf. más abajo, núm. 32.

54. Toda la canción o parábola de la viña, en Is 5,1-7. El conjunto de la canción (cf. especialmente el v. 7) es una directa alusión a la actitud de Israel e incluso del reino de Judá. Ya se ha visto hasta ahora muy frecuentemente que las catequesis mencionan a menudo y con expresiiones fuertes el endurecimiento histórico-salvifico de Israel. El tema de la viña improductiva de Israel ha sido muy frecuente en el Antiguo Testamento, pero es retornado por Jesús en la parábola de los viñadores homicidas (Mt 21,33-46 par). Para más detalle cf. los textos bíblicos aducidos al margen de Is 5,1-2 por la Biblia de Jerusalén, así como la nota general a pie de página, ibid., a Is 5.

55. El texto de Is dice «agraces», «agrazones» o «uvas amargas». Se traduce aquí por espinas, respetando el texto de Cirilo, puesto que inmediatamente se hace alusión a la corona de espinas.

56. La afirmación de Cirilo se puede esquematizar diciendo simplemente: el carisma profético ha pasado a la Iglesia. Ef 2,20 señala que el conjunto de los cristianos están «edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas».

57. Ambos ladrones.

58. Interpreta así Cirilo la primera parte de la frase deJesús al buen ladrón en Lc 23,43.

59. Vid. más abajo, cat. 14, núms. 5 y 11.

60. La expresión alude a que en el Santo de los Santos sólo podía entrar, y una vez al año, el Sumo Sacerdote judío. Cristo, en cambio, ha allanado el acceso del creyente a Dios. El tema del sacerdocio único y definitivo de Cristo, que «de una vez por todas» o «de una vez para siempre» (Hebr 7,27) ha realizado su misión es fundamental en la carta a los Hebreos.

61. Al ser rechazado Dios en su Mesías, Dios abandona el templo, lo que se indica en primer lugar en el desgarro del velo. Pero años después. en el 70 p. C., el templo sería destruido tras el largo asedio de la ciudad por los romanos.

62. Recuérdese otra vez la clara afirmación de Rom 5,20: «Pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia».

63. El titulo «Sol de justicia» ha sido aplicado, litúrgicamente, a Cristo.

64. La edición de Migne remite aquí a I Cor 10,4 («y la roca era Cristo»).

65. En su contexto, el pasaje aludido de Sal 74,14 es seguramente una alusión al paso de los hebreos por el Mar Rojo al salir de Egipto.

66. Actuarían como testigos en contra de quien renegara del crucificado.

67. El Pretorio era la residencia de los pretores o gobernadores, en este caso Pilato. Este ocupaba, cuando estaba en Jerusalén, sobre todas en funciones de vigilancia, frecuentemente la Torre Antonia, en una esquina del templo. Es el lugar donde más frecuentemente ha situado la tradición la coronación de espinas y las burlas de la soldadesca. Vid. la nota de la Biblia de Jerusalén a Mt 27,2 7 .

68. Según explica PG 33,819, nota 1, diversos Padres y escritoras eclesiásticos hablan de esta hendidura, que se siguió mostrando durante siglos a los peregrinos.

69. Utilizando también Dan 7,13, además de Mt 24,30, pero moviéndose en una perspectiva que apunta al futuro, hay que mencionar Apoc 1,7: «Mirad, viene acompañado de nubes; todo ojo le verá, hasta los que le traspasaron, y por él harán duelo todas las razas de la tierra». Es patente aquí el sentido expreso de la escatología históricamente definitiva, asunto que se desarrollará en la catequesis XV.

CATEQUESIS XIV

RESURRECCIÓN Y ASCENSIÓN DE JESUCRISTO

Pronunciada en Jerusalén, sobre lo de «resucitó al tercer día y ascendió a los cielos, y está sentado a la derecha del Padre». El texto de partida es I Cor 15,1-4: «Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que les prediqué... y que resucitó al tercer día según las Escrituras...»1.

La alegría de la resurrección RS/ALEGRIA

1. «Alégrate, Jerusalén y regocijaos con ella todos los que la amáis» (Is 66, 10a) pues Jesús ha resucitado. «Llenaos de alegría por ella todos los que por ella hacíais duelo»2, al conocer los crímenes y delitos de los judíos. Pues el que fue deshonrado por ellos en estos parajes ha sido devuelto de nuevo a la vida. Y así como la conmemoración de la cruz aportó algo de tristeza, así la fausta noticia de la resurrección debe alegrar a los aquí presentes. «Has trocado mi lamento en una danza, me has quitado el sayal y me has ceñido de alegría» (Sal 30,12); «mi boca está repleta de tu alabanza y de tu gloria todo el día» (71,8), por causa del que, después de su resurrección, dijo; «Alegraos» (Mt 28,9). Sé que en los días pasados los que aman a Cristo estaban tristes cuando, al terminar nuestro discurso sobre la muerte y la sepultura, y sin hacer un anuncio de la resurrección, el ánimo estaba expectante para oír lo que deseaba. Pero aquél, después de muerto, resucitó «libre entre los muertos» y como libertador de los muertos. El que ignominiosamente fue coronado en su paciencia con corona de espinas, al resucitar se ciñó con la diadema de la victoria sobre la muerte.

El modo como se procederá

2. Y al modo como hemos expuesto los testimonios relativos a su cruz, ahora mostraremos con claridad la resurrección. Partimos de lo que el apóstol dice: «...que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras» (1 Cor 15,4). Así pues, puesto que el Apóstol nos remite a los testimonios de las Escrituras, lo mejor será examinar en qué se apoya la esperanza de nuestra salvación y comprobar, en primer lugar, si las Escrituras nos hablan con precisión del tiempo de su resurrección: si ha tenido lugar en verano o en otoño o después del invierno, o en qué lugar resucitó el Salvador, y cuál es el nombre que en los profetas, hombres admirables, se atribuye al lugar de la resurrección. O si las mujeres, que lo buscaban sin encontrarlo, de nuevo se alegraron al encontrarlo de nuevo. De este modo, al leer los evangelios, sus narraciones no se considerarán como fábulas ni como poemas épicos3.

La previsión bíblica de la sepultura y resurrección de Jesús

3. Que Jesús fue, pues, sepultado lo oísteis abiertamente en la catequesis anterior4. Dice Isaías; «Cuando ante la desgracia es arrebatado el justo, se va en paz» (Is 57, 1-2)5. Pues su sepultura pacificó el cielo y la tierra6, acercando a los pecadores a Dios. Además: «Del rostro de la iniquidad es arrebatado el justo» (Is 57,1 LXX) y «se puso su sepultura entre los malvados» (Is 53,9). También está la profecía de Jacob,que dice en la Escritura: «Se recuesta, se echa cual león,

o cual leona, ¿quién le hará alzarse? (Gén. 49,9b). Y es semejante este testimonio del libro de los Números: «Se agacha, se acuesta, como león, como leona, ¿quién le hará levantar?» (Núm 24,9)7. Y a menudo oísteis el salmo, que dice: «Tú me sumes en el polvo de la muerte» (22,16). Y también hemos mencionado «Reparad en la peña de donde fuisteis tallados» (Is 51,1) refiriéndonos al lugar8. Después relacionamos los testimonios de la misma resurrección.

La resurrección en Sal 16 (Hech. 2,25 as) y Sal 30

4. En primer lugar, pues, en el Salmo 12 dice: «por la opresión de los humildes, por el gemido de los pobres, ahora me alzo yo, dice Yahvé» (12,6). Pero este testimonio es para algunos todavía dudoso, pues a menudo se levanta airado para tomar venganza de los enemigos (cf. 7,7). Acércate entonces al Salmo 16, que claramente dice: «Guárdame, oh Dios, en ti está mi refugio» (16,1). Y, más abajo: «yo jamás derramaré sus libámenes de sangre, jamás tomaré sus nombres en mis labios» (16,4), puesto que, renegando de mí, hicieron del César su rey9. Y, más abajo: «Pongo a Yahvé ante mí sin cesar; porque él está a mi diestra, no vacilo» (16,8). Y, a continuación: «Por eso se me alegra el corazón, mis entrañas retozan». Y después: «Pues no has de abandonar mi alma al sheol, ni dejarás a tu amigo ver la fosa» (16,9a.10)19. No ha dicho «ni dejarás a tu amigo ver la muerte», pues en ese caso no habría muerto, sino «la corrupción»11, puesto que no permaneceré en la muerte. «Me enseñarás el camino de la vida» (16,11): claramente se anuncia la vida después de la muerte. Ven ahora al Salmo 30: «Yo te ensalzo, Yahvé, porque me has levantado; no dejaste reírse de mí a mis enemigos» (Sal 30,1). ¿Qué ha sucedido? ¿Has sido liberado de los enemigos o has sido soltado para que te golpeasen? Lo dice con toda claridad: «Tú has sacado, Yahvé, mi alma del sheol» (Sal 30,4). Decía proféticamente: «No dejarás...» (cf. 16,9.10). Pero aquí, hablando del futuro como cosa ya realizada, dice: «...has sacado mi alma... me has recobrado de entre los que bajan a la fosa» (30,4). ¿En qué tiempo sucederá esto?: «Por la tarde, visita de lágrimas y, por la mañana, gritos de alborozo» (30,6). Por la tarde estaban de luto los discípulos, y por la mañana se alegraron de la resurrección.

El lugar de la resurrección

5. ¿Quieres conocer también el lugar? Es en el Cantar de los Cantares donde dice: «Al nogueral había yo bajado» (Cant 6,11). «En el lugar donde había sido crucificado había un huerto» (Jn 19,41). Y aunque ahora, gracias a la generosidad del emperador, se encuentra magníficamente embellecid012, antes era sólo un huerto del que quedan sus vestigios y restos. «Huerto, cerrado, fuente sellada» (Cant 4,12), precisamente por los judíos, que dijeron: «Recordamos que ese impostor dijo cuando aún vivía: "A los tres días resucitaré". Manda, pues, que quede asegurado el sepulcro...» (Mt 27,63-64). Y poco después: «Ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia» (27,66). A ellos se les dice hermosamente: «Lo(s) juzgarás en el descanso» Job 7,18 LXX). Pero ¿quién es la «fuente sellada» (Cant 4,12) o la «fuente de los huertos, pozo de aguas vivas» (4,15)? Es el Salvador, del cual está escrito: «En ti está la fuente de la vida» (Sal 36,9).

La resurrección de Cristo como «testimonio»

6. ¿Y qué es lo que sofonías dice a los discípulos acerca de la persona de Cristo? «Dispónte, levántate de mañana, pues su racimo se ha podrido» (Sof 3,7 LXX). Se trata del de los judíos, en

los que no queda uva ni racimo de salvación, pues se ha arrancado su viña. Mira cómo habla a los discípulos: «Prepárate, levántate temprano. Espera de mañana la resurrección». Y después, según lo que sigue y el tenor mismo de la Escritura, dice: «Por eso, esperadme—dice el Señor—hasta el día de mi resurrección como testimonio» (Sof 3,8 LXX). Ves también que el profeta previó el lugar del testimonio, que había de llamarse «martyrion»13. Pues ¿por qué razón este lugar del Gólgota y de la resurrección no se llama «iglesia» como los demás, sino «Martyrion»? Es tal vez a causa de lo que dijo el profeta: «el día de mi resurrección como testimonio».

También los hijos de Dios dispersos aceptarán la resurrección y sus señales

7. ¿Quién es el que resucita y cuáles son sus signos? Lo dice con evidencia continuando el mismo texto profético? «Convertiré entonces la lengua de los pueblos» (Sof 3,9) como quiera que después de la resurrección tras el envío del Espíritu Santo, se dio el don de lenguas (Hech 2,4), «para que invoquen todos el nombre de Yahvé y le sirvan bajo un mismo yugo» (Sof 3,9). ¿Y qué otro símbolo se añade, en el mismo profeta, de que servirán al Señor «bajo un mismo yugo?» «Desde allende los ríos de Etiopía, mis suplicantes, mi Dispersión, me traerán mi ofrenda» (3,10). Ves que eso está escrito en los Hechos cuando el eunuco etíope llega desde los confines de los ríos de Etiopía (Hech 8,27). Las Escrituras señalan, por tanto, el momento y las circunstancias de tiempo y lugar, además de los signos que siguieron a la resurrección. Ten, pues, una fe firme en la resurrección y que nadie te aparte de confesar a Cristo resucitado de entre los muertos.

Valor profético de Sal 88

8. Recibe también otro testimonio del salmo 88, cuando es Cristo el que proféticamente dicen: «Yahvé Dios de mi salvación, ante ti estoy clamando día y noche» (Sal 88,2) y, poco después: «Soy como un hombre acabado: relegado entre los muertos» (88,5-ó). No dice «soy un hombre acabado», sino «como un hombre acabado»: no ha sido crucificado porque le falten fuerzas, sino voluntariarnente. Ni tampoco le llegó la muerte por una debilidad involuntaria. «Me has echado en lo profundo de la fosa» (v. 7). Y, ¿cuál fue la señal de esto?: «Has alejado de mí a mis conocidos»9. De hecho, huyeron sus discípulos (Mt 26,56). «¿Acaso para los muertos haces maravillas?» (Sal 88,11). Y, poco después: «Mas yo grito hacia ti, Yahvé, de madrugada va a tu encuentro mi oración» (v. 14). ¿Es que no ves cómo también se aclaran las circunstancias de tiempo tanto de la pasión como de la resurrección?

El lugar te la resurrección, en la parte exterior de la ciudad

9. ¿Pero desde qué lugar resucitó El Salvador? Dice en el Cantar de los Cantares: «Levántate, amada mía, hermosa mía y vente» (Cant 2,10). Y en lo que sigue: «En la grieta de la roca» (2,14). Habla de la grieta de la roca, la entrada que entonces había antes de la puerta del sepulcro del Salvador15 y que estaba excavada en la misma roca, como suele hacerse en las entradas de los sepulcros. Ya no se puede ver actualmente porque, al colocar toda la ornamentación actual, se suprimió aquel abrigo. Anteriormente a la actual estructura del monumento, de magnificiencia regia, había una cavidad antes de la roca. Pero ¿dónde está la roca en la que se encontraba esa cavidad? ¿Está tal vez en medio de la ciudad o próxima a las murallas y a los extremos? ¿O en

las antiguas murallas o en los antemurales? Pues dice en el Cantar de los Cantares: «En la cavidad de la roca junto al muro exterior» (Cant 2,14 LXX).

Tuvo lugar en el tiempo de la Pascua

10. ¿En qué época resucitó el Salvador? ¿En la estación de verano o en otra? También en el Cantar de los cantares, muy próximo a lo que se acaba de citar, dice: «Porque, mira, ha pasado ya el invierno, han cesado las lluvias y se han ido. Aparecen las flores en la tierra, el tiempo de la poda ha llegado» (Cant 2,11-12a LXX). ¿Es que la tierra está ahora llena de flores y se podan las viñas? Te das cuenta de cómo dijo que el invierno había pasado. Pues cuando llega el mes Xántico16, inmediatamente viene la primavera. Pero en esta época cae el primer mes del calendario hebreo y en él se celebra la fiesta de la Pascua, que antes era en imagen y en figura, y ahora es la verdadera. Esta es la época de la creación, pues es entonces cuando dijo Dios: «produzca la tierra vegetación: hierbas que den semillas y árboles frutales que den fruto, de su especie, con su semilla dentro, sobre la tierra» (Gén I, I I). Y ahora, como ves, germina ya toda clase de hierba. Y del mismo modo que cuando entonces hizo Dios el sol y la luna, distribuyó entre ambos el curso de los días y las noches, así pocos días antes era el tiempo del equinoccio. Y entonces dijo Dios: «hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra» (Gén 1,26). Y realmente lo que recibió fue a imagen y semejanza de Dios, pero lo oscureció y entenebreció por la desobediencia. Pero en el mismo momento en que sufrió esta pérdida, tuvo también lugar la reparación. Después de ser creado el hombre, fue expulsado del paraíso por su desobediencia, pero en el mismo momento el que creyó fue introducido en él por la obediencia17. La salvación fue a la vez que la caída. Cuando «aparecen las flores... y el tiempo de la poda ha llegado» (cf. Cant 2,12 LXX).

Sepultado después de muerto, se aparece Jesús a los discípulos

11. El lugar de la sepultura era un huerto, y había plantada una vid. El había dicho: «Yo soy la vid» Jn 15,1. Está colocada en la tierra para que quedase erradicada la maldición que se introdujo por causa de Adán. La tierra estaba condenada a producir espinas y abrojos. Pero de la tierra se alzó la vid verdadera para que se cumpliese lo dicho: «La verdad brotará de la tierra, y de los cielos se asomará la justicia (Sal 85,12). ¿Y que habrá de decir el que está sepultado en el huerto?: «He tomado mi mirra con mi bálsamo» (Cant 5,1). Y también: «Mirra y áloe, con los mejores bálsamos» (4,14). Pero estos son los símbolos de la sepultura, y en los Evangelios se dice: «Fueron (las mujeres) al sepulcro llevando los aromas que habían preparado» (Lc 24,1). «Fue también Nicodemo... con una mezcla de mirra y áloe» (}n 19,39). Y también se dicen a continuación: «He comido mi pan con mi miel» (Cant 5,1 LXX). Lo amargo, antes de la pasión, y lo dulce después de la resurrección. Después, vuelto a la vida, entró por unas puertas que estaban cerradas (Juan 20,19). Pero se resistían a creer, pues creían ver un espíritu (Lc 24,37). Pero él les dijo: «Palpadme y ved» (Lc 24,39; cf. 37-41). «Meted los dedos en el agujero de los clavos» como exigía Tomás (Jn 20,24-29). Y «como ellos no acababen de creerlo a causa de la alegría y estuviesen asombrados, les dijo: "¿Tenéis aquí algo de comer?" Ellos le ofrecieron parte de un pez asado» (Lc 24,41-42). Ahí se ve cómo se ha cumplido lo que se ha dicho: «He comido mi pan con mi miel».

Las mujeres, rápidas al sepulcro

12. Pero antes de entrar por las puertas cerradas, lo estaban buscando a él, esposo y médico de las almas, aquellas mujeres buenísimas y dotadas de una fortaleza viril. Llegaron aquellas bienaventuradas al sepulcro y buscaban al que ya había resucitado (cf. Mt 28,1-6). Las lágrimas les brotaban de los ojos cuando en realidad era ya momento de alegrarse y de cantar a coro por el resucitado. Vino María buscándolo, como está en el Evangelio (Jn 20,1 ss) y no lo encontró; lo oyó después de boca de los ángeles y finalmente vio a Cristo (20,11-18) . ¿Acaso no constaban ya estas cosas por escrito? Pues se dice en el Cantar de los Cantares: «En mi lecho he buscado al amor de mi alma». Pero ¿en qué momento?: «En mi lecho, por las noches, he buscado al amor de mi alma». María, dice, llegó «cuando todavía estaba oscuro» (Jn 20,1). «En mi lecho, por las noches, he buscado al amor de mi alma. Lo busqué y no lo hallé» (Cant 3,1). Y en los evangelios es también María la que dice: «Se han llevado a mi Señor, y no se dónde lo han puesto» (Jn 20,13). Pero los ángeles presentes deshicieron esta ignorancia diciendo: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?» (Lc 24,5). No resucitó solo, sino llevando consigo a otros muertos. Pero ella no lo sabía. En referencia a ella cuando se dirige a los ángeles, dice el Cantar de los Cantares: «"Habéis visto al amor de mi alma?». Apenas habíamos pasado—es decir, a los dos ángeles—, cuando encontré al amor de mi alma. Lo aprehendí y no lo soltaré» (3,3-4).

Aparición a las mujeres

13. Después de la visión de los ángeles fue Jesús el que se anunció a sí mismo. Dice el Evangelio: «En esto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: '¡Dios les guarde!'. Y ellas, acercándose, se asieron a sus pies» (Mt 28,9). Lo asieron para que se cumpliese aquello: «Lo aprehendí y no lo soltaré» (Cant 3,4). La mujer era de cuerpo débil, pero de ánimo viril. Las aguas no apagaron el amor ni lo anegaron los ríos (cf. Cant 8,7). Al que se buscaba estaba muerto, pero no se había apagado la esperanza de la resurrección. Y el ángel les dijo de nuevo: «Vosotras no temáis» (Mt 28,5). No digo que no temáis a los soldados, sino que no estéis temerosas. Sientan ellos temor, para que, instruidos por la experiencia, den testimonio y digan: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios» (Mt 27,54). Pero ustedes no debéis temer, pues «el amor perfecto expulsa el temor» (I Jn 4,18) . «Y ahora id enseguida a decir a sus discípulos», etc. (Mt 28,7). «Ellas partieron a toda prisa del sepulcro, con miedo y gran gozo» (28,8). ¿También esto está escrito? Dice, en efecto, el salmo segundo, enunciando la pasión de Cristo: «Servid a Yahvé con temor y regocijaos en estremecimiento ante él» (Sal 2,11 LXX). «Regocijaos», por el Señor que ha resucitado, pero «en estremecimiento» por causa del terremoto y del ángel que apareció con el fulgor de un relámpago.

Jesús resucita, aunque el sepulcro estaba sellado y vigilado

14. Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos sellaron el sepulcro tras advertírselo a Pilato, pero las mujeres vieron al Resucitado. E Isaías, que conocía, por una parte, la futilidad de los sumos sacerdotes y, de otro lado, la fortaleza de fe de las mujeres, dice: «Mujeres, que venís de la visión, daos prisa, pues no hay un pueblo que tenga inteligencia» (Is 27,11 LXX). Los sumos sacerdotes están desprovistos de inteligencia, y las mujeres están mirando con sus mismos ojos19. Y cuando fueron a aquellos los soldados comunicándoles todo lo que había sucedido (Mt 28,11), les advirtieron: «Decid: "Sus discípulos vinieron de noche y lo robaron mientras nosotros dormíamos"» (28,13). Correctamente lo predijo esto también Isaías hablando como por ellos:

«Habladnos cosas halagüeñas, contemplad ilusiones» (Is 30,11). Pero él ha resucitado y se ha alzado, mas ellos con donativos en dinero sobornan a los soldados (28,15). Pero los soldados no necesitan convencer ahora a los actuales emperadores. Pues los soldados de entonces traicionaron a la verdad con dinero, pero los actuales emperadores edificaron esta santa Iglesia de la Resurrección de Dios Salvador, en la cual estamos y a la que embellecieron con plata y oro, ornamentándola a base de altares también con oro, plata y piedras preciosas. «Y si la cosa llega a oídos del procurador, nosotros le convenceremos y les evitaremos complicación» (Mt 28,14). A él le persuadieron, pero no al mundo entero. ¿Y cómo es que, al salir Pedro de la cárcel, fueron condenados sus guardianes (Hech 12,19), mientras que no sufrieron castigo los que custodiaban a Jesús? En realidad, la pena a aquellos les fue impuesta por Herodes, pues no tenían excusa por ignorancia, pero estos otros, que supieron la verdad y la ocultaron por dinero, fueron respetados por los sumos sacerdotes (cf. Mt 28,15). Unos pocos judíos creyeron entonces la fábula, pero en la verdad creyó el orbe entero. Los que ocultaron la verdad quedaron sepultados en el olvido, pero los que la acogieron aparecieron a la luz pública movidos por la fuerza del Salvador. Este no sólo se alzó de entre los muertos, sino que llevó consigo también a otros muertos, de cuya persona dice claramente el profeta Oseas: «Dentro de dos días nos dará la vida, al tercer día nos hará resurgir y en su presencia viviremos» (Os 6,2)20.

Los apóstoles, testigos de la resurrección, son también hebreos

15. Al no convencer las Sagradas Escrituras a los judíos, que no obedecen, y al contradecir ellos mismos la resurrección de Jesús, lo mejor sería hablarles así: ¿Por qué, mientras afirmáis que Eliseo y Elías han resucitado a muertos (cf. 2 Re 4,20 se; 1 Re 17,17-24) les obcecáis en contra de la resurrección de nuestro Salvador? ¿O es que a los que actualmente vivimos no nos valen los testigos de entonces? Buscad, pues, ustedes testigos de aquella época21. Si lo de aquella época está escrito, también esto está escrito. ¿Por qué aceptáis una de las cosas y rechazáis la otra? los hebreos pusieron por escrito aquellos hechos anteriores. Pero todos los apóstoles fueron también hebreos. ¿Por qué, si son judíos, no les creéis? Mateo, al escribir su evangelio, lo hizo en lengua hebrea22. Pablo, el predicador era «hebreo e hijo de hebreos» (Flp 3,5). Y los doce apóstoles eran todos hebreos. Posteriormente, los quince obispos de Jerusalén han sido, en sucesión ininterrumpida, también todos hebreos. ¿Por qué razón, pues, mientras admitís lo vuestro, creéis que se ha de rechazar lo nuestro, que ha sido puesto por escrito por hebreos de vuestra raza?

La resurrección de Jesús es mayor milagro que las obradas por Ellas y Eliseo

16. Pero es imposible, dirá alguno, resucitar muertos. Pero Eliseo obró una y otra vez resurrecciones, tanto estando en vida (2 Re 4,20 ss) como después de su muerte (2 Re 13,21). Si creemos que un cadáver arrojado al suelo resucitó al contacto con Eliseo, que yacía allí muerto ¿no resucitó Cristo de entre los muertos? Además, resucitó aquel que estaba muerto y tocó a Eliseo, pero el que lo hizo alzarse permaneció, sin embargo, muerto, como ya estaba antes. Pero el muerto del que nosotros hablamos resucitó y resucitaron otros muchos muertos que a él ni siquiera le habían tocado: «Muchos cuerpos de santos difuntos resucitaron. Y, saliendo de los sepulcros después de la resurrección de él, entraron en la Ciudad Santa—claramente se trata de la ciudad en la que estamos23—y se aparecieron a muchos» (Mt 27,52-53). Eliseo hizo ciertamente resucitar a un muerto, pero no consiguió dominar el orbe; Elías resucitó a un muerto, pero los

demonios no se sometieron en nombre de Elías. Sin embargo, no hacemos de menos a los profetas, sino que celebramos con mayor magnificencia a quien es Señor de ellos. En realidad, no ensalzamos lo nuestro empequeñeciendo aquello, pues también aquello es nuestro. Más bien conciliamos la fe en lo nuestro con las cosas de ellos24.

Jonás, imagen de la muerte y resurrección de Jesús

17. Pero dicen insistentemente: Es un muerto recientemente difunto que ha sido resucitado por un vivo, pero mostradnos que es posible que resucite un muerto de tres días y que sea llamado de nuevo a la vida un hombre que esté ya tres días sepultado. Pero, si buscamos una tal prueba, nos la suministra el Señor Jesús en los evangelios al decir: «Porque de la misma manera que Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así también el Hijo del hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches» (Mt 12,40; cf.Jon 2,1). Y cuando indagamos con cuidado la historia de Jonás, es grande la semejanza con lo nuestro. Jesús fue enviado a predicar la conversión: también Jonás (1,2 es) fue enviado (a lo mismo). Pero éste, al no saber el futuro, huye: aquél, en cambio, accedió a anunciar la penitencia de salvación. Jonás dormía en la nave, y lo hacía profundamente (1,5) mientras el mar estaba encrespado por la tempestad: también, cuando Jesús se encontraba durmiendo, se encrespó el mar por determinados designios (Mt 8,24-25), para que después se reconociese el poder del que estaba durmiendo (8,27). Aquellos decían: «¿Qué haces aquí dormido? ¡Levántate e invoca a tu Dios! Quizás Dios se preocupe de nosotros y no perezcamos» (Jon 1,6). Y aquí dicen al Señor: «¡Señor, sálvanos!» (Mt 8,25). Allí decían: «¡Invoca a tu Dios!». Y aquí; «¡sálvanos!». Aquél dice: «Agarradme y tiradme al mar, y el mar se les calmará» (Jn 1,12). Este, «increpó a los vientos y al mar, y sobrevino una gran bonanza» (Mt 8,26). Aquél fue a parar al vientre de la ballena (Jon 2,1), pero éste descendió por su propia voluntad al lugar donde la muerte tragaba a los hombres. Descendió voluntariamente para que la muerte vomitase a aquellos que se había tragado, según aquello que está escrito: «De la garra del sheol los libraré, de la muerte los rescataré» (Os 13,14).

18. Llegados a esta parte del discurso, consideremos si es más dificil que un hombre sepultado salga del suelo. ¿O acaso no se deshace y se corrompe un hombre en el vientre de un cetáceo, tragado en las vísceras cálidas de un ser vivo? ¿Quién ignora que es tanto el calor que hay en el vientre que deshace incluso los huesos que se devoran? Y Jonás, tras habitar tres días y otras tantas noches en el vientre de la ballena, ¿no estaría corrompido y deshecho? Siendo idéntica la naturaleza de todos los hombres, y no pudiendo vivir sin respirar el aire, ¿cómo pudo vivir tres días sin él? Responden los judíos y dicen: Juntamente con Jonás, cuando se agitaba en el sheol, descendió el poder de Dios. Dios daba así vida a su siervo otorgándole su poder. ¿Y no podía Dios darse ese poder a sí mismo? Si aquello era creíble, también esto lo es; y si esto no se puede creer, tampoco aquello. A mí ambas cosas me parecen igualmente creíbles. Creo que Jonás fue protegido, pues «para Dios todo es posible» (Mt 19,26). También creo que Cristo resucitó de entre los muertos. Tengo múltiples testimonios de esta realidad, tanto de las Sagradas Escrituras como del mismo Resucitado, todos válidos hasta el día de hoy: el que descendió a los infiernos solo volvió acompañado de muchos25, pues descendió a la muerte y muchos cuerpos de los santos que habían muerto fueron resucitados por él (Mt 27,52).

En el abismo, la victoria sobre la muerte

19. La muerte quedó aterrorizada al ver que descendía al infierno alguien distinto que no estaba sujeto por las cadenas de este lugar (cf. Hech 2,24). ¿Por qué razón, guardianes del infierno, les llenasteis de pavor al verlo? (cf. Job 38,17 LXX). ¿Os invadió un temor descarado? Huyó la muerte y esa fuga delataba su temor. Acudieron los santos profetas. Moisés el legislador, Abraham, Isaac y Jacob, David y Samuel, Isaías y Juan Bautista, que dice y testifica: «¿Eres tu el que ha de venir, o debemos esperar a otro?» (Mt 11,3). Han sido redimidos todos los santos que la muerte se había tragado. Lo que debía ser es que el Rey que había sido predicado fuese en realidad el libertador de los mejores augurios. Por eso ha dicho alguno entre los justos: «¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?» (1 Cor 15,55). Es el autor de la victoria el que nos ha liberado26.

Más datos sobre Jonás como imagen de Cristo muerto y resucitado

20. Jonás fue figura de este nuestro Salvador orando desde el vientre del cetáceo diciendo: «Desde mi angutia clamé a Yahvé y él me respondió: desde el seno del sheol grité, y tu oíste mi voz» (Jan 2,3). Estaba en el interior de la ballena, pero dice que estaba en el infierno: era figura de Cristo, que en su momento habría de descender a los infiernos27. Y poco después, hablando proféticamente con toda claridad acerca de la persona de Cristo, dice; «A las raíces de los montes descendí» (2,7). ¿De qué montes hablas si estás en el vientre de la ballena? Es que sé -dice- que soy imagen de aquél que será colocado en el sepulcro excavado en piedra. Cuando Jonás se encontraba en el mar, dice: «Descendí a la tierra» (2,7 LXX), siendo así imagen de Cristo, que descendió hasta las entrañas de la tierra (Mt 12,39-40)28. Previó también el fraude de los judíos induciendo a los soldados a mentir y diciéndoles: «Decid que lo robaron» (cf. Mt 28,13). Lo previó diciendo: «Observando cosas vanas y falsas, abandonan la misericordia para con ellos» (Jan 2,9, mejor LXX). De hecho, vino quien se compadecía de ellos, y fue crucificado y resucitó tras haber dado el don de su preciosa sangre en favor de judíos y gentiles. Ellos, sin embargo, dicen: «Decid que lo robaron», haciendo así observancia de cosas vanas y de falsedadess. De su resurrección dice también Isaías: «El que sacó de entre los muertos al gran pastor de las ovejas, en la sangre de una alianza eterna» (Is 63,11)29. Añadió lo de «grande» para que no fuese contado entre los pastores de la categoría de los anteriores.

Las apariciones del Resucitado

21. Con todos estos datos proféticos, despiértese en nosotros la fe. Caigan los que caen por infidelidad según su capricho. Tú, en cambio, te has mantenido firme sobre la roca de la fe en la resurrección: que ningún hereje te arrastre nunca a infamar la resurrección. Pues, hasta el día de hoy, los maniqueos dicen que la resurrección del Salvador fue simulada y no verdadera. Tenemos, además, a Pablo, que escribe30: «Nacido del linaje de David según la carne» (Rm 1,3); y continúa: «...por su resurrección de entre los muertos» (1,4)31. Y, por otra parte, dirige contra ellos sus palabras diciendo: «No digas en tu corazón "¿quién subirá al cielo?" es decir: para hacer bajar a Cristo; o bien: "¿quien bajará al abismo?", es decir: para hacer subir a Cristo de entre los muertos» (Rm 10,6-7). Igualmente, en otro lugar, previniéndonos, escribe: «Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos» (2 Tim 2,8). Y también: «Y si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe. Y somos convictos de falsos testigos de Dios porque hemos atestiguado contra Dios que resucitó a Cristo, a quien no resucitó» (1 Cor 15,14-15). Y, en lo que sigue dice: «¡Pero no! Cristo resucitó de entre los

muertos como primicias de los que durmieron» (15,20). «Se apareció a Cefas y luego a los Doce» (15,5). Si no aceptas la fe de uno sólo, tienes ahí doce testigos. «Después se aparecidas a más de quinientos hermanos a la vez» (15,6). Si a aquellos doce tampoco les creían, que hagan caso a estos quinientos. «Luego se apareció a Santiago» (15,7), su hermano33, primer obispo de esta parroquia34. Si este obispo tan importante vio a Jesucristo resucitado, no reniegues de la fe tú que eres discípulo suyo. Pero si dices que Santiago dio testimonio por ser hermano suyo, «en último término se me apareció también a mí» (15,8), Pablo, su enemigo. ¿Cómo poner en duda el testimonio de uno que ha sido su enemigo y ahora lo anuncia? Antes fui perseguidor (cf. I Tim 1,13) y ahora anuncio la resurrección.

Personas y objetos materiales, testigos de la resurrección

22. Muchos son los testigos de la resurrección del Salvador. Era la noche y había luna llena, la decimosexta noche35. La roca del sepulcro que acogió a Cristo y la piedra que resistió en su cara a los judíos: esa piedra vio al Señor, la piedra que fue removida de su sitio (Mt 28,2), ella da testimonio de la resurrección estando allí tirada hasta el día de hoy. Los ángeles de Dios, allí presentes, dieron testimonio de la resurrección del Unigénito (Lc 24,4 ss). Pedro y Juan, Tomás y todos los demás apóstoles, algunos de los cuales corrieron hasta el sepulcro (Jn 20,4) y vieron los lienzos de la sepultura en los que había estado envuelto y que habían quedado allí después de la resurrección (20,6-7). Otros tocaron sus manos y sus pies y contemplaron las señales de los clavos (20,27). Y todos recibieron a la vez el soplo del Salvador y la potestad de perdonar los pecados en virtud del Espíritu Santo (20,22-23). Las mujeres que se asieron a sus pies observaron la magnitud del terremoto y el fulgor del ángel que allí estaba (28,2-5), así como los lienzos que le envolvían y que, al resucitar, abandonó allí. Son testigos también los soldados y el dinero que se les dio (Mt 28,15), el lugar, que todavía puede verse, y el santo edificio de esta Iglesia, edificada, por amor a Cristo, por el emperador Constantino, de feliz memoria, y que, como ves, está tan embellecida.

Otros testimonios de la resurrección y la ascensión

23. También la que fue resucitada en su nombre, Tabita, es testigo de la resurrección (cf. Hech 9,40). Pues, ¿quién dejará de creer en la resurrección de Cristo, cuando su mismo nombre hizo resucitar a muertos? También el mar, como ya oíste36, es testigo de la resurrección de Jesús. Testigos son la captura de los peces, las brasas encendidas y las viandas preparadas (Jn 21,6.9). También da testimonio Pedro, que antes le había negado tres veces, pero después le confesó otras tres veces, recibiendo el encargo de apacentar las ovejas espirituales (21,15-17). Hasta el día de hoy existe el Monte de los Olivos, que muestra a los ojos de los fieles quién es el que ascendió sobre la nube y que es la puerta de la ascensión a los cielos. En Belén había descendido de los cielos, pero ascendió a los cielos desde el monte de los Olivos. Desde allí vino hasta los hombres para entablar su combate y es aquí donde es coronado tras su lucha. Tienes, pues, numerosos testigos, tienes este mismo lugar de la resurrección y tienes el lugar de la ascensión, situado, desde nuestra posición, al Oriente. Tienes como testigos a los ángeles que allí testificaron y a la nube que se elevó. Y asimismo a los discípulos que desde allí bajaron (cf. Hech 1,9.12).

La ascensión37

24. El ordenamiento de la doctrina de la fe ya nos advertía de que habláramos también sobre la ascensión, pero la gracia de Dios dispuso las cosas de manera que ayer, que era domingo, oyeses, en la medida de nuestras fuerzas, hablar de esto. Fue porque, por gracia de Dios, las lecturas de la reunión litúrgica contenían lo referente a la ascensión de nuestro Salvador a los cielos. Lo que dijimos fue de cara a todas las personas y por causa de la multitud de fieles reunidos. Pero, sobre todo, ayer hablamos de esto pensando en ti. Queremos ver ahora si atendiste a lo que se dijo. Pues sabes que la fe enseña que creas en aquel «que resucitó al tercer día, y ascendió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre». Creo que recordarás lo que expusimos, aunque, sin demasiada insistencia, te haré memoria de lo que dijimos. Acuérdate de que en los Salmos está escrito claramente; «Sube Dios entre aclamaciones» (Sal 47,6). Las Potestades divinas clamaban unas a otras: «Puertas, levantad sus dinteles» (Sal 24,7), etc. Téngase en la mente el otro salmo: «Tú has subido a la altura, conduciendo cautivos» (Sal 68,19)33. Y acuérdate del profeta, que dice: «El que edifica en los cielos sus aletas moradas» (Am 9,ó). Y todas las demás cosas que ayer se dijeron a causa de las contradicciones de los judíos.

Argumentos a favor de la posibilidad de la Ascensión

25. Pues cuando se han opuesto, juzgándola imposible, a la ascensión del Salvador, acuérdate de lo que se dice de la traslación de Habacuc (Dan 14,33-39). Pues si Habacuc fue transportado por el ángel cogiéndolo por los pelos de la cabeza, mucho más el Señor de los profetas y de los ángeles, subiendo en una nube desde el Monte de los Olivos, pudo preparar su ida a los cielos y por su propio poder. Retén también en tu mente otras cosas semejantes, teniendo en cuenta que la grandeza es del Señor, que hace tales maravillas: aquellos eran llevados y éste es el que «todo lo sostiene» (cf. Hebr 1,3). Recuerdas que Henoc fue trasladado (Gén 5,24), pera Jesús ascendió. Recuerda las cosas que ayer se dijeron de Elías: que Elías fue tomado en un carro de fuego (2 Re 2,11), pero el carro de Cristo fueron «los carros de Dios, por millares de miríadas»; y que Elías fue tomado al Este del Jordán (2,1 1.14-15) mientras que Cristo ascendió al Este del torrente Cedrón; que aquél ascendió «como hacia el cielo» (2 Re 2, 11 LXX) pero Jesús lo hizo «al cielo»; y que el primero había dicho a su discípulo que le daría dos partes de su espíritu39, pero Cristo ha concedido a sus discípulos una participación tan grande en la gracia del Espíritu Santo que no lo posean sólo para ellos, sino que también por la imposición de las manos lo otorguen a los que creen en él (Hech 8,14-17).

La gloria supereminente de Cristo

26. Cuando hayas luchado contra los judíos y los hayas vencido con estas comparaciones, acércate entonces a la supereminente gloria del Salvador: mientras ellos son siervos, él es Hijo de Dios. Verás cuánto sobresale él al pensar que el Siervo de Cristo40 fue llevado hasta el tercer cielo. Pues si Elías llegó hasta el primer cielo y Pablo hasta el tercero (2 Cor 12,2)41, es evidente que este último consiguió una mayor dignidad. No te avergüences de tus apóstoles. No son menos dignos que Moisés ni inferiores a los profetas, sino que son buenos con los buenos y mejores que los buenos. Pues Elías fue verdaderamente tomado al cielo, pero Pedro tiene las llaves del reino de los cielos después de oír aquello: «Todo lo que desatares sobre la tierra, quedará desatado en los cielos» (Mt 16,19). Elías fue llevado al cielo, pero Pablo al cielo y al paraíso (era bueno que los discípulos de Jesús recibiesen una gracia más abundante): «Oyó palabras inefables que el hombre no puede pronunciar (2 Cor 12,4). Pero Pablo descendió de

nuevo, y no porque fuese indigno de habitar en el tercer cielo, sino—tras recibir unos dones que superan la condición humana—abandonando aquel honor y tras anunciar a Cristo, para sufrir la muerte por él y conseguir la corona del martirio. El resto de esta argumentación, que ayer sostuve en la asamblea dominical, lo he pasado ahora por alto, pues para unos oyentes con inteligencia basta esta sola mención.

El Hijo está sentado desde la eternidad junto al Padre

27. Acuérdate también de las cosas que muchas veces he dicho sobre el Hijo sentado a la derecha del Padre. Es lo que se contiene en la secuencia de las afirmaciones de la fe: «ascendió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre». No nos preguntemos tanto por la «razón» de este estar sentado, pues supera nuestra inteligencia. Ni nos apoyemos en aquellos que perversamente sostienen que, después de la cruz, la resurrección y la vuelta a los cielos, entonces comenzó el Hijo a estar sentado a la derecha del Padre. Pues «sentarse» no fue para él una adquisición, sino que está sentado junto al Padre por aquello que es42. El profeta Isaías, al contemplar este trono antes de la venida en carne del Salvador, afirma: «Vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado», etc. (6,1). Pues al Padre «nadie lo ha visto jamás» (Jn 1,18; cf. I Tim 6,16)43. A quien el profeta vio entonces era el Hijo. Y el salmista dice: «Desde el principio tu trono está fijado, desde siempre existes tú» (Sal 93,2)44. Como hay muchos testimonios de todo esto (el trono es evidentemente eterno) baste, por lo avanzado de la hora, con lo dicho.

Importancia de Sal 110.1: «Dijo el Señor a mi Señor...». Otros testimonios

28. /Sal/109/110/01/Cirilo: Intentaremos resumiros algunas de las cosas dichas sobre este tema de que el Hijo está sentado a la derecha del Padre. El Salmo 110 dice abiertamente: «Dice el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies» (110,1). Cuando el Salvador confirma esto en los evangelios, señala que David no dijo estas cosas por sí mismo, sino que lo dijo por inspiración del Espíritu de Dios. Lo dice (Jesús) con estas palabras: «Pues ¿cómo David, movido por el Espíritu, le llama Señor, cuando dice: "Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi diestra..."» (Mt 22,43-44). Y en los Hechos de los Apóstoles, el día de Pentecostés, estando en pie Pedro con los once, y hablando a los israelitas, recuerda con las mismas palabras este testimonio del salmo 110 (Hech 2,34).

29. Hay que traer también a la memoria algunos otros testimonios semejantes sobre el estar sentado el Hijo a la derecha del Padre. En el evangelio según San Mateo está escrito: «Os declaro que a partir de ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder...» (Mt 26,64). El apóstol Pedro escribe cosas acordes con esto, al mencionar: «...por medio de la Resurrección de Jesucristo, que, habiendo ido al cielo, está a la diestra de Dios...» (1 Pe 3,21,22). Y el apóstol Pablo escribe a los Romanos diciendo: «Cristo Jesús, el que murió; más aún el que resucitó, el que está a la derecha de Dios...» (Rm 8,34). Y, escribiendo a los Efesios, se expresa de este modo: «...conforme a la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su diestra en los cielos» (Ef 1,19-20), además de lo que sigue. A los Colosenses les instruía de este modo: «Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios». Y en la epístola a los Hebreos dice: «Después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas» (Hebr 1,3). Y por otra parte: «¿A qué ángel dijo alguna vez: "Siéntate a

mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies"» (1,13; cf. Sal 110,1). Además: «El, por el contrario, habiendo ofrecido por los pecados un sólo sacrificio, se sentó a la diestra de Dios para siempre45, esperando desde entonces hasta que sus enemigos sean puestos por escabel de sus pies» (Hebr 10,12-13)46. Y de nuevo: «Fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe, el cual, en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia, y está sentado a la diestra del trono de Dios» (12,2)

Conclusión: esperamos a Cristo

30. Y aunque hay otros muchísimos testimonios acerca de que el Unigénito está sentado a la derecha de Dios, estos nos son suficientes en este momento. Pero repetimos de nuevo la advertencias47 de que no ha conseguido esta prerrogativa de «estar sentado» tras su venida en la carne, sino que antes de todos los siglos el Hijo unigénito de Dios, nuestro Señor Jesucristo, posee desde la eternidad este trono a la derecha del Padre. Y el mismo Dios de todas las cosas, Padre de Cristo, y nuestro Señor Jesucristo, que descendió y ascendió (cf. Ef4,10)48 y está sentado junto al Padre, guarden vuestras almas; conserven inconmovible e inmutable vuestra esperanza en aquel que resucitó; que les levanten de sus pecados ya muertos hasta su don celestial; les hagan dignos de que seáis «arrebatados en nubes... al encuentro del Señor en los aires» (cf. I Tes 4,17) en el tiempo oportuno. Y mientras llega el tiempo de su segunda y gloriosa venida, inscriba los nombres de todos ustedes en el libro de los vivos sin que nunca borre después lo escrito una vez (son borrados los nombres de muchos que caen) (cf. Apoc 3,5 con Sal 69,29). Os conceda a todos ustedes creer en el que resucitó, y esperar al que bajó y de nuevo volverá sentado en lo alto (pero no vendrá de la tierra: protégete a ti mismo, oh hombre, de los impostores que habrán de sobrevenir). El está aquí junto a nosotros, fortaleciendo las actitudes de cada uno y la firmeza de su fe. Pues no debes pensar que lo que ahora no está presente en carne está por ello ausente en espíritu (cf. Col 2,5). Está aquí en medio oyendo lo que se dice de él y viendo lo que piensas en tu interior, escrutando corazones y entrañas (cf. Sal 7, 11,20: Apoc 2,23). Los que ahora estén preparados acérquense al bautismo, y todos ustedes presentaos al Padre en el Espíritu Santo y decid: «Aquí estamos yo y los hijos que Dios me ha dado» (Is 8,18; cf. Hebr 2,13). A él sea la gloria por los siglos. Amén.

....

1. El tema de la catequesis es la resurrección de Jesucristo. Sólo al final, muy brevemente, se tocan la ascensión y el «está sentado a la derecha del Padre». En general, la presente catequesis tiene un marcadísimo carácter apologético frente a los judíos, pero también frente a maniqueos y otros. De ahí se explica la insistencia en numerosos detalles relativos a personas, lugares, momentos y otras circunstancias. Para un lector actual es muy importante atender a la concepción cristiana del hombre que explícita o implícitamente se deriva de las palabras de Cirilo. Diversas cuestiones se irán comentando en las notas al texto. PG 33,823 VII, de cuenta de los códices utilizados.

2. Is 66,10 y su contexto se refieren primariamente a Jerusalén, dentro de un tono apocalíptico que sugiere claras actitudes de alegría y esperanza. Naturalmente, todo esto tiene mucho más sentido desde la realidad de la resurrección de Jesucristo.

3. El fuerte carácter apologético de la catequesis, señalado en la nota I, es también una defensa de carácter bastante positivo: se intenta defender, muy especialmente frente a los judíos, la realidad de Jesucristo resucitado, pero la impresión que el lector recibe no es simplemente la de que se está a la defensiva como quien está asediado por multitud de razonamientos en contra. Más bien se trata, en conjunto, de un imponente muestrario de textos bíblicos. El objetivo no es un cosido artificioso de unos textos con otros, sino hacer ver que múltiples estratos de la Escritura apuntan hacia la resurrección de Cristo, incluso en detalles nimios. Es algo parecido a lo que, por ejemplo, pretende el evangelio de Mateo cuando tantas veces señala aquello de «para que se cumpliese lo dicho por la Escritura» (o se dice lo mismo con otras expresiones semejantes). En último término, subyace aquí también la idea general -en este caso moviéndose, sin embargo, en el ámbito de la resurrección- de que la EscrItura encuentra su cumplimiento y su plenitud en Cristo, en quien todas las afirmaciones bíblicas se llenan de sentido.

4. Cat. 13, núm. 34.

5. La versión de los LXX favorece una interpretación más centrada en el hecho de la sepultura de Jesús.

6. Posible alusión a Col 1,20: «...pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos».

7. Núm 24,9 pertenece al oráculo de Balaam, llamado por el Rey Balaq, de Moab, para maldecir a los israelitas que pasan por su territorio. La interpretación del versículo (sorprendentemente de redacción muy semejante a Gén 49,9 aunque es dificil identificar con seguridad una fuente redaccional común) la realiza Cirilo en referencia clara a la resurrección: «levantar», «alzarse».

8. Es decir, refiriendo Is 51,1 a la roca en que estaba excavado el sepulcro de Jesús (Mt 27,60).

9. Alusión a Jn 19,15, cuando en la acusación contra Jesús la gente grita: «No tenemos más rey que el César». Las palabras de Sal 16,4 las interpreta Cirilo como pronunciadas por Cristo -es muy frecuente en la tradición patrística entender numerosos salmos como dichos en primer lugar por Cristo, con lo que frecuentemente adquieren un sentido profético más acentuado. Así, en este caso, al señalar los acusadores de Jesús que su rey es el César romano -cuando, en realidad, odiaban la ocupación imperial- están renegando de Jesús. Es esto lo que proféticamente habría quedado dicho en Sal 16,4.

10. La Biblia de Jerusalén comenta: «El salmista ha elegido a Yahvé. El realismo de su fe y las exigencias de su vida mística piden una intimidad indisoluble con él: necesita, pues, escapar a la muerte que le separaría de él. Sal 6,6, cf. Sal, 49, 16 ss. Esperanza imprecisa aún, que preludia la fe en la resurrección...». En cuanto a Sal 16, 9-10, citado en el texto, es conveniente señalar, con respecto a su interpretación profética y cristológica, la mención que de él se hace en Hech 2,25-28 dentro del primer anuncio de la resurrección que recogen los Hechos, el día de Pentecostés. Con ello, la interpretación dada del salmo viene avalada por el mismo Nuevo Testamento.

11. O «la fosa» en el texto original del salmo.

12. Cirilo tiene presente aquí la basílica de la Resurrección, que con el aspecto con que podia contemplarse en la época de las catequesis provenía del emperador Constantino, que había muerto unos diez años antes.

13. «Martyrion» o «Martyrium» es, en las antiguas catacumbas romanas, el lugar que contenía los restos de los mártires allí enterrados. El juego de palabras que hace Cirilo se explica por el sentido de mártir y martirio, que etimológicamente significan «testigo» y «testimonio». El nombre se aplica aquí también al sepulcro de Jesús.

14. Cirilo añade aquí entre paréntesis: «pues el que entonces hablaba es el que más tarde estuvo presente». PG 33,831, nota 87, remite a Is 52,6: «Por eso mi pueblo conocerá mi nombre en aquel día y comprenderá que yo soy el que decia: "Aquí estoy"». Sobre esta interpretación cristocéntrica de los salmos y otros textos veterotestamentarios, cf. la anterior nota 9.

15. Puesto que antes de entrar al lugar propiamente de la sepultura, existía una antecámara o vestíbulo.

16. Marzo.

17. Cf. la comparación entre la desobediencia y la obediencia del primero y del último Adán en cat. 15, núm. 31.

18. Se refiere de nuevo al Cantar de los Cantares.

19. La frase parece estar tomada de la ya mencionada homilía de Cirilo Sobre el paralítico.

20. Probablemente el texto más claro del Nuevo Testamento sobre que Jesús, en su resurrección, «arrastró», es decir, hizo vivir la resurrección a otros muchos con ella, es Ef 4, 7-11, especialmente por la utilización que se hace de Sal 68,19:

7«A cada uno de nosotros le ha sido concedido el favor divino a la medida de los dones de Cristo

8Por eso dice: "Subiendo a la altura, llevó cautivos y dio dones a los hombres" (Sal 68,19).

9¿Qué quiere decir "subió" sino que también bajó a las regiones inferiores de la tierra?

10Este que bajó es el mismo que subió por encima de todos los cielos, para llenarlo todo.

11 El mismo 'dió' a unos el ser apóstoles; a otros profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros...».

El descenso «a las regiones inferiores de la tierra» es el descenso a los infiernos del que ya se ha hablado. Pero aquí interesa la idea de la «subida» (vv. 9 y 10) argumentada mediante la cita de Sal 68,19, cuyo contexto histórico es otro, pero que aquí se aplica a la victoria de Cristo en: «Subiendo a la altura, llevó cautivos». Es la idea que litúrgicamente se expresa como que «en la muerte de Cristo nuestra muerte ha sido vencida y en su resurrección hemos resucitado todos»

(Prefacio Pascual, Il). Al vencer la muerte y alzarse de nuevo hasta el Padre, Cristo ha llevado libres consigo a todos los cautivos del pecado y de la muerte haciendo de ellos hombres nuevos. Es el efecto de la «justificación» del pecador (cf. Rom 4,25, que describe a Cristo como «quien fue entregado por nuestros pecados (Is 53,6), y fue resucitado para nuestra justificación». Las ideas paulinas sobre «fe», «resurrección», «justificación» son plenamente pertinentes en todo este contexto para completar concepciones a veces simplemente apologéticas de la resurrección. Debe tenerse además en cuenta que la resurrección deJesús no es sólo su recuperación como «redivivo». Se trata de un Jesús que posee un nuevo principio vital y al cual todos los cristianos están llamados a ser asociados: «...Sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte no tiene ya señorío sobre él» (Rm 6,9). El componente ético que de aquí resulta para el cristiano en la vida ordinaria es, mucho más que una consecuencia lógica, una liberación del pecado y unas actitudes éticas posibilitadas por la acción de Jesucristo resucitado en el hombre (6, 11; para las explicaciones detalladas de Pablo, cf. I Cor 15).

21. La argumentación es: A nosotros nos valen los testigos de la resurrección de Jesús si a ustedes les valen los testimonios de las resurrecciones que se operaron por medio de Elías y Eliseo.

22. El original del evangelio de Mateo fue escrito en realidad en arameo. Pero ésta era la lengua usualmente hablada y utilizada en tiempos de Jesús.

23. Esta observación añadida por Cirilo da a entender que se trataba de la entrada en la ciudad de Jerusalén, aunque no, como otros han interpretado a veces, de la entrada en la Jerusalén celeste tras una resurrección definitiva.

24. Cuando la catequesis afirma que Eliseo «no consiguió dominar el orbe» o que «los demonios no se sometieron en nombre de Elías» pese a los hechos de resurrección narrados, se está implícitamente diciendo algo esencial: la resurrección de Cristo no es sólo, como ya se ha indicado, «volver a vivir». Cf. la anterior nota 20. En este sentido, la resurrección de Jesús es cualitativamente diferente de lo que son las resurrecciones de la hija de Jairo (Mt 9,18-19, 23-26 par), del hijo de la viuda de Naim (Lc 7,11-17) o de Lázaro (Jn 11,1-44), puesto que la resurrección de Cristo es definitiva y marca el comienzo de una nueva humanidad.

25. Vid. la anterior nota 20 en lo relativo a Ef 4,7-11.

26. I Pe 3,18-22 es tal vez el texto que expresa de manera más bella que el rescate de Cristo tiene como destinatarios a los hombres de todas las épocas: «En el espíritu fue también a predicar a los espíritus encarcelados, en otro tiempo incrédulos, cuando les esperaba la paciencia de Dios» (19-20a). Los vv. 20b-21 utilizan el arca de Noé como imagen del bautismo, en el que el hombre se salva de ser engullido por las aguas de la muerte. El tema del «descenso a los infiernos» sigue así, vivo en el pensamiento de Cirilo.

27. Como añadidura a lo dicho sobre el descenso a los infiernos, cf H.U von BALTHASAR El misterio pascual en: Mysterium Salutis (eds. J. FEINER y M. LÖHRER), t. III, Madrid 2ª, 1980, 738-760 («Entre los muertos (Sábado Santo)»).

28. Cf. las notas de la Biblia de Jerusalén a estos versículos.

29. La cita se transcribe según los Setenta, pero según también el estado de algunos códices de la catequesis (cf PG 33,849, nota 3). Por otra parte, la concordancia es así perfecta con el texto aludido a continuación, Hebr 13,20: «...el Dios de la paz que suscitó de entre los muertos a nuestro Señor Jesús, el gran Pastor de las ovejas en virtud de la sangre de una Alianza eterna».

30. Aceca del Hijo de Dios.

31. Rom 1,3-4 es importante para una comprensión en síntesis de la realidad de Jesucristo. Habla Pablo, al comienzo de la epístola, del Evangelio «3 acerca de su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, 4 constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos». En el contexto de la catequesis interesa subrayar aquí que la vida y la actividad ministerial de Jesús son un camino o proceso en el que él alcanza la plena manifestación de su poder como Hijo de Dios cuando llega a la Resurrección («constituido Hijo de Dios con poder») en la unión con «el Espiritu de santidad», en la unidad con el cual y con el Padre tiene sentido toda su existencia, que sólo en cuanto a la debilidad creatural puede ser entendida en su humanidad («nacido del linaje de David, según la carne»). Naturalmente esto no obsta a que el Hijo de Dios ha tenido siempre la misma dignidad por generación eterna del Padre.

32. En los momentos decisivos en que se habla de que, después de su resurrección «se apareció» Jesús a los apóstoles o a otros el verbo es «ophthe» que, por ser aoristo pasivo, se debe traducir por «fue hecho ver» y, en este caso, «se hizo ver» o «se dejó ver». Esta ligera apreciación lingüística hace ver algo importante: la iniciativa de dejarse encontrar y, en definitiva de «aparecerse» corresponde exclusivamente al Resucitado. H.U. von BALTHASAR, utilizando palabras de H. SCHLIER (que aquí se transcribirán entre comillas) lo expresó perfectamente: «Unánimemente se habla de encuentros con el Cristo vivo. "El encuentro que viven los testigos procede de él. Ese encuentro -palabra y signo, saludo y bendición, llamada, interpelación y enseñanza, consuelo e instrucción y misión, fundación de una comunidad nueva- es puro don" (hasta aquí Schlier). Como en los encuentros humanos, entran en éste también en juego los sentidos de quienes lo viven: ven y oyen, tocan e incluso degustan... Pero el acento no recae en las experiencias sensibles, sino únicamente en el objeto. Y éste, el Cristo vivo, se muestra por sí desde sí. Este es el significado del «ophthe» que aparece en textos decisivos (I Cor 15,3 ss: cuatro veces; Lc 24,34 en el encuentro con Simón; Hech 13,31; a propósito de las apariciones a Pablo, Hech 9,17, 16,9, 21,16)» (H.U. von BALTHASAR. op. cit., en nota 27, 780).

33. Primo, pariente, próximo...

34. Naturalmente «parroquia» se refiere aquí a la sede episcopal de Jerusalén. La palabra ha pasado por sentidos de mayor o menor amplitud a lo largo de la historia de la Iglesia, especialmente en la época antigua.

35. Del mes de Nisán.

36. En esta misma catequesis, a propósito de Jonás, núms. 17-18.

37. Al comienzo del presente párrafo se menciona que la catequesis fue pronunciada el día siguiente a un domingo, en el que las lecturas reflejaron la Ascensión. Se da esto como razón de que la Ascensión sólo se mencione brevemente cuando la catequesis entra en su sección final.

38. Cf. Ef 4,8. Sobre algunas implicaciones de estos pasajes cf., anteriormente, la nota 20.

39. Según la petición de 2 Re 2,9.

40. Se refiere a San Pablo. La comparación fisica de las «alturas» de los cielos sólo se entiende desde una imagen antigua del firmamento.

41. 2 Cor 12,2 «Sé de un hombre en Cristo, el cual hace catorce años -si en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe- fue arrebatado hasta el tercer cielo...». La expresión hasta el tercer cielo significa simplemente «hasta lo más alto de los cielos» y da fe de experiencias espirituales de Pablo. Es evidente que la ascensión de Jesús debe entenderse desde otras categorías: es la vuelta al Padre, de quien Jesús nunca había dejado de estar viviendo. Recuérdese la trascendencia de la expresión Abba. Pero Jesús ha vivido en la tierra «en estado de humillación», mientras ahora—y son expresiones de la antigua teología—entra «en estado de exaltación». La descripción de los momentos descendente (la kenosis) y ascendente, (ascensión, exaltación, glorificación) en la persona de Jesucristo alcanza en el Nuevo Testamento uno de los momentos más brillantes en Flp 2,5-11. Cf. ibid. los vv. 9-11 en cuanto a la glorificación de Cristo.

42. De nuevo se defiende Cirilo frente a una concepción «evolutiva» de la persona de Jesucristo. Cf. la nota 31.

43. La afirmación, completa, de Jn 1,18: «A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado». Colocado este versículo, además, al final del «prólogo» del cuarto evangelio, hace ver perfectamente que el cristianismo es una concepción de Dios esencialmente cristocéntrica. El cristiano encuentra a Dios a través de Jesucristo, aunque eso no excluya otras posibilidades, a distintos niveles, de encontrar a Dios.

44. Todo el salmo puede entenderse también en sentido cristológico.

45. La expresión es equivalente al ya comentado «ephápax» (por ej. en 10,10 y, antes, en 7,27, en el contexto del valor definitivo del sacrificio de Cristo: «esto lo realizó de una vez para siempre, ofreciéndose a si mismo»). El sacrificio y la muerte de Cristo, la resurrección y la glorificación junto al Padre tras la ascensión son realidades que han sucedido «de una vez por todas» porque es definitiva la victoria de Cristo sobre la muerte.

46. Se alude una vez más a Sal 110,1, insistiendo de nuevo en su interpretación cristológica.

47. Cf. supra, núm. 27.

48. Para detalles, cf. supra, nota 20.

CATEQUESIS XV

LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO

Pronunciada en Jerusalén, sobre lo de "Y ha de venir en gloria a juzgar a vivos y muertos: su reino no tendrá fin». Y sobre el Anticristo. La lectura es de Dan 7,9 ss: «Mientras yo contemplaba: Se aderezaron unos tronos y un Anciano se sentó...» Y más abajo: «Yo seguía contemplando en las visiones de la noche: Y he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre...» (7,13) además de lo que sigue1.

Las dos venidas de Cristo2

1. Anunciamos la venida de Cristo, pero no una sola, sino también una segunda, mucho más magnífica que la anterior. La primera llevaba consigo un significado de sufrimiento, esta otra, en cambio, llevará la diadema del reino divino. Pues casi todas las cosas son dobles en nuestro Señor Jesucristo. Doble es su nacimiento: uno, de Dios, desde toda la eternidad; otro, de la Virgen, en la plenitud de los tiempos. Es doble también su descenso: el primero, silencioso, como la lluvia sobre el vellón (Sal 72,6); el otro, manifiesto, todavía futuro.

En la primera venida fue envuelto con fajas en el pesebre (Lc 2,7); en la segunda se revestirá de luz como vestidura (cf. Sal 104,2a). En la primera «soportó la cruz, sin miedo a la ignominia» (Hebr 12,2), en la otra vendrá glorificado y escoltado por un ejército de ángeles (cf. Mt 25,31).

No pensamos, pues, tan sólo en la venida pasada; esperamos también la segunda. Y, habiendo proclamado en la primera: «bendito el que viene en nombre del Señor» (Mt 21,9), diremos eso mismo en la segunda (cf. Mt 23,39); y, saliendo al encuentro del Señor con los ángeles, aclamaremos adorándolo: «Bendito el que viene en nombre del Señor». El Salvador vendrá, no para ser de nuevo juzgado, sino para llamar a su tribunal a aquellos por quienes fue llevado a juicio. Aquel que antes, mientras era juzgado, guardó silencio (Mt 27,12) refrescará la memoria de los malhechores que osaron insultarle cuando estaba en la cruz y les dirá: «Esto hiciste y yo callé» (Sal 50,21) 3.

Entonces, por razones de su clemente providencia, vino a enseñar a los hombres con suave persuasión; en esa otra ocasión, futura, lo quieran o no, los hombres tendrán que someterse necesariamente a su reinado.

2. De ambas venidas habla el profeta Malaquías «De pronto entrará en el santuario el Señor a quien ustedes buscáis» (Mal 3,1). He ahí la primera venida. Respecto a la otra, dice así: El mensajero de la alianza que ustedes deseáis: miradlo entrar —dice el Señor de los ejércitos—. ¿Quién podrá resistir el día de su venida? ¿Quién quedará en pie cuando aparezca? Será un fuego de fundidor, una lejía de lavandero: se sentará para fundir y purgar» (3,1-3).

Y en las líneas que siguen dice el Salvador mismo: «Yo me acercaré a ustedes para el juicio, y seré un testigo expeditivo contra los hechiceros y contra los adúlteros, contra los que juran con

mentira», etc. (3,5). Por eso, queriendo hacernos más cautos, dice Pablo: «Si uno construye sobre este cimiento con oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, la obra de cada uno quedará al descubierto; la manifestará el Día, que ha de revelarse por el fuego» (I Cor 3,12-13)4.

Escribiendo a Tito, también Pablo habla de esas dos venidas en estos términos: «Ha aparecido la gracia de Dios que trae la salvación para todos los hombres; enseñándonos a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a llevar ya desde ahora una vida sobria, honrada y religiosa, aguardando la dicha que esperamos: la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo» (Tit 2,11-13). Ahí expresa su primera venida, dando gracias por ella; pero también la segunda, la que esperamos.

Por esta razón, en nuestra profesión de fe, tal como la hemos recibido por tradición, decimos que creemos en aquel «que subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin».

La actual condición del mundo pasará

3. Vendrá, pues, desde los cielos, nuestro Señor Jesucristo. Vendrá ciertamente hacia el fin de este mundo, en el último día, con gloria. Se realizará entonces la consumación de este mundo, y este mundo, que fue creado al principio, sera otra vez renovado. Pues ya que la corrupción, el hurto, el adulterio y toda clase de pecados se han derramado sobre la tierra y una y otra vez se derrama sangre (vid. Os 4,1-2). desaparecerá este mundo presentes con el fin de que esta morada no se llene de iniquidad y para suscitar otro más hermoso. ¿Quiéres ver una demostración de esto desde la Sagrada Escritura? Oye al profeta Isaías: «Se enrollan como un libro los cielos, y todo su ejército palidece como palidece el sarmiento de la cepa, como una hoja mustia de higuera» (Is 33,4). Y el Evangelio dice; «El sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo» (Mt 24,29). No estemos, por tanto, apesadumbrados como si sólo nosotros tuviésemos que morir, pues también mueren las estrellas, aunque quizá resurjan de nuevo. El Señor hará que los cielos se plieguen y no para hacerlos perecer sino para hacer otros más hermosos. Escucha al profeta David cuando dice: «Desde antiguo, fundaste tú la tierra, y los cielos son obra de tus manos; ellos perecen, mas tú quedas» (Sal 102,26-27). Pero dirá alguno: abiertamente declara que perecerán. Escucha cómo dice «perecerán», pues desde lo que dice a continuación queda claro: «Todos ellos como la ropa se desgastan, como un vestido los mudas tú, y se mudan» (102,27). De modo semejante a como se dice que el hombre perece, según aquello: «El justo perece, y no hay quien haga caso» (Is 57,1), aunque se esté esperando la resurrección. Así, esperamos también como una resurrección de los cielos. «El sol se cambiará en tinieblas y la luna en sangre» (J13,4; Hech 2,20; cf. Mt 24,29). Sépanlo los que se han convertido de los maniqueos y no hagan dioses a los astros ni tampoco piensen impíamente que Cristo habrá de perder su luz algún día. Escucha de nuevo al Señor, que dice: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24,35), pues las criaturas no son del mismo valor ni tienen el mismo destino que las palabras del Señor.

Hablaremos de lo que ha de venir y de sus signos

4. Pasarán, por tanto, las cosas visibles y llegarán las que se esperan mejores que éstas, pero que nadie busque con curiosidad cuál será el momento. Pues dice: «No les toca a ustedes conocer el

tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad» (Hech 1,7). Ni te atrevas a determinar cuándo sucederán estas cosas ni te quedes perezosamente adormecido. Pues también dice: «Estad preparados, porque en el momento que no penséis, vendrá el Hijo del hombre» (Mt 24,44; cf. 42). Pero ya que era conveniente que conociésemos las señales de la consumación y puesto que es a Cristo a quien esperamos y para que no muriésemos decepcionados y fuésemos llevados a engaño por el Anticristo de la mentira, los apóstoles, impulsados por una moción divina y de acuerdo con los sabios designios de Dios, se acercan al verdadero Maestro y le dicen: «Dinos cuándo sucederá eso, y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo» (Mt 24,3). Esperamos que vengas una segunda vez, pero «Satanás se disfraza de ángel de luz» (2 Cor 11,14). Ponnos, por tanto, a nosotros a buen recaudo, para que no adoremos a otro en tu lugar. Y él, abriendo su boca divina y bienaventurada dice: «Mirad que no les engañe nadie» (Mt 24,4). También ustedes, los que ahora oís, miradlo ahora a él como si lo estuvieseis viendo con los ojos de la mente y escuchadlo como quien les está diciendo las mismas cosas: «mirad que nadie les engañe». Estas palabras les advierten a todos a que dirijáis vuestra mente a lo que se va a decir. Pues no se trata de una historia de cosas pasadas, sino de las que han de suceder, y es una profecía de lo que con certeza sucederá. Y no es que nosotros profeticemos, pues somos indignos de ello, sino que proclamamos en esta asamblea lo que está escrito y explicamos sus señales. Tú verás qué cosas de ésas ya han tenido lugar y cuáles quedan todavía por llegar. De ese modo puedes prevenirte.

Primera señal: los falsos mesías

5. «Mirad que no les engañe nadie. Porque vendrán muchos usurpando mi nombre y diciendo: "yo soy el Cristo" y engañarán a muchos» (Mt 24,4-5). Estas cosas se han dado ya en parte. Pues esto ya lo dijo Simón Mago, y Menandro y otros cabezas de herejes6 enemigos de Dios. Pero también otros lo dirán en nuestra época y después de nosotros.

Guerras y desastres naturales

6. Segunda señal: «Oiréis también hablar de guerras y de rumores de guerras» (Mt 24,56). ¿Se trata, o no, de la guerra en la época actual de los persas contra los romanos por Mesopotamia? ¿Se levanta o no, «nación contra nación y reino contra reino» (Mt 24,7)?7. «Habrá grandes terremotos, peste y hambre en diversos lugares» (Lc 21,11). Esto ya ha sucedido. Y, a su vez: «Habrá cosas espantosas y grandes señales del cielo» (iba). «Velad, pues» dice, «porque no sabéis que día vendrá vuestro Señor» (Mt 24,42).

La traición y el odio como señales del fin

7. Pero de la venida del Señor buscamos un signo propio nuestro, de la Iglesia: es decir, propio de la Iglesia, puesto que lo buscamos los que somos de la Iglesia. Pero dice el Salvador: «Muchos se escandalizarán entonces y se traicionarán y odiarán mutuamente» (Mt 24,10). Si llegas a oír que los obispos están contra los obispos, los clérigos contra los clérigos8, y que los pueblos llegan a enfrentarse unos contra otros, no te perturbes: ya lo predijo anteriormente la Escritura. No pongas tu atención en lo que ahora sucede, sino en lo que está escrito. Y aunque yo, que te estoy instruyendo, perezca, eso no quiere decir que tú hayas de ir a la muerte conmigo, sino que es preciso que el oyente llegue a ser mejor que el maestro y que el que llega el último

pase a ser el primero (cf. Mt 20,16), siendo así que el Señor recibe también a aquellos que llegan a la hora undécima (Mt 20,6-7). Y si entre los apóstoles se dio la traición, ¿te asombras de que también entre los obispos se dé un odio entre hermanos? Y esta señal no sólo es entre los jefes, sino entre las masas. Pues dice: «Y al crecer cada vez más la iniquidad, la caridad de la mayoría se enfriará» (Mt 24,12). ¿Es que acaso alguno de los presentes se gloriará de que su amistad con el prójimo es sincera y sin simulación? ¿No es muy frecuente que los labios se besen, sonría el rostro y se vea la hilaridad en los ojos, mientras en el interior se maquina el engaño y planea el mal el que habla en son de paz? (cf. Sal 28,3).

Antes del fin, el Evangelio habrá sido predicado a todas las naciones

8. Tienes también esta señal: «Se proclamará esta Buena Nueva del Reino en el mundo entero, para dar testimonio a todas las naciones. Y entonces vendrá el fin» (Mt 24,14). Y casi todo el orbe está ya lleno de la doctrina de Cristo9.

La apostasía y el Anticristo

9. Y, ¿qué sucederá después? Dice en lo que sigue: «Cuando veáis, pues, la abominación de la desolación anunciada por el profeta Daniel10, erigida en el Lugar Santo (el que lea que entienda)» (Mt 24,15). Y, a su vez: «Entonces, si alguno les dice: "Mirad, el Cristo está aquí o allí", no le creáis» (Mt 24,23). El odio fraterno abre paso después al Anticristo. El diablo prepara las divisiones entre los pueblos para, cuando llegue, ser acogido más favorablemente. Que no suceda que nadie de los presentes o cualesquiera siervos11 que estén en cualquier parte se sume al enemigo. Escribiendo el apóstol Pablo acerca de esto, dio un signo claro al decir:

Primero tiene que venir la apostasía y manifestarse el Hombre impío, el Hijo de perdición, el Adversario que se eleva sobre todo, lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto, hasta el extremo de sentarse él mismo en el Santuario de Dios y proclamar que él mismo es Dios, ¿No les acordáis que ya les dije esto cuando estuve con ustedes? Ustedes sabéis qué es lo que ahora le retiene, para que se manifieste en su momento oportuno. Porque el misterio de la impiedad ya está actuando. Tan sólo con que sea quitado de en medio el que ahora le retiene, entonces se manifestará el Impío, a quien el Señor destruirá con el soplo de su boca, y aniquilará con la Manifestación de su Venida.

La venida del Impío estará señalada por el influjo de Satanás, con toda clase de milagros, señales, prodigios engañosos, y todo tipo de maldades, que seducirán a los que se han de condenar (2 Tes 2,3b- 1 Da)12.

Hasta aquí Pablo. Ciertamente, ahora se da la defección, pues los hombres se han apartado de la recta fe: unos afirman que el Hijo es Padre y otros que ha sido llevado a la existencia desde la nada. Y en otras épocas los herejes eran claramente perceptibles, pero ahora está la Iglesia llena de herejes ocultos. Los hombres se han apartado de la verdad y sienten el afán de novedades (cf. 2 Tim 4,3-4):

¿Se trata de palabras artificiosamente compuestas para persuadir? Todos escuchan dulcemente: ¿son acaso palabras para la conversión del espíritu? Todos de hecho se apartan. Muchos se han

apartado de las rectas doctrinas y son más propensos a elegir el mal que a aplicarse al bien. Se trata, por consiguiente, de la apostasía, y ya hay que esperar al enemigo. En parte ya comenzó a enviar sus precursores para venir él luego dispuesto a recoger el botín. Cuida, pues, de ti mismo, oh hombre, y pon a seguro tu alma. Te conjura a ti ahora la Iglesia (2 Tim 4,1) en presencia del Dios vivo (cf. 1 Tim 6,13) y te anuncia con antelación, antes de que suceda, lo que se refiere al Anticristo. No sabemos si estas cosas han de suceder en tu tiempo o han de ser posteriores a ti, pero lo mejor es que, sabiéndolas, te prevengas.

No dejarse engañar

10. Pero Cristo, el Hijo unigénito de Dios, no vendrá ya de la tierra. Si viniere alguien diciendo que ha aparecido en el desierto, no salgas (cf. Mt 24,26). Y si dicen: «Mirad, el Cristo está aquí o allí», no lo creas (cf. Mt 24,23). No mires después a la tierra y a las profundidades, pues el Señor descenderá desde los cielos (cf. Hech 1,11) y no él solo, como antes, sino con una gran compañía, rodeado de una muchedumbre de innumerables ángeles (cf. Jud. 14). Tampoco de modo imperceptible como el rocío sobre el retoño (Sal 72,ó), sino resplandeciente como un relámpago. Pues él mismo dijo: «Como el relámpago sale por oriente y brilla hasta occidente, así será la venida del Hijo del Hombre» (Mt 24,27). Y además: «Verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y gloría 13. El enviará a sus ángeles con sonora trompeta» (Mt 24,30-31), etc.

El Anticristo, producto del diablo

11. Pero ya anteriormente, cuando estaba previsto que se encarnase y cuando se esperaba que Dios naciese de la Virgen, el diablo había retorcido previamente la realidad falseándola y sembrando astutamente, entre los adoradores de ídolos como falsos dioses, fábulas sobre paternidades y engendramientos. De este modo, si la falsedad ganaba terreno, la razón, según él (el diablo) pensaba, no encontraría la fe. Pues bien, cuando el verdadero Cristo venga por segunda vez, el enemigo14, aprovechándose de la expectación de los sencillos, sobre todo de los circuncisos, hará surgir un gran hombre, muy experto en las artes perversas de las hechicerías y los encantamientos15 y que usurpará la autoridad del Imperio romano dándose a sí mismo falsamente el nombre de Cristo. De ese modo engañará, mediante este nombre de Cristo, a los judíos que esperan al Ungido (es decir, Mesías y Cristo)16. También arrastrará a los gentiles con sus prodigios de magia y con sus engaños.

La llegada del Anticristo

12. El Anticristo mencionado llegará cuando se hayan completado los días del imperio Romano17 y esté ya muy próximo el fin del mundo. Diez reyes de los Romanos se levantarán a la vez en lugares quizá diversos, pero reinando todos a la vez. Después de estos, el undécimo será el Anticristo18, que usurpará el poderío romano apoyándose en las artes de la magia. Humillará a los tres que reinaron antes de él (cf. Dan. 7,24), pero a los siete restantes los tendrá sujetos a su dominio. En un principio simulará, como si fuese instruido y prudente, clemencia, moderación y humanidad, pero engañará a los judíos a través de señales y prodigios falsos provenientes de engaños mediante la magia como si él hubiese sido esperado como el Cristo. Después se caracterizará por la crueldad y el crimen, de manera que superará en maldad a todos

los injustos e impíos que le precedieron. Dirigirá su ánimo sanguinario, de inflexible dureza, inmisericorde y cambiante, contra todos, pero especialmente contra nosotros los cristianos. Pero después de tres años y tres meses en que habrá realizado sus planes, será quitado de en medio por la segunda venida gloriosa, desde los cielos, del Hijo unigénito de Dios, nuestro Señor y Salvador Jesús, el Cristo verdadero, el cual, haciendo perecer con el aliento de su boca al Anticristo, lo entregará al fuego eterno.

Más detalles sobre la llegada del Anticristo

13. Pero esto lo enseñamos, no imaginándonoslo, sino desde las Escrituras que la Iglesia lee, y sobre todo basándonos en la profecía de Daniel que hemos leído antes, tal como el arcángel Gabriel la interpretó con estas palabras: «La cuarta bestia será un cuarto reino que habrá en la tierra, diferente de todos los reinos». Los autores eclesiásticos nos han transmitido que se trata del Imperio romano. Pues el primero de los reinos ilustres fue el imperio de los asirios; el siguiente, el de los medos y los persas; el tercero, después de éstos, el imperio de los macedonios; el cuarto es el actual de los romanos. En lo que sigue, Gabriel hace esta interpretación: «Y los diez cuernos: de este reino saldrán diez reyes, y saldrá después de ellos otro que superará a todos los anteriores a él en males (Dan 7,24 LXX). No sólo se refiere a aquellos diez, sino a todos los que le precedieron. «Y derribará a tres reyes» (ibid.): de aquellos diez de antes, como es evidente. Pero si humilla, de aquellos diez, a tres, él reinará como el octavo. Y dice: «proferirá palabras contra el Altísimo» (Dan 7,25): será un hombre blasfemo, que no hará caso de las leyes, y que no habrá recibido de sus padres el reino, sino que se habrá adueñado del poder con las artes de la magia.

Utilizará a Satanás como instrumento de mentira

14. Pero, ¿quién es éste o quién es el que realiza sus obras? Haznos de intérprete, Pablo. Su llegada, afirma, «estará señalada por el influjo de Satanás, con toda clase de milagros, señales, prodigios engañosos» (2 Tes 2,9). Con esto se refiere a que utilizará a Satanás como instrumento que actuará personalmente y por sí mismo. Pues, sabedor de que no habrá demora en su juicio, ya no presentará batalla por medio de sus ministros, como de costumbre, sino más abiertamente por sí mismo: «con todas las señales y prodigios engañosos». Pues el que es «padre de la mentira» (Jn 8,44) hará ostentación de las obras de mentira mediante apariencias fingidas, de manera que las muchedumbres crean que ven que un muerto ha resucitado sin que sea verdad, o a los cojos andar y a los ciegos recibir la vista, cuando en realidad no se da ninguna de estas curaciones.

Dominará sobre el Templo

15. Y dice a su vez: «El Adversario que se eleva sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto (2 Tes 2,4; cf. Dan 11,36 y, de nuevo, Apoc 13,1-8)[19], hasta el extremo de sentarse él mismo en el Santuario de Dios» (2 Tes, ibid.). Pero ¿de qué templo se trata, puesto que aquél de los judíos ya fue destruido? ¡Desde luego no se refiere a este templo en el que estamos! ¿Por qué decimos todo esto? No se trata en realidad de que experimentemos complacencia en nosotros mismos. Pero si él[20] ha de venir a los judíos como si fuera el Mesías y quiere ser adorado por los judíos para engañarlos más, hará gala de un grandísimo interés por el

templo. Irá extendiendo la impresión de que es del linaje de David, el cual preparó el templo que Salomón había de construir. Pero entonces vendrá el Anticristo, y en el templo de los judíos no quedará piedra sobre piedra según el anuncio del Salvador (Mt 24,2)21, cuando hayan caído por hacerse viejos o al echarlos a tierra con el pretexto de nuevas construcciones, o al ser removidas todas las piedras por cualquier otra causa—y no me refiero a las piedras de fuera, sino a las de la estancia interior, donde estaban los querubines—, entonces vendrá aquel «con todas las señales y los portentos de la mentira». Se pondrá en contra de todos los ídolos y, en los comienzos simulará humanidad, pero después dará muestras de fiereza sobre todo contra los santos de Dios. Pues dice: «Yo contemplaba cómo este cuerno hacía la guerra a los santos» (Dan 7,21). Y también en otro lugar: «Será aquel un tiempo de angustia como no habrá habido hasta entonces otro desde que existen las naciones» (Dan 12,1). Es una fiera terrible, un gran dragón para los hombres invencible, dispuesto a devorarlos. De él podemos decir muchas cosas basándonos en las Escrituras, aunque, ajustándonos a lo dicho, tendremos bastante de momento.

La persecución tendrá una duración y un límite

16. NU/000036-MESES: Por ello, conociendo el Señor la fuerza de este adversario, concedió la venia a los piadosos diciendo: «Entonces, los que estén en Judea, huyan a los montes» (Mt 24,16). Pero si alguien se cree de una enorme fortaleza, como para luchar contra Satanás, manténgase firme (pues yo no desespero del vigor de la Iglesia) y diga: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?...» (Rm 8,35 ss.). Pero los que somos miedosos, pongámonos a seguro y, llenos de confianza, dispongámonos a la lucha. «Porque habrá entonces una gran tribulación, cual no la hubo desde el principio del mundo hasta el presente ni volverá a haberla» (Mt 24,21; Cf. Dan 12,1). Pero gracias sean dadas a Dios, que ha limitado a pocos días la magnitud de esa aflicción. Dice, en efecto: «En atención a los elegidos se abreviarán aquellos días» (Mt 24,22). Entretanto reinará el Anticristo tres años y medio. Y esto no lo decimos tomándolo de los apócrifos, sino de Daniel. Pues dice: «Y los santos serán entregados en sus manos por un tiempo y tiempos y medio tiempo» (Dan 7,25; Apoc 12,1422). Y un «tiempo» es un año, en el cual su venida se acercará sensiblemente. Pero «tiempos» son los dos años restantes de la impiedad. Todos ellos, reunidos, son tres años y el «medio tiempo» son seis meses23. A su vez dice Daniel esto mismo en otro lugar: «Oí... jurar... por aquel que vive eternamente: «Un tiempo, tiempos y medio tiempo» (Dan 12,7)24. Quizá también algunos25 han interpretado en este sentido lo que sigue: «Mil doscientos noventa días». Y también esto: «Dichoso aquel que sepa esperar y alcance mil trescientos treinta y cinco días» (Dan 12,11-12). Por eso conviene ocultarse y huir, pues tal vez no terminaremos las ciudades de Israel hasta que venga el Hijo del hombre (cf. Mt 10,23).

Dios permitirá la persecución final

17. ¿Quién será el bienaventurado que entonces sufrirá piadosamente el martirio por Cristo? Pues yo diría que los mártires de esa época estarán por encima de todos los mártires. Porque los mártires de tiempos anteriores sólo han luchado con hombres. Pero quienes vivan en la época del Anticristo saldrán a la lucha con el mismo Satanás en persona. Los reyes que entonces fueron perseguidores, entregaban a la muerte, pero no simulaban que ellos resucitasen a los muertos ni hacían ostentación de señales y prodigios aparentes. Pero éste (el Anticristo) provocará a la vez el terror y el engaño «capaces de engañar, si fuera posible, a los mismos elegidos» (Mt 24,24). Que a nadie de los que entonces vivan le venga a la mente este pensamiento: ¿Es que Cristo hizo

algo más que éste? ¿Con qué poder hace (el Anticristo) estas cosas? Ciertamente, si Dios no hubiera querido, no lo habría permitido. El Apóstol te previene y avisa: «Por eso Dios les envía un poder seductor que les hace creer en la mentira» (2 Tes 2,1 1) (nótese que pone «envía» en lugar de «permite»), no para que encuentren excusa, sino «para que sean condenados» (2,12). ¿Cómo es que es así? «Todos cuantos no creyeron en la verdad», esto es, en el Cristo verdadero, sino que «prefirieron la iniquidad», es decir, el Anticristo. Estas cosas, sin embargo, las permite Dios, tanto en las persecuciones que aparecen en las diversas épocas como en aquel tiempo venidero. Y no porque no las pueda impedir, sino queriendo coronar—según su costumbre, a través del sufrimiento—a sus propios combatientes, del mismo modo que a sus profetas y apóstoles. De este modo, tras el esfuerzo de un breve tiempo, poseerán como herencia eterna el reino de los cielos. Como dice Daniel: «En aquel tiempo se salvará tu pueblo, todos los que se encuentren inscritos en el Libro» (Dan 12,1)25. Está claro que se refiere al Libro de la vida. «Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra, se despertarán, unos para la vida eterna, otros para el oprobio, para el horror eterno. Los doctos brillarán como el fulgor del firmamento, y los que enseñaron a la multitud la justicia, como las estrellas, por toda la eternidad» (12,2-3).

Ultimas advertencias sobre el Anticristo

18. Protégete, pues, hombre, a ti mismo. Sabes ya los signos del Anticristo. No los recuerdes sólo para ti, sino comunícalos también, sin envidia, a todos (cf.Sab 7,13). Si tienes un hijo según la carne, instrúyelo ya y adviértele. Y si engendraste a alguien por la catequesis27, haz que sea cauto y que no tome a un falso Mesías por verdadero. «Porque el misterio de la impiedad ya está actuando» (2 Tes 2,7). Me aterrorizan las guerras entre las naciones, me aterrorizan las escisiones de las Iglesias, me aterroriza el odio mutuo entre hermanos. Y estas cosas se mencionan, pero que no se hagan realidad en nuestros tiempos, aunque, entre tanto, seamos cautos. Y con todo esto es suficiente acerca del Anticristo.

La espera de la venida definitiva del Señor

19. Pero levantemos la vista y esperemos al Señor, que ha de venir en las nubes desde los cielos. Entonces sonarán las trompetas de los ángeles. Los que hayan muerto en Cristo resucitarán primero, los piadosos que estén con vida serán tomados en las nubes y recibirán el premio a sus trabajos. Así serán también honrados en lo humano, ya que lucharon por encima de las fuerzas humanas. Como dice el apóstol Pablo, al escribir: «El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados en nubes, junto con ellos, al encuentro del Señor en los aires. Y así estaremos siempre con el Señor» (I Tes 4,16-17).

Señales de la venidas28

20. El Eclesiastés contempla esta venida del Señor y la consumación del mundo diciendo: «Alégrate, mozo, en tu juventud» (Ecl 1 1,9). Y en lo que sigue: «Aparta el mal humor de tu pecho y aleja el sufrimiento de tu carne» (11,10). «Acuérdate de tu Creador en tus días mozos, mientras no vengan los días malos... mientras no se nublen el sol y la luz, la luna y las estrellas, y retornen las nubes tras la lluvia» (12,1.2): mientras no se eche a perder el cordón de plata (se

refiere al conjunto de los astros, cuyo aspecto es semejante a la plata) y se deshaga la flor de oro (con ello se hace referencia al sol por su aspecto áureo; las plantas son conocidas por sus flores, de las que salen radialmente sus pétalos). A la voz de las aves se levantarán y echarán la vista desde lo alto; se verá el pánico por los caminos. ¿Qué es lo que verán? Y entonces «verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo» (Mt 24,30). «Y se lamentará el país, cada familia aparte» (Zac 12,12). ¿Y qué es lo que sucederá con la venida del Señor?: «Florecerá el almendro, estará grávida la langosta y perderá su sabor la alcaparra» (Ecl 12,15). Pero, como dicen los intérpretes, un almendro que florece señala que el invierno ya ha pasado. Lo que sucederá es que en aquel tiempo, tras el invierno, florecerán nuestros cuerpos como flor celestial. «Estará grávida la langosta» (revistiéndose de plumas) «y perderá su sabor la alcaparra» (es decir, los inicuos, semejantes a las espinas, serán dispersados).

Todo está predicho en la Escritura

21. Ves cómo todo anuncia la venida del Señor y te das cuenta de cómo han conocido el sonido del pájaro. Veremos qué voz: «El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo» (1 Tes 4,16). El ángel lo proclamará y dirá a todos: «¡Salid al encuentro del Señor!»29. Y el descenso del Señor causará terror, David dice: «Viene nuestro Dios y no se callará. Delante de él, un fuego que devora, en torno a él, violenta tempestad», etc. (Sal 50,3). Viene hasta el Padre, según lo que se ha leído de la Escritura, el Hijo del hombre entre las nubes del cielo (cf. Mt 24,30; Dan 7,13), mientras un río de fuego, por el que los hombres son probados, fluye ante él (cf. Dan 7,10). Si alguien tiene obras de oro, cobrará mayor brillo, pero si son como la paja y desprovistas de fuerza, serán abrasadas por el fuego (cf. 1 Cor 3,12-15)30. Y el Padre se sentará, «su vestidura, blanca como la nieve; los cabellos de su cabeza, puros como la lana» (Dan 7,9). Estas cosas están dichas al modo humano. ¿Por qué razón? Porque es rey de aquellos que no se han manchado con el pecado. Pues dice: «Así fueren sus pecados como la grana, cual la nieve blanquearán» (Is 1,18), lo cual es como un signo de los pecados perdonados como si no hubiesen sido cometidos. Vendrá el Señor desde los cielos en las nubes, él, que ascendió entre las nubes (cf. Hech 1,9-10) y el mismo que dijo: «Verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria» (Mt 24,30).

La última venida y la aparición de la cruz

22. Pero ¿cuál es la señal de su venida, no sea que alguna potestad contraria se atreva a imitarlo? «Entonces -dice- aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre» (Mt 24,30). Pero el signo verdadero y propio de Cristo es la cruz. El signo de una cruz luminosa precede al rey, mostrando al que anteriormente fue crucificado, para que, viéndolo quienes lo atormentaron y los judíos que con sus insidias lo acosaron, se lamenten unos contra otros (cf. Zac 12,10,12) diciendo: éste es el que fue abofeteado, aquel en cuyo rostro escupieron y a quien encadenaron, el que fue despreciado al ser crucificado. Dirán: «¿A dónde huiremos del rostro de tu cólera?». Pero, rodeados por los ejércitos angélicos, nunca podrán escapar. El signo de la cruz será el terror de los enemigos. Pero será la alegría para los amigos que en él creyeron, o bien lo anunciaron o padecieron por él. ¿Quién tendrá la dicha de ser contado entonces entre los amigos de Cristo? No despreciará a sus propios siervos un rey tan glorioso, que está acompañado por una corte de ángeles y estará sentado en el trono junto al Padre. Y para que los elegidos no sean confundidos con los enemigos, «enviará a sus ángeles con sonora trompeta y reunirán de los cuatro vientos a

sus elegidos» (Mt 24,31). Si no abandonó a Lot.31, que era uno solo, ¿cómo abandonará a numerosos justos? «Venid, benditos de mi Padre» (Mt 25,312), dirá a aquellos que entonces serán transportados en carros de nubes y serán reunidos por los ángeles.

Será una liberación que no abandonará a nadie

23. Pero dirá alguno de los que están aquí: «No estoy preparado o quizá en aquel tiempo me encuentre enfermo en el lecho» o, tal vez, «yo, mujer seré cogida en la cama». «¿Seremos, pues, desechados?32. Ten confianza, pues el juez no tiene acepción de personas. No juzgará según la gloria humana y «no juzgará por las apariencias» (Is 11,3). No prefiere los eruditos a los incultos ni los ricos a los pobres. Aunque estés en el campo (cf. Mt 24,40), te tomarán los ángeles. No pienses que acogerá a los terratenientes y te dejará a ti, que eres labrador. Incluso aunque seas siervo o pobre, no sientas preocupación. El que tomó «condición de siervo» (Flp 2,7) no despreciará a los siervos. Aunque estés enfermo en el lecho, está escrito: «Estarán dos en un mismo lecho: uno será tomado y el otro dejado» (Lc 17,34). Aunque, forzado por la necesidad, te encuentres postrado en cama, seas hombre o mujer, y aunque tengas hijos o estés sentado junto a la muela (cf. 17,35) no pasará de largo junto a ti el que «abre a los cautivos la puerta de la dicha» (Sal 68,7). El que llevó a José desde la servidumbre y la cárcel al reino33, te conducirá también a ti, rescatado de tus aflicciones, al reino de los cielos. Sólo tienes que confiar, actuar y luchar con ardor34. Nada habrá sido para ti en vano. Se ha tenido en cuenta toda tu oración y tu recitación de los salmos, todas tus limosnas y todo tu ayuno, la pureza y la castidad de tu amor conyugal o la continencia que has asumido por Dios. En estos balances ocupan el primer lugar la virginidad y la integridades y resplandecerá, en ese caso, como ángel. Pero del mismo modo que las cosas alegres las oíste con gozo, oye también pacientemente lo contrario. Pues también se han tenido en cuenta tus robos y tu vida libertina. Se te han contado el juramento en falso, la blasfemia, el uso de los filtros mágicos, el hurto, el homicidio. Todas estas cosas te serán tenidas en cuenta si las vuelves a cometer tras el bautismo. Pues se borran las que se cometieron antes de él.

La muchedumbre de los testigos en el momento final

24. Dice: «Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles» (Mt 25,31). Date cuenta, oh hombre, de cómo entras en un juicio con muchísimos testigos. Se encontrará entonces presente todo el género humano. Piensa, por ejemplo, cuán numerosa es la nación romana. Piensa también en la muchedumbre de los pueblos bárbaros y en la que había hace cien años. Calcula cuántos habrán muerto desde hace mil años. Estoy pensando en mi interior en los que han existido desde Adán hasta el presente. Es una multitud ingente: sin embargo, es todavía pequeña en comparación con los ángeles. Estos son aquellas noventa y nueve ovejas (Lc 15,4), unidas al resto del género humano. Pues el número de habitantes se ha de calcular según las dimensiones de los distintos lugares. Toda la tierra no es más que como un punto en medio del cielo, y el cielo que la rodea contiene una muchedumbre de habitantes de acuerdo con sus dimensiones. Y los cielos de los cielos abarcan un número superior a todo cálculo. Está escrito: «Miles de millares le servían, miríadas de miríadas estaban en pie delante de él» (Dan 7,10; cf. Apoc 5,11)36. Y no porque la muchedumbre esté limitada a ese número, sino porque el profeta no ha sido capaz de expresar una multitud más amplia. Estará presente, pues, entonces Dios, padre de todos, con quien estará sentado Jesucristo, y a la vez estará presente el Espíritu Santo. A todos, con lo que hicimos, nos convocará la trompeta angélica. Por

todo esto, ¿no conviene que actuemos ya con solicitud y con temor? Y no creas, oh hombre, que —incluso sin contar con el suplicio—es pequeño castigo el ser condenado ante tantos testigos. ¿Acaso no preferimos morir mil veces antes que ser condenados por los amigos?

El juicio final

25. Sintamos, pues, pavor, hermanos, de modo que no nos condene Dios, el cual, para condenar, no tiene necesidad de pesquisas ni listas de agravios. No digas: era de noche cuando me di al libertinaje o cuando practiqué la magia o cuando hice cualquier otra cosa, y no había allí hombre alguno. Por tu conciencia serás juzgado entre «juicios contrapuestos de condenación o alabanza... en el día en que Dios juzgará las acciones secretas de los hombres» (Ro». 2,15- 16). El terrible rostro del juez te forzará a decir la verdad o, más bien, te declarará convicto aunque no la confieses: pues serás resucitado teniendo a tu alrededor tus pecados o tus obras justas. Y esto lo declarará el juez mismos37 (Cristo es el que juzga: «Porque el Padre no juzga a nadie; sino que todo juicio lo ha entregado al Hijo» (Jn 5,22), no privándose de una potestad, sino juzgando a través del Hijo. Pues el Hijo juzga por voluntad del Padre, ya que no es uno el deseo del Padre y otro el del Hijo, sino que son uno e idéntico en ambos) ¿Qué dice, pues, el juez de si también tendrán, o no, que comparecer tus obras? «Serán congregadas delante de él todas las naciones» (Mt 25,32). Pues conviene que ante Cristo «toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos» (Flp 2,10; cf. Rom 14,11)38, «Separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos» (Mt 25,32). ¿Cómo hace el pastor la separación? ¿Acaso buscando en el libro quién es oveja y quién cabrito? ¿O no juzga, más bien, por lo que ve? ¿No señala la lana quién es la oveja y, en cambio, una piel áspera delata al cabrito? Así también tú, si has sido purificado de tus pecados, tus acciones serán después como pura lana (cf. Is 1,18); tu vestido permanecerá impoluto y siempre dirás: «Me he quitado mi túnica ¿cómo ponérmela de nuevo?» (Cant 5,3). Por tu vestido serás reconocido como oveja. Pero si se te encuentra velludo, a ejemplo de Esaú, que, con pelo áspero y de pensamiento retorcido, perdió por un alimento los derechos de primogénito y vendió su prerrogativa (Gén 25,29-34; cf. Hebr 12,16), serás colocado a la izquierda (cf. Mt 25,33). Pero lejos de ninguno de los presentes apartarse de la gracia o que por sus malas acciones sea puesto a la parte izquierda, con los pecadores.

26. Es un juicio tremendo y hay verdaderamente lugar para el temor por las cosas que se anuncian como que han de seguir. Lo que se presenta es el reino de los cielos, pero está preparado un fuego eterno (Mt 25,41). Alguno dirá: «¿Cómo escaparemos del fuego? ¿Cómo entraremos en el Reino?». Responde: «Tuve hambre, y me disteis de comer» (Mt 25,35). Aprended el camino, pues no se trata ahora de una alegría, sino de que llevemos a la práctica lo que se dice. «Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme» (35-36). Si esto haces, reinarás, pero, si lo pasas por alto, serás condenado. Comienza, pues, ahora ya a realizar estas cosas y persevera en la fe, no sea que, a ejemplo de las vírgenes necias, seas excluido por falta de aceite (25,10-12). No te confíes simplemente porque tienes la lámpara, sino tenla también encendida (Mt 5,16). Brille la luz tuya de las buenas obras ante los hombres, de modo que no sea blasfemado Cristo a causa tuya (cf. Rm 2,24). Vístete el vestido de la incorrupción39, brillando por tus buenas obras (cf. 1 Tim 2,10) y administra debidamente cualquier cosa que hubieres recibido del Señor para administrar (cf. Mt 25,14-30). ¿Se te ha confiado dinero? Adminístralo bien. ¿Se te ha otorgado una palabra de ciencia?

Repártela cuidadosamente. ¿Eres capaz de llevar las almas de los oyentes a la fe? (cf. Hech 2,42). Hazlo diligentemente. Muchas son las posibilidades de administrar bien. Tanto como para que ninguno de nosotros sea arrojado a la condenación, sino que corramos con confianza al encuentro de Cristo, rey eterno, que reina por los siglos. Pues reina por los siglos el que juzga a los vivos y a los muertos después de que murió por los vivos y por los muertos. Y, como dice Pablo: «Porque Cristo murió y volvió a la vida para eso, para ser Señor de muertos y vivos» (Rm 14,9).

Su reino no tendrá fin

27. Y si oyes a alguien que el reino de Cristo habrá de tener un final, lanza una maldición contra esta herejía. Pues se trata de la segunda cabeza del dragón (cf. Apoc 12,3), que recientemente se desarrolló en Galacia. Hubo quien se abrevió a decirte que, tras el fin del mundo, el que habría de reinar no sería Cristo, pero tampoco se atrevía a declarar que el Verbo habría salido del Padre41 y que a él habría de volver de nuevo, vomitando así (el mencionado) tales blasfemias para su propia perdición. Pues no oyó al Señor que dice: «El Hijo se queda para siempre» (Jn 8,35).42. No oyó a Gabriel, que dice: «Reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin» (Lc 1,33). Observa lo que se dice: Ahora los herejes enseñan en contra de Cristo, mientras que el arcángel Gabriel enseñó la permanencia perpetua del Salvador. ¿A quién, pues, debes mostrar más fe? ¿No es a Gabriel? Escucha este testimonio de Daniel.

«Yo seguía contemplando en las visiones de la noche: Y he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia. A él se le dió imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás» (Dn 7,13-14).

Esto es lo que debes aceptar y creer. Arroja lejos de ti lo herético. Pues has oído cosas muy claras acerca de que nunca tendrá fin el reino de Cristo.

Todo, en el Antiguo Testamento, apuntaba al Reino del Hijo

28. Tienes también algo semejante en la interpretación de la piedra que se ha separado del monte sin la intervención de mano alguna (Dan 2,34), que es Cristo según la carne: «Y este reino no pasará a otro pueblo» (8,44). Y David, en una ocasión, dice: «Tu trono, oh Dios, permanece para siempre» (Sal 45,7 LXX)43. Y, en otro lugar: «Desde antiguo fundaste tú la tierra... ellos perecen, más tú quedas... Pero tú siempre el mismo, no tienen fin tus años» (Sal 102,26.27.28). Todo lo cual lo interpretó Pablo aplicándolo al Hijo (cf. Hebr 1,8-10)44.

Todos sus enemigos serán puestos a sus pies

29. ¿Quieres saber cómo llegaron a semejante demencia quienes enseñan lo contrario a esto? Torcidamente leyeron lo que el Apóstol rectamente dejó escrito: «Porque debe él reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies» (I Cor 15,25; cf. Sal 110,1), a lo que dicen: cuando sus enemigos hayan sido puestos bajo sus pies, ya no reinará más. Esto lo afirman de modo perverso y necio. Pues el que ya es rey antes de haber derrotado a sus enemigos ¿no lo será mucho más después de haberlos vencido?45.

Para integrarse todo con Cristo en el plan del Padre

30. Está escrito aquello de: «Cuando hayan sido sometidas a él todas las cosas, entonces también el Hijo se someterá a Aquel que todo se lo sometió» (I Cor 15,28). Se han atrevido a decir también que esto significa que el Hijo ha decidido marcharse al Padre, pero (decís que) ustedes, los más impíos de todos, ¿permaneceréis como obras de Cristo eternamente, pero él, por quien ustedes fuisteis hechos junto con todo lo demás, desaparecerá totalmente? Esto es sin duda blasfemo. ¿Cómo le serán sometidas todas las cosas, destruidas o todavía íntegras? ¿O se dará el caso de que se conserven las cosas sometidas al Hijo, pero perecerá el Hijo, que se debe al Padre? Realmente aquel se someterá a éste46, no como si entonces empezase a ceder ante el Padre—pues desde la eternidad hace «siempre lo que le agrada a él» (Jn 8,29)—sino porque también entonces obedecerá. No será esto prestando una obediencia forzada, sino con la espontánea voluntad de someterse. Pues no es un criado, que se somete por la fuerza, sino que es Hijo que realiza las cosas porque así lo siente y por amor.

Vencidos los enemigos, no acabará el Reino de Cristo

31. Pero preguntémosles el alcance que tiene el «hasta cuando» y el «hasta que». Utilizando estas expresiones47, intentará como desde muy cerca, destruir el error. Al decir aquello de «hasta que ponga a sus enemigos bajo sus pies» se atrevieron a decir que ello significa su fin, que el reino eterno de Cristo tiene en realidad límites y no temieron poner con sus palabras limitaciones a su infinita potestad. Algo del mismo estilo se puede leer en el Apóstol: «Pero reinó la muerte desde Adán hasta Moisés» (Rm 5,14). ¿Acaso los hombres morían hasta entonces y nadie murió ya después de Moisés? ¿No hubo ya muerte después de la Ley? Ves que la palabra «hasta» no significa que el tiempo se acabe. Lo que Pablo quiere indicar es que, aunque Moisés fue un hombre justo y admirable, no obstante, la sentencia de muerte pronunciada contra Adán le alcanzó a él y a quienes le siguieron. Ello sucedió aunque no pecasen de un modo semejante a Adán al incumplir la prohibición de comer del árbol.

«Hasta» (1 Con 15,25) no significa que el Reino de Cristo tenga un final

32. Oye, además, otra frase semejante: «Hasta el día de hoy, siempre que se lee a Moisés, un velo está puesto sobre sus corazones» (2 Cor 3,15). ¿Es que acaso el «hasta el día de hoy» se extenderá sólo hasta Pablo, y no más bien hasta el momento actual y hasta la consumación última? Pero Pablo dice a los Corintios: «Hasta ustedes hemos llegado con el Evangelio de Cristo»... y «esperamos, mediante el progreso de vuestra fe... extendiendo el Evangelio más allá de ustedes» (2 Cor 10,14.15.16). Claramente ves que el hasta no designa un tope, sino que se refiere a algo que después continúa. ¿Cómo debes entender, pues, aquello de «hasta que ponga a los enemigos»? En el mismo sentido como se expresa el mismo Pablo en otro lugar: «Exhortaos mutuamente cada día mientras dure este hoy» (Hebr 3,13), es decir, siempre y continuamente. Pues, así como no se debe hablar de un comienzo de los días de Cristo (cf. Hebr 7,3) no soportes tampoco que se hable del fin de su reino. Pues «reino eterno es su reino» (Dan 3,100 LXX)49, como está escrito.

Conclusión

33. Y otras muchas cosas podrían decirse, basándose en la Sagrada Escritura, sobre el reino de Cristo que nunca por los siglos tendrá fin. Sobre ello tengo suficientes testimonios, pero, por lo avanzado del día, me doy por contento con lo dicho. Pero tú, que estás escuchando, adora sólo a aquel rey y evita todo error herético. Si la gracia de Dios lo permite, todo lo demás que atañe a la fe se les explicará en su momento. Y el Dios de todas las cosas les guarde, acordándoos de las señales de la consumación del mundo y sin dejaros vencer por el Anticristo. Oíste los signos del que ha de venir en su plenitud. Oíste las pruebas del verdadero Mesías, que ha de venir manifiestamente de los cielos. Huye del Mentiroso, espera al que es el Verdadero. Has sido instruido en el camino en el que, al ser juzgado, serás encontrado a su derecha (cf. Mt 25,34). «Guarda el depósito» (I Tim 6,20)50 acerca de Cristo, realizando con decoro buenas obras, para que obtengas el Reino de los cielos, manteniéndote en pie con confianza ante el juez. Por quien y con quien sea gloria a Dios con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén,

....

1. El argumento de la catequesis es, pues, evidente; los cristianos esperan una segunda y definitiva venida de Cristo. Esta venida última es para el cristiano un motivo de seguridad y esperanza. El tema queda, sin embargo, siempre descentrado cuando, al interpretar de un modo inadecuadamente literal el lenguaje apocalíptico acerca de las señales precursoras del fin del mundo, se intenta -como ha sucedido a veces- explicar que en cualquier presente de la Iglesia y de la humanidad se están dando esas señales precursoras. Igualmente se hace más que problemática la identificación del «Anticristo» con el Imperio romano, y en general toda excesiva concreción de las circunstancias del fin de la historia. El deseo y la esperanza de que el Señor venga (cf. Apoc 22,20), sentimiento esencial del cristiano, no pueden convertirse en un examen de la página de sucesos más atento a comprobar lo mal que los hombres hacen las cosas que al anhelo de una renovación última en Cristo de todo lo creado.

2. Por razones de oportunidad se utiliza, en este párrafo 1, y en parte del 2 y el 3 la traducción que aparece en la edición española de la Liturgia de las horas, t. I, Madrid, Coeditores Litúrgicos, 1984, pp. 132-134 (Domingo I de Adviento). Se le han añadido sin embargo, las citas bíblicas.

3. Más exacto parecería traducir con interrogante: «Esto has hecho tú ¿y he de callarme?».

4. El contexto de este pasaje se extiende hasta I Cor 3,15; «139b Y la calidad de la obra de cada uno la probará el fuego. 14Aquel, cuya obra, construida sobre el cimiento, resista, recibirá la recompensa. 15Mas aquel cuya obra quede abrasada sufrirá el daño. El no obstante, quedará a salvo, pero como quien pasa a través del fuego». Aunque no se refiere directamente al purgatorio, todo el pasaje de I Cor y los párrafos de la catequesis de Cirilo en los que estamos se mueven dentro del ámbito judicial, y en I Cor 3,15 se ha querido ver con frecuencia una alusión al tema del purgatorio.

5. «Este mundo presente» (ho kósmos houtos) parece hacer referencia al mundo en su actual situación, pero excluye una «desaparición» total del mundo y del universo, Cf. PG 33,874, nota 8, que de manera imprecisa relaciona la cuestión con el teólogo Orígenes.

6. Todo el episodio de Simón Mago, la admiración que despertaba su posterior conversión inicial y su actua- ción ambigua están descritos en Hech. 8,9-25. Por otra parte, históricamente son más importantes otras pretensiones nacionalistas o mesiánicas de otros personajes judíos. Hech 5,36-37 menciona los casos de Teudas y Judas el Galileo, citados también por el historiador Flavio Josefo. Ambos parecen haber actuado en los comienzos del siglo 1. Más importante es la rebelión encabezada por BarKoshebá, entre los años 132-135, que también adquirió tintes pretendidamente mesiánicos.

7. De acuerdo con lo dicho en la nota 1, y a la vista de la experiencia histórica, el cristiano actual sería muy cauto a la hora de identificar ninguna guerra con la guerra del final de la historia humana.

8. Dentro de lo compleja que ha sido siempre la historia doctrinal de la Iglesia, ya en la época de Cirilo existía una experiencia abundante de dicha complejidad. Las luchas hablan llegado a su punto culminante en la controversia arriana. Puesto que en el arrianismo es la interpretación de la realidad de la persona de Cristo lo que estuvo en juego, es posible que, teológicamente, nunca haya existido un momento de mayor gravedad en la Iglesia, quizá ni siquiera en las escisiones posteriores de Oriente y de Occidente.

9. En la práctica, la predicación del Evangelio a todas las naciones es, como señal del fin de los tiempos, mucho más dificil de concretar de lo que puede parecer a primera vista. Es evidente que el «universo mundo», la oikouméne que Cirilo contempla y que en la época del Imperio romano se admite como tal, es mucho más limitada que lo que han dado a conocer los descubrimientos geográficos de la historia posterior. Por otra parte, los cambios de época en la civilización siempre dejan el mundo como por «explorar» y cambiar de nuevo. Por eso es necesario, una y otra vez, en distintas épocas de la historia, proceder siempre a una nueva evangelización.

10. Cf. Dan 11,31: «De su parte surgirán fuerzas armadas, profanarán el santuario-ciudadela, abolirán el sacrificio perpetuo y pondrán allí la abominación de la desolación». Cf. 12,11. Vid. supra, cat. 4, núm. 15. Debe tenerse en cuenta que lo que es en Mateo el discurso escatológico de Jesús combina literariamente el anuncio de la ruina de Jerusalén -que, por obra del ejército romano, tuvo lugar el año 70- con el anuncio del fin de la historia humana. La Biblia de Jerusalén lo explica perfectamente en una nota general al comienzo de Mt 24.

11. Siervos del Señor.

12. Ante la dificultad, por espacio, de reseñar aquí todos los elementos que subyacen a este denso y dificil pasaje de 2 Tes, hay que remitirse de nuevo a las excelentes notas al pie de página de la Biblia deJerusalén, especialmente a 2 Tes 2,4 de la que, al menos, merece la pena destacarse que este versículo describe al «Impío» y al «Adversario» como «el adversario de Dios, decrito aquí en términos inspirados en Dn 11,36 (donde se trata de Antioco Epifanes). En la tradición cristiana, influida por Daniel, este adversario recibirá el nombre de Anticristo, cf, I Jn 2,18; 4,3; 2 Jn 7». Todo este lenguaje, apocalíptico y misterioso, aparece con toda su fuerza en pasajes posteriores del Nuevo Testamento, como Apoc 13 (también inspirado en Dn 7) y 17,10-14. Este pasaje, unos doscientos cincuenta años anterior, como todo el Apocalipsis, a las catequesis de Cirilo, expresa, en toda su crudeza, la oposición entre la Iglesia y el mundo del

Imperio romano del siglo I. Los «diez reyes» mencionados en 17,12 son interpretados posteriormente por Cirilo con una presunta y excesiva precisión. Sin embargo, de todo esto hay algo cierto y esencial, la oposición que para el cristiano siempre existirá entre la Iglesia y el espíritu del mundo, el cual también, como «la abominación de la desolación», siempre tenderá a introducirse en aquélla.

13. El estilo apocalíptico parece estar inspirado en Dn 7,13-14:

«13 Yo seguía contemplando en las visiones de la noche:
y he aquí que en las nubes del cielo venía
como un Hijo de hombre.
Se dirigió hacia el Anciano
y fue llevado a su presencia.
14 A él se le dio imperio, honor y reino
y todos los pueblos, nacionesy lenguas le sirvieron.
Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará,
y su reino no será destruido jamás».

El velado lenguaje de Daniel da a entender en la expresión «Hijo de hombre» -más allá de su sentido literalmente primario: simplemente «hombre- una concepción supereminente de éste y que se ha de manifestar en los últimos tiempos. Es decir, es la imagen del hombre que se ha de manifestar en la parusia de Cristo, en el instante de su última venida. Sin embargo, desde Jesucristo, y de un modo análogo a como ocurría por otra parte con los cantos del Siervo de Isaías, se manifiesta la que habrá de ser la realidad de la última condición humana, escatológica. Pero ello se cumple en primer lugar en Jesús, a quien se le ha de dar «imperio, honor y reino, y todos los pueblos naciones y lenguas» le habrán de servir.

14. De nuevo, el diablo.

15. Sobre esto irá dando la catequesis detalles en los núm. 12 y 14.

16. Recuérdese una vez más que «Mesías» y «Cristo» significan «Ungido».

17. La insistencia en afirmar que el fin del mundo vendrá tras la caída del Imperio, históricamente errónea, puede interpretarse a través de lo dicho anteriormente en nota 12. Tal vez el afán de precisión se debe a una cierta admiración por muchos de los Padres de la solidez de la civilización romana. Esto es más comprensible a partir del cese de las persecuciones en el segundo decenio del siglo IV. Muy a gusto en la cultura y en la civilización clásicas parecieron encontrarse a menudo hombres de la talla de Basilio el Grande, Gregorio Nacianceno y Gregorio Niseno, en Oriente y, en Occidete, Ambrosio y Agustín.

18. El texto se mantiene todavía en una interpretación literal de Apoc 17,12 (y su contexto): «Los diez cuernos que has visto son diez reyes (cf Dan 7,24 ss.) que no han recibido aún el reino; pero recibirán con la Bestia la potestad real, sólo por una hora». En Apoc 17,9-10, se decia mencionando las siete cabezas de la Bestia: «Son también siete reyes: cinco han caído, uno es y el otro no ha llegado aún». A 17,9 comenta la Biblia de Jerusalén: «Siete emperadores romanos,

el sexto de los cuales reina actualmente. Siete es una cifra simbólica de totalidad. Juan no se pronuncia sobre el número y la cronología de los emperadores». Lo único que es cierto es que Cristo -en el ambiente creado por la catequesis- es, por su venida definitiva, que espera el fiel, la única esperanza segura en medio de la hostilidad del mundo pagano en la época de las persecuciones. Toda esa temática es básica en la interpretación del Apocalipsis.

19. «...sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto». Cirilo añade aquí entre paréntesis, como en nota: «comoquiera que habrá de odiar incluso a los ídolos».

20. El Anticristo.

21. Algunos Padres (cf. PG 33,889-890, nota 3) interpretaron la palabra de Jesús en Mt 24,2 sobre la futura ruina total del templo como si sólo fuese a cumplirse plenamente en el fin del mundo. Así se entenderían las presentes afirmaciones de la catequesis Históricamente, tras la destrucción del año 70, se produjo un nuevo expolio de las ruinas en la época de Juliano el Apóstata.

22. Es muy interesante el contexto, ya mencionado, de Apoc 12,14, que abarca todo el cap. 12, sobre la Mujer, figura de la Iglesia (y de María) y el Dragón. Todo el capitulo expresa la dificil situación de la primitiva Iglesia en medio del Imperio. A Apoc 12,15 («Entonces el Dragón vomitó de sus fauces como un río de agua, detrás de la Mujer, para arrastrarla con su corriente») comenta la Biblia de Jerusalén: «Satanás va a lanzar el Imperio romano, como un río, cf Is 8,7-8, para amargar a la Iglesia, cf. Apoc 13».

23. Sobre los «tiempos» como años, cf, Dan 4,13; Apoc 11,2-3. Cf. los «tres años y seis meses» en que se cifra la duración de la sequía en tiempos de Elías (Lc 4,25 en referencia a I Re). Es como una especie de duración estándar que se atribuye a los tiempos de dificultad o de persecución.

24. El ambiente de persecución queda reflejado en el resto del versículo: «...y todas estas cosas se cumplirán cuando termine el quebrantamiento de la fuerza del Pueblo santo». Dan 12,7 es en gran parte retomado y aplicado a la Iglesia por Apoc 10,5-7.

25. Expresamente puede hablarse de Hipólito, Jerónimo y Teodoreto (cf. PG 33,894, nota 5).

26. Se vuelve a sugerir la idea de una elección. Cf., aunque en medio de abundantes expresiones figuradas, Ex 32,32-33, Sal 69,29; Lc 10,20 Apoc 20,12. Aparte observaciones hechas anteriormente, es interesante recordar que el Vaticano II favoreció la idea de que la Iglesia es pueblo elegido de Dios. Señaló el concilio que «la Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» (Const. sobre la Iglesia, núm. 1). En este mismo documento, el cap. II, Sobre el pueblo de Dios, especialmente el núm. 9 («Nuevo pacto y nuevo pueblo») también favorece esta idea.

27. Nueva alusión clara a que, entre los oyentes, no sólo se encuentran catecúmenos, sino también bautizados que pueden estar ejerciendo el oficio de catequistas.

28. Cirilo realiza aquí una combinación de algunos fragmentos de un poema del Eclesiastés con su propia capacidad literaria y otros versiculos de Mt y Zac para exponer las señales cósmicas de la venida del Señor. En todo esto, el hecho seguro que el cristiano aguarda es la consumación final de la historia. Las circunstancias cósmicas externas pueden ser unas u otras y, lógicamente, no pertenecen a la sustancia del mensaje. Todas las explicaciones entre paréntesis se encuentran de ese modo en el texto de la catequesis.

29. Posiblemente hay aquí, de la parábola de las diez vírgenes, una alusión a Mt 25,6: «¡Ya está aquí el novio! ¡Salid a su encuentro!».

30. Cf. anteriormente, núm. 2, nota 4.

31. El sobrino de Abraham. Tras la destrucción de Sodoma y Gomorra, ciudades en las que Lot ha pasado por momentos dificiles (cf, por ejemplo, Gén 19,4 ss.) el v. 29 menciona que Dios «puso a Lot a salvo de la catástrofe, cuando arrasó las ciudades en que Lot habitaba»

32. En estas frases, probable alusión a Lc 17,34.35.

33. La acción de Dios en José ha sido evocada en la cat. 8, núm. 4.

34. Quedarse sólo en la literalidad de las imágenes empleadas por los evangelios para describir el día final seria empobrecer el mensaje cristiano acerca de la consumación definitiva. No se trata, en efecto, de ofrecer ninguna especie de reportaje anticipado acerca de cómo se habrán de desarrollar los acontecimientos del final de la historia humana, sino de expresar un motivo de esperanza cierta en la liberación definitiva.. Por eso, en el Nuevo Testamento se emplea a menudo la palabra redención (etimológica y semánticamente «rescate») para expresar la actuación de Dios con los justos al final de la historia humana. Cf., especialmente, Rom 8,18-25. Vid. Ef 4,30.

35 «Integridad» es, en el lenguaje ascético clásico, sinónimo de virginidad.

36. Apoc 5,11, inspirado en Daniel, se enmarca dentro de la gran liturgia en torno al Cordero degollado y triunfante, al que han sido entregados los destinos del mundo y al que se asociarán «los que vienen de la gran tribulación» y «han lavado sus túnicas y las han blanqueado con la sangre del Cordero» (7,14). Sobre todo esto, en el lenguaje que le es característico, cf Apoc 4-16. La descripción de la Jerusalén celeste, en Apoc 21-22.

37. Rompiendo un poco el hilo de la redacción, el texto de la catequesis añade en este momento, entre paréntesis y como si fuese una nota el texto que sigue.

38. Flp 2,10, en el contexto de 2,6-11, quizá tiene inmediatamente un origen litúrgico, aunque con raíz bíblica en Is 45,23.

39. Es una exhortación frecuente a los catecúmenos. Cf. PG 33,907, nota 1, que remite a las Constituciones apostólicas, a Gregorio Nacianceno y a Juan Crisóstomo.

40. Es tal vez una referencia al obispo Marcelo de Ancira, que participó en Nicea y murió a edad muy avanzada hacia el año 374. Diversos escritores eclesiásticos, sínodos y obispos lo acusaron o exculparon de subordinacionismo, sin que en Marcelo o en sus discípulos aparezcan con claridad las distinciones de personas en Dios en el sentido que después ha llegado a ser clásico. Lo de «su Reino no tendrá fin» fue añadido precisamente, en contra de los discípulos de Marcelo, en el Símbolo nicenoconstantinopolitano del 381. Cf los párrafos 29-32, con sus notas.

41. El Hijo, engendrado por el Padre antes de todos los siglos. El recto equilibrio conceptual a la hora de exponer lo que puede decirse sobre la vida intratrinitaria de Dios fue una de las máximas preocupaciones teológicas de la Iglesia del siglo IV, especialmente entre los Padres de habla griega.

42. La cita de Juan es muy interesante en su contexto, que abarca al menos 8,31-36, en que Jesús, en su discusión con los judíos -aunque aquí parece hablar propiamente «a los judíos que hablan creído en él» (8,31)- vincula su propia persona (en relación con el Padre) con su misión liberadora (31b-32).

43. Esta versión de los LXX, que también es acorde con el texto hebreo, refuerza la interpretación mesiánica del salmo ya aludida.

44. No es ninguna dificultad el hecho de que otra vez, como ha sido frecuente en la tradición eclesiástica, se atribuya a Pablo la autoría de Hebr. En cuanto al contenido, es importante la concentración cristocéntrica que, en su interpretación, realiza Hebr 1 5-14 refiriéndose a Sal 2, 7; 2 Sam 7,14; Dt 32,43; Sal 97,7, 104,4; 45,7-8; 102,26-28 y 110,1. Con ello una vez más se afirma, adecuadamente, que la palabra de la Escritura en el Antiguo Testamento apunta en último término hacia Jesucristo, el Primogénito enviado al mundo (cf. Hebr 1,6 y Col 1,15 ss.)

45. En realidad, la resurrección, ascensión y parusia de Cristo (con el envio constante a la Iglesia, entre ascensión y parusía, del Espiritu) hacen entender de un modo nuevo la historia humana, cuyo sentido es: Cristo, Hijo de Dios, pero que ha estado en el origen de toda la creación (en el fondo, Jn 1,1-3 y Col 1,15-20 son complementarios) se ha sentado tras su muerte, resurrección y ascensión, en el trono junto al Padre. Lo que resta, «cuando hayan sido sometidas a él todas las cosas» (I Cor 15,28), es que también el Hijo se someta «a Aquel que todo se lo sometió» (cf. ibid.). El objetivo de la historia es, pues, Cristo y, por Cristo, al Padre. Vid. todo lo que es I Cor 15,23-28. Pero de todo esto se ha de hablar posteriormente. Cirilo aborda la cuestión ya en el próximo párrafo 30.

46. «Se someterá» es traducción exacta de «hypotaguésetai». Cuando, en la frase anterior, se ha traducido «el Hijo, que se debe al Padre» una traducción más literal seria «el Hijo, sometido al Padre» o, mejor, «colocado bajo el Padre» («hypotassómenos to Patri»). No debe ser esto expresión de lo que en ocasiones se ha llamado «subordinacionismo» como si el Hijo fuese un ser inferior al Padre, sino que indica que el Hijo sólo se integra «en su puesto» dentro de los designios divinos.

47. Tomadas, según se ha visto, de I Cor 15,25 y Sal 110,1.

48. El «Nacido del Padre antes de todos los siglos»

49. Según la distribución de otras versiones, Dan 3,33, en cualquier caso, parece que tras el Cántico de los tres jóvenes.

50. La idea de «depósito» es característica de las epístolas de Pablo a Timoteo y Tito. La exhortación a «guardar el depósito» expresada con unas y otras palabras (ch I Tim 1,4-6; 2 Tim 1,12-14; 2,2; 3,14; Tít. 2,1) y que es en principio de origen jurídico (puesto que el «depositario» es simplemente quien guarda y hace llegar integro a sus destinatarios lo que se le ha confiado la hace Pablo precisamente cuando siente interés de que se mantenga la obra que ha realizado a través de su predicación. Cuando Cirilo de Jerusalén cita I Tim 6,20 en un sentido semejante, manifiesta la preocupación que siempre han expresado la Iglesia y la tradición cristiana de que el cristianismo se mantenga integro y sin adulteraciones. Es el motivo por el que uno de los criterios más importantes para una renovación cristiana y eclesial es siempre la vuelta a las fuentes.

CATEQUESIS XVI

EL ESPÍRITU SANTO (I)

Pronunciada en Jerusalén sobre: «Y en el Espiritu Santo, Paráclito, que habló por los profetas». La lectura se toma de I Cor 12,1-4: «En cuanto a los dones espirituales no quiero, hermanos, que estéis en la ignorancia...». Y, más adelante: «Hay diversidad de carismas, pero el Espiritu es el mismo» (12,4), etc. 1.

Introducción

1. Verdaderamente necesitamos de la gracia espiritual para hablar del Espíritu Santo, aunque nunca estaremos a la altura de la cuestión, pues es imposible. Intentaremos, sin embargo, exponer con naturalidad lo que sacamos de ello en la Sagrada Escritura. En los Evangelios se habla de un gran temor cuando Cristo dice abiertamente: «Al que diga una palabra contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro» (Mt 12,32)2. Y hay que temer seriamente que alguien, al hablar por ignorancia o por una mala entendida piedad, se gane la condenación. Cristo, juez de vivos y muertos, anunció que un hombre tal no obtendrá el perdón. Y si alguien le ofende, ¿qué esperanza le queda?

Hablaremos de lo que sobre el Espíritu Santo se dice en la Escritura

2. Es necesario el don de la gracia de Jesucristo, tanto para que nosotros hablemos adecuadamente como para que ustedes oigáis con inteligencia. Pues la inteligencia penetrante no es necesaria sólo para los que hablan, sino también para los que oyen, de modo que no suceda que éstos oigan una cosa y torcidamente entiendan otra. Hablaremos, pues, nosotros del Espíritu Santo sólo lo que está escrito y, si algo no está escrito, que la curiosidad no nos ponga nerviosos. Es el mismo Espíritu Santo el que habló por las Escrituras: él dijo de sí mismo lo que quiso o lo que pudiéramos nosotros entender. Así pues, digamos las cosas que fueron dichas por él, pues con lo que él no dijo no nos atreveremos.

Presente ya desde antiguo, es igual en dignidad al Padre y al Hijo

3. Hay un solo Espíritu Santo Paráclito. Y del mismo modo que hay un solo Dios Padre, y no hay un segundo Padre, y sólo un Hijo unigénito, que no tiene ningún otro hermano, así existe un solo Espíritu Santo, y no existe otro Espíritu Santo que sea igual en honor a él3. Es, por tanto, el Espíritu Santo, la máxima potestad, realidad divina e inefable. Pues vive y es racional, santificador de todas las cosas que Dios ha hecho por Cristo. El ilumina las almas de los justos. El está también en los profetas y también está, en la nueva Alianza, en los Apóstoles. Odieseles a quienes tienen el atrevimiento de aislar la acción del Espíritu Santo. Pues hay un solo Dios Padre, Señor de la antigua y de la nueva Alianza. Y un solo Señor, Jesucristo, que profetizó en la

antigua y ha venido en la nueva. Y un sólo Espíritu Santo que anunció por los profetas a Cristo y que, después que Cristo llegó, lo mostró4.

Ni se habla de tres dioses ni deben separarse Padre, Hijo y Espíritu Santo

4. Por tanto, nadie separe la antigua de la nueva Alianza: que nadie diga que uno es allí el Espíritu, mientras que aquí lo es otro diferente5, pues ofende así al mismo Espíritu Santo, a quien se tributa honor juntamente con el Padre y el Hijo y que queda, en el bautismo, incluido dentro de la Santa Trinidad. Pues el mismo Hijo unigénito de Dios dijo claramente a los apóstoles: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19)6. Nuestra esperanza está puesta en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. No anunciamos tres dioses. Callen, pues, los marcionitas7, porque, juntamente con el Espíritu Santo, por medio de un único Hijo, predicamos un único Dios. La fe es indivisa y la piedad es inseparable8. Ni separamos la Santísima Trinidad, como hacen algunos, ni hacemos, como Sabelio, una confusión9. Sino que reconocemos piadosamente a un Padre único, que nos envió un Salvador, el Hijo, Reconocemos a un Hijo, único, que prometió que enviaría desde el Padre al Paráclito (cf. Jn 15,26). Reconocemos al Espíritu Santo, que habló por los profetas y en Pentecostés descendió sobre los apóstoles en una especie de lenguas de fuego (Hech 2,3), en Jerusalén, en la iglesia de los apóstoles, la de arriba10. Aquí tenemos toda clase de prerrogativas. Aquí Cristo y el Espíritu Santo descendieron de los cielos. Y era muy conveniente que, del mismo modo que las cosas que se refieren a Cristo y al lugar del Gólgota las decimos en el mismo Gólgota, así también hablásemos del Espíritu Santo en la iglesia de arriba. Pero puesto que el que allí descendió participa de la gloria del que aquí fue crucificado, por eso es en este lugar donde hablaremos del que allí bajó. El culto piadoso no admite separación.

Expondremos las herejías

5. El propósito es, pues, decir algunas cosas sobre el Espíritu Santo. No, desde luego, exponer detalladamente su persona11, pues es cosa imposible, sino señalar, acerca de él, diversas aberraciones de algunos para que no seamos, ignorándolas, arrastrados por ellas. También queremos delimitar los caminos del error para que avancemos por un camino real. Y si examinamos con cautela algo de lo que ha sido dicho por los herejes, caiga de nuevo sobre sus cabezas, pero permanezcamos inmunes, tanto nosotros los que hablamos como ustedes que escucháis.

6. Pues los más impíos herejes en todas las materias afilaron también su lengua en contra del Espíritu Santo atreviéndose a decir cosas infames, como escribió Ireneo en sus libros Contra las herejías12. Algunos no temieron decir que ellos mismos eran el Espíritu Santo. El primero de los cuales es Simón, al que los Hechos de los Apóstoles llaman «Mago». Una vez expulsado, no dudó en enseñar tales cosas13. Los llamados «gnósticos» son también impíos y han dicho otras cosas en contra del Espíritu, y asimismo han hablado perversamente los valentinianos14. Pero el criminal Manes se atrevió a decir de sí mismo que era el Paráclito enviado por Cristo. Según los profetas o el Nuevo Testamento, ha habido quienes se imaginaban que unos y otros eran el Espíritu Santo. Su error—o más bien su blasfemia—son muy grandes. A tales hombres, por tanto, ódialos y huye de los que blasfeman contra el Espíritu Santo, para los cuales no hay remisión. ¿Cómo te vas a unir a los que carecen de toda esperanza, tú que ahora has de ser

bautizado también en el Espíritu Santo? Si al que se une a un ladrón y realiza correrías con él se le somete a suplicio, ¿qué esperanza habrá de tener quien se enfrenta al Espíritu Santo?

Contra los marcionitas y los gnósticos

7. Odiese también a los marcionistas, que separaron del Nuevo Testamento las palabras del Antiguo. El primero de ellos fue Marción15, hombre alejadísimo de Dios, que afirmó la existencia de tres dioses. Al ver insertados en el Nuevo Testamento los testimonios de los profetas acerca de Cristo, los suprimió para privar al Rey de estos testimonios16. Odiese a los que ya mencionados gnósticos, como a ellos les gusta llamarse, pero que están llenos de ignorancia17. Hicieron sobre el Espíritu Santo afirmaciones que yo no tendría ahora el atrevimiento de recordar.

Contra los montanistas

8. Odiese a los de la Frigia inferior y a Montano y sus dos profetisas, Maximila y Priscila 18. Pues Montano, fuera de sí y delirante —y no hubiera dicho lo que dijo si no hubiese estado loco—, se abrevió a proclamarse a sí mismo como el Espíritu Santo. Hombre muy abyecto, baste decir, por respeto a las mujeres que aquí están, que estaba cubierto de toda impureza y lascivia. Habiendo ocupado Pepusa, un lugar muy pequeño de Frigia al que dio el falso nombre de Jerusalén, degollaba a los hijos pequeños de algunas mujeres despedazándolos en banquetes criminales. Por este motivo hasta tiempos recientes, en que la persecución se ha ido calmando, estábamos nosotros bajo sospecha de estos crímenes. La razón es que los montanistas, aunque falsamente, eran llamados con nuestro mismo nombre de cristianos. Como digo, se atrevió a llamarse a sí mismo Espíritu Santo, a pesar de rebosar impiedad y crueldad y estar sujeto a una imperdonable condena.

Contra los maniqueos19

9. A éste hay que añadir, como anteriormente se dijo, al muy impío Manes, el cual acumuló los vicios de todas las herejías. Siendo él mismo el más profundo abismo de perdición y reuniendo en sí los delirios de todos los herejes juntos, elaboró y propagó el más reciente de los errores. Se abrevió a decir también que él era el Paráclito que Cristo había prometido que enviaría. Y puesto que el Salvador, prometiéndolo, decía a los apóstoles: «Por vuestra parte permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto» (Lc 24,49). ¿Qué, pues? ¿Acaso, cuando ya habían muerto hacía doscientos años, estaban esperando a Manes los apóstoles para ser revestidos de poder? ¿Quién tendrá la osadía de decir que no se llenaron ya del Espíritu Santo? Pues está escrito: «Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo?» (Hech 8,17). ¿Es que no sucedió esto antes de Manes, y muchos años antes de él, cuando el Espíritu Santo descendió el día de Pentecostés?

El poder del Espíritu no se compra por dinero.

De nuevo, el caso de Simón

10. ¿Por qué se condenó a Simón Mago? ¿No fue porque, acercándose a los apóstoles, les dijo: «Dadme a mí también este poder para que reciba el Espíritu Santo aquel a quien yo imponga las manos» (Hech 8,19). Pues no dijo: «Dadme a mí también una participación en el Espíritu Santo», sino poder, de modo que pudiese vender a otros algo que no se puede comprar y que él mismo no había conseguido20. Ofreció dinero (8,18) a unos hombres que tenían el propósito de no poseer nada21, a pesar de haber visto a quienes ofrecían las ganancias de las cosas vendidas poniéndolas a los pies de los apóstoles (cf. Hech 4,34-35). Y no pensaba que quienes pisaban con sus pies las riquezas entregadas para alimentar a los pobres nunca pondrían un precio al poder del Espíritu Santo. ¿Y qué es lo que dijeron a Simón?: «Vaya tu dinero a la perdición y tú con él; pues has pensado que el don de Dios se compra con dinero» (8,20).—«Eres otro Judas, que esperaste vender la gracia del Espíritu». Si, por tanto, Simón, que quería conseguir el poder (del Espíritu) es entregado a la perdición, ¿de cuánta impiedad no será reo Manes, que se jactó de ser él mismo el Espíritu Santo? Odiemos a los hombres dignos de odio. A los que Dios deja a un lado, dejémoslos. Con toda confianza, digamos también nosotros acerca de los herejes: «¿No odio, Yahvé, a quienes te odian? ¿No me asquean los que se alzan contra ti?» (Sal 139,21). Pues existe una enemistad laudable, según está escrito: «Enemistad pondré entre ti y la mujer, y ente tu linaje y su linaje» (Gén 2,15). En realidad, la amistad con la serpiente produce la enemistad con Dios y la muerte.

La promesa del Espíritu de vida

11. Sea suficiente lo dicho acerca de estos expulsados. Pero ahora volvamos a la Sagrada Escritura, y bebamos agua de nuestras vasijas y de la fuente de nuestros pozos (cf. Prov 5,15). Bebamos del agua viva «que brota para vida eterna» (Jn 4,14). «Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él» (7,39). Observa lo que dice: «El que crea en mí (no de un modo simplista y lánguido, sino), como dice la Escritura (con lo que te está remitiendo al Antiguo Testamento): «De su seno correrán ríos de agua viva» (7,38)22. No se trata de ríos perceptibles por los sentidos y que irrigan, en un sentido simple y vulgar, la tierra que contiene espinas y leños, sino de los que infunden luz a las almas: «Sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna» (4,14). Es otra clase de agua, que vive y que brota: brota sobre los que son dignos de ella.

El Espíritu reparte sus dones entre todos

12. AGUA/GRACIA GRACIA/AGUA: ¿Y por qué ha dado el nombre de agua a la gracia del Espíritu? Porque todas las cosas constan de agua, ya que el agua es la que hace las plantas y los animales; porque desde los cielos desciende el agua de las tormentas. Siempre cae del mismo modo y de la misma forma, aunque son multiformes los efectos que produce: una única fuente riega todo el huerto. Y una única e idéntica tormenta desciende sobre toda la tierra, pero se vuelve blanca en el lirio, roja en la rosa, de color púrpura en las violetas y en los jacintos, y diversa y variada en los distintos géneros de cosas. De una forma existe en la palma y de otra en la vid, pero está toda ella en todas las cosas, pues (el agua) es siempre la misma y sin variación. Y, aunque se mude en tormenta, no cambia su forma de ser, sino que se acomoda a la forma de sus recipientes convirtiéndose en lo que es necesario para cada uno de ellos. Así el Espíritu Santo, siendo uno y de un modo único, y también indivisible, distribuye la gracia «a cada uno en particular según su voluntad» (cf. 1 Cor 12,11). Y del mismo modo que un árbol seco produce

brotes al recibir agua, así también el alma pecadora, cuando por la conversión ha sido agraciada por el don del Espíritu Santo, produce los racimos del Espíritu Santo. Y aunque él es uno y único, obra sin embargo, por voluntad de Dios y en nombre de Cristo, efectos múltiples: se sirve de la lengua de uno para la sabiduría e ilustra la mente de otro con el don de profecía; a éste le concede el poder de expulsar demonios y a aquel el don de interpretar la Sagrada Escritura; de alguno fortalece la temperancia23 y a otro le enseña lo referente a la misericordia24; a otros les enseña a ayunar o a soportar los ejercicios de la vida ascética; a otros, a despreciar las cosas del cuerpo, y hay a quien prepara para el martirio. El es diverso en cada uno, pero nunca es distinto de sí mismo. Como está escrito: «A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común. Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; a otro, carismas de curaciones, en el único Espíritu; a otro, poder de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversidad de lenguas; a otro, don de interpretarlas. Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad» (I Cor 12,7-11)25

Diversos sentidos de la palabra «espíritu

13. Pero puesto que acerca del Espíritu Santo, con un nombre único y común, se han dicho muchas cosas diversas en la Sagrada Escritura y puede temerse que alguien las confunda por ignorancia por no saber a qué espíritu se refiere lo que allí está escrito, es preciso señalar ciertas características seguras del Espíritu al que la Escritura llama Santo. Pues así como Aarón es llamado «cristo»26 y también David, Saúl y otros son llamados «cristos», y sin embargo es único el verdadero Cristo, así también, una vez que se atribuye la denominación de «espíritu» a diversas realidades, es estupendo ver a quién se llama, por algún motivo peculiar, Espíritu Santo. Pues son muchas las cosas que se llaman «espíritu», pues un ángel es llamado «espíritu», se llama «espíritu» a nuestra alma y al viento que sopla se le llama «espíritu»27. También una gran virtud es llamada «espíritu» y es denominada «espíritu» una acción impura. Incluso el Demonio, el Adversario, es llamado «espíritu». Cuídate, pues, cuando oigas estas cosas, de que, por la semejanza de la denominación, no confundas una cosa con otra. Pues de nuestra alma dice la Escritura: «Su soplo exhala, a su barro retorna», y del alma dice a su vez: «Que modela el espíritu del hombre en su interior» (Zac 12,1)28. Y de los ángeles dice en los Salmos: «Que hace a sus ángeles espíritus y llama de fuego a sus servidores»29. Y del viento dice: «Tal el viento del Este que destroza los navíos de Tarsis» (Sal 48,8). Y además: «Como el árbol es agitado por el viento en el bosque». Y: «Fuego y granizo, nieve y bruma, viento tempestuoso, ejecutor de su palabra» (Sal 148,8). Y de la buena doctrina dice el Señor mismo: «Las palabras que les he dicho son espíritu y son vida» Un 6,63), es decir, son espirituales30. Pero el Espíritu Santo no es algo que se exhala hablando con la lengua, sino alguien vivo31, que nos concede hablar con sabiduría, siendo él mismo el que se expresa y habla.

El Espíritu Santo sugiere, habla y enseña

14. ¿Quieres darte cuenta de cómo crea palabras y habla? Felipe, por revelación de un ángel, bajó por el camino que llevaba hasta Gaza, cuando llegaba el eunuco. Y dijo el Espíritu a Felipe: «Acércate y ponte junto a ese carro» (Hech 8,29). ¿Ves cómo el Espíritu habla al que le oye? Y Ezequiel dice así: «El espíritu de Yahvé irrumpió en mí y me dijo: "Di: Así dice Yahvé"» (Ez

11,5). Por otra parte, «dijo el Espíritu Santo» a los apóstoles, que estaban en Antioquía: «Separadme ya a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado» (Hech 13,2). Ves al Espíritu que está vivo, que segrega y que llama, y que envía con poder. Y Pablo dice: «Solamente sé que en cada ciudad el Espíritu Santo me testifica que me aguardan prisiones y tribulaciones» (20,23). El es el que santifica a la Iglesia, su auxiliador y su maestro, el Espíritu Santo maestro, del que dijo el Salvador: «Os lo enseñará todo», y no dijo sólo «les lo enseñará», sino también «les recordará todo lo que yo les he dicho» (Jn 14,26). Pues no son unas las enseñanzas de Cristo y otras las del Espíritu Santo, sino claramente las mismas. De las cosas que habían de suceder dio Pablo testimonio con anterioridad, para que, mediante un conocimiento previo, el ánimo se sintiese más firme. Y estas cosas se les han dicho por aquella sentencia: «Las palabras que les he dicho son espíritu» (Jn 6,63), de modo que no pienses que éste (el Espíritu) es sólo algo que nosotros decimos, sino doctrina sólida.

El diablo, espíritu del mal y de pecado

15. Con la palabra «espíritu» se denomina también al pecado, como ya dijimos, pero por otra razón contraria, o sea, según dicen: «con un espíritu de fornicación se extraviaron» (Os 4,12 LXX). También se le llama espíritu, espíritu inmundo, al demonio, pero con ese adjetivo de «inmundo». Pues a cada espíritu se le da un añadido, que designa una característica propia. Si se dice «espíritu» al alma humana, se le añade «del hombre» (I Cor 2,11). Si se dice acerca del viento32, se habla de «viento de borrasca» (Sal 107,25). Cuando designa al pecado, dice «espíritu de fornicación». Si se refiere al demonio, le llama «espíritu inmundo», para que sepamos de qué se habla particularmente en ese caso y no creas que se está hablando del Espíritu Santo. ¡Ni hablar! Pues este nombre de «espíritu» es nombre general y común, y lo que no tiene un cuerpo espeso y denso es llamado, de un modo genérico, espíritu. Pero puesto que los demonios no poseen tales son llamados «espíritus». Pero hay espíritus muy diversos. Pues el demonio impuro, cuando se introduce en el alma del hombre (y Dios libre de este mal a todas las almas tanto de los que están aquí como de los ausentes), llega como un lobo tragando sangre y dispuesto a devorar lanzándose contra la oveja. Es una llegada muy cruel, y muy grave para el que la sufre. La mente se oscurece con una densa niebla. Es un ataque injusto de alguien que invade una propiedad ajena, pues se esfuerza en abusar, haciendo violencia (Mc 9,17-18), de un cuerpo ajeno sirviéndose de él como si fuese propio. Hace caer a quien se mantiene en pie, emparentado como está con aquel que cayó del cielo (cf. Lc 10,18); enreda la lengua y retuerce los labios; en lugar de palabras, arroja espuma. El hombre se sume en tinieblas y, cuando el ojo está abierto, el alma no ve nada a través de él. Lleno de miseria, el hombre se convulsiona lleno de temor ante la muerte. Realmente los demonios son enemigos de los hombres y los maltratan suciamente y sin misericordia.

La fuerza y la iluminación otorgadas por el Espiritu Santo

16. No es tal el Espíritu Santo. ¡Lejos de ustedes este pensamiento! Pues, al contrario, aquí estamos en el terreno del bien y de la salvación. En primer lugar, su venida tiene lugar en la mansedumbre y con suavidad, y se le percibe con esa suavidad y con fragancia, pues su yugo es muy ligero. Avisan de su llegada los rayos brillantes de luz y de ciencia. Viene con los sentimientos de una auténtico protector. Viene a salvar, sanar, enseñar, advertir, fortalecer, consolar y a iluminar la mente: en primer lugar, la de aquel que le acoge y, después, sus obras y

las de los demás. Y del mismo modo que quien estaba en tinieblas anteriormente, al mirar luego al sol, de repente recibe la luz en su ojo corporal y distingue lo que antes no veía con claridad, así es aquel que ha sido considerado digno del don del Espítitu Santo: se ilumina su ánimo y, colocándose más allá de lo humano, ve ahora lo que ignoraba. Postrado su cuerpo en tierra, su alma contempla los cielos como en un espejo. Como Isaías, ve «al Señor sentado en un trono excelso y elevado» (Is 6,1). Contempla, como Ezequiel, al que «estaba sobre la cabeza de los querubines» (Ez 10,1). Ve, como Daniel, a «miles de millares» y «miríadas de miríadas» (Dan 7,10). Siendo como hombre poca cosa, ve el principio y el fin del mundo, y discierne el transcurso de los tiempos y la sucesión de los reyes. Y no es que esto lo haya aprendido, pero es un verdadero proveedor de luz. Un hombre puede ser encerrado entre paredes, pero la fuerza de su conocimiento se extiende ampliamente hasta contemplar incluso lo que otros hacen.

El poder que da el Espíritu de discernir lo oculto

17. Pedro no estaba presente cuando Ananías y Safira vendieron sus posesiones. Pero estaba presente por el Espíritu, y dijo: «¿Cómo es que Satanás llenó tu corazón para mentir al Espíritu Santo?» (Hech 5,3). No era acusador ni tampoco testigo. ¿De dónde había llegado a conocer el hecho? «¿Es que mientras lo tenías no era tuyo, y una vez vendido no podías disponer del precio? ¿Por qué determinaste en tu corazón hacer esto?» (Hech 5,4). Un hombre iletrado, Pedro, supo por la gracia del Espíritu lo que ni siquiera los mismos sabios de los griegos habían llegado a conocer. Un ejemplo semejante tienes también en Eliseo. cuando había curado gratis la lepra de Naamán, Guejazí33 se cobró una paga, cobrándose el valor de un trabajo de otro, y colocó el dinero recibido de Naamán en un lugar oscuro (cf. 2 Re 5,20 ss). Pero las tinieblas no son oscuras para los santos (cf. Sal 139,12)34. Pues, después de vuelto, le pregunta Eliseo (así como Pedro: «Dime, ¿habéis vendido en tanto el campo?» (Hech 5,8): «¿De dónde vienes, Guejazí?» (2 Re 5,25). Y no lo decía porque no lo supiese, sino deplorándolo. Has venido de las tinieblas y te irás en tinieblas. Has vendido la curación de un leproso y la herencia de la lepra te acompañará (cf. 2 Re 5,27). Yo he cumplido—dice el mandato de quien me dijo: «Gratis lo recibisteis; dadlo gratis» (Mt 10,8). Pero tú has vendido la gracia; recibe el salario de tu venta. ¿Y qué le dice Eliseo?: «¿No iba contigo mi corazón...?» (2 Re 5,26). Yo estaba limitado por mi propio cuerpo, pero el espíritu que Dios me dio veía incluso las cosas lejanas y me mostraba con claridad las cosas que sucedían en otras partes. Ves de qué modo no sólo suprime la ignorancia, sino que incluso da conocimiento infuso, y ves cómo el Espíritu Santo ilumina las almas.

También a los profetas iluminaba el Espíritu Santo

18. Hace casi mil años que vivió Isaías. Contempló a Sión como una pobre tienda de campaña. Sin embargo, la ciudad todavía estaba en pie embellecida por gran cantidad de plazas públicas y revestida de su dignidad. Está dicho, no obstante: «Sión será un campo que se ara» (Miq 3,12), preanunciando lo que se ha realizado en nuestros días. Observa la exactitud de la profecía, pues dice: «Ha quedado la hija de Sión como cobertizo en viña, como albergue en pepinar, como ciudad sitiada» (Is 1,8). Y realmente está este lugar ahora lleno de pepinares. ¿Acaso no ves cómo el Espíritu Santo ilumina a los santos?35. Que la semejanza de la denominación no te arrastre a otras cosas. Mantén en cambio, lo que es exactamente la verdad.

El Espíritu, que sugiere la castidad y la pobreza voluntarias, protege al hombre y le da sus dones

19. Si en alguna ocasión, cuando estés descansando, te vienen pensamientos acerca de la castidad o la virginidad, es él quien te esta instruyendo. ¿No sucede con frecuencia que una joven, ya dispuesta para la consumación del matrimonio, no accede porque él36 le sugiere la virginidad? ¿Es que no ocurre con mucha frecuencia que un hombre conspicuo en la vida pública desprecia las riquezas y la dignidad instruido por el Espíritu Santo? ¿O que muchas veces un joven, viendo una figura grácil cierra los ojos para no ver y escapar de la deshonra? ¿Por qué crees que eso sucede? El Espíritu Santo ha instruido la mente del hombre, siendo tantos en el mundo los deseos de la avaricia, hay cristianos que siguen la pobreza voluntaria. ¿Por qué razón? Por el mandato interior del Espíritu Santo. Es una realidad preciosa el Espíritu santo y bueno. Debidamente somos bautizados en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. Con su cuerpo lucha el hombre con muchos y fieros demonios37. Y a menudo es contenido y dominado por las palabras de súplica un demonio al que muchos no podían retener con cadenas de hierro. Un simple soplo del exorcista se convierte en fuego contra el enemigo invisible. Tenemos, por tanto, de parte de Dios un auxiliador y protector, gran maestro de la Iglesia y gran luchador en favor nuestro. No sintamos temor ante los demonios ni ante el diablo, pues es más grande el que lucha por nosotros: simplemente abrámosle las puertas, pues «va por todas partes buscando a los dignos» (cf. Sab 6,16)38 y buscando a quién regalar con sus dones.

La fortaleza del Espíritu Santo en las dificultades

20. Pero se le llama Paráclito porque consuela, fortalece con sus exhortaciones y nos ayuda en nuestra debilidad39, «pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables» (Rm 8,26), es decir, ante Dios, como se ve por el asunto mismo. A menudo alguien, víctima de injurias por causa de Cristo, padece injustamente el desprecio. Amenazan el martirio y los tormentos por doquier: el fuego y la espada, las bestias y el precipicio. Pero el Espíritu Santo sugiere: «Espera en Yahvé» (Sal 27,14), hombre. Es poca cosa lo que te sucede, pero es grande lo que se te dará. Tras padecer un tiempo breve, estarás eternamente en compañía de los ángeles. «Los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros» (Rm 8,18). El Espíritu describe al hombre el reino de los cielos, le muestra el paraíso de las delicias, y los mártires, presentes a la vista de sus jueces pero ya en el paraíso en cuanto a su energía y su poder, pueden así despreciar la dureza de lo que ven.

El Espiritu permite dar testimonio en favor de Jesús

21. ¿Quiéres saber cómo con la fuerza del Espíritu Santo dieron los mártires su testimonio? El Salvador dice a los discípulos: «Cuando les lleven a las sinagogas, ante los magistrados y las autoridades, no les preocupéis de cómo o con qué les defenderéis, o qué diréis, porque el Espíritu Santo les enseñará en aquel mismo momento lo que conviene decir» (Lc 12,1 1-12). Pues es imposible padecer el martirio por dar testimonio de Cristo si no se sufre con la fuerza del Espíritu Santo. Pues si «nadie puede decir "Jesús es Señor!" sino con el Espíritu Santo» (1 Cor 12,3), ¿quién dará la vida par Jesús si no es en el Espíritu Santo?

Ilumina a todos los cristianos de cualquier condición y de cualquier pueblo

22. Grande, omnipotente en sus dones y admirable es el Espíritu Santo. Piensa cuántos están sentados aquí, cuántas almas somos. El Espíritu actúa de modo adecuado a cada uno. Está en medio de todos y ve la situación de cada uno. Ve también el pensamiento y la conciencia, y también lo que hablamos y a lo que damos vueltas en nuestra mente. Grande es esto que acabo de decir y, sin embargo, es todavía poco. Quisiera que consideraras, iluminando él tu mente, cuántos son los cristianos de toda esta parroquia y cuántos los de toda la provincia de Palestina. Amplía también tu mente desde esta provincia a todo el Imperio de los romanos y vuelve desde él tu mirada al mundo entero: los pueblos de los persas y las naciones de la India, los godos y los sauromatas, los galos y los hispanos, los moros, los africanos, los etíopes y otros de los que ni los nombres conocemos: son muchos, en efecto, los pueblos cuyos nombres no han llegado siquiera a nuestro conocimiento. Mira a los obispos de cualesquiera pueblos, a los presbíteros, los diáconos, los monjes, las vírgenes y los laicos, y observa quién es el que los rige, preside y les concede sus dones. Cómo, en todo el mundo, a uno le regala el pudor, a aquél la virginidad perpetua, a éste el afán de dar limosna, a otro el interés por la pobreza y a otro, en fin, la capacidad de poner en fuga a los espíritus enemigos. Y así como la luz, con un solo rayo, todo lo ilumina, así también el Espíritu ilumina a los que tienen ojos. Por tanto, si alguno se queja de que no se le da la gracia, no acuse al Espíritu, sino a su propia incredulidad.

Angeles, potestades y todas las criaturas necesitan del Espíritu

23. Ves el poder que ejerce en el mundo entero. Que no se quede tu mente a ras del suelo, sino asciende a lo alto: sube en tus pensamientos hasta el primer cielo y contempla los muchísimos miles de ángeles que allí están. Si puedes, sube con el pensamiento a mayor altura: contempla los arcángeles y contempla a los espíritus, mira las virtudes, los principados, las potestades, los tronos y las dominaciones40. Dios ha dado al Paráclito como prefecto, maestro y santificador de todos ellos. Necesitan de él Elías, Eliseo e Isaías entre los hombres. Y entre los ángeles, Miguel y Gabriel. Ninguna de las cosas creadas le iguala en honor. Pues todas las clases de ángeles y todos los ejércitos juntos carecen de paridad e igualdad con el Espíritu Santo. A todos ellos los cubre y oscurece la potestad sumamente buena del Paráclito. Si alguno de ellos es enviado a realizar un ministerio41, escruta incluso las profundidades de Dios, como dice el Apóstol: «El Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿qué hombre conoce lo íntimo del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios» (I Cor 2,10-11)

En unión con el Padre y el Hijo, el Espiritu Santo reparte sus dones

24. El, en los profetas, anunció a Cristo; él actuó en los apóstoles; él, hasta el día de hoy, sella las almas en el bautismo. El Padre se da al Hijo, y el Hijo comunica de sí mismo al Espíritu Santo42. Es el mismo Jesús, no yo, quien lo dice: «Todo me ha sido entregado por mi Padre» (Mt 11,27). Y del Espíritu Santo dice: «Cuando venga él, el Espíritu de la verdad,... El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y les lo anunciará a ustedes» (Jn 16,13-14). El Padre, a través del Hijo y juntamente con el Espíritu, lo da todo. No son unos los dones del Padre, otros los del Hijo y otros los del Espíritu Santo. Pues una es la salvación, una la potestad y una la fe, único es Dios Padre, único es su Hijo y único es el Espíritu Santo Paráclito. Y bástenos saber estas cosas. No indagues afanosamente la naturaleza o la sustancia. Pues, si es algo que se hubiese escrito, lo

diríamos. Pero no nos atrevamos con lo que no ha sido escrito. Para nuestra salvación nos basta saber que existen el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Sobre los setenta ancianos que ayudaron a Moisés

25. Este Espíritu descendió, en tiempo de Moisés, sobre los setenta ancianos. (Pero que la amplitud del discurso, carísimos, no les cause tedio. El mismo del que hablamos nos dé fuerza a cada uno de nosotros, a los que hablamos y a los que oís.) Este Espíritu, como decía, descendió sobre aquellos setenta ancianos que estaban bajo Moisés. Pero esto te lo digo para probar que todo lo conoce y todo lo obra como quiere. Fueron seleccionados setenta ancianos. «Bajó Yahvé en la nube y le habló. Luego tomó algo del espíritu que había en él y se lo dio a los setenta ancianos» (Núm 11,25). Y no fue dividiendo al Espíritu, sino que cada uno recibió algo de su gracia, distribuida según su capacidad y su potestad. Los presentes eran de hecho sesenta y ocho, y profetizaron, pero no estaban Eldad y Medad. Pero para que quedase claro que no era Moisés el que concedía nada, sino que era el Espíritu el que obraba, también profetizaron Eldad y Medad, que habían sido llamados, pero no habían acudido (cf. Núm 11,26-30).

El mismo signo de la imposición de las manos para la antigua y la nueva Alianza

26. Se asombró de ello Josué, hijo de Nun, sucesor de Moisés, y acercándose a Moisés le dice: «¿Has oído que Eldad y Medad están profetizando?». Fueron llamados y no vinieron. «Mi señor Moisés, prohíbeselo» (11,28). Pero él le dijo: No se lo puedo prohibir, pues es una gracia celestial. No se lo impediré, pues también yo tengo esa gracia. No creo que tú hayas dicho esto movido por la envidia. No te consumas de celo por mí porque ellos hayan profetizado mientras tú todavía no profetizas. Aguarda un tiempo: «¡Quién me diera que todo el pueblo de Yahvé profetizara porque Yahvé les diera su espíritu!» (11,29). Proféticamene añadió lo de «porque les diera su espíritu». Pues ciertamente tampoco lo ha dado ahora, y tú no lo tienes todavía. Entonces, ¿no lo tuvieron Abraham, Isaac, Jacob y José? ¿Es que acaso no lo tuvieron los que vivieron antes de él? Sin embargo, es muy claro aquello de «cuando Dios les diera su espíritu», que es como si dijera: a todos. Y, no obstante, el don de la gracia es ahora privado y restringido, mientras que entonces se había derramado y abundaba. En realidad, se quería decir lo que nos habría de suceder en Pentecostés, pues también él descendió entre nosotros. Pero también anteriormente había descendido sobre muchos. Pues está escrito: «Josué, hijo de Nun, estaba lleno del espíritu de sabiduría, porque Moisés le había impuesto las manos» (Dt 34,9). Ves el mismo signo en todas partes, en la antigua y en la nueva Alianza. En tiempo de Moisés se concedía el espíritu por la imposición de manos. A ti, que serás bautizado, ha de venir la gracia. No te digo de qué modo ni te anticipo el momento43,

Presencia del Espíritu en personajes de la antigua Alianza

27. El vino también a todos los justos y profetas. Me refiero a Enós, Henoc, Noé y los demás, Abraham, Isaac y Jacob. Que también José tuvo el espíritu de Dios (cf. Gén 41,38), es algo que ya había descubierto el mismo Faraón. Ya oíste acerca de Moisés y de las cosas admirables que hizo por el Espíritu. También lo tuvieron el fortísimo Job y todos los santos, aunque no mencionemos ahora los nombres de todos. El fue el que, en la construcción del Tabernáculo llenó de sabiduría a Besalel y a sus hábiles compañeros (Ex 31, 1-6).

28. En la fuerza de este Espíritu, según lo que tenemos en el libro de los Jueces, fue juez Otoniel (Juec 3,10), se vio fortalecido Gedeón (6,34) yJefté consiguió la victoria (11,29). Débora, mujer, entabló batalla (4-5) y Sansón, cuando todavía obraba con justicia y no contristaba al Espíritu, realizó cosas superiores a las fuerzas humanas44. En los libros de los Reyes encontramos claramente, acerca de Samuel y David45, cómo profetizaban en el Espíritu Santo y eran jefes de profetas. Y a Samuel se le llamaba «vidente» (I Sam 9,9.11). Pero David dice elocuentemente: «El espíritu de Yahvé habla por mí» (2 Sam 23,2). Y, en los Salmos: «No retires de mí tu santo espíritu» (51,13). Y a su vez: «Tu espíritu que es bueno me guie por una tierra llana» (143,10). Y, como tenemos en las Crónicas, con el Espíritu Santo fueron agraciados Azarías, bajo el rey Asá, y, bajo Josafat, Yajaziel (2 Cró 15,1; 20,14). Y también Zacarías, que fue lapidado (2 Cró 24,20-21; cf. Mt 23,35 ss). Y Esdras dice: «Tu Espíritu bueno les diste para instruirles» (Neh 9,20)46. Acerca de Elías, el que fue tomado, y de Eliseo, ambos portadores del Espíritu y realizadores de cosas admirables, es cosa clara -aunque ahora lo pasemos por alto- que estuvieron llenos del Espíritu Santo.

Y en otros profetas

29. Y si alguien recorre los libros tanto de los doce47 como de los demás profetas, encontrará muchísimos testimonios acerca del Espíritu Santo. Miqueas dice: «Yo, en cambio, estoy lleno de fuerza por el espíritu de Yahvé» (Miq 3,8). Y Joel: «Sucederá después de esto que yo derramaré mi Espíritu en toda carne» (3,1). Y Ageo dice: «... según la palabra que pacté con ustedes a vuestra salida de Egipto, y en medio de ustedes se mantiene mi Espíritu: no temáis» (2,5). De modo semejante, Zacarías: «No obstante, acoged mis palabras y mis mandatos, que yo prescribo en mi Espíritu a mis siervos los profetas» (Zac 1,6 LXX). Y así, otras cosas.

En Isaías y Ezequiel

30. También Isaías, el predicador elocuentísimo: «Reposará sobre él el Espíritu de Yahvé: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Yahvé. Y le inspirará en el temor de Yahvé» (11,2-3). Con ello quiere decir que él (el Espíritu) es uno e indivisible, pero son diversos los efectos que produce. Y también: «He aquí mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él (Is 42,1). Y también aquello: «Derramaré mi espíritu sobre tu linaje (44,3). Y además: «Ahora el señor Yahvé me envía con su espíritu» (48,16). O bien: «En cuanto a mí, esta es la alianza con ellos, dice Yahvé. Mi espíritu que ha venido sobre ti...» (59,21)49. Y, a su vez: «El espíritu del Señor Yahvé está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahvé...» (61,1)49. Y también, hablando en contra de los judíos: «Mas ellos se rebelaron y contristaron a su Espíritu Santo» (Is 63,10) y: «¿Dónde está el que puso en él su Espíritu Santo?» (63,11).

También tienes en Ezequiel—si no estás ya cansado de escuchar—lo que ya se ha recordado: «El espíritu de Yahvé irrumpió en mí y me dijo: "Di: Así dice Yahvé"» (Ez 11,5). Pero el «irrumpió sobre mí» se ha de entender correctamente, como queriendo designar la caridad y la clemencia. De modo semejante a como Jacob, una vez que encontró a José, «se echó a su cuello» (Gén 46,29) y como, en los evangelios, aquel padre amantísimo, al ver a su hijo de vuelta, «conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente» (Lc 15,20). Y, también en

Ezequiel: «El espíritu me elevó y me llevó a Caldea, donde los desterrados, en visión, en el espíritu de Dios» (Ez 11,24). Y otras cosas ya las oíste antes, cuando hablamos del bautismo50: «Os rociaré con agua pura... y les daré un corazón nuevo, infundiré en ustedes un espíritu nuevo» (36,25.26). Y, poco después: «La mano de Yahvé fue sobre mí y, por su espíritu, Yahvé me sacó» (37,1).

En Daniel

31. El infundió la sabiduría en el alma de Daniel, de modo que un joven fuese juez de ancianos. La casta Susana había sido condenada como impúdica. Nadie la defendía. ¿Quién la habría arrebatado de la mano de los jefes? Era llevada a la muerte y ya estaba en manos de los verdugos (Dan 13,41-45). Pero se presentó su auxiliador, el Paráclito, el Espíritu que santifica a toda criatura inteligente. «Manténte ahí», le dijo a Daniel. «Tú, que eres joven, arguye a los viejos manchados por la corrupción de pecados de jóvenes. Pues está escrito: «Suscitó el santo espíritu de un jovencito» (13,45). Y, resumiendo brevemente, por la sentencia de Daniel se salvó aquella muchacha pura. Este caso lo hemos resumido, pues no hay tiempo de exponerlo todo. Incluso Nabucodonosor reconoció que en Daniel estaba el Espíritu Santo, pues se refirió a él como «Daniel..., en quien reside el espíritu de los dioses santos» (Dan 4,6)51. Dijo una cosa verdadera y otra falsa. Que tenía el Espíritu Santo era verdad, pero no que era «jefe de los magos». Pues no era mago, sino conocedor de las cosas por el Espíritu. De hecho, antes (Dan 2,31ss.) había explicado la visión de la imagen que había visto y que no entendía. «Explícame, dice, la visión, que yo, que la vi, no la entiendo». Ves ahí la potencia del Espíritu Santo, porque quienes vieron no entienden, y los que no vieron conocieron e interpretaron.

En la siguiente catequesis se hablará del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento

32. Estaríamos inclinados a recoger muchos testimonios del Antiguo Testamento y a explicar con más claridad lo que atañe al Espíritu Santo. Pero queda poco tiempo y es aconsejable que no tengáis tanto que escuchar. Por lo cual, contentos con lo mencionado de la antigua Alianza, volveremos, si Dios lo permite, en la catequesis siguiente a lo que falta del Nuevo. El Dios de la paz, les regale a todos con los bienes espirituales y celestiales por medio de Nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíriritu (cf. Rom 15,30). A él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén52.

....

1. La presente catequesis y la siguiente, que se tuvieron durante la Semana Santa o alrededor de ella, son un excelente testimonio del progreso de la conciencia teológica de la Iglesia sobre el Espiritu Santo, al que en todo momento, aún distinguiéndolo claramente, se le equipara en dignidad con el Padre y el Hijo. La catequesis suministra amplia información sobre opiniones y corrientes heréticas en torno al Espiritu Santo, pero expone también positivamente la enseñanza de la Escritura sobre él. En este aspecto, la catequesis está dedicada más que nada al Antiguo Testamento, mientras que la XVII expone principalmente la doctrina neotestamentaria.

2. Se reproduce la cita de /Mt/12/32 tal como la trae el texto de Cirilo. Pero el texto completo del versículo es: «Y al que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que

la diga contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro». Al interpretar el versículo, no debe partirse de si es que acaso hay o no hay pecados que no pueden perdonarse, sino desde el problema de una posible cerrazón existencial del hombre. En este momento -y se expondrá a lo largo de esta catequesis y de la siguiente- se está partiendo de que el acceso del hombre a Jesucristo (y por él al Padre) no se hace con los ojos de la carne ni con la inteligencia sino en virtud de la acción del Espíritu, que en el plan de la salvación -independientemente de que el hombre sea o no sea consciente de ello- es el que hace mediante la gracia que el hombre acceda a Dios y a la salvación que él le ofrece. El que «blasfema contra el Espíritu» cerrándose así a la acción de Dios en él -que uno sea reflexivamente consciente o no de la obra de Dios en él es cuestión secundaria-, se cierra así el camino de la salvación hacia su existencia. Se trata de algo que debe tenerse en cuenta al menos como advertencia. El tema del «pecado contra el Espíritu Santo» lo ha expuesto con notable claridad la encíclica Dominum et vivificantem de Juan Pablo II, afirmando que «la "blasfemia" no consiste en el hecho de ofender con palabras al Espíritu Santo; consiste, por el contrario, en el rechazo de aceptar la salvación que Dios ofrece al hombre por medio del Espíritu Santo, que actúa en virtud del sacrificio de la Cruz. Si el hombre rechaza aquel "convencer sobre el pecado", que proviene del Espíritu Santo y tiene un carácter salvífico, rechaza a la vez la "venida" del Paráclito: aquella "venida" que se ha realizado en el misterio pascual, en la unidad mediante la fuerza redentora de la Sangre de Cristo. La Sangre "que purifica las obras muertas de nuestra conciencia". »Sabemos que un fruto de esta purificación es la remisión de los pecados. Por tanto, el que rechaza el Espíritu y la Sangre permanece en las "obras muertas", o sea, en el pecado. Y la blasfemia contra el Espíritu Santo consiste precisamente en el rechazo radical de aceptar esta remisión, de la que el mismo Espíritu es el íntimo dispensador y que presupone la verdadera conversión obrada por él en la conciencia. Si Jesús afirma que la blasfemia contra el Espíritu Santo no puede ser perdonada ni en esta vida ni en la futura, es porque esta "no-remisión" está unida, como causa suya, a la "no penitencia", es decir, al rechazo radical del convertirse. Lo que significa el rechazo de acudir a las fuentes de la Redención, las cuales, sin embargo, quedan "siempre" abiertas en la economía de la salvación, en la que se realiza la misión del Espíritu Santo» (Dominum et vivificantem, núm. 46; se ha citado la edición castellana de PPC, Madrid, 1986 año de la aparición de la encíclica).

3. En un lenguaje algo amplio, es una confesión clara de la fe trinitaria. En cuanto al Padre y al Hijo, la frase recuerda I Cor 8,6: «Para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y por el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros». Las catequesis XVI y XVII pretenden hablar del Espiritu Santo de modo que en los oyentes quede equiparado, en su dignidad, al Padre y al Hijo. Se expresa así la madurez de la conciencia dogmática de la Iglesia.

4. Mt 3,16 (Mc 1,10; Lc 3,22) muestran esta unión de Jesús con el Espiritu, del mismo modo que también aparece unido al Padre. Es a partir de ahí como Jesús comenzará su actividad pública.

5. Según parece, en algunos momentos históricos hablaron algunos, para el Antiguo y el Nuevo Testamento, de varios «Padres», varios «Cristos» y varios «Espiritus», aunque son cosas demasiado alejadas de nuestra mentalidad. Ver distintos testimonios acerca de los marcionitas, maniqueos, gnósticos, etc. en PG 33,921-922, nota 3.

6. Estas palabras de Mt 28,19 reflejan probablemente, escritas decenios después del Jesús terreno, una fórmula del bautismo expresamente trinitaria y que quizá no puede entenderse como locución literal de Jesús. Pero ello no es un inconveniente si se tiene en cuenta tanto 1) el valor de todos los textos de la Escritura, la cual tiene valor de Palabra divina sin que necesariamente tenga que levantar acta de exactitudes históricas, como 2) la rectitud del empleo de una fórmula trinitaria en la acción de bautizar.

7. Marción (ca. 85-ca. 160) había defendido una oposición total entre un Dios del Antiguo Testamento, rígido, legalista y justiciero, y el Dios del Nuevo Testamento, reflejado sólo en la teología de Pablo y en lo que de ésta se encuentra en Lucas. Marción era un talento organizador y su predicación ofrecía un riguroso sentido de la moralidad, caracteristicas ambas que, junto con su fuerte personalidad, le proporcionaron numerosos seguidores. Fue excomulgado, al llegarse a la convicción de la falta de relación de sus enseñanzas con la fe apostólica, en Roma el año 144.

8. La fe y la piedad que se dirigen al Padre, al Hijo y al Espiritu Santo, puesto que los tres no deben separarse, se dirigen a un Dios único.

9. Sabelio es el último y más importante defensor de lo que desde el s. xix se ha llamado «modalismo», según el cual no habría en el único Dios más que una hypóstasis, en realidad el Padre, y de la que el Hijo y el Espiritu Santo no serian más que otros modos de manifestarse.

10. El edificio se encontraba sobre el monte Sión y seria la más antigua de las iglesias cristianas de la ciudad de Jerusalén. Cirilo explica a continuación cómo se podia haber pensado en esa iglesia para hacer allí las catequesis sobre el Espíritu Santo, pero se ha mantenido la unidad de lugar.

11. Traducimos por «persona», clásica en la tradición occidental, la expresión «hipóstasis», característicamente griega, aunque ésta refleja más exactamente lo que se quiere decir y es la empleada por los documentos de los concilios ecuménicos que abordaron las cuestiones cristológicas y trinitarias.

12. Ireneo de Lyón, nacido posiblemente en Asia Menor alrededor del año 140 y muerto como obispo de Lyón hacia el año 202, es Padre de la Iglesia y el teólogo más importante del siglo II. Sus obras, la célebre Contra las herejías y la Demostración de la predicación apostólica, tienen un fuerte carácter polémico y apologético. Sin embargo, esto no obsta a que en Ireneo pueda observarse una espléndida síntesis de las verdades de la fe en cuanto a la doctrina trinitaria, cristología, antropología teológica, escatología y eclesiología.

13. Es algo exagerada la descripción que la catequesis hace de Simón. Sobre la historia y los problemas de este personaje, cf Hech 8,9-24.

14. Las enseñanzas del gnóstico Valentín (s. ll) han sido muy estudiadas por Antonio Orbe. Dentro de la complejidad del tema puede orientar, entre otras obras de este último, su Introducción a la teología de los siglos II y lll, Salamanca 1988.

15. Vid. nota 7. La atribución a Marción de la afirmación de tres dioses puede resultar exagerada por la polémica, pero se refiere al Padre, al diablo (como principio del mal) y al Dios de los judíos. Naturalmente sólo el primero le interesa a Marción.

16. En su afán por desvincular el Nuevo Testamento del Antiguo, Marción procuró editar el primero sin las citas del segundo. Se pretende así conseguir que Cristo sea una novedad absoluta frente a la antigua Alianza.

17. Cf la obra de A. Orbe citada en nota 14.

18. De origen frigio, en el NO. de Asia Menor, Montano es el promotor, en el siglos II, de lo que se llamó montanismo, secta que valoraba en la Iglesia a los profetas por encima de los obispos. Además del mismo Montano, antiguo sacerdote de Cibeles convertido al cristianismo, se sintieron poseídas del mismo don profético que él sus dos seguidoras Maximila y Priscila. La secta también se caracterizaba por su moral muy austera. La hicieron desaparecer las duras leyes civiles que se dictaron contra ella a partir del s. v. Un célebre montanista fue Tertuliano, autor de importantes obras teológicas católicas antes de su paso a la secta.

19. Vid. anteriormente, núm. 6 y, más arriba, cat. IV, nota 34.

20. Vid. Procatequesis, núms. 2 y 4.

21. Del nombre de Simón Mago viene «simonía», que es el nombre que en la historia de la Iglesia se ha dado a los intentos de obtener poder eclesiástico mediante la oferta de dinero u otros beneficios.

22. «Como dice la Escritura: de su seno correrán ríos de agua viva». La afirmación de que de él brotarán ríos de agua viva se puede aplicar al que crea enJesús, pero quizá sobre todo al mismo Jesús: es de su seno del que brotarán los ríos de agua viva, afirmación que se hace en referencia a la Escritura, es decir, al Antiguo Testamento. La Biblia de Jerusalén lo explica así: «Promesa que se ha de vincular a la liturgia de la fiesta de las Tiendas, que comprendía oraciones para pedir la lluvia, ritos conmemorativos del milagro del agua, Ex 17,1-7; cf. 1 Cor 10,4, y lecturas de profecías que anunciaban la fuente que debía regenerar a Sión, Zac 14,8; Ez 47,1 s; cf. Jn 4,1 ss.».

23. El don de la castidad

24. También puede entenderse aquí la limosna.

25. Cf. lo anteriormente dicho en cat. 14, nota 20.

26. En el original griego se entiende mucho mejor la explicación de Cirilo, pues a Aarón y los otros los califica de christós -que es la palabra griega para decir «ungido»-, de donde puede salir la posible confusión con el nombre de Cristo, el Salvador, el ungido por antonomasia.

27. Curiosamente, en hebreo (ruah) y en griego (pueuma) la misma palabra se emplea para indicar «viento» y «espiritu» (o «Espíritu»). En español, «espíritu» está en el mismo grupo que respirar, inspirar, expirar que tienen relación con la acción del aire. A este respecto son dignas de tenerse en cuenta las afirmaciones de Gén 2,7, donde la acción de Dios al crear al hombre se completa con el hecho de que «insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente». Por otra parte, y de modo general -sobre ello habrá que volver-, en la Escritura se entiende con frecuencia la acción del Espiritu como la de quien completa la obra creadora. Sobre ello, se volverá más adelante.

28. Zac 12,1b describe a Dios como «el que despliega los cielos, funda la tierra y forma el espiritu del hombre en su interior». Cf. Is 42,5.

29. El texto de los LXX favorece esta traducción, que también puede hacerse (siguiendo a la Biblia de Jerusalén) de este modo: «Tomas por mensajeros a los vientos, a las llamas del fuego por ministros». La primera traducción responde más al ámbito cultural griego.

30. La misma explicación de Cirilo, «es decir, son espirituales», de las palabras de Jn 6,63 hace ver que «las palabras que les he dicho son espíritu y son vida» puede entenderse en referencia al Espíritu Santo o quizá simplemente entendiendo que las palabras de Jesús son aliento vital para el que las acepta.

31 Cf. cat. 17, núms. 27,28, etc.

32. Sobre la identidad de las palabras «viento» y «espíritu» en hebreo y griego, cf. la nota 27. El original griego habla aquí de «pneuma» de borrasca: espíritu, viento, soplo... De ahí el posible juego de palabras.

33. El criado de Eliseo.

34. El Sal 139 ensalza el hecho de que a Dios nada se le oculta del interior del hombre. Siempre han sido muy citados, por ejemplo, los vv. 7-8: «¿A dónde iré yo lejos de tu espiritu, a dónde de tu rostro podré huir? Si hasta los cielos subo, allí estás tú, si en el sheol me acuesto, allí me encuentras». El conocimiento de los hombres —en este caso del ocultamiento que hacen—- que se atribuye a Pedro y Eliseo en los casos del criado de este último y del engaño practicado por Ananías y Safira es como una gracia de estado que el Espiritu Santo concede a la mente profética de Pedro y Eliseo. En éstos se da una situación semejante a aquella en que puede encontrarse a veces un catequista en relación con su catecúmeno. En parte, se trata de casos de discernimiento de espiritus o de valoración, desde el punto de vista de la fe, de situaciones reales.

35. En este caso, a los profetas escritores.

36. Se refiere a que el Espíritu Santo le sugiere la virginidad. Lo que el párrafo menciona es el matrimonio rato que no llega a consumarse y por tanto, puede no ser definitivo. Se ha preferido una traducción menos literal, aunque la estimamos más comprensible. Al pie de la letra, sería: «¿Acaso muchas veces no sucede que una muchacha huye cuando ya está dispuesta para los tálamos nupciales...?».

37. Se piensa en la tarea que realiza el que practica un exorcismo.

38. Sab 6,16 cuadra bien en el contexto de la acción interior del Espíritu Santo, si bien en el texto bíblico se refiere a la sabiduría: «Ella misma va por todas partes buscando a los que son dignos de ella; se les muestra benévola en los caminos y les sale al encuentro en todos sus pensamientos».

39. La semántica, el significado de «Paráclito» nos remite a «parákalein», llamar junto a, "ad-vocare" Paráclito significa, pues, el «llamado junto a», como abogado (ad-vocatus) para que ayude, etc. Es el sentido de la misión del Espíritu Santo junto al que cree en Jesucristo.

40. Vid. más arriba, cat. 15, notas 13,45,46.

41. Cf. Hebr 1,14: «¿Es que no son todos ellos espíritus servidores con la misión de asistir a los que han de heredar la salvación?».

42. Esa afirmación representa de algún modo la vida interna de Dios: el Padre engendra al Hijo (y el Hijo procede así del Padre). El Espiritu procede del amor entre el Padre y el Hijo. La tradición teológica de la Iglesia de Occidente ha señalado, especialmente a partir del influjo de la teología carolingia, que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. De este modo se añadió al Credo de la Iglesia latina la célebre expresión Filioque («y del Hijo»). Este añadido, más que en una justificación teológica directa, tiene su origen en el interés por señalar, en contra de la concepción arriana, la igualdad del Padre y el Hijo en cuanto a su dignidad, y así, en este caso, se afirma que el Espíritu Santo proviene de ambos (los teólogos han llamado «procesiones» al hecho de que el Hijo procede del Padre, y el Espiritu Santo del Padre y del Hijo). La tradición oriental, por su parte, ha preferido expresarse diciendo que el Espíritu Santo proviene del Padre a través del Hijo. Esto, dejando de lado la polémica antiarriana -que ya no debería ser necesaria- es quizá incluso más exacto. Se expresa así más adecuadamente que el Hijo es mediador también del Espiritu Santo y, a la vez, que es el Espíritu Santo el que nos lleva a Jesucristo (cf. I Cor 12,3) y, a través de él, al Padre. En último término es una concepción incluso más cristocéntrica y expresa asimismo con mayor claridad que el Padre está en el comienzo de todo. Cirilo de Jerusalén entra, como es lógico, dentro de la concepción teológica trinitaria oriental. Una aceptable exposición práctica de la relación entre Padre, Hijo y Espiritu Santo se da, tomando como base diversos datos bíblicos, en cat. XVII, núm. 19. Otros detalles en PG 33,951, nota 1. Desde la historia de la teología, cf. sobre todo L. SCHEFFCZYK Formulación dogmática e historia del dogma trinitario, en Mysterium Salutis ll/I, Madrid, 1ª 1969, 228-231. Es interesante, por otra parte, recordar que, en la fiesta de Pentecostés del año 1981,Juan Pablo II, en la recitación del Credo en la Basílica de San Pedro, suprimió las palabras «y del Hijo» en un encuentro con obispos católicos y ortodoxos. Cf. las revistas de información religiosa del mes de junio de aquel año. CL además la Carta Apostólica de Juan Pablo II a los obispos con ocasión del 1600 aniversario del Concilio I de Constantinopla y del 1550 aniversario del Concilio de Efeso 25 de marzo 1981, publicada en castellano en «Ecclesia», núm. 2026, ll abril 1981, pp.8-11 (458-461).

43. Los sacramentos de la iniciación cristiana, con los que culminará la presente catequización, serán el objeto de las catequesis 19-23.

44. La historia de Sansón, en Juec 13-16.

45. En la denominación cristiana antigua, los libros I y 2 Sam son denominados I y 2 Re, mientras que nuestros I y 2 Re son allí 3 y 4 Re.

46. También en la denominación antigua Neh es llamado 2 Esd.

47. Los llamados «profetas menores», desde Oseas a Malaquías.

48. Is 59,21, tal como lo transcribe Cirilo. Pero el texto bíblico prolonga la frase: «... Mi espiritu que ha venido sobre ti y mis palabras que he puesto en tus labios no caerán de tu boca ni de la boca de tu descendencia ni de la boca de la descendencia de tu descendencia, dice Yahvé desde ahora y para siempre».

49. En Lc 4,18-19 se aplico Jesús a si mismo el versículo completo 61,1.

50. Vid. caí. 3, núm. 15.

51. En la manera de expresarse, Nabucodonosor habla como el pagano que todavía es. Nabucodonosor, dando además a Daniel el nombre de Beltsassar (Dan 4,5), se dirige a él como «jefe de los magos».

52. Sobre un posible añadido a esta catequesis, según códices, puede verse PG 33,963-966. Pero no hemos creído necesario reproducir aquí este texto.

CATEQUESIS XVII

EL ESPÍRITU SANTO (II)

Pronunciada en Jerusalén, termina lo que quedaba acerca del Espíritu Santo. La lectura se toma de la Primera epístola a los Corintios: «Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro palabra de ciencia...» (I Cor 12,8 ss.).1

Nos detendremos en puntos fundamentales del Nuevo Testamento

1. En la catequesis precedente ofrecimos, en cuanto lo permitieron nuestras fuerzas, una pequeña parte de los testimonios referentes al Espíritu Santo. En la presente, en cuanto se nos permita, tocaremos, si Dios quiere, lo que nos queda, es decir, lo referente al Nuevo Testamento. Ya entonces, para no excedernos en el hablar, pusimos límites a nuestra tarea—pues nunca se acabaría de hablar del Espíritu Santo—y ahora daremos cuenta de una pequeña parte de lo que resta. No pretendemos ingenuamente cubrir lo poco que diremos con la multitud de lo que puede extraerse de la Escritura. Tampoco utilizaremos hoy razonamientos e invenciones humanas—no debe hacerse—, sino que nos bastará traer a la memoria las sentencias de la Sagrada Escritura. Es el procedimiento más seguro según el bienaventurado apóstol Pablo, que dice «... de las cuales también hablamos2, no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales en términos espirituales» (1 Cor 2,13). Hacemos cosas semejantes a los viandantes y navegantes, los cuales, teniendo en mente la meta de un larguísimo camino, se apresuran adrede, pero acostumbran, por la limitación humana, a detenerse en las distintas ciudades y puertos.

Un solo Dios Padre, un solo Hijo, un solo Espíritu Santo

2. Pues aunque se han dado divisiones a la hora de disputar acerca del Espíritu Santo, él permanece no obstante indiviso, puesto que es único y el mismo. Igualmente cuando hablábamos del Padre, mencionábamos, por un lado, el sumo y único poder de su persona, y por otro, cómo se llamaba «Padre» y «Todopoderoso» y, además, creador de todas las cosas3 pero esta distribución de las catequesis no significaba una división de la fe. Era único tambien el propósito de la piedad y de nuestra religiosidad cuando hablábamos del Hijo unigénito de Dios, cuando enseñábamos tanto lo que se refiere a su divinidad como lo que atañe a su humanidad. De este modo cuando distribuíamos en cuestiones diversas lo que había que decir acerca de nuestro Señor Jesucristo, predicábamos una fe indivisa en él. Así, pues, también ahora, aun habiendo dividido las catequesis acerca del Espíritu Santo, es una fe indivisa en él la que anunciamos. Pues el Espíritu Santo es uno y el mismo, pues «todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad» (1 Cor 12,11), pero él permanece sin división. Pues no hay otro Paráclito que no sea el Espíritu Santo, pero es único e idéntico aunque con diversas denominaciones: vivo y subsistente4, que habla y actúa. Es santificador de todas las criaturas dotadas de razón que Dios ha hecho por medio de Cristo, los ángeles y los hombres.

Diversas denominaciones, pero un solo Espíritu

3. Pero que no crean algunos, por su ignorancia y por la diversidad de denominaciones del Espíritu Santo, que se trata de espíritus diversos, y no de uno único e idéntico, el único que existe. Por ello, la Iglesia Católica, que vela por tu seguridad, transmitió en la confesión de fe que creyésemos «en un único Espíritu Santo Paráclito, que habló por los profetas»: para que pudieses darte cuenta de que ciertamente las denominaciones pueden ser muchas, pero Espíritu Santo sólo hay uno. De aquellas muchas denominaciones les hablaremos ahora de algunas.

La relación del Espíritu Santo al Hijo y al Padre

4. Se llama Espiritu según lo que hemos leído: «Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría» (1 Cor 12,8). Y se le llama Espiritu de Verdad, según lo que dice el Salvador: «Cuando venga él, el Espíritu de la verdad...» (Jn 16,13). También se le llama Paráclito, como también dijo: «... porque si no me voy, no vendrá a ustedes el Paráclito» (16,7). Y que se trata de una única y misma realidad, a la que se denomina con nombres diversos, se explica claramente por lo que inmediatamente diré. Pues ya se dijo que el Espíritu Santo y el Paráclito son el mismo. Pero está igualmente dicho que son lo mismo el Paráclito y el Espíritu de la verdad: «(Y yo pediré al Padre) y les dará otro Paráclito, para que esté con ustedes para siempre, el Espíritu de la verdad» (14,16-17). Y también, «cuando venga el Paráclito, que yo les enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad» (15,26). Se le llama Espíritu de Dios, como está escrito: «He visto al Espíritu que bajaba... sobre él» (Jn 1,32), y, a su vez: «Todos los que son guiados por el espíritu de Dios son hijos de Dios» (Rm 8,14). También se le denomina Espiritu del Padre, como dijo el Salvador: «No serán ustedes los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará por ustedes» (Mt 10,20). Y también Pablo: «Doblo mis rodillas ante el Padre» (Ef 3,14) y, más abajo: «... para que les conceda... que seáis fortalecidos por la acción de su Espíritu» (3,16). Se le llama también Espiritu del Señor, como dice Pedro: «¿Cómo les habéis puesto de acuerdo para poner a prueba el Espíritu del Señor?» (Hech 5,9). Igualmente se le llama Espiritu de Dios y de Cristo, como Pablo escribe: «Más ustedes no están en la carne, sino en el Espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en ustedes. El que no tiene el Espíritu de Cristo no le pertenece» (Ro». 8,9). Se le llama asimismo Espiritu del Hijo de Dios, como está dicho: «La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo» (Gál 4,ó). Y se le menciona también como Espiritu de Cristo, como ha quedado escrito: «... procurando descubrir a qué tiempo y a qué circunstancias se refería el Espíritu de Cristo» (I Pe 1,11). Y también: «... gracias a vuestras oraciones y a la ayuda prestada por el Espíritu de Jesucristo» (Flp 1,19).

Más denominaciones del Espíritu Santo

5. Además encontrarás otras muchas denominaciones del Espíritu Santo. Pues se le llama Espíritu de santificación, como está escrito: «Según el Espíritu de santidad» (Rm 1, 4)5. También se le llama Espíritu de adopción, como dice Pablo: «Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor, antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace exclamar: «¡Abbá, Padre!» (Rm 8,15). Igualmente se le llama Espiritu de revelación, según está escrito: «... les conceda (el Dios de nuestro SeñorJesucristo) espíritu de sabiduría y de revelación para conocerle perfectamente» (Ef 1,17). También se le menciona como Espiritu de la Promesa, como se dice en el mismo lugar: «En él también ustedes, tras haber... creído también en

él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa» (1,13). Se le llama también Espíritu de gracia, cuando a su vez, dice: «el que... ultrajó al Espíritu de la gracia» (Hebr 10,29). Y también se le denomina con otras muchas denominaciones del mismo modo. Oíste claramente también en la catequesis precedente que a él en los Salmos se le llama a veces «bueno» y, a veces, «generoso» (51,14). Y en Isaías se le ha llamado «espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor» (Is 11.2). De todo lo cual se deduce, tanto de lo anterior como de lo que hemos dicho ahora, que realmente son distintas las denominaciones, pero el Espíritu Santo es uno y el mismo, vivo y subsistente, siempre presente juntamente con el Padre y el Hijo. No es proferido mediante palabras por la boca o los labios del Padre o del Hijo, ni mediante ninguna expiración ni tampoco es echado al aire, sino que subsiste en sí mismo6, hablando y actuando él mismo, dispensador y santificador. No es dispensación con desgarro, sino en la concordia, y es la única que da la salvación, la cual procede—como ya dijimos—, del Padre, el Hijo y Espíritu Santo. Quiero que recordéis lo que hace poco dijimos7 y que claramente les deis cuenta de que no se trata, en la Ley y los Profetas, de un Espíritu y de otro distinto en los Evangelios y en los Apóstoles. Sólo hay un único e idéntico Espíritu Santo, que inspiró las Sagradas Escrituras tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

El Espíritu Santo hizo posible la concepción virginal de María

6. Este es el Espíritu Santo que vino a Santa María Virgen. Pues como se trataba de engendrar a Cristo, el Unigénito, la fuerza del Altísimo la cubrió con su sombra y el Espíritu Santo, acercándose hasta ella (cf. Lc 1,35), la santificó para esto, para que pudiese tener en su interior a aquel por quien todo fue hecho. No tengo necesidad de muchas palabras para que entiendas que esta gestación estuvo libre de toda mancha y contaminación, pues ya lo aprendiste (cf. cat. 12, núm. 25). Gabriel es quien a ella le dijo: soy mensajero y pregonero de lo que ha de suceder, pero yo no participo en la operación. Pues aunque sea arcángel, soy conocedor de mi orden y de mi oficio. Yo te anuncio la alegría, pero no es por gracia mía por lo que darás a luz: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios» (Lc 1,35).

El Espiritu Santo en Isabel, Zacarías y Simeón

7. Este Espíritu Santo mostró su eficacia en Isabel. Pues no sólo actuó con las vírgenes, sino también entre cónyuges con tal que se trate de un matrimonio legítimo. «E Isabel quedó llena de Espíritu Santo» (Lc 1,41) y profetizó. Y la preclara sierva dijo de su Señor: «¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?» (1,43). Pues Isabel la llamó bienaventurada (1,45). Lleno del mismo Espíritu, también Zacarías, padre de Juan, profetizó diciendo cuántos bienes causaría este Unigénito, añadiendo además que Juan sería, por su bautismo, precursor suyo. También Simeón el justo fue advertido por el Espíritu Santo de que no vería la muerte antes de contemplar al Mesías del Señor y, recibiéndolo en sus brazos, dio testimonio públicamente en el Templo en lo que a él le tocaba (cf. Lc 2,25-35).

Juan Bautista y el Espíritu Santo

8. Juan, por su parte, que había sido lleno por el Espíritu Santo desde el seno de su madre (Lc 1,5), fue santificado en orden a bautizar al Señor, no porque él comunicase el Espíritu sino

porque anunciaba al que sí lo comunicaba. Pues dice: «Yo les bautizo con agua para conversión; pero el que viene detrás de mí... él les bautizará en Espíritu Santo y fuego» (Mt 3,11). «En fuego», ¿por qué? Porque en lenguas de fuego tuvo lugar el descenso del Espíritu Santo. Acerca de lo cual dice el Señor con alegría: «He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!».

El Espíritu Santo en el bautismo de Jesús

9. Este Espíritu Santo descendió al ser bautizado el Señor (Mt 3,16) para que no quedase oculta la dignidad del que se bautizaba, según lo que dice Juan: «El que me envió a bautizar con agua, me dijo: Aquel sobre quién veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo (Jn 1,33). Pero mira lo que dice el evangelio: «Se abrieron los cielos». Abiertos por la dignidad del que descendió. Dice: «Se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre él». (Mt 3,16). Se trataba de un descenso por su propia iniciativa8. Pues era conveniente, como algunos han interpretado, que las primicias y los dones del Espíritu Santo, que se otorgan a los bautizados, se mostrasen en primer lugar en la humanidad del Salvador, que es quién tal gracia confiere9.. Descendió en forma de paloma—como dicen algunos, pura, inocente y sencilla—, cooperando con sus oraciones en favor de los nuevos hijos y del perdón de sus pecados, mostrando así la imagen y el ejemplo10. De este modo se había predicho, en forma misteriosa, que el Mesías habría de manifestarse de esa manera. Pues en el Cantar de los Cantares se exclama acerca del Esposo: «Sus ojos como palomas junto a arroyos de agua» (Cant 5,12)11.

El Arca de Noé, la paloma, el bautismo, el Espíritu Santo12

10. NOE/ES NOE/J J/NOE: Según algunos, una imagen de esa paloma venía ofrecida en parte por aquella de la que se cuenta en la historia de Noé (Gén 8,8 ss.). Pues en aquellos tiempos llegó a los hombres, a través de la madera y el agua, la salvación y el comienzo de la nueva humanidad. La paloma volvió a Noé al atardecer, llevando un ramo de olivo (Gén 8,11). Así, dicen, fue el Espíritu Santo quien descendio en realidad junto a Noé, el cabeza de esa nueva humanidad. El (el Espíritu Santo) es el que hizo una unidad de las voluntades y el genio de los linajes diversos. De esta diversidad de intereses eran imagen las distintas naturalezas de los animales encerrados en el arca. Y después que él (Cristo) llegó, los lobos espirituales pastan juntamente con las ovejas, porque la Iglesia apacienta al ternero y al toro junto al león (Is 11, 6; 65,25). Hoy día vemos que los príncipes del mundo son guiados y enseñados por los hombres de la Iglesia. Por tanto descendió, como algunos interpretan, una paloma inteligible en el momento del bautismo. Así mostraba que era el mismo el que por el leño de la cruz otorga la salvación a los que creen y el que, al atardecer13, habría de traer la salvación mediante su muerte.

El mismo Jesús habla del Espíritu Santo y lo promete a los Apóstoles14

11. Y de estas cosas hay que hablar también bajo otro aspecto. Es necesario oír las palabras del Salvador sobre el Espíritu Santo. Pues dice: «El que no nazca de agua y de Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios» (Jn 3,5). Y sobre que esta gracia viene del Padre dice: ¡Cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!» (Jn 11,13). Y también señala que Dios ha de ser adorado en Espíritu: «Pero llega la hora, y ya estamos en ella, en que los

adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que lo adoran, deben adorar en espíritu y verdad» (Jn 4,23-24). Y también: «Pero si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios...» (Mt 12,28), y poco después, en lo que se sigue: «Por eso les digo: todo pecado y blasfemia se perdonará a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonada. Y al que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que la diga contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este siglo ni en el otro» (12,31-32). Y asimismo dice: «Y yo pediré al Padre y les dará otro Paráclito, para que esté con ustedes para siempre, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero ustedes le conocéis, porque mora con ustedes y en ustedes está» (Jn 14,16-17). Y también dice: «Os he dicho estas cosas estando entre ustedes. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, les lo eseñará todo y les recordará todo lo que yo les he dicho» (14,25-26). Y dice: «Cuando venga el Paráclito, que yo les enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí» (15,26). También: «Si no me voy, no vendrá a ustedes el Paráclito... y cuando él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio» (16,7-8). Y a su vez, en lo que sigue: «Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, les guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y les anunciará lo que ha de venir. El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y les lo anunciará a ustedes. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: recibirá de lo mío y les lo anunciará a ustedes» (16,12-15). He leído expresiones del mismo Unigénito, de modo que ya no prestes atención a palabras humanas.

El don parcial del Espíritu Santo, ya el mismo día de la resurrección

12. Otorgó el don del Espíritu Santo a los apóstoles. Pues está escrito: «Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidas"» (Jn 20,22-23). Esta es la segunda vez que se insufló el Espíritu, puesto que la primera (Gén 2,7)15 había quedado oscurecido por los pecados voluntarios. Ahora se cumplió lo que está escrito: «Ascendió soplándote a la cara, librándote de la aflicción» (Nah 2,2 LXX) . ¿De dónde «ascendió»? De los infiernos16. El evangelio narra, en efecto, que, después de su resurrección, sopló Jesús sobre ellos (Jn 20,22). Realmente les da su gracia en este momento, pero la otorgará después con mayor abundancia. Es como si les dijera: estoy en condiciones de dárosla ahora, pero el recipiente no puede recogerla. Recibid por ahora la gracia que podáis, pero esperad una más amplia. «Por vuestra parte permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos del poder de lo alto» (Lc 24,39). Ahora «recibidla» en parte; más tarde, íntegramente, y serán completamente portadores de ella. Pues el que «recibe», a menudo sólo tiene en parte lo que se le concede. Pero el que se reviste, se cubre completamente con la estola. No temáis—dice—las armas del diablo y sus dardos, pues serán portadores de la fuerza del Espíritu Santo. Acordaos de lo que anteriormente decíamos, que no es el Espíritu Santo el que se divide, sino la gracia que él confiere.

La venida del Espíritu en Pentecostés

13. Ascendió, pues, Jesús a los cielos y cumplió su promesa. Pues les había dicho: «Yo pediré al Padre y les dará otro Paráclito» (Jn 14,16). Estaban sentados a la espera de la venida del Espíritu

Santo. «Al llegar el día de Pentecostés» (Hech 2,2), aquí, en esta ciudad de Jerusalén—en realidad, es algo que nos afecta, pues no hablamos de lo que a otros les sucedió, sino de los dones que se nos han concedido a nosotros—, cuando era, digo, Pentecostés, estaban sentados y llegó del cielo el Paráclito: custodio y santificador de la Iglesia, rector de las almas, guía de los arrojados a las olas y a la tempestad, luz de los perdidos, árbitro de los que combaten y corona de los vencedores.

La venida del Espíritu penetra en el interior del alma

14. Y descendió para revestir de su poder y bautizar a los apóstoles. Dice el Señor: «Ustedes serán bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días» (Hech 1,5). No es que la gracia se haya dividido o se dé sólo en parte, sino que es una fuerza íntegra y que se ha derramado totalmente. Pues así como el que es bautizado por inmersión queda rodeado de agua por todas partes, así los bautizados en el Espíritu se encuentran totalmente envueltos de él. Por otra parte, el agua se derrama de modo externo al cuerpo, pero el Espíritu penetra y bautiza al alma escondida sin que nada se le oculte. ¿De qué te asombras? Toma el ejemplo de la materia, débil y humilde, pero que puede ser útil a los más sencillos. El fuego, al penetrar en el interior del hierro, todo lo convierte en fuego y hace que hierva el metal frío, comenzando así a brillar lo que era negro y oscuro. Pues bien, si el fuego, una realidad material, al introducirse en el interior del hierro, actúa ahí sin encontrar obstáculos, ¿por qué te asombras de que el Espíritu Santo penetre en el interior del alma?

El acontecimiento de Pentecostés en Hech 2

15. Y para que no se ignorase la grandeza de la gracia que venía, sonó como una trompeta celeste: «De repente vino del cielo un ruido como de una ráfaga de viento impetuoso» (Hech 2,2), que daba así una señal de la venida de aquel que concede a los hombres «obtener con violencia el Reino de Dios» (cf. Mt 11,12). Y hacía que los ojos viesen unas lenguas de fuego y que los oídos oyesen el sonido. Y «llenó toda la casa en la que se encontraban» (Hech 2,2). Aquella casa se convirtió en el receptáculo de una onda inteligible. Los discípulos estaban sentados en el interior y se llenó toda la casa. Fueron bautizados, «sumergidos»17 del todo. de acuerdo con la promesa (cf. Hech 1,5). Se revistieron en el alma y en el cuerpo de un vestidura divina y saludable. «Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo» (2,3). Recibieron un fuego que no abrasaba, sino que era saludable y que, destruyendo las espinas de los pecados, devolvió al alma su brillo y su esplendor. Este es el que pronto habrá de venir a ustedes. Y mientras corta y retira sus pecados, que son como espinas, hará resplandecer en mayor medida el fondo de vuestra alma y les dará la gracia, como entonces la dio a los apóstoles. Se posó sobre ellos bajo la apariencia de unas lenguas de fuego, como queriendo redimir sus cabezas con diademas espirituales en forma de lenguas de fuego. En anterior ocasión, una espada de fuego impedía la entrada al paraíso (/Gn/03/24). Ahora, una lengua de fuego que procuraba la salvación devolvió aquella gracia.

El don de lenguas

16. «Y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse» (Hech 2,4). El galileo Pedro y Andrés hablan la lengua de los persas o los medos. Juan y los demás apóstoles hablaban en cualquier lengua a gentes que provenían de pueblos diversos. Pues no es ahora cuando ha comenzado a reunirse de todas partes una multitud de gente extranjera, sino que ello sucedió ya desde aquella época. ¿Dónde se encontrará un maestro tan grande que sólo con el ejemplo enseñe a sus oyentes sin haber éstos aprendido previamente su lengua? Muchos años se emplean, mediante la gramática y las demás artes, para sólo aprender a hablar correctamente en griego. Y no todos, sin embargo, lo hablan del mismo modo. Tal vez un rhétor18 consigue hablar hermosamente, pero quizá no un gramático. Y un experto en gramática desconoce tal vez las materias filosóficas. Pero el Espíritu Santo enseñó a la vez muchas lenguas que aquellos hombres no habían aprendido nunca. Esto es realmente una gran sabiduría y una fuerza de Dios. ¿Puede acaso compararse una incultura de tantos años por parte de aquellos con la energía múltiple e inaudita de las lenguas?

El asombro de los creyentes

17. Se produjo estupor en la multitud de los que estaban escuchando (Hech 2,6), una confusión diferente a la confusión que provenía del mal y que se había producido en Babel (cf. Gén. 11,7-9). Pues en aquella se produjo, con la confusión de lenguas, una división de espíritus y voluntades cuando se concibió un proyecto opuesto a Dios19. Pero aquí los pensamientos de la mente fueron reparados y llamados a la unidad, pues eran intereses piadosos los que estaban de por medio. Por los mismos medios por los que se produjo la caída, se produjo también la conversión. De ahí que se admirasen diciendo: «¿Cómo cada uno de nosotros les oímos?» (Hech 2,8). No tiene nada de extraño que lo ignoréis, pues también Nicodemo desconocía la llegada del Espíritu, y a él le fue dicho: «El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va» (Jn 3,8). Y si alguna vez oigo su voz, desconozco de dónde viene. ¿Cómo podré explicar su persona?

El Espiritu Santo es como el vino nuevo de la nueva Alianza

18. «Otros en cambio decían riéndose: "¡Están llenos de mosto!" (Hech 2,13)». Decían la verdad pero en plan de burla. Pues se trataba de un vino verdaderamente nuevo: la gracia de la nueva Alianza. Este era un vino realmente nuevo20, de una viña inteligible, que a menudo, según los profetas, ya había dado fruto y que germinó en el Nuevo Testamento. Pues del mismo modo que, tomando un ejemplo gráfico, la viña permanece siempre la misma, pero según el cambio de las estaciones produce siempre frutos nuevos, así, aún permaneciendo siempre el Espíritu como él es, del mismo modo que manifestó a menudo su fuerza en los profetas, decidió ahora algo nuevo y admirable. Ya anteriormente llegó la gracia a los Padres, pero ahora lo hace en mayor medida. Pues ellos recibían realmente una participación en el Espíritu Santo. Pero en esta ocasión21 fueron bautizados (en él) íntegra y plenamente.

Se cumplen la promesa del Espíritu por Jesús y la profecía de Joel

19. Mas Pedro, que tenía el Espíritu Santo, era plenamente consciente de lo que tenía y dijo: «Judíos y habitantes todos de Jerusalén», que predicáis a Joel pero desconocéis las Escrituras, «no están estos borrachos, como ustedes suponéis» (Hech 2,14-15). Pues están ebrios, pero no

como ustedes pensáis, sino según lo que está escrito: «Se sacian de la grasa de tu Casa, en el torrente de tus delicias los abrevas» (Sal 36,9). Están ebrios con sobria ebriedad, la que destruye el pecado y da vida al corazón, completamente distinta a la borrachera del cuerpo. Pues ésta provoca que olvidemos las cosas que sabemos, pero aquella otra otorga incluso el conocimiento de las cosas desconocidas. Están ebrios de vino de la vid inteligible, él que dice: «Yo soy la vid; ustedes los sarmientos» (Jn 15,5). Y si a mí no me creéis, entended por la misma circunstancia de tiempo lo que digo. «Pues es la hora tercia del día» (Hech 2,15). El (Cristo) había sido crucificado a la hora tercia, como dice Marcos (15,25). Ahora también22 envió la gracia. Pues no son distintas aquella gracia y ésta, sino que el que había sido crucificado y se había comprometido, cumplió así su palabra. Si optáis por aceptar este testimonio, oíd lo que dice: «Es lo que dijo el profeta: Sucederá en los últimos días, dice Dios: Derramaré mi Espíritu...» (Hech 2,16-17; cf.Joel 3,1-5). Pero derramaré quiere decir una donación copiosa, pues Dios «da el Espíritu sin medida. El Padre ama al Hijo y ha puesto todo en su mano» (Jn 3,34-35). Y le dio la potestad de conceder la gracia del Espíritu Santísimo a quienes desee. «Derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán sus hijos y vuestras hijas» (Hech 2,17)...» y yo sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu» (2,18; cf.Joel 3,1-2). El Espíritu Santo no hace acepción de personas, pues no busca dignidades sino la piedad del alma. Ni los ricos se endurezcan ni pierdan el ánimo los pobres, sino que simplemente se prepare cada uno para recibir la gracia celestial.

Ante la multitud de datos, reduciremos nuestras pretensiones

20. Son muchas las cosas que hemos tratado hoy y quizá estén fatigados los oídos. Pero quedan todavía muchas cosas y para concluir la enseñanza sobre el Espíritu Santo serían necesarias una tercera e incluso más catequesis Pero concédasenos la venia de todo ello, pues se nos echa ya encima la fiesta de la Pascua. Por consiguiente, hoy todavía hablaremos de ello, pero no podremos mencionar todo lo que hay en el Nuevo Testamento. Y es que nos quedan muchos datos de los Hechos de los Apóstoles, según los cuales la gracia del Espíritu Santo actuó eficazmente en Pedro y también en todos los demás apóstoles. Hay otras muchas cosas en las epístolas católicas y en las catorce epístolas de Pablo, de las que ahora intentaremos deshojar algunas pocas, como tomándolas de un prado inmenso, con la finalidad de traerlas a la memoria.

La fuerza de las palabras de Pedro. Curación del paralítico. Ananías y Safira

21. Pues en la fuerza del Espíritu Santo, por voluntad del Padre y del Hijo, «Pedro, presentándose con los Once, levantó su voz» (según aquello: «Clama con voz poderosa, alegre mensajero para Jerusalén», Is 40,9) y en la red espiritual de sus palabras captó «unas tres mil almas» (Hech 2,41). En todos los apóstoles actuaba una gracia tan intensa que muchísimos de los judíos—que habían crucificado al Mesías—creían y se hacían bautizar en nombre de Cristo, y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles y en las oraciones (cf. Hech 2,42). Y en una ocasión en que, por la misma fuerza del Espíritu Santo, Pedro y Juan, a la hora nona, habían subido al templo a orar, sanaron a uno que estaba en la Puerta Hermosa, cojo desde el seno de su madre, hacía cuarenta años (3,110). Así se cumplía lo dicho: «Entonces saltará el cojo como un ciervo» (Is 35,ó). Con la red espiritual de su enseñanza creyeron aquel día cinco mil (Hech 4,4) y declararon convictos de error a los jefes del pueblo y a los sumos sacerdotes. Y ello, no en virtud de su propia sabiduría, pues eran iletrados e ignorantes, sino por la eficacia del Espíritu. Pues

está escrito: «Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo...» (Hech 4, 8 ss.). Y fue tanta la gracia del Espíritu Santo que se obró por los doce apóstoles en los que habían creído, que éstos eran un solo corazón y una sola alma, pero era común el uso de sus bienes. Pues los que poseían entregaban religiosamente el valor de sus posesiones y ninguno entre ellos pasaba necesidad. Ananías y Safira, que intentaron engañar al Espíritu Santo, hubieron de soportar un castigo adecuado (5, 1-11).

El vigor del Espíritu Santo

22. «Por mano de los apóstoles se realizaban muchas señales y prodigios en el pueblo» (5,12). Y tanta gracia del Espíritu había sido derramada sobre los apóstoles que, aunque eran sencillos, producían temor (pues había quienes no se atrevían a unirse a ellos, aunque el pueblo los alababa). Pero se les añadían «muchedumbres de hombres y mujeres que creían»... «hasta tal punto que incluso sacaban los enfermos a las plazas y los colocaban en lechos y camillas, para que, al pasar Pedro, siquiera su sombra cubriese a alguno de ellos. También acudía la multitud de las ciudades vecinas a Jerusalén trayendo enfermos y atormentados por espíritus inmundos; y todos eran curados» (5,15-16; cf. 5,13) por la fuerza del Espíritu Santo.

Prendimiento y liberación de los apóstoles

23. En otra ocasión los doce apóstoles, arrojados —por anunciar a Cristo—a la cárcel por los príncipes de los sacerdotes, fueron sacados de allí de noche por el Angel23 en contra de lo que se hubiera podido esperar. Y llevados desde el templo al tribunal hasta ellos24, les reprendieron hablándoles valientemente de Cristo. Y cuando añadieron que «Dios dio también el Espíritu Santo a los que le obedecen» (Hech 5,32) y les azotaron con cuerdas, marcharon alegres y no cesaban de enseñar y anunciar la buena noticia de Cristo Jesús (cf. 5,40-42).

La fuerza del Espíritu Santo en el diácono Esteban

24. Pero la gracia del Espíritu Santo no fue eficaz sólo en los doce apóstoles, sino también en los hijos primogénitos de esta Iglesia a veces estéril. Me refiero a los siete diáconos. Estos fueron elegidos, como dice la Escritura, «llenos de Espíritu y de sabiduría» (Hech 6,3). Uno de ellos, Esteban, llamado así dignamente por la corona25, primicia de los mártires, «hombre lleno de fe y de Espíritu Santo» (6,5), «realizaba entre el pueblo grandes prodigios y señales» (6,8). Con él entablaban discusiones algunos, «pero no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba» (6,10). Atacado con calumnias y llevado a juicio, brillaba con fulgores angélicos. Pues «fijando en él la mirada todos los que estaban sentados en el Sanedrín, vieron su rostro como el rostro de un ángel». Y después de haber refutado, con una sabia apología de sí mismo, a los judíos, de dura cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos, y que siempre se resisten al Espíritu Santo (Hech 7, 51), «vio la gloria de Dios y al Hijo del hombre que estaba en pie a la diestra de Dios». Pero no lo vio por su propio poder, sino que, como dice la Sagrada Escritura, «lleno del Espíritu Santo, miró fijamente al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba en pie a la diestra de Dios» (7,55).

En el diácono Felipe. Conversión del eunuco etíope

25. En la misma fuerza del Espíritu Santo, también Felipe, en el nombre de Cristo, expulsaba en alguna ocasión, en una ciudad de Samaria, espíritus inmundos que daban fuertes gritos. Y curó a paralíticos y cojos, y convirtió a Cristo a una gran multitud de aquellos que habían creído (Hech 8, 4-8). Habiendo bajado a ellos Pedro y Juan, les hicieron, por la imposición de las manos, partícipes del Espíritu Santo (8,14-17). De lo cual fue merecidamente privado sólo Simón Mago (18-24). En otro momento, llamado por el Angel del Señor a ponerse en camino a causa de aquel piadosísimo eunuco etíope (8,26 ss.), oyó claramente al mismo Espíritu Santo: «Acércate y ponte junto a ese carro» (8,29). Instruyó al etíope y lo bautizó, y envió así hasta Etiopía el mensaje de Cristo, según lo que estaba escrito: «Tienda hacia Dios sus manos Etiopía» (Sal 68,32). Y, arrebatado por un ángel26, anunciaba el evangelio a todas las demás ciudades.

En el apóstol Pablo

26. Del mismo Espíritu Santo estuvo lleno también Pablo, después que fue llamado por Nuestro Señor Jesucristo. Como piadoso testigo de esto tenemos al piadoso Ananías, que se encontraba en Damasco y le dijo a Pablo: «Saúl, hermano, me ha enviado a ti el Señor Jesús, el que se te apareció en el camino por donde venías, para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo» (Hech 9,17). Y él, que actuó rápidamente, devolvió a los ojos cegados de Pablo el uso de la luz, imprimiendo un sello27 en su alma. Lo convirtió así en vaso de elección (cf. Hech 9,15), para que llevase ante los reyes y los hijos de Israel el nombre del Señor que se le había aparecido. Al que antes había sido perseguidor lo convirtió en heraldo y en siervo bueno, que llevó el evangelio desde Jerusalén hasta Iliria; llenó a la Roma imperial con sus enseñanzas y extendió hasta España su voluntad diligente de anunciar el Kerigma28. Abordó, además, mil tareas y realizó signos y prodigios. Pero de momento baste con lo dicho.

El Espiritu Santo ilumina a Pedro

27. En la fuerza, por consiguiente, del mismo Espíritu Santo, Pedro, príncipe de los apóstoles y encargado de las llaves del reino de los cielos, en Lidda (actual Dióspolis), devolvió la salud en nombre de Cristo al paralítico Eneas (9,32-35). Y en Joppe levantó de entre los muertos a Tabita (9,36-37), que se dedicaba a hacer buenas obras. Y estando en la parte más alta de la casa, en un éxtasis, vio el cielo abierto y que bajaba como un gran lienzo, en el que había numerosas figuras y animales, de modo que no se pudiera decir que nadie, aunque fuese griego, fuera vulgar o inmundo (10,14-16). Llamado por Cornelio, oyó (Pedro) claramente del mismo Espíritu Santo: «Ahí tienes unos hombres que te buscan. Baja, pues, al momento y vete con ellos sin vacilar, pues yo les he enviado» (10,19-20). Y para explicar con más claridad que también los que creen de entre los gentiles son hechos partícipes de la gracia del Espíritu Santo, al llegar Pedro a Cesarea y enseñar lo que se refiere a Cristo, dice la Escritura acerca de Cornelio y de los que estaban presentes: «Estaba Pedro diciendo estas cosas cuando el Espíritu Santo cayó sobre todos los que escuchaban la Palabra» (10,44), de tal manera que los que habían venido con Pedro de entre los circuncisos se asombraban y, estupefactos, decían: «Que el don del Espíritu Santo había sido derramado también sobre los gentiles» (v. 45)29.

La comunidad de Antioquía y la primera misión de Bernabé y Pablo

28. Y en Antioquía de Siria, ciudad nobilísima, se desarrolló admirablemente el anuncio de Cristo y desde el lugar en que estamos fue enviado a Antioquía, como colaborador de aquella buena obra, Bernabé, «un hombre bueno, lleno de Espíritu Santo y de fe» (Hech 11,24). Al ver una gran mies de creyentes en Cristo, llevó como ayudante a Pablo desde Tarso a Antioquía. Y como hubiesen reunido una gran multitud en la asamblea, todos instruidos en sus mandatos y congregados allí, sucedió que «en Antioquía fue donde, por primera vez, los discípulos recibieron el nombre de cristianos (11,26). En Antioquía derramó Dios de modo muy abundante el Espíritu. Había allí profetas y doctores (13,1), con los cuales también estaba Agabo (12,28). «Mientras estaban celebrando el culto del Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: "Separadme ya a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado" (13,2). Entonces, tras haberles impuesto las manos, fueron enviados por el Espíritu Santo (cf. 13,3). Está, pues, claro que el Espíritu que habla y envía, está vivo, tiene subsistencia propia y, como dijimos, actúa con eficacla.

La controversia de Antioquía y el llamado «concilio» de Jerusalén

29. El mismo Espíritu Santo, que, en consenso con el Padre y el Hijo, inspiró en la Iglesia el Nuevo Testamento, nos liberó de las dificiles cargas de la Ley, quiero decir las que se refieren a lo puro e impuro y a los alimentos. Nos liberó de los sábados, de los novilunios y de la circuncisión, las aspersiones y los sacrificios (cf. Rom 8,2; Hech 15,10; Hebr 9,10), las cuales cosas, dadas por un tiempo, eran «una sombra de los bienes futuros» (Hebr 10,1). Pero cuando ha llegado la verdad, adecuadamente han sido suprimidas. Al suscitarse la controversia en Antioquía por parte de quienes decían que era necesario circuncidarse y observar las normas de Moisés, fueron enviados Pablo y Bernabé. Los apóstoles, que se encontraban entonces en Jerusalén, con todo el bagaje de la ley y de las figuras, liberaron a todo el orbe mediante una carta que escribieron. Pero no se atribuyeron a sí mismos la autoridad de un asunto de tanta envergadura, sino que en la epístola declaran: «Nos ha parecido30 al Espíritu Santo y a nosotros no imponernos más cargas que estas indispensables: abstenerse de lo sacrificado a los ídolos, de la sangre, de los animales estrangulados y de la impureza (Hech 15,28-29). Mediante lo que escribieron dieron a entender abiertamente que, aunque aquello lo habían escrito los apóstoles, que eran hombres, aquello era, sin embargo, un mandato del Espíritu Santo y afectaba al mundo entero. Por todo el mundo, tomándolo consigo, lo llevaron Pablo y Bernabé.

La fuerza del Espíritu en los viajes misioneros de Pablo

30. Llegados a este punto de mis palabras, ruego de vuestro amor que me concedáis la venia. Se lo suplico también al Espíritu Santo que habitaba en Pablo, si no me es posible que lo logre todo, tanto por mi debilidad como por la propia fatiga de ustedes que están oyendo. Pues, ¿cuándo he explicado dignamente sus hazañas admirables en nombre de Cristo y por obra del Espíritu Santo? Lo sucedido en Chipre con el mago Elimas (Hech 13,5-12) o la curación del tullido en Listra (14,8-10), y lo de Cilicia (15,41), Frigia y Galacia (16,6), Misia (16,8) y Macedonia (16,99 ss.). O también lo de la ciudad de Filipos (16,12 ss.). Me refiero a su predicacción y a la expulsión, en nombre de Cristo, de un espíritu de adivinación (16,16-18). También, tras el terremoto, la salvación que se dio por el bautismo al guardián de la cárcel con toda su casa (16,25-34). Igualmente, lo sucedido en Tesalónica (17,1 ss.) o su discurso entre los atenienses en el Areópago (17,22 ss.). O sus trabajos de enseñanza en la ciudad de Corinto y en toda Acaya (18,1

ss.). ¿Cómo habré de continuar diciendo todo lo que, por medio de Pablo, hizo el Espíritu Santo en Efeso? A él (el Espíritu Santo) lo conocieron, por la enseñanza de Pablo, quienes anteriormente no lo conocían. Pues después de que Pablo les impuso las manos y vino sobre ellos el Espíritu Santo, «se pusieron a hablar en lenguas y a profetizar» (Hech 19,6). Y tanta era la gracia del Espíritu sobre él que no sólo el contacto con él producía la salvación, sino que también los pañuelos y los mandiles que se habían separado de él curaban las enfermedades y se retiraban los malos espíritus (Hech 19,12). Además, los que se habían dedicado a las artes esotéricas «reunieron los libros y los quemaron delante de todos» (19,19).

31. Paso por encima de lo realizado también en Tróade, en Eutico, que, vencido por el sueño, «se cayó del piso tercero abajo» y «lo encontraron ya cadáver» (Hech 20,9), pero fue devuelto sano y salvo por Pablo (cf. 20,10). Paso por alto la profecía que expuso ante los presbíteros de Efeso convocados en Mileto, a los que explicó ampliamente: «Solamente sé que en cada ciudad el Espíritu Santo me testifica que...», etc. (20,23 ss.). Por las palabras «en cada ciudad» hacía Pablo referencia a las cosas admirables que había hecho en cada lugar y que provenían de la acción del Espíritu Santo: por voluntad de Dios y en nombre de Cristo que hablaba en él. Por la fuerza de este Espíritu Santo, Pablo también venía decidido a esta santa ciudad de Jerusalén, aunque Agabo profetizaba por el Espíritu las cosas que le habían de suceder (cf. Hech 21,10). Pero él exponía entre los pueblos su doctrina con la confianza de Cristo. Trasladado a Cesarea (23,23 ss.), sentado en medio de los jueces, ante Félix (24,10 ss.) o bien ante el procurador Festo o ante el rey Agripa, Pablo, por el Espíritu Santo y con la sabiduría de la gracia vencedora, consiguió que el mismo rey de los judíos, Agripa, dijese: «Por poco, con tus argumentos, haces de mí un cristiano» (26,28). El mismo Espíritu Santo concedió a Pablo que en la isla de Mileto no resultase herido en absoluto al ser mordido por una víbora y que realizase diversas curaciones con enfermos (Hech 28,1-9). El mismo Espíritu Santo condujo al antiguo perseguidor como heraldo a la Roma regia. Persuadió a muchos de los judíos que allí vivían a que creyesen en Cristo y a quienes contradecían les hablaba claramente: «Con razón habló el Espíritu Santo a sus padres por medio del profeta Isaías..., etc.» (28,25)31.

Pablo mismo estaba lleno del Espíritu Santo

Pero que Pablo estaba lleno del Espíritu Santo, y también los demás apóstoles semejantes a él y a los que después de ellos creen en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo32, escucháselo claramente a él mismo que en sus cartas escribe: «Mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría», sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder» (1 Cor 2,4). Y también: «... y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones» (2 Cor 1,22). Y: «Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a nuestros cuerpos mortales» (Rm 8,3). Y a su vez, escribiendo a Timoteo, le dice que ha conservado el depósito de la fe (cf. 2 Tim 4,6-8) «por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5,5).

El Espiritu Santo tiene su propia actuación

33. Y que el Espíritu Santo tiene su propia subsistencia, vive, habla y anuncia lo que ha de suceder es algo que muchas veces ya hemos dicho en las cosas tratadas anteriormente. De modo penetrante escribe Pablo a Timoteo: «El Espíritu dice claramente que en los últimos tiempos

algunos apostatarán de la fe» (1 Tim 4,1). Esto lo vemos no sólo en los tiempos antiguos, sino en la escisiones de nuestra época, puesto que los herejes enseñan diversos errores que adoptan formas diferentes. Y dice él también: «... que en generaciones pasadas no fue dado a conocer a los hombres, como ha sido ahora revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu» (Ef 3,5). Y a su vez: «Por eso, como dice el Espíritu Santo» (Hebr 3,7), y: «también el Espíritu Santo nos da testimonio de ello» (Hebr 10,15). También aclama a los soldados de la justicia diciendo: «Tomad, también, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios; siempre en oración y súplica» (Ef 6,17-18). Y de nuevo: «No les embriaguéis de vino, que es causa de libertinaje; llenaos más bien del Espíritu. Recitad entre ustedes salmos, himnos y cánticos inspirados» (5, 18-19). Y, por último: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos ustedes».

Se debe aceptar, pues, al Espiritu Santo

34. Por todo lo cual y por otras muchas cosas que no se han mencionado se recomienda vivamente que los hombres acepten la fuerza personal, santificadora y eficazmente activa del Espíritu Santo. Pues me faltaría tiempo para hablar, si quisiera continuar, de lo que queda por decir acerca del Espíritu Santo en las catorce epístolas de San Pablo, en las que él enseñó diversa, íntegra y piadosamente. Pero que se nos conceda el don de la fuerza del Espíritu Santo mismo para que se nos dispensen las cosas que hemos pasado por alto por escasez de tiempo y a ustedes, que están escuchando, se les conceda un conocimiento más completo de lo que falta. Quienes entre ustedes sean estudiosos, aprendan estas cosas mediante una más frecuente lectura de la Sagrada Escritura, aunque de las presentes catequesis y de lo que anteriormente tratamos han sacado una fe más firme «en un solo Dios Padre todopoderoso y en nuestro SeñorJesucristo, su Hijo unigénito; y en el Espíritu Santo Paráclito». Pero este término y la denominación «Espíritu» se adoptan muy frecuentemente en la Escritura—pues del Padre se dice: «Dios es espíritu», como está escrito en el evangelio de Juan (4,24)—y también sobre el Hijo: «El Espíritu ante nuestro rostro, Cristo el Señor», como dice el profeta Jeremías (Lm 4,20)33. Y acerca del Espíritu Santo: «Pero el Paráclito el Espíritu Santo» (Jn 14,26), como se ha dicho. Por tanto, lo que se ha percibido piadosamente en la fe arrincone también el error de Sabelio34. Pero volvamos ahora a lo que urge y a ustedes les es útil.

El sellará tu alma

Ten cuidado de que no te suceda que, a ejemplo de Simón, te acerques al bautismo con simulación, pero tu corazón no esté buscando la verdad. Nosotros debemos advertírtelo y tú debes precaverte. Dichoso tú, si te mantienes en la fe. Pero si por infidelidad caes, rechaza ya desde este día la infidelidad y revístete de firmes convicciones. Pues cuando se acerque el tiempo del bautismo y vayas a los obispos o a los presbíteros o a los diáconos (en todos los lugares se concede la gracia, tanto en los pueblos como en las ciudades, tanto por medio de incultos como de eruditos, por siervos y por libres, como quiera que no es gracia que viene de los hombres, sino que es un don concedido por Dios por medio de los hombres), tú acércate al que bautiza, pero no detengas tu mente en el aspecto del hombre al que ves, sino acuérdate del Espíritu Santo del que ahora hablamos. Pues él está dispuesto a sellar tu alma y te regalará una señal celestial y divina ante la que tiemblan los demonios, según está también escrito: «En él también ustedes, tras haber... creído también en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa» (Ef 1,13).

Acercarse con sinceridad para recibir la fuerza del Espíritu

36. Pero él prueba al alma y no arroja las piedras preciosas a los cerdos (Mt 7,6). Si te acercas con fingimientos, los hombres ciertamente te bautizarán, pero no te bautizará el Espíritu. Pero si te acercas desde la fe, los hombres harán lo que corresponde a lo que se ve con los ojos y el Espíritu Santo concederá lo que no es exteriormente visible. En el espacio de una hora te acercas al examen o a la selección de un importante ejército. Pero si ese tiempo no lo aprovechas, te sobrevendrá un mal incorregible. Sin embargo, si te haces digno de la gracia, tu alma se iluminará y recibirás una luz que no tenías. Cogerás armas terribles para los demonios, de modo que, si no las pierdes, tendrás una señal en el alma y no se te acercará el demonio. Saldrá huyendo de horror, puesto que los demonios se arrojan con el Espíritu de Dios (Mt 12,28).

37. Si crees, no sólo recibirás el perdón de los pecados, sino que también realizarás cosas superiores a las fuerzas humanas. Y ojalá seas digno también del don de profecía. En tanto recibirás la gracia en cuanto la puedas recibir y no en la medida en que yo digo. Pues puede ser que yo diga cosas pequeñas, pero tú las recibas mayores, pues grande es la fe para obtener cosas. Pero el Paráclito será para ti principalmente guardián y defensor. El Paráclito se preocupará de ti como de su propio soldado, de tus entradas y salidas (cf. Sal 121,8) y de los que te acechan. Y te ha de dar los dones de toda clase de gracias, si no le contristas por el pecado. Pues está escrito: «No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el que fuisteis sellados para el día de la redención» (Ef 4,30). ¿Y qué es, pues, queridos, cuidar la gracia? Estad preparados para acogerla y, una vez recibida, no la echéis a perder.

38. Y el mismo Dios de todas las cosas, que habló en el Espíritu Santo por los profetas; que lo envió a los apóstoles el día de Pentecostés en este lugar donde estamos, que les lo envíe también a ustedes y que asimismo por él nos proteja a nosotros, otorgándonos su bien a todos. De este modo, en todo tiempo produciremos los frutos del Espíritu Santo: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí (Gál 5,22-23), en Cristo Jesús Señor nuestro. Por el cual y con el cual, juntamente con el Espíritu Santo, sea gloria al Padre ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

....

1. La presente catequesis presenta un acopio de datos acerca del Espiritu Santo en el Nuevo Testamento, como ya se indicó, pero el desarrollo se realiza especialmente exponiendo la acción del Espiritu en los distintos personajes de los evangelios y en los Hechos de los Apóstoles.

2. Se refiere según las palabras de I Cor 2,12, a «las gracias que Dios nos ha otorgado».

3. Sobre estos asuntos, cf. las cat. 6, 7, 8 y 9.

4. Subsistente: la expresión se refiere a que el Espíritu Santo posee las características de la subsistencia e Hipóstasis (ambas palabras significan lo mismo, con la diferencia de que la primera proviene del latín (subsistere y sub-stare) y la segunda del griego (hypó-stánai). Expresado con palabras sencillas, es como si dijéramos que el Espiritu Santo tiene consistencia

propia, como también la tienen el Padre y el Hijo, pero es la propia sub-sistencia de cada uno lo que permite distinguirlos y reconocerles a cada uno personalidad propia («tres personas distintas» aunque relacionadas entre sí). El lenguaje teológico de nuestro siglo (especialmente en K. Rahner) ha venido hablando con frecuencia de relaciones subsistentes al referirse a las personas en Dios. Es interesante, al hablar de personas en el Padre, Hijo y Espiritu Santo, que se hable necesariamente de relación y no de individualidad o aislamiento. PERSONA/RELACION: Según esto, el concepto de persona humana debe también incluir esta afirmación: la persona no es tal más que en relación necesaria al otro. De este modo, el individuo no encuentra su verdadera realización más que cuando consigue salir de su individualidad aislada para entrar en la persona del otro. En realidad, la persona de Jesucristo no se entiende más que en relación al Padre y al Espíritu Santo. Los términos que se explican en el párrafo 4 son bastante elocuentes al respecto. Sobre todo esto, cf. también cat. Xl, nota 12.

5. La afirmación, en el contexto de Rom 1,3-4, se refiere en sentido propio a Jesucristo: «... su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, según el Espiritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos». El texto, ya mencionado anteriormente, expresa en un contexto todavía más amplio, Rom 1,1-7, la íntima unión del Hijo con el Padre y el Espiritu (cf. además lo dicho en la nota 4). Todo, en el marco de la salvación por la resurrección y del señorio de Cristo (1,4).

6. Literalmente: «es subsistente». Vid. nota 4.

7. Cf. cat. 16, núms. 3 y 6.

8. Cf. cat. 21, núm. 1.

9. El planteamiento es claramente cristocéntrico: lo que se ha de realizar en los cristianos se hace patente en primer lugar en Jesús, puesto que el camino del cristiano es el que, como primero de todos, ha recorrido Jesús. Si el Espíritu Santo ha de descender sobre cada uno, es porque en primer lugar ha descendido sobre Jesús (en su bautismo y, antes, sobre María en su concepción).

10. Jesús, manifestado en el bautismo, es la imagen y el ejemplo de lo que será la trayectoria del cristiano.

11. Es decir, las palabras citadas del Cantar de los Cantares serían profecía de la manifestación del Espiritu Santo en el bautismo.

12. El arca de Noé, el agua, la paloma han sido siempre imagen del bautismo. La primera expresión literaria de esto, ya en I Pe 3,20-21: «...en los días en que Noé construía el Arca,... fueron salvados a través del agua; a ésta corresponde ahora el bautismo que les salva».

13. «Al atardecer», como la paloma de Noé junto a la madera del arca. Era ya por la tarde cuando muere Jesús.

14. De hecho, en el Nuevo Testamento, el orden de los acontecimientos es el siguiente: actividad y predicación de Jesús, promesa del Esplritu Santo (a ello se refiere especialmente el presente

párrafo 11), su muerte, resurrección en Pentecostés, cuando tiene lugar el cumplimiento de la promesa del Espiritu. Jn 20,22, sin embargo, tal como señala el comienzo del párr. 12, indica que el mismo día de la Resurrección ya recibieron los apóstoles una comunicación del Espiritu Santo.

15. En la creación, un soplo o hálito de vida.

16. Recuérdese lo dicho anteriormente sobre el «descenso a los infiernos» tras la muerte y sepultura de Jesús.

17. Ya se explicó que «bautismo», «bautizado», tienen que ver, etimológicamente, con «inmersión» y «sumergidos». En las presentes expresiones de Cirilo hay como una referencia a una «inmersión» en el Espiritu.

18. Maestro de retórica u oratoria.

19. Todo el episodio de la torre de Babel, en Gén 11,1-9.

20. El mismo Jesús emplea la imagen del «vino nuevo», por ej., en Mt 9, 17.

21. En el acontecimiento de Pentecostés narrado en Hech 2.

22. El día de Pentecostés. Es decir, Jesús fue crucificado a la hora tercia y la venida del Espíritu Santo en Pentecostés tuvo lugar también a la hora tercia.

23. El texto de Hech 5,19 dice: «el Angel del Señor». La expresión equivale generalmente, en el Antiguo Testamento, a Dios mismo. Todo el episodio, a partir de 5,17.

24. Los príncipes de los sacerdotes.

25. «Stéphanos» significa en griego corona. Cirilo piensa quizá en la corona del martirio. Es el primer mártir cristiano conocido.

26. Hech 8,39 dice: «El Espiritu del Señor arrebató a Felipe». Aunque en una de las variantes textuales se encuentra: «El Espiritu Santo cayó sobre el eunuco, y el Angel del Señor arrebató a Felipe».

27. De nuevo «sfragis», sello, con el mismo sentido del «carácter» sacramental que ya anteriormente se expuso.

28. La afirmación de Cirilo de que Pablo estuvo en España es clara pero poco concreta. Sobre el interés manifestado por Pablo en llegar hasta España, cf. Rom 15,24. En general, no cabe la menor duda de la fuerza del Espiritu Santo en la itinerante actividad misionera de Pablo, que es entre los apóstoles aunque no pertenece al grupo originario de «los Doce» quien quizá más hizo por la universalización del cristianismo.

29. El relato de Hech 10 hace ver que dentro del lienzo «había toda suerte de cuadrúpedos, reptiles de la tierra y aves del cielo» (v.12). A Pedro se le invita a comer de estos animales con el argumento de que «lo que Dios ha purificado no lo llames tú profano» (v.15). Con ello, además de que se anula la distinción entre alimentos puros e impuros, se afirma también simbólicamente que no existen hombres puros e impuros. Asi cualquier hombre, aunque fuese «gentil», podia recibir el anuncio del Evangelio. Este es el sentido de las palabras de la catequesis de Cirilo en el presente párrafo. Pablo fue especialmente el apóstol de los gentiles, pero Pedro llegó, mediante esta visión, al conocimiento de que la salvación en Jesucristo estaba destinada a los hombres de cualquier pueblo. El final del episodio es el bautismo de los primeros gentiles, cuya necesidad queda evidenciada por el descenso del Espiritu sobre los presentes (vv. 44-48). Todo el significativo episodio ocupa integro el capitulo 10 de los Hechos y se presenta como una prueba de que el Espiritu Santo amplió el horizonte de la misión cristiana.

30. «Nos ha parecido» se ajusta más tanto al NT griego como a la versión de la Vulgata. El episodio al que se refiere el presente párrafo fue extremadamente importante (completa, por otra parte, el sentido, el bautismo del centurión romano Cornelio y de los primeros gentiles) pues se trataba de dilucidar si era necesaria la incorporación previa a la ley judía de quienes querían hacerse cristianos. La respuesta de los apóstoles en la asamblea de Jerusalén fue negativa. Aparte de lo que esto pudo suponer de aprobación del camino de Pablo y de sus concepciones teológicas (cf. Gál 2,1-10), supuso la desconexión jurídica definitiva del cristianismo de todo el mundo del judaísmo. Eso liberó a la nueva fe de todo aspecto de reclusión en un gheto y permitió al cristianismo adoptar aires de auténtica universalidad.

31. Salvo dos versículos más de epílogo, el libro de los Hechos se cierra, de modo bastante sentencioso, con la cita que Pablo hace de Is 6,9-11, precedida de Hech 28,24-25 (los hechos referidos tienen lugar en Roma): «Unos creían por sus palabras y otros en cambio permanecía incrédulos. Cuando en desacuerdo entre sí mismos ya se marchaban, Pablo dijo esta sola cosa: "Ve a encontrar a este pueblo y dile: Escucharéis bien, pero no entenderéis miraréis bien, pero no veréis.."» Todo el conjunto está formado por Hech 28,24-28. Este último versiculo recoge también una frase bastante lapidaria de Pablo: «Sabed pues, que esta salvación de Dios ha sido enviada a los gentiles, ellos si que la oirán». Con todo ello, el drama de Pablo es el mismo drama de Jesús, tan perfectamente descrito en Mateo y, en otra perspectiva, en Juan: el rechazo por el pueblo que tan ansiosamente había esperado durante siglos. Pero también este desarrollo dramático de los acontecimientos contribuyó a la universalización del cristianismo.

32. Algunos códices añaden aquí «consustancial», quedando la frase «y el Espiritu Santo consustancial», pero es muy dudoso que esté empleada aquí la palabra en la alocución original de Cirilo, puesto que no aparece en la mayoría de los códices. Es, con bastante probabilidad, una añadidura posterior, aunque se trate de una precisión correcta.

33. Es una interpretación cristológica de un texto cuya literalidad la permite. La Biblia de Jerusalén, cuya versión no se ha adoptado aquí para respetar más el discurso de Cirilo, traduce: «Nuestro aliento vital, el ungido de Yahvé».

34. Es decir, puesto que el Padre, el Hijo y el Espiritu Santo tienen personalidad propia y distinta, no hay lugar para afirmar que los tres son simplemente modos distintos de presentarse el Dios único.

CATEQUESIS XVIII

LA RESURRECCIÓN UNIVERSAL

LA IGLESIA CATÓLICA

LA VIDA ETERNA

Pronunciada en Jerusalén, sobre aquello de: «Y en la Iglesia, una, santa y católica». Y sobre la «resurreción de la carne». Y «la vida eterna». La lectura es de Ezequiel: «La mano de Yahvé fue sobre mi y, por su espíritu, Yahvé me sacó y me puso en medio de la vega, la cual estaba llena de huesos..." (Ez 37, I ss.)1.

La resurrección de los muertos, fuente de esperanza

1. La raíz de toda operación es la esperanza de la resurrección. Pues la esperanza del premio da al alma fuerzas para emprender buenas obras. Pues el obrero se encuentra dispuesto a soportar los trabajos si divisa el premio de sus fatigas, pero se derrumban el ánimo y el cuerpo de los que no avizoran recompensa alguna. Un soldado que espera la recompensa del combate está pronto para la lucha, pero nadie milita a favor de un rey que, falto de juicio, no recompensa el mérito de los esfuerzos, ni está dispuesto a afrontar la muerte por ese mismo rey. Así también, toda alma que cree en la resurrección se modera y se atempera a sí misma. Pero la que no cree en la resurrección, se entrega a su propia perdición2. Quien cree que el cuerpo pervivirá con la resurrección, cuida aquello que le sirve de estola y de vestido, y no lo contamina con el libertinaje. Pero el que no cree en la resurrección, se entrega a la fornicación usando del propio cuerpo como si fuese ajeno. Es, desde luego, una importante doctrina y enseñanza de la Iglesia la fe acerca de la gran resurrección de los muertos. Se trata de algo completamente esencial, cuya verdad, aunque choca realmente con la contradicción de muchos, puede ser plenamente comprobada. Están en contra de ella los griegos, no la creen los samaritanos y la deshacen los herejes. Se la contradice de múltiples maneras, pero es una verdad simple y sencilla.

Objeciones en contra de la resurrección de los muertos

2. Esto es lo que oponen tanto los griegos como los samaritanos: una vez que el hombre ha perecido y ha muerto, se pudre y lo devoran los gusanos. También mueren los mismos gusanos. Y después de suceder todo esto al cuerpo, putrefacción y muerte, ¿cómo, pues, resucita? Los peces devoran a los que han sufrido un naufragio y ellos, a su vez, son devorados por otros. De quienes luchan con las fieras se comen, destrozándolos, incluso los huesos. Los buitres y los cuervos están volando por todas partes comiéndose las carnes de los cadáveres arrojados al suelo. ¿Cómo podrán reunirse esos cuerpos? Pues es posible que, de las aves que los devoraron,

una haya muerto en la India, otra en Persia, otra en los países bárbaros. Los cadáveres de otros que ardieron en las llamas, reducidos a cenizas fueron dispersados por las tormentas o el viento. ¿Cómo podrá reunirse su cuerpo?

A Dios todo le es posible

3. Para ti, desde luego, hombrecillo pequeño y débil, los países bárbaros están lejos de la India e Hispania lo está de Persia. Pero para Dios, que tiene el mundo entero en un puño, todo está próximo. No pienses que Dios es tan débil como tú y, por tanto, incapaz, sino piensa más bien en tu propia potencia. Además, el sol, siendo una obra pequeña de Dios, llena toda la tierra con el calor de sus rayos. También el aire, hecho por Dios, rodea todo lo que hay en el mundo. Pero Dios, que es el creador del sol y del aire, ¿estará acaso lejos del mundo? Supón que se encuentran mezclados granos diversos de semillas—te propongo ejemplos débiles a ti, que eres débil en la fe— y supon que todos los tienes en un puño. A ti, que eres hombre, ¿te es cosa difícil, o más bien fácil, distinguir lo que tienes en el puño y poner cada una de las semillas con las de su clase? Es decir, si tú puedes discernir lo que tienes en tu mano, ¿no podrá Dios discernir y restituir a su lugar lo que tiene en la suya? Considera lo que digo y si tal vez no será impío negarlo.

En la resurrección de los muertos, Dios hará justicia

4. Considera también lo que se refiere a la justicia y reflexiona sobre ti mismo. Tienes diversos siervos, de los que unos son buenos y otros malvados. A los buenos los aprecias y a los malos los castigas. Incluso si eres juez, alabas a los buenos y a los malvados los castigas. Si tú, que eres hombre mortal, tienes una noción de lo que es justo, Dios, rey eterno de todas las cosas, ¿no pagará a cada uno según justicia? Y es una impiedad negar esto, pues mira lo que digo: muchos homicidas murieron en la cama sin haber sido castigados. ¿Dónde está, pues, la justicia de Dios? Y a menudo un homicida es reo de cincuenta homicidios, pero ha lavado sus crímenes con una única pena capital. ¿Cómo pagará, pues, los restantes cuarenta y nueve asesinatos? Y argüyes a Dios de injusticia si no existen, después de esta vida, el juicio y la retribución. Pero no debes extrañarte del retraso del juicio. Quien lucha en un certamen, una vez que éste ha concluido, recibe la corona o queda marcado por la vergüenza, pero el árbitro del certamen nunca corona a los que intervienen mientras están combatiendo, sino que aguarda a ver el final de todos los combatientes. Después, examinando el resultado, distribuye los premios de la victoria y las coronas. Así también Dios, mientras dura todavía el combate en este mundo, ayuda parcialmente a los sujetos, pero después les otorga los premios de modo completo y pleno.

Otros indicios de la resurrección

5. Pero si, a tu parecer, la resurrección de los muertos no existe, ¿qué haces condenando a los que excavan en los sepulcros? Pues si el cuerpo perece irremisiblemente y no existe esperanza ninguna de resurrección, ¿por qué se castiga a los profanadores de tumbas? Te das cuenta, aunque lo niegues con los labios, de que permanece en ti una conciencia indeleble de la resurrección.

Cambios que se observan en seres inferiores hacen creíble la resurrección

6. Pero, por lo demás, un árbol cortado vuelve a brotar ¿No lo hará también un hombre que ha perdido su vida? Incluso lo que se ha cortado al segarlo se queda en las eras para que lo recojan. ¿Y no se quedará en la era el hombre que ha sido segado en este mundo?3. También los sarmientos de la vid y las ramas de otros árboles, cuando se cortan completamente y se trasplantan, cobran vida y reportan fruto. Y el hombre, por el cual son aquellas cosas, ¿no resurgirá aunque haya ido a parar a la tierra? Y si comparamos distintos trabajos o dificultades ¿qué es más, dar forma desde sus inicios a una estatua que antes no existía o restituírsela a una que la había perdido? El Dios que nos hizo de la nada, una vez que ya tuvimos existencia pero luego la perdimos, ¿no podrá de nuevo despertarnos a la vida? Pero tú no crees, por ser griego lo que está escrito acerca de la resurrección. Considera en cambio estas cosas desde la perspectiva de lo que ya existe y entiéndelo en tu interior desde lo que puede verse hasta el día de hoy. Si se desea, se siembra trigo o cualquier clase de semilla. Cuando la semilla cae, muere y se pudre: ya no sirve para alimento. Pero lo que se ha podrido brota de ahí como hierba y lo que al caer era pequeño se levanta ahora hermosísimo4. Pero el trigo fue credo por causa nuestra, pues el trigo y otras semillas se hicieron no por sí mismos sino para nuestro uso. Y si las cosas que fueron hechas para nosotros reviven después de muertas, nosotros, por quien esas cosas se hicieron, ¿no resucitaremos después de muertos?

7. Es, como ves, tiempo de invierno. Los árboles están como muertos. ¿Dónde están las hojas de la higuera? ¿Dónde están las uvas de la vid? Pero estas cosas que están muertas en invierno, incluso entonces tienen su fuerza y, cuando llegue el momento, se les devolverá, como despertadas de la muerte, la fuerza de la vida. Dios, percibiendo tu infidelidad, te ha mostrado todos los años en estos claros indicios la resurrección para que, viendo lo que sucede en los seres inanimados, creyeses con respecto a los seres dotados de razón. Aparte de esto, moscas y abejas, ahogadas muchas veces en el agua, reviven después de un rato y ciertas especies de sapos permanecen inmóviles en invierno, pero más tarde, en verano, se despiertan. A ti, que piensas cosas pequeñas y de poco valor, se te presentan estos ejemplos. Ahora bien, el que, más allá de lo natural, da vida a seres desprovistos de razón y despreciables, ¿no nos dará lo mismo a nosotros, por quienes hizo todos estos seres?

El supuesto ejemplo del ave Fénix

8. Pero los griegos todavía buscan una resurrección de los muertos más clara y argumentan que, aunque es cierto que reviven los seres mencionados, es porque en realidad no habían sufrido plenamente la putrefacción y desean ver abiertamente un animal que se haya podrido completamente y haya resucitado. Dios ya conocía esta obstinación de los hombres para no creer y dispuso para esto el ave que llaman Fénix. Esta, como escribe Clemente5 y otros muchos saben, es única en su género, llega al país de los egipcios cada cuatrocientos años y es un ejemplo de resurrección. Y no lo hace en lugares desiertos, de modo que aquello quedara como algo misterioso, sino en una ciudad famosa, haciéndose visible de manera que pueda ser tocada con las manos, pues de otro modo nadie lo creerías. Pues, después de haberse construido el nido con incienso, mirra y otros aromas, introduciéndose en él una vez agotado su cupo de años, muere a la vista de todos y se corrompe. Pero más tarde, de la carne podrida del ave muerta brota un gusano y éste, al crecer, se transforma en ave7. Después, a esta Fénix le crecen las plumas. Una vez rehecha esta Fénix como era anteriormente, va volando por los aires tal como era antes

de morir, mostrando a los hombres con toda evidencia la resurrección de los muertos. El ave Fénix es ciertamente admirable, pero, como ave, está desprovista de razón y nunca ha cantado salmos a Dios. Nunca ha sabido quién es el Hijo Unigénito de Dios. Pero si a un animal irracional, que desconoce a su propio creador, le fue concedida la resurrección, ¿no se nos otorgará a nosotros, que glorificamos a Dios y guardamos sus preceptos?

El que creó al hombre desde una realidad humilde puede también devolverlo a la vida

9. Pero puesto que el signo del ave Fénix, aún buscándolo mucho, es raro y siguen sin darle crédito, recibe otra prueba basada en las cosas que ves todos los días. Hace cien o doscientos años, ¿dónde estábamos todos nosotros, tanto los que hablamos como los que escucháis? ¿Acaso desconocemos cómo se formaron nuestros cuerpos? ¿Es que no sabes cómo somos engendrados de una materia débil, informe y simple? El hombre vivo se forma de una única especie y de un principio débil. Y eso que no tiene fuerzas y es débil se transforma en carne compacta y en la fortaleza de los nervios. Y también en la claridad de los ojos, en la capacidad de la nariz para oler, en la capacidad auditiva de los oídos, la lengua que habla, el corazón que se mueve, la habilidad de las manos para trabajar, la agilidad de los pies y toda la variedad de los miembros de diverso género. Y lo que es tan poca cosa y débil se convierte en constructor de naves, albañil, arquitecto y operario de cualquier arte, soldado, príncipe, legislador o rey. El Dios que nos hizo de unos comienzos humildes, ¿no podrá levantarnos una vez que hayamos caído? El que dio cuerpo a una realidad tan vil, ¿no podrá despertar de nuevo a un cuerpo muerto? El que hizo lo que no existía, ¿no despertará a lo que existe, aunque haya perecido?

La semejanza con las fases de la luna8

10. Una razón manifiesta de la resurrección de los muertos, y que está atestiguada todos los meses, tómala también del cielo y de los astros. De hecho, la luna, que llega a faltar completamente, de manera que nada se ve ya de ella, aparece nueva otra vez y queda restaurada en sus antiguas dimensiones. Y para una demostración perfecta de este mismo asunto, la luna se derrite con el paso de los años en sangre, pero después recupera su aspecto luminoso. Dios es quien, en su providencia, prepara estas cosas para que también tú, que eres hombre y tienes sangre en tu interior, no niegues tu fe a la resurrección de los muertos. Así lo que ves en la luna, crees que también sucederá en ti. Sírvete, pues, de estas palabras en contra de los griegos. Pues contra los que no aceptan las Escrituras debes luchar con armas no tomadas de la Escritura, es decir, sólo con razonamientos y demostraciones. Pues a éstos no se les ha descubierto quién es Moisés ni quién es Isaías, y desconocen los Evangelios y a Pablo.

Frente a los samaritanos: el Dios de Abraham, Isaac y Jacob no es un Dios de muertos, sino de vivos

11. Pasa ahora, te lo ruego, a los Samaritanos, que, puesto que sólo admiten la Ley, no aceptan a los profetas, la lectura de la que hemos partido, de Ezequiel, puede resultar ineficaz, pues, como dije, en ellos no hay lugar para los profetas. ¿De dónde buscaremos, pues, la fe para los samaritanos? Vayamos a los libros de la Ley. Dice, pues, Dios a Moisés: «Yo soy... el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob» (Ex 3,6), que sin duda viven y existen9. Pues si Abraham murió, y también Isaac y Jacob, se trata de un Dios de quienes no existen. ¿Y desde

cuándo se dice que un rey es rey de unos soldados que no tiene? ¿Y quién es el que muestra riquezas que no posee? Es necesario, pues, que existan Abraham, Isaac y Jacob para que el Dios de las cosas que existen sea dios. Pues no dijo: era Dios de ellos, sino soy. Y que existe un juicio lo dice Abraham refiriéndose al Señor: «El juez de toda la tierra ¿va a fallar una injusticia?» (Gén 18,25).

Los signos del poder de Dios en Aarón, Moisés y la mujer de Lot

12. Pero contra esto dicen también los insensatos de Samaria: nada impide que continúen vivas las almas de Abraham, Isaac y Jacob, pero los muertos no pueden resucitar. Es como si dijera: fue posible que la vara del justo Moisés se convirtiera en una serpiente (Ex 4,3), pero los cuerpos de los justos no podrán vivir y resucitar. Y aquello se hizo fuera de las leyes de la naturaleza. ¿No podrá hacerse esto, que es tan acorde con la naturaleza? También la vara de Aarón, cortada y seca, floreció sin el contacto con las aguas (Núm 17,23) y, aunque estaba a cubierto (17,22), produjo las yemas que suelen brotar en los campos y, en un lugar árido como estaba, produjo en el espacio de una noche los frutos que árboles regados con frecuencia producen después de muchos años. Con la vara de Aarón fue como si resucitara de entre los muertos. ¿No resucitará, pues, el mismo Aarón? Para conservarle el sumo sacerdocio, Dios realizó el milagro en su vara. ¿No otorgará, pues, la resurrección al mismo Aarón? También, por procedimientos no naturales, fue convertida la mujer en sal y en sal fue transformada su carne (Gén 19,26). ¿Acaso no podrá convertirse la carne simplemente en carne? Y si la mujer de Lot fue convertida en estatua de sal, ¿no resucitará la esposa de Abraham? ¿En virtud de qué se hizo como nieve, durante el tiempo de una hora, la mano de Moisés, siendo establecida después en su estado anterior? (cf. Ex 4,ó-7)? Sin duda por el poder de Dios. ¿Y es que este poder, eficaz en otro tiempo, ha perdido ya su fuerza y su eficacia?

La resurrección es posible como fue posible la creación

13. ¿De qué material fue hecho el hombre en sus comienzos, oh Samaritanos, los más necios de todos los hombres? Acercaos al primer libro de la Escritura, que también ustedes lo habéis recibido: «Entonces Yahvé Dios formó al hombre con polvo del suelo» (Gén 2,7). El polvo se transforma en carne, ¿y la carne no volverá otra vez a ser carne? ¿Se les ha de explicar de dónde provienen los cielos, la tierra y los mares? ¿De dónde el sol, la luna y los astros? ¿Cómo de las aguas provienen las aves y los peces? ¿Y el modo como provienen de la tierra todos los animales? Tantísimos miles de seres han sido llevados de la nada a la existencia. Y nosotros, los hombres, que llevamos impresa la imagen, ¿no resucitaremos? Verdaderamente todo este asunto rebosa incredulidad. Y hay muchos motivos para condenar a los que rehusan la fe, puesto que Abraham dice de Dios que él es «juez de toda la tierra» (Gén 18,25). Y es grave que no crean precisamente los que aprenden la ley, pues allí está escrito que el hombre ha sido formado de la tierra (Gén 2,7; 3,19): son los que allí leen quienes rehúsan creer.

No hay argumentos bíblicos en contra de la resurrección

14. Y estas cosas las decimos frente a los que se han de contar entre los infieles. Pero para los que creemos es oportuno referirse a los profetas. Algunos, sin embargo, que se sirven de los profetas, no creen en lo que éstos han escrito y aducen aquello de «no se levantarán en el Juicio

los impíos» (Sal 1,5)10. O también aquello otro: «El que baja al sheol no sube más» (Job 7,9). 0 incluso: «No alaban los muertos a Yahvé» (Sal 115,17). Con ello utilizan mal lo que ha sido correctamente escrito. Sin detenernos demasiado y en la medida en que podamos, será bueno hacerles frente ahora. Pues si se dice que «los impíos no se levantarán en el Juicio», con esto se quiere decir, no que habrán de resucitar «en el juicio», sino que lo harán en condenación. Dios, en efecto, no necesita hacer muchas indagaciones, sino que, a la vez que resuciten los impíos, seguirán a continuación sus castigos. Y si se dice «no alaban los muertos a Yahvé», con esto se quiere decir que en esta vida se crea un espacio de penitencia y perdón. Una vez sobrevenida la muerte, a los que hayan muerto en pecado, ya no se les permitirá que alaben, sino simplemente lamentarse. Pues la alabanza es propia de quienes dan gracias, pero los lamentos de quienes sufren azotes. Por consiguiente, los justos alabarán, pero los que hayan muerto en sus pecados ya no tendrán tiempo para glorificar a Dios.

Job y los profetas también la mencionan

15. En cuanto al contexto de las palabras «el que baja al sheol no sube más» (Job 7,9), observa lo que va a continuación, pues se dice: «No regresa otra vez a su casa, no vuelve a verle su lugar» (7,10). Pues como el mundo entero ha de perecer, también toda casa ha de ser destruida. ¿Cómo habrá de volver a su casa si toda la tierra ha de ser hecha nueva? Sería bueno que oigan a Job cuando dice: «Una esperanza guarda el árbol: si es cortado, aún puede retoñar, y no dejará de echar renuevos. Incluso con raíces en tierra envejecidas, con un tronco que se muere en el polvo, en cuanto siente el agua, reflorece y echa ramaje como una planta joven. Pero el hombre que muere queda inerte, cuando un humano expira, ¿dónde está?» (14,7-10). Es como si estuviera sonrojando a alguien e increpándole, pues así se ha de interpretar el interrogante «¿dónde está?» Pues dice que, puesto que el árbol perece y resucita, ¿acaso el hombre, por quien se hicieron los árboles, no resucitará? Y para que no creas que violento el texto, lee lo que sigue, donde con interrogantes se pregunta: «Muerto el hombre, ¿puede revivir?» (Job 14,14) y dice: «Aunque haya muerto el hombre, vivirá» (14,14 LXX), e inmediatamente añade: «Todos los días de mi milicia esperaría, hasta que llegara mi relevo» y, a su vez, en otro lugar: «que ha de alzar sobre la tierra mi piel, que estas fatigas soporta» (Job 19,25-26)11. Y el profeta Isaías dice: «Revivirán tus muertos, tus cadáveres resurgirán» (Is 26,19). Y muy claramente el profeta que ahora hemos mencionado, Ezequiel, dice: «He aquí que yo abro vuestras tumbas; les haré salir de vuestras tumbas» (Ez 27,12). Y Daniel dice: Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para el oprobio, para el horror eterno» (Dan 12,2).

Resurrecciones de muertos en el Nuevo Testamento, en Elías y Eliseo

16. Otros mucho pasajes de la Escritura dan también testimonio de la resurrección de los muertos. Hay otras muchas sentencias y dichos acerca de este asunto. Pero ahora, como para refrescar la memoria, mencionamos sólo de pasada la resurrección de Lázaro cuatro días después de muerto (Jn 11,39-44). También de pasada, por la escasez de tiempo, el hijo resucitado de la viuda (Lc 7,11-16). Y, sin insistir, recuérdese igualmente a la hija del jefe de la sinagoga (Mt 9,25). Recuérdese también que las losas se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron (Mt 27,51-53) al abrirse los sepulcros12. Pero tráigase a la memoria, en primer lugar, que Cristo resucitó de entre los muertos. He pasado por alto a Elías y al hijo de la viuda que él resucitó (I Re 17,19 ss), y a Eliseo, que en varias ocasiones hizo milagros

semejantes (2 Re 4,8 ss. 38 ss.), tanto vivo como después de muerto. Estando en vida, obró la resurrección por su propio espíritu, de modo que no sólo se honrase a las almas de los justos, sino que se tuviese fe en que en los cuerpos de los justos existe una fuerza profunda. Con ocasión de que colocaron un cadáver en la tumba de Eliseo, el muerto, al contacto con el cuerpo muerto del profeta, cobró vida (2 Re 13,21). El cuerpo muerto del profeta hizo lo que parecía propio de su alma y lo que yacía muerto dio vida a un muerto: lo que estaba otorgando la vida, eso mismo permaneció, igualmente que antes, entre los muertos. ¿Por qué razón?: para que, en caso de que Eliseo hubiese resucitado, el hecho no se le atribuyese sólo a su alma y para mostrar que, incluso estando el alma ausente, existía cierta fuerza y poder en el cuerpo de los santos por el alma justa que tantos años había habitado en él y de él se había servido13. Y no neguemos nuestra fe a este hecho como si no hubiese existido, pues si los pañuelos y los mandiles, que son algo exterior a la persona, aplicados a los cuerpos de los enfermos, daban fuerzas a los débiles (Hech 19,12), ¿cuánto más no resucitaría a un muerto el cuerpo del profeta?

Resurrecciones en el NT. Resurrección al final de los tiempos

17. Sobre esto habría que decir otras muchas cosas si estudiásemos lo asombroso de estos hechos según cada uno de sus detalles, pero están soportando el esfuerzo del ayuno de la preparación de la Pascua y de la Vigilia14. Por tanto, sólo se dirán algunas cosas por encima, pues, arrojando unas pocas semillas y recibiéndolas ustedes como buena tierra que sois, reportaréis fruto ampliándolo por vuestra cuenta. Hágase memoria de que también los apóstoles resucitaron muertos: Pedro, en Joppe, a Tabita (Hech 9,36-42); Pablo, en Tróade, a Eutico (20,7-12), y también los demás apóstoles, aunque no está consignado por escrito lo que cada uno de ellos hizo prodigiosamente. Acordaos de todo lo que se ha dicho en la Primera epístola a los Corintios y que Pablo escribió contra los que decían: «¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo vuelven a la vida?» (15,35). Y de lo que dice: «Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó» (15,16). Y de que llama necios (15,36) a los que no lo creen y de todo lo que en ese lugar15 se expone acerca de la resurrección de los muertos y de lo que escribió de ese tenor a los tesalonicenses: «Hermanos, no queremos que estéis en la ignorancia respecto de los muertos, para que nos les entristezcáis como los demás, que no tienen esperanza» (I Tes 4,13), y todo lo que sigue pero, sobre todo, aquello de «los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar» (4,16).

La grandeza final del estado de resucitados

18. Observad principalmente lo que Pablo dice como señalando con el dedo: «Es necesario que este ser corruptible se revista de incorruptibilidad; y que este ser mortal se revista de inmortalidad» (I Cor 15,53). Pues este mismo cuerpo resucitará, no como es, débil, sino perdurable, aunque será el mismo cuerpo. Pero se transformará revestido de incorruptibilidad: como el hierro introducido en el fuego se convierte en fuego o, más bien, como es conocido por quien lo mueve, Dios. Por consiguiente, resucitará este mismo cuerpo, pero no se quedará como ahora, sino que perdurará eternamente. Ya no necesitará para vivir de los alimentos de que nosotros nos servimos, ni de escaleras para subir, pues se hará «espiritual» (1 Cor 15,44)16, algo admirable y cuya dignidad no somos capaces de explicar suficientemente. «Entonces los justos, dice, brillarán como el sol y la luna y como el fulgor del firmamento» (cf. Dn 12,3 y Mt 13,43). Dios, que conoce previamente la dificultad de los hombres para creer, ya había concedido a

pequeñísimos gusanos que en verano despidiesen de su cuerpo rayos luminosos, de manera que por lo que se ve se creyese en lo que se espera. Y desde luego, el que concedió una parte, también podía otorgar el todo. Y el que hizo que un gusano resplandeciese de luz, mucho más hará que resplandezca el hombre justo.

También el cuerpo participará de la gloria o del castigo

Resucitaremos, pues, teniendo todos cuerpos eternos, pero no todos semejantes: si alguien es justo, recibirá un cuerpo celeste para que pueda tratar libremente con los ángeles; pero si alguien es pecador, recibirá un cuerpo eterno capaz de sufrir el castigo de sus pecados de modo que, ardiendo en el fuego eterno, nunca se consuma. Y ambas cosas están bien hechas por Dios. Pues nada hacemos nosotros sin el cuerpo. Blasfemamos por la boca, y por la boca rezamos; fornicamos mediante el cuerpo, y también mediante el cuerpo guardamos la pureza; robamos con la mano, y con la mano damos limosna. E igualmente todo lo demás. Si el cuerpo ha servido para todo, también ha de ser partícipe de la suerte que nos ha de corresponder en el futuro.

Usar rectamente el cuerpo

20. Mortifiquemos, por tanto, hermanos, los cuerpos y no abusemos de ellos como si fuesen de otros. Ni digamos, de acuerdo con los herejes, que este vestido del cuerpo es ajeno, sino respetémoslo como propio, pues deberemos dar cuentas a Dios de todas las cosas que hagamos con el cuerpo. No digas: «Nadie me ve» (Eclo 23,26) ni pienses que no hay testigo alguno de lo que haces. En efecto, la mayor parte de las veces no hay ningún hombre que lo atestigüe. Pero hay un testigo que nos formó y que no yerra, y permanece fiel en el cielo (cf. Sal 89,38) viendo lo que se hace. También permanecen en el cuerpo las manchas de los pecados. Y así como, cuando ha habido una llaga en el cuerpo, queda una cicatriz aunque se haya aplicado alguna medicina, del mismo modo el pecado deja señal en el alma y en el cuerpo y las huellas de las cicatrices permanecen en ambos. Sólo quedan suprimidas por los que reciben el lavatorio[17]. Por el bautismo sana Dios, además, las heridas del alma y del cuerpo, pero protejámonos a nosotros mismos de un modo general contra lo que nos sobrevenga en el futuro y guardemos limpio este vestido del cuerpo y no perdamos la salvación del cielo por la más mínima fornicación y lascivia o por cualquier otro pecado. Acerquémonos en cambio a la herencia del reino eterno de Dios, del cual ese Dios les haga a todos dignos por su gracia.

Quede bien grabada la resurrección de los muertos

21. Sea suficiente lo dicho para demostrar la resurrección de los muertos. Y la profesión de fe, que otra vez les hemos repetido, hacedla ustedes con toda diligencia y con las mismas palabras, de modo que se les grabe en la memoria[18].

Hablaremos de la Iglesia, una, santa y católica

22. La Profesión de fe también contiene esto: <<Y en un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. Y en la Iglesia, una, santa y católica. Y en la resurrección de la carne. Y en la vida eterna>> Acerca del bautismo y la penitencia ya hablamos en anteriores catequesis. Lo que ahora acabamos de decir sobre la resurrección de los muertos es por aquello de «y en la

resurrección de la carne». Hablaremos, pues, de lo que nos queda, sobre lo de «Y en la Iglesia, una, santa y católica», en lo cual, aunque se pueden decir muchas cosas, seremos breves.

La Iglesia es católica, Universal, en todo

23. Se le llama «católica» porque está difundida por todo el orbe desde unos confines a otros de la tierra y puesto que enseña de modo completo, y sin que falte nada, todos los dogmas que los hombres deben conocer sobre las cosas visibles e invisibles, celestiales y terrenas. Y también porque ha sometido al culto recto a toda clase de hombres, príncipes y hombres comunes, doctos e inexpertos. Y finalmente porque sana y cura toda clase de pecados que se cometen con el alma y el cuerpo. Ella (la Iglesia) posee todo género de virtud, cualquiera que sea su nombre, en hechos y en palabras y en dones espirituales de cualquier especie.

«Iglesia» es «asamblea»

24. «Iglesia» es una denominación muy adecuada porque convoca a todos y los reúne conjuntamente19, como dice el Señor en el Levítico: «Congrega a toda la comunidad a la entrada de la Tienda del Encuentro» (Lev 8,3). Es digno de notarse que esta palabra «ekklesíason»20 se emplea en las Escrituras por primera vez en este lugar, cuando el Señor concede a Aarón el sumo sacerdocio. Y en el Deuteronomio dice Dios a Moisés: «Reúne al pueblo para que yo les haga oír mis palabras a fin de que aprendan a temerme» (Dt 9,10). Y cuando habla de las tablas21: «... en las que estaban todas las palabras que Yahvé les había dicho de en medio del fuego, en la montaña, el día de la Asamblea» (Dt 9,10), como si así lo dijese con más claridad. En el día en que, llamados por Dios, fuisteis congregados. También el Salmista dice: «Te daré gracias en la gran asamblea, te alabaré entre un pueblo copioso» (Sal 35,18).

La verdadera Iglesia-asamblea ha pasado a ser la de los gentiles

25. Ya antes había cantado el salmista: «En las asambleas22 bendecid a Dios, al Señor desde las fuentes de Israel (Sal 68,27 LXX). Pero, si tenía que ser así, por causa de las insidias tramadas contra el Salvador quedaron los judíos privados de la gracia y Dios edificó una segunda Iglesia, formada partiendo de los gentiles, nuestra santa Iglesia de los cristianos, acerca de la cual dijo a Pedro: «Y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16,8). De ambas Iglesias decía David en abierta profecía: de la primera, que fue rechazada («Odio la asamblea de malhechores», Sal 26,5). De la segunda dice, en el mismo salmo, que fue construida: «Amo, Yahvé, la belleza de tu casa» (26,8) y, un poco después, en el mismo salmo: «A ti, Yahvé, bendeciré en las asambleas» (26,12). Fue rechazada, pues, la que estaba en la tierra de los judíos. Pero por todo el mundo se multiplican las Iglesias de Cristo, de las cuales está escrito en los Salmos: «¡Cantad a Yahvé un cantar nuevo: su alabanza en la asamblea de sus amigos!» (Sal 149,1). De acuerdo con lo cual dijo el profeta a los judíos: «No tengo ninguna complacencia en ustedes, dice Yahvé Sebaot» (Mal 1,10). E inmediatamente añade: «Pues desde el sol levante hasta el poniente, grande es mi nombre entre las naciones» (1,11). Y de esta misma santa Iglesia católica escribe Pablo a Timoteo: «... para que sepas cómo hay que portarse en la casa de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad» (I Tim 3,15).

Distinguir duramente la Iglesia católica

26. Pero el nombre de «Iglesia» se acomoda a realidades diversas, de modo que también de la multitud que se encontraba en el teatro de los efesios está escrito: «Dicho esto, disolvió la asamblea» (Hech 19,40). También alguien dijo intencionadamente que la «asamblea de malhechores» (Sal 26,5) es el conjunto de los herejes: me refiero a los marcionitas, maniqueos y a los restantes. Por tanto, la fe te muestra muy cautamente que esto es lo que has de sostener: «Y en la Iglesia, una santa, católica», para que, huyendo de esos grupos abominables, te adhieras siempre a la santa Iglesia católica, en la cual volviste a nacer. Y si alguna vez viajas por ciudades diversas, no preguntes simplemente dónde está el «Kyriakón»23, pues también las restantes sectas y herejías de los impíos se esfuerzan en hacer presentables sus madrigueras con el nombre de «Kyriakón», ni simplemente dónde está la iglesia, sino dónde hay una iglesia católica, pues éste es el nombre propio de esta santa Iglesia, madre de todos nosotros. Ella es ciertamente la esposa de nuestro Señor Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios (pues está escrito: «como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella», etc., Ef 5,25 ss) y ofrece una imagen y una imitación de «la Jerusalén de arriba», que «es libre; ésa es nuestra madre» (Gál 4,26). Habiendo sido ella anteriormente estéril, ahora es madre de una numerosa prole (cf. Gál 4,27 e Is 54.1).

Extendida sin fronteras por la paciencia de los mártires

27. Repudiada la primera24, en la segunda, es decir, en la Iglesia católica, como dice Pablo, los puso Dios a algunos como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros; luego los milagros; luego el don de las curaciones, de asistencia, de gobierno, diversidad de lenguas» (I Cor 12,28) y toda clase de cualquier virtud. Me refiero a la sabiduría y a la inteligencia, la templanza y la justicia, la misericordia y la humanidad, y la paciencia invencible en las persecuciones. Fue ésta, «mediante las armas de la justicia, las de la derecha y las de la izquierda, en gloria e ignominia» (2 Cor 6,7-8), la que redimió, en primer lugar, a los santos mártires en sus persecuciones y angustias con coronas diversas, unidas entre sí por las numerosas flores del sufrimiento. Ahora, en tiempos de paz, ese sufrimiento recibe, por gracia de Dios y de mano de reyes y hombres conspicuos por la grandeza de su dignidad, los honores que le deben incluso los hombres de cualquier linaje y apariencia. Y mientras tiene fronteras determinadas el poder de los soberanos de pueblos distribuidos por lugares diversos, sólo la santa Iglesia católica posee una potestad sin fronteras en todo el mundo. Pues, como está escrito, Dios puso en su término la paz (Sal 147,14). Pero si sobre este asunto quisiera decirlo todo, necesitaría un discurso de muchas horas.

«Y en la vida eterna»

28. Instruidos en esta santa Iglesia católica por preceptos y costumbres preclaras, poseeremos el Reino de los cielos y obtendremos en herencia vida eterna. Por lo cual soportamos todas las cosas para que el Señor nos la conceda. Pues la meta que nos hemos fijado no consiste en cosas limitadas, sino en la consecución de la vida eterna, y ésta es nuestra lucha. Por eso se nos enseña en la confesión de fe que, después de en la resurrección de la carne, es decir, de los muertos, creamos también en la vida eterna, por la cual los cristianos estamos luchando.

29. Así pues, el Padre es real y verdaderamente vida, y por el Hijo derrama a todos, como de una fuente, y en el Espíritu Santo, los dones celestiales. Por su benignidad nos han sido prometidos

también a los hombres de modo veraz los dones de la vida eterna. Y a esto no se le puede negar, como si fuese cosa imposible, la fe: debemos creer, no mirando a nuestra debilidad, sino en atención a su poder: «Para Dios todo es posible» (Mt 19,26). Que ello es posible y que esperamos la vida eterna lo dice Daniel: «Los que enseñaron a la multitud la justicia (brillarán) como las estrellas, por toda la eternidad» (Dan 12,3). Y Pablo dice: «Y así estaremos siempre con el Señor» (1 Tes 4,17). Este «estar siempre con el Señor» designa a la vida eterna. Muy claramente lo dice también el Salvador en los evangelios: «E irán éstos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna» (Mt 25,46).

Conseguir la vida eterna obrando el bien

30. Son muchas las pruebas que pueden darse acerca de la vida eterna. Y a quienes deseamos obtenerla, la Sagrada Escritura nos señala los modos de adquirirla. De ellos aduciremos ahora unos testimonios, pocos a causa de lo ya prolijo de mis palabras, dejando a los estudiosos el resto de lo que se pueda investigar. Pues algunas veces dicen que se obtiene por la fe, pues está escrito: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna» (Jn 3,36). Y este mismo25 dice: «En verdad, en verdad les digo: el que escucha mi Palabra y cree en el que me ha enviado, tiene vida eterna» (5,24), además de lo que sigue. Pero otras veces dicen que se obtiene por la predicación del Evangelio, pues dice: «El segador recibe el salario, y recoge fruto para vida eterna, de modo que el sembrador se alegra igual que el segador» (4,36). También a veces se dice que por el martirio y la confesión de Cristo. Dice, en efecto: «El que odia su vida en este mundo la guardará para la vida eterna» (12,25). E igualmente poniendo a Cristo antes que el dinero y el parentesco de cualquier clase: «Todo el que haya dejado casas, hermanos, hermanas... heredará vida eterna» (Mt 19,29). Y por la observancia de los mandamientos: «No matarás, no cometerás adulterio,...» (19,18), como respondió a aquel hombre que se acercó y dijo: «Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir vida eterna?» (19,16). Pero, además, apartándose de las malas obras y dedicándose al servicio de Dios, pues dice Pablo: «Al presente, libres del pecado y esclavos de Dios, fructificáis para la santidad; y el fin, la vida eterna» (Rm 6,22).

31. Hay otras formas de conseguir la vida eterna, pero las he pasado por alto para no ser tan abundoso. Puesto que Dios ama a los hombres tan intensamente, no ha abierto una sino múltiples puertas a la entrada a la vida eterna para que todos, en cuanto esté de su parte, disfruten de ella sin impedimento alguno. Entretanto hemos dicho brevemente estas cosas acerca de la vida eterna. Son lo que en último término hay que enseñar acerca de la fe y son su final. Ojalá la consigamos por gracia de Dios todos nosotros, los que les instruimos y los que escucháis.

Habrá una preparación de las ceremonias de la Pascua

32. Por lo demás, amados hermanos, hablar de estos mandatos les exhorta a todos ustedes a disponer el alma para la recepción de los dones celestiales. Acerca de la fe santa y apostólica les hemos hablado, cuanto nos ha sido permitido y por la gracia de Dios, en estos pasados días de Cuaresma. No es que sólo se hayan podido decir estas cosas, pues hemos pasado por alto otras muchas que tal vez por mejores maestros serían pensadas de modo más sublime. Pero puesto que ya está ahí el día de Pascua, en que vuestra caridad será iluminada en Cristo por el lavado de la regeneración, serán instruidos, si Dios quiere, en las cosas que conviene26: con cuánta piedad y en qué orden conviene entrar una vez que les llamen, por qué razón se celebra cada uno de los

santos misterios del bautismo y con cuánta reverencia y orden se debe ir desde (el lugar del) bautismo hasta el altar santo de Dios para gozar de los misterios espirituales y celestiales que allí se distribuyen27, de modo que, por la iluminación previa de vuestra alma por esta palabra de doctrina, conozcáis por cada uno de esos detalles la grandeza de los dones que Dios les ha concedido.

Habrá catequesis mistagógicas en la semana de Pascua

33. Pero después del día santo y saludable de Pascua, comenzando desde el segundo día después del sábado28, entraréis, inmediatamente después de la asamblea litúrgica, en el lugar santo de la resurrección para oír, si Dios quiere, otras catequesis29, en las que serán instruidos también en las razones y en las causas de cada una de las cosas llevadas a cabo. Recibiréis también las razones tanto desde el Antiguo como desde el Nuevo Testamento: en primer lugar, acerca de lo que se ha dicho inmediatamente antes del bautismo, pero, además, cómo habéis sido purificados de los pecados por el Señor mediante el lavatorio de agua con la palabra30 y de qué modo, corno los sacerdotes, habéis sido hechos partícipes del nombre de «Cristo»31. O también cómo se les ha dado la señal de la comunicación del Espíritu Santo32. Y también acerca de los misterios de la nueva Alianza, que tomaron aquí33 su inicio: qué es lo que la Sagrada Escritura nos ha transmitido acerca de ellos y en qué consisten su fuerza y su poder34. Y de qué modo hay que acercarse a ellos y cuándo y cómo se han de celebrar. Y como última cosa de todas, por qué debéis en el tiempo posterior vivir y manteneros, tanto en palabras como en obras, de un modo digno de la gracia recibida, para que todos ustedes podáis gozar de la vida eterna35. y estas cosas, si es voluntad de Dios, les las explicaremos nosotros.

La alegría de la Iglesia porque va a crecer el número de sus hijos

34. «Por lo demás, hermanos míos, alegraos en el Señor; les lo repito, estad alegres» (cf. Flp 3,1; 4,4), pues «se acerca vuestra liberación» (Lc 21,28) y el celeste ejército de los ángeles espera vuestra salvación. Y ya se oye «la voz del que clama en el desierto: «Preparad el camino del Señor» (Mt 3,3). Pero el profeta clama: «Sedientos, venid al agua» (Is 55,1), e inmediatamente, en lo que sigue: «Hacedme caso y comed cosa buena, y disfrutaréis con algo sustancioso» (55,2). Y no mucho después oiréis aquel extraordinario pasaje: «Resplandece, resplandece, Jerusalén, que ha llegado tu luz» (Is 60,1 LXX). De esta Jerusalén dijo el profeta: «Tras de lo cual se te llamará Ciudad de Justicia, metrópoli fiel de Sión» (1,26 LXX) a causa de la Ley que partió de Sión y de la palabra del Señor que se originó de Jerusalén (cf. 2,3). Desde aquí regó como lluvia el orbe entero. A ella también le dice el profeta acerca de ustedes: «Alza en torno los ojos y mira: todos ellos se han reunido y han venido a ti» (49,18). Y ella responde diciendo: «¿Quiénes son estos que como nube vuelan, como palomas a sus palomares?» (40,8): nubes por lo espiritual y palomas por la sencillez. Y a su vez: «¿Quién oyó tal? ¿Quién vio cosa semejante? ¿Es dado a luz un país en un sólo día? ¿O nace un pueblo todo de una vez? Pues bien: Tuvo dolores y dio a luz Sión a sus hijos» (66,8). Todas las cosas serán llenas de un gozo inefable por el Señor, que dice: «Convertiré a Jerusalén en exultación y a mi pueblo en alegría».

De Dios les dé alegría, les bendiga y les ayude

35. Sea permitido decir también de ustedes ahora: «¡Aclamad, cielos, y exulta, tierra!..., pues Yahvé ha consolado a su pueblo y de sus pobres se ha compadecido» (Is 49,13). Es por la bondad de Dios, que les dice: «He disipado como una nube tus rebeldías, como un nublado tus pecados» (44,22). Y ustedes, honrados con el nombre de fieles y de quienes está dicho: «a los que me sirven se les impondrá un nombre nuevo, que será bendecido sobre la tierra» (65,15-16), diréis con alegría: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo... En él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los delitos, según las riquezas de su gracia que ha prodigado sobre nosotros» (Ef 1,3.78), etc. Y también: «Pero Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo...» (2,4-5). Y del mismo modo alabad de nuevo al Señor, autor de los bienes, diciendo: «Cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres, él nos salvó, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos, en esperanza, herederos de vida eterna» (Tit 3,4-7). «El Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, les conceda espíritu de sabiduría y de revelación para conocerle perfectamente, iluminando los ojos de nuestro corazón» (Ef 1,17-18) y les guarde en todo tiempo en buenas obras, palabras y pensamientos. A él sean la gloria, el honor y el poder por medio de nuestro Señor Jesucristo, con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los infinitos siglos de los siglos. Amén.

....

1. Se trata de la última de las catequesis antes del bautismo. Al final se prometen las catequesis mistagógicas. El orden resurrección-lglesia católica es inverso a cómo ambas realidades se encuentran en el Símbolo. Pero no parece que el asunto tenga mayor importancia (cf. PG 33, 1.013-1.014). Vid. más abajo la nota 3.

2. Se refiere a que carece de un estímulo para obrar el bien.

3. Cf. Mt 3,12: «En su mano tiene el bieldo y va a limpiar su era: recogerá su trigo en el granero, pero la paja la quemará con fuego que no se apaga». La expresión de Cirilo tiene, en cuanto a los términos empleados, cierto parecido con esta de Mt, pero el evangelista más bien se refiere a la acción de Jesús, en su primera venida, con respecto a los hombres. En general, es bueno tener presente, con respecto a los presentes párrafos, que, en un primer momento, más que aportar el testimonio bíblico de la resurrección, la catequesis pretende oponerse a la actitud en contra de griegos y samaritanos defendiendo su posibilidad. Es sobre todo entre los párrafos 14 y 21 cuando se ofrecerá una visión más específicamente bíblica de esta esperanza fundamental del cristiano.

4. También aquí los términos son semejantes a la comparación que Jesús establece con el grano de trigo en Jn 12,24.

5. CLEMENTE ROMANO, Epístola I a los Corintios, cap. 25 Madrid 1950 (BAC 65), pp. 249-250.

6. La ciudad se refiere a la antigua Heliópolis. Pero, por supuesto, aunque se haga la cita de autoridad de Clemente, todo lo referente al ave Fénix, que ardía y más tarde resurgía de sus propias cenizas, es algo puramente mitológico. En ocasiones, el ave Fénix fue utilizada por los antiguos cristianos como símbolo -pero sólo símbolo- de la resurrección.

7. También en esta ocasión, entre paréntesis y como en nota, añade Cirilo: «No dejes de dar crédito a este asunto, pues sabes igualmente que también la prole de las abejas se forma a partir de unos gusanos y has visto que de los huevos muy blandos de las aves salen las plumas, los huesos y los nervios».

8. Intenta la catequesis establecer un paralelismo entre las fases de la luna y la resurrección. Más que de argumentaciones habría que hablar aquí de ejemplos que facilitan la aceptación de la idea de resurrección. Al final del párrafo, señala Cirilo que lo que intenta, frente a los griegos, es no tomar argumentos sacados de la Escritura, sino que puedan ser comprendidos desde la razón. A partir del párrafo 11 al dirigirse a los Samaritanos, utilizará pasajes del Pentateuco, lo que ellos admiten de la Escritura. Los samaritanos posteriores admitieron también el libro de Josué.

9. El argumento de que los patriarcas están vivos es empleado por el mismo Jesús en favor de la resurrección: «Y en cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído aquellas palabras de Dios cuando les dice: ``Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?" No es un Dios de muertos, sino de vivos» (Mt 22,31-32). La afirmación de que los padres en la fe están vivos es al menos un marco de referencia desde el cual se puede entender la afirmación cristiana de la resurrección de los muertos.

10. «Se levantarán». El texto griego de los LXX, el empleado por Cirilo, admite también la traducción «resucitarán» (anastésontai) aunque más bien debería traducirse por «se alzarán» o «se mantendrán en pie».

11. Más explícito todavía -es uno de los textos del AT que clásicamente se aducen sobre la resurrección o, al menos, sobre la vida más allá de la muerte- es el texto hebreo de estos mismos versículos: «Yo sé que mi Defensor está vivo y que él, el último, se levantará sobre el polvo. Tras mi despertar me alzará junto a él, y con mi propia carne veré a Dios». Y continúa el v. 27: «Yo, sí, yo mismo le veré, mis ojos le mirarán, no ningún otro».

12. Todos los casos de resurrección mencionados son cualitativamente distintos de la resurrección de Jesús, puesto que «Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más... la muerte no tiene ya señorío sobre él» (Rm 6,9) y, por tanto, son también distintos de la resurrección de todos los hombres al fin de los tiempos. Pero son muy útiles para hacer ver la capacidad de Dios para resucitar a los muertos.

13. Conviene recordar, de todos modos que cuando un santo realiza un milagro o éste se obtiene por su intercesión, no es en realidad el santo el que hace el milagro, sino el poder de Dios que de él se sirve como simple instrumento.

14. Se alude al ayuno, con frecuencia de varios dias, de los dias de Semana Santa y de preparación de la Vigilia Pascual.

15. 1 Cor 15 es el pasaje más amplio en toda la Biblia sobre la resurrección de los muertos.

16. I Cor 15,42-47: «Así también en la resurrección de los muertos: se siembra corrupción, resucita incorrupción; 43 se siembra vileza, resucita gloria, se siembra debilidad, resucita fortaleza; 44 se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual. Pues si hay un cuerpo natural, hay también un cuerpo espiritual. 45. En efecto, así es como dice la Escritura: Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente (Gén. 2,7); el último Adán, espíritu que da vida. 46. Mas no es lo espiritual lo que primero aparece, sino lo natural; luego, lo espiritual. 47. El primer hombre, salido de la tierra, es terreno, el segundo viene del cielo...». CUERPO-ESPA/QUE-ES: El pasaje hace ver, en primer lugar, lo que se señaló en la nota 12 de que la resurrección final de los muertos es algo muy diferente de las resurrecciones operadas por Jesús en los evangelios o de los milagros de resurrección que se realizan en algunos pasajes del libro de los Hechos. En todos estos casos se trata de un restablecimiento del tipo de vida que los hombres llevaban. Según los versículos citados de I Cor 15, se habrá restablecido la vida, en dichos milagros, pero en «corrupción» (corruptibilidad), «vileza», «debilidad» y «cuerpo natural», mientras que la resurrección prometida al final de la historia es una resurrección prometida en incorrupción», «gloria», «fortaleza», «cuerpo espiritual». Con respecto a la antítesis «cuerpo natural»—«cuerpo espiritual», las expresiones originales griegas soma psychikón-soma pneumatikón se refieren respectivamente al ser humano (que es propiamente como debe entenderse aquí la palabra «soma») con su vida natural, la que le aporta la psyché y, en la resurrección, al ser humano, al hombre, penetrado por el Pneuma, el Espiritu de Dios. Es decir, más allá de lo que habian sido sus propias fuerzas vitales que por otra parte, también eran don de Dios al crearlo, el hombre resucitado del final de los tiempos es alguien vivificado en su realidad por el Espiritu de Dios. Es el sentido que tiene la expresión «cuerpo espiritual» de 1 Cor 15,44.

17. El lavatorio o lavado de la purificación, el bautismo. Cf. catequesis 1,19 y 20.

18. Parece exhortar a una constante profesión de fe mediante la recitación repetida del Símbolo.

19. «Ekklesía», de «ek-kalein», llamar de o convocar, significa asamblea convocada o incluso convocatoria (desde el punto de vista semántico).

20. Un adjetivo derivado de ekklesia, empleado aquí por Cirilo, que lo toma de Lev 8,3 LXX para designar la comunidad o la asamblea.

21. Las tablas de la Ley.

22. Cirilo dice «en la Iglesia», adaptándolo al tema que en estos momentos desarrolla.

23 Expresión griega, derivada de Kyrios, Señor, para denominar un edificio eclesiástico 0 algún conjunto de ellos.

24. La imagen del «repudio» está tomada de la orden que Abraham recibe de Dios para abandonar a su esclava Agar. En Agar y en la verdadera esposa de Abraham, Sara, ve Pablo, en Gál 4,21-31, la imagen de las alianzas, históricamente sucesivas, con Israel y la Iglesia. A todo esto se está refiriendo la catequesis de Cirilo con la finalidad de que los oyentes distingan las características («notas») de la Iglesia: una, santa, católica, apostólica.

26. Se refiere a las normas prácticas sobre cómo actuar en la celebración de la Pascua, que va a incluir bautismo, confirmación y eucaristia, y acerca de las actitudes que deben adoptarse en dicha celebración.

27. La distribución de la Eucaristía en la Comunión.

28. Es decir, en nuestra distribución de la semana, el lunes de Pascua.

29. Son las catequesis mistagógicas, aquí recogidas entre la XIX y la XXIII.

30. SO/EVANGELIZACION: Es tal vez cita de Ef 5,26, que conviene comenzar en el versículo anterior: «... como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a si mismo por ella, para santificarla mediante el baño del agua, en virtud de la palabra...». Tanto Ef 5,26 como el texto de Cirilo al que todo esto hace referencia parecen ser mención de que en el bautismo, como en todos los sacramentos, hay un doble elemento: la acción realizada (en el bautismo, el lavado con agua) y las palabras empleadas como fórmula bautismal («Yo te bautizo...»). Pero quizá las palabras de Cirilo hacen alusión a la doble realidad de que los sacramentos, en este caso el bautismo, no son sin más realidades que deben administrarse sin un trabajo previo de impartir la Palabra de la evangelización. De hecho, la Biblia de Jerusalén comenta a Ef 5,26: «El bautismo exige, para su plenitud, el acompañamiento de la proclamación de la Palabra, concretada en la evangelización del ministro y la profesión de fe del bautizado...». En el caso del bautismo de niños, los padres y padrinos, que le «prestan» al párvulo la fe en nombre de la Iglesia, deben recibir antes de modo adecuado el Evangelio.

31. Puesto que «Cristo», como tantas veces se ha señalado, significa «ungido».

32. En la caT. XXI. Se trata de la Confirmación.

33. En Jerusalén, porque aquí comenzó en la última Cena la celebración de la Eucaristía.

34. A la Eucaristía se dedicarán la cuarta y quinta catequesis mistagógicas.

35. Parece prometerse aquí una sexta catequesis mistagógica que desde luego no se encuentra entre las que nos han quedado de hecho. PG 33,1.055, nota 2, expone la siguiente suposición: o bien no pudo pronunciarla Cirilo o, más probable según el editor de las catequesis publicadas en PG las cinco catequesis mistagógicas fueron pronunciadas de lunes a viernes, mientras que el sábado se habría celebrado ya la Eucaristía del domingo in albis, en la que los recién bautizados dejaban ya sus vestiduras blancas. Seria más que probable que, por tratarse de una homilía dominical, habría tenido que variarse el tema previsto. Abundantes consejos morales se hallan, en todo caso, en la última de las catequesis mistagógicas.

CATEQUESIS XIX
(MISTAGÓGICA I)

EL SENTIDO DE LOS RITOS BAUTISMALES REALIZADOS (I)

A los recién iluminados. La lectura se toma de la primera epístola de Pedro: «Sed sobrios y velad» (I Re 5,8), etc., hasta el fin de la carta.

Introducción

1. Ya hace tiempo que deseaba, hermanos e hijos queridísimos de la Iglesia, tratar de estos misterios espirituales y celestiales. Pero, consciente de que la fe es mayor por lo que se ve que por lo que se oye, he esperado a este momento para, encontrándoos más preparados desde lo que ya habéis experimentado, poder conduciros con más facilidad a este prado del paraíso lleno de luz y fragancia. Ya habéis sido hechos capaces de estos misterios divinos una vez que habéis sido considerados dignos del lavatorio divino vivificante. Por tanto, cuando se les ha de servir la mesa en que habéis de recibir dones más perfectos, podéis estar ciertos de que les instruiremos en todo esto con mayor cuidado para que conozcáis la fuerza y la eficacia que se han operado en ustedes en la vigilia del bautismo.

El paso del Mar Rojo como figura de la liberación cristiana

2. MAR-ROJO/LBC: En primer lugar, entrasteis en el atrio que está antes del baptisterio y escuchasteis vueltos de pie hacia Occidente. Se les ordenó extender la mano y renunciasteis a Satanás como si estuviese presente. Debéis saber que la figura de este asunto ya está contenida en la historia antigua: cuando Faraón, durísimo y cruel tirano, oprimía al libre y generoso pueblo de los hebreos, Dios delegó en Moisés para que los sacase de la cruel servidumbre de los egipcios. Y se untaban las jambas de la puerta con la sangre del cordero para que el exterminador pasase por alto las casas marcadas por la señal. De modo totalmente milagroso, el pueblo hebreo fue así proclamado libre. Y cuando el enemigo persiguió a los liberados, uniéndose los dos brazos del mar sobre él, según lo que se cuenta en aquel relato asombroso, rápidamente se hundió su poderío en las aguas del Mar Rojo1.

El diablo ha sido vencido como lo fue el Faraón

3. Pero debo pasar de lo viejo a lo nuevo, de la figura a la verdadera realidad. En aquel entonces Moisés es enviado por Dios a Egipto, mientras que ahora es Cristo enviado al mundo. Aquel, para sacar de Egipto al pueblo oprimido; Cristo, para liberar a los que están oprimidos en el

mundo bajo el peso del pecado. Entonces fue la sangre del cordero la que alejó al exterminador, pero ahora lo ha sido la sangre de Jesucristo, el cordero inmaculado. Ha sido esta sangre la que ha expulsado a los demonios. Aquel tirano persiguió a aquel pueblo hasta el mar. También a ti, con la misma audacia, te perseguía sin pudor el príncipe de los demonios hasta las fuentes de la salvación. Aquel quedó sumergido en el mar, y éste desaparece en el agua saludable.

La renuncia a Satanás en el rito bautismal

4. BAU/RENUNCIA-SAS: Pero oíste que se te mandaba que extendieses la mano como hacia alguien que estuviese presente y dijeras: Renuncio a ti, Satanás. Y quiero explicar por qué estuvisteis vueltos hacia Occidente, pues es necesario que lo haga. La razón es que el Occidente es el lugar hacia donde se perciben las tinieblas: su poder está en las tinieblas, siendo él mismo la oscuridad. Por eso, para mantener la razón de lo que se dice en el Símbolo, mirando hacia el oeste, renunciáis al príncipe de las tinieblas y de las sombras. ¿Qué es lo que dijo cada uno de ustedes mientras estaba de pie?: «Renuncio a ti, Satanás, a ti que eres tirano maligno y muy cruel. Ya no temo -dijiste- tu fuerza: Cristo la deshace haciéndome partícipe de su sangre y de su carne para, por ellas, destruir la muerte con su muerte para que no esté sometido eternamente a esclavitud»2. «Renuncio a ti, serpiente astuta y sutilísima. Renuncio a ti que eres el traidor y que, simulando amistad, pergeñaste toda iniquidad proponiendo la caída a nuestros primeros padres. Renuncio a ti, Satanás, autor e instrumento de toda maldad».

Renuncia a las obras de Satanás

5. Después, en la segunda fórmula, se te enseña a proclamar: ...y a todas tus obras. Se refiere a las obras de Satanas, a todo lo que es pecado y a lo que es necesario renunciar del mismo modo que, si alguien escapa del tirano, también rechaza completamente sus armas. Pues toda clase de pecado se cuenta entre las obras del diablo. Debes saber, sin embargo, que lo que dices, especialmente en la hora del temor, está consignado por escrito en los libros de Dios. Y si alguna vez admites alguna cosa contraria a ellos, serás juzgado como quien ha roto la alianza. Renuncias, por tanto, a las obras de Satanás, es decir, a todas las acciones y pensamientos que se apartan de la razón.

Y a todas sus pompas. Especialmente se mencionan los espectáculos

6. Después dices: ...y a toda su pompa. Son pompa del diablo las locuras de los teatros, las carreras de caballos en los hipódromos, la caza en el circo y otras vanidades por el estilo, de las que el santo, pidiendo ser liberado, exclama a Dios: «Aparta mis ojos de mirar vanidades» (/Sal/118/119/037)3. Que estas vanidades no te llenen de preocupaciones en tu corazón cuando observes la petulancia de los comediantes, llena de chismorreos e indecencia, o cuando ves bailes llenos del furor y demencia de hombres afeminados, ni tampoco lo que se ve por parte de quienes, en las cacerías circenses, se exponen a las fieras acariciando su desgraciado vientre, pues se convierten ellos mismos en alimento de fieras inmisericordes. Para decirlo más exactamente, por el vientre, al que reconocieron como único Dios (cf. Flp 3,19), arrojan su vida a un precipicio con tales certámenes fuera de lo común. Apártate también de las carreras de caballos, absolutamente demenciales y que son espectáculo para espíritus indolentes. Todo esto son pompas del diablo.

Lo sacrificado a los ídolos

7. Como pompa del diablo debe contarse también lo que suele utilizarse en las fiestas de los ídolos, las carnes, los panes y otras cosas tales que se han contaminado por la invocación de los demonios impuros. Pues el pan y el vino de la Eucaristía eran simple pan y vino antes de la invocación de la santa y adorable Trinidad, pero, una vez hecha la invocación, se convierten el pan en el cuerpo y el vino en la sangre de Cristo; de igual modo tales alimentos, pertenecientes a la pompa de Satanás, siendo por naturaleza simples y comunes, por la invocación de los demonios quedan profanados y contaminados4.

No dar culto a Satanás

8. Después dices: ... y a todo tu culto. Culto al diablo son las súplicas en los templos de los ídolos, las cuales se hacen en honor de imágenes inanimadas: encender lámparas y ofrecer perfumes a las fuentes o a los ríos; así como algunos, equivocados por sus sueños o engañados por los demonios, se acercaron hasta aquellas aguas, creyendo que encontrarían medicina para sus enfermedades corporales. Y así otras cosas semejantes. No te mezcles con tales cosas. Los augurios, la adivinación, los presagios, los amuletos, las inscripciones en placas, las artes de la magia y otras parecidas y cualquier cosa semejante a ellas, todo es culto del diablo. Huye, por tanto, de todo ello. Pues si sucumbes a estas cosas tras la renuncia a Satanás y después de haberte agregado a Cristo, experimentarás un tirano más cruel. Este trataba contigo familiarmente en otro tiempo y te reducía a dura esclavitud. Ahora la habrás tú aumentado más y, si quedas privado de Cristo, experimentarás la sujeción de aquél5. ¿Acaso no has oído lo que nos anuncia la vieja historia de Lot y sus hijas? (Gén. 19, 15 ss). ¿No fue guardado incólume con sus hijas cuando subía al monte mientras su mujer quedó convertida en estatua de sal como monumento perenne que recordase unos afectos torcidos y una conversión tardía? Pon atención a ti mismo y no mires hacia atrás con la mano del arado (cf. Lc 9,62) y volviéndote al sabor amargo de las cosas de esta vida. Escápate, en cambio, hasta el monte (cf. Gén 19,17) que es Jesucristo, piedra no tallada con las manos y que llenó el mundo entero (cf. Dan 2,35-45).

Se ha hecho profesión de fe volviéndose a la región de la luz

9. Así, pues, cuando renuncias a Satanás, anulando completamente cualquier pacto con él y las antiguas alianzas con el infierno, se te abre el paraíso que Dios plantó al Oriente (Gén 2,8), del que fue expulsado nuestro primer padre al violar el mandato de Dios (Gén 3,23). Símbolo de esta realidad es cuando te volviste del Occidente al Oriente, que es la región de la luz. Entonces se te mandó que dijeras: «Creo en el Padre, y en el Hijo y en el Espíritu Santo, y en un único bautismo de conversión». De todo lo cual, en cuanto nos lo concedió la gracia de Dios, ya te hemos hablado extensamente.

Memoria de la vestidura blanca

10. BAU/VESTIDO-BLANCO: Por consiguiente, mantén la vigilancia fortalecido con estas palabras. Como se ha leído, «vuestro adversario, el Diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar» (I Pe 5,8)6. En épocas anteriores les podía encerrar la muerte en sus dominios,

pero en el santo lavatorio de la regeneración enjugó Dios «las lágrimas de todos los rostros» (Is 25,8). Una vez despojado el hombre viejo, ya no harás más luto, sino que celebrarás la fiesta revestido con la túnica de la salvación de Jesucristo (cf. Rom 13,14)7.

11. Y esto es lo que se hizo en el atrio exterior; pero, si Dios quiere, cuando en las siguientes catequesis mistagógicas entremos en el Santo de los santos, conoceremos el significado de lo que allí se hace. A Dios Padre sea la gloria, el poder y el esplendor con el Hijo y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

....

1. Todo el relato del paso del Mar Rojo, en Ex 14,15 ss. Para el paso «a pie enjuto» de los israelitas y el hundimiento de los perseguidores, cf. 14,22-31. El paso a través del Mar Rojo por Israel es quizá el momento central de la liberación narrada en el Exodo y que, en la redacción final del segundo de los libros de la Biblia, va seguido de un salmo triunfal de alabanza, Ex 15,1 ss. Tanto la proclamación del paso del Mar Rojo como el himno de acción de gracias («Cántico de Moisés») fueron pronto incorporados a la liturgia cristiana de la Vigilia Pascual, al entender, como expone la catequesis, que el paso del Mar Rojo tenía un valor de «figura» -tipos es la expresión de Cirilo- de la liberación de los bautizados en Cristo. Con ello se afirma, como se continúa explicando en los párrafos sucesivos, que todas las realidades de la liberación de Israel son «figura» o typos de la liberación cristiana; especialmente en este caso imagen del bautismo. Cf. 1 Cor 10,1-6. Además, la sangre del cordero utilizada para señalar las puertas (cf. Ex 12,21-23), es figura de la sangre de Cristo como verdadero cordero pascual (cf. I Pe 1,20). Cf. también Apoc 5,9.12; 7,14.

2. Cf. /Hb/02/14-15, que expresa que el máximo temor del hombre es la muerte. Miedo a morir es no sólo temor a la muerte fisica, sino a todas aquellas cosas que matan al hombre al no ser existencialmente capaz de aceptarlas: el fracaso, la enfermedad, la pérdida de capacidad economica, riesgos de diversos tipos, etc. La afirmación del texto citado de Hb es que la fuerza del «señor de la muerte», el Diablo, capaz de espolear lo que destruye al hombre, ha quedado destruida en la muerte de Cristo.

3. Se hace mención aquí y en los próximos párrafos del apartamiento que los primitivos cristianos practicaban con respecto a los espectáculos públicos y otras «vanidades» del mundo. El asunto aparece mencionado, por ejemplo, en Hipólito (La tradición apostólica, núm. 16, con respecto a las profesiones relacionadas con los espectáculos) o Clemente de Alejandría (El pedagogo, L. lll, c. IV: «qué consagrar el tiempo»).

4. Lo más oportuno, para valorar este párrafo, es recordar la enseñanza de Pablo en 1 Cor 8-10 acerca de la conducta del cristiano con respecto a las carnes sacrificadas a los ídolos. En sí misma, esta carne que, una vez sacrificada, se podía encontrar en los mercados, no es más que un alimento normal que no hay dificultad, desde el punto de vista moral, en que se consuma. Pero, a la vista de que «la ciencia hincha, el amor, en cambio, edifica» (I Cor 8,1), Pablo explica que el cristiano que se sienta «fuerte» como para comer de lo sacrificado a los ídolos no debe escandalizar a los «débiles» (8,7-13) que piensen que espiritualmente se contaminan al tomar de tales alimentos. En evitar el escándalo insiste Pablo en 10,23 ss. El tema reaparece también en

Rom 14,1-15,13. En cualquier caso, lo que siempre queda prohibido al cristiano es la participación en el culto a los ídolos, culto con el que se rompe al abrazar la fe en Cristo.

5. Todo esto recuerda las advertencias de Hebr 6,4 ss.

6. Por mayor fidelidad al texto bíblico, se transcribe «vuestro adversario», no «nuestro», que es como figura en el texto original de las catequesis. Por lo demás, esta catequesis ha señalado con fuerza el poder del Diablo, del que han sido liberados los recién bautizados; por tal motivo, se encarece la necesidad de la vigilancia.

7. Para una descripción más completa de la novedad de vida, cf. Rom 13,11-14. La alusión a la «túnica» en las últimas palabras del párrafo es probablemente una mención de la vestidura blanca que se imponia en el bautismo y que los recién bautizados llevaban puesta en los días siguientes. Se trataba, en cualquier caso, de resaltar la diferencia entre el hombre viejo y el hombre nuevo. _

CATEQUESIS XX
(MISTAGÓGICA II)

EL SENTIDO DE LOS RITOS BAUTISMALES REALIZADOS (II)

Acerca del bautismo. La lectura es de la Carta a los Romanos desde: «¿O ignoráis que los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte? hasta las palabras: «Pues no están ya bajo la Ley, sino bajo la gracia" (Ro». 6,3-14)1.

1. Las mistagógicas que se tienen todos los días, es decir, estas enseñanzas que explican los misterios, nos son útiles, pues siempre explican nuevas doctrinas y nuevas cosas. Pero les son útiles sobre todo a ustedes, que habéis sido cambiados de lo viejo a lo nuevo. En esa línea les expondré ciertas cosas que se derivan de la mistagogia de ayer, para que aprendáis qué simboliza lo que realizasteis en el interior del edificio.

La túnica y el hombre viejo

2. Inmediatamente después de que entrasteis, les despojasteis de la túnica: ésta era imagen del hombre viejo, del que les habéis despojado con sus obras (cf. Col 2,12 ss; 3,1 ss. 9ss.; cf. Ef 2,1-10). Al despojaros, les quedasteis desnudos, imitando también en esto a Cristo desnudo en la cruz, el cual con esta desnudez, «una vez despojados los Principados y las Potestades, los exhibió públicamente, incorporándolos a su cortejo triunfal» (Col 2,15). Y puesto que habitaban en sus miembros las potestades adversas, ya no les es lícito seguir llevando aquella vieja túnica: y no me refiero a la que se percibe con los sentidos, sino al «hombre viejo que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias» (Ef 4,22). Y que nunca suceda que el alma se revista de nuevo de la vestimenta de que una vez se despojó, sino que diga como aquella esposa de Cristo de la que se habla en el Cantar de los Cantares: «—Me he quitado mi túnica, ¿cómo ponérmela de nuevo?» (Cant 5,3). ¡Oh realidad admirable! Desnudos estuvisteis ante los ojos de todos, pero no sentíais vergüenza. Llevabais realmente la imagen del primer padre Adán, que estaba desnudo en el paraíso y no se avergonzaba.

La unción probautismal

3. Y después, así despojados, fuisteis ungidos con el óleo exorcizado desde los pelos de la cabeza hasta los pies y fuisteis hechos partícipes del buen olivo que es Jesucristo. Sacados del olivo silvestre, habeis sido injertados en un buen olivo y hechos partícipes de la riqueza del verdadero olivo (Rm 11,17-24)2, Por consiguiente, el óleo exorcizado era símbolo de la comunicación de la abundancia de Cristo y hace huir rápidamente a todo vestigio de poder adverso. Pues así como la insuflación de los santos3 y la invocación del nombre de Dios abrasan a los demonios, al modo de fortísima llama, y los ponen en fuga, así también ese aceite exorcizado por la invocación de

Dios y por la oración adquiere tanta fuerza que no sólo purga, quemándolos, los vestigios de los pecados, sino que incluso hace huir a todas las potencias invisibles del Maligno.

Las entradas y salidas del agua, señal y realización de muerte y de vida

4. BAU/MU-NACIMIENTO: Después fuisteis conducidos hasta la santa piscina del divino bautismo, como fue llevado Cristo de la cruz al sepulcro. Y se les preguntó uno por uno si creíais en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Pronunciasteis la confesión que les lleva a la salvación4, y fuisteis sumergidos por tres veces en el agua, levantándoos también tres veces. También en esto significasteis en imagen y simbólicamente la sepultura de Cristo por tres días. Pues, así como nuestro salvador pasó tres días y tres noches en el seno de la tierra (cf. Mt 12,40 par), también ustedes imitasteis el primer día que Cristo pasó en el sepulcro al levantaros del agua por primera vez y, con la inmersión, la primera noche. Pues del mismo modo que el que está en la noche ya no ve, y el que se mueve en el día camina en la luz, ustedes, al sumergiros, como en la noche, dejasteis de ver, pero, al salir, fuisteis puestos como en el día. En el mismo momento habéis muerto y habéis nacido, y aquella agua llegó a ser para ustedes sepulcro y madre. Lo que Salomón dijo a propósito de otras cosas les cuadra a ustedes perfectamente; decía él: «Hay tiempo para nacer, y tiempo para morir» (Ecl 3,2). Pero para ustedes es a la inversa: tiempo de morir y tiempo de nacer. Y un tiempo único ha logrado ambas cosas, pues con vuestra muerte ha coincidido vuestro nacimiento.

En qué sentido hemos pasado por la muerte, sepultura y resurrección de Cristo

5. BAU/PARTICIPA-MU-RS: ¡Oh nueva e inaudita realidad! No hemos muerto ni hemos sido sepultados de modo verdadero, ni resucitamos después de que hubiésemos sido verdaderamente crucificados, pero sí se ha realizado en imagen una imitación de aquellas cosas, y es de aquí de donde ha brotado la salvación5. Cristo fue verdaderamente crucificado, verdaderamente fue sepultado y verdaderamente resucitó, y todo ello nos ha sido regalado a nosotros por gracia para que, hechos partícipes de sus sufrimientos, obtengamos en verdad la salvación. ¡Oh amor exuberante hacia los hombres! Cristo recibió los clavos en sus pies y manos incontaminados, soportando así el dolor; y ahora, por la comunicación en sus dolores, se me agracia a mí sin haber pasado por dolores ni trabajos.

El bautismo nos concede el perdón de los pecados, la adopción y la participación en los sufrimientos de Cristo

6. Nadie piense, pues, que el bautismo consiste sólo en la gracia del perdón de los pecados y de la adopción, como era el bautismo de Juan, que confería sólo el perdón de los pecados. Nosotros, por el contrario, sabemos bien que es para el perdón de los pecados, pero también otorga el don del Espíritu Santo y es realización7 y expresión de los sufrimientos de Cristo. De aquí que Pablo dijera: «¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte» (/Rm/06/03-04). Esto se lo decía a quienes estaban convencidos de que el bautismo otorgaba ciertamente el perdón de los pecados y la adopción, pero sin que ellos hubiesen participado, en cierta identificación con él, en los verdaderos sufrimientos de Cristo.

Partícipes de la muerte y resurrección de Cristo

7. Para que aprendiéramos, por tanto, que todo lo que Cristo soportó fue por nosotros y por nuestra salvación—y, desde luego, no lo sufrió sólo en apariencia—y que, además, somos hechos partícipes de sus sufrimientos, Pablo exclamaba con viveza y con fuerza: «Porque si hemos sido injertados en él por la semejanza a su muerte, seremos también partícipes de la resurrección» (Rm 6,5). Hermosamente dice «injertados». Pues realmente aquí se ha plantado la vid verdadera8 y nosotros, por la comunión del bautismo en la muerte, hemos sido injertados en él. Pues en Cristo se dio verdaderamente la muerte; en él realmente el alma se separó del cuerpo, verdadera fue también la sepultura y en una sábana limpia fue envuelto su santo cuerpo (Mt 27,59). Todo esto aconteció en él de modo real. En ustedes se da una semejanza de su muerte y de sus padecimientos, aunque en la salvación no hay semejanza sino realidad.

8. Cuando ya les hemos instruido suficientemente acerca de todo esto, les ruego que les esforcéis en retenerlo en la memoria con el fin de que yo, aunque indigno, pueda decir de ustedes: «Os alabo porque en todas las cosas les acordáis de mí y conserváis las tradiciones tal como les las he transmitido» (I Cor 11,2). Poderoso es Dios que les presenta aquí «como muertos retornados a la vida» (cf. Rom 6,13) para concederos que andéis en novedad de vida (cf. Rom 6,4). A él sea la gloria y el poder ahora y por los siglos. Amén.

....

1. En la catequesis anterior se han recordado la renuncia a Satanás y la profesión de fe, ritos realizados en el atrio exterior del templo. En la segunda catequesis mistagógica se recuerda el desvestirse la túnica y su significado, la unción prebautismal, el interrogatorio acerca de la fe y la triple inmersión y emersión en la piscina bautismal. Se explica con detalle el significado de todos estos ritos.

2. La alusión de Cirilo a la alegoría paulina del olivo y el acebuche no expresa toda la riqueza del pensamiento de Rom 11,16-24, que está en el contexto de Rom 9-11. El tema de estos capítulos de la carta es la «elección», en primer lugar, de Israel en el plan de conjunto de la Historia de la salvación y, en un segundo momento, tras el rechazo de Israel, la elección de los cristianos en la Iglesia. Aunque esta segunda elección, la de los gentiles, no anula la elección primera del pueblo judío—Pablo señala que los israelitas son «la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas y los patriarcas» y de ellos «también procede Cristo según la carne» (Ro». 9,4-5)—, también los gentiles son llamados a participar de la riqueza abundante que es Cristo. En la mentalidad de la acción catequética de la Iglesia antigua se incluye la idea de que el catecúmeno y el cristiano han sido llamados y elegidos para ser un signo ante el mundo de la vida que Dios da. A los recién bautizados se les recuerda ahora esta realidad.

3. Soplo dentro del rito bautismal para ahuyentar al diablo. «Los santos» se refiere probablemente, siguiendo el uso atestiguado ya desde las cartas de Pablo, a los cristianos bautizados.

4. «Confesión salvadora» responde tal vez a lo expresado en Rom 10,9-10: «Porque, si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos,

serás salvo. Pues con el corazón se cree para conseguir la justicia, y con la boca se confiesa para conseguir la salvación». «Justificación» y «confesión» parecen, pues, aspectos diferentes del proceso de rescate («redención») del hombre. La confesión de fe da una especial firmeza a la salvación inicialmente obtenida por la justificación por la que ya el hombre era liberado de modo fundamental del pecado y hecho hijo de Dios por adopción.

5. Cf. catequesis 21, núm. 2.

6. Se expuso en cat. 4, núms. 10-12.

7. TYPOS/ANTITYPOS: Se traduce por «realización» la expresión original antitypos, que es prácticamente, incluso en el lenguaje de Cirilo, un término técnico. En la cat. XIX, núm. 2, se decía que los acontecimientos en torno a la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto eran figura o imagen, typos de lo que habría de ser la liberación definitiva en Cristo. Antitypos del presente párrafo es más bien «contrafigura», es decir, una imagen -en cuanto en este caso, el bautismo es signo visible y «visibilizante»- que al mismo tiempo realiza efectivamente, para quien recibe el bautismo, la muerte y resurrección de Cristo. Con ello se está en el concepto de lo que es un sacramento.

8. El «aquí» se refiere al lugar del sepulcro de Jesús, en Jerusalén, donde se están impartiendo las catequesis. La imagen del injerto, por otra parte, se une aquí a la alusión a la alegoría de la vid y los sarmientos, en la que Jesús, según Jn 15,1, se entiende a sí mismo como «la vid verdadera».

CATEQUESIS XXI
(MISTAGÓGICA III)

LA UNCIÓN CON EL CRISMA

La unción con el crisma. La lectura es de la Primera carta de Juan, desde las palabras «En cuanto a ustedes, están ungidos por el Santo y lo sabéis todo» (I Jn 2,20)1 hasta «tengamos plena confianza y no quedemos avergonzados lejos de él en su Venida» (2,28).

Bautismo y don del Espíritu

1. Bautizados en Cristo y revestidos de Cristo (cf. Gál 3,27), habéis sido hechos semejantes a la imagen del Hijo de Dios (cf. Rom 8,29). El Dios que nos predestinó de antemano para la adopción (cf. Ef 1,5) nos hizo conformes al cuerpo glorioso de Cristo2. Habiendo venido a ser partícipes de Cristo (cf. Hebr 3,14), sois llamados, no de modo inmerecido, «Cristos»3 De ustedes dijo Dios: «No toquéis a mis ungidos» (Sal 105,15). Fuisteis hechos «Cristos» al recibir la imagen4 del Espíritu Santo y todas las cosas de cara a ustedes se han realizado en imagen, puesto que verdaderamente sois imágenes de Cristo. Y él verdaderamente, una vez bautizado en el Jordán y después de comunicar la fragancia de los efluvios de su divinidad a las aguas, salió de éstas y el Espíritu Santo descendió a él en forma visible posándose sobre él como alguien que le era semejante. De modo también semejante, después de que subisteis de las sagradas aguas de la piscina, se les ha dado el crisma, imagen realizada de aquel con el que fue ungido Cristo: En realidad es el Espíritu Santo. Sobre él dijo también el bienaventurado Isaías en su profecía, y refiriéndose a la persona del Señor: «El Espíritu del Señor Yahvé está sobre mí, por cuanto me ha ungido Yahvé. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado...»5.

A semejanza de Cristo

2. Cristo no fue ungido con óleo o ungüento corporal, sino que el Padre, al constituirlo en Salvador del universo entero, lo ungió con el Espíritu Santo. Como dice Pedro: «Dios a Jesús de Nazaret lo ungió con el Espíritu Santo» (Hech 10,38); y el profeta David clamaba diciendo: «Tu trono es de Dios para siempre jamás; un cetro de equidad, el cetro de tu reino; tú amas la justicia y odias la impiedad. Por eso Dios, tu Dios, te ha ungido con óleo de alegría más que a tus compañeros» (Sal 45,7-8). Y del mismo modo que Cristo verdaderamente fue crucificado, fue sepultado y resucitó, a ustedes se les concede en el bautismo, y por don divino, ser crucificados con él, ser sepultados y resucitar. E igualmente sucede acerca de la crismación: él fue ungido con el óleo inteligible de la alegría, esto es, con el Espíritu Santo6. Se llama óleo de la alegría porque causa una alegría espiritual; y ustedes habéis sido ungidos con ungüento al ser hechos partícipes de la misma suerte de Cristo.

La eficacia de la crismación

3. CRISMA/UNCION UNION/CRISMA: Pero date cuenta de que no se trata de un ungüento pobre y vil. Pues así como el pan de la Eucaristía, tras la invocación del Espíritu Santo, no es pan común sino el cuerpo de Cristo, así también este santo ungüento, después de la invocación, ya no es un simple ungüento ni, por decirlo así, un ungüento común; se da en él a Cristo y al Espíritu Santo, es presencia de su divinidad y realidad efectiva7. Y mientras se unge el cuerpo con ungüento visible, queda santificada el alma por el Espíritu Santo que da la vida.

Las diversas unciones y su finalidad

4. BAU/UNCIONES: Fuisteis ungidos en primer lugar en la frente, para ser liberados de la vergüenza que el primer hombre que pecó exhibía por todas partes8 y para que, a cara descubierta, contempléis la gloria del Señor como en un espejo (cf. 2 Cor 3,18)9. Después, en los oídos, para que pudieseis oír los divinos misterios, de los que Isaías decía: «Mañana tras mañana despierta mi oído, para escuchar como los discípulos» (Is 50,4); y el Señor Jesús, en el Evangelio: «El que tenga oídos, que oiga» (Mt 11,15). Luego fuisteis ungidos en la nariz, para que, al recibir el divino ungüento, dijeseis: «Somos para Dios el buen olor de Cristo entre los que se salvan» (2 Cor 2,15). También fuisteis ungidos en el pecho, para que, «revestidos de la justicia como coraza», pudieseis «resistir a las asechanzas del Diablo» (Ef 6,14.11). Pues, al modo como Cristo, tras el bautismo y la venida a él del Espíritu Santo, derrotó al Adversario (cf. Mt 4,1 ss. par), también ustedes, después del sagrado bautismo y el místico ungüento, revestidos de la armadura del Espíritu Santo, podáis resistir contra toda potestad adversa (cf. Ef 6,10-18), a la cual podáis vencer diciendo: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta», Cristo (Flp 4,13).

Habéis recibido el nombre de cristianos

5. Considerados dignos de esta santa unción, sois llamados cristianos, realizando la verdad de este nombre por medio del nuevo nacimiento. Pues, antes de seros conferida esta gracia, propiamente no erais dignos de este nombre, sino que luchabais para ser cristianos.

La descendencia de Cristo también es ungida

6. Pero debéis saber que la figura de este crisma (o unción) se encuentra ya en la Escritura de la antigua Alianza. Pues, cuando Moisés comunicó a su hermano el designio de Dios de hacerlo sumo sacerdote, lo ungió tras haberlo lavado con agua (Lev 8,1 ss.) y fue llamado «Cristo»10 por un crisma o unción que eran figura. También cuando el sacerdote promovió rey a Salomón, lo ungió después de haberlo lavado en el Guijón (1 Re 1,39.45). Y esto les sucedía en figura; pero a ustedes, no en figura, sino en verdad, si es que realmente habéis sido ungidos por el Espíritu Santo. Cristo es el principio de vuestra salvación: él es las primicias (1 Cor 15,23), pero ustedes la siega: no hay duda de que también a la cosecha se le transmite la santidad.

7. Guardad incontaminado este crisma. Os instruirá acerca de todo si permanece en ustedes, como ya anteriormente oísteis al bienaventurado Juan hablando de estas cosas (cf. 1 Jn 2,27) y haciendo diversos razonamientos sobre esta cuestión11. Pues éste es un crisma santo, salvaguardia espiritual del cuerpo y saludable custodia del alma. Ya desde los tiempos antiguos,

el bienaventurado Isaías profetizaba diciendo: «Sucederá en días futuros que el monte de la Casa de Yahvé será asentado en la cima de los montes y se alzará por encima de las colinas. Confluirán a él todas las naciones...» (Is 2,2). Llama «monte» a la Iglesia, al decir que «será asentado en la cima de los montes» y que participarán en un «convite de buenos vinos» (Is 25,6), ungidos con aceite12. y, para confirmarte más en todo esto, escucha lo que dice de este místico ungüento: «Transmite todo esto a los pueblos: el proyecto que Dios tiene sobre todas las naciones» (Is 25,7 LXX) 13 Ungidos, pues, con este santo ungüento, guardadlo en ustedes inmaculado e irreprensible, sacando provecho por medio de buenas obras y agradando al autor de vuestra salvación, Cristo Jesús, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

....

1. Se ha preferido «lo sabéis todo» a «todos lo sabéis», en parte porque, según códices, es una lectura posible y porque se respeta así la versión utilizada por Cirilo.

2. Quizá anticipa algo Cirilo las expresiones de Flp 3,20-21: «Pero nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas».

3. Cf. una afirmación semejante en cat. 18, núm. 33; cf. una explicación en el núm. 6 de esta catequesis. La unción del Espíritu, que en nosotros, como sacramento separado, costituye la Confirmación, se denomina en griego chrisma, «acción de ungir» o «crismación». El nombre «Cristo», del adjetivo verbal christós, significa, pues, Ungido. De ahí que «cristiano» sea el que participa de la misma unción de Cristo, al que Hech 10,38, utilizando Is 61, I, califica como aquel a quien Dios «ungió con el Espiritu Santo y con poder».

4. Original, «antitypo». Cf. la nota 7 de la anterior catequesis.

5. Is 61,1 ss se refiere, de modo directo, con gran probabilidad, a la misión del profeta, sea quien sea el autor, pues este párrafo pertenece ya al Tritoisaias. El presente pasaje es un eco de los cantos del Siervo (ver especialmente Is 42,1 ss. 7 ss.; 49,1 ss. 8 ss.; 50,4 ss.) y alcanza su plenitud de sentido aplicado a Jesús, en quien se cumple de modo eminente la misión profético-mesiánica: vid. especialmente la aplicación que Jesús hace del texto de Isaías a sí mismo según Lc 4,16-21.

6. BAU/CRISMACION: Hech 10,38, sobre todo en su contexto, tiene un fuerte sabor kerigmático. El discurso de Pedro ante el centurión romano Cornelio, gentil sobre el que desciende el Espiritu Santo y es hecho luego bautizar (Hech 10,44-48), es en la práctica una descripción del ser y de la misión de Jesús: «... cómo Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espiritu Santo y con poder, y cómo él pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el Diablo, porque Dios estaba con él». La unción con el Espiritu Santo que el Padre concede al cristiano a semejanza de Cristo -el Espíritu Santo desciende sobre Jesús también tras su bautismo en el Jordán, según los Sinópticos- le hace también al seguidor de Cristo «activo». En la medida en que el cristiano posee la unción del Espíritu Santo -de ello es sacramento específico la

Confirmación- puede también él participar en «hacer el bien» y «curar a los oprimidos por el Diablo».

7. «Realidad efectiva» (energetikón ginómenon, efficiens factum en la excelente versión latina) es expresión de la concepción de lo que es un sacramento según lo comentado en cat. XX, nota 7.

8. La edición de Migne, op. cit., 1.091, hace aquí mención de Gén 3,7-8 como expresión de la vergüenza por el pecado cometido.

9. Cirilo hace alusión a la expresión mencionada de Pablo, que se encuentra en el importante contexto de 2 Cor 3,4-18 sobre la diferencia entre el ministerio de la antigua Ley y de la nueva Alianza.

10. Es decir, «ungido». Cf. Lev 4,5: «El sacerdote ungió...». Lo que se intenta exponer aquí (como, en general, al explicar el nombre de «Cristo», versión griega del hebreo «Mesías», ungido) es que si Cristo es el ungido de Dios, también el cristiano, ungido a su vez como Jesús, el Cristo, participa así de la unción del Espiritu.

11. Cf. supra, cat. 17, núm. 37, sobre la acción interior del Espíritu Santo.

12. Cf. supra, núm. 2.

13. En el contexto de 25,7 LXX, el proyecto de Dios es derramar su unción sobre todas las naciones. Esto recuerda, por otra parte, Hech 2,16 ss.

CATEQUESIS XXII
(MISTAGÓGICA IV)

EL CUERPO Y LA SANGRE DEL SEÑOR

Sobre el cuerpo y la sangre del Señor. La lectura es de la Primera carta de Pablo a los Corintios: « Yo recibí del Señor lo que les he transmitidos (I Cor11,23),etc.1.

Institución de la Eucaristía

1. Incluso esta sola enseñanza de Pablo sería suficiente para daros una fe cierta en los divinos misterios. De ellos habéis sido considerados dignos y hechos partícipes del cuerpo y de la sangre del Señor. De él se dice que «la noche en que fue entregado» (I Cor 11,23), nuestro Señor Jesucristo «tomó pan, y después de dar gracias, lo partió» (1 Cor 11,23-24) «y, dándoselo a sus discípulos, dijo: "tomad, comed, éste es mi cuerpo". Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio diciendo: "Bebed de ella todos, porque ésta es mi sangre"» (Mt 26,26-28). Así pues, si es él el que ha exclamado y ha dicho acerca del pan: «Este es mi cuerpo», ¿quién se atreverá después a dudar? Y si él es el que ha afirmado y dicho: «Esta es mi sangre», ¿quién podrá dudar jamás diciendo que no se trata de su sangre?

Fe en el cuerpo y la sangre del Señor

2. En una ocasión, en Cana de Galilea, cambió el agua en vino (Jn 2,1-10), que es afin a la sangre. ¿Y ahora creeremos que no es digno de fe al cambiar el vino en sangre? Invitado a unas bodas humanas, realizó aquel prodigio admirable. ¿No confesaremos mucho más que a los hijos del tálamo nupcial les dio para su disfrute su propio cuerpo y sangre? 2.

Apariencias de pan y vino, pero realidad del cuerpo y sangre de Cristo

3. Por ello, tomémoslo, con convicción plena, como el cuerpo y la sangre de Cristo. Pues en la figura de pan se te da el cuerpo, y en la figura de vino se te da la sangre, para que, al tomar el cuerpo y la sangre de Cristo, te hagas partícipe de su mismo cuerpo y de su misma sangre. Así nos convertimos en portadores de Cristo, distribuyendo en nuestros miembros su cuerpo y su sangre. Así, según el bienaventurado Pedro, nos hacemos «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe 1,4).

El «escándalo» del Pan de vida

4. En cierta ocasión, discutiendo Jesús con los judíos, decía: «Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en ustedes» (Jn 6,53). Pero como aquellos no entendiesen en sentido espiritual lo que se estaba diciendo, se retiraron ofendidos (cf. 6,60) creyendo que les invitaba a comer carnes3.

La Eucaristía, pan de la nueva Alianza para salud del hombre

5. Existían también, en la antigua Alianza, los panes de la proposición; pero, puesto que se referían a una alianza caduca, tuvieron un final. Pero, en la nueva Alianza, el pan es celestial y la bebida saludable, y santifican el alma y el cuerpo. Pues, como el pan le va bien al cuerpo, así también el Verbo4 le va bien al alma.

La certeza del don del cuerpo y la sangre de Cristo

6. Por lo cual no debes considerar el pan y el vino (de la Eucaristía) como elementos sin mayor significación. Pues, según la afirmación del Señor, son el cuerpo y la sangre de Cristo. Aunque ya te lo sugieren los sentidos, la fe te otorga certidumbre y firmeza. No calibres las cosas por el placer, sino estáte seguro por la fe, más allá de toda duda, de que has sido agraciado con el don del cuerpo y de la sangre de Cristo.

La mesa que ha preparado el Señor

7. La fuerza de todo esto te la explica el profeta David cuando exclama: «Tú preparas una mesa ante mí, frente a mis enemigos» (/Sal/022/023/05). Lo cual quiere decir: antes de tu venida, los demonios habían preparado a los hombres una mesa contaminada, sucísima, que rezuma el poder del diablo. Pero, una vez que llegaste, Señor, «has preparado una mesa ante mí». Y cuando el hombre dice a Dios: «has preparado ante mí una mesa», ¿qué otra cosa significa que la mística e inteligible mesa que Dios nos ha preparado «frente a los enemigos», los contrarios, es decir, frente a los demonios? Y así es, en efecto, pues aquella mesa mantenía la comunión con los demonios, pero ésta la mantiene con Dios. «Unges con óleo mi cabeza»5. Con óleo ungió tu cabeza en la frente mediante el sello6 que tienes de Dios, para que Dios te santifique y te hagas imagen de lo que el sello expresa7. «Mi copa rebosa». Se trata del cáliz que Jesús tomó en las manos y, dando gracias, dijo: «Esa es mi sangre..., que es derramada por los muchos para perdón de los pecados» (Mt 26,28).

Las nuevas vestiduras de la justicia

8. BAU/VESTIDO-BLANCO: Por ello Salomón, en el Eclesiastés, queriendo señalar esta gracia dijo: «Ven, come con alegría tu pan» (Ecl 9,7). Se refiere el pan espiritual; dice «ven», porque llama a la salvación y da la felicidad. «Y bebe de buen grado tu vino» (ibid.), que se refiere al vino espiritual. «Y no falte ungüento sobre tu cabeza» (Ecl 9,8b): ¿Ves cómo también se designa así al crisma espiritual? «En toda sazón sean tus ropas blancas, ... que Dios está ya contento con tus obras» (ibid., 8a y 7b). Pues, antes de que tuvieses acceso a la gracia, tus obras eran «vanidad de vanidades» (Ecl 1,2)8. Pero, una vez que te despojaste de tus viejas vestiduras y te pusiste las que están espiritualmente limpias, debes estar siempre vestido con éstas. No te decimos que es necesario que siempre vayas vestido de blanco, sino que te revistas de lo que es blanco, puro y

espiritual y que digas, de acuerdo con el bienaventurado Isaías: «Con gozo me gozaré en Yahvé, exulta mi alma en mi Dios, porque me ha revestido de ropas de salvación, en manto de justicia me ha envuelto...» (Is 61,10).

Compendio sobre el cuerpo y la sangre de Cristo

9. Puedes quedarte con la idea y tener la fe certísima en que lo que se ve como pan no es pan, aunque tenga ese sabor, sino el cuerpo de Cristo, y que lo que se ve como vino no es vino, aunque a eso sepa, sino la sangre de Cristo. Y no olvides lo dicho antiguamente por David en los Salmos: «... para sacar de la tierra el pan, y el vino que recrea el corazón del hombre, para que lustre su rostro con aceite y el pan conforte el corazón del hombre» (Sal 104,14-15). Conforta tu corazón tomando aquel pan como espiritual y pon alegre el rostro de tu alma. Cubriéndolo con la pureza de tu conciencia y reflejando «como en un espejo la gloria del Señor», camines «cada vez con mayor gloria» (2 Cor 3,18) en Cristo Jesús, Señor nuestro, a quien sean el honor, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

....

1. El tema es, pues, la Eucaristía, el tercero de los sacramentos que se reciben en la iniciación cristiana.

2. La expresión «los hijos del tálamo nupcial»—la traducción podría ser, en rigor, también «los siervos»—seria una reminiscencia, por ejemplo, de Mt 9,15: «¿Pueden acaso los invitados a la boda ponerse tristes mientras el novio está con ellos? Días vendrán en que les será arrebatado el novio, entonces ayunarán». Es precisamente en ausencia del novio o del «Esposo», como con tanta poesía ha expresado el Cantar de los Cantares, cuando sus amigos y sus invitados, al «ayunar» por la ausencia, se alimentan, sin embargo, del cuerpo y de la sangre de Cristo, anunciando «la muerte del Señor, hasta que venga» (I Cor 11,26). Es decir, el cuerpo y la sangre de Jesús son el alimento del cristiano mientras está a la espera de la venida definitiva del Señor.

3. Cf. Jn 6,61-62.67. La confesión de Pedro ante el rechazo que de Jesús hacen «los judíos» (Jn 6,67 ss.) ocupa en el evangelio de Juan un lugar semejante al de la confesión, también de Pedro y en nombre de los demás apóstoles, en Mt 16,16 par. Es decir, en la medida en que Jesús va desvelando el misterio de su persona y de su misión (destinado a la cruz en los Sinópticos, Mt 16,21 ss. par; entregado a los hombres como verdadero pan de vida según Jn 6,26-66), solamente lo aceptan aquellos que han venido siendo preparados por el mismo contacto con él. En cuanto a la Eucaristía puede, por tanto, decirse que sólo pueden aceptarla como presencia viva de la Pascua de Jesucristo salvador quienes han sido previamente instruidos y dispuestos por la Palabra de la predicación y el contacto con el Dios de Jesús. Por eso, tras la iniciación cristiana, es buen momento para una catequesis que «conduzca al misterio» (catequesis «mistagógica») de la Eucaristía. El tema de la Eucaristía, por la posibilidad del escándalo semejante al de los judíos en Jn 6, entraba dentro del llamado «secreto» o «disciplina del arcano» en la Iglesia antigua.

4. «El Verbo» o «la Palabra», refiriéndose a la Palabra que es Cristo.

5. Sal 23,5 del que ya se ha citado la primera mitad, dice completo: «Tú preparas una mesa ante mi, frente a mis enemigos; unges con óleo mi cabeza, rebosante está mi copa».

6. Cf. de nuevo lo dicho ya en varios momentos sobre el «sello», «carácter», etc. (vid. supra, Procatequesis, nota 36).

7. Cf., hablando de la diadema del sacerdote, Ex 28,36: «Harás además, una lámina de oro puro y en ella grabarás como se graban los sellos: "Consagrado a Yahvé"».

8. De modo genérico, ante el comienzo del Eclesiastés (o Cohélet, «el de la asamblea», de qahal, asamblea; por tanto, también «predicador»; «ecclesia» en griego es asamblea y «eclesiastés» seria «el encargado de la asamblea» en cuanto «predicador») la Biblia deJerusalén señala acertadamente acerca de 1,2: «a) el determinismo del cosmos, marco monótono de la vida humana, provoca hastío en el Eclesiastés, al contrario de la admiración y adoración que expresan Jb 38-40 o el Sal 104». Y más específicamente sobre la célebre expresión «vanidad de vanidades», citada aquí por Cirilo: «b) El término... significaba en primer lugar "vaho", "aliento", y forma parte del repertorio de imágenes (el agua, la sombra, el humo, etc.) que en la poesía hebrea describen la fragilidad humana. Pero la palabra ha perdido su sentido concreto y para Qo únicamente evoca lo ilusorio de las cosas y, en consecuencia, la decepción que éstas le reservan al hombre». Todo esto, de cara a la situación de los recién bautizados, hace comprender la «vanidad de vanidades» que en definitiva son las obras del hombre anterior al bautismo.

CATEQUESIS XXIII
(MISTAGÓGICA V)

LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA

De la Primera carta de Pedro: Rechacen, por tanto, toda malicia y todo engaño, hipocresías, envidias», etc. (I Pe 2,1 ss.).

Transición[1]

1. En las asambleas anteriores oyeron hablar abundantemente, por don de Dios, tanto del bautismo como de la crismación y de la toma del cuerpo y de la sangre de Cristo. Pero debemos pasar ahora a lo que sigue, con lo cual pondremos fin al edificio de vuestra enseñanza espiritual.

El lavatorio de las manos, signo de la inmunidad del pecado

2. Han visto cómo el diácono alcanzaba el agua, para lavarse las manos, al sacerdote y a los presbíteros que estaban alrededor del altar. Pero en modo alguno lo hacía para limpiar la suciedad corporal. Digo que no era ése el motivo, pues al comienzo tampoco vinimos a la Iglesia porque llevásemos manchas en el cuerpo. Sin embargo, esta ablución de las manos es símbolo de que deben estar limpios de todos los pecados y prevaricaciones. Y al ser las manos símbolo de la acción, al lavarlas, significamos la pureza de las obras y el hecho de que estén libres de toda reprensión. ¿No has oído al bienaventurado David aclarándonos este misterio y diciendo: «Mis manos lavo en la inocencia y ando en torno a tu altar, Señor» (Sal 26,6)? Por consiguiente, lavarse las manos es un signo de la inmunidad del pecado.

El beso de la paz[2]

3. Después, el diácono exclama: «Hablemos, y besémonos mutuamente». Y no pienses que este ósculo es de la misma clase que los que se dan los amigos mutuos en la plaza pública. Este beso no es de esa clase. Pues reconcilia y une unas almas con otras, y les garantiza el total olvido de las injurias. Es signo, por consiguiente, de que las almas se funden unas con otras y de que

[1] La catequesis expone los diferentes ritos de la celebración de la Eucaristía, después de terminada la liturgia de la Palabra. Se observa la continuidad ininterrumpida en lo esencial y en bastantes detalles de los ritos si se compara este texto de Cirilo con tradiciones más antiguas, empezando por la misma relación de I Cor 11,17 ss., espec. 23 ss, y continuando por los testimonios, entre otros muchos, de la Didaché, Justino, Hipólito de Roma, las Constituciones Apostólicas, además de los numerosisimos formularios de las diversas Iglesias.

[2] En la liturgia de la Eucaristía aquí descrita, el abrazo de paz se tiene antes de entrar en la proclamación de la anáfora. La oportuna mencion expresa de Mt 5,23-24 confirma el sentido de esta colocación del abrazo de paz: el mutuo beso de paz expresa la reconciliación entre los presentes en la celebración de la Eucaristía antes de la común acción de gracias que es la plegaria eucarística.

deponen cualquier recuerdo de las ofensas. Por eso decía Cristo: «Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda» (Mt 5,23-24). Por tanto, el ósculo es reconciliación y, por ello, es santo, como dice en alguna parte el bienaventurado Pablo: «Salúdense los unos a los otros con el beso santo» (I Cor 16,20); y Pedro: «Salúdense unos a otros con el beso de amor» (I Pe 5,14).

Invocaciones iniciales al comienzo de la anáfora

4. Después exclama el sacerdote: «Arriba los corazones». Pues verdaderamente, en este momento trascendental, conviene elevar los corazones hacia Dios y no dirigirlos hacia la tierra y los negocios terrenos. Es, por tanto, lo mismo que si el sacerdote mandara que todos dejasen en ese momento a un lado las preocupaciones de esta vida y los cuidados de este mundo, y que elevasen el corazón al cielo hacia el Dios misericordioso. Luego respondéis: «Lo tenemos (levantado) hacia el Señor», con lo que asentís a la indicación por la confesión que pronunciáis. Que ninguno que esté allí, cuando dice: «Lo tenemos hacia el Señor», tenga en su interior su mente llena de las preocupaciones de esta vida. Pues debemos hacer memoria de Dios en todo tiempo. Pero si, por la debilidad humana, se hiciere imposible, al menos en aquel momento hay que esforzarse lo más que se pueda.

Es justo, por nuestra parte, dar gracias al Señor

5. Después de esto dice el sacerdote: «Demos gracias al Señor». Pues debemos estar verdaderamente agradecidos de que cuando éramos indignos, nos llamó a tan inmensa gracia, y de que, cuando éramos enemigos, nos reconcilió (cf. Rom 5,10) y nos concedió el Espíritu de adopción (Rm 8,15). Vuestra respuesta es: «Es digno y justo»[3]3. Pues, cuando damos gracias, hacemos algo digno y justo, aunque él, sin seguir estrictamente lo justo, sino yendo más allá de ello, nos hizo bien y nos hizo dignos de tan grandes bienes.

El comienzo de la anáfora y el «Santo»

6. Hacemos mención, después, del cielo, de la tierra y del mar; del sol y de la luna, de los astros y de toda creatura, dotada de razón o sin ella, visible o invisible; de los ángeles, de los arcángeles, de las virtudes, dominaciones, principados, potestades y tronos; de los querubines dotados de muchos rostros4; todos diciendo aquello de David: «Cantad conmigo al Señor» (Sal 34,4). Hacemos también mención de los serafines que, en el Espíritu Santo, vio Isaías alrededor del trono de Dios y que cubrían con dos alas su rostro, con dos alas los pies, y con dos volaban diciendo: «Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos» (Is 6,2-3). Recitemos, por tanto, esta teología5, para que, en la entonación comunitaria de las alabanzas, nos unamos a los ejércitos que están por encima del universo.

La epíclesis o invocación del descenso del Espíritu Santo sobre los dones del altar

---

3

7. A continuación, después de santificarnos a nosotros mismos mediante estas alabanzas espirituales6, suplicamos al Dios misericordioso que envíe al Espíritu Santo sobre los dones presentados7, para que convierta el pan en cuerpo de Cristo y el vino en la sangre de Cristo. Pues habrá quedado santificado y cambiado lo que haya sido alcanzado por el Espíritu Santo.

Oramos por todos los que lo necesitan

8. Pero después que ha sido realizado el sacrificio espiritual, culto incruento sobre aquella hostia de propiciación, rogamos a Dios por la paz de todas las Iglesias, por el buen gobierno del mundo, por las autoridades, por los soldados, por los amigos, por aquellos que están sujetos a enfermedades, por los que son presa de la aflicción y, en general, oramos y ofrecemos esta víctima por todos los que tienen alguna necesidad.

También por los difuntos

9. Recordamos también a todos los que ya durmieron: en primer lugar, los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, para que, por sus preces y su intercesión, Dios acoja nuestra oración. Después, también por los santos padres y obispos difuntos y, en general, por todos cuya vida transcurrió entre nosotros, creyendo que ello será de la mayor ayuda para aquellos por quienes se reza.

Utilidad de la oración por los difuntos

10. Quiero aclararos esto con un ejemplo, puesto que a muchos les he oído decir: ¿de qué le sirve a un alma salir de este mundo con o sin pecados si después se hace mención de ella en la oración? Supongamos, por ejemplo, que un rey envía al destierro a quienes le han ofendido, pero después sus parientes, afligidos por la pena, le ofrecen una corona: ¿Acaso no se lo agradecerá con una rebaja de los castigos? Del mismo modo, también nosotros presentamos súplicas a Dios por los difuntos, aunque sean pecadores. Y no ofrecemos una corona, sino que ofrecemos a Cristo muerto por nuestros pecados, pretendiendo que el Dios misericordioso se compadezca y sea propicio tanto con ellos como con nosotros.

El Padre nuestro, entre la plegaria eucarística y la comunión

11. PATER/CIRILO-DE-J: Y, después de todo esto, recitamos aquella oración que el Salvador entregó a sus mismos discípulos, llamando con conciencia pura Padre a Dios y diciendo: «Padre nuestro que estás en los cielos» (Mt 6,9)8. ¡Oh gran misericordia de Dios para con los hombres!, juntamente con su amor. Hasta tal punto se compadeció de quienes se apartaron de él y se afirmaron en los mayores males que les concedió el olvido de las injurias y la participación en la gracia de modo que le llamasen Padre: «Padre nuestro que estás en los cielos». Pues del cielo habían de ser quienes llevaran la imagen del cielo9, en quienes Dios habita y con quienes él camina[4]10.

12. «Santificado sea tu nombre». Por su naturaleza el nombre de Dios es santo, digámoslo nosotros o no lo digamos. Pero ya que, por medio de quienes pecan, se le profana en ocasiones,

[4]

según aquello de que «el nombre de Dios, por vuestra causa, es blasfemado entre las naciones» (Is 52,5, tal como aparece citado en Rom 2,24), oramos para que en nosotros sea santificado el nombre de Dios. Y no es que comience a ser santo porque anteriormente no lo fuese, sino que en nosotros se hace santo cuando nos santificamos nosotros mismos y hacemos cosas dignas de la santidad.

13. «Venga tu Reino» (Mt 6,10). Es propio del alma pura decir con confianza: «Venga tu Reino». Pues quien haya oído a Pablo, que dice: «No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal» (Ro». 6,12), y sea consciente de su pureza en obras, pensamientos y palabras, clamará a Dios: «Venga tu Reino».

14. «Hágase tu Voluntad en la tierra como en el cielo». Los bienaventurados ángeles de Dios hacen la voluntad de éste, como decía David en los Salmos: «Bendecid a Yahvé, ángeles suyos, héroes potentes, ejecutores de sus órdenes, en cuanto oís la voz de su palabra» (Sal 103,20)11. Tu oración, por consiguiente, tiene esta fuerza y esta significación, como si dijeras: «Como se hace tu voluntad en los ángeles, así se haga, Señor, en la tierra sobre mí».

15. «Danos hoy nuestro pan necesario» (Mt 6,11)12, El pan ordinario no es sustancial. Pero este pan, que es santo, es sustancial, como si dijeras que está dirigido a la sustancia del alma. Este pan no va a parar al vientre ni entra en la defecación, sino que se reparte entre todo tu ser para utilidad del cuerpo y del alma. El «hoy» se dice por «todos los días». Como también Pablo decía: «Cada día mientras dure este hoy» (Hebr 3,13)13.

16. «Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mt 6,12). Tenemos realmente muchos pecados, puesto que causamos ofensas con la palabra y el pensamiento y realizamos muchas cosas, merecedoras de condenación. Y «si decimos: "No tenemos pecado", nos engañamos y la verdad no está en nosotros», como dice Juan (1 Jn 1,8). Hacemos, pues, un pacto con Dios, orando para que nos perdone los pecados, como también nosotros perdonamos sus deudas a nuestros prójimos. Sopesando, por tanto, lo que recibimos a cambio, no titubeemos ni dudemos en perdonar las mutuas ofensas. Las ofensas que se nos hacen son pequeñas, ligeras y fáciles de olvidar. Pero las que cometemos contra Dios son grandes y sólo pueden borrarse con la ayuda de su sola benignidad. Guárdate, pues, de que, por cosas pequeñas y por naderías dirigidas a ti, te excluyas a ti mismo del perdón de los pecados ante Dios.

17. «Y no nos dejes caer en la tentación (Mt 6,13), Señor». ¿Acaso el Señor nos enseña a pedir que no seamos tentados en absoluto? ¿Y cómo es que en otro lugar se dice: «Quien no ha pasado pruebas poco sabe» (Eclo 34,10)14, y también: «Considerad como un gran gozo, hermanos míos, el estar rodeados por toda clase de pruebas». Pero entrar en tentación, ¿acaso no significa hundirse en ella? Pues la tentación es algo semejante a un torrente difícil de atravesar. Pero, aquellos a quienes no se los traga la tentación, la atraviesan como hábiles nadadores sin ser arrastrados por nada. Pero los que no son así, se hunden nada más entrar. Así fue, por poner un ejemplo, Judas. Al entrar en la tentación de la avaricia, no nadó sino que se hundió, y se ahogó en cuerpo y en espíritu. Pedro entró en la tentación de la negación, pero, a pesar de haber entrado, no se hundió, sino que, llorando intensamente, fue liberado de la tentación. Oye

también, por su parte, al coro de los santos incólumes, que prorrumpe en acción de gracias al ser liberado de la tentación:

«Tú nos probaste, oh Dios, nos purgaste, cual se purga la plata; nos prendiste en la red, pusiste una correa a nuestros lomos, dejaste que un cualquiera a nuestra cabeza cabalgara, por el fuego y el agua atravesamos; mas luego nos sacaste para cobrar aliento» (Sal 66,10-12).

¿No ves la alegría confiada de quienes han pasado sin haberse hundido? «Mas luego, se añade, nos sacaste para cobrar aliento». Que ellos llegaran a cobrar aliento significa que fueron liberados de la tentación15.

18. «Mas líbranos del maligno». Si el «no nos dejes caer en la tentación» quisiese decir no ser tentado en modo alguno, no habría añadido «mas líbranos del maligno16. El maligno es el diablo como adversario del que pedimos ser liberados. Y después, acabada la oración, dices: «Amén». Por este «Amén», que significa «así sea», refrendas y confirmas lo que se contiene en esta oración que Dios nos ha entregado.

«Las cosas santas a los santos». Invitación a la comunión

19. Después de todo esto dice el sacerdote: «Las cosas santas a los santos»17. Santas son las cosas que están sobre el altar, puesto que sobre ellas ha venido el Espíritu Santo. Santos sois también ustedes, enriquecidos por el don del Espíritu Santo. Y las cosas santas son buenas para los santos. Ustedes, además, añadís: «Sólo hay un santo y un solo Señor Jesucristo». Pues realmente sólo uno es santo, santo por naturaleza; pero también nosotros somos santos, pero no por naturaleza, sino por participación y por la práctica de las obras y el deseo.

La comunión del cuerpo y la sangre del Señor

20. Oíste después la voz del salmista que les invitaba, por medio de cierta divina melodía, a la comunión de los santos misterios y decía: «Gustad y ved qué bueno es el Señor» (Sal 34,9)18. Pero no juzguéis ni apreciéis esto como una comida humana: quiero decir, no así, sino desde la fe y libres de toda duda. Pues a los que los saborean no se les manda degustar pan y vino, sino lo que éstos representan en imagen, pero de modo real: el cuerpo y la sangre del Señor.

La comunión del cuerpo de Cristo

21. No te acerques, pues, con las palmas de las manos extendidas ni con los dedos separados, sino que, poniendo la mano izquierda bajo la derecha a modo de trono que ha de recibir al Rey, recibe en la concavidad de la mano el cuerpo de Cristo diciendo: «Amén». Súmelo a continuación con ojos de santidad cuidando de que nada se te pierda de él. Pues todo lo que se te caiga considéralo como quitado a tus propios miembros. Pues, dime, si alguien te hubiese dado limaduras de oro, ¿no las cogerías con sumo cuidado y diligencia, con cuidado de que nada se te

perdiese y resultases perjudicado? ¿No procurarás con mucho más cuidado y vigilancia que no se te caiga ni siquiera una miga, que es mucho más valiosa que el oro y que las piedras preciosas?

La comunión de la sangre de Cristo

22. Y después de la comunión del cuerpo de Cristo, acércate también al cáliz de la sangre: sin extender las manos, sino inclinándote hacia adelante, expresando así adoración y veneración, mientras dices «Amén», serás santificado al tomar también de la sangre de Cristo. Y cuando todavía tienes húmedos los labios, tocándolos con las manos, santifica tus ojos y tu frente y los demás sentidos. Por último, en oración expectante, da gracias a Dios, que te ha concedido hacerte partícipe de tan grandes misterios.

23. Guardad íntegras estas tradiciones, y guardaos a ustedes mismos sin mancha. No les apartéis de la comunión ni mancilléis con sus pecados estos sagrados y espirituales misterios. «Que él, el Dios de la paz, les santifique plenamente, y que todo vuestro ser, el espíritu, el alma y el cuerpo, se conserve sin mancha hasta la Venida de nuestro Señor Jesucristo» (1 Tes 5,23), a quien sea la gloria, el honor y el imperio con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

....

1.

2.

3. Es el sentido directo de las expresiones del texto original.

4. Cf Ez 10,21.

5. «Teología» está aquí empleada, no en el sentido actualmente corriente de «conocimiento de Dios», sino en el sentido cultual de alabanza o celebración de Dios. La frase podría traducirse: «Recitemos, por tanto, esta liturgia divina».

6. Vid. la insistencia de esta idea infra., núm. 19.

7. «Suplicamos al Dios misericordioso...», etc. (en el original, philanthropon) es fórmula griega muy corriente para la epíclesis Cf. en la edición mencionada de MIGUE PG 33,1.115, nota 1.

8. El Padre nuestro, completo en Mt 6,9-13. Como en casi toda esta versión, también aquí se utilizará la de la Biblia de Jerusalén, no la versión litúrgica oficial española actual. Con respecto a la versión «cotidiano», O «de cada día», aplicado al pan según Mt 6,11, véase más abajo el núm. 15.

9. Cf. I Cor 15,49: «Y del mismo modo que hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevaremos también la imagen del celeste», lo cual queda expuesto en I Cor al hablar del modo de la resurrección.

10. Cf. 2 Cor 6,16, que cita a Ez 37,27: «Porque nosotros somos santuario de Dios vivo, como dijo Dios: "Habitaré en medio de ellos y andaré entre ellos; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo"».

11. El texto original de la catequesis señala, de modo más expreso «haciendo sus voluntades» o «sus deseos», pero la traducción ofrecida responde mejor al sentido bíblico original y a la versión de los LXX.

12. Esta traducción es discutible, pero Mt 6,11, cuya traducción siempre causó problemas, admite diversas interpretaciones. El texto griego de Mt llama a este pan epiousios, que puede traducirse por «cotidiano», pero también por «sustancial» (en cuanto derivado de ousía y de épeinai). Es sobre este sentido sobre el que Cirilo basa su explicación. La traduccian «necesario» puede mediar entre los sentidos de cotidianeidad y de necesidad sustancial.

13. El «hoy» de cada día en que Dios constantemente está llamando al hombre. En otro orden de cosas, la catequesis participa de la opinión extendida comúnmente entonces, de que Pablo es el autor de la carta a los Hebreos.

14. Cf. también Rom 5,3-4.

15. La idea que subyace a todo el párrafo es la, a pesar de todo, fragilidad del discípulo, que siempre puede decir no a su Señor. El ejemplo de Pedro es aducido por Cirilo para expresar que la caída en el pecado siempre puede encontrar solución en la misericordia de Dios.

16. La expresión ponerou puede referirse al mal en general o al «maligno», refiriéndose en este caso al diablo. Cirilo se inclina por esta segunda interpretación.

17. Según recuerda PG 33,1.123, nota 1, esta expresión, como invitación a la comunión, se encuentra en todas las liturgias griegas, en la liturgia mozárabe y en diversas liturgias latinas.

18. El Sal 34 es empleado frecuentemente en diversas liturgias antiguas como canto de comunión, a la que se aplica especialmente el mencionado versículo 9.